



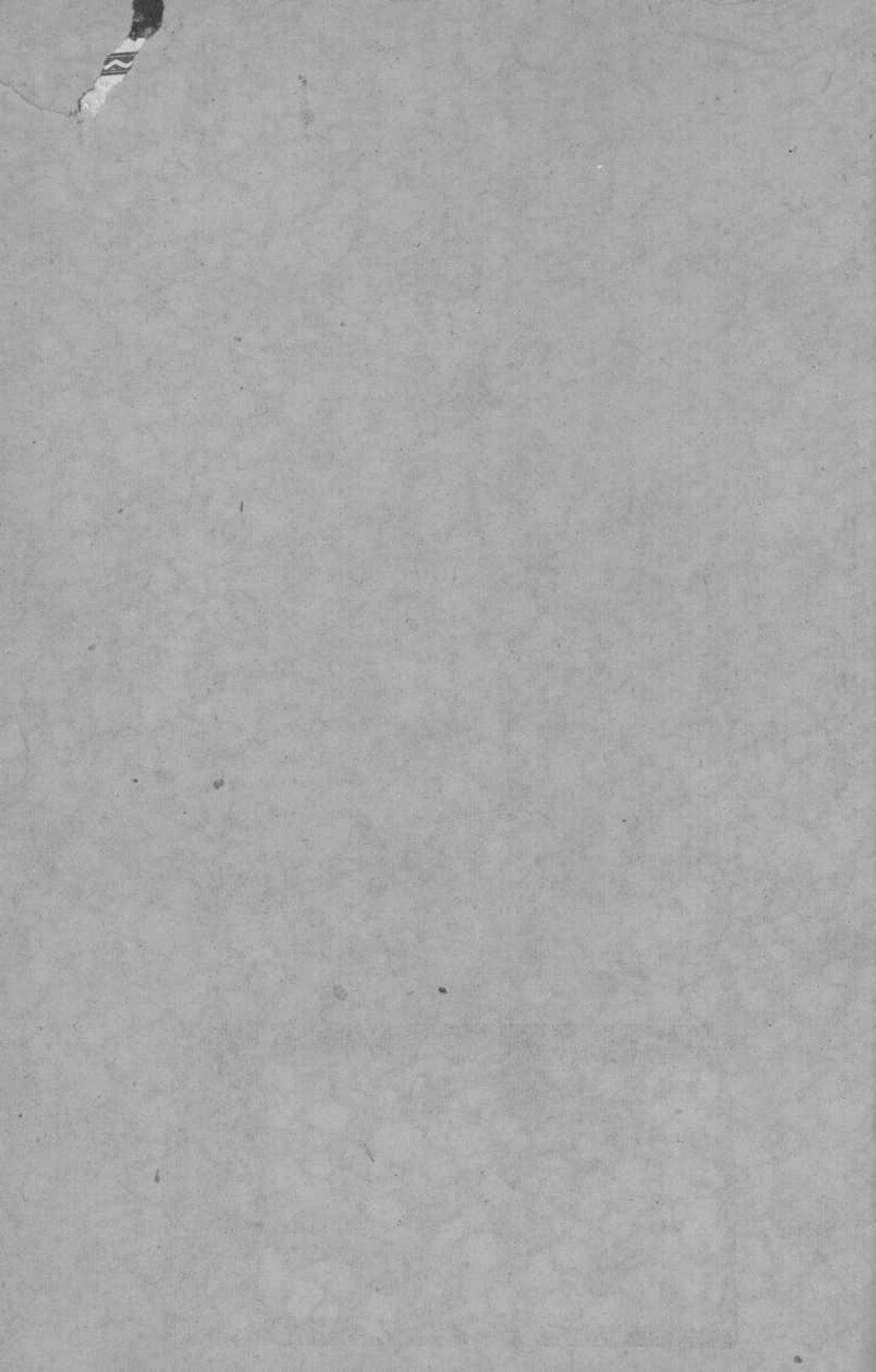
P
3590

B.P. de Soria



61098298

D-2 18343



EL GENIO DEL CRISTIANISMO

98298

D-2
18343

Pe-1

3.31

F. R. DE CHATEAU

El Genio del Cristianismo

VERSIÓN ESPAÑOLA



RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93-97

BARCELONA

1932



Derechos reservados.



PREFACIO

DE LA EDICIÓN DE 1828

Cuando EL GENIO DEL CRISTIANISMO vió por primera vez la luz pública, Francia salía del caos revolucionario; todos sus elementos sociales estaban confundidos, pues la mano terrible que empezaba a separarlos, no había dado aún cima a su obra colosal: el orden no había brotado aún del despotismo y de la gloria.

EL GENIO DEL CRISTIANISMO se publicó, por decirlo así, en medio de las ruinas de nuestros templos, como para devolverles la pompa del culto y los ministros del altar; San Dionisio estaba abandonado, pues no había llegado el momento en que Bonaparte se acordase de que le era necesaria una sepultura regia; ¡difícil le hubiera sido adivinar entonces dónde había colocado el suyo la Providencia! Velanse por todas partes ruinas de iglesias y de monasterios recién demolidos, siendo hasta una especie de pasatiempo el ir a pasearse por ellas.

Si los críticos de aquella época, los periódicos, los libelos y los libros no atestiguasen el efecto de EL GENIO DEL CRISTIANISMO, no debiera hablar de él; pero como nunca he referido nada a mí mismo, y como nunca me he considerado a mí mismo sino en mis relaciones generales con los destinos de mi país, me veo precisado a reconocer unos hechos por nadie controvertidos; hechos que han podido ser apreciados de diferente manera, mas no por ello es menos incontestable su existencia.

La literatura se tiñó en parte con los colores de EL GENIO DEL CRISTIANISMO; los escritores me hicieron el honor de imitar las frases de René y de Atala, no de otro modo sino como el púlpito tomó y toma todavía diariamente lo que he dicho de las ceremonias, de las misiones y de los beneficios del cristianismo.

Los fieles se creyeron salvados por la publicación de un libro que respondía tan completamente a sus disposiciones interiores; sentíase una necesidad de fe y de consuelos religiosos, que procedía de la carencia de estos consuelos por espacio de muchos años. ¡Cuánta fuerza sobrenatural no era preciso pedir para tantas calamidades! ¡Cuántas familias cercenadas debían buscar al pie del Padre de los hombres los hijos que habían perdido! ¡Cuántos corazones dislacerados, cuántas almas se hicieron solitarias y apelaron a una mano divina para que las curase! La multitud se precipitaba en la casa de Dios, como se entra en la del médico en un día de epidemia. Las víctimas de nuestras discordias (¡y qué víctimas!) se acogían al altar, así como los naufragos se abrazan a la roca en que cifran su salvación.

Lleno de los recuerdos de nuestras antiguas costumbres, de la gloria y de los monumentos de nuestros reyes, EL GENIO DEL CRISTIANISMO respiraba la antigua monarquía por entero: el heredero legítimo estaba oculto, digámoslo así, en el fondo del santuario, cuyo

velo descendía mi mano; y la corona de San Luis brillaba suspensa del altar del Dios de San Luis. Los franceses aprendieron a dirigir con amargura sus miradas a lo pasado; preparáronse las sendas del porvenir, y se reanimaron las casi muertas esperanzas.

Bonaparte, que deseaba a la sazón cimentar su poder sobre la primera base de la sociedad, y que acababa de hacer arreglos con la corte de Roma, no opuso obstáculo alguno a la publicación de una obra tan útil a la popularidad que ambicionaba. Y como tenía que luchar contra los hombres que le rodeaban, enemigos declarados de toda concesión religiosa, se regocijó al verse defendido en lo exterior por la opinión invocada en EL GENIO DEL CRISTIANISMO. Más tarde se arrepintió de su error; y en el momento de su caída confesó que ésta había sido la obra más perjudicial a su poder.

Empero, Bonaparte, que amaba la gloria, se dejó fascinar por lo que presentaba su sello; érale grata la nombradía; y aunque en breve toda reputación llegó a excitarle envidia, al principio se esforzó en ampararse en el hombre en quien reconocía alguna fuerza. Por esta razón, aunque el Instituto no incluyó la presente obra en el número de las que aspiraban al premio decenal, recibió la orden de presentar un informe sobre ella; y aunque yo había herido mortalmente a Bonaparte, el amo del mundo hablaba todos los días a M. de Fontanes de los empleos que se proponía crear para mí y de las cosas extraordinarias que reservaba a mi fortuna.

Aquel tiempo ha huido; han transcurrido veinte años, han brotado nuevas generaciones, y un mundo antiguo que estaba fuera de Francia, ha vuelto a ella.

Este mundo ha disfrutado de trabajos concluidos por esfuerzos ajenos a los suyos, sin conocer los afanes que han costado; ha encontrado el ridículo que Voltaire había arrojado sobre la religión extinta; ha visto a la juventud asistir a misa, y a los sacerdotes respetados en nombre de su martirio; pero ese mundo antiguo ha creído que todo esto se había producido por sí mismo y sin necesidad de ajeno concurso.

No se tardó en sentir cierta especie de desvío hacia el hombre que había vuelto a abrir la puerta de los templos, predicando la moderación evangélica; hacia el hombre que había querido hacer amar al cristianismo por la hermosura de su culto, por el genio de sus oradores, por la ciencia de sus doctores y por las virtudes de sus apóstoles y discípulos. Si era menester llegar más allá, confieso en mi conciencia que esto no me fué posible.

Por espacio de veinticinco años mi vida ha sido un combate contra lo que me ha parecido falso en religión, en filosofía y en política, contra los crímenes o errores de mi siglo, y contra los hombres que abusaban del poder para corromper ó para esclavizar a los pueblos. Nunca he calculado el grado de elevación de los hombres; y desde Bonaparte, que hacía temblar al mundo, pero que nunca me hizo temblar, hasta los oscuros tiranuelos, conocidos tan sólo por mi desprecio, me he atrevido a decir todo al que osaba intentarlo todo. Por dondequiera que he podido, tendí la mano a la desgracia, sin tener nada de común con la prosperidad; que, siempre dispuesto a mitigar los infortunios, no sé lisonjear las pasiones vencedoras.

¿Hubiera sido acertado seguir la senda trazada por mí, para devolver a la religión su saludable influencia? Así lo creo. Examinando el espíritu de nuestras instituciones, penetrándose del conocimiento del siglo y armonizando las virtudes de la Fe con las de la Caridad, hubiérase llegado con seguridad al fin propuesto. Vivimos en un tiempo en que son menester mucha indulgencia y misericordia. Una juventud generosa está próxima a arrojar en brazos de cualquiera que le predique los nobles sentimientos que tanto se hermanan con los sublimes preceptos del Evangelio; pero detesta la sumisión servil, pues en su digno afán por instruirse, profesa a la razón un apego superior a su edad.

EL GENIO DEL CRISTIANISMO ve hoy la luz, desprendido de las circunstancias a que hubiera podido atribuirse una parte de su buena acogida. Los altares han sido levantados de nuevo; los sacer-

dotes han vuelto del cautiverio; los prelados están investidos con las primeras dignidades del Estado. Esa especie de desfavorable prevención con que por lo general se mira al poder, debiera tener igual lugar respecto de todo lo que ha favorecido su restablecimiento, pues cuando se combate se piensa poco en la victoria.

Acaso el autor perjudicaría en estos momentos a la obra. No sé en qué consiste que los servicios que he tenido la fortuna de prestar, han sido muy pocas veces objeto de gratitud hacia mí por parte de aquellos a quienes los he prestado; siendo así que aquellos a quienes he combatido han mostrado siempre inclinación a mis escritos y aun a mi persona; no son, por cierto, mis ene-

migos los que me han calumniado. ¿Será que en las opiniones que he apoyado, porque bajo más de un concepto son las mías, se encierre cierto fondo de ingratitud natural? No, seguramente: toda la falta está de mi parte.

Atendidas las diferentes consideraciones de tiempos, lugares y personas, debo deducir que si EL GENIO DEL CRISTIANISMO halla todavía lectores, las causas de esto no deben buscarse ya en las mismas que le valieron su primer triunfo; pues en el mismo grado que las circunstancias le fueron favorables, en otro tiempo, le son contrarias hoy. No obstante, mi obra se reimprime a pesar de la multitud de antiguas ediciones, y continuo considerándola como mi primer título al público aprecio.

EL GENIO DEL CRISTIANISMO

PRIMERA PARTE

DOGMAS Y DOCTRINA

LIBRO PRIMERO

Misterios y sacramentos.

I

INTRODUCCIÓN

Tres clases de enemigos han combatido sin cesar el cristianismo, desde su feliz aparición sobre la tierra: los herejes, los sofistas y esos hombres, frívolos en la apariencia, que lo destruyen todo con el arma de la risa. Numerosos apologistas han contestado victoriosamente a las sutilezas y mentiras; pero han sido menos felices contra la sátira. San Ignacio de Antioquía¹, San Ireneo, obispo de Lyon², y Tertuliano, en su *Tratado de las Prescripciones*, que Bossuet califica de divino, impugnaron a los innovadores, cuyas orgullosas interpretaciones corrompían la sencillez de la fe.

La calumnia fué rechazada primero

por Quadrato y Aristides, filósofos de Atenas; pero nada conocemos de sus apologías, a excepción de un fragmento de la primera, conservado por Eusebio. San Jerónimo y el obispo de Cesárea hablan de la segunda como de una obra maestra¹.

Los paganos echaban en cara a los fieles el ateísmo, el incesto y ciertas comidas abominables en que, según decían, se devoraba la carne de un niño recién nacido. San Justino defendió la causa de los cristianos después de Quadrato y Aristides; mas su estilo carece de galas, y las actas de su martirio prueban que derramó su sangre por su religión con la misma sencillez con que había escrito por ella². Atenágoras empleó más ingenio en su defensa; pero no tiene la originalidad de Justino ni la vehemencia del autor de la *Apologética*. Tertuliano es el Bossuet africano y bárbaro; Teófilo, en los tres libros dedicados a su amigo Autólico, revela imaginación y ciencia; y el Octavio de

1. IGNAT., in *Patr. apost. Epist. ad Smyrn.*, n. 1.

2. In *Heres.*, lib. VI.

1. EUS., lib. IV, 3; HIERONYM., *Epist.* 80; FLEURY, *Hist. eccl.*, t. I; TILLEMONT, *Mém. pour l'Hist. eccl.*, t. II.

2. JUST.

Minucio Félix presenta el hermoso cuadro de un cristiano y de dos idólatras que hablan de la religión y de la naturaleza de Dios, paseándose a orillas del mar ¹.

Arnobio, el retórico, Lactancio, Eusebio y San Cipriano han defendido también el cristianismo; pero se detuvieron menos en hacer resaltar sus bellezas, que en poner de manifiesto los absurdos de la idolatría.

Orígenes, que combatió a los sofistas, parece haber tenido las ventajas de la erudición, del raciocinio y del estilo, sobre su adversario Celso. El griego de Orígenes es muy armonioso, pero está mezclado de hebraísmos y de locuciones extranjeras: habitual achaque de escritores que poseen muchos idiomas.

En tiempo del emperador Juliano, la Iglesia se vió expuesta a una persecución del carácter más peligroso, pues no se empleó la violencia, sino el desprecio contra los cristianos. Empezóse despojando los altares, para concluir prohibiendo a los fieles la enseñanza y el estudio de las letras ². Mas, el emperador, que conocía la ventaja de las instituciones cristianas, y quiso imitarlas al abolirlas, fundó hospitales y monasterios; y, a semejanza del culto evangélico, procuró unir la moral a la religión, haciendo pronunciar en los templos una especie de sermones ³.

Los sofistas que rodeaban a Juliano se desataron contra el cristianismo, y el mismo Juliano no se dignó medir sus fuerzas con los galileos; la obra que contra ellos escribió no ha llegado hasta nosotros; pero San Cirilo, patriarca de Alejandría, cita algunos fragmentos en su refutación, trabajo que poseemos. Cuando Juliano se muestra razonador, San Cirilo triunfa de él; mas cuando el emperador recurre a la ironía, el patriarca pierde sus ventajas. El estilo de Juliano es vivo, animado, florido, al paso que San Cirilo se encoleriza y se muestra incoherente, obscuro, amanerado. Desde Juliano hasta Lutero, la Iglesia no hubo menester de apologis-

tas, puesto que se hallaba en su apogeo. Al estallar el cisma en Occidente, a la par de sus nuevos enemigos, se dejaron ver sus nuevos defensores. Forzoso es confesarlo: los protestantes alcanzaron al principio la superioridad sobre los católicos, a lo menos en cuanto a las formas literarias, como lo observa Montesquieu. El mismo Erasmo se mostró débil contra Lutero; y Teodoro de Beza tuvo una agilidad de estilo de que por lo general carecieron sus adversarios.

Empero, cuando Bossuet descendió a la arena, la victoria no se mantuvo indecisa mucho tiempo, y de nuevo fué derrotada la hidra de la herejía. Su *Historia de las Variaciones* y su *Exposición de la Doctrina Católica* son dos obras maestras que pasarán a la posteridad.

Es natural que el cisma conduzca a la incredulidad, y que el ateísmo siga a la herejía. Bayle y Espinosa aparecieron después de Calvino, pero hallaron en Clarke y Leibnitz dos talentos capaces de refutar sus sofismas. Abadía escribió en favor de la religión una apología, notable por su método y raciocinio. Por desgracia, su estilo es desmayado, aunque sus ideas no carecen de cierto brillo. «Si los filósofos antiguos, dice Abadía, adoraban las virtudes, esta adoración no era, en último término, otra cosa que una hermosa idolatría.»

Mientras la Iglesia triunfaba aún, Voltaire hacía renacer la persecución de Juliano, teniendo el arte funesto de poner de moda la incredulidad en un pueblo caprichoso y frívolo, y afilando el amor propio de la generalidad en liga tan insensata, la religión se vió atacada con todo género de armas, desde el ligero libelo hasta el pesado infolio; desde el festivo epigrama hasta el grave sofisma. Si veía la luz algún libro religioso, el autor era al punto ridiculizado, en tanto que todos ensalzaban hasta las nubes ciertas obras de que Voltaire era el primero en burlarse con sus amigos; que, muy superior a sus discípulos, no podía menos de reírse algunas veces de su entusiasmo irreligioso. No obstante, tan destructor sistema iba propagándose por Francia y estableciéndose en las Academias de provincia, que han sido otros tantos focos de mal gusto y de

1. Véase, además de los autores citados más arriba, DUPIN, DOM CELLIER y la elegante traducción de los *Apologistas*, por el abate DE GOURCY.

2. SÓC., 3. cap. XII; GREG. NAZ., 3, págs. 51-97, etc.

3. Véase FLEURY, *Hist. eccl.*

facciones. Las mujeres de alguna posición social y los graves filósofos, tenían sus cátedras de incredulidad. Por último, *se reconoció* que el cristianismo era un sistema bárbaro, cuya caída debía tener lugar más o menos pronto, en bien de la libertad humana, del progreso de las luces, de las dulzuras de la vida y del refinamiento de las artes.

Prescindiendo del abismo en que estos principios nos han hundido, las consecuencias inmediatas de este odio al Evangelio fueron un retroceso, más afectado que sincero, al culto de los dioses de Roma y Grecia, a quienes se atribuyeron los prodigios de la antigüedad ¹. No causó vergüenza el echar de menos ese culto que convertía al género humano en un rebaño de insensatos, de impúdicos o de fieras. De aquí debía forzosamente llegarse al desprecio de los escritores del siglo de Luis XIV, que, si a tan alta perfección supieron elevarse, lo debieron a la índole religiosa de sus escritos. Y si nadie se atrevió a contrarrestarles de frente, a causa de la celebridad que les rodeaba, atacóseles de una manera indirecta, haciendo creer que habían sido *secretamente* incrédulos, o por lo menos, que hubieran sido varones harto más eminentes *si hubiesen vivido en nuestros días*. Todos los autores bendecían el destino que les había hecho nacer en el hermoso siglo de los Diderot y los Alembert; siglo en que los documentos de la sabiduría humana estaban dispuestos por orden alfabético en la *Enciclopedia*, Babel de las ciencias y de la razón.

Algunos hombres dotados de gran doctrina y superior talento, intentaron oponerse a este torrente, pero su resistencia fué inútil, puesto que su voz se perdió entre la muchedumbre, y su victoria quedó ignorada de un modo frívolo, que, sin embargo, gobernaba a Francia, y al que por esta razón era necesario conmovér ².

Así, pues, la misma fatalidad que había hecho triunfar los sofismas en tiempo de Juliano, se declaró en su favor en nuestro siglo. Los defensores de los

cristianos cayeron en una falta que ya les había perdido, pues no echaron de ver que ya no se trataba de discutir acerca de éste o de aquel dogma, toda vez que se rechazaban absolutamente sus bases. Hablando de la misión de Jesucristo, y yendo de consecuencia en consecuencia, establecían, es cierto, con mucha solidez las verdades de la fe; pero semejante modo de argumentar, muy a propósito en el siglo XVII, cuando nadie controvertía sobre la esencia de los hechos, era de todo punto ineficaz en nuestros días. Era indispensable tomar el camino contrario, pasando del efecto a la causa, esto es, no probando que el cristianismo es excelente porque emana de Dios, sino que emana de éste porque es excelente.

Era, además, otro error el ocuparse en responder con formalidad a unos sofistas, hombres a quienes no es posible convencer, porque siempre están equivocados. Olvidábase que nunca buscan de buena fe la verdad, y que sólo siguen su sistema en razón de la celebridad que alcanza, prontos a mudar de opinión al día siguiente.

Por no haber hecho esta observación, se perdió mucho tiempo y trabajo. No se trataba de reconciliar con la religión a los sofistas, sino al mundo extraviado por ellos, pues se les seducía diciéndole que el cristianismo era un culto nacido del seno de la barbarie, absurdo en sus dogmas, ridículo en sus ceremonias, enemigo de las artes y de las letras, de la razón y de la hermosura; culto que no había hecho sino derramar sangre, aherrar a los hombres, y retrasar la felicidad y las luces del género humano. Debía, por consiguiente, probarse todo lo contrario; es decir, que de todas las religiones que han existido, la cristiana es la más poética, la más humanitaria, la más favorable a la libertad, a las artes y a las letras; que el mundo moderno le es deudor de todo, desde la agricultura hasta las ciencias abstractas; desde los hospicios fundados para los desvalidos, hasta los templos edificadas por Miguel Ángel y decorados por Rafael. Debíase demostrar que nada es más divino que su moral, que nada es más amable y pomposo que sus dogmas, su doctrina y su culto; debía decirse que

1. El siglo de Luis XIV amaba y conocía la antigüedad mejor que nosotros, y era cristiano.

2. Las *Letras de quelques Juifs portugais* tuvieron una época de aceptación, pero pronto cayeron en el olvido con el torbellino irreligioso.

favorece al genio, depura el gusto, desarrolla las pasiones virtuosas, imprime vigor al pensamiento, ofrece nobles formas de estilo al escritor, y acabados modelos al artista; que no es vergonzoso creer con Newton y Bossuet, con Pascal y Racine; preciso era, en fin, apelar a todos los prestigios de la imaginación y a todos los intereses del corazón en defensa de esa misma religión contra la cual habían sido armados aquella y éste.

Aquí ve el lector el plan de nuestra obra. Los demás géneros de apologías están agotados, y acaso serían inútiles en estos momentos. ¿Quién leería hoy una obra de teología? Tan sólo algunos hombres piadosos que no necesitan ser convencidos, o algunos verdaderos cristianos, ya persuadidos. Pero tal vez se preguntará: «¿No hay algún peligro en considerar la religión bajo un punto de vista puramente humano?» ¡Cómo! ¿Teme acaso nuestra religión la luz? Convincente prueba de su celestial origen es que arrostra incólume el examen más severo y minucioso de la razón. ¿Se pretende que nuestros adversarios nos lancen eternamente la acusación de que ocultamos nuestros dogmas en una santa noche, por temor de que se patentice su falsedad? ¿Parecerá menos verdadero el cristianismo cuando parezca más hermoso? Desterremos pusilánimes preocupaciones, que no es justo dejar perecer la religión por un exceso de religión. No vivimos ya en los tiempos en que bastaba decir: *Creed, y no examinéis*, puesto que se examinará por más que se pretenda evitarlo; y nuestro cobarde silencio, no sólo aumentará el triunfo de los incrédulos, sino que disminuirá el número de los fieles.

Tiempo es ya de que el mundo sepa a qué se reducen esas acusaciones de absurdo, grosería y pequeñez, diariamente fulminadas contra el cristianismo; tiempo es ya de probar que, lejos de amenguar la inteligencia, se presta maravillosamente a las altas inspiraciones del genio, siéndole dado embelesar el alma no menos divinamente que los dioses de Virgilio y de Homero. Nuestras razones tendrán, a lo menos, la ventaja de hallarse al alcance de todos,

bastando un mediano buen sentido para juzgarlas. Quizá se desdeña en demasía, en este género de obras, el lenguaje propio de cada lector; pero, si es preciso ser docto con el docto, lo es también ser poeta con el poeta. Dios no nos prohíbe seguir las sendas de flores cuando conducen a Él, que no siempre la descarriada oveja torna al aprisco por los ásperos y encumbrados caminos de la montaña.

Nos atrevemos a creer que este medio de considerar el cristianismo presenta relaciones poco conocidas: sublime por la antigüedad de sus recuerdos, que suben hasta el origen del mundo, inefable en sus misterios, adorable en sus sacramentos, interesante en su historia, celestial en su moral, rico y encantador en sus pompas, reclama toda especie de cuadros. ¿Queréis seguirlo en la poesía? El Taso, Milton, Corneille, Racine y Voltaire os pintan sus milagros. ¿En las bellas letras, la elocuencia, la historia, la filosofía? ¿Qué no han hecho, merced a su inspiración, Bossuet, Fenelón, Massillon, Bourdaloue, Bacon, Pascal, Euler, Newton y Leibnitz! ¿En las artes? ¿Qué de obras maestras! Si lo examináis en su culto, ¡cuánto no os dirán sus antiguas catedrales góticas, sus admirables oraciones y sus soberbias ceremonias! En su clero hallaréis a todos los hombres que os han transmitido la lengua y las obras de Roma y de Grecia; a todos los solitarios de la Tebaida; a todos los asilos para los desgraciados; a todos los misioneros de la China, del Canadá y del Paraguay, sin olvidar las Órdenes militares, origen de la Caballería. Hemos hecho servir a nuestra causa las costumbres de nuestros antepasados, la pintura de los antiguos días, la poesía, y hasta las novelas y los secretos de la vida. Pedimos sonrisas a la cuna y lágrimas al sepulcro; ora habitamos las cimas del Carmelo y del Líbano, con el monje maronita; ora velamos a la cabecera del enfermo con la hermana de la Caridad; aquí dos esposos americanos nos llaman al fondo de sus desiertos; allí oímos gemir a la virgen en las soledades del claustro; Homero viene a colocarse al lado de Milton, y Virgilio cerca del Taso; las ruinas de Menfis y

de Atenas contrastan con las de los templos cristianos, y los sepulcros de Osíán con nuestros cementerios campestres; visitamos en San Dionisio las cenizas de los reyes; y cuando nuestro asunto nos obligue a hablar del dogma de la existencia de Dios, nos limitaremos a buscar las pruebas de ella en las maravillas de la naturaleza; en una palabra, nos proponemos conmover por todos los medios posibles el corazón del incrédulo, sin atrevernos a creer que poseemos esa vara de la religión que hace brotar fuentes de agua viva del infecundo seno de un peñasco.

Cuatro partes, divididas cada una en seis libros, componen la presente obra. La primera trata de los dogmas y de la doctrina.

La segunda y la tercera encierran la parte poética del cristianismo, o sea las relaciones de esta religión con la poesía, la literatura y las artes.

La cuarta contiene el culto, es decir, todo lo que se refiere a las ceremonias de la Iglesia, y todo lo relativo al clero secular y regular.

Por lo demás, hemos acercado con frecuencia los dogmas y la doctrina de otros cultos a los dogmas y la doctrina del culto evangélicos; y para satisfacer a toda clase de lectores, hemos tocado también algunas veces la parte histórica y mística de la religión. Conocido ya por el lector el plan general de la obra, entremos en el examen de los *Dogmas y de la Doctrina*; y, antes de pasar a los misterios cristianos, empecemos por analizar la naturaleza de las cosas misteriosas.

II

DE LA NATURALEZA DEL MISTERIO

Sólo son hermosas, dulces y grandes en la vida las cosas misteriosas. Los sentimientos más maravillosos son aquellos que nos agitan un poco confusamente: el pudor, el amor casto y la amistad virtuosa están llenos de secretos. Pudiera decirse que los corazones que se aman se entienden a medias palabras, y que sólo están entreabiertos. La inocencia, que es una santa igno-

rancia, ¿no es el más inefable de los misterios? La niñez no es tan feliz sino porque nada sabe; y la vejez no es tan desgraciada sino porque lo sabe todo; afortunadamente para ella, al terminar los misterios de la vida, empiezan los de la muerte.

Si esto sucede respecto de los sentimientos, lo mismo ocurre respecto de las virtudes, siendo las más angelicales aquellas que, emanando inmediatamente de Dios, como la Caridad, se gozan en ocultarse a las miradas, como su divino manantial.

Pasando a las relaciones del espíritu, vemos que los placeres del pensamiento son también secretos. El secreto es de naturaleza tan divina, que los primeros hombres del Asia no hablaban sino por medio de símbolos. ¿A qué ciencia nos inclinamos sin cesar? No sino a aquella que siempre deja algo por adivinar, y que fija nuestras miradas en una perspectiva infinita. Si nos extraviáramos en el desierto, una especie de instinto nos hace huir de las llanuras, donde todo se descubre de una ojeada, y nos encaminamos en busca de esos bosques, cuna de la religión; de esos bosques cuya sombra, rumores y silencio están llenos de prodigios; de esas soledades donde los cuervos y las abejas suministraban alimento a los primeros padres de la Iglesia y donde aquellos santos varones gustaban tales delicias, que exclamaban: *¡Basta, Señor: moriré de dulzuras, si no mitigáis mi alegría!* En fin, nadie se detiene al pie de un monumento moderno, cuyo origen es conocido; pero hállese inopinadamente en una isla desierta en medio del Océano una estatua de bronce, cuyo brazo extendido muestra las regiones donde se pone el sol, y cuya base está cargada de jeroglíficos y corroída por el mar y el tiempo, ¡y qué manantial de meditaciones para el viajero! Todo es oculto, todo ignorado en el universo. El hombre mismo, ¿no es un extraño misterio? ¿De qué foco parte la centella que denominamos *existencia*, y en qué noche va a extinguirse? El Eterno ha colocado el Nacimiento y la Muerte en forma de dos fantasmas velados, en las dos extremidades de nuestra carrera: el uno produce el inconcebible momento

de nuestra vida, que el otro se apresura a devorar.

No debe, pues, sorprendernos, vista la propensión del hombre a los misterios, que las religiones de todos los pueblos hayan tenido sus secretos impenetrables. Los Selles estudiaban atentamente las palabras prodigiosas de las palomas de Dedona; India y Persia, Etiopía y Escitia, las Galias y Escandinavia tenían sus cavernas, sus montañas santas y sus encinas sagradas, donde el bracmán, el mago, el gimnosofista y el druida pronunciaban el oráculo inexplicable de los Inmortales.

¡No permita Dios que intentemos comparar estos misterios con los de la religión verdadera, y las inmutables profundidades del Señor que puebla los cielos, con las instables obscuridades de esos dioses, obra de la mano de los hombres ¹! Nuestro objeto ha sido únicamente hacer ver que no hay religión sin misterios, porque ellos y el sacrificio constituyen esencialmente el culto; el mismo Dios es el gran misterio de la Naturaleza; la Divinidad estaba cubierta con un velo en Egipto, y la Esfinge se sentaba en el umbral de sus templos.

III

DE LOS MISTERIOS CRISTIANOS.—DE LA TRINIDAD.

Descúbrese al primer golpe de vista, en lo relativo a los misterios, una gran ventaja de la religión cristiana sobre las religiones de la antigüedad, cuyos misterios no tenían relación alguna con el hombre, y sólo formaban, a lo más, un asunto de reflexiones para el filósofo, o de cantos para el poeta. Nuestros misterios, por el contrario, se dirigen a nosotros, pues contienen los arcanos de nuestra naturaleza. No se trata ya de un fútil arreglo de nombres, sino de la salvación y prosperidad del género humano. El hombre, que tan a fondo conoce todos los días su ignorancia y su debilidad, ¿podiera desechar los mis-

terios de Jesucristo, que son los de los desvalidos?

La Trinidad, primer misterio de los cristianos, abre un campo vastísimo de estudios filosóficos, bien sea que se le considere en los atributos de Dios, bien se busquen los vestigios de este dogma, antiguamente difundido en el Oriente. Es un torpe modo de discurrir el rechazar lo que no puede ser comprendido. Partiendo desde las cosas más sencillas de la vida, sería fácil demostrar que lo ignoramos todo; ¡y queremos penetrar las sutilezas de la Sabiduría!

La Trinidad fué tal vez conocida por los egipcios, pues la inscripción griega del gran obelisco del *Circo Mayor*, decía:

El gran Dios; el Engendrado de Dios, y el Todo-Brillante. (*Apolo, el Espíritu.*)

Heráclido de Pont y Porfirio reproducen un famoso oráculo de Serapis:

Todo es Dios en el origen; después el Verbo y el Espíritu; tres dioses coengendrados a la par, y reuniéndose en uno solo.

Los magos tenían una especie de Trinidad en su Metris, Oromasis y Araminis, o sean: Mitra, Oromaso y Aramino.

Platón habla, al parecer, de este dogma en muchos lugares de sus obras.

No sólo se pretende, dice Darcier, que conoció el Verbo, hijo eterno de Dios, sino que también se asegura que conoció el Espíritu Santo; y que, por consiguiente, tuvo alguna idea de la Santísima Trinidad, porque escribe al joven Dionisio:

«Debo declarar a Arquedemo lo que es mucho más precioso y divino, y lo que tienes gran deseo de saber, pues así me lo has expresamente manifestado; porque, según lo que él me ha dicho, crees que no te he explicado con bastante claridad lo que opino acerca de la naturaleza del primer principio; debo escribirlo por enigmas, para que si mi carta es interrumpida en tierra o mar, el que la lea no entienda su contenido. Todas las cosas están alrededor de su rey; subsisten por él, y él sólo es la causa de las cosas buenas; segun-

do para las segundas, y tercero para las terceras ¹»

En el *Epinomis* y en otras partes establece por principio el primer bien, el Verbo o el entendimiento, y el alma. El primer bien es Dios...; el Verbo o el entendimiento, es hijo de este primer bien, que lo ha engendrado semejante a él; y el alma, que es el término entre el Padre y el Hijo, es el Espíritu Santo ².

Platón había tomado esta doctrina de la Trinidad de Timeo de Locres, que la había recibido de la escuela itálica. Marsilio Ficino, en una de sus observaciones relativas a Platón, prueba, de acuerdo con Jámblico, Porfirio, Platón y Máximo de Tiro, que los pitagóricos conocían también la excelencia del Ternario, indicado por Pitágoras en este símbolo: *Honorato in primis habitum, tribunal et Triobolum*.

La Trinidad es conocida en las Indias.

«Lo más notable y sorprendente que he visto en este género, dice el padre Calmette, es un texto sacado del Lamaastambam, uno de sus libros... Empieza diciendo: El Señor, el bien, el gran Dios; en su boca reside la palabra. (El término de que se sirven la personifica). Habla luego del Espíritu Santo en estos términos: *Ventus seu Spiritus perfectus*, y concluye por la creación, atribuyéndola a un solo Dios ³»

En el Tibet:

«He aquí lo que acerca de la religión del Tibet ha llegado a mi noticia: Aquellos naturales llaman a Dios *Konciosa*, y parece tienen alguna idea de la adorable Trinidad, porque ya le llaman *Konciokocick*, Dios uno, ya le denominan *Koncioksum*, Dios trino. Sírvense de una especie de rosario, sobre el cual pronuncian estas palabras: *om*, *ha*, *hum*; y cuando se les pide la explicación de ellas, responden que *om* significa inteligencia o brazo, es decir: poder; que *ha* es la palabra, y que *hum* es el corazón o el amor; voces que, reunidas, significan Dios ⁴»

Los misioneros ingleses en Otaiti han

encontrado algunos vestigios de la Trinidad entre los dogmas religiosos de los habitantes de esta isla.

Además, creemos entrever en la naturaleza misma una prueba física de la Trinidad. Es el arquetipo del universo, o, si se quiere, su divina armazón. ¿No sería posible que la forma exterior y material participase del arco interior y espiritual que la sostiene, a la manera que Platón ¹ representaba las cosas corporales como la sombra de los pensamientos de Dios? El número TRES parece ser en la naturaleza el término por excelencia. El TRES no es engendrado, y engendra todas las demás fracciones, lo que inducía a Pitágoras a denominarle el número *sin madre* ².

Puede descubrirse alguna tradición obscura de la Trinidad, hasta en las fábulas del politeísmo.

Las Gracias la habían tomado por su término; existía en el Tártaro, para la vida y la muerte del hombre, y para la venganza celestial; por último, tres dioses hermanos componían, reuniéndose, el poder del universo.

Los filósofos dividían el hombre *moral* en tres partes; y los padres de la Iglesia creyeron hallar la imagen de la Trinidad espiritual en el alma del hombre.

«Si imponemos silencio a nuestros sentidos, dice Bossuet, y nos encerramos durante algún tiempo en el fondo de nuestra alma, es decir, en esa parte donde la verdad se hace oír, veremos en ella alguna imagen de la Trinidad que adoramos. El pensamiento, que sentimos nacer como el germen de nuestro espíritu, como el hijo de nuestra inteligencia, nos ofrece alguna idea del hijo de Dios concebido eternamente en la inteligencia del Padre celestial. He aquí por qué este hijo de Dios toma el nombre de Verbo, para que entendamos que nace en el seno del Padre, no como nacen los cuerpos, sino como nace en

1. *In Rep.*

2. *HIER., Comm. in Pyth.* El 3, simple por sí mismo, es el único número compuesto de simples, y da, al descomponerse, un número simple: no se puede componer otro número complejo sin el 3, excepto el 2. Las generaciones del 3 son magníficas, y estrictan en esa poderosa unidad que es el primer eslabón de la cadena de los números, y que llena el mismo universo. Los antiguos usaban mucho los números tomados metafísicamente; y no hay que precipitarse en afirmar de Pitágoras, Platón y los sacerdotes egipcios, de quienes ellos tomaban esta ciencia, que fueran locos o imbéciles.

1. Véase *Platon, SERRANUS*, t. III, carta II, p. 312.

2. *Œuvres de Platon*, traducidas por DACIER, t. I, p. 194.

3. *Lettres édifiantes*, t. XIV, pág. 9.

4. *Lettres édifiantes*, t. XII, pág. 437.

nuestra alma esa palabra interior que en ella oímos, cuando contemplamos la verdad.

»Empero, la fecundidad de nuestro espíritu no termina en esa palabra interior, en ese pensamiento intelectual, en esa imagen de la verdad que se forma en nosotros. Amamos esa palabra interior y el espíritu en que nace; y al amarla sentimos dentro de nosotros cierta cosa que no nos es menos preciosa que nuestro espíritu y nuestro pensamiento; que es el fruto del uno y del otro, que los une, que se une a ellos y forma con ellos una misma vida.

»Así, pues, en cuanto es posible hallar relaciones entre Dios y el hombre, se produce en Dios el amor eterno, que sale del Padre que piensa, y del Hijo, que es su pensamiento, para formar con él y su pensamiento una misma naturaleza, igualmente feliz y perfecta¹.»

He aquí un hermoso comentario a propósito de una sola palabra del Génesis: *Hagamos al hombre*.

Tertuliano se expresa en estos términos en su *Apologética*, acerca del gran misterio de nuestra religión:

«Dios ha creado el mundo mediante su *palabra*, su *razón* y su *poder*. Nuestros mismos filósofos convienen en que *logos*, el Verbo y la razón, es el creador del universo. Los cristianos añaden únicamente que la propia substancia del *verbo* y de la *razón*, esa substancia por cuyo medio Dios ha producido todo, es *espíritu*; que esa *palabra* o el *verbo* ha debido ser pronunciada por Dios, y que habiéndola Dios pronunciado, la ha engendrado; siendo, por lo tanto, *Hijo* de Dios, y *Dios*, en virtud de la unidad de su substancia. Si el sol dilata uno de sus rayos, su substancia no se separa, sino que se extiende. Así, pues, el Verbo es *espíritu* de un espíritu, y *Dios* de Dios, como una luz encendida en otra. Por consiguiente, lo que procede de *Dios* es Dios, y los dos con su espíritu, no forman sino uno, que se diferencia en propiedades, no en número; en orden, no en naturaleza; el Hijo ha salido de su principio sin abandonarlo; ahora bien: este rayo de Dios ha bajado al seno de una virgen, y se ha revestido

de carne, haciéndose un hombre unido a Dios. Esta carne, sostenida por el espíritu, se alimenta, crece, habla, enseña y obra: ved aquí a Cristo.»

Esta demostración de la Trinidad puede ser comprendida por cualquiera inteligencia por mediana que sea. Es preciso recordar que Tertuliano hablaba a unos que perseguían a Jesucristo, y que se esforzaban por hallar algún medio de atacar la doctrina y hasta las personas de sus defensores. No ampliaremos estas pruebas, y las abandonamos a los que han estudiado la secta itálica y la alta teología cristiana.

Por lo que respecta a las imágenes que someten a la debilidad de nuestros sentidos el mayor de los misterios, nos cuesta trabajo adivinar lo que el formidable triángulo de fuego impreso en la nube, pueda tener de ridículo en poesía. El Padre bajo la figura de un anciano, majestuoso antepasado de los tiempos, o representado como una efusión de luz, ¿será una pintura tan inferior a las de la Mitología? ¿No es cosa que maravilla el ver al Espíritu Santo, al espíritu sublime de Jehová, conducido por el emblema de la dulzura, del amor y de la inocencia? Dios siente la necesidad de sembrar su palabra. El Espíritu no es ya esa paloma que cubría a los hombres bajo sus alas de paz, sino un Verbo visible, una lengua de fuego que habla todos los idiomas de la tierra, y cuya elocuencia levanta o derriba los imperios.

Para pintar al divino Hijo, nos bastará trasladar aquí las palabras del que lo contempló en la plenitud de su gloria: «Estaba sentado en un trono, dice el Apóstol; su rostro brillaba como el sol en toda su fuerza; sus pies se asemejaban al metal fundido en la fragua, y sus ojos eran dos ascuas. De su boca salía una espada de dos filos; en la mano derecha tenía siete estrellas, en la izquierda un libro sellado con siete sellos, y delante de sus labios corría un río de luz. Los siete espíritus de Dios resplandecían en su presencia, como siete lámparas, y de su escabel salían voces, relámpagos y rayos.» (*Apoc.*, capítulos I y IV.)

1. Boss., *Hist. univ.*, 2.^a part., p. 167 y 168, t. II, edit. stér.

IV

DE LA REDENCIÓN

Bien así como la Trinidad encierra los secretos del orden metafísico, la Redención contiene las maravillas del hombre, y la historia de sus fines y de su corazón. ¡Con cuánto asombro veríamos, si nos detuviésemos un poco en tan altas meditaciones, avanzar estos dos misterios que ocultan en sus sombras las primeras intenciones de Dios y el sistema del universo! La Trinidad confunde nuestra pequeñez, abisma nuestros sentidos con su gloria, y retrocedemos anonadados en su presencia. Pero la tierna Redención, al arrasar en lágrimas nuestros ojos, evita que se deslumbren, permitiéndonos a lo menos fijarlos un momento en la Cruz.

Vemos desde luego salir de este misterio la doctrina del pecado original, que nos da la explicación del hombre. Sin la admisión de esta verdad, conocida por la tradición de todos los pueblos, nos rodea una noche impenetrable. ¿Cómo nos daríamos cuenta, sin la mancha primitiva, de la viciosa propensión de nuestra naturaleza, propensión combatida por una voz que nos dice que fuimos formados para la virtud? ¿Cómo explicarnos la aptitud del hombre para el dolor; cómo esos sudores que fecundan un surco terrible; cómo las lágrimas, las amarguras y los infortunios del justo; cómo los triunfos y prosperidades del perverso; cómo, repito, pudiera comprenderse todo esto sin una primera caída? Por haber desconocido esta degeneración, cayeron en extraños errores los filósofos de la antigüedad, e inventaron el dogma de la reminiscencia. Para convencernos de la fatal verdad de donde procede el misterio que nos rescata, no necesitamos más pruebas que la maldición lanzada contra Eva, maldición que todos los días se cumple a nuestra vista. ¡Cuántas cosas no encierran esa dislaceración de las entrañas! Y, por tanto, en ese placer de la maternidad, ¡cuán misteriosos anuncios del hombre y de su doble destino predicen a la vez el dolor y

la alegría de la mujer que le da a luz! No es posible desconocer las miras del Altísimo, al hallar los dos grandes fines del hombre en los dolores de su madre, y es preciso reconocer a un Dios, hasta en su maldición.

Además, vemos diariamente al hijo castigado por las culpas del padre, y el rechazo del crimen de un antepasado protervo herir a un descendiente virtuoso, lo cual prueba satisfactoriamente la doctrina del pecado original. Empero, como un Dios de bondad e indulgencia sabía que perecemos con esta caída, ha venido a salvarnos. No preguntemos a nuestro entendimiento, sino a nuestro corazón, pues somos débiles y culpables, cómo un Dios puede morir. Si este perfecto modelo del buen hijo; si este ejemplo de fiel amistad; si ese retiro al monte de los Olivos, ese cáliz amargo, ese sudor de sangre, esa mansedumbre de alma, esa sublimidad de espíritu, esa cruz, ese velo rasgado, ese peñasco hendido y esas tinieblas de la naturaleza; si, por último, ese Dios que expira por los hombres, no puede conmover nuestro corazón ni inflamar nuestros pensamientos, es de temer que nunca se hallen en nuestras obras, como en las del poeta, «brillantes milagros» *speciosa miracula*.

«Las imágenes no son razones, se me objetará tal vez; éste es un siglo de luces, que nada admite sin pruebas.»

Que nos hallamos en un siglo de luces, cosa es de que algunos han dudado; pero no nos causará sorpresa el que se nos dirija la citada objeción. Siempre que se ha tratado de argumentar seriamente contra el cristianismo, han respondido los Orígenes, los Clarke y los Bossuet; y cuando estós temibles adversarios han cerrado el camino a toda impugnación ulterior, se ha procurado desvirtuar sus razones, echando en cara al cristianismo esas mismas disputas metafísicas en que se quisiera envolvernos. Dícese, como Arrio, Celso y Porfirio, que nuestra religión es un tejido de sutilezas que nada ofrecen a la imaginación ni al corazón, y que no tiene otros sectarios que los *locos e imbéciles*. Mas, ¿se presenta alguno que, respondiendo a estas acusaciones, se propone demostrar que el culto evangélico es el del

poeta, el del alma tierna? Pues bien; entonces se replica: «¿Qué prueba todo eso, sino que sabéis pintar un cuadro más o menos perfecto?» En una palabra: si tratamos de pintar y conmover, se nos piden *axiomas* y *corolarios*, y si procuramos razonar, se nos reclaman *sentimientos* e *imágenes*. Difícil es, por cierto, entenderse con unos enemigos tan frívolos, y que nunca se hallan en el lugar a donde nos llaman. Aventuraremos algunas palabras acerca de la Redención, para demostrar que la teoría del cristianismo no es tan absurda cual se finge creerlo.

Una tradición universal nos enseña que el hombre ha sido creado en un estado más perfecto que el actual y que ha tenido una caída. Esta tradición se robustece con la opinión unánime de los filósofos de todos los tiempos y países, que nunca han podido explicarse el hombre moral, sin suponer un primitivo estado de perfección de que la naturaleza humana ha caído por su culpa ¹.

Si el hombre fué creado, lo fué para algún fin: por consiguiente, habiendo sido creado perfecto, el fin a que había sido llamado no podía dejar de serlo.

Pero, ¿la causa final del hombre no ha sufrido alguna alteración, en virtud de su caída? No, puesto que el hombre no ha vuelto a ser creado; no, puesto que la raza humana no ha sido aniquilada, para ser reemplazada por otra.

Así, pues, aunque el hombre se ha hecho mortal e imperfecto, merced a su desobediencia, ha subsistido no obstante con sus fines inmortales y perfectos. ¿Cómo llegará a estos fines, en su actual estado de imperfección? No le es posible conseguirlo mediante su propia energía, por la misma razón que un enfermo no puede elevarse a la altura de ideas a que un hombre en plena salud le es dado remontarse. Hay, por lo tanto, desproporción entre la fuerza y el peso que es forzoso levantar; y en esto se vislumbra ya la necesidad de una ayuda o redención.

«Este raciocinio, se replicará, sería exacto respecto del primer hombre, pero nosotros somos capaces de nuestros

fines. ¡Cuánta injusticia y cuánto absurdo sería darse a creer que todos somos castigados por la falta de nuestro primer padre!»

Sin decidir aquí si Dios tuvo o no razón para hacernos solidarios, todo lo que sabemos y todo lo que nos basta saber es que existe esta ley, pues vemos que en todas partes el hijo inocente sufre el castigo debido al padre culpable: ley tan estrechamente enlazada con el principio de las cosas, que se repite hasta en el orden físico del universo. Cuando nace un niño contaminado de males, a consecuencia de la vida licenciosa de su padre, ¿por qué no nos quejamos de la Naturaleza, pues, en último término, qué ha hecho ese inocente para que sobre él recaiga el castigo de ajenos vicios? Ahora bien: las enfermedades del alma se perpetúan como las del cuerpo, y el hombre se halla castigado en su última posteridad, de la falta en que le hizo incurrir la primera levadura del pecado.

Probada así la caída por la tradición universal y por la transmisión o la generación del mal moral y físico; y, por otra parte, habiendo quedado los fines del hombre tan perfectos como antes de su desobediencia, aunque él haya sufrido una degeneración, debemos inferir que una redención o un medio cualquiera de hacer al hombre capaz de sus fines, es una consecuencia natural del estado en que ha caído la naturaleza humana.

Una vez admitida la necesidad de una redención, busquemos el orden en que podremos encontrarla. Este orden puede tomarse en el hombre, o en una condición superior a él.

En el hombre. Para suponer una redención, necesitase que el precio esté a lo menos en razón directa de la cosa que se ha de rescatar. Y, ¿cómo suponer que el hombre, imperfecto y mortal, pudiera ofrecerse a sí mismo para reconquistar un fin perfecto e inmortal? ¿Cómo el hombre, partícipe de la primera culpa, hubiera podido bastar, así para la parte de pecado que le corresponde, como para la que corresponde al resto del género humano? Semejante abnegación, ¿no exigía un amor y una virtud superiores a la naturaleza? Pa-

1. Véase PLAT., ARIST., SÉN., los SANTOS PADRES, PASCAL, GROCIUS, ARN., etc.

rece que el cielo quiso dejar transcurrir cuatro mil años desde la caída hasta la rehabilitación, a fin de dar a los hombres tiempo bastante para juzgar por sí mismos cuán insuficientes eran sus degeneradas virtudes para tamaño sacrificio.

Réstanos, pues, ya solamente la segunda suposición; esto es, que la Redención debía proceder de una condición superior al hombre. Veamos si podía ser obra de algunos seres intermedios entre Dios y él.

Milton concibió una idea feliz al suponer que, después del pecado, el Eterno preguntó al consternado cielo si había alguna potestad que quisiera sacrificarse por la salvación del hombre. Las jerarquías celestiales enmudecieron, y entre tantos serafines, tronos, ardores, dominaciones, ángeles y arcángeles, ninguno halló en sí bastante fuerza para presentarse cual víctima propiciatoria. Esta concepción del poeta es rigurosamente verdadera en teología. En efecto, ¿dónde hubieran hallado los ángeles, en pro del hombre, el inmenso amor que supone el misterio de la Cruz? Diremos, además, que la más sublime de las potestades creadas no hubiera tenido ni aun la fuerza necesaria para consumarle. Ninguna substancia angélica podía, a causa de la debilidad de su esencia, arrostrar unos dolores que, según dice Masillón, unieron sobre la cabeza de Jesucristo todas las *agonías físicas* que podía suponer el castigo de todos los pecados cometidos desde el nacimiento de las razas, y todas las *penas morales*, todos los *remordimientos*, que habían debido sentir los pecadores al incurrir en la culpa. Si el mismo Hijo del hombre halló amargo el cáliz, ¿cómo lo hubiera acercado un ángel a sus labios? No hubiera podido apurar las *heces*, y el sacrificio no hubiera sido consumado.

No podíamos, por lo tanto, tener por Redentor sino a una de las tres personas existentes en toda la eternidad; y de estas tres divinas personas, vemos que el Hijo, por su misma naturaleza, debía ser el único que nos redimiese. Amor que enlaza las diversas partes del universo; Medio que reúne los extremos; Principio vivificador de la natu-

raleza, él era el único que podía reconciliar a Dios con el hombre. Presentóse este nuevo Adán, hombre, según la carne, por María; hombre, según la moral, por su Evangelio; hombre, según Dios, por su esencia. Nació de una virgen para no participar de la falta original, y para ser una víctima sin mancha; y nació en un establo, en el último escalón de las categorías humanas, porque hemos caído en el orgullo; aquí empieza la profundidad del misterio: aquí el hombre se confunde y el velo desciende.

Así es que el objeto a que podíamos llegar antes de la inobediencia, vuelve a sernos nuevamente propuesto; mas el camino que a él nos conduce no es ya el mismo. Adán, inocente, hubiérale alcanzado por caminos encantados; pero Adán, pecador, no puede conseguirlo sino a través de precipicios. La naturaleza ha cambiado desde la falta de nuestro primer padre, y el objeto de la Redención no ha sido hacer una creación nueva, sino hallar una salvación final para la primera. Todo, pues, quedó degenerado con el hombre; y este rey del universo, que habiendo nacido inmortal, debía elevarse, sin cambiar de existencia, a la bienaventuranza de las potestades celestiales, no puede ahora gozar de la presencia de Dios sin pasar por los *desiertos del sepulcro*, como dice San Juan Crisóstomo. Su alma ha sido salva de la destrucción final, mediante la Redención; empero su cuerpo, que a la natural fragilidad de la materia reúne la debilidad accidental del pecado, sufrió en todo su rigor la primitiva sentencia: cae, se funde y se disuelve. Dios, después de la caída de nuestros primeros padres, cediendo a los ruegos de su Hijo, y no queriendo destruir a todo el hombre, inventó la muerte como una semi nada, para que el pecador sintiese el horror de la nada por entero a que hubiera sido condenado sin los prodigios del amor celestial.

Nos atrevemos a creer que si hay algo claro en metafísica, es la ilación de este raciocinio. Aquí no se da tortura a las palabras, ni aquí hay divisiones y subdivisiones, ni términos oscuros o bárbaros. El cristianismo no se compone de estas cosas, como quisieran hacér-

noslo creer los sarcasmos de la impiedad. El Evangelio ha sido predicado al pobre de espíritu y ha sido entendido por él; es el libro más claro de cuantos se conocen; su doctrina no halla su asilo en la cabeza, sino en el corazón; no enseña a disputar, sino a vivir bien. Sin embargo, no carece de secretos. Lo que hay de verdaderamente inefable en la escritura es esa mezcla continua de los más profundos misterios, y de la más extremada sencillez; caracteres de que proceden lo tierno y lo sublime. No debemos, pues, admirarnos de que la obra de Jesucristo hable tan elocuentemente; y tales son también las verdades de nuestra religión, no obstante su escaso aparato científico que, admitido un solo punto, es forzoso aceptar todos los restantes. Hay más: si intentamos eludir los raciocinios negando el principio, como, por ejemplo, el pecado original, arrastrados en breve de consecuencia en consecuencia, nos veremos precisados a ir a perdernos en el ateísmo; desde el momento en que se reconoce a Dios, la religión cristiana llega inevitablemente con todos sus dogmas, como lo han observado Clarke y Pascal. He aquí, a nuestro parecer, una de las pruebas más poderosas en favor del cristianismo.

Por lo demás, no debe sorprendernos que el que rige, sin confundirlos, esos millones de globos que ruedan sobre nuestras cabezas, haya derramado tanta armonía en los principios de un culto establecido por Él; no debe sorprendernos que haga girar los encantos y grandezas de sus misterios en el círculo de una lógica incontrarrestable, así como dirige la revolución de los astros, para traer las flores o las tempestades de las estaciones. Apenas se concibe el desenfreno del siglo contra el cristianismo. Si es verdad que la religión es necesaria a los hombres, como lo han creído todos los filósofos, ¿con qué culto se pretende reemplazar el de nuestros padres? Durante mucho tiempo recordaremos aquellos días en que unos hombres sanguinarios intentaron erigir altares a las virtudes sobre las ruinas del cristianismo; hombres que con una mano levantaban cadalsos, y con la otra garantizaban en el frontispicio de nues-

tros templos la eternidad a Dios y la muerte al hombre; y los mismos templos donde en otro tiempo se veía a ese Dios conocido del universo, y esas imágenes de la Virgen, que consolaban a tantos infelices, estaban consagrados a la Verdad, que ningún hombre conoce, y a la Razón, que jamás ha enjugado una lágrima.

V

DE LA ENCARNACIÓN

La Encarnación nos presenta al soberano de los cielos en un establo; *al que lanza el rayo, rodeado de pañales de lino; al que no puede ser contenido en el universo, encerrado en el seno de una mujer*. La antigüedad hubiera sabido sacar gran partido de esta maravilla. ¿Qué cuadros nos hubieran dejado Homero y Virgilio del nacimiento de un Dios en un pesebre; de unos pastores que acuden presurosos a rodear su cuna; de unos magos guiados por una estrella; de unos ángeles que bajan al desierto; de una virgen madre que adora a su recién nacido, y de toda esta mezcla de inocencia, de encantos y de grandezza!

Prescindiendo de lo que nuestros misterios tienen de directo y sagrado, pueden hallarse bajo sus velos las verdades más embelesadoras de la naturaleza. Estos secretos del cielo, sin hablar de su parte mística, son tal vez el tipo de las leyes morales y físicas del mundo, lo cual sería muy digno de la gloria de Dios, y entonces se entrevería por qué ha querido manifestarse en estos misterios, con preferencia a cualquier otro que hubiera podido escoger. Jesucristo, por ejemplo, o el mundo moral, naciendo en el seno de una virgen, nos enseñaría el prodigio de la creación física, y nos mostraría el universo formándose en el seno del amor celestial. Las parábolas y las figuras de estos misterios se habrían grabado luego en cada uno de los objetos que nos rodean. En efecto, la fuerza nace en todas partes de la gracia; el río sale de la fuente; el león es primero alimentado con una leche semejante a la que chupa el cordero; y entre los hom-

bres, el Omnipotente ha prometido la gloria del cielo a los que practican las más humildes virtudes.

Los que no descubrieron en la casta Reina de los ángeles sino unos misterios de obscuridad, dignos son de lástima. Parécenos que pudiera decirse algo bastante tierno acerca de esta mujer mortal, que llegó a ser la madre inmortal de un Dios redentor; acerca de esa María, a la vez virgen y madre, los dos estados más divinos de la mujer; acerca de esa hija candorosa del antiguo Jacob, que acude al amparo de las miserias humanas, y sacrifica a un hijo para salvar la raza de sus padres. Esta tierna mediadora entre el Eterno y nosotros, abre con la dulce virtud de su sexo un corazón lleno de bondad a nuestras tristes confidencias, y desarma a un Dios en su enojo: ¡dogma de consuelo que mitiga el terror que un Dios inspira, e interpone la hermosura entre nuestra nada y la majestad divina!

Los cánticos de la Iglesia nos pintan a la bienaventurada María sentada en un trono de candor, más puro que la nieve; brilla sobre ese trono como una *rosa misteriosa*¹, o como la *estrella de la mañana*, *precursora del sol de la gracia*²; los ángeles más hermosos la sirven, en tanto que las arpas y las voces celestiales forman en su derredor suavísimos conciertos; en esta hija de los hombres se encuentran el *refugio de los pecadores*³ y el *consuelo de los afligidos*⁴; ignora las santas iras del Señor, que toda es bondad, toda compasión, toda indulgencia.

María es la divinidad de la inocencia, de la debilidad y del infortunio. La multitud de sus adoradores en nuestros templos se compone de pobres marineros, a quienes ha salvado del naufragio, de viejos inválidos, a quienes ha librado de la muerte bajo el hierro de los enemigos de Francia, y de mujeres jóvenes cuyos dolores ha calmado. Estas presentan sus hijos ante su imagen; y el corazón del tierno infante, incapaz de comprender aún al Dios del cielo, comprende ya a la divina madre que lleva un niño en brazos.

VI

LOS SACRAMENTOS. — EL BAUTISMO Y LA CONFESIÓN.

Si los misterios anonadan el espíritu por su grandeza, experimentase otra especie de asombro, pero acaso no menos profundo, al contemplar los sacramentos de la Iglesia. El conocimiento del hombre civil y moral está todo él encerrado en sus instituciones.

El Bautismo, primer sacramento que la religión confiere al hombre, le *reviste de Jesucristo*, según la palabra del Apóstol. Este sacramento nos recuerda la corrupción en que hemos nacido, las entrañas rasgadas por el dolor que nos encerraron, y las tribulaciones que en este mundo nos esperan; nos dice que nuestras faltas recaerán sobre nuestros hijos, y que todos somos solidarios: enseñanza terrible que, bien meditada, bastaría por sí sola para hacer reinar la virtud entre los hombres.

Ved al neófito en medio de las aguas del Jordán: el solitario del peñasco derrama sobre su cabeza el agua lustral; el río de los patriarcas, los camellos de sus orillas, el templo de Jerusalén y los cedros del Líbano, muéstranse atentos, o por mejor decir, miran al joven en las sagradas fuentes. La regocijada familia que le rodea, renuncia por él al pecado, y le da el nombre de su abuelo, que se inmortaliza en ese renacimiento perpetuo que el amor produce de raza en raza. Ya el padre se apresura a tomar su hijo para llevarlo a una esposa que cuenta impaciente todos los golpes de la campana bautismal. Todos rodean el lecho materno, y todos los ojos vierten lágrimas de ternura y religión; el nuevo nombre del niño, antiguo nombre de su abuelo, repítese de boca en boca; y mezclando todos los recuerdos pasados con las presentes alegrías, se cree reconocer al anciano en el recién nacido, que hace revivir su memoria. Tales son los cuadros que presenta el sacramento del Bautismo; pero la religión, siempre moral, siempre grave, aun cuando es más risueña, nos muestra al hijo de los reyes vestido de

1. *Rosa mystica.*2. *Stella matutina.*3. *Refugium peccatorum.*4. *Consolatrix afflictorum.*

púrpura, renunciando a las grandezas de Satanás en la misma piscina en que el hijo del pobre, cubierto de harapos, acaba de abjurar unas pompas a cuya participación no será condenado.

Hallamos en San Ambrosio una descripción curiosa del modo con que se administraba el sacramento del Bautismo en los primeros siglos de la Iglesia¹. El día elegido para esta ceremonia era el sábado santo, y se daba principio a ella tocando las ventanas de las narices y las orejas del catecúmeno, diciendo : *ephpheta, abrios* ; luego se le hacía entrar en el *Sancta Sanctorum*, y en presencia del diácono, del presbítero y del obispo, renunciaba a las obras del demonio. Volvía hacia el Occidente, imagen de las tinieblas, para abjurar al mundo, y hacia el Oriente, símbolo de la luz, para sellar su alianza con Jesucristo. Entonces el obispo bendecía el baño cuyas aguas, en sentir de San Ambrosio, indican los misterios de la Escritura : la creación, el diluvio, el paso del mar Rojo, la nube, las aguas de Mara, Naaman y el paralítico de la piscina. Hecha sobre las aguas la señal de la cruz, sumergíase en ella tres veces el catecúmeno en honor de la Trinidad, enseñándole que en el Bautismo dan testimonio tres cosas : el agua, la sangre y el espíritu.

Al salir del *Sancta Sanctorum*, el obispo ungía la cabeza al hombre renovado para imponerle el sello de la raza elegida y de la nación sacerdotal del Señor. Luego se le lavaban los pies, y se le vestía un traje blanco, símbolo de la inocencia ; después de lo cual recibía en el sacramento de la Confirmación el espíritu de divino temor, de sabiduría e inteligencia, de consejo y fuerza, de doctrina y piedad. El obispo pronunciaba en alta voz las palabras del Apóstol : *Dios, Padre, te ha marcado con su sello ; Jesucristo Nuestro Señor te ha confirmado, y ha dado a tu corazón las arras del Espíritu Santo*.

El nuevo cristiano marchaba entonces al altar, para recibir el pan de los

ángeles, diciendo : *Entraré en el altar del Señor, del Dios que alegra mi juventud*. En presencia del altar, cubierto de vasos de oro, antorchas, flores y telas de seda, el neófito exclamaba con el Profeta : *Habéis preparado una mesa delante de mí ; el Señor me sustenta, y nada me faltará, pues me ha colocado en un lugar abundante en alimento*. La ceremonia terminaba con la celebración del sacrificio de la misa. Muy augusta debía ser la fiesta en que los Ambrosios daban al pobre inocente el puesto que negaban al emperador culpable.

Si en este primer acto de la vida cristiana no se advierte una mezcla divina de teología y de moral, de misterios y sencillez, nunca habrá cosa divina en religión.

Pero considerado en más alta esfera y como figura del misterio de nuestra redención, el Bautismo es un baño que restituye al alma su primer vigor. No es posible recordar sin emoción la hermosura de los antiguos días, cuando los bosques no tenían bastante silencio ni las grutas bastante profundidad para los fieles que iban a meditar en ellos los misterios. Aquellos primitivos cristianos, testigos de la renovación del mundo, se ocupaban de pensamientos muy diferentes de los que hoy nos encorvan hacia la tierra, pues somos cristianos envejecidos en el siglo, que no en la fe. En aquel tiempo la sabiduría se albergaba en los peñascos, en los antros con los leones, y los reyes iban a consultar al solitario de la montaña. ¡ Días harto rápidos ! Ya no hay un San Juan en el desierto ; y el venturoso catecúmeno no sentirá ya correr sobre su cabeza las aguas del Jordán, que arrastraban al mar todas sus manchas.

Al Bautismo sigue la Confesión ; y la Iglesia, con esa prudencia que sólo ella posee, ha fijado la época de la administración de este sacramento en la edad en que se puede concebir la idea del pecado ; pues es cierto que a los siete años el niño tiene las nociones del bien y del mal. Todos los hombres, sin excluir a los filósofos, sean cuales fueren, por otra parte, sus opiniones, han mirado el sacramento de la Penitencia como una de las barreras más fuertes que pueden oponerse al vicio, y como

1. AMBROSIO, de *Myst.* Tertuliano, Orígenes, San Jerónimo, San Agustín, habían también del bautismo, pero menos detalladamente que San Ambrosio. En los seis libros de los *Sacramentos*, falsamente atribuidos a este Padre, es donde se ve la circunstancia de las tres inmersiones y el palpiamiento de la nariz de que hablamos aquí.

el Verbo se dignó hacerse semejante a nosotros, al descender al seno de una mujer. Por una parte, se enlaza con su Padre en virtud de su espiritualidad, y por la otra se une con la carne, en razón de su forma humana; de esta manera se constituye el lazo buscado entre el hijo culpable y el padre misericordioso. Ocultándose bajo la especie de pan, se hace un objeto sensible para los ojos del cuerpo, mientras permanece un objeto intelectual para los del alma. Si ha escogido el pan para velarse, es porque el trigo es un emblema noble y puro del alimento divino.

Si esta elevada y misteriosa teología de que nos limitamos a trazar algunos rasgos, arredra a nuestros lectores, obsérvese no obstante cuán luminosa es esta metafísica comparada con la de Pitágoras, Platón, Timeo, Aristóteles, Carneades y Epicuro, pues no se halla en ella ninguna de esas abstracciones de ideas, para las cuales es forzoso crearse un lenguaje ininteligible al común de los hombres.

Resumiendo lo que hemos dicho acerca de la comunión, vemos que presenta desde luego una pompa encantadora; que enseña la moral, porque es preciso hallarse puro para acercarse a ella; que es la ofrenda de los dones de la tierra al Criador, y que trae a la memoria la sublime y tierna historia del Hijo del hombre. Unida al recuerdo de la Pascua y de la primera alianza, la comunión va a perderse en la noche de los tiempos; se enlaza con las primeras nociones relativas al hombre religioso y político, y expresa la antigua igualdad del género humano; finalmente, perpetúa la memoria de nuestra primera caída, y la de nuestra rehabilitación y reunión con Dios.

VIII

LA CONFIRMACIÓN, EL ORDEN SACERDOTAL Y EL MATRIMONIO.—EXAMEN DEL VOTO DE CELIBATO BAJO SUS RELACIONES MORALES.

Es imposible no experimentar cierta admiración al considerar la época de la vida en que la religión ha señalado el solemne himeneo del hombre con el

Criador: esa época es el momento en que el corazón va a inflamarse en el fuego de las pasiones; el momento en que la mente puede concebir al Ser Supremo: Dios se muestra como el inmenso genio que atormenta súbitamente al joven, llenando todas las facultades de su alma inquieta y engrandecida. Pero el peligro aumenta, y el inexperto viajero, lanzado a la senda de la vida, ha menester de nuevos auxilios. La religión, que no le olvida, le reserva un apoyo en la Confirmación: ésta acude a sostener sus trémulos pasos, como el báculo del peregrino, o como aquellos cetros que se transmitían de raza en raza entre los reyes antiguos, y en los cuales se apoyaban los Evandros y los Néstores, pastores de los hombres, al juzgar a los pueblos. Notemos que la moral entera de la vida se encierra en el sacramento de la Confirmación, puesto que todo aquel que tiene la fuerza necesaria para confesar a Dios, practicará por precisión la virtud, toda vez que el pecar es renegar del Criador.

El mismo espíritu de sabiduría ha colocado el Orden y el Matrimonio inmediatamente después de la Confirmación.

El niño es ya hombre, y la religión que le ha seguido con tierna solicitud en el estado natural, no le abandonará en el social. ¡Admirad aquí la profundidad de los designios del legislador de los cristianos! No ha establecido sino dos sacramentos sociales, si podemos decirlo así, porque, en efecto, sólo hay dos estados en la vida: el celibato y el matrimonio. Así, pues, sin detenerse en las distinciones civiles, inventadas por nuestra mezquina razón, Jesucristo divide la sociedad en dos clases, a las que da, no leyes políticas, sino morales, y en esto se halla de acuerdo con toda la antigüedad. Los antiguos sabios de Oriente, que han dejado tan colosal nombradía, no reunían a los hombres tomándoles al azar, para meditar impracticables constituciones, sino que eran unos verdaderos solitarios que habían viajado mucho tiempo, y cantaban a los dioses sobre la lira. Cargados con las riquezas adquiridas en extrañas naciones, y aun más ricos con los dones

de una vida santa, pulsando el laúd y ostentando una corona de oro sobre la nevada cabellera, aquellos hombres divinos, sentados a la sombra de algún plátano, dictaban sus lecciones a todo un pueblo embelesado. ¿Y cuáles eran las instituciones de los Amfiones, los Cadmos y los Orfeos? Una hermosa música, llamada Ley, danzas, cánticos, algunos árboles consagrados, unos ancianos que guiaban unos niños, un himeneo formado al pie de un sepulcro, la religión y Dios en todas partes. Esto lo ha hecho también el cristianismo, aunque de una manera aun más admirable.

Sin embargo, los hombres nunca se avienen relativamente a los principios, y las instituciones más sabias han hallado detractores. Así es que en estos últimos tiempos se ha clamado contra el voto del celibato, inherente al sacramento del Orden. Unos, buscando por dondequiera armas contra la religión, han creído hallarlas en ella misma, y han hecho valer la antigua disciplina de la Iglesia, que, en su opinión, permitía el matrimonio al sacerdote, al paso que otros se han contentado con hacer de la caridad cristiana el blanco de sus sarcasmos. Respondamos a los hombres razonadores y a las objeciones morales.

Es cierto que el séptimo canon del segundo concilio de Letrán en el año 1139, fija, sin ningún género de duda, el celibato del clero católico. En una época más remota, pueden citarse algunas disposiciones del concilio citado¹, en 1123; de Tibur², en 895; de Troli³, en 909; de Toledo⁴, en 633, y de Calcedonia⁵, en 451. Baronio prueba que el voto del celibato era general entre el clero en el siglo VI⁶. Un canon del primer concilio de Tours excomulga a todo presbítero, diácono o subdiácono que hubiese conservado su mujer después de recibidas las órdenes: *Si inventus fuerit presbyter cum sua presbytera, aut diaconus cum sua diaconissa; aut subdiaconus cum sua subdiaconissa,*

*annum integrum excommunicatus habebitur*¹. La virginidad era mirada como el estado más perfecto para un cristiano, desde los tiempos de San Pablo.

Pero aun admitiendo por un momento que el matrimonio de los sacerdotes hubiese sido tolerado en la primitiva Iglesia, lo que no puede sostenerse históricamente ni canónicamente, no se inferiría de esto que les debiese ser permitido en la actualidad. Las costumbres modernas se oponen a esta innovación, que destruiría, por otra parte, radicalmente la disciplina de la Iglesia.

En los antiguos días de la religión, días de combates y de triunfos, los cristianos, poco numerosos y llenos de virtud, vivían fraternalmente entre sí, disfrutaban de las mismas alegrías y participaban de las mismas atribuciones en la mesa del Señor. El pastor podía, pues, en rigor, tener una familia en medio de aquella sociedad santa, que era ya su familia; no era desviado por sus propios hijos del cuidado de sus restantes ovejas, pues formaban parte de su rebaño; ni podía delatar en provecho de ellos los secretos del pecador, puesto que no había pecados que ocultar, y las confesiones se hacían en alta voz en aquellas *basílicas de la muerte*², en que los fieles se reunían para orar sobre las cenizas de los mártires. Aquellos cristianos habían recibido del cielo un sacerdocio que nosotros hemos perdido. Más que una asamblea popular, formaban una comunidad de levitas y de religiosos: el bautismo había hecho de todos unos sacerdotes y confesores de Jesucristo.

San Justino el Filósofo, en su primera *Apología*, hace una admirable descripción de la vida de aquel tiempo. «Se nos acusa, dice, de perturbadores de la tranquilidad del Estado, y, no obstante, uno de los principales dogmas de nuestra fe es que nada está oculto a los ojos de Dios, y que nos juzgará severamente un día por nuestras buenas o malas acciones; pero, ¡oh poderoso emperador!, las mismas penas que has decretado contra nosotros, nos radican en nuestro culto, pues todas esas persecuciones nos han sido predi-

1. Can. XXI.

2. Cap. XXVIII.

3. Cap. VIII.

4. Can. LII.

5. Can. XVI.

6. BARON., *Ar. LXXXVIII*, n.º 13.

1. Can. XX.

2. S. HIERON.

chas por nuestro Maestro, hijo del Supremo Dios, padre y señor del universo.

»El día del sol (el domingo), todos los habitantes de la ciudad y del campo se reunían en un lugar común; leíanse las Sagradas Escrituras; luego, un *anciano*¹ exhortaba al pueblo a imitar tan hermosos ejemplos. Levantábanse y oraban de nuevo; se presentaba agua, pan y vino, y el prelado recitaba la acción de gracias, respondiendo la concurrencia: *Amén*. Distribuíase una parte de las cosas sagradas, y los diáconos llevaban el resto a los ausentes. Hacíase una cuestación, y los ricos daban lo que tenían a bien. El prelado guardaba estas limosnas para asistir a las viudas, huérfanos, enfermos, presos, pobres y extranjeros, y en una palabra, a todos los necesitados, que corrían esencialmente por cuenta del prelado. Si nos reunimos en el día del sol, es porque Dios formó el mundo en él, y en él resucitó a su Hijo para confirmar a sus discípulos en la doctrina que hemos expuesto.

»Si te parece buena, respétala, y si despreciable, recházala; mas no por ello entregues a los verdugos unos hombres que ningún mal han hecho, porque nos atrevemos a anunciarte que no evitarás el juicio de Dios si permaneces en la injusticia; por lo demás, sea cual fuere nuestra suerte, ¡cúmplase la voluntad de Dios! Hubiéramos podido reclamar tu equidad en virtud de la carta de tu padre César Adriano, de ilustre y gloriosa memoria; pero hemos preferido confiarte la justicia de nuestra causa².»

La *Apología* de Justino estaba bien hecha para sorprender la tierra. El autor acababa de revelar una edad de oro en medio de la corrupción, y de descubrir un pueblo nuevo en los subterráneos de un antiguo imperio. Semejantes costumbres debieron parecer tanto más hermosas, cuanto que no eran conocidas en los primeros días del mundo, en consonancia con la naturaleza y las leyes, y formando un notable contraste con el resto de la sociedad. Lo que hace la vida de aquellos fieles más intere-

sante que la de esos hombres perfectos cantados por la Fábula, es que éstos se nos representan felices, y aquéllos se nos muestran a través de los encantos del infortunio. La virtud no se ostenta con más poder a la sombra de los bosques y a la orilla de las fuentes, sino que debemos verla a la sombra de los muros de las cárceles, y entre las olas de sangre y de lágrimas. ¡Cuán divina es la religión, cuando en el fondo de un subterráneo, en el silencio y en la noche de los sepulcros un pastor rodeado de peligros celebra, al resplandor de una lámpara, delante de un rebaño de fieles, los misterios de un Dios perseguido!

Era necesario consignar sólidamente esta inocencia de los cristianos primitivos, para enseñar que si, a pesar de tanta pureza, se hallaron inconvenientes al matrimonio de los sacerdotes, sería de todo punto imposible admitirlo en la actualidad.

En efecto, cuando los cristianos se multiplicaron y la corrupción cundió entre los hombres, ¿cómo hubiera podido el sacerdote desempeñar al mismo tiempo los deberes de su familia y de su iglesia? ¿Cómo hubiera permanecido casto al lado de una esposa que había dejado de serlo? Y si se nos presentan como objeción los países protestantes, diremos que en ellos ha sido preciso abolir gran parte del culto exterior; que un ministro no se presenta en un templo dos o tres veces a la semana; que han cesado casi todas las relaciones entre el pastor y el rebaño, pues aquél es por lo regular un hombre de mundo, que da bailes y banquetes. Por lo que respecta a algunas sectas morosas, que afectan la sencillez evangélica, y quieren una *religión* sin *culto*, esperamos que no nos serán presentados como objeción. Por último, en los países donde está establecido el matrimonio clerical, la confesión, la más preciosa de las instituciones morales, cesó y debió cesar inmediatamente, pues es muy natural que nadie se atreva a hacer dueño de sus secretos al hombre que ha hecho a una mujer dueña de los suyos; témesese, con razón, confiarse al hombre que ha roto su contrato de fidelidad con Dios,

1. Un sacerdote.

2. *Just., Apol.*, édit. Marc., fol. 1742.

y repudiado al Criador para unirse con la criatura.

Réstanos sólo responder a la objeción deducida de la ley general de la población.

Parécenos que una de las primeras leyes naturales que debió abolirse al empezar la Nueva Alianza, fué la que favorecía la población más allá de ciertos límites. Uno fué Jesucristo y otro fué Abrahán: éste se mostró en un tiempo de inocencia, en que la tierra carecía de habitantes, al paso que Jesucristo apareció en medio de la corrupción de los hombres y cuando el mundo había perdido su soledad. El pudor puede cerrar en nuestros días el seno de las mujeres, pues la segunda Eva, al curar los males que habían abrumado a la primera, ha hecho bajar del cielo la virginidad, para darnos una idea del estado de pureza y de alegría que precedió a los antiguos dolores de la madre.

El Legislador de los cristianos nació de una virgen y murió virgen. ¿No ha querido enseñarnos en esto, bajo las relaciones políticas y naturales, que la tierra había llegado a su complemento de habitantes, y que, lejos de multiplicar las generaciones, sería preciso disminuirlas en lo sucesivo? En apoyo de esta opinión, vemos que los Estados nunca perecen por falta, sino por exceso de hombres. Una población exuberante es el azote de los imperios. Los bárbaros del Norte devastaron el globo cuando sus bosques se vieron llenos. Suiza se veía obligada a derramar sus industriosos habitantes por los reinos extranjeros, como derrama sus ríos fecundos; y a nuestra vista, en el momento mismo en que Francia perdió tantos labradores, la agricultura se mostró más floreciente. ¡Ah! Miserables insectos, zumbamos en derredor de una copa de acíbar, en la que por casualidad han caído algunas gotas de miel, y nos devoramos recíprocamente cuando el espacio falta a nuestra multitud. Por una desgracia aun mayor, cuanto más nos multiplicamos, más campo falta a nuestros deseos. De este terreno que disminuye siempre, y de estas pasiones que aumentan sin cesar, deben resultar tarde o temprano espantosas revoluciones.

Por lo demás, los sistemas se desvanecen ante los hechos. ¡Europa está desierta, merced a un clero católico que ha hecho voto de celibato! Hasta los monasterios son favorables a la sociedad, porque los frailes esparcen la abundancia en la cabaña del pobre, al consumir sus géneros en las localidades que pueblan. ¿Dónde se veían en Francia paisanos bien vestidos y labradores cuyo aspecto anunciase la abundancia y la alegría a no ser bajo la dependencia de alguna opulenta abadía? Las grandes propiedades no producen siempre este efecto; y las abadías, ¿eran, acaso, otra cosa que unos dominios donde residían sus propietarios? Pero esto nos llevaría demasiado lejos, y volveremos a tratar de esta materia cuando nos ocupemos de las órdenes monásticas. Añadamos, no obstante, que el clero favorecía la población, predicando la concordia y la unión entre los esposos, deteniendo los progresos del libertinaje y fulminando las censuras de la Iglesia contra el sistema del pequeño número de hijos, adoptado por el pueblo de las ciudades.

Por último, parece casi demostrado que en un gran Estado son necesarios algunos hombres que, separados del resto del mundo e investidos de un carácter augusto, puedan trabajar en los progresos de las luces, en la perfección de la moral y en el alivio de los desgraciados, sin hijos, sin esposa y sin las ocupaciones propias del siglo. ¡Cuántos milagros no han operado bajo estos tres puntos de vista en la sociedad, nuestros clérigos y religiosos! Déseles una familia, y esos estudios y esa caridad que consagraban a su patria, los utilizarán en pro de sus parientes; y ¡felices si no convierten en vicios las virtudes!

He aquí lo que teníamos que responder a los moralistas, relativamente al celibato clerical. Veamos ahora si podemos decir algo a los poetas: para ello nos son indispensables otras razones, otras autoridades y otro estilo.

IX

SOBRE EL SACRAMENTO DEL ORDEN

La mayor parte de los sabios de la antigüedad vivieron en el celibato; y sabido es cuán venerada era la castidad entre los gimnosofistas, los bracmanes y los druidas. Los mismos salvajes la miran como celestial, porque los pueblos de todos los tiempos y de todos los países, han abrigado una opinión unánime acerca de la excelencia de la virginidad. Entre los antiguos, los sacerdotes y las sacerdotisas, de quienes se creía que comunicaban íntimamente con el cielo, debían vivir solitarios; y el más ligero ataque a sus votos era seguido de un castigo terrible. Ofrecíanse tan sólo a los dioses las terneras que aun no habían sido madres. Cuanto había de más sublime y dulce en la Fábula poseía la virginidad, dote que se concedía a Venus-Urania y a Minerva, diosas del genio y de la sabiduría; la Amistad era una adolescente, y la misma Virginidad, personificada bajo los atributos de la luna, ostentaba su misterioso pudor en los frescos espacios de la noche.

Considerada bajo otros puntos de vista, la virginidad no es menos amable. En los tres reinos de la naturaleza es el manantial de las gracias y la perfección de la hermosura. Los poetas, a quienes nos proponemos convencer aquí, nos servirán de autoridad contra ellos mismos. ¿No se complacen en reproducir en todas partes la idea de la virginidad en sus descripciones y cuadros? Encuétranla también en medio de los campos, en las rosas de la primavera y en la nieve del invierno; y la colocan en las dos extremidades de la vida, esto es, en los labios del niño y en los cabellos del anciano; colócanla asimismo en los misterios del sepulcro, y nos hablan de la antigüedad, que consagraba a los Manes unos árboles sin semilla, porque la muerte es estéril, o porque en la otra vida se desconocen los sexos, y el alma es una virgen inmortal. Nos dicen, por último, que entre los animales, los que más se acercan a nuestra

inteligencia, están consagrados a la castidad. ¿No creemos reconocer en la colmena de las abejas el modelo de esos monasterios donde las vestales componen una miel celestial con la flor de las virtudes?

Por lo que respecta a las Bellas Artes, la virginidad constituye asimismo sus encantos, y las Musas le deben su eterna juventud. Pero en el hombre es donde despliega especialmente su excelencia. San Ambrosio compuso tres tratados acerca de la virginidad, empleando en ellos todas las galas de su elocuencia, y se excusa de ello diciendo que lo hace para cautivar el espíritu de las doncellas mediante la dulzura de sus palabras¹. El citado santo denomina la virginidad una *exención de toda mancha*², y demuestra cuán preferible era su tranquilidad a los cuidados del matrimonio, diciendo a las vírgenes: «El pudor que colora vuestras mejillas os hace extremadamente bellas. Retiradas de la vista de los hombres, cual rosas solitarias, vuestras gracias no están sometidas a sus falsos juicios, y, no obstante, bajáis al palenque para disputar el precio de su hermosura, no la corporal, sino la de la virtud; hermosura que las enfermedades no desfiguran, que los años no marchitan, que ni aun la muerte arrebatada. Sólo Dios se constituye juez de estas luchas de las vírgenes, porque ama las almas hermosas aun en los cuerpos feos... Una virgen no conoce los inconvenientes de la preñez ni los dolores del parto; es un don del cielo y la alegría de sus parientes; ejerce en la casa paterna el sacerdocio de la castidad, y es una víctima que se inmola diariamente por su madre.»

En el hombre, la virginidad presenta un carácter sublime, y si combatida por las tempestades del corazón sabe resistir, es celestial. «Un alma casta, dice San Bernardo, es por virtud lo que el ángel por naturaleza; y si hay más felicidad en la *castidad* del ángel, hay más valor en la del hombre.» En los religiosos se transforma en humanidad, como lo acreditan los *Padres de la Redención* y todas esas *Órdenes hospitalarias*, consagradas al consuelo de nues-

1. De *Virginit.*, lib. I, cap. I, nota 4.

2. De *Virginit.*, lib., II, cap. V.

tros dolores ; cámbiase en estudio en el sabio ; es meditación en el solitario ; carácter esencial del alma y de la fuerza mental, no existe un hombre que no haya conocido sus ventajas para entregarse a los trabajos del espíritu ; es, por consiguiente, la primera de las cualidades, puesto que imprime nuevo vigor al alma, y ésta es la parte más preciosa de nosotros mismos.

Pero si la castidad es necesaria en alguna parte, es en el servicio de la Divinidad. Oigamos a Platón : « Dios es la verdadera medida de las cosas, y debemos hacer todos los esfuerzos posibles para asemejarnos a él¹. » El hombre que se ha consagrado a los altares, está más obligado a esto que otro cualquiera. « No se trata aquí, dice San Crisóstomo, del gobierno de un imperio o del mando militar, sino de un cargo que exige una virtud angelical, pues el alma de un sacerdote debe ser más pura que los rayos del sol². » « El ministro cristiano, añade San Jerónimo, es el intérprete entre Dios y el hombre. » Es preciso, pues, que el sacerdote sea un personaje divino ; que en su derredor reinen la virtud y el misterio ; y que, retirado en las santas tinieblas del templo, se le oiga sin ser visto ; que su voz solemne, grave y religiosa, pronuncie palabras proféticas, o entone himnos de paz en las sagradas profundidades del tabernáculo ; que se deje ver pocas veces entre los hombres, y que no se muestre en el siglo sino para hacer el bien a los desvalidos, porque sólo a este precio se le conceden el respeto y la confianza. Y no tardará en perder aquél y ésta si se le halla a la puerta de los magnates, si tiene esposa, si le rodea la familiaridad, si se muestra con todos los vicios de que se acrimina al mundo, y si se puede por un momento suponersele un hombre como los demás.

Finalmente, el anciano casto es una especie de divinidad : Príamo, viejo como el monte Ida, y de cabellos tan blancos cual la encina del Gárgaro ; Príamo, en su palacio y en medio de sus cincuenta hijos, presenta a los siglos el espectáculo más augusto de la paternidad ; pero Platón, sin esposa y

sin familia, sentado al pie de un templo en la punta de un cabo azotado por las olas ; Platón, enseñando la existencia de Dios a sus discípulos, es un ser mucho más divino, pues se muestra desprendido de la tierra y parece pertenecer a esos *demonios*, a esas inteligencias superiores de que nos habla en sus escritos.

La virginidad, pues, subiendo desde el último eslabón de la cadena de los seres hasta el hombre, pasa desde éste a los ángeles y desde éstos a Dios, en quien se pierde. Dios brilla eternamente único en los espacios de la eternidad, como el sol, su imagen, en los espacios del tiempo.

Deduzcamos que los poetas y los hombres de más delicado gusto, nada razonable pueden oponer al celibato sacerdotal, puesto que la virginidad forma parte del recuerdo en las cosas antiguas, de los encantos en la amistad, del misterio en la tumba, de la inocencia en la cuna, de todos los atractivos en la juventud, de la humanidad en los religiosos, de la santidad en el sacerdote y en el anciano, y de la divinidad en los ángeles y en el mismo Dios.

X

EL MATRIMONIO

Europa debe a la Iglesia el pequeño número de buenas leyes que posee. Acaso no hay una sola circunstancia en materia civil que no haya sido prevista por el derecho canónico, fruto de la experiencia de quince siglos y del talento de los Inocencio y los Gregorio. Los emperadores y los reyes más sabios, como Carlomagno y Alfredo el Grande, han creído muy conveniente admitir en el código civil una parte de ese código eclesiástico en que se funden la ley levítica, el Evangelio y el derecho romano. ¡ Cuán vasta y milagrosa es la nave de la Iglesia !

Al elevar el matrimonio a la dignidad de sacramento, Jesucristo nos ha mostrado la gran figura de su unión con la Iglesia. Cuando se considera que el matrimonio es el eje sobre que gira la economía social, ¿ puede suponerse que sea

1. Resp.

2. Lib. vi, de Sacerd.

bastante santo? Nunca se admitirá en demasía la sabiduría del que lo ha señalado con el sello de la religión.

La Iglesia ha multiplicado sus desvelos en favor de un acto tan solemne de la vida, y ha determinado los grados de parentesco dentro de cuyo límite es permitida la unión de los esposos. El derecho canónico reconocía las generaciones simples partiendo del tronco, y prohibió hasta la cuarta el matrimonio¹, que el derecho civil, contando las ramas dobles, fijaba en la segunda; así lo preceptuaba la ley de Arcadio, inserta en las *Institutas de Justiniano*².

Pero la Iglesia, obedeciendo a su acostumbrada sabiduría, ha seguido en este reglamento el progresivo cambio de las costumbres³. En los primeros siglos del cristianismo, la prohibición de matrimonio se extendía hasta el séptimo grado; y aun algunos concilios, como el de Toledo⁴, en el siglo VI, prohibían de una manera ilimitada toda unión entre los individuos de una misma familia.

El espíritu que dictó estas leyes es digno de la pureza de nuestra religión, pues los paganos se han mostrado muy inferiores a esta castidad cristiana. En Roma se permitía el matrimonio entre primos hermanos; y Claudio hizo publicar, para casarse con Agripina, una ley en virtud de la cual el tío podía unirse con la sobrina⁵. Solón había dejado al hermano la libertad de casarse con su hermana uterina⁶.

La Iglesia no ha limitado a esto sus precauciones. Después de haber seguido algún tiempo el Levítico, relativamente a las *afinidades*, concluyó declarando impedimentos *dirimentes* de matrimonio todos los grados de afinidad correspondientes a los de parentesco,

dentro de los cuales está prohibido el matrimonio¹. Por último, ha previsto un caso que había pasado desapercibido para todos los jurisconsultos: el caso en que un hombre hubiese mantenido un comercio ilícito con una mujer; la Iglesia declara que no puede elegir esposa en la familia de esta mujer, más allá del segundo grado². Esta ley, muy antigua en la Iglesia³, pero fijada por el concilio de Trento, pareció tan prudente, que el código francés, aunque rechazó la totalidad del concilio, no dejó de aceptar este canon.

Por lo demás, los impedimentos matrimoniales entre parientes, tan multiplicados por la Iglesia, además de sus razones morales y espirituales, tienden políticamente a dividir las propiedades y a impedir que, andando el tiempo, toda la riqueza territorial se acumule en algunas familias.

La Iglesia ha conservado los desposorios, cuya antigüedad es muy remota. Aulo Gelio nos dice que fueron conocidos del Lacio⁴; los romanos los adoptaron⁵, los griegos los siguieron, y eran tenidos en honor en la Antigua Alianza; y en la Nueva, José se desposó con María. El objeto de esta costumbre es dar a los esposos el tiempo necesario para que se conozcan antes de unirse⁶.

En nuestros campos, los desposorios se verificaban con sus antiguos encantos. En una hermosa mañana de agosto, un joven campesino iba a buscar a su novia a la vivienda de su futuro suegro. Dos gaiteros precedían la comitiva, tocando romances caballerescos o cánticos de peregrinos. Los siglos salían de sus góticas tumbas para acompañar con sus antiguas costumbres y sus vetustos recuerdos a aquella alegre juventud. La mujer recibía del párroco la bendición de los desposorios, y ponía sobre el altar una rueca adornada de cintas. La comitiva volvía a la casa de la desposada; y la señora y el señor del lugar, el párroco y el alcalde se sentaban con los futuros esposos, los labradores y las

1. Conc. Lat., año 1205.

2. Inst. Just., de Nupt., tit. x.

3. Concil. Duziac., año 814. La ley canónica debió variar según las costumbres de los pueblos godo, vándalo, inglés, franco, borgoñón, que entraron sucesivamente en el seno de la Iglesia.

4. Conc. Tol., can. v.

5. Suet., in Claud. Verdaderamente esta ley no se extendió, como se sabe por los fragmentos de Ulpiano, tit. v y vi, y fué derogada por el Código de Teodosio, como la que concernía a los primos hermanos. Observemos que, en el cristianismo, y según las circunstancias, el Papa tiene el derecho de dispensar de la ley canónica. Como una ley no puede ser nunca bastante general para abarcar todos los casos, este recurso de dispensa y de excepciones ha sido imaginado con mucha prudencia. Por lo demás, los matrimonios entre hermanos y hermanas en el Antiguo Testamento, obedecían a esa ley general de población, abolida, como hemos dicho, al advenimiento de Jesucristo.

6. Plut., in Solon.

1. Conc. Lat.

2. Conc. Lat., cap. iv, ses. 24.

3. Conc. Anc., cap. ult., año 304.

4. Noct. Act., lib. iv, cap. iv.

5. L. 2. ff., de Spons.

6. SAN AGUSTÍN nos da una razón estimable: *Constitutum est ut jam pacta sponsae non statim tradantur, ne vilem habeat maritus datam, quam non suspiraverit sponsus dilatatam.*

matronas, en derredor de una mesa en que se servían el verraco de Eumeo y la ternera cebada de los patriarcas. La fiesta terminaba con un paseo por las alquerías inmediatas; la señorita del castillo bailaba, al compás de la dulzaina, una balada con el desposado, mientras los espectadores, sentados sobre las nuevas garbas, respiraban los recuerdos de las hijas de Jetro, de los segadores de Booz y de los desposorios de Jacob y Raquel.

A los desposorios seguía la publicación de las amonestaciones, prudente costumbre, ignorada de la antigüedad y debida a la Iglesia, siendo forzoso referirla más allá del siglo XIV, pues se hace mención de ella en una decretal del papa Inocencio III, quien la convirtió en regla general en el concilio de Letrán; el de Trento la renovó, y la ordenanza de Blois la introdujo en nuestro país. El espíritu de esta ley es evitar las uniones clandestinas, y hacer públicos los inconvenientes que pueden oponerse al matrimonio entre las partes contrayentes.

Mas ya llega el matrimonio cristiano, y se presenta con un aparato muy diferente de los desposorios. Su paso es grave y solemne, augusta y silenciosa su pompa; advierte el hombre que se abre para él una nueva senda, y las palabras de la bendición nupcial (palabras que el mismo Dios pronunció sobre la primer pareja del mundo) infunden al marido gran respeto, pues le dicen que llena el acto más importante de la vida; que va a ser, como Adán, cabeza de una familia, y que se carga con todo el peso de la condición humana. La esposa recibe no menor enseñanza, pues la imagen de los placeres desaparece a sus ojos ante la de los deberes conyugales. Parece que una voz le grita desde el altar: «¡Oh Eva! ¿Sabes lo que has hecho? ¿Sabes que ya no hay otra libertad para ti que la de la tumba? ¿Sabes lo que es llevar en tus entrañas mortales al hombre inmortal y hecho a semejanza de Dios?» Entre los antiguos, un himeneo era una ceremonia llena de escándalo y alegría, que nada enseñaba de los pensamientos graves que el matrimonio inspira; el restablecimiento

de su dignidad estaba reservado al cristianismo.

Este, conociendo también, antes que la filosofía, la proporción en que nacen ambos sexos, fué el primero que advirtió que el hombre no puede tener sino una mujer, y que debe conservarla hasta la muerte. El divorcio es desconocido en la Iglesia católica, a no ser en algunos lugares de la Iliria, sometidos en otro tiempo al dominio de Venecia, y sectarios del rito griego¹. Si las pasiones de los hombres se han sublevado contra esta ley; si no han echado de ver el desorden que el divorcio introduce en el seno de las familias, alterando las sucesiones, desnaturalizando los afectos paternales, corrompiendo el corazón, y haciendo del matrimonio una prostitución civil, algunas palabras que sobre el particular diremos, no serán inoportunas.

Sin entrar en la profundidad de esta materia, observaremos que si por medio del divorcio se cree hacer a los esposos más felices (y éste es actualmente un gran argumento), se incurre en un grosero error. El que no ha labrado la felicidad de su primera esposa; el que no se ha ligado con ella por su ceñidor virginal o por su primera maternidad; el que no ha podido sujetar sus pasiones al yugo de la familia; el que no ha podido encerrar su corazón en su tálamo nupcial, nunca labrará la felicidad de una segunda esposa; ¡en vano se esperaría tal prodigio! Ni él mismo ganará cosa alguna en semejantes cambios; porque lo que considera diferencias de genio entre él y su compañera, es únicamente la inclinación de su inconstancia y la inquietud de su deseo. La costumbre y la duración del tiempo son más indispensables de lo que se cree para la felicidad y aun para el amor. No somos felices en el objeto de nuestro cariño, sino cuando hemos vivido en su compañía muchos días, y especialmente si éstos han sido sellados por el infortunio. Es preciso que nos conozcamos a fondo; es preciso que el velo misterioso con que se cubría a los dos esposos en la primitiva Iglesia, sea levantado por ellos en todos sus pliegues; en tanto que permanece impenetrable

1. Véase FRA PAOLO, sobre el concilio de Trento.

a los ojos del mundo. ¡Cómo! ¿Por el más leve capricho, será preciso temer verse privado de una esposa y de unos hijos, y renunciar a la esperanza de pasar la vejez a su lado? Ni se replique que este temor obligará a ser mejores esposos; ¡no! Porque no nos identificamos sino con el bien de que tenemos seguridad, y miramos indiferentes al que puede perderse.

No demos al Himeneo las alas del amor, ni hagamos de una santa realidad un aéreo fantasma. Otra circunstancia destruirá, además, la felicidad de esos lazos efímeros: atormentarán el alma los remordimientos, pues se comparará sin cesar una esposa con otra, lo que se ha perdido con lo que se ha encontrado, y ¡desechemos necias ilusiones! la balanza se inclinará constantemente en favor de las cosas pasadas: así plugo a Dios formar el corazón humano. Ese olvido de un sentimiento por otro envenenará todas las alegrías; al acariciar un nuevo hijo, se pensará en el que se ha abandonado; al estrechar sobre el pecho la nueva esposa, el corazón clamará diciendo que la primera era más digna de amor. Todo en el hombre propende a la unidad, por cuya razón no es dichoso si se divide: y, a semejanza de Dios, que le hizo a su imagen, su alma se inclina incesantemente a reconcentrar en un punto lo pasado, lo presente y lo venidero¹.

He aquí lo que teníamos que decir acerca de los sacramentos del Orden y el Matrimonio. Por lo que respecta a los cuadros a que se prestan, sería superfluo describirlos en este lugar. ¿Qué imaginación necesita que se la ayude a representarse al sacerdote que abjura las alegrías de la vida para entregarse a los desgraciados, o a la tierna doncella que se consagra al silencio de las soledades para hallar el del corazón, o a los esposos que se prometen amarse al pie de los altares? La esposa del cristiano no es una simple mortal, sino un ser extraordinario, misterioso, angélico; es la carne de la carne, la sangre de la sangre de su esposo. El hombre, al unirse con ella, vuelve a tomar una par-

te de su substancia, pues así su alma como su cuerpo están incompletos sin la mujer; si él tiene la fuerza, ella ostenta la hermosura; él combate al enemigo y cultiva los campos de la patria; pero como nada se le alcanza de los quehaceres domésticos, le falta la mujer para preparar su alimento y disponer su lecho. Si el hombre tiene pesares, allí está su compañera que los dulcifica; si sus días son sombríos y borrascosos, halla en su lecho unos brazos castos en que olvida todos sus males; que, sin la mujer, sería rudo, grosero y solitario. La mujer suspende en su derredor las flores de la vida, bien así como esas lianas de los bosques que engalanan el tronco de las encinas con sus perfumadas guirnaldas. Por último, el esposo cristiano y su esposa viven, renacen y mueren a la par; crían a la par los frutos queridos de su unión; a la par se reducen al primitivo polvo, y vuelven a hallarse a la par más allá de los límites del sepulcro.

XI

LA EXTREMAUNCIÓN

Empero, donde el cristianismo despliega toda su sublimidad, es a la vista de ese sepulcro, silencioso pórtico de otro mundo, pues si la mayor parte de los cultos antiguos han consagrado las cenizas de los que dejaron de ser, ninguno ha pensado en preparar el alma para esas regiones desconocidas de que jamás se regresa.

Venid a contemplar el más hermoso espectáculo de la tierra: venid a ver morir al fiel. Este hombre no es ya el hombre del mundo, no pertenece ya a su país, y cesan todas sus relaciones con la sociedad. Concluyen para él los cálculos relativos al tiempo, pues su fecha pertenece ya a la gran era de la eternidad. Un sacerdote le consuela sentado a su cabecera, hablándole de la inmortalidad de su alma; y la escena sublime que la antigüedad entera sólo presentó una vez en el primero de sus filósofos moribundos, se renueva diariamente en el mísero lecho del último de los cristianos, próximos a su fin.

1. Puede consultarse el libro de M. DE BONALD sobre el *Divorce*; es una de las mejores obras que hayan aparecido desde hace mucho tiempo.

El momento supremo ha llegado : un sacramento abre al justo las puertas del mundo, y otro sacramento las cierra ; la religión le meció en la cuna de la vida, y sus hermosos cantos y su mano maternal acariciarán su sueño de muerte. La religión prepara el bautismo de ese segundo nacimiento ; pero ya no elige el agua sino el aceite, emblema de la incorruptibilidad celestial. El sacramento libertador rompe poco a poco las ligaduras del fiel, y su alma, medio emancipada de su cuerpo, se hace casi visible en su semblante. Ya oye los conciertos de los serafines ; ya está próximo a volar a las regiones a que le llama esa Esperanza divina, hija de la Virtud y de la Muerte. El ángel de la paz desciende sobre ese justo, y tocando con su cetro de oro sus ojos fatigados, los cierra deliciosamente a la luz.

Muere, y no se ha oído su postrer suspiro ; muere, y mucho después de su muerte sus amigos enmudecen en torno de su lecho, porque creen que aun duerme : ¡ tan dulce ha sido el tránsito del cristiano !

LIBRO SEGUNDO

Virtudes y leyes morales.

I

VICIOS Y VIRTUDES SEGÚN LA RELIGIÓN

La mayor parte de los antiguos filósofos han hecho la clasificación de los vicios y virtudes ; pero la sabiduría de la religión vence de nuevo aquí la de los hombres.

Consideraremos primero la soberbia, vicio que la Iglesia considera como el primero de todos. Es el pecado de Satanás, el primer pecado del mundo. La soberbia es de tal manera el principio del mal, que la vemos prestar su colorido a todas las enfermedades del alma : brilla en la sonrisa de la envidia ; resalta en las orgías del deleite ; cuenta el oro de la avaricia ; centellea en los ojos de la ira, y sigue los atractivos de la lujuria.

La soberbia despeñó a Adán ; armó

a Caín con el arma fratricida ; levantó a Babel y destruyó a Babilonia. Por su soberbia, Atenas arrastró en su ruina a toda Grecia ; la soberbia derrocó el trono de Ciro, dividió el imperio de Alejandro, y abrumó a Roma bajo el peso del Universo.

En las circunstancias particulares de la vida, la soberbia produce resultados aun más funestos, pues hace blanco de sus ataques al mismo Dios.

Si investigamos las causas del ateísmo, vendremos a dar en la triste observación de que la mayor parte de los que se rebelan contra el cielo abrigan algún motivo de queja contra la sociedad o contra la naturaleza (exceptuando, no obstante, los jóvenes seducidos por el mundo, o los escritores ansiosos de celebridad). Mas, ¿ por qué los que se ven privados de esas frívolas ventajas que la casualidad concede o niega a su capricho, no saben hallar el remedio a esta insignificante desgracia, acercándose a la Divinidad ? Esta es la verdadera fuente de las gracias : Dios es de tal manera la hermosura por excelencia, que sólo su nombre, pronunciado con amor, basta para imprimir cierto sello divino al hombre menos favorecido por la naturaleza, como se observó en Sócrates. Quédesse el ateísmo para aquellos que, faltos de la nobleza suficiente para hacerse superiores a las injusticias de la fortuna, no muestran en sus blasfemias otra cosa que el vicio primitivo del hombre, lastimado en su parte más sensible.

Si la Iglesia ha señalado el primer lugar a la soberbia, en la escala de las degradaciones humanas, no ha clasificado con menos oportunidad los demás seis vicios capitales. No creamos que el orden en que los vemos colocados es arbitrario, puesto que basta examinarlo para descubrir que la religión pasa con sumo acierto de los crímenes que atacan a la sociedad en general, a los delitos que sólo recaen sobre el culpable. Así, por ejemplo, la envidia, la lujuria, la avaricia y la ira, siguen inmediatamente a la soberbia, porque son vicios que se ejercen sobre personas extrañas, y no viven sino entre los hombres ; mientras los últimos, es decir, la gula y la pereza, son unas inclinacio-

nes solitarias y vergonzosas, reducidas a buscar en sí mismas sus principales fruiciones.

Adviértese el mismo conocimiento de la naturaleza en las virtudes preferidas por el cristianismo, y en el lugar que les señala. Antes de Jesucristo, el alma del hombre era un caos; pero el Verbo se hizo oír, y al punto penetró la luz en el mundo intelectual, como a la misma palabra todo se había ordenado en el mundo físico: fué la creación moral del Universo. Las virtudes subieron a los cielos, a semejanza de unos purísimos resplandores: cuales rutilantes soles, atrajeron las miradas por la brillantez de su luz; cuales modestas estrellas, buscaron el pudor de las sombras, en que no pudieron ocultarse. Vióse establecerse desde entonces una admirable balanza entre la fuerza y la debilidad, porque la religión fulminó sus rayos contra la soberbia, vicio que se alimenta de virtudes; y descubriéndolo en los pliegues de nuestros corazones, lo persiguió en sus caprichosas metamorfosis; los sacramentos marcharon contra él en santo ejército, y la Humildad, vestida de un saco, ceñido el talle con una cuerda, desnudos los pies, la frente cubierta de ceniza, bajos y arrasados en lágrimas los ojos, se trocó en una de las primeras virtudes del fiel.

II

DE LA FE

¿Y cuáles eran las virtudes tan enca-recidas por los sabios de Grecia? La fuerza, la templanza y la prudencia. Sólo Jesucristo podía enseñar al mundo que la Fe, la Esperanza y la Caridad son virtudes que así convienen a la ignorancia como a la miseria humanas.

Admirable ciertamente es la razón que nos ha hecho ver en la Fe el manantial de todas las virtudes. Sólo hay poder en el convencimiento. Un raciocinio no es sólido, un poema no es divino, y un cuadro no es hermoso, sino porque la mente o los ojos que los juzgan están convencidos de cierta verdad oculta en tal raciocinio, tal poema o tal cuadro. Un escaso número de soldados,

persuadidos de la pericia de su general, pueden llevar a cabo increíbles proezas. Treinta y cinco mil griegos realizan con Alejandro la conquista del mundo. Lacedemonia se confía a Licurgo, y descuellera como la más sabia de las ciudades. Babilonia se conceptúa formada para las grandezas, y éstas se prostituyen a su fe mundana; un oráculo promete la tierra a los romanos, y éstos se enseñorean de la tierra. Colón, aislado en el mundo, se empeña en creer que existe un nuevo universo, y un nuevo universo surge de las olas. La amistad, el patriotismo, el amor, y todos los sentimientos nobles son también una especie de fe. Por haber *creído*, los Codros, los Píldes, los Régulos y los Arrios hicieron prodigios. Y ved aquí por qué esos corazones que nada *creen*, que apellidan ilusiones los lazos del alma, y locuras las acciones generosas, que desprecian la imaginación y la ternura del genio, no darán cima en tiempo alguno a ninguna empresa grande o sublime, pues no tienen fe sino en la materia y en la muerte, insensibles como aquélla, helados como ésta.

En el lenguaje de la antigua caballería, *dar su fe* era sinónimo de todos los prodigios del honor. Rolando, Duguesclín y Bayardo eran *leales* caballeros; y los campos de Roncesvalles, de Auray, de Bresse, y los descendientes de los moros, de los ingleses y lombardos dicen aún hoy quiénes eran aquellos hombres que prestaban *fe* y *homenaje* a su Dios, a su *dama* y a su *rey*. ¡Cuántas ideas antiguas y conmovedoras se coligan a nuestra sola palabra francesa de *foyer*, cuya etimología es tan notable! ¿Citaremos a los mártires, a esos héroes que, en sentir de San Ambrosio, vencieron sin armas y sin legiones a los tiranos, domearon los leones, despojaron al fuego de su poder, y a la espada de su punta? La fe misma, mirada bajo este aspecto, es una fuerza tan terrible, que trastornaría el mundo si la aplicase a fines aviesos. Nada hay que un hombre sometido a la influencia de una persuasión íntima, y que sujeta incondicionalmente su razón ajena, no sea capaz de llevar a término feliz. Esto

prueba que las más eminentes virtudes, cuando se las separa de Dios y se las considera en sus simples relaciones morales, se aproximan mucho a los mayores vicios. Si los filósofos hubieran hecho esta observación, no se hubiesen tomado tanto trabajo para fijar los límites del bien y del mal. El cristianismo no necesita, como Aristóteles, inventar una escala para colocar ingeniosamente en ella una virtud entre los vicios, pues resolvió la dificultad de una manera segura, enseñándonos que las virtudes no lo son sino en cuanto refluyen hacia su origen, que es Dios.

Esta verdad quedará evidenciada si aplicamos la fe a esos mismos negocios humanos, pero haciéndola llegar a nosotros por medio de las ideas religiosas. De la fe van a nacer las virtudes sociales, pues consta por el unánime consenso de los sabios, que el dogma que nos manda creer en un Dios remunerador y vengador, es el apoyo más sólido de la moral y la política.

Finalmente, si se destina la fe a su verdadero uso; si se la consagra exclusivamente al Criador; si se hace de ella la vista intelectual, por cuyo medio se descubren las maravillas de la Ciudad santa y el imperio de las existencias reales; si sirve de alas a nuestra alma para elevarse sobre las tribulaciones de la vida, reconoceremos que los libros santos no han exagerado esta virtud al hablar de los prodigios que con ella pueden verificarse. ¡Fe celestial! ¡Fe consoladora! ¡Tú haces más que trasladar las montañas, pues levantas los pesos abrumadores que gravitan sobre el corazón humano!

III

DE LA ESPERANZA Y DE LA CARIDAD

La Esperanza, segunda virtud teológica, tiene casi la misma fuerza que la fe; el deseo es el padre del poder, y todo el que desea con ahínco, alcanza. «Buscad, dice Jesucristo, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.» Pitágoras decía en el mismo sentido: *El poder habita cerca de la necesidad*, porque ésta implica privación, la cual marcha a la par

del deseo. Padre del poder, el deseo o la esperanza es un verdadero genio, dotado de esa virilidad que produce, y de esa sed que no se extingue jamás. Si un hombre se ve burlado en sus proyectos, consiste en que no ha deseado con ardor, y en que ha carecido de ese amor que logra tarde o temprano el objeto a que aspira; de ese amor que en la Divinidad lo abraza todo y goza de todos los mundos, por medio de una inmensa esperanza siempre satisfecha y renaciente siempre.

Hay, no obstante, una diferencia esencial entre la fe y la esperanza, considerada como fuerza. La fe tiene su asiento fuera de nosotros, pues nos procede de un objeto extraño, al paso que la esperanza nace, por el contrario, dentro de nosotros para exteriorizarse. La primera se nos impone, mientras nuestro propio deseo hace nacer la segunda; aquélla es una obediencia, ésta es un amor. Pero como la fe engendra más fácilmente las demás virtudes; como se deriva directamente de Dios, y es, por consiguiente, una emanación del Eterno, brilla más hermosa que la esperanza, que no es sino una parte del hombre; la Iglesia ha debido colocarla por esta razón en lugar preeminente.

Pero la esperanza presenta en sí misma un carácter particular: el que la pone en relación con nuestras miserias. ¡Revelada fué, sin duda, por el cielo esa religión que hizo una virtud de la esperanza! Esta nodriza de los desvalidos, colocada al lado del hombre, como una madre cerca de su hijo enfermo, le mece en sus brazos, le aplica a sus pechos inagotables, y le brinda una leche que aplaca sus dolores. Vela en su cabecera solitaria y le aduerme con sus cantos mágicos. ¿No es sorprendente ver a la esperanza, que tan dulce nos es guardar, y que parece un movimiento natural del alma, transformarse para el cristiano en una virtud rigurosamente exigida? De modo que, haga lo que quiera, el hombre se ve obligado a beber a grandes sorbos en esa copa encantada, en que tantos miserables juzgarían una felicidad humedecer por un instante sus labios. Hay más (y esta es la maravilla), *será recompensado por haber esperado y por*

haber labrado su propia felicidad. El fiel, siempre militante en la vida, y en lucha perenne con el enemigo, es tratado por la religión, en su derrota, como aquellos generosos vencidos a quienes el Senado romano recibía en triunfo, no por otra razón sino porque no habían desesperanzado de su victoria. Empero, si los antiguos atribuían algo de maravilloso al hombre a quien nunca abandonaba la esperanza, ¿qué hubieran pensado del cristiano, que en su admirable lenguaje no dice *mantener*, sino *practicar*, la esperanza?

Por lo que respecta a la caridad, hija de Jesucristo, representa en un sentido propio *gracia y alegría*. Aspirando la religión a reformar el corazón humano, y a convertir en bien de las virtudes nuestros afectos y nuestra ternura, ha inventado una nueva *pasión*, no sirviéndose para expresarla de la palabra amor, que no es bastante severa, ni de la palabra amistad, que se pierde en el sepulcro, ni de la palabra piedad, harto próxima al orgullo, sino que halló la expresión de *charitas, caridad*, que encierra en sí las tres primeras, y se refiere al mismo tiempo a algo celestial, por cuyo medio dirige nuestras inclinaciones hacia el cielo, purificándolas y refiriéndolas al Criador, y enseñándonos la maravillosa verdad de que los hombres deben amarse, por decirlo así, a través de Dios, que espiritualiza su amor, y no deja de él sino su esencia inmortal, al servirle de paso.

Pero si la caridad es una virtud cristiana, directamente emanada del Eterno y de su Verbo, hállese también en estrecha alianza con la naturaleza, pues el carácter de la verdadera religión se reconoce en esa armonía no interrumpida del cielo y de la tierra, de Dios y de la humanidad. Por lo regular, las instituciones morales y políticas de la antigüedad están en contradicción con los sentimientos del alma. El cristianismo, por el contrario, siempre de acuerdo con los corazones, no pide virtudes abstractas y solitarias, sino virtudes deducidas de nuestras necesidades y útiles a todos; por esto ha colocado la caridad como un pozo de abundancia en los desiertos de la vida.

«La caridad es paciente, dice el

Apóstol, es dulce, no intenta sobreponerse a otro, no obra con temeridad, no se ensoberbece.

»No es ambiciosa, no sigue sus intereses, no se irrita, no piensa el mal.

»No se regocija en la injusticia, sino que goza en la verdad.

»Todo lo tolera, lo cree todo, lo espera todo, lo sufre todo ¹.»

IV

DE LAS LEYES MORALES O DEL DECÁLOGO

Humillante es para nuestro orgullo que las máximas de la sabiduría humana puedan compendiarse en breves páginas. ¡Y aun en éstas cuántos errores se advierten! Las leyes de Minos y de Licurgo no han sobrevivido a la ruina de los pueblos para que fueron confeccionadas, sino como las pirámides de los desiertos, inmortales palacios de la muerte.

Leyes del segundo Zoroastro.

El tiempo sin límites e increado es el creador de todo. La palabra fué su hija, y de ésta nacieron *Ormuz*, dios del bien, y *Arimán*, dios del mal.

Invoca al toro celestial, padre de la hierba y del hombre.

La obra más meritoria es cultivar bien el campo propio.

Pide con pureza de pensamiento, de palabra y de acción ².

Enseña el bien y el mal a tu hijo, a la edad de cinco años ³.

La ley debe castigar al ingrato ⁴.

Muera el hijo que ha desobedecido tres veces a su padre.

La ley declara impura a la mujer que pasa a segundas nupcias.

Castiga con azotes al falsario.

Desprecia al que miente.

Guarda tres días de fiesta al fin y al principio del año.

Leyes indias.

El Universo es *Viahnú*.

Todo lo que ha sido es él; todo lo que es, es él; todo lo que será, es él.

¡Hombres! Sed iguales.

Ama a la virtud por sí misma, y renuncia al fruto de tus obras.

1. S. PAUL., *ad Corinth.*, cap. XIII, v. 4 y siguiente.

2. *Zendavesta*.

3. JENOFONTE, *Cyr.*; PLATÓN, *de Leg.*, lib. II.

4. JENOFONTE, *ibid.*

¡Mortal! Sé prudente y serás tan fuerte como diez mil elefantes.

El alma es Dios.

Confiesa las faltas de tus hijos al sol y a los hombres, y purifícate en las aguas del Ganges¹.

Leyes egipcias.

Señor, Dios universal, tinieblas desconocidas, obscuridad impenetrable.

Osiris es el dios bueno, Tifón el dios malo.

Honra a tus padres.

Signe la profesión de tu padre.

Sé virtuoso, pues los jueces del Lago juzgarán tus obras después de tu muerte.

Lava tu cuerpo dos veces al día, y dos a la noche.

Vive frugalmente.

No reveles los misterios².

Leyes de Minos.

No jures por los dioses.

¡Joven! No examines la ley.

La ley declara infame al que no tiene un amigo.

La mujer adúltera sea coronada de lana y vendida.

Sean públicas tus comidas, tu vida frugal, y tus danzas guerreras³.

(No trasladamos aquí las leyes de Licurgo, porque se limitan a repetir en parte las de Minos.)

Leyes de Solón.

Muera el hijo que olvide dar sepultura a su padre, y el que no le defienda.

Sea prohibida la entrada en el templo al adúltero.

El magistrado ebrio beba la cicuta.

Muera el soldado cobarde.

La ley permite dar muerte al ciudadano que se mantenga neutral en medio de las discordias civiles.

El que quiera morir, declárelo al arconte y muera.

Muera el sacrilego.

Esposa, guía a tu ciego marido.

El hombre sin costumbres no podrá gobernar⁴.

Leyes primitivas de Roma.

Honra la pequeña fortuna.

El hombre sea labrador y guerrero.

Reserva el vino a los ancianos.

Condena a muerte al labrador que coma carne de buey⁵.

Leyes de los galos o druidas.

El Universo es eterno, inmortal el alma. Honra la Naturaleza.

Defiende tu madre, tu patria, la Tierra.

Admite a la mujer en tus consejos.

Honra al extranjero, y separa su parte en tu cosecha.

El infame sea sepultado en el lodo.

No construyas templos, ni confíes sino a tu memoria la historia de lo pasado.

¡Hombre! Eres libre; vive, pues, sin propiedad.

Honra al anciano, y el joven no pueda deponer contra él.

El valiente será recompensado después de su muerte, y el cobarde castigado¹.

Leyes de Pitágoras.

Honra a los dioses inmortales, según están establecidos por la Ley.

Honra a tus padres.

Haz todo aquello que no mancille tu memoria.

No admitas al sueño en tus ojos antes de haber examinado tres veces en tu alma las obras del día.

Pregúntate: ¿En dónde he estado? ¿Qué he hecho? ¿Qué hubiera debido hacer?

Así, pues, después de una vida santa, cuando restituyas tu cuerpo a los elementos, serás inmortal e incorruptible y no podrás morir².

He aquí casi por entero todo lo que ha podido recogerse de esa tan famosa antigua sabiduría de los tiempos. Unas veces se representa a Dios con cierta obscuridad, aunque sin duda en fuerza de su luz, pues las tinieblas deslumbran nuestros ojos cuando nos proponemos mirar al sol; otras, se declara infame al hombre sin amigos: entonces, el legislador ¿ha declarado infames a casi todos los infortunados? Ora vemos el suicidio convertido en ley; ora, en fin, algunos de esos sabios parecen olvidar enteramente a un Ser supremo. ¡Y cuántas cosas vagas, incoherentes y vulgares no se advierten en la mayor parte de esas sentencias! Los sabios

1. Tác. de Mor. Germ.: STRAB. CES., Com. Edda, etc.

2. También puede añadirse a esta tabla un extracto de la República, de Platón, o más bien de los doce libros de sus leyes, que son, a nuestro entender, su mejor obra, tanto por el hermoso cuadro de los tres ancianos que dialogan, dirigiéndose a la fuente, como por la razón que reina en este diálogo. Mas estos preceptos no se han puesto en práctica; así, pues, nos abstenemos de hablar de ellos.

Respecto al Corán, lo santo y lo justo que se descubre en él, es tomado, palabra por palabra, de nuestros libros sagrados; el resto es una compilación rabínica.

1. Pr. des Br. Hist. of Ind.: DIOD. SIC., etc.

2. HEROD., lib. II; PLAT., de Leg.; PLUT., de Isis y Osiris.

3. ARIST., Pol.; PLAT., de Leg.

4. PLUT., in Vit. Sol.; TIT. LIV.

5. PLUT., in Num.: TIT. LIV.

del Pórtico y de la Academia anuncian alternativamente máximas tan contradictorias, que puede probarse muchas veces con el mismo libro que su autor creía y no creía en Dios; que reconocía y no reconocía una virtud positiva; que la libertad es el primero de los bienes, y que el despotismo es el mejor de los gobiernos.

Mas, si en medio de tantas perplejidades, viésemos aparecer un código de leyes morales, que sin contradicciones ni errores hiciese cesar nuestras incertidumbres; que nos enseñase lo que acerca de Dios debemos creer, y cuáles son nuestras verdaderas relaciones con los hombres; si ese código se anunciase con una seguridad de doctrina y una sencillez de lenguaje desconocidas hasta allí, ¿no deberíamos inferir que semejantes leyes no podían emanar sino del cielo? Pues bien: poseemos esos preceptos divinos; y, ¡qué preceptos para el sabio, qué cuadro para el poeta!

Ved a ese hombre que baja de las incendiadas alturas: sus manos sostienen sobre el pecho una tabla de piedra; su frente despide dos haces de fuego; su rostro irradia las glorias del Señor; el terror de Jehová le precede, y allá en el horizonte se extiende majestuosa la cordillera del Líbano, con sus nieves eternas y sus cedros que se pierden en las nubes. Arrodillada al pie de la montaña, sobre cuyas cimas estallan el trueno y el rayo, la posteridad de Jacob vela su cabeza, temiendo ver a Dios y morir. Pero los truenos enmudecen, y he aquí que resuena una voz:

«Escucha, oh tú Israel, a mi Jehová, *tus Dioses*¹, que te he sacado de la tierra de Misraim, de la casa de esclavitud.

1. No tendrás otros dioses en mi presencia.
2. No formarás ídolos con tus manos, ni imagen alguna de cuanto existe en las *maravillosas aguas superiores*, ni sobre la tierra, ni en las aguas que están debajo de la tierra. No te inclinarás delante de las imágenes, ni les darás culto, porque yo soy Jehová, *tus Dioses*, el Dios fuerte, el Dios celoso, que persigue la iniquidad de los padres y la iniquidad de los que

me aborrecen, en los hijos de la tercera y de la cuarta generación, y dispenso gracias mil veces a los que me aman y observan mis mandamientos.

3. No tomarás el nombre de Jehová, *tus Dioses*, en vano; porque no declarará inocente al que tomare su nombre en vano.
4. Acuérdate del día del sábado para santificarlo. Trabajarás seis días, y harás tu obra, y el día séptimo de Jehová, *tus Dioses*, no harás faena alguna, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tu camello, ni tu huésped, *delante de tus puertas*; porque Jehová hizo en seis días las *maravillosas aguas superiores*¹, la tierra, el mar, y todo lo que en ella encierra, y descansó el séptimo, que Jehová bendijo y santificó.
5. Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días sean largos sobre la tierra; y *más allá* de la tierra que Jehová, *tus Dioses*, te ha dado.
6. No matarás.
7. No serás adúltero.
8. No hurtarás.
9. No levantarás falsos testimonios contra tu prójimo.
10. No desearás la casa de tu vecino, ni la mujer de tu vecino, ni su criado, ni su criada, ni su buey, ni su jumento, ni nada de lo que pertenece a tu vecino.»

He aquí las leyes que el Eterno grabó, no sólo en la piedra del Sinaí, sino también en el corazón del hombre. Llama desde luego la atención el carácter de universalidad que distingue esta tabla divina de las tablas humanas anteriores a ella. Esta es la ley de todos los pueblos, de todos los climas, de todos los tiempos. Pitágoras y Zoroastro se dirigen a los griegos y a los medos; pero Jehová, al hablar a todos los hombres, se ostenta como el Padre Omnipotente que vela sobre la Creación, y que deja caer igualmente de su mano el grano de trigo que alimenta al humilde insecto, y al sol que lo alumbra.

Se notará asimismo que nada es más admirable, en su sencillez, llena de justicia, que esas leyes morales de los hebreos. Los paganos mandaron tributar honor a los padres; y Solón impuso la pena capital al mal hijo; mas, ¿qué hace Dios? Promete una larga vida a la piedad filial. Este mandamiento está

1. Esta traducción dista mucho de dar una idea de la magnificencia del texto. *Shanajim* es una especie de grito admirativo, como la voz de un pueblo que al mirar el firmamento exclamara: ¡Ved esas aguas milagrosas suspendas en bóvedas sobre nuestras cabezas! ¡Ved esas cúpulas de cristal y de diamante!

1. Damos el Decálogo palabra por palabra del hebreo, a causa de la expresión *los Dioses*, que ninguna versión ha traducido.

tomado en la misma fuente de la Naturaleza. Dios ha hecho un precepto del amor filial, mas no hizo otro del amor paternal, porque sabía que el hijo, a quien se reúnen todos los recuerdos y todas las esperanzas del padre, sería entrañablemente amado por éste; pero impuso, sí, el amor al hijo, porque conocía la inconstancia y el orgullo de la juventud.

A la fuerza del sentido interno se unen en el Decálogo, como en las demás obras del Todopoderoso, la majestad y la gracia de las formas. El bracmán explica prolijamente las tres presencias de Dios, al paso que el nombre de *Jehovah* las expresa en una sola palabra, que encierra los tres tiempos del verbo *ser*, unidos mediante una combinación sublime: *havah*, fué; *hovah*, siendo, o es; y *je*, que cuando está delante de las tres letras radicales de un verbo indica el futuro, en hebreo, *será*.

Finalmente, los legisladores antiguos consignaron en sus códigos las épocas de las fiestas de sus naciones; pero el día del reposo de Israel es el mismo del descanso de Dios. El hebreo, y su heredero el gentil, en las horas de su obscuro trabajo, tiene a la vista nada menos que la creación sucesiva del universo. Grecia, tan poética por otra parte, jamás pensó en referir las tareas del labrador o del artesano a aquellos famosos instantes en que Dios creó la luz, trazó la órbita del sol, y animó el corazón del hombre.

¡Leyes de Dios! ¡Cuán poco os parecéis a las de los hombres! Eternas como el principio de que emanáis, en vano se deslizan los siglos, pues resistís a éstos, a la persecución, y aun a la corrupción de los pueblos. Esta legislación religiosa, organizada en el seno de las legislaciones políticas (y, no obstante, independiente de sus destinos), es un extraño prodigio. Mientras las formas de los reinos pasan y se modifican, y en tanto que el poder rueda de mano en mano, a merced de la suerte, algunos cristianos que se han mantenido fieles en medio de los caprichos de la fortuna, continúan adorando al mismo Dios, y sometiendo a las mismas leyes, sin creerse libres de sus vínculos por las revoluciones, ni por las catástro-

fes, ni por el ejemplo. ¿Qué religión no perdió en la antigüedad su influencia moral, al perder sus sacerdotes y sacrificios? ¿Dónde están los misterios del antro de Trofonio y los secretos de Ceres Eleusina? ¿No cayó Apolo con Delos, Baal con Babilonia, Serapis con Tebas, y Júpiter con el Capitolio? Sólo el cristianismo ha visto derrumbarse muchas veces los edificios donde se celebraban sus pompas, sin vacilar en su caída. No siempre ha tenido templos Jesucristo, pero todo es templo para el Dios vivo: la mansión de los muertos, la caverna de la montaña, y especialmente el corazón del justo; no siempre ha tenido Jesucristo altares de pórfido, ni púlpitos de cedro y marfil, ni por servidores a hombres felices; pero una piedra en el desierto basta para celebrar sus misterios; un árbol para predicar en él sus leyes, y un lecho de espinas para practicar sus virtudes.

LIBRO TERCERO

Verdades de las Escrituras; caída del hombre.

I

SUPERIORIDAD DE LA TRADICIÓN DE MOISÉS SOBRE TODAS LAS DEMÁS COSMOGONÍAS.

Hay verdades por nadie controvertidas, aunque no puedan aducirse respecto a ellas pruebas inmediatas: al número de esas verdades pertenecen la rebelión y la caída del espíritu de orgullo, la creación del mundo, la felicidad primitiva y el pecado del hombre, pues es imposible creer que una mentira absurda llegue a ser una tradición universal. Abrid los libros del segundo Zoroastro, los diálogos de Platón y los de Luciano, los tratados morales de Plutarco, los fastos de los chinos, la Biblia de los hebreos y los Eddas de los escandinavos; trasladaos a los países poblados por los negros del África o comunicad con los sabios sacerdotes de la India, y todos os narrarán los crímenes del dios del mal; todos os pintarán los

tiempos asaz breves de la bienandanza del hombre, y las largas calamidades que siguieron a la pérdida de su inocencia.

Voltaire dice que tenemos la peor copia de todas las TRADICIONES relativas al origen del mundo, y a los elementos físicos y morales que lo componen. ¿Será que prefiera la cosmogonía de los egipcios, esto es, el gran huevo alado de los sacerdotes de Tebas ¹? He aquí lo que nos refiere gravemente el más antiguo de los historiadores después de Moisés:

«El principio del universo era un ambiente sombrío y tempestuoso, un viento formado de un aire muy denso y de un turbulento caos. Este principio no tenía límites, y durante mucho tiempo no había tenido extensión ni figura determinadas. Pero cuando este viento se enamoró de sus propios principios, resultó de ellos una mezcla que los hombres denominaron deseo o amor.

»Esta mezcla, una vez verificada, fué el principio de todas las cosas; pero el viento no conocía su propia obra, es decir, la mezcla. Ésta engendró, a su vez, con el viento su padre, a *mot* o el limo, y de éste procedieron todas las generaciones del universo ².»

Si pasamos a los filósofos griegos, Tales, fundador de la secta jónica, reconocía el agua como principio universal ³. Platón sostenía que la Divinidad había arreglado el mundo, pero que no había podido crearlo ⁴. Dios, dice, formó el universo según el modelo que desde la eternidad existía en sí mismo ⁵. Los objetos visibles, no son sino sombras de las ideas de Dios, únicas verdaderas substancias ⁶. Dios infundió además un soplo de vida en los seres, y compuso de él un tercer principio, a la par materia y espíritu: este principio se llama *el alma del mundo* ⁷.

Aristóteles discurría como Platón acerca del origen del universo, pero concibió el hermoso sistema de la cadena de los seres; y subiendo de acción en

acción, probó que existe en alguna parte un primer móvil ¹.

Zenón decía que el mundo se arregló en virtud de su propia energía, y que la Naturaleza es ese todo que lo abraza todo; que este todo se compone de dos principios, uno activo y el otro pasivo, no existiendo separados, sino unidos; que estos dos principios están sometidos a un tercero: la *Fatalidad*; que Dios, la materia y la fatalidad forman un ser único, que componen a la vez las ruedas, el movimiento y las leyes de la máquina, obedeciendo como *partes* a las leyes que dictan como *todo* ².

Según la filosofía de Epicuro, el universo existe desde toda la eternidad, y no hay en la Naturaleza sino dos cosas: el cuerpo y el vacío ³.

Los cuerpos se componen de la agregación de partes de materias infinitamente pequeñas, esto es, de los átomos que tienen un movimiento interno, la gravedad: su revolución se verificaría en el plano vertical, si no describiesen una elipse en el vacío, en virtud de una ley particular ⁴.

Epicuro supuso este movimiento de declinación para evitar el sistema de los fatalistas, que se reproduciría por el movimiento perpendicular del átomo. Pero su hipótesis es absurda, porque si la declinación del átomo es una ley, esta ley es necesaria; y ¿cómo una causa forzosa produciría un efecto libre?

La tierra, el cielo, los planetas, las estrellas, las plantas, los minerales y los animales, incluso el hombre, nacieron del concurso fortuito de estos átomos; y cuando la virtud productiva del globo se hubo evaporado, las razas vivas se perpetuaron por medio de la generación ⁵.

Los miembros de los animales, formados al acaso, ningún destino particular tenían; la oreja cóncava no había sido ahuecada para percibir los sonidos, ni el ojo convexo había sido redondeado para recibir la luz, sino que como estos

1. HEROD., lib. II; DIOD., DE SIG.
2. SANCH., ap. EUSEB., *Prob. Evang.*, lib. I, cap. x.
3. CIC., *de Nat. Deor.*, lib. I, n.º 25.
4. *Tim.*, p. 28; DIOG. LAERT., lib. III; PLUT., *de Gen. Anim.*, p. 78.
5. PLAT., *Tim.*, p. 29.
6. PLAT., *Rep.*, lib. VII, p. 516.
7. PLAT., *Tim.*, p. 34.

1. ARIST., *de Gen. An.*, lib. II, cap. III; *Met.*, lib. XI, cap. V; *de Cael.*, lib. XI, cap. III, etc.
2. LAERT., lib. V; STOR., *Eccl. Phys.*, cap. XIV; SENECA, *Consol.*, cap. XXIX; CIC., *de Nat. Deor.*; ANTON., lib. VII.
3. LAURET., lib. II; LAERT., lib. X.
4. *Loc. cit.*
5. LAURET., lib. X-V; CIC., *de Nat. Deor.*, lib. I, cap. VIII-IX.

órganos eran propios para estos diferentes usos, los animales se sirvieron maquinalmente de ellos, con preferencia a otro sentido¹.

Ínútil sería hablar de las cosmogonías de los poetas, después de haber hablado de los filósofos. ¿Quién no conoce a Deucalión y Pirra, la edad de oro y la de hierro? Por lo que respecta a las tradiciones esparcidas entre los demás pueblos de la tierra, en la India un elefante sostiene el globo; el sol es el autor de cuanto existe, en el Perú; en el Canadá, el *Gran Liebre* es el padre del mundo; en la Groenlandia, el hombre ha salido de una concha de marisco²; y, por último, la Escandinavia vió nacer a Askus y a Emla; Odín les dió el alma, Høenerus la razón, y Lœdur la sangre y la hermosura:

Askum et Emlam, omni conatu destitutos,
Animam nec possidebant, rationem nec habebant,
Nec sanguinem, nec sermonem, nec faciem venustam:
Animam dedit Odinus, rationem dedit Høenerus;
Lœdus sanguinem addidit et faciem venustam³.

En estas cosmogonías nos vemos colocados entre cuentos de niños y abstracciones de filósofos; y si preciso fuese optar, sería preferible inclinarse a los primeros.

Para descubrir el original de un cuadro entre multitud de copias, debemos buscar aquel que en su unidad o en la perfección de sus partes revela el genio del pintor. Esto es lo que hallamos en el Génesis, original de esas pinturas reproducidas en las tradiciones de todos los pueblos. ¿Hay algo más natural, y, sin embargo, más magnífico, más fácil de concebir, más en armonía con la razón humana, que el Criador bajando a la noche antigua para crear la luz a una sola palabra? Al punto el sol se muestra en el cielo, en el centro de una inmensa bóveda azul; envuelve en sus invisibles redes a los planetas, y los retiene en derredor como su presa; los mares y los bosques empiezan a agitarse en el globo, y levantan sus primeros murmullos para anunciar al uni-

verso ese maravilloso himeneo de que Dios es el sacerdote, la tierra el tálamo nupcial, y el linaje humano la posteridad¹.

II

CAÍDA DEL HOMBRE. — LA SERPIENTE. — UNA PALABRA HEBREA.

Gran admiración despierta esta otra verdad consignada en las Escrituras: *El hombre muere por haberse entenebado con el fruto de vida*; el hombre se perdió por haber probado el fruto de ciencia, por haber sabido conocer demasiado el bien y el mal, y por haber cesado de ser semejante al niño del Evangelio. Supóngase cualquiera otra prohibición por parte de Dios, relativamente a otra cualquiera inclinación del alma. ¿Qué serán, en tal caso, la sabiduría y la profundidad del orden del Altísimo? No otra cosa que un capricho indigno de la Divinidad, sin que resulte moralidad alguna de la desobediencia de Adán. Por el contrario, toda la historia del mundo se deriva de la ley impuesta a nuestro primer padre. Dios puso la ciencia a su alcance, porque no podía negársela habiendo nacido el hombre inteligente y libre; pero le predijo que si quería saber demasiado, el *conocimiento de las cosas* sería su muerte y la de su posteridad. El secreto de la existencia política y moral de los pueblos y los misterios más profundos del corazón humano, están encerrados en la tradición de ese árbol admirable y funesto.

Ahora bien: ved aquí una maravillosa consecuencia de esta prohibición de la sabiduría. El hombre cae, y el demonio del orgullo es quien ocasiona su caída. El orgullo finge la voz del amor para seducirle, y Adán intenta igualarse a Dios, estimulado por la mujer: profunda explanación de nuestras dos pri-

1. Las Memorias de la Sociedad de Calcuta confirman las verdades del Génesis, pues nos muestran la mitología dividida en tres ramas: la una que se extendió a las Indias, la otra en Grecia, y la tercera entre los salvajes de la América septentrional; por último, esa mitología vino a ligarse a una tradición más antigua, que es la misma de Moisés. En la India, los modernos viajeros encuentran por todas partes vestigios de los hechos de que habla la Escritura; después de haber comprobado por largo tiempo su autenticidad, es preciso reconocerla.

1. LUCRET., lib. IV-V.

2. Véase HESIOD., OVID.; *Hist. of Hindost.*; HERBERA, *Hist. de las Ind.*; CHARLEVOIX, *Hist. de la Nouvelle France*; P. LAFITON, *Mœurs des Indiens; Travel in Greenland by a Mission.*

3. BARTHOL., *Ant. Dan.*

meras pasiones: la vanidad y el amor.

Bossuet, en sus *Elevaciones a Dios*, donde se vuelve a encontrar frecuentemente al autor de las *Oraciones fúnebres*, dice, hablando del misterio de la serpiente, que «los ángeles conversaban con el hombre en la forma que Dios permitía y bajo la figura de varios animales; por esta razón Eva no se sorprendió al oír hablar a la serpiente, como tampoco al ver a Dios mostrarse bajo una forma sensible.» Bossuet añade: «¿Por qué determinó Dios al ángel soberbio a dejarse ver bajo esta forma, con preferencia a cualquier otra? Aunque no es necesario saberlo, la Escritura nos lo insinúa, diciendo que la serpiente era el más astuto de todos los animales, es decir, el que mejor representaba al demonio en su malicia, en sus añagazas, y luego en su castigo.»

Nuestro siglo rechaza con altanería todo lo que presenta un carácter maravilloso; pero hemos observado muchas veces la serpiente, y, si nos atrevemos a decirlo, hemos creído reconocer en ella el instinto pernicioso y la sutileza que le atribuye la Escritura. Todo es misterioso, oculto y sorprendente en este incomprensible reptil. Sus movimientos se diferencian de los de todos los demás animales, y no puede decirse dónde reside su facultad locomotora, porque no tiene aletas, ni patas, ni alas, y, no obstante, huye como una sombra, se desvanece mágicamente, vuelve a aparecer y ocúltase de nuevo, a semejanza de un humecillo de azur y los destellos de una espada en la obscuridad. Ora se pliega circularmente y dardea una lengua de fuego; ora, apoyándose en la extremidad de su cola, camina perpendicularmente, como por encantamiento. Arrójase arrollada sobre sí misma, sube y baja en espiral, hace ondular sus anillos cual las olas, circula sobre las ramas de los árboles, y se desliza páfida por entre la hierba de las praderas, o sobre la superficie de las aguas. Tan caprichosos e indecisos como su marcha son sus colores, pues cambian según las diversas tonalidades de la luz, y presentan, como sus movimientos, la mentida brillantez y las páfidas variedades de la seducción.

Más asombrosa aún en sus demás

costumbres, sabe arrojar sin ser vista, cual un asesino, su túnica manchada de sangre, temiendo ser reconocida. Por una extraña facultad, puede hacer entrar en su seno los monstruos que el amor ha hecho salir de él. Duerme meses enteros, frecuenta los sepulcros, habita en lugares desconocidos, compone venenos que hielan, abrasan o manchan el cuerpo de su víctima con los colores de que aparece teñida. Allí levantan dos cabezas amenazadoras; aquí hace sonar un cascabel, silba como un águila de montaña, y brama como un toro. Asíciase naturalmente a las ideas morales o religiosas como por resultado de la influencia que ejerció en nuestros destinos; objeto de horror o de admiración, los hombres le profesan un odio implacable o sucumben ante su genio; la mentira la invoca, la prudencia la reclama, la envidia la lleva en su corazón, y la elocuencia en su caduceo. Arma en los infiernos el látigo de las Furias, y en el cielo es el símbolo de la Eternidad. Posee, además, el arte de seducir la inocencia: sus miradas fascinan a las aves en los aires; y bajo el helecho del pesebre, la oveja le abandona su leche. Pero la serpiente se deja a su vez seducir por los sonidos suaves, y para domarla bástale al pastor su flauta.

En julio de 1791 viajaba por el Alto Canadá, con algunas familias salvajes de la nación de los onondagas. Habiéndonos detenido cierto día en una dilatada llanura a orillas del Genesio, entró en nuestro campo una serpiente de cascabel. Había entre nosotros un canadiense que sabía tocar la flauta, y deseando divertirnos, se adelantó hacia la serpiente con su arma de nueva especie. Al acercársele su enemigo, el reptil se arrolló en espiral, acható su cabeza, hinchó sus carrillos, descubrió sus dientes venenosos y sus sangrientas fauces; vibró su doble lengua cual dos llamas; sus ojos parecían dos ascuas; su cuerpo, hinchado por la rabia, se elevaba y deprimía a manera de un fuelle; su piel, dilatada, tornóse mate y escamosa, y su cola, que hacía oír un ruido siniestro, se agitaba con tan extraña celeridad que se asemejaba a un ligero vapor.

Entonces el canadiense empezó a tañer su flauta; la serpiente hizo un movimiento de sorpresa, y retiró hacia atrás la cabeza. A medida que cedía al efecto mágico, sus ojos perdían su poder fascinador, la agitación de su cola disminuía y el rumor que en ella resonaba se fué debilitando paulatinamente hasta cesar del todo. Menos perpendiculares sobre su línea espiral, los anillos de la encantada serpiente se ensancharon, y unos tras otros se dejaron caer en el suelo en forma de círculos concéntricos. Los cambiantes de azul, verde, blanco y oro recobraron su brillo sobre su estremecida piel; y el reptil, volviendo ligeramente la cabeza, quedóse inmóvil en la actitud de la atención y del placer.

En aquel momento, el canadiense anduvo algunos pasos, haciendo producir a su flauta sonidos dulces y monótonos; la serpiente bajó su abigarrado cuello, entreabrió con su cabeza la menuda hierba, y empezó a arrastrarse tras los pasos del músico que la subyugaba, deteniéndose cuando él se detenía, y volviendo a seguirle cuando él volvía a alejarse. Así la sacó de nuestro campo, en medio de multitud de espectadores, salvajes y europeos, que con dificultad daban asenso a sus propios ojos; a tal prodigio de la música, la concurrencia gritó unánime que se concediese la vida a la maravillosa serpiente.

A esta especie de inducción, derivada de las costumbres de la serpiente en favor de las verdades de la Escritura, añadiremos otra tomada de una voz hebrea. ¿No es muy extraordinario y al mismo tiempo muy filosófico que el nombre genérico de hombre signifique en hebreo la *fiebre* o el *dolor*? *Enoch*, *hombre*, se deriva por su raíz del verbo *anash*, hallarse peligrosamente enfermo. No denominó Dios así a nuestro primer padre, sino que le llamó simplemente *Adán*, *tierra roja* o *limo*. La posteridad de Adán no tomó hasta después del pecado el nombre de *Enoch*, u *hombre*, que tan perfectamente se adapta a sus miserias, y con tanta elocuencia recordaba la transgresión y el castigo. Tal vez en un movimiento de amargura, Adán, testigo del doloroso

parto de su esposa, y al recibir en sus brazos a su primogénito Caín, lo elevó al cielo exclamando: ¡*Enoch*! ¡*Oh dolor*! ¡Triste exclamación, destinada a designar en lo sucesivo la especie humana!

III

CONSTITUCIÓN PRIMITIVA DEL HOMBRE. —NUEVA PRUEBA DEL PECADO ORIGINAL.

Hemos aducido, al hablar del Bautismo y de la Redención, algunas pruebas morales del pecado original; pero no debemos tratar superficialmente tan importante materia, pues, como dice Pascal, «el nudo de nuestra condición toma sus múltiples rodeos en este abismo, de modo que el hombre es más inconcebible sin ese misterio, de lo que tal misterio es inconcebible al hombre¹».

Paréceme que puede deducirse del orden del universo una nueva prueba de nuestra degeneración primitiva.

Si dirigimos una ojeada al mundo, veremos que por una ley general, y al mismo tiempo particular, las partes integrantes, los movimientos interiores o exteriores, y las cualidades de los seres se hallan en completa armonía. Así, los cuerpos celestes verifican sus revoluciones con admirable unidad, describiendo cada cual su órbita particular sin contrariarse a sí mismo. Un solo globo nos da la luz y el calor; pero estos dos accidentes no están repartidos entre dos esferas, sino que el sol los confunde en su disco, bien así como Dios, cuya imagen es, une al principio que fecundiza el principio que alumbr.

Obsérvese la misma ley en los animales: sus *ideas*, si así puede decirse, están siempre de acuerdo con sus *sentimientos*, su *razón* y sus *pasiones*. Por esta razón no hay en ellos ni aumento ni disminución de inteligencia; y es fácil seguir esta regla de las armonías en las plantas y los minerales.

¿Por qué incomprensible destino, sólo el hombre se exceptúa de esta ley tan necesaria al orden, a la conserva-

1. PENSAMIENTOS, de PASCAL, c. III, pensamiento 8.

ción, la paz y ventura de los seres? Quanto más visibles son la armonía de las cualidades y de los movimientos en el resto de la Naturaleza, tanto más notable es en el hombre su divergencia. Existe una perpetua lucha entre su entendimiento y su deseo, entre su mente y su corazón. Cuando llega al apogeo de la civilización, hállase en el último escalón de la moral; si es libre, es grosero y rudo; si suaviza sus costumbres, se forja pesadas cadenas. Si brilla en las ciencias, apaga su imaginación; si se hace poeta, amengua su entendimiento; su corazón se desarrolla a expensas de su cabeza, y ésta a expensas de aquél. Estrecha el círculo de sus ideas a medida que ensancha el de sus afectos, y se empobrece en éstos en la proporción en que se enriquece en aquéllas. La fuerza le hace áspero y duro, y la debilidad le enerva. Una virtud le acarrea siempre un vicio; y éste, cuando se retira, le roba siempre una virtud. Las naciones, consideradas en su conjunto, presentan las mismas vicisitudes, pues pierden y recobran alternativamente las luces. Pudiera decirse que el genio humano, agitando una antorcha, vuela íncesantemente en derredor de este globo, en medio de la noche que nos cubre, y se muestra a las cuatro partes de la tierra como ese astro nocturno, que creciendo y menguando sin cesar, disminuye a cada paso respecto de un pueblo la claridad que aumenta respecto de otro.

Es, por lo tanto, razonable suponer que el hombre, en su constitución primitiva, se asemeja al resto de la creación, y que esta constitución se formaba de la perfecta conformidad del sentimiento con la mente, de la imaginación con el entendimiento. Acaso nos convenceremos de esta verdad si observamos que esta rennión es necesaria aun para saborear una sombra de esa felicidad, en hora triste perdida. Así, pues, por la mera ilación del raciocinio y por las probabilidades de la analogía no podemos negar el pecado original, puesto que el hombre, tal cual hoy le vemos, no es probablemente el hombre primitivo. Contradice a la Naturaleza entera; elemento perturbador en medio del orden; doble, cuando todo es senci-

llo, misterioso, versátil e inexplicable, se muestra ostensiblemente en el estado de una cosa dislocada por algún transcendental accidente; es un palacio desmoronado y reducido a escombros, en que se admiran partes soberbias y partes repugnantes; magníficos peristilos sin objeto conocido; grandiosos pórticos y bóvedas mezquinas, luces vivísimas y profunda lobreguez: en una palabra, la confusión y el desorden en todas partes, especialmente en el santuario.

Por consiguiente, si la constitución primitiva del hombre consistía en las conformidades, cuales las vemos establecidas en los demás seres, para destruir un estado cuya naturaleza es la armonía, basta alterar su contrapeso. La parte afectiva y la parte inteligente formaban en nosotros este precioso equilibrio, pues Adán era a la par el más profundo y el mejor de los hombres, es decir, el más poderoso en inteligencia y el más poderoso en amor.

Pero todo lo que ha sido creado sigue necesariamente una marcha progresiva. En lugar de esperar del transcurso de los siglos, nuevos *conocimientos* que hubiera recibido con nuevos *sentimientos*, Adán quiso conocer todo a la vez. Y nótese un hecho importante: el hombre podía destruir la armonía de su ser de dos maneras: o intentando *amar* demasiado, o aspirando a *saber* demasiado. Pecó sólo por este segundo extremo, porque en realidad nos aqueja mucho más el orgullo de las ciencias que el del amor; pero este orgullo hubiera sido más digno de lástima que de castigo, y si Adán se hubiese hecho culpable por haber querido *sentir* demasiado, más bien que por haber querido *concebir* demasiado, el hombre hubiera podido tal vez rescatarse a sí mismo, sin que el Hijo del Eterno se hubiese visto precisado a inmolarse. Emperó no sucedió así: Adán se propuso abrazar al universo, no con el sentimiento, sino con la idea, y al tocar el árbol de la ciencia, admitió en su entendimiento un rayo demasiado vivo de luz. Al punto el equilibrio quedó roto, la confusión se apoderó del hombre, y en lugar de la claridad que se había prometido, espesas tinieblas cubrieron su vista, porque

su pecado se extendió como un velo entre él y el universo. Su alma se perturbó y se sublevó: sus pasiones combatieron su juicio, y éste se propuso aniquilar aquéllas, y en tempestad tan deshecha, el escollo de la muerte presenció estremecido de júbilo el primer naufragio del hombre.

Tal fué el incidente que alteró radicalmente la armoniosa e inmortal constitución humana. Desde aquel triste momento, los elementos de su ser han permanecido diseminados, y no han podido reunirse. La familiaridad, o por mejor decir, el casi amor al sepulcro que la materia ha contraído, destruye todo proyecto de rehabilitación en este mundo, porque nuestros años no son bastante largos para que nuestros esfuerzos por recobrar nuestra primitiva perfección puedan en tiempo alguno reparar los daños de nuestra caída¹.

Pero se preguntará: ¿Cómo hubiera podido el mundo contener todas las razas, si no hubieran quedado sujetas a la muerte? Esto es una objeción quimérica, porque es pedir cuenta a Dios de sus infinitos medios de acción. ¿Quién sabe si los hombres se hubieran multiplicado tanto como actualmente vemos? ¿Quién sabe si la mayor parte de las generaciones hubiera permanecido virgen², o si esos millones de astros que giran sobre nuestras cabezas nos hubieran sido reservados como moradas deliciosas, a donde hubiéramos sido trasladados por los ángeles? Y aun pudiera aventurarse más: es imposible calcular a qué altura hubiera podido llegar en las ciencias y las artes el hombre, perfecto e inmortal poblador de la tierra. Si desde luego se hizo dueño de tres elementos; si no obstante las ma-

yores dificultades disputa hoy a las aves el imperio de los aires, ¿qué no hubiese llevado a cabo en su carrera inmortal? La naturaleza del aire, que presenta en el estado actual un obstáculo invencible al cambio de planeta, era acaso diferente antes del Diluvio. Como quiera que sea, no es indigno del poder de Dios y de la grandeza del hombre suponer que la raza de Adán estaba destinada a recorrer los espacios y a animar todos esos soles, que, privados de sus habitantes por el pecado, no son otra cosa que unas brillantes soledades.

LIBRO CUARTO

Continuación de las verdades de la Escritura.—Objeciones contra el sistema de Moisés.

I

CRONOLOGÍA

Desde que algunos sabios han dicho que el mundo encerraba en la historia del hombre, o en la de la Naturaleza, señales de una antigüedad demasiado remota para tener el moderno origen que le asigna la Biblia, muchos se han puesto a citar a Sanconiaton, Porfirio, los libros sánscritos, etc. Pero, los que hacen valer estas autoridades, ¿las han consultado siempre en su fuente?

Es un poco temerario querer persuadirnos que Orígenes, Eusebio, Bossuet, Pascal, Fenelón, Bacon, Newton, Leibnitz, Huet, y tantos otros, eran unos ignorantes, o unos imbéciles, o unos perversos que hablaban contra su íntima convicción. Estos hombres ilustres dieron asenso a la verdad de la historia de Moisés, y no podemos dejar de convenir en que poseían una doctrina a cuyo lado nuestra erudición es harto insignificante.

Mas, empezando por la cronología, los sabios modernos han devorado, solazándose, las dificultades insuperables en que se han estrellado Escalígero, Pettau, Usher y Grocio. Reiríanse ciertamente de nuestra ignorancia si les preguntásemos cuándo han tenido princi-

1. En esto el sistema de *perfectibilidad* se manifiesta completamente defectuoso. No se observa que si el espíritu ganase siempre en luz y el corazón en sentimientos o en virtudes morales, el hombre, en un tiempo determinado, encontrándose en el mismo punto de donde ha partido, sería necesariamente inmortal: pues faltando en él todo principio de *división*, todo principio de *muerte* cesaría. La longevidad de los patriarcas y el don profético entre los hebreos se han de atribuir a un restablecimiento más o menos grande de los equilibrios de la naturaleza humana. Así, los materialistas que sostienen el sistema de *perfectibilidad*, no se entienden ellos mismos, porque, en efecto, esta doctrina, lejos de ser la del *materialismo*, conduce a las ideas más místicas de la *espiritualidad*.

2. Esta es la opinión de San Crisóstomo. Pretende que Dios ha encontrado medios de generación desconocidos por nosotros. Existe (ha dicho) ante el trono de Dios un sinnúmero de ángeles que no han nacido por la vía humana. De *Virginit.*, lib. II.

pío las Olimpiadas; cómo se armonizan éstas con el modo de contar por arcontes, éforos, por ediles, por cónsules, por reinados, juegos píticos, nemeos y seculares; cómo coinciden todos los calendarios de las naciones; de qué manera es preciso computar, para poner en consonancia el antiguo año de Rómulo, de diez meses y 354 días, con el de Numa, de 355 días, y con el de Julio César, de 365; y por qué medio se evitarán inexactitudes, asimilando estos años al año común ático de 354 días, y al embolístico, de 384.

Sin embargo, no se limitan a esto las perplejidades relativas a los años. El antiguo año judío sólo tenía 354 días, y al fin de él se añadían otros doce, y algunas veces un mes y treinta días después del de Adar; lo que tenía por objeto la formación del año solar. El moderno año judío cuenta doce meses, y toma siete años de trece meses en el espacio de diez y nueve años. El año siríaco varía igualmente, y se forma en 365 días. El año turco o árabe tiene 354 días, y recibe once meses que se intercalan en el discurso de veintinueve años. El año egipcio se divide en doce meses de treinta días, y añade cinco de éstos al último; el año persa, llamado *yezdegerdic*, es igual al año egipcio¹.

Además de estas mil maneras de medir el tiempo, no todos estos años tienen el mismo principio, ni las mismas horas, ni los mismos días, ni las mismas divisiones. El año civil de los judíos (como todos los de los orientales) empieza en el novilunio de septiembre, y su año eclesiástico en el de marzo. Los griegos cuentan el primer mes de su año desde el novilunio que sigue al solsticio del verano. El primer mes del año de los persas corresponde a nuestro mes de junio; y la China y la India, lo empiezan en la primera luna de marzo. Vemos luego meses astronómicos y civiles que se subdividen en lunares y solares, en sinódicos y periódicos; vemos secciones de meses en calendas, idus,

décadas y semanas; vemos días de dos especies, artificiales y naturales, que empiezan, los primeros al salir el sol, como entre los antiguos babilonios, sirios y persas, y los segundos, al ponerse, como en la China y la Italia moderna, y como antiguamente entre los atenienses, los judíos y los bárbaros del Norte. Los árabes empiezan su día a las doce de él, y la Francia actual a media noche, como Inglaterra, Alemania, España y Portugal. Finalmente, ni aun las horas dejan de ser de difícil inteligencia en cronología, pues se distinguen en babilónicas, italianas y astronómicas; y si intentáramos insistir más sobre el particular, no veríamos sesenta minutos en una hora europea, sino mil ochenta escrúpulos en la hora caldea o árabe.

Hase dicho que la cronología es la antorcha de la historia. ¡Ojalá fuese ella la única que nos hiciese ver los crímenes humanos! ¿Qué sería, si por colmo de perplejidad, penetrásemos en el inextricable laberinto de los períodos, las eras o las épocas? El período victoriano, que recorre quinientos treinta y dos años, está formado de la multiplicación de los ciclos del sol y de la luna; estos mismos ciclos, multiplicados por el de indicación, producen los siete mil novecientos ochenta años del período juliano. El período de Constantinopla comprende un número de años igual al del período juliano, pero no empieza en la misma época. Por lo que respecta a las eras, aquí se cuenta por el año de creación¹; allí por olimpiadas², por la fundación de Roma³, por el nacimiento de Jesucristo, por la época de Eusebio, por la de los seléucidas⁴, por la de Nabonasar⁵, y por la de los mártires⁶. Los turcos tienen su Hégira⁷, y los persas su *yezdegeric*⁸. Computase, además, por las eras juliana, gregoriana, ibérica⁹ y

1. Esta época se subdivide en griega, judía, alejandrina, etc.

2. Los historiadores griegos.

3. Los historiadores latinos.

4. El historiador Josefo.

5. Tolomeo y algunos otros.

6. Los primeros cristianos hasta 532, A. D., y de nuestros días por los cristianos de Abisinia y Egipto.

7. Los orientales no la colocan como nosotros.

8. Nombre de un rey persa que murió en una batalla contra los sarracenos, en 632 de nuestra era.

9. Seguida en los concilios y en los viejos monumentos de España.

1. El segundo año persa, llamado gelaleano, y que empieza el año del mundo 1089, es el más exacto de los años civiles, en cuanto que lleva los solsticios y los equinoccios precisamente los mismos días. Se compone, mediante una intercalación, repetida seis o siete veces, en cuatro años, y después una vez en cinco.

acciana¹. No hablaremos de los mármoles de Arundel, ni de las medallas y monumentos de todo género que esparcen nuevas tinieblas en la cronología. ¿Hay un hombre de buena fe, que al recorrer estas páginas no convenga en que tantas maneras dudosas de calcular el tiempo, bastan para convertir la historia en un caos espantoso? Los anales de los judíos, por confesión de los sabios, son los únicos cuya cronología es sencilla, regular y luminosa. ¿Por qué, pues, consumir el espíritu a impulso de un celo ardiente de impiedad, en cuestiones de tiempo, no menos áridas que indescifrables, cuando tenemos el hilo más seguro para no perdernos en la noche de la historia? Véase en esto una nueva evidencia en favor de las Escrituras.

II

LOGOGRAFÍA Y HECHOS HISTÓRICOS

A las objeciones cronológicas aducidas contra la Biblia, siguen las que algunos intentan deducir de los mismos hechos históricos. Al efecto, exhuman la tradición de los sacerdotes de Tebas, que concedía diez y ocho mil años al reino de Egipto, y citan la lista de las dinastías de estos reyes, que ha llegado a nosotros.

Plutarco, a quien nadie supondrá adicto al *cristianismo*, se encarga de una parte de la respuesta a tales objeciones. He aquí cómo se expresa al hablar de los egipcios: «Aunque su año llegó a ser de cuatro meses, según algunos autores, al principio no se componía sino de uno, y sólo contenía el tiempo de una lunación; así es que, haciendo de un solo mes un año, el tiempo transcurrido desde su origen parece extremadamente largo, y aunque habitan nuevamente su país, pasan por el pueblo más antiguo de todos²». Por otra parte, sabemos por Herodoto³, Diodoro de Sicilia⁴, Justino⁵, Jablonski⁶ y

Estrabón¹, que los egipcios cifran su orgullo en obscurecer su origen rodeándolo de las tinieblas del tiempo, y en ocultar, por decirlo así, su cuna con el tupido velo de los siglos.

El número de reinados no puede presentar dificultad alguna, pues es sabido que las dinastías egipcias se componen de reyes contemporáneos; por otra parte, una misma palabra se lee de cinco o seis maneras diferentes en las lenguas orientales, y nuestra ignorancia en ellas hace cinco o seis diversos personajes de una misma persona²; esto es lo que ha sucedido relativamente a las traducciones de un solo nombre. El *Athoth* de los egipcios se ve traducido, en Eróstenes, por una palabra griega que significa *letrado*, como *Athoth* lo expresa en egipcio; pero no se ha dejado de hacer dos reyes de la citada palabra, y lo mismo ha sucedido respecto de *Hermes* o *Hermógenes*. Pero el *Athoth* de Manetón se multiplica y se hace *Thoth* en Platón, y el texto de Sanconiaton prueba, en efecto, que es el nombre primitivo. La letra *A* es una de las que se añaden o suprimen indistintamente en los idiomas orientales: por esta razón, el historiador Josefo traduce por *Apachnas* el nombre del mismo hombre que Africano llama *Pachnas*. He aquí, pues, que *Thoth*, *Athoth*, *Hermes* o *Hermógenes* o *Mercurio*, se presentan como cinco hombres famosos que abrazan cerca de dos siglos, siendo así que estos cinco reyes no eran sino un solo egipcio que tal vez no vivió sesenta años.

Pero prescindiendo de esto, ¿qué necesidad hay de eternizarse en disputas logográficas, cuando basta la historia para convencerse del moderno origen del hombre? En vano se forman cábalas con siglos *inventados*, cuyo padre no es el tiempo; en vano se multiplica y supone la muerte para tomar en ella vagas sombras, porque todo esto no impide que el género humano sea de ayer.

1. STRABÓN, lib. XVII.

1. Que toma su nombre de la batalla de Accio, y del que hicieron uso Tolomeo, Josefo, Eusebio y Censorino.

2. PLUTARCO, in Num., 80.

3. HERODOTO, lib. II.

4. DIODORO, lib. I.

5. JUSTINO, lib. I.

6. JABLONSKY, Panth. Egypt., lib. II.

2. Para citar un ejemplo entre mil, el monograma de Fo-hi, divinidad china, es exactamente el mismo que el de Menes, divinidad egipcia; además, está suficientemente probado que los caracteres orientales no son más que signos generales de ideas que cada cual traduce en su lengua, como la cifra árabe entre nosotros. Así, por ejemplo, Italia pronuncia *duodecimo*, el mismo número que los ingleses expresan con la palabra *twelve*, y los franceses con la de *douze*.

Los nombres de los inventores de las artes no son tan familiares como los de un hermano o un abuelo. *Hypsuranio* construyó las chozas de caña, albergue de la primitiva inocencia. *Usoo* cubrió su desnudez con pieles de fiera, y arrosó el mar en un tronco de árbol¹. *Tubalcain* puso el hierro en la mano de los hombres²; *Noé* o *Baco* plantó la viña; *Cain* o *Triptolomeo* curvó el arado; *Agrotes*³ o *Ceres* recogió la primera cosecha. La historia, la medicina, la geometría, las bellas artes y las leyes, no son más antiguas en el mundo, y las debemos a *Herodoto*, *Hipócrates*, *Tales*, *Homero*, *Dédalo* y *Minos*. En cuanto al origen de los reyes y de las ciudades, la historia ha sido conservada por *Moisés*, *Platón*, *Justino* y algunos otros, y sabemos cuándo y por qué se han establecido en los pueblos las diferentes formas de gobierno⁴.

Y si se manifiesta alguna admiración al encontrar tanta grandeza y magnificencia en las primeras ciudades de Asia, esta dificultad se desvanece sin el menor esfuerzo ante una observación derivada del genio de los orientales. En todas las edades esos pueblos han construido ciudades inmensas, sin que de ello pueda inferirse nada en favor de su civilización, y, por consiguiente, de su antigüedad. El árabe que ha abandonado las abrasadas arenas donde se conceptuaba feliz al encerrar una o dos tocas de sombra bajo una tienda de pieles de oveja; ese árabe ha construido casi a nuestra vista ciudades gigantescas y extensas metrópolis, donde, ciudadano de los desiertos, ha querido, al parecer, encerrar la soledad. Los chinos, tan poco adelantados en las artes, tienen también las mayores ciudades del globo, con jardines, murallas, palacios, lagos y canales artificiales, como los de la antigua Babilonia⁵. Finalmente, nosotros mismos, ¿no somos un ejemplo ostensible de la rapidez con que se civilizan los pueblos? No ha más de doce siglos que nuestros antepasados eran tan bárbaros

como los hotentotes, y en la actualidad sobrepujamos a Grecia en el refinamiento del gusto, del lujo y de las artes.

La lógica general de las lenguas no puede ofrecer ninguna razón sólida en apoyo de la antigüedad del hombre. Los idiomas del primitivo Oriente, lejos de anunciarnos unos pueblos envejecidos en el estado social, descubren, por el contrario, unos hombres muy próximos al estado natural, pues su mecanismo es en gran manera sencillo: la hipérbole, la imagen, las figuras poéticas se reproducen en ellos a cada paso, mientras que apenas contienen algunas palabras para la metafísica y las ideas, por lo cual sería imposible expresar con claridad en hebreo la teología de los dogmas cristianos¹. Sólo entre los griegos y los árabes modernos se hallan los términos compuestos propios para la explicación de las abstracciones ideológicas. Nadie ignora que *Aristóteles* es el primer filósofo que inventó las categorías, en que las ideas vienen a ordenarse por fuerza, sean cuales fueren su clase o naturaleza².

Preténdese, por último, que, antes que los egipcios hubiesen construido esos templos de que nos quedan tan hermosas ruinas, los pueblos pastores apacentaban sus rebaños en otras ruinas abandonadas por una nación desconocida: lo cual supondría una muy remota antigüedad.

Para resolver esta cuestión sería indispensable saber con exactitud quiénes eran y de dónde procedían los pueblos pastores. *Mr. Bruce*, que hallaba todo en Etiopía, los juzgaba oriundos de este país; no obstante, los etíopes, lejos de poder esparcir a larga distancia algunas colonias, eran en aquella época un pueblo recién establecido. *Etiopes*, dice *Eusebio*, *ab Indo flumine consurgentes*,

1. Así se comprueba leyendo a los Padres que han escrito en siríaco, tales como *San Efrén*, diácono de Edesa.

2. Si las lenguas exigen tanto tiempo para su completa formación, ¿por qué los salvajes del Canadá usan dialectos tan sutiles y tan complicados? Los verbos del idioma hurón tienen todas las inflexiones de los verbos griegos. Se distinguen, como los últimos, por la característica, el aumento, etc.; tienen tres modos, tres géneros, tres números, y sobre todo esto cierto desconcierto de letras propio de los verbos de las lenguas orientales. Pero lo más inconcebible es un cuarto pronombre personal, que se coloca entre la segunda y tercera persona, en singular y plural. Nada parecido conocemos en las lenguas muertas o vivas de que podamos tener algún conocimiento.

1. SANCH. *ap. EUS.*, *Preparat. Evang.*, lib. I, cap. X.

2. *Gen.*, cap. IV, v. 22.

3. SANCH., *loc. cit.*

4. Véase *MOIS.*, *Pent.*; *PLAT.*, *de Leg. y Tim.*; *JUST.*, lib. II; *HEROD.*; *PLUT.*, in *Thess.*, *Num.*, *Lycurg.*, *Solon*, etc., etc.

5. Véase el P. DU HALD, *Hist. de l'Asie*, *Lettres édif.*; *JORD MAC.*, *Amb. to Ch.*, etc.

CRISTIANISMO.—4

juxta Egyptum consederunt. Manetón, en su sexta dinastía, llama a los pastores *fenicios extranjeros*, y Eusebio refiere su llegada a Egipto al reinado de Amenofis; de lo cual es preciso deducir estas dos consecuencias: 1.^a, que el Egipto no era a la sazón bárbaro, toda vez que el egipcio Inaco llevaba por aquel tiempo la civilización a Grecia; 2.^a, que el Egipto no estaba cubierto de ruinas, puesto que Tebas florecía, y Amenofis era padre de Sesostris, que llevó a su apogeo la gloria de los egipcios. Según refiere el historiador Josefo, Tutmosis obligó a los pastores a abandonar enteramente las orillas del Nilo ¹.

Pero, ¿qué nuevos argumentos no se hubieran aducido contra la Escritura, si se hubiera conocido otro prodigio histórico que se enlaza también con las ruinas, ¡ay!, como toda la historia de los hombres! Hanse descubierto no ha muchos años en la América Septentrional unos monumentos extraordinarios en las márgenes del Muskingum, del Miani, del Wabache, del Ohío y especialmente del Escioto, donde ocupan una longitud de más de veinte leguas. Esos monumentos son unas murallas de tierra con fosos, glacis, lunas, medias lunas y conos de desmesurada altura, destinados a servir de sepulcros. Los hombres investigadores han preguntado, aunque en vano, cuál fué el pueblo que dejó tales huellas de su paso. El hombre está suspenso en el presente, entre el pasado y el porvenir, como sobre una roca que descuella entre dos abismos: a su espalda y a su vista se extienden profundas tinieblas, a través de las cuales vislumbra algunos fantasmas que, levantándose del fondo de ambos abismos, se mecen un instante en su superficie, para tornar a hundirse en ellos.

Sean cuales fueren las conjeturas acerca de estas ruinas americanas; aun

cuando se agreguen a ellas las visiones de un mundo primitivo, y las quimeras de una Atlántida, la nación civilizada que ha hundido quizá el arado en las llanuras donde el iroqués persigue hoy a los osos, no ha necesitado, para consumir sus destinos, de un tiempo más largo que el que ha bastado para devorar los imperios de Ciro, Alejandro y César. ¡Dichoso, a lo menos, un pueblo que no ha legado su nombre a la historia, y cuya herencia no ha sido recogida sino por los corzos de los bosques y las avecillas del cielo! Nadie irá a renegar del Criador en aquellas silvestres moradas, y a pesar con la balanza en la mano el polvo de los muertos, para probar la eternidad de la raza humana.

Yo, amante solitario de la Naturaleza y humilde confesor de la Divinidad, me he sentado en aquellas ruinas. Viajero anónimo, he conversado con aquellos despojos tan ignorados como yo mismo. Los confusos recuerdos de los hombres y las vagas meditaciones que brotan del desierto se mezclaban en el fondo de mi alma. La noche había llegado a la mitad de su carrera; enmudecían la luna, los bosques y los sepulcros, y sólo se oía a largos intervalos la ruda caída de algún árbol que el hacha del tiempo derribaba en la profunda espesura de las selvas; todo cae, todo se anonada así al mismo golpe.

No nos creemos obligados a hablar con formalidad de las *cuatro jogues* o edades indias, de las cuales la primera duró tres millones doscientos mil años; la segunda, un millón; la tercera, seiscientos mil; y la cuarta, o la edad actual, que durará cuatrocientos mil.

Si agregamos a todas esas dificultades de cronología, de logografía y de hechos, los errores que emanan de las pasiones del historiador, o de los hombres que viven en sus fastos; si agregamos además las inexactitudes de los copistas y mil accidentes de tiempos y lugares, forzoso será convenir en que todas las razones alegadas por la historia en favor de la antigüedad del globo, son tan poco satisfactorias cuanto de inútil investigación. Y en verdad, no puede negarse que no es muy acertado establecer la duración del mundo tomando por base la vida humana. ¡Có-

1. MANET. ad JOSEPH. et AFRIC.; HEROD., lib. II, cap. c; DION., lib. I, p. 48; EUSEB., *Chron.*, lib. I, p. 13.

Por lo demás, la invasión de estos pueblos, referida por los autores profanos, nos explica lo que se lee en el Génesis referente a Jacob y sus hijos: *Ut habitare possint in terra Gessen, quia distabantur Egyptii omnes pastores ovium* (Gen., cap. XLVI, v. 34).

De donde también se puede conjeturar el nombre griego de Faraón, bajo el cual Israel entra en Egipto, y el nombre del segundo Faraón, bajo el cual sale. La Escritura, lejos de contradecir las otras historias, evidentemente les sirve de prueba.

mo! ¡Se intenta demostrarnos la permanencia y la realidad de las cosas, por la rápida sucesión de sombras pasajeras! ¡Se pretende hacernos ver una sociedad sin principio ni fin, señalándonos sus escombros! ¡Necesítanse acaso muchos días para amontonar muchas ruinas? ¡Cuán decrepito sería el mundo si por éstas se contasen sus años!

III

ASTRONOMÍA

Búscanse las segundas pruebas de la antigüedad del mundo y de los errores de la Escritura en la historia del firmamento. Y véase aquí cómo los *cielos que refieren la gloria de Dios* a todos los hombres, y cuyo lenguaje entienden todos los pueblos¹, nada dicen al increíblelo. Felizmente los astros no son mudos, aunque los impíos son sordos.

La astronomía debe su nacimiento a los pastores. En los desiertos de la nueva Creación, los primeros humanos veían solazarse en su derredor sus familias y rebaños, y siendo tan íntima, tan viva su felicidad, ésta no era destruída por una previsión inútil. En la partida de las aves de otoño no veían la rápida carrera de los años, y la caída de las hojas no les advertía otra cosa que la vuelta de los fríos. Cuando la inmediata colina había dado todas sus hierbas a sus ovejas, se trasladaban con sus hijos y esposas en carros cubiertos de pieles, a través de los bosques, en busca de algún río ignorado donde la frescura de la sombra y lo apacible de las soledades les invitaban a fijarse de nuevo.

Faltábales, empero, una brújula para trasladarse a aquellos bosques sin caminos, y a lo largo de aquellos ríos sin navegantes; esto les obligó naturalmente a confiarse a las estrellas y a dirigirse por su curso. Legisladores y guías metodizaron el esquileo de las ovejas y las emigraciones a lejanas comarcas. Cada familia se entregó al giro de una determinada constelación, y así cada estrella marchaba al frente de un rebaño. A medida que los pastores se entregaban

a estos estudios, descubrían nuevas leyes astronómicas. En aquel tiempo Dios se complacía en descubrir los caminos del sol a los moradores de las cabañas, y la fábula refiere que Apolo había bajado del cielo para habitar entre los pastores.

Unas humildes columnas de ladrillo servían para conservar la memoria de las observaciones: el más poderoso imperio no presentó en tiempo alguno más sencilla historia. Con el mismo instrumento con que había perforado su flauta, y al pie del mismo altar donde había inmolado el primer cabrito nacido en su rebaño, el pastor grababa sobre una piedra sus inmortales descubrimientos; y colocaba además en otra parte nuevos testigos de esa astronomía pastoril, pues cambiaba sus anales con los del firmamento, porque del mismo modo que había escrito los fastos de las estrellas entre sus rebaños, escribía los fastos de éstos entre las estrellas. El sol descansó en su carrera en los apriscos; el toro anunció con sus bramidos el paso del padre del día; y el carnero le esperó para saludarle en nombre de su dueño. Poblaron el cielo vírgenes, niños, espigas de trigo, aperos de labranza, cordeiros y hasta el perro del pastor, quedando convertida toda la esfera celeste en una gran cabaña habitada por el Pastor de los hombres.

Huyeron para siempre días tan venturosos, pero los hombres retuvieron una memoria confusa de ellos en esas historias de la edad de oro, donde hallamos el reinado de los astros confundido con el de los rebaños. La India es aún astronoma y pastoril, como un día lo fué Egipto. No obstante, con la corrupción de las costumbres nació la propiedad, y con ésta la agrimensura, segunda edad de la astronomía. Pero por un destino harto singular, los pueblos más sencillos fueron los que mejor conocieron el sistema celeste: el pastor del Ganges cayó en errores menos groseros que el sabio de Atenas; pudiendo decirse que la musa de la astronomía había conservado una oculta inclinación hacia los pastores, sus primeros amores.

Durante las largas calamidades que acompañaron y siguieron la caída del imperio romano, las ciencias no tuvie-

1. Ps. XVIII, v. 13.

ron otro asilo que el santuario de esa Iglesia que hoy profanan con tanta ingratitud. Refugiadas en el silencio de los claustros, debieron su salvación a los mismos solitarios, hoy despreciados por ellas. Un monje Bacon, un obispo Alberto y un cardenal Cusa, resucitaban en sus vigilijs al genio de Euxodio, de Timocharis, de Hiparco y de Tolomeo. Protegidas por los papas, que daban el ejemplo a los reyes, las ciencias abandonaron, al fin, aquellos lugares sagrados donde la religión las había abrigado bajo sus alas. La astronomía renació en todas partes, pues Gregorio XIII reformó el calendario; Copérnico restableció el sistema del mundo; Tico Brahe renovó desde lo alto de su torre la memoria de los antiguos observadores babilónicos, y Kepler determinó la forma de las órbitas planetarias. Dios, empero, confunde otra vez el orgullo humano, concediendo a los juegos de la inocencia lo que niega a las investigaciones de la filosofía, pues unos niños descubrieron el telescopio. Galileo perfeccionó el nuevo instrumento, y entonces se acortaron los caminos de la inmensidad; el genio del hombre rebajó la altura de los cielos, y los astros aceptaron las medidas a que aquél los sometió.

Tantos descubrimientos anunciaban otros aún mayores, pues la humanidad estaba ya bastante cercana al santuario de la Naturaleza para que tardase mucho en penetrar en él. Faltábanle ya únicamente métodos a propósito para descargar el espíritu de los cálculos enormes que le abrumaban; pero Descartes concibió la audaz idea de referir al gran Todo las leyes físicas de nuestro globo; y merced a uno de esos rasgos de ingenio, de que apenas se cuentan cuatro o cinco ejemplos en la historia, obligó al álgebra a unirse a la geometría, como la palabra al pensamiento. Newton utilizó los materiales que le habían preparado tantas manos; pero justo es confesar que lo hizo como artista sublime, pues de los diferentes planos sobre que podía construir el grandioso edificio de los orbes, eligió tal vez el designio de Dios. El talento comprendió el orden que los ojos admiraban; la balanza de oro que Homero y la Escritura

dan al Árbitro supremo, le fué entregada; el cometa se sometió; el planeta atrajo al planeta al través de la inmensidad; el mar sintió la presión de dos navíos que surcaban su superficie a millones de leguas; y desde el sol hasta el átomo, todo se mantuvo en maravilloso equilibrio; sólo el corazón humano careció de este contrapeso en la Naturaleza.

¿Quién hubiera podido imaginarlo? El momento en que se descubrieron tantas nuevas pruebas de la grandeza y sabiduría de la Providencia, fué el mismo en que el hombre cerró más tenazmente sus ojos a la luz; no es decir, sin embargo, que los inmortales Copérnico, Tico Brahe, Kepler, Leibnitz y Newton fuesen ateos, sino que sus sucesores imaginaron, por una fatalidad deplorable, que tenían a Dios en sus crisoles y en sus telescopios, porque veían en ellos algunos de los elementos sobre los cuales ha fundado el mundo la Inteligencia universal. Cuando se ha vivido en los días de nuestra revolución, y cuando se reflexiona que casi todos nuestros males han sido abortados por el orgullo del saber, ¿no nos sentimos inclinados a creer que el hombre ha estado próximo a perecer de nuevo, por haber acercado segunda vez la mano al fruto vedado de la ciencia? Sirvanos de materia de reflexión esta máxima relativa al pecado original: *Los siglos sabios han sido seguidos siempre de los siglos de destrucción.*

Muy digno de lástima nos parece el astrónomo que pasa las noches leyendo en los astros, sin descubrir en ellos el nombre de Dios. ¡Cómo! ¿En figuras tan diferentes y en tan gran diversidad de caracteres, no le será posible hallar las letras que forman su nombre? ¿El problema de la Divinidad no está resuelto en el cálculo misterioso de tantos soles? ¿Una álgebra tan luminosa no puede servir para despejar la gran *Incógnita*?

La primera objeción astronómica que se opone al sistema de Moisés se hacía en la esfera celeste, y se pregunta: «¿Cómo es tan nuevo el mundo? La sola composición de la esfera supone millones de años.»

Por esto es cierto que la astronomía

es una de las primeras ciencias cultivadas por los hombres. Mr. Bully demuestra que los patriarcas anteriores a Noé conocían el período de seiscientos años, el año 365 días, 5 horas, 51 minutos y 36 segundos; y, por último, que habían denominado los seis días de la Creación según el orden planetario¹. Puesto que las razas primitivas eran ya tan sabias en la historia del cielo, ¿no es probable que los tiempos que transcurrieron después del Diluvio fuesen más que suficientes para darnos el sistema astronómico tal como hoy lo conocemos? Es imposible, por otra parte, establecer nada seguro relativamente al tiempo necesario al desarrollo de una ciencia. Desde Copérnico a Newton, la astronomía ha progresado más, en menos de un siglo, que durante tres mil años. Podemos comparar las ciencias a los países cortados por llanuras y montañas; adelántase rápidamente en las primeras, pero cuando se llega al pie de las segundas, se pierde un tiempo infinito en descubrir los caminos y en salvar las cimas desde donde se baja a la otra llanura. No debemos inferir que, puesto que la astronomía ha permanecido cuatro mil años en su edad media, ha debido hallarse miriadas de siglos en su cuna, porque semejante creencia choca con todo lo que sabemos acerca de la historia y de la marcha del espíritu humano.

La segunda objeción se saca de las épocas históricas enlazadas con las observaciones astronómicas de los pueblos, y en particular de las de los caldeos e indios.

Respecto de los primeros, respondemos que es sabido que los setecientos veinte mil años de que se envanece, se reducen a mil novecientos tres².

Por lo que respecta a los segundos, las observaciones que se apoyan en hechos irrecusables no ascienden más allá del año 3102 antes de nuestra era. Esta antigüedad es ciertamente muy grande, pero al fin entra en los límites conocidos; en esta época empieza la cuarta *joe* o edad india. M. Bailly demuestra, examinando las tres primeras edades y

reuniéndolas a la cuarta, que toda la cronología de los bracmanes se encierra en un intervalo de cerca de setenta siglos, lo que coincide perfectamente con la cronología de los Setenta; dicho autor prueba hasta la evidencia que los fastos de los egipcios, los caldeos, los chinos, los persas y los indios se adaptan con admirable exactitud a las épocas de la Escritura¹. Citamos a Mr. Bailly con tanta mayor complacencia, cuanto que este sabio murió víctima de los principios que nos hemos propuesto impugnar. Cuando este desgraciado escribía, hablando de *Hypatia*, joven astrónoma asesinada por los habitantes de Alejandría, que *los modernos perdonan a lo menos la vida, aunque lastimen la reputación*, no sospechaba que él mismo sería una prueba lamentable de la falsedad de su aserto, puesto que estaba condenado a renovar la historia de *Hypatia*.

Por lo demás, todos esos cálculos infinitos de generaciones y de siglos que hallamos en muchos pueblos, tienen su origen en una debilidad natural en el corazón humano, pues sintiendo los hombres en sí mismos un principio de inmortalidad, se avergüenzan en cierto modo de la brevedad de su existencia; parécenles que, amontonando sepulcros sobre sepulcros, ocultarán el vicio primordial de su naturaleza, esto es, lo efímero de su duración; y que añadiendo la nada a la nada, conseguirán formar una eternidad. Pero se engañan a sí mismos, y descubren lo que intentan ocultar; porque cuanto más alta es la pirámide fúnebre, más disminuye la estatua viva colocada en su vértice; que la vida parece mucho más pequeña cuando el enorme fantasma de la muerte la levanta en sus brazos.

IV

HISTORIA NATURAL; EL DILUVIO

No siendo poderosa la astronomía a destruir la cronología de la Escritura²,

1. BAILL., *Astr. Ind.* Discurso preliminar, part. xi, p. 126, etc.

1. BAILL., *Hist. de l'Astr. anc.*

2. Las tablas de estas observaciones, hechas en Babilonia antes de la llegada de Alejandro, fueron enviadas por Calistenes a Aristóteles. Véase BAILLY.

2. Se ríe de Jesué, que ordenó al sol que se detuviera. Nosotros no nos creemos obligados a enseñar a nuestro siglo que el sol no está inmóvil, a pesar de constituir el centro del sistema solar. Se ha excusado a

se combate con las armas de la historia natural la verdad de ésta; unos nos hablan de ciertas épocas en que todo el universo se rejuveneció; otros niegan las grandes catástrofes del globo, como el Diluvio universal, y dicen: «Las lluvias son los vapores de los mares; por consiguiente, la masa de éstos no bastaría a cubrir la tierra a la altura que fijan las Escrituras.» A esto podríamos responder que el discurrir de esta suerte es desconocer esas mismas luces que tanto se encarecen, puesto que la química moderna nos enseña que el aire puede convertirse en agua; y, en tal caso, ¡cuán espantoso diluvio no sobrevendría! Pero renunciamos de buen grado a estas razones científicas que dan cuenta de todo al espíritu, sin darla de nada al corazón. Nos limitamos a responder que para anegar la parte terrestre del globo basta que el Océano lance fuera de sus orillas las aguas de sus abismos. Por otra parte, ¡hombres jactanciosos!, ¿habéis penetrado en los *tesoros del granizo*¹, o conocéis los reservatorios del abismo de donde el Señor hizo salir la muerte en el día de sus venganzas?

Bien sea que Dios, elevando el fondo de los mares, derramase sobre los continentes el iracundo Océano; bien que, desviando al sol de su camino, le mandase levantarse sobre el polo con señales funestas, es lo cierto que un diluvio horroroso despobló la tierra. En aquel tiempo la raza humana fué exterminada casi por entero; todas las discordias internacionales terminaron, y cesaron todas las revoluciones. Reyes, pueblos y ejércitos enemigos suspendieron sus sangrientas rivalidades, y se abrazaron poseídos de íntimo pavor. Los templos se llenaron de suplicantes que habían renegado acaso durante toda su vida de la Divinidad; pero la Divinidad renegó de ellos a su vez, y en breve se anunció que la mole de las aguas del Océano rugía a la puerta de los templos. En vano huyeron las madres con sus hijos a las cimas de las montañas; en vano el amante creyó hallar un asilo seguro

para su amada en la misma gruta donde lo había hallado para sus ilícitos placeres; en vano disputaron los amigos a los espantados osos las copas de las encinas; las mismas aves, arrojadas de rama en rama por las olas, siempre en aumento, fatigaban con inútil afán sus alas impotentes sobre unas llanuras de agua sin límites. El sol, que sólo alumbraba ya la muerte a través de unos celajes sin matices, mostrábase pálido y sin fuerza, cual un inmenso cadáver anegado en los cielos; apagáronse los volcanes, despidiendo tumultuosas humaredas, y uno de los cuatro elementos, el fuego, pereció con la luz.

Entonces el mundo se encapotó en temerosas tinieblas, de cuyo seno salían espantosos clamores; entonces, en medio de las húmedas tinieblas, los demás seres vivos, el tigre, el cordero, el águila, la paloma, el reptil, el insecto, el hombre y la mujer, treparon en tropel a la roca más escarpada del globo; pero el Océano los siguió, y levantando en derredor de ellos su amenazadora inmensidad, hizo desaparecer bajo sus tormentosas soledades el último punto de la tierra.

Habiendo Dios consumado su venganza, mandó a los mares que se restituyesen a sus abismos; pero quiso imprimir en el globo señales eternas de su cólera: los esqueletos de los elefantes de la India se aglomeraron en las regiones de la Siberia; las conchas de los mariscos magallánicos se encerraron en las canteras de Francia; bancos enteros de cuerpos marítimos se detuvieron en las cumbres de los Alpes, del Tauro y de las Cordilleras; y estas mismas montañas fueron los monumentos que Dios dejó en los tres mundos para anunciar su victoria contra los impíos, bien así como un monarca levanta un trofeo en el campo donde ha derrotado a sus enemigos.

Dios no se limitó a estas manifestaciones generales de su pasada cólera; sino que, sabiendo cuán fácilmente se borra en el hombre la memoria del infortunio, multiplicó los recuerdos de aquélla. El sol no tuvo ya por trono la mañana y por lecho la tarde, sino el elemento húmedo en que parece se apaga todos los días, como en los

Josué diciendo que hablaba expresamente como el vulgo: hubiese sido más sencillo decir que hablaba como Newton. Si queréis paralizar la marcha de un reloj, no rompáis una rueda, sino el muelle principal, cuya paralización fijará subitamente el sistema.

1. Jos., cap. XXXVIII, v. 22.

tiempos del Diluvio. Las nubes del cielo imitaron muchas veces las olas aglomeradas, vastos arenales o blanquecinos escollos; en la tierra, los peñascos dejaron caer turbulentas cataratas; la luz de la luna y los pálidos vapores de la noche cubrieron algunas veces los valles con las apariencias de una vasta extensión de agua: en los lugares más áridos nacieron árboles cuyas ramas se inclinaron mustias al suelo, cual si saliesen del seno de las aguas; el mar recibió el orden de levantarse de nuevo sobre su lecho, e invadir sus playas dos veces al día; las cavernas de las montañas conservaron sordos mugidos y voces lúgubres; la cima de los bosques presentó la imagen de un mar movable, y parece que el Océano legó sus rumores a la profundidad de los bosques.

V

JUVENTUD Y VEJEZ DE LA TIERRA

Llegamos a la última objeción relativa al moderno origen del globo. Dícese: «Todo anuncia la caducidad de la tierra. Examinad sus fósiles, sus mármoles, sus granitos, sus lavas, y en ellos leeréis sus innumerables años, señalado por círculos, por capas, o por ramificaciones, como se ve en el cascabel de la serpiente, en los dientes del caballo y en las astas del ciervo.»

Esta dificultad ha sido resuelta mil veces con esta respuesta: *Dios ha debido crear, y ha creado sin duda el mundo con todas las señales de vejez y de complemento que hoy advertimos en él.*

En efecto, es verosímil que el Autor de la Naturaleza plantase desde el principio antiguas selvas y tiernos bosquecillos; que los animales naciesen, unos llenos de días, y otros adornados con las gracias de la edad primera. Las encinas, al romper el suelo fecundado, abrigaron sin duda a la vez los añosos nidos de los cuervos y la nueva posteridad de las palomas. Oruga, crisálida y mariposa, el insecto se arrastró por la hierba y colgó su huevo de oro en los bosques, donde se estremeció mecido por las auras, mientras la abeja, que sólo había vivido una mañana, contaba ya su ambrosía por generaciones de flores. De-

bemos creer que la oveja no se halló sin carnero, ni la golondrina sin sus hijos, y que los bosquecillos ocultaban ruiseñores complacidos en hacer oír sus primeros gorjeos, al abrigar las frágiles esperanzas de sus primeros placeres.

Si el mundo no hubiese sido a la vez joven y viejo, lo grande, lo grave y lo moral hubieran desaparecido de la Naturaleza, porque estos sentimientos se enlazan inevitablemente con las cosas antiguas. Cada lugar hubiera perdido sus peculiares encantos: la roca ruinoso no hubiese gravitado sobre el abismo con sus largas gramíneas; los bosques, despojados de todos sus accidentes, no hubieran presentado ese hermoso desorden de árboles inclinados sobre sus troncos, ni de troncos inclinados sobre la corriente de los ríos. Las ideas inspiradas, los rumores venerables, las voces mágicas y el santo horror de los bosques se hubieran desvanecido con las bóvedas que les servían de asilo, y las soledades de la tierra y del cielo hubieran quedado desnudas y desencantadas al perder las columnas de las encinas que las unen. El mismo día en que el Océano derramó sus primeras olas sobre las playas, bañó sin duda los escollos anteriormente carcomidos por aquellas, los arenales sembrados de conchas de mariscos, y los cabos descarnados que sostenían sobre las aguas las inseguras costas.

Sin esta vejez primitiva, no hubiera habido pompa ni majestad alguna en la obra del Eterno: y (lo que no podía ser), la Naturaleza en su inocencia hubiese sido menos hermosa de lo que es actualmente en su corrupción, puesto que una insípida niñez de plantas, de animales y de elementos, hubiera coronado una tierra sin poesía. Pero Dios no fué tan adocenado dibujante de los vergeles de Edén, como los incrédulos pretenden persuadirle. El hombre-rey nació de treinta años, para ponerse de acuerdo, mediante su majestad, con las antiguas grandezas de su nuevo imperio, al paso que su compañera contó sin duda diez y seis primaveras, que sin embargo no había vivido, para hallarse en armonía con las flores, las aves, la inocencia, los amores y toda la parte joven del universo.

LIBRO QUINTO

Existencia de Dios, demostrada por las maravillas de la Naturaleza.

I

OBJETO DE ESTE LIBRO

Réstanos por examinar uno de los principales dogmas cristianos: *el estado de los castigos y las recompensas en la otra vida*. Pero no podemos tratar de este importante asunto sin hablar primero de las dos columnas que sostienen el edificio de todas las religiones: *la existencia de Dios y la inmortalidad del alma*.

Somos, por otra parte, llamados a este estudio por el desarrollo natural de nuestro asunto, puesto que sólo después de haber seguido la fe acá abajo se la puede acompañar a esos tabernáculos adonde vuela al abandonar la tierra, Fieles siempre a nuestro plan, prescindiremos en las pruebas de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma, de las ideas abstractas, para no emplear sino las razones poéticas y las de sentimiento, es decir, las maravillas de la Naturaleza y las evidencias morales. Platón y Cicerón entre los antiguos, Clarke y Leibnitz entre los modernos, han demostrado metafísica y casi geométricamente la existencia del Ser supremo, y los más eminentes genios han admitido en todos los siglos este dogma consolador; y si algunos sofistas lo rechazan, Dios puede existir sin su asentimiento. Sólo la muerte, a que los ateos intentan reducir todo, necesita que se escriba en favor de sus derechos, porque tiene escasa realidad para el hombre. Olvidemos, pues, a esos míseros partidarios, que, por otra parte, ni aun se entienden entre sí; porque si los hombres que creen en la Providencia están de acuerdo en los puntos principales de su doctrina, por el contrario, aquellos que niegan al Criador no cesan de disputar sobre las bases de su nada; tienen delante de sí un abismo, y para

cegarlo les falta la piedra del fondo, pero no saben dónde tomarla. Además, hay en el error cierto vicio de naturaleza, que hace que cuando no participamos de él nos choque y al punto nos irrite: de aquí proceden las interminables discordias de los ateos.

II

ESPECTÁCULO GENERAL DEL UNIVERSO

Hay un Dios; las hierbas del valle y los cedros de la montaña le bendicen; el insecto zumba sus alabanzas; el elefante le saluda al despuntar el día; el pajarillo le canta en la enramada; el rayo hace brillar su poder; el Océano revela su inmensidad. Sólo el hombre ha exclamado en su delirio: «No hay Dios!»

¿Será que nunca haya levantado en sus infortunios los ojos al cielo, o que nunca en sus prosperidades haya mirado a la tierra? ¿Tan lejos de él se halla la Naturaleza, que no puede contemplarla? ¿O es que la juzga el mero resultado de la casualidad? Pero, ¿qué casualidad ha podido obligar a una materia desordenada y rebelde, a colocarse en orden tan perfecto?

Podría decirse que el hombre es el *pensamiento ostensible de Dios*; y que el *universo es su imaginación bajo una forma sensible*. Los que han admitido la hermosura de la Naturaleza como prueba de una inteligencia superior, hubieran debido mencionar una circunstancia que ensancha prodigiosamente la esfera de las maravillas; esto es, que el movimiento y el reposo, las sombras y la luz, las estaciones y el curso de los astros que varían las magníficas decoraciones del mundo, no son, sin embargo, progresivas sino en la apariencia, pero permanentes en la realidad. La escena que se borra para nosotros se colora para otro pueblo; no cambia el espectáculo, sino el espectador. De este modo ha sabido Dios reunir la *duración absoluta* y la *duración progresiva*: la primera está colocada en el *tiempo*, la segunda en la *extensión*; por la primera, las bellezas del universo son unas, infinitas, siempre idénticas; por la se-

gunda, son múltiples, finitas y renovables; sin aquella, no hubiera habido grandeza en la Creación; sin ésta, hubiérase advertido en ella enojosa monotonía.

Aquí el tiempo se nos muestra bajo una nueva fase: la menor de sus fracciones es un *todo completo*, que comprende todo, y en lo cual se modifican todas las cosas, desde la muerte de un insecto hasta el nacimiento de un mundo; cada minuto es una pequeña eternidad. Reunid, pues, un mismo momento, por medio de la imaginación, los accidentes más hermosos de la Naturaleza; suponed que veis a la vez todas las horas del día y todas las estaciones, una mañana de primavera y otra de otoño; una noche tachonada de estrellas y otra cubierta de nubes; praderas esmaltadas de flores, bosques secos por los hielos y campos dorados por abundantes mieses; y entonces tendréis una idea exacta del grandioso espectáculo del universo. Mientras admiráis ese sol que se oculta bajo las bóvedas del Occidente, otro observador lo mira salir radiante de las regiones de la aurora. ¿Por qué inconcebible magia, ese astro secular que se adormece fatigado y ardiente en el polvo de la tarde, es en aquel mismo instante el astro joven que despierta rico de luz y humedecido de rocío en los blancos velos del alba? A cada momento del día el sol se levanta, resplandece en su cenit y se oculta al mundo; o por mejor decir, no tiene Oriente ni Mediodía, ni Occidente verdaderos. Todo se reduce a un punto fijo, desde el cual la lumbrera del día derrama simultáneamente tres resplandores en una sola substancia. Esta triple luz es quizás el hecho más hermoso de la Naturaleza, porque, al darnos una idea de la perpetua magnificencia y del supremo poder de Dios, nos ofrece también una brillante imagen de su gloriosa Trinidad.

¿Puede concebirse bien lo que sería una escena de la Naturaleza, si se viese abandonada al mero movimiento de la materia? Las nubes, obedeciendo a las leyes de la atracción, caerían perpendicularmente sobre la tierra, o se remontarían por los aires a manera de pirámides, y un momento después la at-

mósfera sería perjudicial a los órganos respiratorios por su excesiva densidad o por su excesivo enrarecimiento. La luna, muy cercana o muy distante de nosotros, nos sería alternativamente invisible, o se mostraría sangrienta, cubierta de manchas enormes, u ocupando la bóveda celeste con su desmesurado disco. Poseída como de una extraña locura, marcharía de eclipse en eclipse, o, girando de uno a otro lado, descubriría al fin esta otra faz que la tierra no conoció. Las estrellas parecerían dominadas por el mismo vértigo: advertiríase en ellas una serie de conjunciones horribles; súbitamente un signo de verano tropezaría en otro de invierno; el Bootes conduciría las Pléyades, y el León crujiría en el Acuario; allí, unos astros pasarían con la rapidez de una exhalación; más allá permanecerían inmóviles; algunas veces formarían, agrupándose, una nueva vía láctea; y después, desapareciendo todo a la vez, y rasgando la cortina de los mundos, según la feliz expresión de Tertuliano, descubrirían los abismos de la eternidad.

Pero tan perturbadores espectáculos no amedrentarán a los hombres antes del día en que bastará a Dios abandonar al mundo para destruirlo.

III

ORGANIZACIÓN DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS

Descendamos de estas nociones generales a ciertas ideas particulares; veamos si podemos descubrir en las partes de la obra la misma sabiduría que tan bien se manifiesta en el todo. Nos serviremos desde luego de una clase de hombres que la ciencia y la humanidad reclaman a la par: hablamos de los médicos.

El doctor Nieuwentyt, en su *Tratado de la Existencia de Dios*¹, se esfuerza en demostrar la realidad de las causas finales. Sin seguirle en todas sus obser-

1. En todo cuanto aquí citamos del tratado de Nieuwentyt, nos hemos tomado la libertad de refundir y animar un poco esta materia. El doctor es sabio, razonable, discreto, pero seco. También hemos mezclado algunas observaciones a las suyas.

vaciones, nos limitaremos a tratar algunas.

Al hablar de los cuatro elementos, que considera en su armonía con el hombre y con la Creación en general, hace ver, con relación al aire, cuán maravillosamente se conservan nuestros cuerpos bajo una columna atmosférica cuya presión equivale a un peso de más de veinte mil libras. Prueba, además, que la mudanza de una sola propiedad, ya en rarefacción, ya en densidad, en el medio en que respiramos, bastaría para destruir todos los seres vivos. El aire hace subir el humo, y mantiene los líquidos en sus receptáculos; purifica los espacios mediante sus movimientos, y lleva a los continentes las nubes del mar.

Nieuwentyt demuestra luego la necesidad del agua, aduciendo al efecto multitud de experimentos. ¿Quién no admira el prodigio de este elemento cuando sube, contradiciendo las leyes de la gravedad, en un medio más ligero que él, para darnos las lluvias y el rocío? La disposición de las montañas para que los ríos corran desembarazadamente; la topografía de esas montañas en las islas y en los continentes; las aberturas de los golfos, las bahías, los mediterráneos, y las innumerables utilidades de los mares, nada se oculta al espíritu investigador de este sabio. Del mismo modo nos descubre la excelencia de la Tierra, y sus leyes como planeta. Describe las ventajas del fuego y los grandes recursos que de él ha sabido sacar la industria humana¹.

Cuando pasa a ocuparse de los animales, observa que los que llamamos domésticos nacen precisamente con el grado de instinto necesario para domesticarse, en tanto que los inútiles al hombre conservan siempre su natural indómito. ¿Puede, acaso, ser la casualidad la que inspira a los animales mansos y útiles la resolución de vivir en sociedad en nuestros campos, y a los dañinos la de vagar solitarios por los lugares inhabitados? ¿Por qué no vemos rebaños de tigres conducidos al sonido de su gaita

por un pastor? ¿Y por qué los leones no se solazan en nuestros jardines, entre el *tomillo* y el *rocío*, como los divertidos animales cantados por Juan La Fontaine? Las fieras no han podido servir en tiempo alguno sino para arrastrar la carroza de algún vencedor no menos cruel que ellas, o para devorar cristianos en un anfiteatro¹; los tigres no se civilizan en la escuela de los hombres; pero éstos se hacen algunas veces feroces en la escuela de aquéllos.

Las aves presentan a nuestros naturalistas motivos de observación no menos interesantes. Sus alas, convexas por la parte superior y cóncavas por la inferior, son unos remos oportunamente cortados para hender las regiones de la atmósfera. El reyezuelo, que gime en las cercas de juncos y matorrales, para él vastísimas soledades, está provisto de un doble párpado para preservar sus ojos de todo accidente funesto. ¡Admirables fines de la Naturaleza! Ese párpado es transparente, y el cantor de las cabañas puede bajar este velo diáfano sin privarse de la vista. La Providencia no ha querido se extraviase al conducir una gota de agua o un grano de mijo, y ha dispuesto abrigo en la maleza una tierna familia que no se queje de ella.

¡Y cuán ingeniosos resortes hacen volver los pies del ave! No determina su voluntad, ni se mantiene firme en la rama mediante un juego de músculos; sus pies están contruidos de tal manera que, cuando se apoya en el centro del talón, los dedos se cierran naturalmente sobre el cuerpo que les sirve de sustentáculo². De este mecanismo resulta que las uñas del ave se adhieren más o menos al cuerpo sobre que descansan, en razón de los movimientos más o menos rápidos de este objeto; porque en el balance de la rama, o ésta rechaza el pie, o éste rechaza aquélla, lo que en uno y otro caso obliga a los dedos del habitante del aire a contraerse con mayor fuerza. Así, pues, cuando vemos a la entrada de la noche, durante el invierno, a los cuervos posados en la desnuda copa de alguna encina, suponemos que

1. La moderna física podrá revelar ciertos errores, pero el progreso de esta ciencia, lejos de invertir las causas finales, aporta nuevas pruebas de la bondad de la Providencia.

1. Es bien conocido el grito famoso del populacho romano: ¡Los cristianos a los leones! Véase Tert., *Apolog.*

2. Se puede hacer el ensayo con un pájaro muerto.

siempre vigilantes y atentos se sostienen con inaudito esfuerzo en medio de las tormentas y de las nubes; empero, indiferentes al peligro y llamando a la tempestad, todos los vientos arrullan su sueño: el mismo aquilón lo fija en la rama de donde creemos va a precipitarlos; y cual viejos pilotos cuya movable cama pende de los combatidos mástiles de un bajel, cuanto más azotados se sienten por la tempestad, más profundo es su reposo.

En cuanto a la organización de los peces, su sola existencia en el agua, el cambio relativo de su gravedad, cambio en cuya virtud flotan así en un agua más ligera como en otra más pesada, y bajan de la superficie a lo más profundo de los abismos, son prodigios perpetuos; verdadera máquina hidrostática, el pez nos hace ver mil fenómenos por medio de una simple vejiga que vacía o llena de aire a su placer.

Los prodigios de la inflorescencia en las plantas y los usos de las hojas y las raíces son minuciosamente examinados por el doctor citado, quien hace la curiosa observación de que las semillas están dispuestas de tal modo por sus figuras y su peso, que caen siempre en el suelo en la posición en que deben germinar.

Por consiguiente, si todo fuese producto de la casualidad, ¿las causas finales no se alterarían alguna vez? ¿Por qué no habría peces que careciesen de la vejiga natatoria? ¿Y por qué el aguilucho, que aun no necesita armas, no rompería la cáscara de su cuna con el pico de una paloma? Nunca se ha notado un descuido, nunca un accidente de este género en la ciega Naturaleza. De cualquier modo que arrojéis los dados, siempre os ofrecerán los mismos puntos. ¡He aquí una extraña fortuna! Sospechamos que antes de salir los mundos de la urna de la eternidad, se han arreglado *secretamente* todas las SUERTES.

No obstante, hay monstruos en la Naturaleza, y éstos no son sino seres privados de algunas de sus causas finales. Merece observarse que estos seres nos inspiran horror. ¡Tan poderosa es en los hombres la idea de Dios; tan viva es su sorpresa cuando nos descubren el sello de la suprema Intelligen-

cia! Hase querido deducir de estos desórdenes una objeción contra la Providencia; nosotros los miramos, por el contrario, como una prueba visible de esa misma Providencia; pues nos parece que Dios ha permitido tales producciones de la materia para enseñarnos lo que es la creación *sin él*: es la sombra que hace resaltar la luz; es una muestra de esas leyes de la casualidad, que han producido el universo, en concepto de los ateos.

IV

INSTINTO DE LOS ANIMALES

Después de haber reconocido en la organización de los seres un plan regular que no puede atribuirse a la casualidad, porque supone necesariamente una potencia directa, nos quedan por examinar otras causas finales, no menos fecundas ni maravillosas que las primeras. Aquí no seguiremos ajenas opiniones, pues habíamos consagrado a la historia natural unos estudios que nunca hubiéramos interrumpido si la Providencia no nos hubiese llamado a trabajos de diversa índole. Era nuestro propósito oponer una *historia natural y religiosa* a esas obras científicas modernas en que no se ve otra cosa que la *materia*; y para que no se nos acuse con desprecio de ignorantes, habíamos tomado el partido de viajar y ver todo personalmente. Consignaremos, pues, algunas de nuestras observaciones relativas a los instintos de los animales y las plantas, a sus costumbres, migraciones, amores, etc.; el campo de la Naturaleza no tiene límites, y produce siempre nuevas cosechas. Los secretos de Dios no se encierran en una casa de fieras, ni en ella se aprende a conocer la sabiduría divina; es preciso sorprender ésta en los desiertos, para dudar de su existencia; la impiedad es imposible en los reinos de la soledad, *regna solitudinis*. ¡Desgraciado aquel viajero que, después de dar la vuelta al globo, regrese ateo al hogar de sus padres!

He visitado en medio de la noche el valle solitario habitado por los castores, sombreado por los abetos, y hondamen-

te silencioso, al resplandor de un astro tan tranquilo como el pueblo cuyos trabajos iluminaba. ¿Cómo no hubiera visto en aquel valle alguna señal de la inteligencia divina? ¿Quién ha puesto la escuadra y el nivel en el ojo de ese animal, que sabe construir un dique en declive por la parte de las aguas y perpendicular por el lado opuesto? ¿Sabéis el nombre del físico que ha enseñado a ese admirable ingeniero las leyes de la hidráulica, o quién le ha hecho tan hábil en el uso de sus dos dientes incisivos y de su cola aplanada? Nunca predijo Reaumur las alternativas de las estaciones con la exactitud de ese castor, cuyos almacenes, más o menos abundantes, indican en el mes de junio la mayor o menor duración de los hielos del mes de enero. A fuerza de controvertir los milagros de Dios, hase llegado a esterilizar toda la obra del Omnipotente; los ateos han pretendido encender el fuego de la Naturaleza con su helado aliento, y lo han apagado; al exhalar un soplo sobre la antorcha de la Creación, la han rodeado de las tinieblas de su pecho.

Otros instintos más comunes y que podemos observar diariamente, no son menos maravillosos. La gallina, animal tan tímido, despliega la osadía de un águila cuando es preciso defender a sus polluelos. Nada hay más interesante que sus temores cuando, engañados por los tesoros de otro nido, aquéllos la abandonan y corren a solazarse en un estanque inmediato. La madre, asustada, vaga en derredor de éste, batiendo sus alas; llama a su imprudente familia, se agita incierta, se detiene, vuelve la cabeza con inquietud y no cesa de impacientarse hasta que ha recogido bajo sus alas la familia coja y mojada que aumenta su desconsuelo.

Entre los diferentes instintos que el Árbitro del mundo ha esparcido en la Naturaleza, uno de los más asombrosos es el que trae anualmente a los peces desde el polo a las benignas latitudes de nuestros climas, pues vienen sin extraviarse a través de las inmensas soledades del Océano, a encontrar en un día señalado el río donde deben celebrar sus bodas. La primavera prepara en nuestras regiones la pompa nupcial;

corona los sauces de hermosa frondosidad; extiende alfombras de musgo en las grutas, y despliega sobre las aguas las hojas del nenúfar, riquísimas cortinas de estos tálamos de cristal. No bien terminan tan brillantes preparativos, vemos llegar esas esmaltadas legiones; los extranjeros navegantes animan todas nuestras riberas: unos, cual leves ampollas de aire, suben perpendicularmente desde el fondo de las aguas; mécese otros voluptuosamente en las olas, o parten de un centro común a manera de innumerables irradiaciones de oro; éstos deslizan oblicuamente sus resbaladizas formas a través del azulado líquido; duermen aquéllos a un rayo de sol que penetra vivísimo por la argentada gasa de las olas. Todos se pierden, vuelven, nadan, se sumergen, circulan, se ordenan en escuadrones, se separan, tornan a reunirse, y el habitante de los mares, inspirado por un soplo de vida, sigue gozoso la huella de fuego que su compañera imprime por su amor en las olas.

V

CANTO DE LAS AVES; TIENE POR OBJETO EL HOMBRE. — LEY RELATIVA A LOS GRITOS DE LOS ANIMALES.

La Naturaleza tiene grandes épocas de solemnidad, para las cuales convoca los músicos de las diferentes regiones del globo. Vemos entonces acudir en tropel eminentes artistas que ejecutan sonatas maravillosas; errantes trovadores que sólo saben cantar baladas con estribillos, y peregrinos que repiten mil veces las estrofas de sus largas canciones. La oropéndola silba, la golondrina gorjea, y la paloma torcaz gime; la primera, posada sobre la rama más alta de un olmo, desafía a nuestro mirlo, que en nada cede a la cantora extranjera; la segunda hace oír bajo un techo hospitalario su canto confuso, como en los días de Evandro; y la tercera, oculta en el follaje de una encina, prolonga sus arrullos semejantes a los ondulosos sonidos de una trompa en los bosques; por último, el pitirrojo repite su modesta cantilena en la puerta de la alquería

donde ha colocado su abultado nido de musgo. Pero el ruiseñor no se digna malgastar su voz en medio de aquella sinfonía, sino que espera la hora del recogimiento y del reposo, y se encarga de la parte de la orquesta que debe ejecutarse durante la noche.

Cuando el primer silencio de ésta y los últimos murmullos del día luchan aún en las colinas, en las orillas de los ríos, en los bosques y en los valles; cuando las selvas enmudecen gradualmente, y no suspira en ellas ni una hoja, ni un musgo; cuando la luna domina en el cielo, y el hombre presta vigilante oído, el primer cantor de la Creación entona sus himnos al Eterno. Empieza haciendo repetir al eco los magníficos tonos del placer; reina el desorden en sus cantos; pasa de los sonidos graves a los agudos, y de los suaves a los fuertes; hace pausas; ora es lento, ora vivo; es un corazón ebrio de placer, un corazón que palpita bajo el peso del amor. Pero súbito la voz expira, y el ave enmudece. Mas, torna a su canto: ¡cuán diferentes son sus acordes! ¡Cuán tiernas sus melodías! Ora son lánguidas, aunque variadas, modulaciones; ora unos aires un tanto monótonos, sencillos y melancólicos, como las antiguas canciones. El canto es con harta frecuencia la muestra, así de la tristeza como de la alegría: el ave que ha perdido sus hijuelos no interrumpe su canto; repite los aires de tiempos más felices, porque no sabe otros, pero, merced a un recurso artístico, el músico ha cambiado de llave, y las arias del deleite hanse trocado en lamentos de dolor.

Los que pretenden desheredar al hombre, arrancándole el imperio de la Naturaleza, se complacerían mucho en demostrar que nada se ha hecho para nosotros. Pero el canto de las aves tiene de tal manera por objeto nuestro oído, que en vano se persigue a los huéspedes de los bosques; se les arrebatan sus nidos, se les acosa, se les hiere o se les caza; puede el hombre abrumarlos de dolor, pero no reducirlos al silencio. Les es preciso embelesarnos a nuestro pesar, y cumplir los designios de la Providencia. Esclavos en nuestras casas, multiplican sus melodiosos acentos;

hay, sin duda, oculta cierta armonía en la desgracia, porque todos los desvalidos son inclinados al canto. Finalmente, aunque los pajareros arranquen, por un refinamiento de barbarie, los ojos a un ruiseñor, su voz nada pierde de su armonía. Este Homero de las aves gana su vida cantando y compone sus más hermosos aires después de perder la vista. «Demodoco, dice el poeta de Quilo, al presentarse bajo las facciones del cantor de los feacios, era el favorito de la musa; pero ésta había mezclado para él el bien con el mal, pues le había privado de la vista al concederle la dulzura de sus cantos.»

El ave parece el verdadero emblema del cristiano en la tierra, pues prefiere, como él, la soledad al mundo, el cielo a la tierra, y su voz bendice sin cesar al Criador.

Hay algunas leyes relativas a los gritos de los animales, que en nuestra opinión no han sido observadas, aunque merecen serlo. El diferente lenguaje de los moradores del desierto nos parece calculado en vista de la extensión o el encanto de los lugares en que viven, y de la hora del día en que se dejan ver. El rugido del león, fuerte, seco y áspero, está en armonía con las arenas abrasadas en que resuena, mientras el agreste mugido del buey llena de embeleso los ecos campestres de nuestros valles; el balido de la cabra, algo trémulo y salvaje, ofrece cierta analogía con las rocas y ruinas en que le es grato encaramarse; el belicoso caballo imita los agudos sonidos del clarín; y, como si sintiese que no ha sido creado para los trabajos agrícolas, enmudece bajo el aguijón del labrador, al paso que relincha gozoso bajo el freno del guerrero. La noche, ya encantadora, ya siniestra, tiene al ruiseñor y al buho; canta aquél para el céfiro, los bosquecillos, la luna y los amantes; chilla éste para los vientos, los bosques decrepitos, las tinieblas y los muertos. Por último, casi todos los animales que se alimentan de sangre están dotados de un grito peculiar parecido al de sus víctimas; el gavilán gruñe como el conejo, y maya como los gatos de poco tiempo; el mismo gato tiene una especie de murmullo parecido al de los pajarillos de nuestros jardines;

el lobo bala, muge o ladra; el zorro carea o grita; el tigre tiene el mugido del toro, y el oso marino una especie de resuello pavoroso, semejante al estruendo de los arrecifes azotados por las olas en donde busca su presa. Esta ley es admirable en alto grado, y oculta acaso un terrible secreto. Observemos que entre los hombres, los monstruos siguen la ley de los animales carnívoros; muchos tiranos han presentado indicios de sensibilidad en el rostro y la voz y usaban en público el lenguaje de los desgraciados a quienes en su interior se proponían devorar; sin embargo, la Providencia no ha permitido que nos engañemos completamente en este punto, pues por poco que examinemos de cerca a los hombres crueles, hallaremos a través de sus mentidos halagos un aire de falsedad y de destrucción, mil veces más repugnante que sus furores.

VI

NIDOS DE LAS AVES

Admirable es, por cierto, la sabiduría que en los nidos de las aves se advierte. No es posible contemplar sin dulce ternura esa bondad divina que hace industrioso al débil y previsor al indolente.

No bien han abierto los árboles sus flores, cuando mil obreros dan principio a sus trabajos. Quiénes llevan largas pajas a la abertura de una ruinosa pared; quiénes construyen edificios en las ventanas de una iglesia; quiénes roban una crin a una yegua, o se apoderan de la vedija de lana que la oveja ha dejado pendiente de un matorral. Hay entre ellos numerosos leñadores que cruzan las ramas que han cortado sobre la copa de un árbol e hilanderas que tejen seda sobre un cardo. Elévanse mil palacios, cada palacio es un nido y cada nido es teatro de metamorfosis sorprendentes: primero ve un huevo brillante, y luego un pajarillo cubierto de un ligero vello. Este débil ser no tarda en adornarse de sedosas plumas, y su madre le enseña con tierna solicitud a levantarse sobre su lecho. Poco después se atreve a posarse sobre el borde de su cuna, desde donde dirige su primera mirada a la

Naturaleza. Lleno de temor y de júbilo, precipítase entre sus hermanos, que aun no han visto tan soberbio espectáculo; pero a la voz de sus padres sale por segunda vez de su encierro; y el tierno rey de los aires, que ostenta aún en su frente la corona de la infancia, atrévese ya a contemplar el anchuroso cielo, las ondulantes copas de los pinos, y los abismos de verdor que al pie del techo paterno se dilatan. Y en tanto que los bosques se regocijan al recibir a su nuevo huésped, un ave cada que se siente abandonada de sus alas, se deja caer sobre la margen de un arroyo, donde, resignada y solitaria, espera la muerte en las mismas orillas donde cantara un día sus amores; orillas cuyos árboles sostienen aún su nido y su armoniosa posteridad.

Este es el momento oportuno de mencionar otra ley natural. Entre los pajarillos, los huevos, por lo regular, están pintados de uno de los colores dominantes del macho. El ave que anida en la espiga egipcia, en los groselleros y en las malezas de nuestros jardines, tiene sus huevos de color de pizarra, como su dorso. Recordamos haber encontrado una vez uno de estos nidos en un rosál; parecía una concha de nácar en cuyo interior hubiera cuatro perlas azules; debajo de él se mecía una rosa cargada de rocío; el macho posaba inmóvil sobre un arbusto inmediato, a manera de una flor púrpura y azul. Estos objetos se reproducían en las aguas de un vecino estanque, al par de la sombra de un nogal que servía de fondo a la escena, en cuyo último término se destacaba magnífica la aurora. Dios nos dió en aquel cuadrito una idea de los atractivos con que ha engalanado la Naturaleza.

Entre las aves corpulentas, la ley del color de los huevos varía notablemente. Sospechamos que en general el huevo es blanco en las aves cuyo macho tiene muchas hembras, o en aquellas cuyo plumaje no tiene color fijo para la especie. En las clases acuáticas y exóticas, que construyen sus nidos, unas en los mares y otras en las copas de los árboles, el huevo suele presentar un color verde-azulado, y, por decirlo así, teñido de los elementos que le rodean. Ciertas aves que anidan en lo alto de las torres

y en los campanarios, tienen huevos verdes como las yedras¹, o rojizos como las piedras que habitan². Es, pues, una ley que puede pasar por invariable, que el ave despliegue sobre su huevo el pelaje de sus amores y el símbolo de sus costumbres y destinos. Al mero aspecto de tan frágil monumento, casi pueden adivinarse su patria, sus hábitos, sus inclinaciones e instintos: si pasaba días borrascosos cruzando los mares, o si, más feliz, hacía una vida pastoril; si era doméstico o montaraz. El anticuario de los bosques se apoya en una ciencia menos equívoca que la del anticuario de las ciudades: una encina deshojada o cubierta de musgo anuncia mucho mejor al que le dió el incremento, que la columna ruinosa al arquitecto que la levantó. Los sepulcros son, entre los hombres, las páginas de su historia; la Naturaleza, por el contrario, no imprime sino en la vida, y no ha menester el mármol ni el granito para eternizar lo que escribe. El tiempo ha corroído los fastos de los reyes de Menfis en sus pirámides fúnebres, mas no ha podido borrar una sola letra de la historia que el ibis egipcio lleva estampada en la cáscara de su huevo.

VII

MIGRACIONES DE LAS AVES. — AVES ACUÁTICAS; SUS COSTUMBRES.—BONDAD DE LA PROVIDENCIA.

Nadie ignora estos hermosos versos de Racine (hijo) acerca de las migraciones de las aves:

Ceux qui, de nos hivers redoutant le courroux,
Vont se réfugier dans des climats plux doux,
Ne laisseront jamais la saison rigoureuse
Surprendre parmi nous leur troupe paresseuse.
Dans un sage conseil par les chefs assemblé,
Du départ général le grand jour est réglé;
Il arrive: tout part; le plus jeune peut-être
Demande, en regardant les lieux qui l'ont vu naître,
Quand viendra ce printemps par qui tant d'exilés
Dans les champs paternels se verront rappelés.

1. La chova, etc.

2. La lechuza, etc.

3. Aquellos que, de nuestros inviernos temiendo los furores, van a refugiarse en los climas más clementes —no dejarán nunca la estación rigurosa—sorprender entre nosotros su banda perezosa.—Con el prudente consejo de los jefes de la asamblea,—se fija el gran día de la partida general:—ya ha llegado; y hase partido; el más joven quizá—pregunte, mirando los lugares que le vieron nacer,—cuándo volverá la primavera por que tantos desterrados—de los campos paternos se vieron llamados.

Hemos visto a algunos desgraciados a quienes este último rasgo hacía verter lágrimas. No sucede con los destierros prescritos por la Naturaleza lo que con los impuestos por los hombres. El ave sólo se ve desterrada momentáneamente para su bien; parte con sus vecinos, con su padre y su madre, con sus hermanos y hermanas; y como nada deja en pos, lleva consigo todo su corazón. La soledad le ha preparado el sustento y un albergue; los bosques no están armados contra ella, y vuelve al fin a morir en las regiones natales, donde encuentra de nuevo el río, el árbol, el nido y el sol paternos. Empero, el mortal expulsado de sus hogares, ¿no regresa a ellos alguna vez? ¡Ah! El hombre no puede decir al nacer qué punto del Universo ocultará sus cenizas, ni a qué región le lanzará el soplo del infortunio. ¡Si a lo menos se le dejase morir tranquilo! Pero no bien se muestra desgraciado, todo le declara ruda persecución, pues la injusticia particular de que es objeto, llega a ser una injusticia general. No halla, como la ociosidad, a la hospitalidad en su camino; llama, y nadie le abre su puerta; no tiene otro apoyo a sus cansados miembros que la columna del camino público, o el mojón de alguna herencia; y por lo regular hasta se le disputa este lugar de descanso, que, colocado entre dos campos, parecía no pertenecer a nadie; obligasele a continuar su camino hacia nuevos desiertos, porque el decreto que le ha desterrado de su país, parece le ha extrañado del mundo; muere, y nadie se encarga de darle sepultura; su cadáver yace olvidado sobre un camastro, de donde un juez se ve precisado a hacerle trasladar, no como a un hombre, sino como una inmundicia perjudicial a los vivos. ¡Ah! ¡Cuánto más feliz es cuando expira en algún foso a orillas de algún camino, y cuando la caridad del samaritano arroja al pasar un puñado de tierra extranjera a sus restos! No esperemos sino en el cielo, y no temeremos el exilio: ¡en la religión existe toda una patria!

Mientras una parte de la Creación publica todos los días en los mismos lugares las alabanzas del Criador, otra parte viaja para narrar sus maravillas.

Numerosos correos atraviesan los aires, se deslizan en las aguas y salvan montes y valles. Estos llegan en alas de la primavera, y, desapareciendo en breve con los céfiro, siguen de clima en clima su movable patria; aquéllos se detienen en la habitación del hombre, y, viajeros de remotas comarcas, reclaman la antigua hospitalidad. Cada cual sigue su inclinación al elegir su huésped: el pitirrojo se dirige a las cabañas; la golondrina llama en los palacios; esta hija de reyes se muestra aún inclinada a las grandezas, pero a las grandezas tristes como sus destinos: así, pues, pasa el verano en las ruinas de Versailles, y el invierno en las de Tebas.

Apenas ha desaparecido, cuando se ve adelantarse en los vientos del Norte una colonia que viene a reemplazar a los viajeros del Mediodía, para que no queden vacíos nuestros campos. Durante los opacos días del otoño, cuando el cierzo sopla destemplado y los bosques se desnudan de sus últimas hojas, multitud de patos silvestres atraviesa silenciosa a la desfilada un cielo melancólico. Si desde lo alto de los aires descubren alguna quinta gótica rodeada de estanques y bosques, se preparan a bajar; esperan la noche y hacen evoluciones sobre los bosques. Apenas los vapores de la tarde encapotan los valles, cuando, tendido el cuello y silbadora el ala, se precipitan simultáneamente sobre las aguas, que sordas resuenan. Un grito general, seguido de un profundo silencio, se levanta en las lagunas. Guiados por una débil luz que brilla tal vez en la estrecha ventana de una torre, los viajeros se acercan a las paredes a favor de las cañas y de las sombras. Batiendo allí sus alas y prorrumpiendo, por intervalos, en gritos, en medio de los roncros rumores de los vientos y de las lluvias, saludan la morada del hombre.

Uno de los hermosos habitantes de estos retiros, pero cuyas peregrinaciones son menos largas, es la polla de agua. Muéstrase en las orillas de los juncos, penetra en su laberinto, déjase ver y torna a ocultarse exhalando un chillido salvaje; recorre ufana los fosos del castillo, y se complace en posarse sobre los escudos de armas esculpidos

en sus paredes. Cuando permanece inmóvil en ellos, puede tomársela, al ver su negro plumaje y la mancha blanca de su cabeza, por un ave heráldica de rribada del escudo de algún antiguo caballero. Al acercarse la primavera, se retira a lejanos manantiales. Una raíz de sauce minada por las aguas le ofrece un asilo para substraerse a las miradas. El convólulo, el musgo y los culantrillos suspenden delante de su nido vistosos festones de verdor; el puerro y la lenteja le proporcionan delicados manjares; el agua murmura blandamente a su oído; y las náyades del río plantan en derredor de esta solícita madre, para mejor ocultarla, sus ruecas de caña cargadas de una lana purpúrea. Entre estos pasajeros del aquilón hay algunos que se familiarizan con nuestras costumbres y se niegan a volver a su patria: unos, a imitación de los compañeros de Ulises, quedan cautivos por la dulzura de ciertos frutos; otros, como los desertores de la nave de Cook, son seducidos por encantadoras que los retienen en sus islas. Empero, la mayor parte nos abandonan después de una estancia de algunos meses; asóciase a los vientos y a las tempestades que empañan la diafanidad de las aguas, y les entregan la presa que se les escaparía en otras transparentes; gózanse en los retiros ignorados, y recorren el ámbito de la tierra por un círculo de soledades.

Las aves no siempre visitan en masas nuestras regiones. Algunas veces dos hermosos extranjeros, blancos como la nieve, llegan con las heladas, bajan a los matorrales, a un lugar descubierto al que no es posible acercarse sin ser visto; y después de algunas horas de descanso se remontan a las nubes. Al visitar el lugar de donde han partido, hallanse tan sólo algunas plumas, únicas señales de su paso, ya esparcidas por el viento: ¡feliz el favorito de las musas que, como el cisne, ha abandonado la tierra sin dejar en ella otros despojos y recuerdos que algunas plumas de sus alas!

Ciertas analogías con las escenas de la Naturaleza, o ciertas relaciones de utilidad para el hombre, son las causas que determinan las diferentes migraciones de los animales. Las aves que

se dejan ver en los meses de las tempestades, tienen voces tristes y costumbres salvajes como la estación que las trae; no vienen para hacerse oír, sino para escuchar, pues hay en el sordo mugido de los bosques cierta cosa que embelesa el oído. Los árboles que mecen tristemente sus desnudas copas, sirven de albergue a negras legiones que se han asociado para pasar el invierno; tienen sus centinelas y sus avanzadas; frecuentemente una corneja secular, antigua sibila del desierto, se mantiene sola, posada sobre una encina con la que ha envejecido: inmóvil allí, y como abrumada de sombrías ideas, abandona a los vientos proféticos monosílabos.

Es notable que las cercetas, los ánades, los gansos, las becardas, los pluviales y las avefrías que nos sirven de alimento, llegan cuando la tierra está seca, al paso que las aves exóticas que acuden en la estación de los frutos, no tienen con nosotros otras relaciones que las del placer: son unos músicos enviados para encantar nuestros bosquecillos. Debemos exceptuar algunos, como la codorniz y la paloma torcaz, cuya caza no se verifica hasta después de la cosecha, y engordan en nuestros trigos para servir en nuestras mesas. Así, pues, las aves del Norte son el maná de los aquilones, como los ruisñores son los dones de los céfiros; de cualquier punto del horizonte que sople el viento, éste nos trae algún presente de la Providencia.

VIII

AVES MARÍTIMAS; EN CUANTO SON ÚTILES AL HOMBRE.—CÓMO LAS MIGRACIONES DE LAS AVES SERVÍAN DE CALENDARIO A LOS LABRADORES EN LOS ANTIGUOS DÍAS.

Siendo de raza doméstica las cercetas, los ánades y los gansos, habitan dondequiera puede haber hombres. Los navegantes han hallado innumerables colonias de estas aves bajo el polo antártico y en las costas de Nueva Zelanda. Nosotros las hemos encontrado a millares en el Norte, desde el golfo de San Lorenzo hasta la extremidad de la Florida. Un día vimos en las Azores

una bandada de cercetas azules, que, cediendo al cansancio, habíase posado sobre un nopal. Este arbusto, que aunque no tenía hojas ostentaba, asentadas en sus desnudas pencas, unas flores encarnadas unidas de dos en dos, al mostrarse cargado de aquella nube de pájaros que dejaban colgar sus fatigadas alas, presentaba un extraño espectáculo: las flores parecían de brillante esmeralda sobre las carnosas palas, mientras parecía, como por un prodigio, haber brotado súbitamente un follaje azul.

Las aves marítimas tienen puntos de cita donde parece deliberan en común los negocios concernientes a su república; esto, por lo regular, sucede en un escollo situado en medio de las olas. Muchas veces íbamos a sentarnos, en la isla de San Pedro¹, en la costa opuesta a un islote llamado por aquellos naturales el *Palomar*, porque tiene esta forma, y en la primavera van a él en busca de huevos.

La multitud de las aves reunidas en aquel peñasco era tan considerable, que muchas veces oíamos sus gritos entre el bramido de las tempestades. Aquellas aves tenían voces extraordinarias, como las que salían de los mares; si el Océano tiene su *Flora*, tiene también su *filomela*: cuando, al ponerse el sol, silba el chorlito en la punta de un peñasco, acompañado del ronco estrépito de las olas, forma una de las más melancólicas armonías que pueden llegar a humano oído; nunca el esposo de Ceix llenó de tan dolorosos ecos las playas que fueron testigos de sus infortunios.

Una completa inteligencia reinaba en la república del *Palomar*. No bien nacía un ciudadano, su madre le sumergía en las olas, a imitación de aquellos pueblos bárbaros que sumergían a sus hijos en los ríos para endurecerlos contra las fatigas de la vida. Numerosos correos partían de aquella nueva Tiro con muchas guardias, que por mandato de la Providencia se dispersaban sobre los mares para socorrer a los navegantes. Unos se colocan a cuarenta o cincuenta leguas de una tierra desconocida, y son un indicio seguro para el pi-

1. Isla situada a la entrada del golfo de San Lorenzo, en la costa de Terranova.

loto que los ve flotar sobre las olas como las boyas de un ancla; otros se posan sobre un arrecife, donde, cual vigilantes centinelas, levantan durante la noche una voz lúgubre para alejar a los marinos; otros, merced a la blancura de su pluma, son unos verdaderos faros sobre las negras rocas. Imaginamos que por la misma razón la bondad de Dios ha hecho fosfórica la espuma de las olas, y siempre más brillante en los bajíos, en razón a la violencia de la tempestad; muchos bajeles zozobrarían en las sombras sin esos faros milagrosos encendidos por la Providencia en los escollos.

Las aves predicen todos los accidentes de los mares, el flujo y reflujo, la calma y la tormenta. La gaviota baja a un arrenal, oculta su cuello entre la pluma, esconde una pata, y manteniéndose inmóvil en la otra, advierte al pescador el instante en que las olas se levantan, mientras la alondra marina que corre a lo largo de ellas, exhalando un grito dulce y triste, anuncia, por el contrario, el momento del reflujo; por último, las procelarias se establecen en medio del Océano. Compañeras del marino, siguen el derrotero de los bajeles y profetizan la tempestad. El marinero cree ver en ellas cierto sello sagrado, y les concede religiosa hospitalidad cuando el viento las arroja a bordo; así respeta el labrador al pitirrojo, que le predice los hermosos días, y lo recibe bajo su techo de paja durante los rigores del invierno. Estos hombres desgraciados, colocados en las dos condiciones más duras de la vida, tienen sinceros amigos deparados por la Providencia, y hallan en un ser débil el consuelo o la esperanza que en vano buscarían entre sus semejantes. Este comercio de beneficios entre unos pajarillos y unos hombres desventurados, es uno de esos rasgos interesantes en que abundan las obras de Dios. Entre el pitirrojo y el labrador, entre la procelaria y el marinero, se advierte una tierna conformidad de costumbres y destinos. ¡Oh! ¡Cuán árida es la Naturaleza explicada por los sofistas! ¡Pero cuán rica y fértil parece a los corazones sencillos que no buscan sus maravillas sino para glorificar al Criador!

Si el tiempo y el lugar nos lo permitiesen, pintaríamos otras muchas migraciones, otros muchos secretos de la Providencia; hablaríamos de las grullas de las Floridas, cuyas alas producen sonidos tan armoniosos, y que hacen tan curiosos viajes sobre los lagos, las sabanas y los bosques de cipreses, de naranjos y palmeras; mostraríamos al pelicano de los bosques visitando a los muertos de la soledad y no deteniéndose sino en los cementerios indios y en los montes de los sepulcros; aduciríamos las causas de esas migraciones siempre relativas al hombre: diríamos los vientos y las estaciones que las aves eligen para cambiar de clima, sus aventuras, los obstáculos que tienen que superar, y sus naufragios; cómo llegan algunas veces, lejos del país que buscan, a unas costas desconocidas, y cómo perecen al cruzar los bosques incendiados por el rayo, o las llanuras reducidas a cenizas por los salvajes.

En las primeras edades del mundo, los labradores y los pastores arreglaban sus trabajos atendiendo a la inflorescencia de las plantas, a la caída de las hojas y a la partida y llegada de las aves. De aquí nació el arte de la adivinación en ciertos pueblos, porque se supo que unos animales que predecían las estaciones y las tempestades, no podían dejar de ser intérpretes de la Divinidad. Los antiguos naturalistas y los poetas (a quienes somos deudores de la poca sencillez que aun queda entre nosotros) nos enseñan cuán maravilloso era este modo de contar por los fastos de la Naturaleza, y cuánto embeleso esparcía en la vida. Dios es un secreto profundo; y el hombre creado a su imagen, es igualmente incomprensible: era, pues, una inefable armonía el ver los períodos de aquellos días ajustados a unos relojes tan misteriosos como él mismo.

En las tiendas de Jacob y Booz, la llegada de un ave ponía todo en movimiento: el patriarca daba la vuelta a su campo, a la cabeza de sus domésticos armados de hoces. Si corría la voz de que los hijuelos de la golondrina habían sido vistos, todo un pueblo empezaba con alegría la siega sobre la fe de Dios, al oír tan fausta nueva. Estas lisonje-

ras señales tenían la ventaja de predecir las alternativas de la estación próxima, al dirigir los trabajos de la presente. Si los ánades y las cercetas acudían en abundancia, se sabía que el invierno sería largo; si la corneja empezaba a construir su nido en enero, los pastores esperaban en abril las rosas de mayo. El casamiento de una doncella a la orilla de una fuente, se relacionaba con el desarrollo de una planta; y los ancianos, que por lo regular mueren en otoño, caían con las bellotas y los frutos maduros. Mientras el filósofo, reduciendo o alargando el año, trasladaba el invierno a la primavera, el labrador no temía que el astrónomo que le venía del cielo se equivocase, pues sabía que el ruiseñor no tomaría el mes de los hielos por el de las flores, ni haría oír en el solsticio de invierno las canciones del estío. Así, pues, las tareas, los juegos y placeres del hombre campestre se determinaban, no por el incierto calendario de un sabio, sino por los cálculos infalibles del que ha trazado la órbita del sol. Este supremo Regulador quiso que las fiestas de su culto se ajustasen a las simples épocas marcadas en sus propias obras; y en aquellos días de inocencia, en que se atendía a las estaciones y a los trabajos agrícolas, la voz del céfiro o de la tempestad, la del águila o de la paloma, llamaban al hombre al templo del Dios de la Naturaleza.

Los campesinos se sirven aún algunas veces de estas tablas encantadoras en que están grabados los tiempos de los trabajos rústicos. Los pueblos de la India hacen el mismo uso de ellas, y los negros y los salvajes americanos computan el tiempo del mismo modo. Un semínola de la Florida dice: «La doncella se ha casado a la llegada del colibrí. —El niño ha muerto cuando la *oropéndola* ha mudado. —Esta madre tiene tantos hijos como huevos el nido del *pelicano*.»

Los salvajes del Canadá señalan las seis de la tarde en el momento que las palomas torcaces beben en los manantiales; y los salvajes de la Luisiana las fijan cuando la efímera sale de las aguas. El paso de diferentes aves determina la estación de las cacerías; y los tiempos de la siega del maíz, de la ave-

na loca, etc., son anunciados por ciertos animales que nunca dejan de acudir a la hora del banquete.

IX

CUADRÚPEDOS

Las migraciones son más frecuentes en los peces y las aves que en los cuadrúpedos, a causa de su muchedumbre y de la facilidad de sus viajes a través del aire y del agua; sólo excita la admiración el modo con que llegan sin extraviarse a las regiones a que se encaminan. Concíbese bien que un animal acosado por el hambre abandone el país que habita, en busca de alimento y abrigo; pero, ¿cómo se explica que la *materia* le haga ir *aquí* más bien que *allá*, y le guíe con maravillosa exactitud precisamente al lugar donde se hallan este alimento y este abrigo? ¿Por qué conoce los vientos y las mareas, los equinoccios y los solsticios? No dudamos que si las especies viajeras se viesan por un solo momento abandonadas a su *propio instinto*, perecerían casi en totalidad. Unas, al querer llegar a las latitudes frías, llegarían a los países tropicales; otras, proponiéndose trasladarse al Ecuador, se hallarían bajo el polo. Los pitirrojitos, en lugar de atravesar la Alsacia y la Germania en busca de insectillos, serían en África presa de algún enorme escarabajo; el groenlandés oíría salir un gemido de los peñascos, y vería a un pájaro ceniciento cantar y morir: ese pájaro sería la desvalida filomela.

Dios no permite semejantes equivocaciones. Todo tiene sus analogías y sus relaciones en la Naturaleza: para las flores, los céfiros; para los inviernos, las tempestades, y para el corazón humano, el dolor. El piloto más hábil tarda mucho en llegar al puerto deseado; pero el pez no se equivoca acerca de la longitud del más insignificante escollo del abismo: la Providencia es su estrella polar, y sea cual fuere el punto a que se dirija, ve siempre el astro que nunca se pone.

El universo es como una inmensa hospedería, donde todo está en incesante movimiento. En ella entran y de

ella salen multitud de viajeros. Acaso nada es más hermoso en las migraciones de los cuadrúpedos que los viajes de los bisontes a través de las sabanas de la Luisiana y del Nuevo Méjico. Cuando llega el tiempo de cambiar de clima, para ir a llevar la abundancia a los pueblos salvajes, algún búfalo, guía de los rebaños del desierto, convoca en derredor a sus hijos e hijas. El punto de cita son las orillas del Meschacébé¹, y el momento de la marcha es al anochecer. El guía, sacudiendo sus crines, que cuelgan en desorden sobre sus ojos y encorvadas astas, saluda al sol en su ocaso bajando la cabeza y alzando los lomos; un rumor sordo, señal de partida, se exhala al mismo tiempo de su profundo pecho, y se arroja súbitamente a las olas espumosas, seguido de la multitud de terneras y toros que mugen de amor a su lado.

Mientras esta poderosa familia de cuadrúpedos atraviesa con estrépito ríos y bosques, una flota tranquila boga silenciosa sobre un lago solitario a favor de los céfiros y a la claridad de las estrellas. Las pequeñas ardillas negras, después de haber deshojado los nogales de las inmediaciones, se resuelven a buscar fortuna y se embarcan en busca de otro bosque; luego, levantando sus colas y desplegando al viento esta vela de seda, la osada especie desafía la inconstancia de las olas, piratas imprudentes a quienes ciega el amor a las riquezas. La tempestad estalla, y la flota, próxima a perecer, se esfuerza por ganar la inmediata bahía; pero algunas veces un ejército de castores se opone al desembarco, porque temen que aquellos advenedizos saqueen las mieses. En vano los ágiles escuadrones que han saltado a la playa se salvan trepando a los árboles, desde cuyos altos baluartes se burlan de la lenta marcha de sus enemigos. Mas el talento vence a la astucia: adelantándose los zapadores, minan la encina y la derriban con todas sus ardillas, no de otro modo que una torre cargada de soldados caía al golpe del antiguo ariete.

Otros muchos percances acontecen a

1. El río *Mississipi*, voz algonquina que significa mucha agua: Misi-Sipi o Mise-Sepe. Al transformarlo Chateaubriand en *Meschacébé*, le da la significación de Padre de las aguas. (N. del T.)

nuestros aventureros, que se consuelan con algunos frutos y algunos juegos: Atenas, tomada por los lacedemonios, no se mostró menos amable ni menos frívola. Subiendo el río del Norte en el paquebote de Nueva York, vimos en Albany a uno de aquellos desgraciados que pugnaba con vano ahinco por vadear el río, por lo que le sacamos del agua medio ahogado; aquella ardilla era de hermoso color de ébano, y su cola tenía dos veces la longitud de su cuerpo; recobró la vida, pero perdió la libertad, pues un pasajero la hizo su esclava. Los renos del norte de Europa, los caribús y los alces originales de la América septentrional tienen su tiempo de migraciones, siempre correlativas a las necesidades del hombre. Ni aun los osos blancos de Terranova, cuya piel están necesaria a los esquimales, dejan de ser enviados a estos salvajes por una Providencia milagrosa. Aquellos monstruos marinos llegan a las costas del Labrador sobre los hielos flotantes o en restos de bajeles, donde se muestran como unos vigorosos marineros que se han librado del naufragio.

Los elefantes viajan también por Asia; la tierra se estremece bajo sus plantas, y, no obstante, no hay motivo alguno de temor: casto, inteligente y sensible, Behmot es manso porque es fuerte, y benigno porque es poderoso. Primer servidor del hombre y no su esclavo, ocupa el segundo lugar en el orden de la Creación: después de la caída original, los animales se alejaron de la vivienda del hombre; pero puede creerse que el elefante, naturalmente generoso, se retiró con el mayor pesar, pues se ha mantenido siempre en las inmediaciones de la cuna del mundo. Salen de tiempo en tiempo de sus desiertos, y se encaminan a un país habitado, para reemplazar a sus compañeros muertos sin reproducirse, al servicio de los hijos de Adán¹.

1. Las plumas elocuentes que han descrito las costumbres de estos animales nos dispensan extendernos sobre esta materia. Solamente diremos que los elefantes no nos parecen de una estructura tan extraña sino porque los vemos separados de los vegetales, de la aguna, de las montañas, de los colores, de la luz, de las sombras, de los cielos que les son propios. Las producciones de nuestras latitudes, medidas con una pequeña escala, las formas generalmente redondas de los objetos, la finura de nuestras hierbas, el ligero denticulo de nuestros follajes, la elegancia de la traza de nuestros árboles, nuestros días demasiado grises, nuestras noches de-

X

ANFIBIOS Y REPTILES

Al pie de los montes Apalaches, en la Florida, se hallan unas fuentes llamadas *pozos naturales*. Cada pozo está abierto en el centro de un montecillo plantado de naranjos, de catalpas y otros árboles. Este montecillo se abre en forma de media luna por la parte que mira a la sabana, y por esta abertura sale del pozo una corriente de agua. Los árboles, al inclinarse sobre la fuente, ennegrecen su superficie; pero en el lugar donde la corriente se escapa de la base del cono, un rayo de luz penetra en el cauce del canal y, cayendo sobre un punto de la fuente, produce el mismo efecto que se observa en el cristal de la *cámara obscura*. Retiro tan encantador sirve por lo regular de albergue a un enorme cocodrilo, que se mantiene inmóvil en medio del estanque¹: al mirar sus verdes escamas y las anchas ventanas de su nariz, que lanzan las aguas en dos matizadas elipses, pudiera tomarse por un dragón de bronce, caprichoso adorno de alguna gruta de los bosquecillos de Versalles.

Los cocodrilos y caimanes de la Florida no viven siempre solitarios, puesto que en cierto tiempo del año se reúnen y emboscan para atacar a los viajeros que deben llegar por el Océano. Cuando éstos han subido a lo largo de los ríos

y falta el agua a su muchedumbre, o mueren estrellados en las rocas y amenazan inficionar la atmósfera, la Providencia los entrega de repente a un ejército de cuatro o cinco mil cocodrilos. Estos monstruos, arrojando un grito pavoroso y haciendo rechinar sus desmesuradas mandíbulas, caen sobre los extranjeros. Saltando en todas direcciones, los combatientes se reúnen, chocan y se entrelazan, sumérgense en el fondo de los abismos, se arrastran sobre el légamo, y tornan a mostrarse en la superficie del agua. El ensangrentado río se cubre de cadáveres mutilados y de humeantes entrañas. Nada puede dar cabal idea de estas escenas extraordinarias descritas por los viajeros, y que el autor se siente inclinado siempre a tomar por vanas exageraciones¹.

Rotas, dispersas, llenas de espanto, las legiones extrañas, perseguidas hasta el Océano, se ven precisadas a volver a los abismos, para que, útiles en lo sucesivo a nuestras necesidades, nos sirvan sin dañarnos².

Estas especies de monstruos han sublevado alguna vez la sabiduría del ateo; y no obstante son necesarias en el plan general. No habitan sino los desiertos, donde la ausencia del hombre reclama su presencia; están allí colocados para destruir, hasta que llega el gran destructor. Así que nos presentamos en una costa, nos ceden el imperio, seguros de que uno de nosotros causará más estragos que diez mil de los suyos³.

¿Por qué hace Dios seres superfluos que obligan luego a llevar a cabo una inmensa destrucción? A causa de que Dios no obra como nosotros de manera limitada; conténtase con decir: *Creced y multiplicaos*; dos palabras que abrazan el infinito. Según parece, será preciso que para ser sabia la Divinidad sea mediocre; lo infinito será un atributo de que la despojaremos, pues rechazando todo lo inmenso, diremos: «Esto es

masiado frescos, las tonalidades demasiado fugitivas de nuestros verdores, y hasta el mismo color, vestimenta y arquitectura de Europa, no tienen ninguna concordancia con el elefante. Si los viajeros observaran con más exactitud, sabríamos en qué proporción se acomoda este cuadrúpedo a la naturaleza que lo produce. Nosotros creemos vislumbrar algunas de tales relaciones. La trompa del elefante, por ejemplo, tiene notables analogías con los cactus, los álces, los bejucos, las rotas, y, en el reino animal, con las largas serpientes de las Indias; sus orejas están conformadas como las hojas de la higuera oriental; su piel es escamosa, blanda, y sin embargo rígida, como la borra que envuelve una parte del trocero de la palmera, o como la fibra leñosa del coco; muchas plantas crasas de los trópicos se apoyan en la tierra como sus pies y tienen la forma pesada y cuadrada; su grito es a la vez agudo y fuerte como el del café, o como el grito de guerra de los cipayos. Cuando, cubierto con ricas telas, cargado con una torre, semejante a los alminares de una pagoda, el elefante lleva algún piadoso monarca a las ruinas de esos templos que se encuentran en la casi isla de las Indias, la columna de sus patas, su figura irregular, su pompa bárbara, se mezclan a esa arquitectura colosal formada de trozos de roca amontonados unos sobre otros: la bestia y el monumento en ruinas parecen ser restos del tiempo de los gigantes.

1 Véase BARTRAM, *Voyage dans les Carolines et dans les Florides*.

1. Véase BARTRAM, *Voyage dans les Carolines et dans les Florides*.

2. Son tan conocidas las inmensas ventajas que el hombre consigue de las migraciones de los peces, que no nos detenemos a hablar de ellas.

3. Se ha observado que en las Carolinas, donde los caimanes han sido destruidos, los ríos están con frecuencia infestados por gran número de peces que remontan del Océano, y que mueren, faltos de agua, durante los días caniculares.

superfluo en la Naturaleza», porque nuestro entendimiento no podrá comprenderlo. Y si place a Dios colocar más de cierto número de soles en la bóveda celeste, condenaremos este aumento; y en consecuencia de esta prodigalidad de Universo, declararemos al Creador convicto de locura y de impotencia.

Considerados en sí mismos, sea cual fuere la deformidad de esos seres que llamamos *monstruos*, pueden reconocerse en sus horribles facciones algunas señales de la bondad divina. Un cocodrilo o una serpiente no son menos tiernos para sus cachorros que un ruiseñor o una paloma. Es un contraste sorprendente e interesante ver a un cocodrilo construir un nido y poner un huevo de cuya cáscara sale un pequeño monstruo a semejanza de un polluelo. La hembra del cocodrilo muestra los más tiernos desvelos en pro de su familia; pasea entre los nidos de sus hermanas, que forman conos de huevos y de tierra colocados como las tiendas de un campamento a la margen de un río. La amazona se constituye vigilante centinela, y deja obrar el calor del sol; porque si el delicado cariño de la madre está como representado en el huevo del cocodrilo, la fuerza y las costumbres de este poderoso animal se pintan, por decirlo así, en el sol que lo empolla, y en el limo que le sirve de fermento. No bien ha roto el cascarón, la hembra toma bajo su protección los monstruos que nacen: éstos no son siempre sus hijos, pero hace por este medio el aprendizaje de la maternidad, e iguala su destreza a su ternura. Por último, cuando su familia se desarrolla, la conduce al río, la lava en sus aguas cristalinas, la enseña a nadar, pesca pececillos que la alimenten, y la protege contra los machos que intentan muchas veces devorarla.

Un español residente en la Florida nos refirió que habiéndose apoderado de la cría de un cocodrilo, y haciéndola llevar en una cesta por unos negros, la hembra le siguió exhalando lastimeros gritos. Pusiéronse en el suelo dos cachorros, y al punto la madre empezó a empujarlos con sus manos y su hocico, ya colocándose detrás de ellos para defenderlos, ya precediéndolos para

mostrarles el camino. Los cachorros se arrastraban gimiendo sobre las huellas de su madre, y este enorme reptil, que poco antes estremecía la playa con sus rugidos, hacía oír en aquellos momentos una especie de balido tan suave como el de una cabra que amamanta a sus cabritillos. La serpiente de cascabel compite con el cocodrilo en ternura maternal; este reptil, que da a los hombres lecciones de generosidad¹, se las da también de ternura. Cuando su familia es perseguida, la acoge en su boca², y si los lugares donde pudiera ocultarla no le parecen seguros, la hace entrar en sí misma, no hallando un asilo más inviolable para unos hijos que el seno de su madre. Ejemplo de sublime abnegación, no sobrevive a la pérdida de sus cachorros, porque, para arrebatárselos, es preciso arrancarles de sus entrañas.

¿Hablabamos del veneno de esta serpiente, siempre más activo cuando tiene familia? ¿Describiremos la ternura de la hembra del oso, que, a semejanza de la mujer salvaje, lleva el amor maternal hasta el punto de lactar a sus hijos después de muertos³?

Examinense estos pretendidos monstruos en sus instintos: estúdiense sus formas y sus armas; atiéndase al eslabón que en la cadena de la Creación ocupan; obsérvese en sus relaciones recíprocas y con el hombre, y nos atrevemos a asegurar que las causas finales son tal vez más visibles en esta clase de seres que en las especies más favorecidas de la Naturaleza; bien así como en una obra bárbara los rasgos del genio se destacan más en medio de las sombras que la rodean.

La objeción contra los lugares habitados por estos monstruos no nos parece más fundada. Los pantanos, a pesar de que parecen tan perjudiciales, presentan, no obstante, grandes utilidades, pues son las urnas o depósitos de los ríos en los países llanos, y los reservatorios de las lluvias en las regiones distantes del mar. Su légamo y las cenizas de sus plantas suministran a los labradores excelentes abonos; sus ca-

1. Jamás es el primero en atacar.

2. Véase los *Viajes de Carver* (*Carver's Travels*) en el Canadá.

3. Véase los *Viajes de Cook*.

ñas proporcionan fuego y techo a las familias pobres, frágil abrigo muy en armonía con la vida del hombre, pues no llega más allá de nuestros días.

Estos lugares ofrecen también cierta hermosura propia: fronteras de la tierra y del agua, tienen vegetales, paisajes y habitantes particulares; todo participa en ellos de la mezcla de ambos elementos. Las espadañas ocupan el medio entre la hierba y el arbusto, entre el puerro marino y la planta terrestre; algunos de los insectos fluviales parecen unos pajarillos: cuando la *senñorita*, con su corpiño azul y sus alas transparentes se ufana en la flor del nenúfar blanco, creeríase ver al pájaro mosca de las Floridas en una rosa de magnolia. Durante el otoño, estos pantanos están plantados de juncos secos que dan a la esterilidad el aspecto de las más opulentas mieses, y en la primavera presentan batallones de verdes lanzas. Un abedul o un sauce solitario en que la brisa ha suspendido algunos manojos de plumas, domina estas ondulantes campiñas; el viento que se desliza suave entre las cañas, las inclina alternativamente: dóblase una mientras otra se levanta; luego, inclinándose a la vez todo el bosque, se descubre el alcaraván dorado o la garza real blanca, que se mantiene inmóvil sobre una de sus largas patas.

XI

DE LAS PLANTAS Y SUS MIGRACIONES

Entramos en ese reino en que las maravillas de la Naturaleza presentan un carácter más risueño y agradable. Al verlas elevarse en los aires y en la cima de los montes, pudiera decirse que las plantas participan algo del cielo a que se acercan. Vemos con frecuencia al amanecer, en medio de una profunda serenidad, a las flores de un valle inmóviles sobre sus tallos, inclínanse de mil maneras diferentes, y miran a todos los puntos del horizonte. En aquellos momentos de aparente calma, se realiza un gran misterio: la Naturaleza concibe, y aquellas plantas son otras tantas tiernas madres vueltas hacia la región

misteriosa de donde debe llegarles la fecundidad. Los silfos tienen simpatías menos aéreas y comunicaciones menos invisibles; el narciso entrega a los arroyos su estirpe virginal; la violeta confía a los céfiros su modesta posteridad; una abeja liba su miel de flor en flor, y fecunda, sin apercibirse de ello, toda una pradera; una mariposa conduce sobre sus alas un pueblo entero. Sin embargo, los amores de las plantas no son igualmente tranquilos: los hay también borrascosos, a semejanza de los del hombre, pues necesitan grandes tempestades para que el cedro del Líbano celebre sus bodas con el cedro del Sinaí sobre inaccesibles alturas, mientras al pie de la montaña basta el viento más suave para establecer entre dos humildes flores un comercio de placer. ¿No agita del mismo modo el huracán de las pasiones a los reyes de la Tierra en sus tronos, mientras los pastores ven deslizar a sus pies días tranquilos?

La flor produce la miel: es la amable hija de la mañana, el encanto de la primavera, el manantial de los perfumes, la gala brillante de la virgen y el amor del poeta; pasa rápida como el hombre, pero entrega blandamente sus hojas a la tierra. Entre los antiguos, coronaba la copa del festín y los nevados cabellos del sabio; los primeros cristianos adornaban con flores a los mártires y el altar de las catacumbas; hoy, en memoria de aquellos antiguos días, decoramos con ellas nuestros templos. En el mundo enlazamos nuestros afectos con sus colores: su verde simboliza la esperanza, su blanco la inocencia, y sus matices de rosa el pudor; hay naciones enteras donde la flor es el fiel intérprete de los más tiernos sentimientos: ¡libro mágico que no encierra ningún error peligroso, depositario querido de la fugitiva historia de las revoluciones del corazón!

Al colocar los sexos en diferentes individuos en muchas familias de plantas, la Providencia ha multiplicado los misterios y las bellezas de la Naturaleza; por esta causa la Ley de las migraciones se reproduce en un reino que parece desprovisto de toda facultad locomotriz. Unas veces viaja la semilla o el fruto, otras una parte de la planta o la planta

entera. Los cocoteros suelen crecer sobre las rocas en medio del mar; cuando la tempestad estalla, caen sus frutos y las olas los arrastran a las costas habitadas, donde se transforman en hermosos árboles: símbolo de la virtud que descuellan sobre los peñascos combatidos por las tormentas, y que cuanto más la azotan los vientos, más tesoros prodiga a los hombres.

En las orillas del *Yar*, riachuelo del condado de Suffolk, en Inglaterra, vi una especie de berro muy curioso, pues cambia de lugar y avanza como por brincos y saltos; tiene en sus extremidades muchas barbas, y cuando las que se encuentran en una de ellas son bastante largas para llegar al fondo del agua, se arraigan en él. Arrastrados por la acción de la planta, que se inclina hacia su nuevo pie, los asideros del lado opuesto se sueltan, y el berro, girando sobre su tallo, se desprende en toda la longitud que le separa de su retoño. Al día siguiente se le busca en el lugar donde se le dejó el anterior, y se le descubre más arriba o más abajo en la corriente, formando con el resto de las familias fluviátiles nuevos efectos y nuevas armonías. No hemos visto la flor escencia ni la fructificación de aquel extraño berro, que hemos llamado *MIGRATOR*, es decir, *viajero*, por su relación con nuestros propios destinos.

Las plantas marinas están sujetas a mudar de clima, y participan, al parecer, de las inclinaciones aventureras de esos pueblos insulares a quienes su posición geográfica ha hecho comerciantes. El *fucus giganteus* sale de las cavernas del Norte en alas de las tempestades y se adelanta por los mares, salvando espacios inmensos. Semejante a una red tendida de una a otra costa del Océano, arrastra consigo las almejas, las focas, las rayas y las tortugas que toma en su camino. Algunas veces, cansado de nadar, alarga una raíz hasta el fondo del abismo y se detiene; luego, tornando a su navegación con un viento favorable, y después de haber flotado bajo mil diferentes latitudes, va a alombrar las costas del Canadá con las guirnalda arrancadas a los peñascos de Noruega.

Las migraciones de las plantas mari-

nas, que a primera vista parecen meros caprichos de la casualidad, tienen, sin embargo, relaciones con el hombre.

Paseando una tarde en Brest, a orillas del mar, descubrimos a una pobre mujer que marchaba encorvada entre las rocas, examinando con gran atención los restos de un naufragio, y especialmente las plantas adheridas a ellos, como procurando adivinar por su mayor o menor vejez la época cierta de aquella catástrofe. La infeliz halló debajo de unos guijarros una de esas cajas en que los marineros guardan botellas: tal vez ella misma la habría llenado en otro tiempo, en obsequio al esposo, de cordiales comprados con el fruto de sus modestos ahorros. Así lo juzgamos al verla enjugar sus lágrimas con la punta de su delantal; los hongos marinos reemplazarían entonces aquellos presentes de su ternura. Así, mientras el estampido del cañón anuncia a los poderosos el naufragio de los señores del mundo, la Providencia, cuando quiere comunicar alguna calamidad a los pequeños y a los desvalidos, les despacha en secreto algunas briznas de hierba, o algún despojo que hable a su corazón.

XII

DOS PERSPECTIVAS DE LA NATURALEZA

Lo que acabamos de decir de los animales y de las plantas, nos conduce a considerar los cuadros de la Naturaleza bajo un punto de vista más general. Tratamos de hacer hablar en conjunto a esas maravillas, que, tomadas aisladamente, nos han dicho ya tantas cosas acerca de la Providencia.

Presentaremos, pues, a nuestros lectores dos perspectivas de la Naturaleza: la una marítima, terrestre la otra; aquélla en medio de los mares Atlánticos; ésta, en los bosques del Nuevo Mundo, para que no se pueda atribuir la majestad de ambas escenas a los monumentos de los hombres.

El buque que nos trasladaba a América perdió de vista las costas, y el espacio no presentó en breve otra cosa que el doble azul del mar y el cielo, a semejanza de un lienzo preparado para

recibir las futuras creaciones de un gran pintor. Las aguas presentaban un aspecto verdoso, y sus gruesas oleadas llegaban de la parte de poniente, aunque el viento soplaba del lado opuesto; las enormes ondulaciones se extendían de Norte a Mediodía, y abrían en sus valles vastísimas sinuosidades que se ocultaban a la vista en los desiertos del Océano. Aquellos movibles paisajes cambiaban sin cesar de perspectiva: ora multitud de verduscos montecillos representaban surcos de sepulcros en un inmenso cementerio; ora las olas, rizando sus cimas, imitaban blancos rebaños esparcidos sobre agitados matorrales; otras veces el espacio parecía limitado por la falta de un punto de comparación; pero si de improviso se levantaba una onda, o bien otra se encorvaba mintiendo una costa lejana, o atravesaba el horizonte un escuadrón de perros marinos, el espacio se ensanchaba súbitamente a nuestra vista. Pero la idea abrumadora de la extensión se agigantaba especialmente cuando una niebla ligera rozaba la inquieta superficie del mar, añadiendo al parecer inmensidad a la inmensidad misma. ¡Oh! ¡Cuán grandes y melancólicas son en tales momentos las perspectivas del Océano! ¡En qué meditaciones nos abisman, ya sea que la imaginación se pierda en los mares del Norte, en medio de los hielos y las tempestades, ya encuentre en los mares del Mediodía risueñas islas de reposo y bienandanza!

Muchas veces nos levantábamos durante la noche e íbamos a sentarnos sobre el puente, donde no hallábamos sino al oficial de guardia y algunos marineros que fumaban en silencio en sus pipas. No se oía otro rumor que el de la proa al hender las olas, en tanto que leves centellas se deslizaban con una blanca espuma a lo largo de los costados del navío. ¡Dios de los cristianos! ¡Cuán profundamente has grabado el sello de tu Omnipotencia en las aguas del abismo y en la profundidad de los cielos! ¡Los millones de estrellas que en el sombrío azul de la bóveda celeste resplandecían; la luna que brillaba majestuosa en medio del firmamento, un mar sin límites, lo infinito en el cielo, lo infinito en las aguas! ¡Nunca me has

confundido tanto con tu grandeza como en aquellas noches en que, suspenso entre los astros y el Océano, veía la inmensidad sobre mi cabeza y la inmensidad a mis pies!

Nada soy: no soy sino un simple solitario; he oído muchas veces a los sabios disputar acerca del primer Ser, y no los he entendido; pero he observado siempre que ese Ser desconocido se manifiesta en toda su gloria al corazón humano a la vista de las grandes escenas de la Naturaleza. Una tarde en que reinaba profunda calma, nos hallábamos en los hermosos mares que bañan las costas de Virginia; todas las velas estaban amainadas; yo me hallaba ocupado en el entrepuente cuando, al oír la campana que llamaba a los tripulantes a la oración, me apresuré a mezclar mis preces a las de mis compañeros de viaje. Los oficiales ocupaban el castillo de popa con los pasajeros; el capellán, con un libro en la mano, se mostraba a su frente; los marineros estaban esparcidos indistintamente sobre cubierta, y todos nos manteníamos en pie, vuelto el rostro a la proa, cuyo rumbo era a Occidente.

El disco del sol, próximo a sumergirse en las olas, se dejaba ver entre los cables del navío, en medio de los espacios sin confines. A juzgar por los balances de la popa, hubiera podido decirse que el astro del día cambiaba a cada instante de horizonte. Algunas nubes estaban agrupadas en peregrino desorden hacia el Oriente, en el que la luna se remontaba lentamente en los serenos espacios; el resto del cielo estaba puro; y hacia el Norte, una tromba marina que resplandecía con los colores del iris, formaba un glorioso triángulo con los dos magníficos luminaires del día y de la noche, y se levantaba del nebuloso seno de los mares imitando el efecto de una maravillosa columna de cristal que sostuviese la bóveda del cielo.

Digno, ciertamente, de gran compasión hubiera sido aquel que en tan grandioso espectáculo no hubiera reconocido la hermosura de Dios. Mis ojos se arrasaron involuntariamente en lágrimas, cuando mis compañeros, quitándose sus sombreros embreados, entonaron

con ronca voz su sencilla canción a *Nuestra Señora del Buen Socorro*, patrona de los marineros. ¡Oh! ¡Cuán tierna era la plegaria de aquellos hombres que sobre un frágil leño contemplaban en medio del Océano al sol que se ocultaba en las olas! ¡Cuán directamente llegaba al alma aquella invocación del pobre marinero a la Virgen de los Dolores! La conciencia de nuestra pequeñez a la vista de lo infinito; nuestros cantos que se extendían a lo lejos de las ondas; la noche que se acercaba con sus tinieblas; la maravilla de nuestro bajel en medio de tantas maravillas; una tripulación religiosa poseída de admiración y de temor; un respetable sacerdote en oración; Dios inclinado sobre el abismo, deteniendo con una mano al sol en las puertas del Occidente, levantando con la otra la luna en el Oriente, y prestando a través de la inmensidad atento oído a la voz de su predilecta criatura: he aquí lo que no puede pintarse, lo que todo el corazón humano basta apenas a sentir.

Pasemos a la escena terrestre.

Habíame extraviado una tarde en un bosque, a cierta distancia de la catarata del Niágara, y no tardé en ver extenderse la noche en mi derredor; esto me hizo disfrutar, en toda su soledad, del hermoso espectáculo de una noche en los desiertos del Nuevo Mundo.

Una hora después del ocaso, la luna se mostró sobre las copas de los árboles en el opuesto confín del horizonte. Una brisa embalsamada que esta reina de la noche traía consigo desde el Oriente, parecía precederla en los bosques cual su fresco aliento. El astro solitario subió con pausado curso por el cielo: ya seguía lentamente su azul carrera, ya descansaba sobre grupos de nubes, semejantes a las cimas de enhiestas montañas coronadas de nieve. Estas nubes, plegando y desplegando sus velos, se desarrollaban en zonas diáfanas que parecían de raso blanco, y que se dispersaban en leves copos de espuma, o formaban en los cielos deslumbradores bancos cual de algodón, tan suaves a la vista, que parecía se percibían su blandura y elasticidad.

No menos encantador era el panorama terrestre: la luz azulada y atercio-

pelada de la luna penetraba por los claros de los árboles, y deslizaba rayos de apacible luz hasta la espesura de las más profundas tinieblas. El río que a mis pies se deslizaba rápido, se perdía alternativamente en los bosques, y tornaba a presentarse brillando con las constelaciones, cuya tranquila imagen reproducía. En una sabana situada en la opuesta orilla la claridad de la luna dormía sin movimiento sobre los muelles céspedes. Los abedules, agitados por las brisas y esparcidos aquí y acullá, formaban islas de sombras flotantes sobre aquel mar inmóvil de luz. De cerca, todo hubiera sido silencio y reposo sin la caída de algunas hojas, la súbita ráfaga de viento o el gemido del buho; a lo lejos, se dejaba oír a intervalos el solemne retumbar de la catarata del Niágara, que en la calma de la noche era repetido de desierto en desierto, y aspiraba al través de los solitarios bosques.

La grandeza y la asombrosa melancolía de cuadro tan colosal no pueden explicarse en humano idioma, pues las noches más deliciosas de Europa no son capaces de ofrecer una idea de él. En vano la imaginación procura espaciarse en nuestros campos cultivados, porque halla por dondequiera viviendas humanas; pero en aquellas regiones salvajes el alma se complace en perderse en un océano de bosques; en mecerse sobre el abismo de las cataratas; en meditar a orillas de los lagos y los ríos, y, por decirlo así, en hallarse sola en presencia de Dios.

XIII

EL HOMBRE FÍSICO

Para dar término a estas reflexiones acerca de las causas finales, terminantes pruebas de la existencia de Dios deducidas de las maravillas de la Naturaleza, réstanos ya únicamente considerar al hombre *físico*. Dejaremos hablar a los sabios que han profundizado esta materia.

Cicerón describe así el cuerpo humano:

Al examinar los sentidos ¹, por cuyo medio el alma conoce los objetos exteriores, vemos que su estructura corresponde de una manera admirable a su destino, y que residen en la cabeza como en una fortificación. Los ojos, vigilantes centinelas, ocupan el lugar más elevado, desde donde, descubriendo los objetos, pueden desempeñar sin esfuerzo su cometido. Un puesto igualmente culminante convenía al oído, pues sus órganos están destinados a recibir el sonido, cuya natural dirección es ascendente. La nariz debía ocupar la misma situación, porque los olores suben también; y era preciso que se hallase inmediatamente a la boca, puesto que nos ayuda de una manera decisiva a formar los juicios relativos a las bebidas y los alimentos. El gusto, cuyo objeto es hacernos sentir las cualidades de lo que comemos, reside en la parte de la boca por donde la Naturaleza abre paso a los sólidos y líquidos. Por lo que respecta al tacto, está generalmente repartido por todo el cuerpo, a fin de que no podamos recibir impresión alguna, ni ser atacados por el frío ni el calor sin sentirlo. Y bien así como un entendido arquitecto no colocará cerca de los ojos o de la nariz del propietario el receptáculo de las inmundicias de una casa, la Naturaleza ha alejado de nuestros sentidos lo que hay de semejante a esto en el cuerpo humano.

Pero, ¿qué artífice, a no ser la Naturaleza, cuya sabiduría es incomparable, pudiera haber formado tan artísticamente nuestros sentidos? Ha rodeado los ojos de unas túnicas muy delgadas y transparentes en su parte anterior para que pueda verse a través de ellas, y resistentes en su tejido para que los ojos se mantengan fijos. Ha hecho éstos resbaladizos y móviles para darles los medios de evitar todo lo que pudiera ofenderlos, y para que dirijan fácilmente sus miradas a todos los lugares. La pupila, donde se reúne lo que constituye la fuerza de la visión, es tan pequeña que se substrahe sin el menor esfuerzo a lo que es capaz de herirla. Los párpados, que son las cortinas de los ojos, tienen una superficie interna lisa y suave para que no les dañe su continuo roce. Ya sea que el temor a algún peligro nos obligue a cerrarlos, ya que queramos abrirlos, los párpados están formados para prestarse a ello, y entrambos movimientos son instantáneos; hállese, por decirlo así, fortificados con una empalizada de cerdas, que les sirve para rechazar lo que viene a lastimarlos cuando están abiertos, y para envolverlos a fin de que descansen tranquilamente cuando el sueño los cierra y nos los hace inútiles. Nuestros ojos tienen, además, la ventaja de hallarse ocultos y defendidos por medio de unas prominencias; porque por un lado tienen las cejas para detener el sudor que baja de la cabeza y de la frente; y por

la otra tienen en la parte inferior los pómulos que los protegen. La nariz está colocada entre ellos cual un límite divisorio.

El oído permanece constantemente abierto, porque lo necesitamos siempre, aun durante el sueño; y si entonces le hiere algún sonido, despertamos al punto. Sus órganos tienen conductos tortuosos para evitar la introducción de algún cuerpo extraño, lo que ocurriría si fuesen rectos...

¿Y qué diremos de las ventajas y utilidades de nuestras manos en las artes? Los dedos se alargan o se doblan con la mayor facilidad, merced a la flexibilidad de sus articulaciones. Por su medio, las manos manejan el pincel y el cincel, tocan la lira y la flauta. Esto por lo que concierne a lo agradable. Por lo que atañe a lo necesario, cultivan los campos, construyen casas, fabrican diversas telas y vestidos, y trabajan el cobre y el hierro. El espíritu inventa, los sentidos examinan, la mano ejecuta; de tal manera, que, si nos garantimos de la intemperie, si cubrimos nuestra desnudez, si tenemos ciudades, murallas, habitaciones y templos, lo debemos a las manos, etc.

Forzoso es confesar que así ha formado la sola materia del cuerpo humano para tantos fines admirables, como este hermoso discurso del orador romano no ha sido compuesto por un escritor adocenado ¹.

Muchos autores, especialmente el médico Niewentyt ², ha probado que los límites en que nuestros sentidos se encierran son los verdaderos límites que les convienen, y que nos veríamos expuestos a multitud de inconvenientes y peligros, si tuviésemos mayor o menor alcance. Galeno, poseído de sabia admiración en un análisis anatómico del cuerpo humano, abandona el escalpelo y exclama inspirado:

¡Oh tú que nos hiciste! ¡Al componer un discurso tan santo, creo cantar un verdadero himno a tu gloria! Yo te honro más al descubrir la hermosura de tus obras, que al sacrificarte hecatombes enteras de toros, o al hacer humear los templos con el incienso más precioso. La verdadera piedad consiste en conocerme a mí mismo, y luego en enseñar a los demás cuánta es la grandeza de tu

1. Cicerón ha tomado de Aristóteles lo que dice del servicio de la mano. Combatiendo la filosofía de Anaxágoras, el estagirita observa, con su sagacidad acostumbrada, que el hombre no es superior a los animales porque tenga una mano, sino que tiene una mano porque es superior a ellos. (*De Part. Anim.*, lib. III, cap. X.) También Platón cita la estructura del cuerpo humano como una prueba de la inteligencia divina (*In Tim.*), y Job tiene algunos versículos sublimes sobre el mismo asunto.

2. *Exist. de Dieu*, lib. I, cap. XIII, p. 131.

1. *De Nat. Deor.*, t. II, 56, 57 y 58, trad.

bondad, de tu poder y de tu sabiduría. Tu bondad se revela en la igual distribución de tus presentes, pues ha repartido a cada hombre los órganos que le son necesarios; tu sabiduría resplandece en la excelencia de tus dones; y tu poder se manifiesta en la ejecución de tus sorprendentes designios¹.

XIV

INSTINTO DE LA PATRIA

Puesto que hemos considerado los instintos de los animales, debemos decir algo relativamente a los del hombre físico; pero como éste reúne los sentimientos de las diferentes razas de la Creación, por ejemplo, el amor paternal, etc., es preciso elegir uno que le sea exclusivo.

Ahora bien: este instinto peculiar del hombre, el más hermoso, el más moral de los instintos, es el amor a la patria. Si esta ley no estuviese sostenida por un milagro permanente, y en el cual, como en tantos otros, no paramos mientes, los hombres se precipitarían en las zonas templadas, dejando desierto el resto del globo. Fácil es imaginar cuántas calamidades resultarían de esta aglomeración de la especie humana en un solo punto de la tierra. A fin de evitar estas desgracias, la Providencia ha fijado, por decirlo así, los pies de cada hombre a su suelo natal mediante una atracción invencible; así es que los hielos de Islandia y las abrasadas arenas del África no carecen de habitantes.

Es también digno de atención que cuanto más ingrato es un país, cuanto más destemplado es su clima, o cuantas más persecuciones se han sufrido en él, más encantos nos ofrece. ¡Cosa extraña y sublime es que nos identifiquemos al suelo por la adversidad, y que el hombre que no ha perdido sino una cabaña, sea el que más eche de menos el techo paterno! La causa de tal fenómeno consiste en que la prodigalidad de una tierra demasiado fértil destruye, al enriquecernos, la sencillez de los lazos naturales que se forman por resultado de nuestras necesidades; así, cuando de-

jamos de amar a nuestros padres, porque ya no nos son necesarios, dejamos de amar la patria.

Todo corrobora la verdad de esta observación. Un salvaje tiene en más su choza que un príncipe su palacio; y el montañés halla más encantos en su montaña que el habitante de la llanura en su surco. Preguntad a un pastor escocés si querría cambiar su suerte con la del primer potentado de la tierra. Lejos de su querida tribu, conserva en todas partes su recuerdo; por todas partes reclama sus rebaños, sus torrentes, sus nubes. No aspira sino a comer pan de cebada, a beber leche de cabra, y a cantar en el valle las mismas baladas que cantaban sus abuelos; desfallece si no vuelve a su país. Es una planta de la montaña, y, por lo tanto, sus raíces están destinadas a asegurarse en los peñascos; pues no puede prosperar si no la combaten los vientos y las lluvias; la tierra, los abrigos y el sol de la llanura la desecan.

¡Con cuánta alegría vuelve a ver su cabaña! ¡Con cuánta satisfacción visita las santas reliquias de su indigencia!

Doux trésor! se dit-il, chers gages, qui jamais
N'attirâtes sur vous l'envie et le mensonge,
Je vous reprends: sortons de ces riches palais,
Comme l'on sortirait d'un songe¹.

¿Quién más feliz que el esquimal en su espantosa patria? ¿Qué le importan las flores de nuestros climas, comparadas con las nieves del Labrador, y nuestros palacios en parangón con su ahumada caverna? Embarcarse con su esposa en la primavera en algún hielo flotante², y, arrastrado por las corrientes, se interna en alta mar sobre aquel trono del Dios de las tempestades. La montaña columpia sobre las olas sus luminosas cúspides y sus árboles de nieve; los lobos marinos se entregan al amor en sus lóbregos valles, y las ballenas le acompañan en el Océano. El osado salvaje estrecha sobre su corazón, en su movable escollo, a la mujer que Dios le dió, y goza con ella alegrías desconocidas en aquella mezcla indefinible del placer y de los peligros.

1. ¡Inapreciables tesoros!, díjose; queridas prendas, que jamás—os atraía la envidia y la vergüenza,—yo os recobro: salgamos de estos ricos palacios,—como salimos de un sueño. (N. del T.)

2. Véase CHARLEVOIX, *Hist. de la Nouv. France*.

El esquimal tiene, por otra parte, poderosas razones para preferir su país y su estado a los nuestros. Por degradada que nos parezca su naturaleza, adviértense, ya en él, ya en las artes que practica, ciertos rasgos que descubren la dignidad del hombre. El europeo se pierde todos los días en un bajel, obra maestra de la industria humana, en la misma costa en que el esquimal, bogando en una piel de vaca marina, se burla de todos los peligros. Ora oye bramar el Océano, que lo cubre a cien pies sobre su cabeza, ora asalta los cielos en las turbulentas cimas de las olas; mécese con su piel en medio de ellas, bien así como se columpia un niño sobre las ramas en las tranquilas profundidades de un bosque. Al colocar a aquel hombre en la región de las tormentas, Dios ha impreso en su frente un ostensible sello de supremacía. «¡Ve!—le gritó desde el seno del torbellino—. Desnudo te arrojo a la tierra; mas para que, a pesar de tu miseria, no ignores tus destinos, domarás los monstruos del mar con una caña, y pondrás las tempestades bajo tus pies.»

Así, al ligarnos a la patria, la Providencia justifica siempre sus grandes miras, pues tenemos mil razones para amar al suelo natal. El árabe no olvida el pozo del camello, la gacela, y sobre todo el caballo, fiel compañero de sus excursiones; el negro se acuerda siempre de su ranchería, de su azagaya, de su bapano, y del sendero de la cebrá y del elefante.

Refiérese que un grumete inglés había llegado a profesar tan entrañable cariño al buque a cuyo bordo había nacido, que no podía alejarse de él por un instante. Cuando se quería castigarle, se le amenazaba con enviarle a tierra, a cuya intimación corría a ocultarse a la cala, prorrumpiendo en gritos. ¿Qué había inspirado a aquel joven marinero tan vivo amor a unas tablas, juguete de los vientos? No procedía ciertamente su afecto de circunstancias meramente locales y físicas. ¿Procedía acaso de algunas conformidades morales entre sus destinos y los del bajel? ¿O es que hallaba un placer secreto en reconcentrar sus alegrías y sus pesares en su cuna? El corazón se goza natu-

ralmente en replegarse, por decirlo así, sobre sí mismo; pues, cuanto menos se exterioriza, menos superficie presenta a las heridas: ved aquí por qué los hombres muy sensibles, como lo son en general los infortunados, se complacen en habitar reducidos retiros. Lo que el sentimiento gana en intensidad, lo pierde en extensión: cuando la república romana tenía por límites el monte Aventino, sus hijos morían con júbilo por ella; pero dejaron de amarla cuando aquellos llegaron a los Alpes y al Tauro. Es indudable que alguna razón de este género alimentaba en el grumete inglés su amor al buque natal. Navegante ignorado en el océano de la vida, veía levantarse los mares entre él y nuestros dolores; y era en verdad feliz, puesto que divisaba desde lejos las tristes playas del mundo.

En los pueblos civilizados el amor a la patria ha hecho prodigios. Hay siempre en los designios de Dios una admirable correlación: en virtud de ella, ha cimentado en la Naturaleza el amor al suelo patrio, y el animal comparte en cierto grado con el hombre este instinto; pero el hombre lo extiende, y convierte en virtud lo que tan sólo era un sentimiento de utilidad general; de esta manera las leyes físicas y morales del universo se encadenan admirablemente. Dudamos que sea posible tener una sola virtud verdadera, un solo verdadero talento, sin amor a la patria. Esta pasión hace maravillas en la guerra, y en las letras ha formado a Homero y a Virgilio. El poeta ciego pinta con preferencia las costumbres de la Jonia, donde abriera sus ojos a la luz; y el cisne de Mantua se ocupa de los recuerdos de su país. Nacido en una cabaña, y expulsado de la herencia de sus abuelos, estas dos circunstancias influyeron poderosamente en la índole de su genio, pues le imprimieron ese colorido de melancolía que constituye uno de sus principales encantos; recuerda sin cesar ambos acontecimientos, y se ve que *se acuerda siempre de aquel Argos*, donde pasara su juventud:

Et dulces moriens reminiscitur Argos.
(*Æn.*, lib. x, 782.)

Pero la religión cristiana ha venido a dar su verdadera medida al amor a la

patria. Este sentimiento ha producido grandes crímenes entre los antiguos, pues rayaba en la exageración. El cristianismo ha hecho de él un amor *principal*, no un amor *exclusivo*, pues, antes que todo, nos manda ser justos, y quiere que amemos a la familia de Adán, porque es la nuestra, aunque nuestros conciudadanos tengan el primer derecho a nuestro amor. Esta moral era desconocida antes de la misión del Legislador de los cristianos, y es un error asegurar que intentaba aniquilar las pasiones, pues Dios no destruye su obra. El Evangelio no es la muerte, sino la regla del corazón, siendo a nuestros sentimientos lo que a las artes ese buen gusto que suprime lo que en ellas puede adolecer de exageración, de falso, de común o trivial, y les deja lo que tienen de hermoso, de verdadero, de razonable. La religión cristiana bien entendida no es otra cosa que la Naturaleza primitiva lavada de la mancha original.

Cuando nos hallamos lejos de nuestro país es cuando más que nunca sentimos el poder del instinto que nos arrastra hacia él. A falta de realidades, nos esforzamos en crearnos sueños que nos la retraten; el corazón es fecundo en quimeras, pues todo aquel que se ha alimentado al pecho de la mujer ha bebido la copa de las ilusiones. Ora convierte una cabaña en el techo paterno; ora aplica a un bosque, a un valle o a una colina algunos de los dulces nombres de la patria: Andrómaca apellida *Simois* a un arroyo. ¡Y cuán tierna verdad se encierra en el riachuelo que reproduce un caudaloso río de la patria! Lejos de las orillas que nos han visto nacer, la Naturaleza nos parece raquítica y pálida sombra de la que hemos perdido.

Otro ardid del instinto patrio es conceder gran precio a un objeto de escaso valor intrínseco, pero que procede de nuestro país y hemos llevado al destierro. El alma se asocia hasta a las cosas inanimadas que han compartido nuestros destinos: una parte de nuestra vida se identifica con el asilo donde descansó nuestra felicidad, y sobre todo con aquel que prestó sombra a nuestro infortunio.

Para pintar la languidez interior que se experimenta fuera de la patria, el pueblo dice: *Este hombre tiene el mal del país*; verdadera enfermedad que no puede curarse sino regresando al suelo patrio. Pero por pocos años que haya durado la ausencia, ¿qué hallamos en los lugares que nos han visto nacer? ¿Cuántos hombres existen de los que habíamos dejado llenos de vida? Los sepulcros ocupan el lugar de los palacios, y éstos el de aquéllos; el campo paterno se ve cubierto de malezas o entregado a un arado extranjero, y derribado yace el árbol que nos alimentara. Había en la Luisiana una negra y una salvaje, esclavas de dos colonos vecinos. Cada una de estas mujeres tenía un hijo: la negra una niña de dos años, y la india un niño de la misma edad; éste murió. Habiendo elegido las dos madres un lugar en el desierto, se reunieron en él durante tres noches consecutivas. Una llevaba su hijo muerto, y la otra su hija viva; la una su *Manitú*, la otra su *Fetiche*, y no se admiraban de hallarse bajo la influencia de una misma religión, pues ambas eran desgraciadas. La india hacía los honores de la soledad: «Este es el árbol de mi país—decía a su amiga—; ¡siéntate y llora!» Luego, según el uso de los funerales entre los salvajes, suspendían sus hijos de las ramas de un arce o de un sasafrás, y los columpiaban cantando los aires de su país.

Pero estos juegos maternos, que adormecían a menudo la inocencia, no podían despertar la muerte. Así se consolaban aquellas dos mujeres, una de las cuales había perdido su hijo y su libertad, y la otra su libertad y su patria: ¡las lágrimas ofrecen consuelos recíprocos!

Dícese que precisado un francés a emigrar durante el Terror, había comprado con algunas monedas que le quedaban una barca en el Rin, para guarecerse en ella con su mujer y sus dos hijos; Pero, como llegase a faltarle el dinero, llegó a faltarle la hospitalidad; cuando se le expulsaba de una orilla, pasaba sin quejarse a la opuesta; muchas veces, perseguido en ambas márgenes, se veía obligado a anclar en medio del río, y allí pescaba para proveer

al sustento de su familia; pero los hombres le disputaban aún los beneficios de la Providencia. Al llegar la noche, iba a recoger hierbas secas para encender un poco de fuego, dejando a su mujer en mortales agonías hasta que regresaba. Precisada a hacerse salvaje entre cuatro naciones civilizadas, aquella familia, que no tenía en el globo un solo rincón de tierra donde fijar su pie, cifraba todo su consuelo en respirar algunas veces el aire que les llegaba de las fronteras de su patria. Si se nos preguntase en qué consiste la fuerza de los vínculos que nos ligan al suelo natal, nos costaría algún trabajo responder. Tal vez es la sonrisa de una madre, de un padre o de una hermana; tal vez es el recuerdo del viejo preceptor que nos educó, o el de los tiernos compañeros de nuestra infancia; tal vez son los desvelos de una nodriza, de un antiguo doméstico, parte tan esencial de la casa (*domus*); son, por último, tal vez las circunstancias más sencillas, y si se quiere, más triviales: un perro que ladraba durante la noche en el campo; un ruiseñor que volvía todos los años al jardín; el nido de la golondrina en la ventana; el campanario de la iglesia, que se veía descollar sobre los árboles; el tejo del cementerio; el sepulcro gótico; ¡he aquí todo! Pero estos pequeños medios demuestran con tanta mayor certidumbre la realidad de una Providencia, cuanto que no podrían ser el origen del amor a la patria y de las grandes virtudes que brotan de este amor, si una voluntad suprema no lo hubiese dispuesto así.

LIBRO SEXTO

Inmortalidad del alma, probada por la moral y el sentimiento.

I

DESEO DE FELICIDAD EN EL HOMBRE

Aun cuando no hubiese más pruebas de la existencia de Dios que las maravillas de la Naturaleza, tan fuertes son estas pruebas que bastarían para convencer a todo aquel que busca la verdad.

Empero si los que niegan la Providencia no pueden explicar sin ella los portentos de la Creación, mayor será la dificultad que experimenten para responder a las objeciones de su propio corazón. Al renunciar al Ser supremo, se ven precisados a renunciar a otra vida, y, no obstante, su alma les agita; preséntase, por decirlo así, a su vista, y les obliga, a despecho de los sofistas, a confesar su existencia y su inmortalidad.

Dígasenos si no, si el alma se extingue en el sepulcro, de donde procede ese deseo de felicidad que nos atormenta. Nuestras pasiones pueden tener en la Tierra fácil satisfacción: el amor, la ambición, la cólera, tienen una segura plenitud de goce; pero la necesidad de felicidad es la única que carece de satisfacción y de objeto, porque ni aun sabemos qué cosa sea esa felicidad tan suspirada. Es preciso confesar que si todo es *materia*, la *naturaleza* ha incurrido aquí en un grave error, pues ha creado un sentimiento sin aplicación alguna.

Ni es dudoso que nuestra alma pida incesantemente, pues no bien ha conseguido el objeto de su deseo, cuando se lanza a nuevas aspiraciones, porque el Universo no es bastante a satisfacerla. Lo infinito es el único campo que le conviene; le es grato perderse en los números, y concebir así las mayores como las menores dimensiones. Finalmente, henchida, mas no saciada de lo que ha devorado, precipítase en el seno de Dios, centro en que convergen todas las ideas de lo infinito, en perfección, en tiempo y en espacio; pero no se abisma en la Divinidad, sino porque la encuentra rodeada de tinieblas, *Deus absconditus*¹; si la viese con toda claridad la despreciaría como a cualquiera de los objetos, cuya medida se halla a su alcance. Y aun pudiera decirse que tendría alguna razón al proceder así; porque si el alma se explicase bien el principio eterno, sería superior a este principio, o por lo menos igual a él. No acontece en el orden de las cosas divinas lo que en el de las humanas, puesto que un hombre puede comprender el

1. Is., XLV, 15.

poderío de un rey sin ser rey; pero el que comprendiese a Dios, sería Dios.

Los animales no sienten el estímulo de esa esperanza que anida en el corazón humano, porque colman al punto su felicidad, siendo así que un puñado de hierba satisface al cordero y un poco de sangre al tigre. Si se sostuviese, con algunos filósofos, que la diversa estructura de los órganos constituye la única diferencia entre nosotros y el bruto, pudiera a lo más admitirse este raciocinio con relación a los actos meramente materiales; pero, ¿de qué sirve la mano al pensamiento, cuando en la calma de la noche se lanza a los espacios, para hallar a través de ellos al Hacedor de tantos mundos? ¿Por qué no hace lo mismo el buéy? Sus ojos le bastan; y aun cuando tuviese los pies o los brazos del hombre, seríanle harto inútiles para el caso. Puede acostarse sobre el césped, levantar al cielo su cabeza, y llamar con sus mugidos al Ser desconocido que llena esa inmensidad. No sucede así: prefiriendo la hierba que pisa, nada pregunta a esos soles, evidente demostración de la existencia de Dios. Insensible al espectáculo de la Naturaleza, no sospecha, bajo el árbol a cuya sombra descansa, que él es también una pequeña prueba de la inteligencia divina.

La única criatura que se exterioriza y no se basta por completo a sí mismo, es el hombre. Dícese que el pueblo no experimenta semejante inquietud: ciertamente es menos desgraciado que nosotros, pues se distrae de sus deseos con sus trabajos, y apaga en sus sudores su sed de felicidad. Pero cuando le vemos afanarse los seis días de la semana para gozar algunos placeres el séptimo; cuando, esperando siempre el descanso y no encontrándolo nunca, llega a la muerte sin cesar de desear, ¿podrá decirse que no participa de la segunda aspiración de todos los hombres hacia un bienestar desconocido? Y si se replica que este deseo está, por lo menos, limitado para él a las cosas de la tierra, diremos que esta aseveración es muy inexacta: dad, si no, al hombre más pobre los tesoros del mundo, suspended sus trabajos, satisfied sus necesidades,

y antes de algunos meses será también juguete del tedio y de la esperanza.

Por otra parte, ¿es cierto que el pueblo, aun en su actual estado de miseria, no conoce ese deseo de felicidad que se prolonga más allá de la vida? ¿De dónde procede ese instinto melancólico que se advierte en el hombre campestre? Muchas veces en el domingo y otros días feriados, cuando toda la aldea había ido a orar al Segador que separe *el buen grano de la cizaña*, hemos visto algún paisano solo en la puerta de su cabaña, prestando oído al son de la campana: su actitud era pensativa, y no le distraían las avecillas de la era vecina, ni los insectos que en su derredor zumbaban. Aquella noble figura de hombre, colocada como la estatua de un Dios en el umbral de una cabaña; aquella frente sublime, aunque abrumada de cuidados; aquella espalda sombreada por una negra cabellera, y que parecía alzarse como para sostener el cielo, aunque encorvada bajo el peso de la vida; todo aquel ser tan majestuoso, aunque miserable, ¿no pensaba en cosa alguna, o se ocupaba tan solo en las del mundo? No era ésta, por cierto, la expresión de sus labios entreabiertos, ni la de aquel cuerpo inmóvil, ni la de aquella mirada fija en el suelo; el recuerdo de Dios pasaba por su alma en el sonido de la campana religiosa.

Si es imposible negar que el hombre espera hasta bajar al sepulcro; si es cierto que los bienes terrenos, lejos de saciar nuestros deseos, contribuyen únicamente a dilatar el vacío del alma, debemos concluir que hay algo más allá del tiempo. Oigamos a San Agustín: *Vincula hujus mundi asperitatem habent veram, jucunditatem falsam, certum dolorem, incertam voluptatem, durum laborem, timidam quietem, rem plenam miseriæ, spem beatitudinis inanem.* «Los lazos de este mundo tienen una verdadera aspereza y una falsa dulzura, dolores ciertos, placeres inciertos, trabajos rudos, un descanso inquieto, cosas llenas de miseria y esperanzas vacías de felicidad¹.» Lejos de lamentar que el deseo de ésta haya sido colocado en el mundo actual, y su satisfacción

1. *Epist.* 39.

en el mundo ulterior, admiremos en esto la bondad de Dios. Puesto que es indispensable salir de esta vida más tarde o más temprano, la Providencia ha colocado más allá de la meta un aliciente que nos atraiga, para disminuir el horror al sepulcro: cuando una madre quiere hacer salvar un obstáculo a su hijo, le alarga al lado opuesto un objeto agradable para inducirle a pasar.

II

DE LOS REMORDIMIENTOS Y DE LA CONCIENCIA

La conciencia suministra una nueva prueba de la inmortalidad de nuestra alma. Cada hombre tiene en el fondo de su corazón un tribunal donde empieza por juzgarse a sí mismo, esperando que el Árbitro soberano confirme la sentencia. Si el vicio no es otra cosa que un resultado físico de nuestra organización, ¿de dónde proceden esas zozobras que anublan los días de una prosperidad culpable? ¿Por qué son tan terribles los remordimientos, que se prefiere someterse a la pobreza y a todos los rigores de la virtud antes que allegar ilegítimas riquezas? ¿Por qué hay una voz en la sangre, y una palabra en la piedra? El tigre despedaza su presa y duerme tranquilo, mientras el homicida vela insomne; busca los lugares desiertos, y, no obstante, la soledad le aterra; arrástrase en derredor de los sepulcros, y sin embargo los sepulcros le horrorizan. Su mirada es inquieta, y no se atreve a fijarla en las brillantes paredes del salón del festín, pues teme leer en ellas caracteres funestos. Parece que sus sentidos adquieren mayor sutileza para atormentarle: ve en medio de la noche amenazadoras claridades; rodéale a todas horas el hedor de la carnicería; descubre el gusto del veneno en las viandas preparadas por su mano; su oído percibe rumores allí donde reina el silencio: y al abrazar a su amigo, cree tocar un puñal oculto bajo sus vestidos.

¡Formidable conciencia! ¿Pudieras no ser sino un fantasma abortado por la imaginación, o el mero temor de los castigos humanos? Yo me pregunto: CRISTIANISMO.—6

Si te fuese posible, en virtud de un solo deseo, dar muerte a un hombre en la China y heredar su fortuna en Europa, con la convicción sobrenatural de que nunca se averiguaría la verdad, ¿transigirías con tal deseo? En vano me exagero mi indigencia; en vano pretendo atenuar este homicidio, suponiendo que merced a mi deseo, el chino morirá repentinamente sin dolor alguno, que no tiene herederos, y hasta que a su muerte el Estado perderá sus bienes; en vano supongo a ese hombre abrumado de enfermedades y amarguras; en vano me digo que la muerte es un bien para él, que la llama, y que sólo le resta un momento de vida; a pesar de todos mis ingeniosos subterfugios, oigo en mi interior una voz que clama con tal fuerza contra la sola idea de semejante suposición, que no puedo dudar ni por un instante de la realidad de la conciencia.

Es, por consiguiente, una necesidad harto triste haber de negar los remordimientos para negar la inmortalidad del alma y la existencia de un Dios vengador. Pero no ignoramos que el ateísmo, envuelto en sus propias redes, ha recurrido a tan vergonzosa negativa. El sofista exclamaba, en los tormentos que le causaba la gota: «¡Oh dolor! Nunca confesaré que eres un mal.» Mas aun cuando sea cierto que hay hombres bastante desgraciados para ahogar el grito del remordimiento, ¿cuál será el resultado? No juzguemos al que tiene expedido el uso de sus miembros por el parálisis a quien son inútiles los suyos; el crimen en su último grado es un veneno que cauteriza la conciencia, pues, al destruir la religión, se ha destruido el único medicamento que podía devolver la sensibilidad a las partes muertas del corazón. La admirable religión de Jesucristo es una especie de suplemento a lo que falta a los hombres. Si se delinque por *exceso*, por demasiada prosperidad, o por violencia de carácter, acude a advertirnos de la inconstancia de la fortuna y del peligro de esos arrebatos en que la razón enmudece. Si pecar por *defecto*, por carencia de bienes, o por indiferentismo, nos enseña a menospreciar las riquezas, al mismo tiempo que nos vivifica y nos reviste, digámoslo así, de pasiones. Su calidad es

inagotable especialmente para con el criminal: no hay un hombre tan manchado, que no admita al arrepentimiento, ni leproso tan repugnante a quien no toque con sus inmaculadas manos. Para lo pasado pide el remordimiento; para el porvenir la virtud. *Ubi autem abundavit delictum*, dice, *superabundavit gratia*. «La gracia ha superabundado donde abundó el delito¹.» Dispuesto siempre a advertir al pecador, el Hijo de Dios ha establecido su religión como una segunda conciencia para el culpable que ha tenido la desgracia de perder la natural; conciencia evangélica henchida de piedad y dulzura, y a la cual Jesucristo ha concedido el derecho de hacer la gracia, que negó a la primera.

Después de haber hablado del remordimiento que sigue al crimen, superfluo sería pintar la satisfacción que acompaña a la virtud. El contento interior que se experimenta al hacer una buena obra dista tanto de ser una combinación de la materia, como el grito acusador de la conciencia está lejos de ser el temor a las leyes cuando se perpetra la iniquidad.

Si los sofistas dicen que la virtud es un amor propio disfrazado y la piedad un egoísmo, no les preguntemos si alguna vez han sentido algo en su interior después de haber socorrido a un desgraciado, o si es el temor de volver a la niñez el que les mueve a favor de la inocencia del recién nacido. La virtud y las lágrimas son para los hombres el manantial de la esperanza y la base de la fe; ¿cómo, pues, creería en Dios el que no creyese en la realidad de la virtud, ni en la verdad de las lágrimas?

Creeríamos ofender a nuestros lectores si nos detuviésemos en demostrar hasta qué punto se prueban por esa voz interior llamada *conciencia*, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios. «Hay en el hombre, dice Cicerón², un poder que inclina al bien y desvía del mal, no sólo anterior al nacimiento de los pueblos y de las ciudades, sino tan antiguo como ese Dios por quien subsisten y son gobernados Cielos y Tierra; porque la razón es un atributo

esencial de la inteligencia divina; y esta razón, que reside en Dios, determina necesariamente el vicio y la virtud.»

III

QUE NO HAY MORAL SI NO HAY UNA VIDA ULTERIOR.—CONJETURA EN FAVOR DEL ALMA, DEDUCIDA DEL RESPETO DEL HOMBRE A LOS SEPULCROS.

La moral es la base de la sociedad; pero si en nosotros todo es materia, no hay realmente vicios ni virtudes, y, por consiguiente, no hay moral. Nuestras leyes, siempre *relativas* y *mudables*, no pueden servir de punto de apoyo a la moral, siempre *absoluta* e *invariable*; es forzoso, por lo tanto, que tenga su origen en un mundo más estable que el nuestro y garantías más sólidas que unas recompensas precarias o unos castigos pasajeros. Algunos filósofos han creído que la religión había sido *inventada* para sostenerla, pero no conocieron que tomaban el efecto por la causa. La religión no se deriva de la moral, sino la moral de la religión, pues es cierto, como acabamos de decir, que la moral no puede tener su principio en el hombre *físico* o la *simple materia*; y es igualmente cierto que cuando los hombres pierden la idea de Dios, se precipitan en todos los crímenes, a pesar de las leyes y de los verdugos.

Una religión que intentó levantarse sobre las ruinas del cristianismo, creyéndose superior al Evangelio, estampó en nuestras iglesias este precepto del Decálogo: *¡Hijos, honrad a vuestros padres y madres!* Mas, ¿por qué los *teofilántropos* suprimieron la segunda parte del precepto, *a fin de que viváis largos años*? Suprimiéronlo porque una miseria oculta les decía que el hombre que nada posee, nada puede dar. ¿Cómo hubiera podido conceder años quien no tiene la seguridad de vivir dos momentos? ¡Me regaláis vida, hubiéraseles contestado, y no advertís que os reduciréis a polvo! Me aseguráis, como Jehová, una larga existencia; pero, ¿disponéis, acaso, como él, de la Eternidad, para producir nuevos y nuevos días? ¡Imprudentes! ¡Ni siquiera os

1. *Rom. c. v. v. 20.*

2. *Ad Attic., XII, 28, trad. de D'OLIVET.*

pertenece la hora en que vivís, propietarios de la muerte! ¿Qué os propondríais, pues, sacar del fondo de vuestro sepulcro, si exceptuáis la nada, para remunerar mi virtud?

Finalmente, hay otra prueba moral de la inmortalidad del alma, sobre la que debemos insistir: el respeto del hombre a los sepulcros. Aquí la vida se fija en la muerte mediante una atracción invencible; aquí la Naturaleza humana se muestra superior al resto de la Creación, y declara sus altos destinos. ¿Conoce el bruto la sepultura, y se inquieta al mirar las cenizas de los individuos de su raza? ¿Qué le predicen los huesos de su padre? Diremos más: ¿sabe, por ventura, quién es su padre, una vez terminadas las necesidades de la primera fase de su vida? ¿De dónde, pues, se deriva la poderosa idea que tenemos de la muerte? ¿Merecería nuestros homenajes un puñado de polvo? No, ciertamente; respetamos las cenizas de nuestros antepasados porque una voz íntima nos dice que no se ha extinguido en ellos todo su ser. Esta voz secreta es la que consagra los honores fúnebres en todos los pueblos de la Tierra, pues todos se hallan igualmente persuadidos de que el sueño no es eterno ni aun en el sepulcro, y que la muerte no es sino una gloriosa transfiguración.

IV

DE ALGUNAS OBJECIONES

Sin detenernos demasiado en las pruebas metafísicas de que hemos procurado prescindir, responderemos, no obstante, a ciertas objeciones eternamente repetidas.

Habiendo dicho Cicerón, de acuerdo con Platón, que no hay un pueblo donde no se haya hallado alguna idea de la Divinidad, este asentimiento universal de las naciones, que los antiguos filósofos miraban como una ley natural, ha sido negado por los modernos incrédulos, quienes han sostenido que ciertos salvajes no tienen el menor conocimiento de Dios.

Los ateos se atormentan en vano para encubrir la debilidad de su causa,

puesto que resulta de sus argumentos que su sistema se funda en meras *excepciones*, en tanto que el deísmo se ajusta a la *regla general*. Si se dice que el género humano cree en Dios, el incrédulo cita primero a éstos o aquellos salvajes, luego a tal o cual persona y alguna vez a sí mismo. Si se sostiene que la casualidad no ha podido formar el Mundo, porque para ello no hubiera habido sino una eventualidad favorable contra innumerables imposibilidades, se responde que *esta eventualidad existía*; y en todo lo demás se advierte el mismo modo de raciocinar. De esta manera, la Naturaleza es para el ateo un libro en que la verdad se halla siempre en las *notas*, nunca en el *texto*; un idioma cuyos barbarismos constituyen exclusivamente la índole y la esencia.

Mas cuando se desciende al examen de esas pretendidas excepciones, se descubre que consisten en causas locales, y aun que entran en la ley establecida. En el caso presente, por ejemplo, es falso haya salvajes que no tengan noción alguna de la Divinidad. Los viajeros que aseguraron este hecho han sido desmentidos por otros mejor informados. Entre los incrédulos *de los bosques* se citó a las hordas canadienses; pues bien, nosotros hemos visto a esos sofistas de la *choza*, que debían haber aprendido en el libro de la Naturaleza, como nuestros filósofos en los suyos, que no hay Dios ni porvenir para el hombre; aquellos indios son unos bárbaros que ven el alma de un niño en una paloma o en un ramillete de sensitivas. Entre ellos las madres tienen la insensatez de derramar la leche de sus pechos sobre la tumba de sus hijos, y dan al hombre en el sepulcro la misma actitud que tenía en el lecho maternal; su objeto es enseñar por este medio que la muerte es una segunda madre que nos da una nueva vida. El ateísmo no sacará el menor partido en favor de sus doctrinas, de unos pueblos que deben a la Providencia su albergue, sus vestidos y su alimento; por todo lo cual le aconsejamos que desconfíe de esos infieles aliados que reciben en secreto presentes de su enemigo.

Otra objeción:

«Toda vez que el espíritu crece y

mengua con la edad ; toda vez que sigue las respectivas fases de la materia, es de naturaleza material, y por consiguiente, divisible y perecedero.»

O el espíritu y el cuerpo son dos seres diferentes, o no son sino uno. Si son dos, preciso será conceder que el espíritu está encerrado en el cuerpo ; y en tal caso, mientras dure esta unión, el espíritu estará en cierto modo sometido a los lazos que le sujetan, y parecerá que se eleva o amengua en las proporciones en que lo verifique la materia.

Esta objeción se desvanece en la hipótesis en que el espíritu y el cuerpo sean considerados como *dos substancias distintas*.

En la suposición de que no son sino uno y todo, que participa de la misma vida y de la misma muerte, el materialista se verá obligado a probar su aserto. Pero está demostrado ha mucho tiempo que el espíritu es esencialmente distinto del movimiento y de las otras propiedades de la materia, pues no es *extenso ni divisible*.

Así, pues, la objeción viene a tierra, y todo queda reducido a saber si la materia y el pensamiento son *una misma cosa*, lo que no puede sostenerse sin incurrir en el absurdo.

Ni se imagine que al emplear la prescripción para eludir esta dificultad, sea posible atacarla por el fondo, siendo así que puede probarse que aun cuando el espíritu sigue al parecer los accidentes del cuerpo, conserva los caracteres peculiares de su esencia. Los ateos presentan por ejemplo, con aire de triunfo, la locura, las heridas en el cerebro, y el delirio en la calentura ; estos hombres se ven obligados a reclutar como auxiliares de su causa las calamidades de la humanidad. Pues bien : esas fiebres y esa locura a que el ateísmo, es decir, el genio del mal, apela con razón como una prueba de su realidad, ¿qué demuestran en último término? No sino una *imaginación desarreglada*, y un *entendimiento arreglado*. El loco y el enfermo ven objetos que *no existen* ; ¿pero discurren *falsamente* acerca de ellos? No ; deducen tan sólo consecuencias sanas de una causa enferma.

Lo mismo sucede respecto del febricitante : su alma está ofuscada en la

parte en que se reflejan las imágenes, porque el estado morbozo de los sentidos no le trasmite sino nociones engañosas ; pero la región de las ideas permanece ilesa e inalterable. Y a la manera que una llama encendida en un vil combustible no deja de ser un fuego puro, aunque alimentado de impuras substancias, así el pensamiento, llama celestial, se levanta inmortal e incorruptible del seno de la corrupción y de la muerte.

Por lo que atañe a la influencia de los climas en el espíritu, alegada también como una prueba de la materialidad del pensamiento, esperamos se tome en alguna consideración nuestra réplica, porque, en lugar de resolver una objeción, vamos a deducir del mismo hecho que se nos objeta una prueba de la inmortalidad del alma.

Se ha observado que la Naturaleza se muestra más lozana en el Norte y el Mediodía : en las regiones intertropicales se hallan los cuadrúpedos más corpulentos, los mayores reptiles, las más poderosas aves, los más caudalosos ríos, las más enhiestas montañas ; en los países septentrionales viven los formidables cetáceos, y crecen la enorme seta y el *pino gigantesco*. Si todo es efecto de la materia, combinación de elementos, fuerza del sol, resultado del frío y del calor, de la sequedad y la humedad, ¿por qué el hombre es el único ser que exceptúa esta ley general? ¿Por qué no se dilatan su capacidad física y moral, a la par del elefante bajo el Ecuador, y a la par de la ballena bajo el polo? ¿Se responderá que es, como el buey, un animal de todos los países? Pero el buey conserva su *instinto* en todos los climas, y vemos que respecto del hombre sucede lo contrario.

Lejos de seguir la ley general de los seres ; lejos de robustecerse allí donde se supone que la materia es más activa, el hombre se debilita en razón del mayor desarrollo de la creación animal que le rodea. El indio, el peruano y el negro, en el Mediodía ; el esquimal y el lapón en el Norte, ofrecen irrecusables pruebas de lo que decimos. Hay más : la América, donde la mezcla de limos y de aguas da a la vegetación todo el vigor de una tierra primitiva, es per-

judicial a la especie humana, aunque de día en día lo sea menos, a causa de la degeneración del principio material. El hombre no despliega su energía sino en las regiones donde los elementos, menos activos, dejan más expedito campo al pensamiento, y donde éste, despojado, por decirlo así, de su envoltura terrestre, no encuentra obstáculos que dificulten sus movimientos y sus facultades.

Debe, pues, reconocerse aquí algo que choca directamente con la Naturaleza pasiva; este *algo* es nuestra alma inmortal, que repugna las operaciones de la materia, que enferma y languidece cuando ésta la estrecha en demasía. Esta languidez del alma produce a su vez la debilidad del cuerpo; y este cuerpo, que si se hubiera hallado solo se hubiese vigorizado bajo un sol más ardiente, cede a la postración del espíritu. Y si dice que, por el contrario, no pudiendo el cuerpo soportar los extremos del frío y del calor, hace degenerar al alma, al degenerarse a sí mismo, esto será tomar por segunda vez el efecto por la causa. No es el vaso el que obra sobre el líquido, sino éste el que enturbia a aquél; y esos pretendidos efectos del cuerpo sobre el alma son los efectos del alma sobre el cuerpo.

La doble debilidad mental y física de los pueblos septentrionales y meridionales, y la melancolía de que parecen afectados, no pueden, pues, ser atribuidos, en nuestra opinión, a una fibra muy laxa o muy rígida, puesto que los mismos accidentes no producen los mismos resultados en las zonas templadas. Esa propensión melancólica de los habitantes del polo y de los trópicos, es una verdadera tristeza intelectual, producida por la situación del alma y por sus combates contra las fuerzas de la materia. De esta manera ha revelado Dios su sabiduría, no sólo por medio de las utilidades que el mundo reporta de la diversidad de latitudes, sino que al colocar al hombre en esta escala, nos ha demostrado casi matemáticamente la inmortalidad de nuestra esencia; pues el alma se hace sentir más allí donde la materia obra menos, y el hombre disminuye allí donde más se desarrolla la Naturaleza inerte.

Disipemos la última objeción:

«Para que la idea de Dios quede naturalmente impresa en nuestras almas, debe preceder a la educación, anticiparse al raciocinio y mostrarse desde la infancia; así es que los niños no tienen idea alguna de Dios; luego etc.»

Siendo Dios *espíritu*, y no pudiendo ser comprendido sino por el *espíritu*, un niño, en quien el entendimiento no se ha desarrollado aún, no puede concebir al Ser supremo. No pidamos al corazón la más noble de sus funciones cuando no ha llegado a su perfección, cuando la maravillosa obra se halla aún en manos del artífice.

Puede, sin embargo, asegurarse que el niño tiene por lo menos el *instinto* de su Criador. Tomamos por testigos sus aprensiones, sus inquietudes y temores en la noche, y su inclinación a levantar los ojos al cielo. Un niño enlaza sus tiernas manos, y recita al lado de su madre una oración al *buen Dios*; ¿por qué aquel ángel de la tierra balbucea con tanto amor y tanta pureza el nombre de ese Ser supremo a quien no conoce?

Ved a ese recién nacido en brazos de una nodriza. ¿Qué tiene para que inspire tanto júbilo a ese anciano, a ese hombre en todo su desarrollo y a esa mujer? Dos o tres sílabas medio articuladas y por nadie entendidas: y ved ahí a unos seres razonables poseídos de alegría, desde el abuelo, que sabe todas las cosas de la vida, hasta la madre primeriza que todavía las ignora. ¿Quién ha concedido tanto poder a la palabra humana? ¿Por qué su mero eco nos conmueve tan imperiosamente? Lo que aquí nos subyuga es un misterio que se relaciona con causas más altas que el interés que puede excitar la edad de ese niño; hay aquí algo que nos dice que aquellas inarticuladas palabras son los primeros ensayos de un pensamiento inmortal.

V

PELIGRO E INUTILIDAD DEL ATEÍSMO

Hay dos clases muy diferentes de ateos: los primeros, consecuentes con sus principios, declaran sin titubear

que no hay Dios, ni, por consiguiente, diferencia alguna esencial entre el bien y el mal; que el mundo pertenece a los más fuertes, a los más astutos, etc. Los segundos son la gente honrada del ateísmo, los hipócritas de la impiedad: hombres ridículos, que con fingida mansedumbre se arrojarían a todos los excesos para defender su sistema, y que os llamarían sus *hermanos* al degollaros; y, aunque sus labios pronuncian sin cesar las palabras *moral* y *humanidad*, esos seres son triplemente perversos, porque unen a los vicios del ateo la intolerancia del sectario y el amor propio del autor.

Esos hombres sostienen que el ateísmo no destruye la felicidad ni la virtud, y que no hay condición alguna en que sea tan provechoso ser incrédulo como ser religioso: proposición que merece ser examinada.

Si una cosa debe ser estimada en razón de su mayor o menor utilidad, el ateísmo es harto despreciable, porque a nadie aprovecha.

Recorramos la vida humana, empezando por los pobres y los desgraciados, pues constituyen la mayoría de los pobladores de la Tierra. Ahora bien, innumerable familia de los desgraciados: ¿es a ti a quien el ateísmo reporta ventajas? ¡Responde! ¡Ni una voz! ¡Ni una sola voz! Oigo, en cambio, un cántico de esperanza, y suspiros que suben hasta el Señor. ¡Ah! Estos creen; pasemos a los felices.

Parécenos que el hombre dichoso no tiene interés alguno en ser ateo. ¡Es tan dulce para él pensar que sus días se prolongarán más allá del sepulcro! ¡Con cuánta desesperación no abandonaría este mundo si creyera separarse para siempre de la felicidad! En vano se acumularían sobre su cabeza todos los bienes del siglo, porque únicamente servirían para hacerle más espantosa la nada. El rico puede también estar seguro de que la religión aumentará sus placeres, mezclando con ellos una ternura inefable; su corazón no se endurecerá, ni se saciará por los goces, inevitable escollo de las largas prosperidades. La religión evita la sequedad del alma; esto es lo que significaba aquel óleo santo con el cual el cristia-

nismo consagraba el poder real, la juventud y la muerte, para impedir que fuesen estériles.

El guerrero marcha al combate: ¿sería ateo este hijo de la gloria? El que corre en pos de una vida sin término, ¿transigirá con la muerte? ¡Presentaos sobre vuestras tonantes nubes, innumerables soldados, antiguas legiones de la patria! Famosas milicias de la Francia, ora milicias del cielo, compareced y decid a los héroes de nuestros días, desde lo alto de la Ciudad santa, que el valiente no duerme por entero en la tumba, y que en pos de él queda algo más que un nombre vano.

Los grandes capitanes de la antigüedad han sido notables por su religión. Epaminondas, libertador de su patria, era tenido por el más religioso de los hombres; Jenofonte, guerrero filósofo, era el modelo de la piedad; Alejandro, eterno dechado de los conquistadores, se hacía pasar por hijo de Júpiter; entre los romanos, los antiguos cónsules de la República, Cincinato, Fabio, Papirio Cursor, Paulo Emilio y Escipión, cifraban todas sus esperanzas en la divinidad del Capitolio; Pompeyo marchaba a los combates invocando la asistencia divina; César quería descender de una raza celestial; Catón, su rival, estaba convencido de la inmortalidad del alma; Bruto, su asesino, creía en las potencias sobrenaturales; y Augusto, su sucesor, no reinó sino en nombre de los dioses.

En las naciones modernas, ¿era un incrédulo Sicambro, el vencedor de Roma y de los galos, que, postrándose a los pies de un sacerdote, fundaba el imperio francés? ¿Era un incrédulo San Luis, árbitro de los reyes, y respetado por los mismos infieles? Duguesclín, cuyo féretro ganaba ciudades; Bayardo, el caballero *sin miedo y sin tacha*; y el anciano condestable de Montmorency, que rezaba el rosario en medio de los campamentos, ¿eran acaso unos hombres sin fe? ¡Oh tiempos aun más maravillosos, en que un Bossuet atraía a un Turena al seno de la Iglesia!

No hay carácter más admirable que el del héroe cristiano: el pueblo a quien defiende le mira como su padre; protege al labrador y a las mieses; evita las

injusticias, y es una especie de ángel de la guerra que Dios envía para mitigar este cruel azote. Las ciudades abren sus puertas al rumor de su justicia; las murallas caen en presencia de sus virtudes; es el amor del soldado y el ídolo de las naciones; mezcla al valor del guerrero la caridad evangélica; su conversación interesa e instruye; sus palabras son persuasivas y sencillas; todos se admiran al hallar tanta templanza en un hombre acostumbrado a vivir en medio de los peligros: así se oculta la miel bajo la ruda corteza de una encina que ha desafiado mil tempestades.

Concluyamos, pues, que por ningún concepto es útil al guerrero el ateísmo.

No nos parece que lo sea más en el estado natural que en el social. Si la moral estriba enteramente en el dogma de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma, un padre, un hijo, o unos esposos no tienen el menor interés en ser incrédulos. ¿Cómo puede concebirse una mujer atea? ¿Quién prestará apoyo a esta caña, si la religión no sostiene su fragilidad? Ser el más débil de la Naturaleza, siempre en víspera de la muerte o de la pérdida de sus atractivos, ¿quién sostendrá a este ser, que sonríe y muere si no coloca su esperanza más allá de una existencia efímera? Por el mero interés de su hermosura, la mujer debe ser piadosa. La dulzura, la docilidad, la amenidad y la ternura constituyen una parte de los encantos que el Criador prodigó a nuestra primera madre; la filosofía es mortal para esta clase de atractivos.

La mujer, naturalmente dotada del instinto de lo misterioso; que se complace en ocultarse; que nunca descubre sino a medias sus gracias y su pensamiento; que puede ser adivinada, pero no conocida; que está llena de secretos, como madre y como doncella; que seduce, sobre todo, por su ignorancia; que fué formada para la virtud y el sentimiento más misterioso, el pudor y el amor; la mujer, decimos, ¿renunciará al dulce instinto de su sexo, e intentará levantar con débil y osada mano el denso velo que cubre la divinidad? ¿A quién se propondría agradar con esfuerzo tan sacrilego? ¿Imagina que al juntar sus ridículas blasfemias y su frívola

metafísica con las imprecaciones de los Espinosa y con los sofismas de los Bayle, nos dará una alta idea de su talento? Al obrar así, no puede proponerse hallar un esposo; porque, ¿qué hombre de sano criterio querrá asociarse a una compañera impía?

Una esposa incrédula conoce pocas veces sus deberes, porque pasa sus días discutiendo acerca de la virtud sin practicarla, o entregada a los placeres en el torbellino del mundo. Su cabeza está vacía, y vacía su alma; el tedio la devora, pues no tiene Dios ni cuidados domésticos que llenen el abismo de sus horas.

Pero el día vengador se acerca: el Tiempo llega, conduciendo de la mano a la atérida vejez. El espectro de blancos cabellos, de encorvada espalda y manos de hielo, se sienta en el umbral del hogar de la mujer incrédula, quien, al descubrirlo, lanza un grito de terror. Mas, ¿quién puede oír su voz? ¿Un esposo? No lo tiene ya, pues ha mucho que se ha alejado del teatro de su deshonra. ¿Sus hijos? Perdidos por una educación impía y por el ejemplo materno, ¿cúranse acaso de su madre? Si mira a lo pasado, sólo descubre un desierto donde sus virtudes no han dejado la más ligera huella. Su triste pensamiento se dirige al cielo por vez primera, y empieza a creer que le hubiera sido tanto más dulce profesar una religión. ¡Inútil pensar! El último castigo del ateísmo en este mundo es desear la fe, sin poder conseguirla. Cuando, ya al fin de su veloz carrera, reconoce las mentiras de una falsa filosofía; cuando la nada, a semejanza de un astro funesto, empieza a levantarse sobre el horizonte de la muerte, el ateo quisiera convertirse a Dios; mas ya no es tiempo, porque el espíritu, embrutecido por la incredulidad, repele toda convicción. ¡Oh! ¿Cuán profunda es la soledad, cuando la Divinidad y los hombres se retiran a la vez! Esa mujer muere y expira en brazos de algún mercenario, o de un hombre hastiado de sus padecimientos, porque tal vez le parece que ha luchado largo tiempo con su enfermedad. Un miserable ataúd encierra a la desventurada, en cuyos funerales no se ven ni una hija desolada, ni un esposo, ni

unos yernos, ni unos nietos llorosos, digno séquito que, con la bendición del pueblo y el canto de los sacerdotes, acompaña al sepulcro la buena madre de familia. Acaso únicamente un hijo desconocido, que ignora el vergonzoso secreto de su nacimiento, encuentra por casualidad aquel ataúd, y admirando su abandono, pregunta el nombre del difunto a los que van a entregar a los gusanos el cadáver que les fué prometido por la mujer atea.

¡Cuán diferente es la suerte de la mujer religiosa! Sus días están rodeados de alegría, el amor embellece su existencia; su esposo, sus hijos y sus criados la respetan y la aman; todos depositan en ella una ciega confianza, porque creen firmemente en la fidelidad de la que es fiel a su Dios. La fe de esta cristiana se fortifica por su felicidad, y ésta por su fe; cree en Dios porque es feliz, y es feliz porque cree en Dios.

Basta que una madre vea sonreír a su hijo para convencerse de la realidad de una felicidad suprema. La bondad de la Providencia se muestra por entero en la cuna del hombre. ¡Cuán tiernas coincidencias! ¿Y no serían sino un mero efecto de una insensible materia? Nace el niño, y el pecho que ha de alimentarle está lleno; la boca del tierno convidado no está armada, para que no lastime la copa del banquete maternal; crece, y la leche se hace más nutritiva; se le desteta, y la maravillosa fuente se agota. Aquella mujer, poco antes tan débil, ha adquirido súbitamente fuerzas bastantes a soportar fatigas que no pudiera resistir el hombre más robusto. ¿Qué es lo que la despierta en medio de la noche, en el momento mismo en que su hijo va a pedir el acostumbrado sustento? ¿De dónde le procede ese tino ingenioso de que anteriormente carecía? ¡Cómo toca, sin romperla, esta delicada flor! Sus inteligentes desvelos parecen fruto de la experiencia de toda la vida; ¡y, no obstante, aquél es su primogénito! El más leve rumor asustaba a la doncella: mas, ¿dónde están las armas, los rayos y los peligros capaces de intimidar a la madre? La doncella necesitaba una alimentación regalada, un traje exquisito,

un blando lecho; el más leve soplo la incomodaba: madre ahora, un pan grosero, un vestido tosco, un puñado de paja, la lluvia y los vientos, nada le importan, mientras tenga en sus pechos una gota de leche para alimentar a su hijo, y en sus harapos un pedazo que baste a abrigarle.

Siendo todo así, preciso sería ser hartopertinaz para no abrazar el partido donde, no sólo halla la razón el mayor número de pruebas, sino aquel donde la moral, la felicidad, la esperanza y el instinto mismo nos guían naturalmente; porque si fuese verdad como es falso, que el espíritu mantiene en su fiel la balanza entre Dios y el ateísmo, es igualmente cierto que se inclinaría notablemente al lado del primero, porque, además de la mitad de su inteligencia, el hombre coloca en el platillo de Dios el peso de su corazón.

Nos convenceremos de esta verdad si examinamos el modo con que el ateísmo y la religión proceden en sus demostraciones.

La religión no se sirve sino de pruebas generales: juzga por la disposición de los cielos, por las leyes del Universo; no ve sino las gracias de la Naturaleza, los admirables instintos de los animales, y sus relaciones con el hombre.

El ateísmo no aduce sino vergonzosas excepciones, no ve sino los desórdenes, los pantanos, los volcanes, los animales dañinos; y, como si intentara ocultarse en el cieno, se dirige a los reptiles y a los insectos, para que le suministren pruebas contra Dios.

La religión no habla sino de la grandeza y de la hermosura del hombre.

El ateísmo nos presenta siempre la lepra y la peste.

La religión saca sus razones de la sensibilidad del alma, de los lazos más dulces de la vida, de la piedad filial, del amor conyugal y de la ternura maternal.

El ateísmo lo reduce todo al instinto del bruto; y por primer argumento de su sistema, pone de manifiesto un corazón incapaz de emociones.

Por último, en el culto del cristiano se asegura que nuestros males tendrán un término; se nos consuela, se enjugan nuestras lágrimas, se nos promete otra vida.

En el culto del ateo, los dolores humanos hacen humear el incienso, la muerte es el sacrificador, el altar una tumba, y la nada la divinidad.

VI

FIN DE LOS DOGMAS DEL CRISTIANISMO.

—ESTADO DE LAS PENAS Y DE LAS RECOMPENSAS EN LA OTRA VIDA.—ELÍSEO ANTIGUO, ETC.

Una vez reconocida la existencia del Ser supremo, y concedida la inmortalidad del alma, no hay ya dificultad, por lo que respecta al fondo, en admitir un estado de recompensa y de castigos después de esta vida; los dos primeros dogmas producen como indeclinable consecuencia, el tercero. Trátase, pues, únicamente, de patentizar cuán moral y poético es este dogma en las opiniones cristianas, y cuán superior se muestra también aquí la religión evangélica a todos los cultos de la Tierra.

En el Elíseo de los antiguos no se hallan sino héroes y hombres que habían sido felices o notables en el mundo; los niños, probablemente los esclavos y los hombres oscuros (es decir, el infortunio y la inocencia), tenían por morada los infiernos. ¿Y eran, por ventura, dignas recompensas de la virtud aquellos banquetes y aquellas danzas cuya eterna duración bastaría para hacer uno de los tormentos del Tártaro?

Mahoma promete nuevos placeres. Su paraíso es una tierra de almizcle y de la harina del más puro trigo, regada por el río de vida y por el Acautar, río que nace debajo de las raíces del *Tuba*, o el árbol de la felicidad. Unas fuentes cuyas grutas son de ámbar gris, y las márgenes de álces, murmuran a la sombra de unas palmeras de oro. En las orillas de un lago cuadrilátero hay mil copas fabricadas de estrellas, que sirven a las almas predestinadas para beber de sus aguas. Los elegidos, sentados sobre tapices de seda, a la entrada de sus tiendas, comen el globo de la tierra, transformado por Alá en sabrosísima torta. Unos eunucos y setenta y dos doncellas de negros ojos, les sirven en trescientos platos de oro el

pez Nun, y las costillas del búfalo Balam. El ángel Israfil canta hermosas canciones, y las huríes mezclan sus voces a sus conciertos, mientras las almas de los poetas virtuosos, confinadas en la *glotis* de ciertas aves que revolotean sobre el *árbol de la felicidad*, acompañan los coros celestiales. Y para colmo de tales maravillas, unas campanas de cristal, pendientes de las palmeras de oro, son melodiosamente agitadas por un viento que procede del trono de Dios ¹.

Los deleites del cielo de los escandinavos eran sangrientos, pero había cierta grandeza en los placeres que atribuían a las sombras guerreras, pues éstas concitaban las tempestades y dirigían los torbellinos: semejante paraíso era el resultado del género de vida a que se entregaba el bárbaro del Norte. Errante en unas playas salvajes, y prestando oído a esa voz indefinible que sale del Océano, caía poco a poco en la abstracción; perdido de pensamiento en pensamiento, como las olas de murmullo en murmullo, se mezclaba, lleno de vagos deseos, a los elementos, subía a las nubes fugitivas, se mecía sobre los desnudos bosques, y volaba sobre los mares en alas de las tempestades.

Los infiernos de las naciones infieles son tan caprichosos como su cielo: hablaremos del Tártaro en la parte literaria, de la que en breve nos ocuparemos. Sea como fuere, las recompensas que el cristianismo promete a la virtud, y los castigos que anuncia al crimen, se muestran al primer golpe de vista como las verdaderas. El cielo y el infierno de los cristianos no tienen por base las costumbres particulares de un pueblo, sino esas ideas generales que convienen a todas las naciones y a todas las clases de la sociedad. Escuchad lo más sencillo y sublime que se conoce, en algunas palabras:—La felicidad del justo consistirá en la otra vida en poseer a Dios con plenitud;—la desventura del impío será conocer las perfecciones de Dios, y verse eternamente privado de ellas.

Diráse, tal vez, que el cristianismo no hace otra cosa en este punto que repetir las lecciones de las escuelas de

1. El *Corán* y los poetas árabes.

Platón y Pitágoras. Si esto se objeta, se confiesa, a lo menos, que la religión cristiana no es la de los *espiritus mezzuquinos*, puesto que sus dogmas son los de los *sabios*.

En efecto, los gentiles echaban en cara a los primeros fieles que no eran sino una secta de filósofos; pero, aunque fuese cierto, lo que no está probado, que la antigüedad hubiese tocado a un estado futuro las mismas nociones que el cristianismo, son muy diferentes, no obstante, una verdad encerrada en un reducido círculo de discípulos escogidos, y otra que ha llegado a ser el maná común del pueblo. Lo que los eminentes genios de Grecia hallaron mediante un gran esfuerzo de la razón, se enseña públicamente en nuestras ciudades; y el humilde artesano puede comprar fácilmente en el catecismo de sus hijos los secretos más sublimes de las antiguas sectas.

Nada diremos ahora del purgatorio, porque lo consideramos en otra parte bajo sus relaciones morales y poéticas. Por lo que respecta al principio que establece este lugar de expiación, está fundado en la misma razón, pues hay un estado de tibieza entre el vicio y la virtud, que no merece las penas del infierno ni las recompensas del cielo.

VII

JUICIO FINAL

Los Padres han abrigado diferentes opiniones acerca del estado inmediato del alma del justo, después de su separación del cuerpo. San Agustín opina que va a una mansión de paz mientras se reúne a su carne incorruptible¹. San Bernardo cree que es admitida en el cielo, donde contempla la humanidad de Jesucristo, mas no su divinidad, de la que no gozará hasta después de su resurrección²; en algunos otros lugares de sus sermones asegura que entra inmediatamente en la plenitud de la bienaventuranza celestial³; tal es el dicta-

men que parece adoptado por la Iglesia.

Pero como es justo que el cuerpo y el alma que han cometido y practicado juntos la falta o la virtud, sufran o sean recompensados a la par, la religión nos enseña que el que nos sacó del polvo nos reducirá de nuevo a él, para que comparezcamos a su tribunal. La escuela estoica creía también, como los cristianos, en el infierno, el paraíso, el purgatorio y la resurrección de los cuerpos⁴; la idea confusa de este último dogma estaba difundida entre los magos⁵. Los egipcios esperaban resucitar después de haber pasado mil años en el sepulcro⁶; y los versos sibilinos hablan de la resurrección, del Juicio final⁷, etc.

Plinio, burlándose de Demócrito, nos dice cuál era la opinión de este filósofo respecto de una resurrección: *Similis et de asservandis corporibus hominum, ac reviviscendi promissa a Democrito vanitas, qui non vixit ipse*⁸.

La resurrección está claramente expresada en unos versos de Focílides, relativamente a las cenizas de los muertos; he aquí su traducción:

«Es impío dispersar los restos del hombre, porque las cenizas y los huesos de los muertos tornarán a ver la luz, y serán semejantes a los dioses.»

Virgilio habla con alguna obscuridad del dogma de la resurrección, en el libro sexto de la *Eneida*.

Mas, ¿cómo unos átomos dispersos en los elementos, podrán volver a reunirse para formar los mismos cuerpos? Ha mucho tiempo que ha sido presentada esta objeción, y la mayor parte de los Padres han contestado a ella⁹. «Explícame cómo eres, dice Tertuliano, y te diré cómo serás⁷.»

Nada hay más asombroso y aterrador que el momento de la consumación de los siglos, anunciado por el cristianismo.

En aquel tiempo se mostrarán pavo-

1. SENECA, *Epist.* xc; *Id. ad Marc.*; LAERT., lib. vii; PLUT., in *Resig. Stoic.* in *fac. lun.*

2. HIDE, *Relig. Pers.*; PLUT., de *Is. et Osir.*

3. DIOD. y HEROD.

4. BOECHUS, in *Sotin.*, cap. viii; LACT., lib. vii, cap. xxix; lib. iv, cap. xv, viii y xix.

5. Lib. vii, cap. lv.

6. S. CIRILO, obispo de Jerusalén, *Catech.* xviii; S. GREG. NIC., *Orat. pro Res. carn.*; S. AUGUST., *De Civ. Dei.*, lib. xx; S. CHRYS., *Homel. in Resur. carn.*; S. GREG., papa, *Dial.* iv; S. AMB., *Serm. in Fid. res.*; S. EPIPH., *ANCIOT.*, p. 38.

7. In *Apologet.*

1. De *Trinit.*, lib. xv, cap. xxv.

2. *Serm. in Sanct. omni.* 1-2-3, *De Considerat.*, lib. v., cap. iv.

3. *Serm. 11 de S. Malac.*, n.º 5. *Serm. de S. Vict.*, n.º 4.

rosas señales en el cielo; abrirá sus bocas el pozo del abismo; los siete ángeles derramarán las siete copas llenas de la cólera de Dios; los pueblos se exterminarán recíprocamente; las madres oirán a sus fetos quejarse en su seno, y la Muerte recorrerá los reinos en su pálido caballo¹.

En tanto, la Tierra vacila sobre sus bases; la luna se cubre de un velo sangriento; los astros penden medio desprendidos del firmamento; la agonía del mundo empieza. Suena de improviso la hora fatal: Dios detiene las olas de la Creación, y el mundo ha pasado como un río seco.

Resuena entonces la trompeta del ángel del Juicio y exclama: ¡*Levantaos, muertos! SURGITE, MORTUI!* Estallan los sepulcros, el género humano sale de las tumbas, y las razas se congregan en el valle de Josafat.

El Hijo del Hombre se muestra en las nubes; las potestades del infierno suben del fondo del abismo para asistir a la última sentencia pronunciada sobre los siglos; los machos cabríos son separados de las ovejas; los inicuos caen despeñados en el espantoso abismo; los justos suben a los cielos; Dios vuelve a entrar en su reposo, y la Eternidad reina en todas partes.

VIII

FELICIDAD DE LOS JUSTOS

Pregúntase por algunos cuál es esa plenitud de felicidad celestial prometida a la virtud por el cristianismo, y se lamentan de su excesivo misticismo: «A lo menos en el sistema mitológico, se dice, podíase formar una imagen de los placeres de las sombras felices; ¿cómo, empero, comprender la felicidad de los escogidos?»

Fenelón ha adivinado esta felicidad, cuando hace bajar a Telémaco a la mansión de los manes; su Elíseo es visiblemente un paraíso cristiano. Comparad su descripción con el Elíseo de la *Eneida*, y veréis cuánto ha hecho progresar el cristianismo a la razón y al corazón humanos.

«Una luz pura y suave se derrama en derredor de los cuerpos de estos hombres justos, y los rodea con sus rayos cual un vestido; esta luz no se asemeja a la sombría claridad que alumbra los ojos de los míseros mortales, y que sólo es tinieblas; es más bien una gloria celestial que una luz, pues penetra los cuerpos más compactos más sutilmente que los rayos del sol penetran el más puro cristal; nunca deslumbra, sino que, por el contrario, fortalece los ojos, e introduce hasta el fondo del alma cierta indefinible serenidad; los bienaventurados se alimentan exclusivamente de ella, sale de ellos y a ellos vuelve; los penetra y se los incorpora como los alimentos se nos asimilan. La ven, la sienten, la respiran, y hace nacer en ellos un manantial inagotable de paz y alegría: están sumergidos en este abismo de delicias como los peces en el mar; nada más anhelan, pues tienen todo sin tener cosa alguna, porque el gusto de la luz pura aplaca el hambre de sus corazones...

Una eterna juventud, una felicidad sin término, una gloria enteramente divina están pintadas en sus semblantes; pero su alegría nada tiene de turbulenta ni de indecorosa; es una alegría dulce, noble, llena de majestad; un gusto sublime de la verdad y de la virtud que les transporta; hállese sin interrupción a cada momento en el mismo embeleso de corazón en que se siente una madre que vuelve a ver el hijo querido a quien llorara muerto; y esta alegría, tan breve en la madre, no termina en el corazón de estos hombres¹»

Las páginas más hermosas del *Fedon* son menos divinas que esta pintura; y, no obstante, Fenelón, encerrado en los estrechos límites de su fábula, no pudo atribuir a las sombras toda la felicidad que hubiera pintado en los verdaderos elegidos².

Nuestro más puro sentimiento en este mundo es la admiración; pero la admiración terrena está siempre mezclada de debilidad, bien sea en la que admira, bien en el objeto admirado.

1. Lib. XIV.

2. Véase también el *Sermon sur le ciel*, por el abate POUILLÉ.

Imaginad un ser perfecto, origen de todos los seres, en quien se vea clara y santamente todo lo que fué, y será; suponed al mismo tiempo un alma libre de envidia y de necesidades, incorruptible, inalterable, infatigable, capaz de una atención sin término; figuraosla contemplando al Todopoderoso, descubriendo sin cesar en él nuevos conocimientos y nuevas perfecciones, pasando de admiración en admiración, y no apercibiéndose de su existencia sino por el sentimiento prolongado de esta misma admiración; concebid, además, a Dios como una hermosura suprema y como principio universal de amor; representaos todas las amistades de la

tierra, perdiéndose o reuniéndose en este abismo de sentimientos, como las gotas de agua en el mar, de manera que el alma afortunada ame a Dios únicamente sin dejar de amar a los amigos que tiene en la tierra; persuadíos, por último, de que el predestinado abriga la convicción íntima de que su felicidad no tendrá fin¹, y entonces tendréis una idea, a la verdad muy imperfecta, de los deleites de los justos; entonces comprenderéis que todo lo que los coros de los escogidos pueden hacer oír, es ese grito de reverente amor: ¡Santo! ¡Santo!, grito que expira y renace eternamente en el éxtasis eterno de los cielos.

1. SAN AGUSTÍN.

SEGUNDA PARTE

POÉTICA DEL CRISTIANISMO

LIBRO PRIMERO

Exposición general de las epopeyas cristianas.

I

EN EL QUE LA POÉTICA DEL CRISTIANISMO SE DIVIDE EN TRES SECCIONES: POESÍA, BELLAS ARTES Y LITERATURA; DONDE LOS SEIS LIBROS DE ESTA SEGUNDA PARTE TRATAN ESPECIALMENTE DE LA POESÍA.

La felicidad de los elegidos, cantada por el Homero cristiano, nos conduce naturalmente a hablar de los efectos del cristianismo en la poesía. Tratando del genio de esta religión, ¿cómo podríamos olvidar su influencia en las letras y en las artes, influencia que ha cambiado, por decirlo así, el espíritu humano, y creado en la Europa moderna pueblos enteramente diversos de los pueblos antiguos?

Nuestros lectores se complacerán tal vez en extraviarse en el Oreb y el Sinaí, en las cumbres del Ida y del Taigeto, entre los hijos de Jacob y de Príamo, en medio de los dioses y de los pastores. Una voz poética se eleva de las ruinas que cubren Grecia e Idumea, y grita desde lejos al viajero: «No hay en la historia sino dos clases de nombres y recuerdos hermosos: los de los israelitas y los de los pelasgos.»

Los doce libros que hemos consagrado a estas investigaciones literarias, componen, como ya hemos dicho, la segunda y tercera parte de esta obra, y separan los seis libros del *dogma* y los seis del *culto*.

Examinaremos primero los poemas en que la religión cristiana reemplaza a la mitología, porque la epopeya es la primera de las composiciones poéticas. Es verdad que Aristóteles estableció que el poema épico está por entero en la tragedia; pero, ¿no podríamos creer, por el contrario, que el drama está por entero en la epopeya? La despedida de Héctor y Andrómaca; Príamo en la tienda de Aquiles; Dido en Cartago; Eneas en casa de Evandro, o arrojando el cadáver del joven Palas; Tancredo y Herminia; Adán y Eva, son verdaderas tragedias en que sólo falta la división de las escenas y el nombre de los interlocutores. Por otra parte, ¿la misma tragedia no ha nacido de la *Iliada*, como la comedia nació del *Margites*? Empero si Caliope se adorna con las galas que le presta Melpómene, la primera tiene encantos que la segunda no puede imitar, pues lo *maravilloso*, las *descripciones* y los *episodios* no pertenecen al arte dramático. Todas las clases de tonos, sin excluir el cómico, todas las armonías poéticas, desde la lira hasta la trompa heroica, pueden caber en la epopeya. Esta tiene partes de que el drama carece; y exige por esta circunstancia un talento más universal,

siendo, por consiguiente, una obra más completa que la tragedia. En efecto, puede asegurarse con alguna probabilidad que es menos difícil componer los cinco actos de un *Edipo*, que crear los veinticuatro libros de una *Iliada*. Una cosa es producir una obra de algunos meses de trabajo, otra es levantar un monumento que reclama las tareas de toda la existencia. Sófocles y Eurípides eran, sin duda, grandes ingenios; pero, ¿han alcanzado en la serie de los siglos esa admiración, esa celebridad de que tan justamente gozan Homero y Virgilio? Por último, si el drama es la primera de las composiciones, y la epopeya la segunda, ¿en qué consiste que desde los griegos hasta nosotros no se cuenten sino cinco o seis poemas épicos, siendo así que no hay nación alguna que no se envanezca de poseer muchas buenas tragedias?

II

CONSIDERACIÓN GENERAL ACERCA DE LOS POEMAS, DONDE LO MARAVILLOSO DEL CRISTIANISMO REEMPLAZA A LA MITOLOGÍA.—EL «INFIERNO» DE DANTE.—LA «JERUSALÉN LIBERTADA».

Empecemos estableciendo algunos principios.

En toda epopeya, los hombres y sus pasiones están destinados a ocupar el primero y más eminente lugar.

Así, pues, todo poema en que se emplea una religión como *asunto* y no como *accesorio*, y en que lo *maravilloso* construye el *fondo* y no el *accidente*, peca esencialmente por su base.

Si Homero y Virgilio hubiesen colocado sus escenas en el Olimpo, es dudoso que hubiesen podido sostener hasta el fin el interés dramático, a pesar de su ingenio. Atendida esta observación, no debe atribuirse al cristianismo la languidez que reina en el poema cuyos principales personajes son seres sobrenaturales; esta languidez radica en el vicio esencial de la composición. En apoyo de esta verdad veremos que cuanto más guarda el poeta, en la epopeya, un justo medio entre las cosas divinas y las humanas, se hace más *divertido* para hablar como Despréaux.

Divertir para enseñar es la primera condición en poesía.

Prescindiendo de algunos poemas escritos en un latín bárbaro, la primera obra que se nos presenta es la *Divina Comedia* de Dante. Las bellezas de esta producción extraordinaria proceden casi enteramente del cristianismo, al paso que sus faltas son hijas de su siglo y del mal gusto del autor. En lo patético y en lo terrible, Dante ha igualado tal vez a los más célebres poetas. Nos ocuparemos en breve de los pormenores.

En los tiempos modernos no hay sino dos asuntos dignos de la entonación épica: las *Cruzadas* y el *Descubrimiento del Nuevo Mundo*. Malfilâtre se proponía cantar este suceso, y las musas lloran todavía que este joven poeta haya sido sorprendido por la muerte antes de realizar su proyecto. No obstante, este asunto tiene para un francés la desventaja de ser extranjero, puesto que es otro principio de eterna verdad que el poeta debe trabajar sobre un fondo antiguo, o que, si elige una historia moderna, debe cantar su nación.

Las cruzadas traen a la memoria la *Jerusalén libertada*; este poema es un modelo perfecto de composición, pues en él puede aprenderse a mezclar los asuntos sin confundirlos: el arte con que el Taso nos traslada de una batalla a una escena de amor, de ésta a un consejo, de una procesión a un palacio mágico, de éste a un campamento, de un salto a la gruta de un solitario, del tumulto de una ciudad sitiada a la cabaña de un pastor; este arte, decimos, es admirable. La descripción de los caracteres no es menos digna de elogio: la ferocidad de Argante, compite con la ferocidad de Tancredo; la grandeza de Solimán con el brillo de Reinaldo; la sabiduría de Godofredo con la astucia de Aladino; hasta el ermitaño Pedro forma un hermoso contraste con el encantador Ismen, como lo observa Voltaire. Por lo que respecta a las mujeres, la coquetería está pintada en Armida, la sensibilidad en Herminia, y la indiferencia en Clorinda. El Taso hubiera recorrido el círculo entero de los tipos morales de la mujer, si hubiera representado la *madre*. La causa de esta omi-

sión debe tal vez buscarse en la índole de su talento, más deslumbrador que intérprete de la verdad, más brillante que tierno.

Homero parece haber sido especialmente dotado de genio, Virgilio de sentimiento, y el Taso de imaginación. No puede titubearse respecto del lugar que el poeta italiano debería ocupar si hiciese algunas veces exhalar a su musa los suspiros del Cisne de Mantua. Empero el Taso es casi siempre falso cuando hace hablar al corazón; y como los arranques del alma son las verdaderas bellezas, se muestra necesariamente inferior a Virgilio.

Por lo demás, si la *Jerusalén* ofrece una flor de exquisita poesía, si en ella se respiran la edad tierna, el amor y los placeres del hombre eminente y desgraciado que compuso esta obra maestra en su juventud, hállese también los defectos propios de una edad poco madura aun para la atrevida empresa de una epopeya. Las octavas del Taso adolecen de cierta frialdad; y sus versos, compuestos con demasiada rapidez, no sostienen una comparación ventajosa con los de Virgilio, caldeados cien veces al fuego creador de las musas. Debe advertirse, además, que las ideas del Taso no pertenecen a una familia tan hermosa como las del poeta latino. Nos atreveríamos a decir que las obras de los antiguos se hacen reconocer casi por su *sangre*. Hállese en ellos, menos que entre nosotros, algunos pensamientos brillantes en medio de muchas cosas vulgares; así es que se advierte en su estilo una hermosa serie de ideas en mutua consonancia, y que representan cierto aire de parentesco: su estilo es el grupo de los hijos de Niobe, desnudos, sencillos, púdicos, ruborosos, asidos de la mano con dulce sonrisa, y ostentando por único adorno una corona de flores.

El que lea la *Jerusalén* habrá de convenir, por lo menos, en que puede hacerse algo digno de admiración sobre un asunto cristiano. Y ¿qué sería si el Taso se hubiese atrevido a emplear los grandes recursos del cristianismo? Pero se ve que careció de la necesaria osadía. Esta timidez le obliga a valerse de los pequeños resortes de la magia, sien-

do así que pudo sacar un partido inmenso del sepulcro de Jesucristo, que apenas nombra, y de una tierra consagrada por tantos prodigios. La misma timidez le hizo mostrarse tan inferior en su *Cielo*; su *Infierno* tiene muchos rasgos de mal gusto. Añadamos que no se sirvió bastante del mahometismo, cuyos ritos son tanto más curiosos cuanto que son menos conocidos. Finalmente, hubiera podido dirigir una mirada a la antigua Asia, a ese Egipto tan famoso, a esa gran Babilonia, a esa soberbia Tiro, y a los tiempos de Salomón y de Isaías. Es de admirar que su musa haya olvidado el arpa de David al recorrer Israel. ¿No resuena ya en las cumbres del Líbano la voz de los profetas? ¿No se dejan ver algunas veces sus majestuosas sombras bajo los cedros y entre los pinos? ¿No cantan ya los ángeles sobre el Gólgota, o ha cesado de gemir el torrente Cedrón? Es sensible que el Taso no haya dedicado algún recuerdo a los patriarcas, pues la cuna del mundo haría un hermoso efecto en las páginas de la *Jerusalén*.

III

«PARAÍSO PERDIDO»

Puede criticarse en *El Paraíso perdido*, de Milton, como asimismo en el *Infierno* de Dante, la misma falta de que acabamos de hablar; lo *maravilloso* es el *asunto* y no la *máquina* de la obra; pero hállese en esos poemas bellezas de orden superior, debidas esencialmente a nuestra religión.

El poema se abre en los infiernos; y no obstante, esta introducción en nada se opone a la regla de la sencillez prescrita por Aristóteles. Edificio tan asombroso necesitaba un pórtico extraordinario para hacer entrar al lector en ese mundo desconocido de que el hombre no vuelve a salir.

Milton fué el primer poeta que concluyó la epopeya con la desgracia del protagonista, contra la regla generalmente adoptada. Séanos permitido creer que hay algo más interesante, más grave, más análogo a la condición humana, en un poema que se desenlaza en un infortunio, que en el que termina en

una felicidad. Y aun pudiera sostenerse que la catástrofe de la *Ilíada* es trágica. Porque si el hijo de Peleo logra el objeto de sus deseos, no obstante, la conclusión del poema deja en el alma un profundo sentimiento de tristeza¹, pues el lector acaba de ver los funerales de Patroclo, a Príamo rescatando el cadáver de Héctor, el dolor de Hécuba y de Andrómaca, y descubre en lontananza la muerte de Aquiles y la ruina de Troya.

El origen de Roma cantado por Virgilio es ciertamente un gran objeto; pero, ¿qué diremos del asunto de un poema que pinta una catástrofe de que nosotros mismos somos la víctima, y que no nos muestra al fundador de ésta o de aquella sociedad, sino al padre del género humano? Milton no habla de batallas, ni de juegos fúnebres, ni de campamentos, ni de ciudades sitiadas, sino que describe el primer pensamiento de Dios, revelado en la creación del mundo, y las primeras ideas del hombre al salir de manos del Criador.

Nada más augusto ni interesante que este estudio de los primeros movimientos del corazón del hombre. Adán despierta a la vida, sus ojos se abren, pero ignora de dónde sale. Mira al firmamento, y por un erróneo movimiento del deseo, pretende lanzarse hacia esa bóveda, y se ve en pie con la cabeza levantada hacia el cielo. Toca sus miembros, corre, se detiene, quiere hablar y habla. Nombra naturalmente todo lo que ve, y exclama: «¡Oh tú, sol, y vosotros, árboles, bosques, colinas, valles, animales diversos!»; y los nombres que les da son los verdaderos nombres de los seres. ¿Y por qué se dirige Adán al sol y a los árboles? «Sol, árboles, dice, ¿sabéis el nombre del que me ha creado?» Así, el primer sentimiento que el hombre experimenta es el de la

existencia del Ser supremo; la primera necesidad que manifiesta es la de Dios. ¡Cuán sublime es Milton en este pasaje! Pero, ¿se hubiera elevado a estas ideas, a no haber conocido la religión de Jesucristo?

Dios se manifiesta a Adán; la criatura y el Criador hablan entre sí: *hablan de la soledad*. Suprimimos las reflexiones acerca de esto, puesto que la soledad *de nada sirve al hombre*. Adán queda dormido, y Dios saca del seno mismo de nuestro primer padre una nueva criatura, y se la presenta al despertar. «Brilla la gracia en su porte, el cielo en sus ojos, y la dignidad y el amor en todos sus movimientos. Llámase la *mujer*, y ha nacido del hombre. Éste dejará por ella a su padre y a su madre.» ¡Desgraciado del que no reconozca en esto a la Divinidad!

El poeta prosigue desenvolviendo los grandes fines de la Naturaleza humana, sublime razón del cristianismo. El carácter de la mujer se halla admirablemente trazado en la funesta caída. Eva cae por amor propio, pues juzgándose bastante fuerte para arriesgarse sola, no quiere que Adán la acompañe al lugar en donde cultiva flores. Esta hermosa criatura, que se conceptúa invencible en razón de su misma debilidad, no ignora que basta una sola palabra para avasallarla. La Escritura nos pinta siempre a la mujer esclava de su vanidad. Cuando Isaias amenaza a las hijas de Jerusalén, les dice: «Perderéis vuestros pendientes, vuestras sortijas, vuestros brazaletes y vuestros velos.» Hemos visto en nuestros días un palmario ejemplo de este carácter: muchas mujeres que durante la Revolución dieron repetidas pruebas de heroísmo, vieron estrellarse su virtud en el escollo de un baile, de un adorno, de un espectáculo. Así se explica una de esas misteriosas verdades ocultas en las Escrituras: al condenar a la mujer a parir con dolor, Dios le ha dado gran fuerza para sufrir los trabajos; pero al mismo tiempo, en castigo de su falta, le dejó débil para resistirse al placer. Por esta razón llama Milton a las mujeres *fair defect of nature*, «hermoso defecto de la naturaleza».

Digna es de examen la manera con

1. Tal sentimiento proviene quizá del interés que siente por Héctor, héroe del poema tanto como Aquiles: este es el defecto de *La Ilíada*. Lo cierto es que la simpatía de los lectores se inclina al lado de los troyanos, contra la intención del poeta, porque las escenas dramáticas se desarrollan todas dentro de los muros de Ilión. El anciano monarca, cuyo único crimen consiste en amar demasiado a un hijo culpable; el generoso Héctor, que conoce la culpa de su hermano y que sin embargo lo defiende; Andrómaca, Astianacte, Hécuba, en fin, enternecen el corazón, mientras que el campo de los griegos no ofrece sino avaricia, perfidia y ferocidad: tal vez asimismo el recuerdo de *La Eneida* obra secretamente en el lector moderno y lo colca, sin querer, al lado de los héroes cantados por Virgilio.

que el poeta inglés conduce la caída de nuestros primeros padres. Un talento vulgar hubiera desquiciado el mundo en el momento en que Eva acerca a su boca el fruto fatal; pero Milton se limita a hacer exhalar un suspiro a la Tierra, que acaba de dar a luz la Muerte; y la sorpresa es tanto mayor cuanto que esto sorprende menos. ¡Cuántas calamidades no hace entrever para lo porvenir esa aparente calma de la Naturaleza! Tertuliano, inquiriendo por qué el universo no se desploma por las culpas del hombre, aduce una razón sublime: la *paciencia* de Dios.

Cuando la madre del linaje humano presenta el fruto de ciencia a su esposo, éste no se arrastra en el polvo, ni se mesa los cabellos, ni prorrumpe en gritos. Apodérase de él un súbito estremecimiento, no acierta a articular una palabra, entreabierta la boca y fijos en Eva los deslumbrados ojos. Descubre la enormidad del crimen: por una parte, ve que si desobedece quedará sujeto a la muerte; ve por otra que, si permanece fiel, conservará su inmortalidad, pero perdiendo a su compañera, ya condenada al sepulcro. Adán puede rechazar el fruto; pero, ¿puede vivir sin Eva? El combate no es largo: ¡el mundo entero es sacrificado al amor! En lugar de abrumar a su esposa de reconvencciones, Adán la consuela, y toma de su mano la fatal manzana. A esta consumación del crimen, nada se altera en la Naturaleza; mas ¡ay! las pasiones desencadenan sus primeras tempestades en el corazón de la desventurada pareja.

Adán y Eva se duermen, aunque ya sin esa inocencia que aligera los sueños, pero no tardan en despertar como se despertaría de un penoso insomnio (*as from unrest*). Entonces se le presenta el pecado. ¿Qué hemos hecho?, exclama Adán; ¿por qué estás desnuda? *Cubrámonos, para que no se nos sorprenda en este estado*. Pero el vestido no oculta su desnudez interior.

Al saberse la falta en el cielo, una santa tristeza se apodera de los ángeles; pero *that sadness mixt with pity: did not alter their bliss* «esta tristeza, mezclada de compasión, no altera su felicidad»; palabras cristianas que respiran

una ternura sublime. Dios envía a su Hijo para juzgar a los culpables; el Juez desciende, y llamando a Adán, le pregunta: «¿Dónde estás?» Adán se oculta y responde: «¡Señor! No me atrevo a mostrarme a ti, porque estoy desnudo.» —«¿Y cómo sabes que estás desnudo? ¿Has comido, por ventura, del fruto de ciencia?» ¡Qué diálogo! Esto no es una invención humana. Adán confiesa su culpa, y Dios pronuncia la sentencia: «¡Hombre! Comerás tu pan con el sudor de tu frente; romperás trabajosamente el seno de la tierra, y, formado del polvo, en polvo te convertirás. ¡Mujer! Parirás con dolor.» Ved aquí la historia del género humano en pocas palabras. No sabemos si al lector le causan tanta impresión como a nosotros, pues hallamos en esta escena del Génesis cierta cosa tan extraordinaria, tan grande, que es superior a todas las explicaciones del crítico; la admiración carece de palabras adecuadas, y el arte cae en la nada.

El Hijo de Dios vuelve al cielo, después de dejar un vestido a los culpables. Entonces empieza ese famoso drama entre Adán y Eva, en el cual consagró Milton, según se dice, un hecho de su vida, esto es, su reconciliación con su primera esposa. Estamos persuadidos de que los grandes escritores han consignado su historia en sus obras. Sólo puede pintarse bien el propio corazón, atribuyéndolo a otro, pues la mejor parte del genio se compone de reminiscencias.

Adán se retira solo, al llegar la noche, a la sombra de una espesura, pero la Naturaleza del aire ha cambiado: fríos vapores y espesas nubes oscurecen los cielos; el rayo ha calcinado los árboles; los animales huyen al aspecto del hombre; el lobo empieza a perseguir al cordero, y el buitres a despedazar la paloma. Adán, presa de la desesperación, desea volver al seno de la tierra, pero le asalta una duda sublime: ¿habrá en él algún principio inmortal? ¿Será imperecedero el soplo de vida que ha recibido de Dios? ¿Qué recursos le ofrecerá la muerte? ¿Estará condenado a ser eternamente infeliz? La filosofía no puede pedir un género de bellezas más elevadas y graves. No sólo no fundaron

nunca los poetas antiguos una desesperación en estas bases, sino que los mismos moralistas nada tienen que compita con tanta grandeza.

Eva oye los gemidos de su esposo, y se adelanta hacia él; Adán la rechaza, mas ella se arroja a sus pies y los baña en lágrimas; Adán se entenece y la levanta del suelo. Eva le propone vivir en la continencia, o darse la muerte para salvar su posteridad. Esta desesperación, tan bien atribuida a una mujer, tanto por su exceso como por su generosidad, llena de sorpresa a nuestro primer padre. ¿Qué va a responder a su esposa? «¡Eva! La esperanza que cifras en el sepulcro y tu desprecio a la muerte, me prueban que se encierra en ti alguna cosa inmortal.»

Los malhadados esposos se deciden a invocar a Dios, y a recomendarse a su eterna misericordia. Arrodiáanse, y levantan un corazón y una voz humildes al que perdona al pecador arrepentido. Sus acentos penetran en las mansiones celestiales, y el Hijo se encarga de presentarlos a su Padre. Admiramos con razón en la *Iliada* las *Súplicas cojas* que siguen a la Injuria para reparar los males que ésta ha causado. No obstante, Milton lucha aquí sin notable desventaja contra esta famosa alegoría: los primeros suspiros de un corazón contrito que hallan el camino que en breve habían de seguir todos los suspiros del mundo; aquellos humildes votos que vuelan a mezclarse con el incienso que humea delante del santo de los santos; aquellas lágrimas penitentes que llenan de regocijo a los espíritus celestiales, lágrimas ofrecidas al Eterno por el Redentor del género humano, lágrimas que conmueven al mismo Dios (¡tanto es el poder de la primera súplica del hombre arrepentido y desgraciado!), todas estas bellezas reunidas encierran algo tan moral, tan solemne, tan tierno, que acaso no son obscurecidas por las *Súplicas* del cantor de Ilión.

El Altísimo se apiada y concede la salvación final del hombre. Milton se aprovechó con mucho tino de este primer misterio de las Escrituras, intercalando en todas partes la historia de un Dios que desde el principio de los siglos se entrega a la muerte para resca-

tar de ella al hombre. La caída de Adán es más poderosa y trágica, al ver que sus consecuencias envuelven al Hijo del Eterno.

Además de estas bellezas que pertenecen al fondo de *El Paraíso perdido*, hay otras muchas de pormenores, que sería prolijo enumerar. Milton tiene especialmente el mérito de la expresión. Sabidas son sus *tinieblas visibles*, su *silencio robado*, etc. Pero estas atrevidas locuciones, oportunamente salvadas, producen, a semejanza de ciertas disonancias en la música, un efecto brillante, pues presentan una falsa exterioridad de genio; pero es preciso evitar su abuso, pues cuando se rebuscan se convierten en un juego pueril de vocablos, no menos perjudicial al idioma que al buen gusto.

Observaremos, además, que el cantor del Edén, a ejemplo del cantor de la Ausonia, supo mostrarse original apropiándose ajenas riquezas, porque el escritor original no es aquel que a nadie imita, sino aquel a quien nadie puede imitar.

Este arte de apoderarse de las riquezas de antiguos tiempos, para acomodarlas a las costumbres del siglo en que se vive, fué singularmente conocido por el poeta de Mantua. Véase, por ejemplo, cómo pone en boca de la madre de Euriale los lamentos de Andrómaca en la muerte de Héctor; Homero se muestra en este pasaje más sencillo que Virgilio, a quien suministró, por otra parte, todos los rasgos interesantes, como la labor que cae de las manos de Andrómaca, el paroxismo, etc., (y hay algunos otros que no figuran en la *Eneida*, como el presentimiento de la catástrofe, y la cabeza que Andrómaca desgñada asoma a través de las almenas). Pero, en cambio, el episodio de Euriale es más patético y tierno. Aquella madre que, única entre todas las troyanas, quiere seguir los destinos de su hijo; aquellos vestidos ya inútiles con que ocupaba su amor maternal; su destierro, su vejez y su soledad, en el mismo momento en que el enemigo paseaba la cabeza del joven bajo las murallas del campamento; y, por último, aquel *femineo ululatu*, son rasgos que sólo pertenecen al alma de Virgilio. Las quejas

de Andrómaca, más extensas, pierden su fuerza; pero las de la madre de Euriale, más concisas, caen con todo su peso sobre el corazón. Esto demuestra que existía ya gran diferencia entre los tiempos de Virgilio y los de Homero, y que en el siglo del primero habían adquirido más perfección todas las artes, incluso la de amar.

IV

DE ALGUNOS POEMAS FRANCESES Y EXTRANJEROS

Aun cuando el cristianismo no hubiera dado a la poesía sino *El Paraíso perdido*; aun cuando su genio no hubiese inspirado ni la *Jerusalén libertada*, ni el *Poliuto*, ni la *Ester*, ni la *Atalia*, ni la *Zaira*, ni la *Alzira*, aun se podría sostener que es favorable a las musas. Colocaremos en este capítulo, entre *El Paraíso perdido* y *La Enriada*, algunos poemas franceses y extranjeros, de que sólo diremos algunas palabras.

Los fragmentos notables esparcidos en el *San Luis* del padre Lemoine, han sido citados con tanta frecuencia que no los repetiremos. Este informe poema tiene, sin embargo, algunas bellezas que en vano se buscarían en la *Jerusalén*. Brilla en él cierta imaginación sombría, muy a propósito para la pintura de ese Egipto lleno de recuerdos y de sepulcros, y que vió pasar alternativamente los Faraones, los Tolomeos, los solitarios de Tebaida y los soldanes de los bárbaros.

La *Doncella* de Chapelain, el *Moisés salvado* de Saint-Amand, y el *David* de Coras, no son conocidos sino por los versos de Boileau. Puede, no obstante, sacarse algún fruto de la lectura de estas obras: el *David* particularmente merece ser recorrido.

El profeta Samuel narra a David la historia de los reyes de Israel:

Jamais, dit le grand saint, la fière tyrannie
Devant le Roi des rois ne demeure impunie,
Et de nos derniers chefs le juste châtimant
En fournit à toute heure un triste monument.
.....
Contemple donc Héli, le chef du tabernacle,
Que Dieu fit de son peuple et le juge et l'oracle:
Son zèle à sa patrie eût pu servir d'appui,

S'il n'eût produit deux fils trop peu dignes de lui.
.....
Mais Dieu fait sur ces fils, dans le vice obstinés,
Tonner l'arrêt des coups qui leur sont destinés,
Et par un saint héros, dont la voix les menace,
Leur annonce leur perte et celle de leur race.
O ciel! quand tu lances ce terrible décret,
Quel ne fut point d'Héli le deuil et le regret!
Mes yeux furent témoins de toutes ses alarmes,
Et mon front bien souvent fut mouillé de ses larmes¹.

Estos versos son dignos de atención porque son bastante hermosos como versos; y la animación con que terminan es digna de un gran poeta.

El episodio de Rut, referido en la gruta sepulcral donde están enterrados los antiguos patriarcas, encierra cierta sencillez:

On ne sait qui des deux, ou l'épouse ou l'époux,
Eut l'âme la plus pure et le sort la plus doux².
.....

Finalmente, Coras brilla algunas veces en el verso *descriptivo*. Esta imagen del sol a mediodía, es bastante pintoresca:

Cependant le soleil, couronné de splendeur,
Amoindissant sa forme, augmentoit son ardeur³.

Saint-Amand, casi elogiado por Boileau, que le concede genio, es, sin embargo, inferior a Coras. El *Moisés salvado* es lánguido, el verso flojo y prosaico, y el estilo, plagado de antítesis, es de mal gusto. No obstante, hállanse en él algunos fragmentos llenos de verdadero sentimiento, lo que sin duda mitigó el mal humor del cantor del *Arte poética*.

Ínútil sería detenernos en hablar de la *Araucana*, con sus tres partes y sus treinta y cinco cantos originales, sin olvidar los suplementarios de don Diego

1. Jamás, dice el gran santo, la altiva tiranía—ante el Rey de los reyes permanece impune,—y el justo castigo de nuestros últimos jefes—produce de continuo un triste monumento.

Contempla pues a Heli, jefe del Tabernáculo,—a quien Dios hizo de su pueblo juez y oráculo:—su celo por su patria hubiera podido servir de apoyo,—de no haber tenido dos hijos demasiado indignos de él.

.....
Pero Dios hace contra tales hijos, en el vicio obstinados,—fulminar la sentencia de los golpes que le son destinados,—y por un santo héroe, cuya voz les amenaza,—les anuncia su pérdida y la de su raza.—¡Oh Cielo! Cuando tú lanzaste tan terrible decreto,—¡qué duelos y lamentos para Heli!—Mis ojos fueron testigos de todas mis inquietudes,—y mi frente se mojó a menudo con sus lágrimas. (N. del T.)

2. No se sabe quién de los dos, si el esposo o la esposa,—tuvo el alma más pura y la suerte más dulce. (N. del T.)

3. Entretanto el sol, coronado de esplendor,—disminuía su forma, aumentaba su ardor. (N. del T.)

de Santisteban Ojio¹. En esta obra no hay nada de maravilloso cristiano, es una narración histórica de algunos acontecimientos que se desarrollaron en las montañas de Chile. Lo más interesante del poema es ver figurar en él al propio Ercilla, que combate y escribe. La *Araucana* está escrita en octavas, como el *Orlando* y la *Jerusalén*. La literatura italiana servía entonces de pauta a la literatura europea. Ercilla entre los españoles, y Spencer entre los ingleses, han imitado al Ariosto hasta en la exposición. Ercilla empieza diciendo:

No las damas, amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados,
Ni las muestras, regalos y ternezas
De amorosos afectos y cuidados;
Mas el valor, los hechos, las proezas
De aquellos españoles esforzados,
Que a la cerviz de Arauco no domada
Pusieron duro yugo por la espada.

La *Lusiada* era también un hermoso asunto de epopeya, y cuesta trabajo concebir cómo un hombre del talento de Camoens no supo sacar de él más partido. Pero es preciso no olvidar que fué el primer poeta épico moderno, que vivía en un siglo bárbaro, que hay rasgos tiernos² y a veces sublimes en sus versos y que, después de todo, fué el más desgraciado de los mortales. Es un sofisma digno de la dureza de nuestro siglo el haber sostenido que las obras de mérito se hacen en el infortunio. ¡No! No es cierto que se pueda escribir bien cuando se padece. Los hombres que se consagran al culto de las musas se entregan más fácilmente al dolor que los espíritus vulgares; un genio poderoso gasta, por decirlo así, el cuerpo que lo encierra, pues las grandes almas, a

semejanza de los ríos caudalosos, devastan con frecuencia sus orillas.

La mezcla que Camoens hizo de la fábula y del cristianismo, nos dispensa de hablar de lo maravilloso de su poema.

Klopstock incurrió en la falta de tomar lo maravilloso del cristianismo por asunto de su poema. Su protagonista es un dios; lo cual bastaría para destruir todo el interés trágico. A pesar de esto, hay hermosos rasgos en el *Mesías*. Los dos amantes resucitados por Cristo presentan un brillante episodio, que no hubieran podido producir las fábulas mitológicas. No recordamos otros personajes arrancados al sepulcro, entre los antiguos, más que Alceste, Hipólito y Heres de Pamfilia¹.

La abundancia y la grandeza caracterizan lo maravilloso del *Mesías*. Esos globos habitados por seres diferentes del hombre; esa profusión de ángeles, de espíritus de tinieblas, de almas por nacer, o de almas que han pasado ya sobre la tierra, abisman el espíritu en la inmensidad. El carácter de Abadóna, el ángel arrepentido, es una feliz concepción; Klopstock ha creado también una clase de serafines místicos desconocidos hasta allí.

Gesner nos ha dejado en la *Muerte de Abel* una obra llena de tierna majestad, aunque, por desgracia, está afeada por ese colorido de sentimentalismo de que adolecen casi todos los asuntos tomados de la Escritura por los alemanes. Sus poetas pecan contra una de las principales leyes de la epopeya, la verosimilitud de las costumbres, y convierten en inocentes pastores de Arcadia los reyes pastores del Oriente.

Por lo que respecta al autor del poema de Noé, debe decirse que sucumbió bajo la riqueza de su asunto. Y, no obstante, para una imaginación vigorosa era un hermoso campo, un mundo an-

1. Consta la *Araucana* de 37 cantos. Don Diego Santisteban y Osorio fué un continuador, que añadió dos partes a las tres de la *Araucana*. Imprimiéndose en Salamanca, en casa de Juan y Andrés Renaut, año 1697, y se unieron a la obra primitiva en algunas ediciones, pero se suprimieron después, acertadamente, pues los cantos de Santisteban y Osorio son muy inferiores a los de su modelo.

La primera edición de las tres partes de la *Araucana*, y la que se hizo después en Amberes (1597) no salieron tan completas como las posteriores, porque Ercilla añadió en el canto XXXII seis octavas, y además agregó dos cantos nuevos, el XXXV y el XXXVI, y concluyó el XXXVII, que en la 1.ª edición era el XXXV. Véase Biblioteca de Autores Españoles, t. XXVII. (N. de T.)

2. Sin embargo, diferimos también en esta obra de los críticos: el episodio de Inés nos parece puro y poético, pero muy lejos de tener el desarrollo de que era susceptible.

* 1.ª parte, 1569; 1.ª y 2.ª, 1578; 3.ª, 1589; luego las tres juntas.

1. En el libro décimo de la *República*, de PLATÓN. He aquí lo que llevaba la primera edición. Posteriormente, uno de nuestros mejores filólogos, M. Boissonade, me ha enviado la nota siguiente de los hombres resucitados en la antigüedad pagana por el auxilio de los dioses o del arte de Esculapio.

«Esculapio, que resucitó a Hipólito, había llevado a cabo otros milagros. Apolodoro (*Bibl. III*, 10, 3) dice, con el testimonio de diferentes autores, que devolvió la vida a Capaneo, a Licurgo, a Tíndaro, a Himeneo y a Glauco. Telesforo, citado por el escolasta de Eurípides (*Alc. 2*), habla aún de la resurrección de Orión intentada por Esculapio. Véanse las notas de MM. Heyne y Clavier sobre el pasaje de Apolodoro, y las de M. Walckenaer sobre el Hipólito de Eurípides, p. 318.»

tediluviano; ni aun se hallaba obligado a crear todas las maravillas, porque basta hojear el Critias, las cronologías de Eusebio y algunos tratados de Luciano y Plutarco, para hallar abundante cosecha de ellas. Escalígero cita un fragmento de Polyhistor, acerca de ciertas tablas escritas antes del Diluvio, y conservadas en *Sippary*, que es probablemente la *Siphara* de Tolomeo¹. Las musas hablan y entienden todos los idiomas; y, ¡qué cosas extraordinarias no leerían en esas tablas!

V

«LA ENRIADA»

Si un plan acertado, una narración viva y fácil, unos versos hermosos, una dicción florida, un gusto puro y un estilo correcto, son las únicas cualidades indispensables en la epopeya, *La Enriada* es un poema acabado; pero esto no basta, puesto que no se necesita una acción heroica y sobrenatural. Mas, ¿cómo hubiera hecho un uso feliz de lo maravilloso del cristianismo Voltaire, cuyos esfuerzos tendían sin cesar a destruir este maravilloso? Tal es, no obstante, el poder de las ideas religiosas, que el autor de *La Enriada* debe al culto que persiguió los trozos más interesantes de su poema épico, así como le debe igualmente las escenas más hermosas de sus tragedias.

Una filosofía prudente y una moral fría y grave convienen a la musa de la historia; pero este espíritu de severidad, aplicado a la epopeya, es quizá un contrasentido. Así, cuando Voltaire exclama en la invocación de su poema:

Descends du haut des cieux, auguste Vérité!

incurre, a nuestro ver, en menosprecio. La poesía épica

Se sentient par la fable et vit de fiction².

1. A menos que no se haga provenir *Syppari* de la palabra hebrea *Sepher*, que significa biblioteca. Josero, lib. I cap. II de *Antiq. Jud.*, habla de dos columnas, una de ellas construida con ladrillos, y la otra con piedra, en las que los hijos de Set habían grabado las ciencias humanas, para que no desapareciesen en el diluvio previsto por Adán. Dichas columnas subsistieron mucho tiempo después de Noé.

2. ¡Desciende de lo alto de los Cielos, augusta Verdad! (*N. del T.*)

3. Se mantiene de la fábula y vive de la ficción. (*N. del T.*)

El Taso, que trabaja sobre un asunto cristiano, compuso estos hermosos versos, ateniéndose a Platón y a Lucrecio¹:

Sa, che là corre il mondo, ove più versi
Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso, etc.².

No hay poesía donde no hay mentira, dice Plutarco³.

¿Acaso esta Francia semibárbara no estaba bastante cubierta de bosques, para hallar en su territorio algunos viejos castillos con almenas, subterráneos, torres cubiertas de yedra, y llena de maravillosas historias? ¿No podía hallarse algún templo gótico en un valle, en medio de los bosques? Las montañas de Navarra ¿no tenían aún algún druida, que bajo la encina, a orillas del torrente y al murmullo de la tempestad, cantase los recuerdos de las Galias, y llorase sobre la tumba de los héroes? Estoy seguro de que había algún caballero del reinado de Francisco I que echaba de menos en su castillo los torneos de la antigua corte, y aquellos tiempos en que Francia se declaraba en guerra contra los herejes y los infieles. ¡Qué de cosas no pudieran tomarse de esa revolución de los bátavos, contemporánea y, por decirlo así, hermana de la liga! Los holandeses se establecían en las Indias, y Felipe recogía los primeros tesoros del Perú. Coligny había enviado una colonia a la Carolina, y el caballero de Gourgues ofrecía al autor de *La Enriada* el más interesante episodio: una epopeya debe abrazar el universo.

Europa presentaba al poeta, por el más feliz de los contrastes, el pueblo pastor en Suiza, el pueblo comerciante en Inglaterra, y el pueblo de las artes en Italia; Francia se hallaba a su vez en la época más favorable para la poesía épica; época que es preciso elegir siempre,

1. «Como el médico que, para salvar al enfermo, mezcla con pociones dulzonas los remedios adecuados para la curación, y pone drogas amargas en los alimentos que le son nocivos, etc.» PLAT., de *Leg.*, lib. I, *Ac veluti pueris abinthia tetra medentes*, etc. LUCRET., lib. V.

2. Sabe que allá va el mundo, donde vierte—más lisonjas y halagos el Parnaso, etc. (*N. del T.*)

3. Si se dijera que Taso ha invocado también la Verdad, responderíamos que él no lo ha hecho como Voltaire. La Verdad de Taso es una musa, un ángel, un no sé qué lanzado en el espacio, algo que carece de nombre, un ser cristiano, y no la Verdad directamente personificada, como la de *La Enriada*.

como lo hizo Voltaire, a fines de una edad y a principio de otra, es decir, entre las antiguas y las nuevas costumbres. La barbarie expiraba, y la aurora del siglo de Luis despuntaba en el horizonte de la civilización; Malherbe había nacido, y este héroe, a la vez bardo y caballero, podía conducir a los franceses al combate, cantando himnos a la victoria.

Todos convienen en creer que los *caracteres* en *La Enriada* son retratos; acaso se ha encomiado en demasía este arte de pintar, de que Roma presentó en su decadencia los primeros modelos. El *retrato* no es épico, y sólo produce bellezas sin acción ni movimiento.

Algunos dudan que la *verosimilitud de costumbres* brille en *La Enriada*. Los héroes de este poema recitan hermosos versos, destinados a desenvolver los principios filosóficos de Voltaire; pero, ¿representan bien los guerreros del siglo XVI? Si los discursos de los partidarios de la Liga respiran el espíritu contemporáneo, ¿no podríamos creer que este espíritu debía transportar más en sus hechos que en sus palabras? El cantor de Aquiles no ha puesto la *Iliada* en arengas.

Lo *maravilloso* es, a nuestro parecer, casi nulo en *La Enriada*. Si no fuese conocido el malhadado sistema que helaba el genio poético de Voltaire, no podría comprenderse cómo prefirió las divinidades alegóricas a lo *maravilloso* del cristianismo.

Así es que únicamente imprimió algún calor a sus invenciones en los lugares en que dejó de ser filósofo, para mostrarse cristiano: no bien toca la religión, manantial de toda poesía, cuando sus raudales corren en abundancia.

El juramento de los Dieciséis en el subterráneo y la aparición del fantasma de Guisa, que viene a armar a Clemente con un puñal, son máquinas muy épicas y tomadas de las supersticiones de un siglo ignorante y desgraciado.

¿No ha incurrido en algún error el poeta al trasladar la filosofía al cielo? Su *Eterno* es sin duda un dios muy equitativo, que juzga imparcialmente al bonzo y al derviche, al judío y al mahometano; pero, ¿era esto lo que de su musa se esperaba? ¿No se le pedían

poesía, un *cielo cristiano*, cánticos, Jehová, y en fin, la *mens divinator*, la religión?

Voltaire rompió la cuerda más armónica de su lira al negarse a cantar esa milicia sagrada de ángeles y de mártires, de que sus talentos hubieran podido sacar un partido admirable, pues hubiera hallado entre nuestros santos influencias tan altas como las de las antiguas diosas, y nombres no menos dulces que los de las Gracias. ¡Lástima grande que nada haya quedado decir de esas pastoras convertidas por sus virtudes en bienhechoras divinidades; de esas Genovevas que protegen con un cayado desde el cielo, el imperio de Clovis y de Carlomagno! Parécenos que las musas se complacerían en ver al pueblo espiritual y valiente, consagrado a la Hija de la sencillez y la paz. ¿De quién ha recibido la *Galia* sus trovadores, su carácter apacible y su propensión a las gracias, sino del canto pastoril, de la inocencia y de la hermosura de su patrona?

Algunos críticos juiciosos han observado que hay dos hombres en Voltaire: uno dotado de buen gusto, de erudición y recto discernimiento; y otro que peca por la falta de estas cualidades. Puede dudarse que el autor de *La Enriada* haya tenido tanto genio como Racine, pero tenía tal vez un talento más ameno y una imaginación más flexible. Por desgracia, no siempre lo que hacemos es la medida de lo que podemos hacer. Si Voltaire se hubiese sentido animado por la religión, como el autor de *Atalia*; si hubiese estudiado, como él, los Padres y la antigüedad; si no hubiese querido abrazar todos los géneros y asuntos, su poesía hubiese sido más robusta y su prosa adquirido un decoro y una gravedad a que muchas veces se muestra ajena. Aquel gran hombre tuvo la desgracia de pasar su vida en medio de una turba de medianías literarias, que, siempre dispuestas a aplaudirle, no podían darle a conocer sus desvarios. Es grato representarse a Voltaire rodeado de los Pascal, de los Arnaud, de los Nicole, de los Boileau y los Racine: entonces le hubiera sido preciso mudar de tono. Las chocarrerías y las blasfemias de Ferney hubiesen causado

indignación en Port-Royal, donde eran miradas con desprecio las obras hechas atropelladamente, pues allí se trabajaba a conciencia, y no se hubiera querido, por cuanto encierra el mundo, engañar al público dándole un poema que no hubiera costado a lo menos doce años de tarea. Y es muy digno de notarse que, en medio de tantas ocupaciones, aquellos hombres ilustres hallaban el secreto de cumplir los más minuciosos deberes de su instituto, al paso que introducían en la sociedad la cortesanía propia de su gran siglo.

He aquí la escuela que Voltaire necesitaba. Digno es en verdad de compasión por haber poseído ese doble genio que obliga a la vez a admirarle y aborrecerle. Edifica y destruye; da los ejemplos y los preceptos más contradictorios; ensalza hasta las nubes el siglo de Luis XIV, y ataca a renglón seguido una tras otra la reputación de los grandes hombres de este siglo; incienza y denigra alternativamente la antigüedad; persigue en setenta y dos tomos lo que llama *infame*, y los fragmentos más hermosos de sus escritos le fueron inspirados por la religión. Mientras su imaginación nos embelesa, hace brillar una falsa razón que destruye lo *maravilloso*, rebaja el alma y limita la vista. Exceptuando algunas de sus obras maestras, sólo descubre el lado ridículo de las cosas y de los tiempos, mostrando bajo un punto de vista repugnantemente jovial el hombre al hombre. Encanta y hastía por su movilidad; arrebatada y disgusta, no se acierta a adivinar el estilo que le es propio; sería un insensato si no fuese un sabio, y un perverso si su vida no estuviese llena de rasgos de beneficencia. Puede observarse en medio de sus impiedades que aborrecía a los sofistas, y que amaba naturalmente las Bellas Artes, las letras y la grandeza, y no es raro sorprenderle en una especie de admiración por Roma. Su amor propio le hizo representar toda su vida un papel para el cual no había nacido, y al cual era muy superior; en efecto, nada tenía de común con los Diderot, los Rainal y los D'Alembert. La elegancia de sus costumbres, sus finos modales, su afición a la sociedad, y especialmente su

carácter humanitario, le habrían hecho probablemente uno de los más acérrimos enemigos del régimen revolucionario. Muéstrase muy decidido en favor del orden social, sin advertir que lo socava por sus cimientos al atacar el orden religioso. Lo más favorable que de él puede decirse es que su incredulidad le impidió llegar a la altura a que le llamaba la Naturaleza, y que sus obras, exceptuadas sus poesías fugitivas, son inferiores a su verdadero talento: ejemplo que debe asustar eternamente a todo el que siga la carrera de las letras. Voltaire fluctuó entre tantos errores, entre tantas desigualdades de estilo y de juicio, porque careció del poderoso contrapeso de la religión, probando así que unas costumbres graves y un ánimo piadoso son mucho más necesarios en el comercio de las musas que un brillante ingenio.

LIBRO SEGUNDO

Poesía en sus relaciones con los hombres.—Caracteres.

I

CARACTERES NATURALES

De esta exposición general de las epopeyas, pasemos a estudiar los detalles de las composiciones poéticas; pero antes de examinar los caracteres *sociales*, como los del pastor, del guerrero, etc., consideremos los caracteres *naturales*, como los del esposo, del padre, de la madre, etc., y partamos de un principio incontrovertible.

El cristianismo es, por decirlo así, una religión doble: si se ocupa de la Naturaleza del ser intelectual, ocúpase también de nuestra propia naturaleza; hace marchar de frente los misterios de la Divinidad y los del corazón humano, pues, al descubrir al verdadero Dios, descubre al verdadero hombre.

Esta religión debe ser más favorable a la pintura de los *caracteres* que un culto que no penetra en el secreto de las pasiones. La mitad más hermosa de la poesía, esto es, la parte dramática, no recibía recurso alguno del politeísmo, puesto que la moral estaba

desterrada de la mitología. Un dios subía a su carro, y un sacerdote ofrecía un sacrificio; pero ni el dios ni el sacerdote enseñaban lo que es el hombre, de dónde viene, a dónde va, o cuáles son sus inclinaciones, sus vicios y sus fines en esta vida y en la otra.

En el cristianismo, por el contrario, la religión y la moral son una sola y misma cosa. La Escritura nos explica nuestro origen y naturaleza; los misterios cristianos se refieren a nosotros; a cada paso nos vemos pintados en ellos, pues el Hijo del Hombre se inmoló en nuestro bien. Desde Moisés hasta Jesucristo; desde los Apóstoles hasta los últimos Padres de la Iglesia, todo presenta el cuadro del hombre interior, todo se encamina a disipar la noche que le rodea; porque uno de los caracteres distintivos del cristianismo es haber identificado al hombre con Dios, en tanto que las falsas religiones han separado al Criador de la criatura.

Los poetas hubieran debido notar esta incalculable ventaja de la religión cristiana, en lugar de obstinarse en satirizarla. Porque si es tan hermosa como el politeísmo en lo *maravilloso*, o en sus relaciones con las *cosas sobrenaturales*, como nos proponemos demostrar más adelante, tiene además una parte dramática y moral de que el politeísmo carecía.

Córoboremos esta verdad con ejemplos, y establezcamos paralelos que sirvan para hacernos amable la religión de nuestros padres, por medio de los encantos de la más divina de las artes.

Empezaremos el estudio de los *caracteres naturales* por el de los *esposos*, y opondremos al amor conyugal de Adán y Eva el amor conyugal de Ulises y Penélope. No se dirá que hemos elegido en la antigüedad asuntos de escaso mérito para hacer resaltar más los asuntos cristianos.

II

LOS ESPOSOS.—ULISES Y PENÉLOPE.

Habiendo Ulises dado muerte a los príncipes, Euriclea corre a despertar a Penélope, que se niega por largo rato a creer los prodigios que le refiere su

nodriza. No obstante, se levanta, y, bajando las escaleras, salva el umbral de piedra y va a sentarse al resplandor del hogar enfrente de Ulises, que, sentado también al pie de una columna y con la vista fija en el suelo, esperaba impaciente las primeras palabras de su esposa. Pero ésta permanecía muda, pues el asombro embargaba su corazón ¹.

Telémaco increpa a su madre por su frialdad; Ulises sonríe y excusa a Penélope. La princesa duda aún, y para cerciorarse de si aquel desconocido era su esposo, manda preparar el tálamo de Ulises fuera del aposento nupcial. Al oír estas palabras, el héroe exclama presuroso: «¿Quién ha trasladado mi lecho? No está ya a la sombra del olivo en cuyo derredor había mi mano fabricado una sala en mi patio?»

Dice, y súbitamente siente Penélope que le faltan su corazón y sus rodillas, al reconocer a Ulises en tan inequívoca señal. Corre desalada a él, vertiendo copiosas lágrimas, estrecha en sus brazos el cuello de su esposo, y, besando su frente sagrada, exclama: «¡No te irrites, tú que siempre te mostraste el más prudente de los hombres!... ..

No te irrites, ni te indignes, si he dudado en arrojarme a tus brazos. Mi corazón se estremecía al temor de que un extranjero viniese a sorprender mi fe, valiéndose de artificiosas palabras... ..

Mas ya tengo una prueba segura de que eres mi esposo, en lo que acabas de decir de nuestro tálamo; ningún hombre, sino tú, lo ha visitado, y sólo lo conocemos los dos y la esclava Actoris, que mi padre me dió cuando vine a Ítaca, y ella guarda las puertas de nuestro aposento conyugal. Tú restituyes a mi corazón esa dulce confianza que le fué robada por las amarguras.»

Dice, y cediendo Ulises, a su vez, a la necesidad de verter lágrimas, llora sobre aquella casta y prudente esposa, estrechándola sobre su corazón. Bien así como los marineros contemplan la tierra deseada, cuando Neptuno ha destrozado su raudo bajel, juguete de los vientos y de las olas inmensas, un escaso número, flotando sobre el antiguo mar, nada, y cubierto de salobre espuma, aborda lleno de alegría a las playas, libre ya de la muerte: así Penélope fija sus amorosas miradas en Ulises, sin poder arrancar sus brazos del cuello del héroe; la Aurora, la diosa del manto de rosas, hubiera

visto las lágrimas de los tiernos esposos, si Minerva no hubiese detenido al sol en el mar...

Eurinoma precede con una antorcha los pasos de Ulises y Penélope, y los conduce al aposento conyugal...

Los esposos, después de haberse entregado a las primeras emociones de su cariño, se entregaron a la grata narración de sus recíprocos pesares...

No bien acabara Ulises las últimas palabras de su historia, cuando un sueño benéfico se insinuó en sus fatigados miembros, concediendo amiga tregua a los desvelos de su alma.

Este reconocimiento de Ulises y Penélope es acaso una de las más hermosas concepciones del genio antiguo. Penélope sentada en silencio, Ulises inmóvil al pie de una columna, la escena iluminada por la llama del hogar; he aquí un cuadro formado como de intento para un pintor, en que la grandeza iguala a la sencillez del dibujo. Mas, ¿cómo se verificará el reconocimiento? Por un circunstancia que recuerda el lecho nupcial. Y es una nueva belleza ese lecho, obra de la mano de un rey, colocado a la sombra de un olivo, árbol de paz y de sabiduría, digno por cierto de cobijar el tálamo *no visitado por otro hombre que Ulises*. Los transportes que siguen al reconocimiento de dos esposos; el tierno símil de una viuda que vuelve a hallar a su consorte, con un marino que descubre la tierra en el momento del naufragio; la feliz pareja conducida al resplandor de una antorcha al aposento teatro de su amor; los placeres de éste seguidos de las *alegrías del dolor*, o del mutuo relato de las pasadas zozobras; la doble voluptuosidad de la dicha presente y de los contratiempos que el dolor anuncia; el sueño que acude a cerrar gradualmente los párpados y los labios de Ulises, mientras narra sus aventuras a Penélope, que atenta de la escucha, son otros tantos peregrinos rasgos del gran maestro y que nunca serán suficientemente admirados.

Pudiera hacerse sobre el particular un interesante estudio, cuyo objeto fuese descubrir cómo un autor moderno

habría expresado este pasaje de las obras de un autor antiguo. En el cuadro precedente, por ejemplo, se puede suponer que la escena, en lugar de pasar en acción entre Ulises y Penélope, hubiera sido referida por el poeta. No habría, pues, dejado de sembrar en su relato reflexiones filosóficas, versos muy sonoros y frases ingeniosas. En lugar de recurrir a este medio brillante y laborioso, Homero nos presenta dos esposos que vuelven a encontrarse después de veinte años de ausencia, y que, sin prorrumpir en gritos, parece se han separado la víspera. ¿Dónde está, pues, la belleza de esta pintura? En la verdad.

Los modernos son en general más eruditos, más delicados, más sutiles, y aun muchas veces más interesantes en sus composiciones que los antiguos; pero éstos son más sencillos, más solemnes, más trágicos, más creadores, y sobre todo más verídicos que los modernos. Tienen un gusto más seguro y una imaginación más noble; atiéndense únicamente al conjunto y desdeñan los adornos accesorios; un pastor que se lamenta, un anciano que refiere, un héroe que combate: he aquí para ellos todo un poema; donde nada hay a primera vista, está, sin embargo, más lleno que nuestras novelas, recargadas de incidentes y de personajes. Parece que el arte de escribir ha seguido las huellas de la pintura: la paleta del poeta moderno se cubre de infinita variedad de colores y matices: el poeta antiguo compone sus cuadros con los tres colores de Polignoto. Los latinos colocados entre Grecia y nosotros, participan de ambos estilos: del griego, por la sencillez de sus argumentos; del nuestro, por el arte de los pormenores. Esta feliz armonía de entrambos gustos constituye tal vez la perfección de Virgilio.

Veamos ahora el cuadro de los amores de nuestros primeros padres: Adán y Eva, pintados por el ciego de Albión, formarán un contraste bastante hermoso con Ulises y Penélope, retratados por el ciego de Esmirna.

III

CONTINUACIÓN DE LOS ESPOSOS.—ADÁN
Y EVA.

Satanás ha penetrado en el Paraíso. En medio de los animales de la Creación,

He saw

Two of far nobler aspect erect and tall
... ..
... .. of her daughters, Eve¹.

Entonces descubre dos seres de forma más noble, de erguida y elevada estatura, como la de los espíritus inmortales. En todo el primitivo honor de su nacimiento, les cubre una majestuosa desnudez; pudiera creérselos monarcas de aquel nuevo universo, y parecen dignos de serlo. A través de sus miradas llenas de nobleza, brillan los atributos de su glorioso Criador: la verdad, la sabiduría y la santidad, rígida y pura; virtud de que emana la autoridad real del hombre. No obstante, aquellas criaturas celestiales se diferencian entre sí, como declara su sexo. El ha sido formado para la contemplación y el valor; Ella ha sido creada para los deleites y las gracias: El para Dios solamente; Ella para Dios en Él. La despejada frente y el sublime aspecto del primero anuncian el poder absoluto; sus cabellos, que se dividen sobre su cabeza, penden noblemente en rizos a entrambos lados, pero sin flotar sobre sus anchos hombros. No así su compañera: ésta deja colgar, a semejanza de un velo de oro, sus largas trenzas sobre su cintura, donde forman caprichosos anillos: no de otro modo enrosca la viña sus tiernas cepas en derredor de un frágil apoyo; símbolo de la sumisión en que ha nacido nuestra madre, sumisión a un cetro harto ligero; obediencia concedida por Ella y recibida más bien que exigida por Él; imperio cedido voluntariamente, y no obstante con ciertas reservas; cedido con modesto orgullo y amorosas resistencias, llenas de temor y de encantos. Ni tampoco vosotros, misteriosas obras de la Naturaleza, estabais ocultas entonces, porque en aquellos días eran desconocidas toda vergüenza culpable, toda aspiración criminal. Hijo del Pecado, Pudor impúdico, ¡cuántas veces has emponzoñado las horas del hombre por una vana apariencia de pureza! Tú has desterrado de nuestra vida lo único que constituye la verdadera vida, esto es, la sencillez y la inocencia. Así recorrerán desnudos aquellos dos felices esposos del solitario Edén, no evitando las miradas de Dios ni

la de los ángeles, porque no conocían el mal; así paseaba asida de las manos la más hermosa pareja que se unió en tiempo alguno con los lazos del amor; Adán, el mejor de todos los hombres que formaron su posteridad, y Eva, la más hermosa de cuantas mujeres tuvo por hijas.

Nuestros primeros padres se retiran a la sombra, a la margen de una fuente, y toman su alimento en medio de los animales de la Creación, que se solazaban en derredor de su rey y su reina. Satanás, oculto bajo la forma de uno de esos animales, contempla a los dos esposos, y siéntese casi enternecido al aspecto de su hermosura e inocencia, y por el presentimiento de los males con que se dispone a reemplazar tanta ventura: rasgo admirable. Mientras Adán y Eva departen con ánimo tranquilo a orillas de la fuente, Eva razona de esta suerte con su esposo:

That day I oft remember, when from sleep
... .. her silver mantle threw¹.

Recuerdo muchas veces aquel día en que, al salir del primer sueño, me encontré acostada entre las flores, bajo la espesura, ignorando dónde me hallaba, y cuándo y cómo había sido llevada a aquellos lugares. No lejos de allí murmuraba una corriente en la hoquedad de un peñasco. Aquella corriente se desplegaba a la manera de un mantel húmedo, y luego detenía sus ondas, puras como los espacios del firmamento. Adelantéme hacia aquel lugar, cediendo a un vago pensamiento, y me senté en las verdes márgenes para mirar las transparentes aguas, que parecían otro cielo. No bien me incliné sobre las ondas, aparecióse una sombra en el líquido cristal, inclinándose hacia mí como yo hacia ella. Me estremecí, y se estremeció; adelanté nuevamente la cabeza, y la dulce aparición tornó a presentarse al punto, dirigiéndome miradas de simpatía y de amor. Fijos permanecerían aún mis ojos en aquella imagen, consumido hubiérame en un vano deseo, si no hubiese resonado esta voz en el desierto: «El objeto que admiras, hermosa criatura, eres tú misma; contigo huye, contigo reaparece. Sígueme, que yo te conduciré a lugar donde una sombra falaz no burle tus abrazos; a lugar donde halles el ser que es tu imagen: tuyo será para siempre, y tú le darás multitud de hijos semejantes a ti misma, y por ello serás apellidada la Madre del género humano.»

¿Qué podía hacer después de oír estas palabras? Obedecer y marchar invisiblemente

1. *Par. lost.*, t. iv. v. 288, 314, Glasc. edit. 1776.

1. *Par. lost.*, tomo iv, v. 449-502 inclusive; después, desde el verso 591 al 609.

conducida. No tardé en verte debajo de un plátano. ¡Oh! ¡Cuán apuesto y gentil me pareciste! Y, no obstante, te juzgué menos hermoso, menos tierno que el gracioso fantasma encadenado en los móviles pliegues de las aguas. Quise huir, pero tú me seguiste, y alzando la voz exclamaste: «Vuelve, encantadora Eva. ¿Sabes de quién huyes? Tú eres la carne y los huesos del ser de quien te alejas. Para darte la vida, la he sacado de mí mismo, tomándola de mi propio corazón, para tenerla eternamente a mi lado. ¡Oh mitad de mi alma, con cuánto amor te busco! Tu otra mitad te reclama.» Y así diciendo, tu dulce mano estrechó la mía: cedi; y desde entonces he conocido cuán superiores son a las tímidas gracias una hermosura varonil y la sabiduría, única hermosura verdadera.

Así habló la madre del linaje humano. Y entregándose con miradas de amor a un tierno abandono, inclinóse sobre Adán y le abrazó con dulce indecisión. La mitad de su seno, en voluptuosa desnudez, tocó misteriosamente, al elevarse bajo el oro de las sueltas crenchas, el desnudo seno de su esposo. Adán, vencido por su hermosura y sus deciles gracias, sonrió con un amor sublime: tal es la sonrisa que el cielo deja caer en la Primavera sobre las nubes, para infundirles la vida cuando encierran fecundas la semilla de las flores. Adán imprime luego un beso purísimo en los labios fecundos de la madre de los humanos.

El sol se había ocultado en el horizonte de las Azores: bien sea porque esta principal lumbrera del cielo hubiese girado con increíble rapidez hacia aquellas playas, bien porque la tierra, menos rápida, retirándose al Oriente por un camino más corto, hubiese dejado al astro del día a la izquierda del mundo. Ya había revestido de púrpura y de oro las nubes que flotan en derredor de su trono occidental; la noche se adelantaba tranquila, y un apacible crepúsculo envolvía los objetos en sus uniformes tinieblas. Las aves del cielo descansaban en sus nidos, y los animales de la tierra en sus guaridas; todo callaba, exceptuando el ruiseñor, amante de las sombras, que llenaba la noche con sus amorosas quejas, embeleso del Silencio. Poco después el firmamento se tachonó de resplandecientes zafiros; la estrella vespertina, a la cabeza del ejército de los astros, se mostró largo rato la más brillante, hasta que levantándose, majestuosa, la reina de las noches a través de las nubes, derramó su dulce claridad y tendió su argenteo manto sobre las sombras¹.

Adán y Eva se retiran al albergue conyugal, después de ofrecer sus preces al Eterno. Penetran en la obscuridad de la espesura, y tiéndense sobre un lecho de flores.

Al llegar aquí, Milton queda como a la puerta del misterioso retiro, y entona a la faz del firmamento y del polo cargado de estrellas, un canto al Himeneo. Empieza su magnífico epitalamio sin preparación, cediendo a un movimiento inspirado, a estilo antiguo:

Hail, wedded love, mysterious law, true source
Of human offspring...

«¡Salve, amor conyugal, ley misteriosa, fuente de la posteridad! Así canta súbitamente el ejército griego, después de la muerte de Héctor: ¡Hemos alcanzado una gloria señalada! ¡Hemos dado muerte al divino Héctor! De este modo, los salios exclaman bruscamente en Virgilio, al celebrar la fiesta de Hércules: *Tu nubigenas, invicte, bimembres*, etc. «Tú venciste a los dos centauros, hijos de una nube, etc.»

Este himeneo es la última pincelada del cuadro de Milton, y termina la pintura de los amores de nuestros primeros padres¹.

No tememos que se nos acuse por la extensión de esta cita: «En todos los demás poemas, dice Voltaire, el amor es considerado como una flaqueza; sólo en Milton es una virtud. El poeta ha sabido levantar con mano casta el velo que cubre en otros lugares los placeres de esta pasión, y al trasladar al lector al jardín de las delicias, parece hacerle gustar los puros deleites a que se abandonan Adán y Eva. No se elevan sobre la Naturaleza humana, sino sobre la Naturaleza humana corrompida; y como no hay otro ejemplo de semejante amor, no lo hay de semejante poesía².»

Comparando ahora los amores de Ulises y Penélope con los de Adán y Eva, veremos que la sencillez de Homero es más ingenua, y la de Milton más magnífica. Ulises, aunque rey y héroe, es,

1. Los que conozcan el idioma inglés, observarán lo difícil que es esta traducción. Se nos perdonará la osadía que nos hemos permitido en favor de la lucha contra el texto. También hemos omitido algunos trazos de mal gusto, particularmente la comparación alegórica de la sonrisa de Júpiter, que hemos reemplazado por una idea propia.

1. Aun hay otro pasaje en que estos amores son descritos: es en el libro VIII, cuando Adán cuenta a Rafael las primeras sensaciones de su vida, sus conversaciones con Dios sobre la soledad, la formación de Eva y su primera entrevista con ella. Este pasaje no es inferior al que acabamos de citar, y debió su belleza a una religión santa y pura.

2. *Essai sur la Poésie épique*, cap. ix.

no obstante, algo rústico : sus astucias, sus maneras y sus palabras tienen un carácter agreste y sencillo. Adán, aunque apenas nacido y falto de experiencia, es ya el acabado modelo del hombre ; adviértese desde luego que no ha nacido de las débiles entrañas de una mujer, sino de las manos vivas de Dios. Muéstrase noble, majestuoso, y a la vez lleno de inocencia y de genio : es tal cual le pintan los libros santos, digno del respeto de los ángeles, y de pasear en la soledad con su Criador.

Por lo que respecta a las dos esposas, si Penélope es más reservada, y luego más tierna que nuestra primera madre, esto consiste en que ha sido acrisolada por la desgracia, y ésta nos hace desconfiados y sensibles. Eva, por el contrario, se abandona, y es comunicativa, seductora, y aun tiene cierto grado de coquetería. ¿Y por qué mostrarse circunspecta y prudente como Penélope? ¿No le sonríe todo? Si el infortunio cierra el alma, la felicidad la dilata ; en el primer caso, no hallamos desiertos que basten a ocultar nuestros pesares ; en el segundo, no encontramos bastantes corazones a quienes comunicar nuestros placeres. Sin embargo, Milton no quiso pintar perfecta a su Eva, sino representarla irresistible por sus encantos, pero un tanto indiscreta y locuaz, para que el lector previese desde luego la catástrofe en que va a precipitarla este defecto. Por lo demás, los amores de Penélope y Ulises son puros y severos, como deben serlo los de los cónyuges.

Este es lugar oportuno de advertir que la mayor parte de los poetas antiguos se expresan, al pintar los placeres, con una desnudez y una castidad que excitan la admiración. Nada es más púdico que su pensamiento, nada más libre que sus expresiones ; nosotros, por el contrario, contemporizamos demasiado con los sentidos, y los alarmamos. ¿De dónde procede esa magia de los antiguos, y por qué una Venus de Praxíteles, enteramente desnuda, seduce más nuestro espíritu que nuestra vista? La razón de este hecho estriba en que hay un bello ideal que afecta más al alma que a la materia. Entonces sólo el genio, que no el cuerpo, se enamora

y arde en deseo de unirse estrechamente con aquella obra maestra. Todo fuego terreno se apaga, y es reemplazado por un amor divino ; el alma apasionada se reconcentra en el objeto amado, y espiritualiza hasta los términos groseros de que se ve precisada a valerse para expresar su pasión.

Pero ni el amor de Penélope y Ulises, ni el de Dido por Eneas, ni el de Alceste por Admete, pueden ser comparados al sentimiento que recíprocamente se inspiran los dos nobles personajes de Milton : sólo la verdadera religión pudo imprimir el sello de tan santa, de tan sublime ternura. ¡Qué enlace de ideas ! El Universo nace ; los mares se asustan, por decirlo así, de su propia inmensidad ; los soles titubean en sus nuevas órbitas ; los ángeles son atraídos por estas maravillas : Dios contempla aún sus obras ; y dos seres, medio espíritu y medio barro, al admirar sus cuerpos y aun más sus almas, hacen a la par el primer ensayo de sus primeros pensamientos y de sus primeros amores.

Para hacer perfecto este cuadro, Milton tuvo la feliz ocurrencia de colocar en él al espíritu de tinieblas, como una gran sombra. El ángel rebelde acecha a los dos esposos, y al oír de sus labios el fatal secreto, se regocija de su futura desgracia, pues toda esta pintura de la felicidad de nuestros padres es realmente el primer paso hacia horribles calamidades. Penélope y Ulises recuerdan un infortunio pasado, mientras que Eva y Adán anuncian próximas desventuras. Todo drama peca esencialmente por su base, si presenta alegrías sin mezcla de pesares pasados, o en perspectiva. Una felicidad absoluta nos causa hastío ; una desgracia absoluta nos repugna ; la primera está destituida de recuerdos y de lágrimas ; lo está la segunda, de esperanzas y de sonrisas : Cuando el poeta sube del dolor al placer, como en la escena de Homero, es más tierno y melancólico, porque el alma no hace sino meditar en lo pasado y descansar en lo presente ; si, por el contrario, descende de la prosperidad al llanto, como en la pintura de Milton, es muy triste, más desgarrador, porque el corazón se detiene apenas en lo presen-

te y anticipa los males que le amenazan. Es, por consiguiente, indispensable unir siempre en nuestros cuadros la prosperidad al infortunio, y presentar la suma de los males un poco mayor que la de los bienes, porque así acontece en la Naturaleza. Dios ha mezclado dos licores en la copa de la vida, uno dulce, amargo el otro; pero la amargura del segundo se aumenta con las heces que entrambos licores depositan en el fondo de aquélla.

IV

EL PADRE. — PRÍAMO.

Del carácter del *esposo* pasemos al del *padre*, considerando la paternidad en las dos situaciones más sublimes y tiernas de la vida: la vejez y la adversidad. Príamo, monarca derribado de la cumbre de la gloria, y cuyos favores habían solicitado los poderosos de la tierra, *dum fortuna fuit*; Príamo cubierta la cabeza de ceniza y anegado en llanto el semblante, solo y en medio de la noche, ha penetrado en el campo de los griegos. Postrado a los pies del implacable Aquiles, besa las manos terribles, las manos *que devoran los hombres*, y que humearon tantas veces con la sangre de sus hijos, reclama el cadáver de su Héctor, y dice:

Acuérdate de tu padre, ¡oh Aquiles, semejante a los dioses! Tu padre está encorvado como yo bajo el peso de los años, y toca como yo al último término de la vejez. Tal vez se ve en estos momentos acosado por enemigos poderosos, sin tener a su lado un hombre animoso que le defienda. Y no obstante, cuando sabe que estás lleno de vida, se regocija en lo íntimo de su corazón; y espera todos los días tornar a ver su hijo, de regreso de Troya. Mas yo, el más infeliz de los padres, no creo me quede uno de tantos hijos como contaba en la poderosa Ilión: tenía cincuenta cuando los griegos desembarcaron en estas playas; diez y nueve habían salido de las mismas entrañas, y diferentes cautivas me habían dado los demás; la mayor parte han sucumbido al poder de Marte. Pero aun me quedaba uno que defendía a sus hermanos y a Troya; mas tú acabas de darle muerte, combatiendo por su patria... Héctor; por él vengo a la flota de los griegos, y para recoger sus restos te traigo un inmenso rescate. Respeta a los dioses, ¡oh Aquiles!, compadécete de mí y

acuérdate de tu padre. ¡Oh! ¡Cuán misero soy! Ningún desgraciado se vió reducido en tiempo alguno a tanto exceso de humillación: ¡beso las manos que han dado cruda muerte a mis hijos!

¡Cuántas bellezas encierra esta súplica! ¡Qué escena presenta a los ojos del lector! ¡La noche, la tienda de Aquiles, este héroe que llora a Patroclo al lado del fiel Automedonte, Príamo que se presenta en medio de las sombras y se precipita a las plantas del hijo de Peleo! Allí están detenidos, en las tinieblas, los carros cargados con los presentes del rey de Troya; y a escasa distancia los desfigurados restos del generoso Héctor yacen insepultos, sin honor, en las playas del Helesponto.

Estudad el discurso de Príamo, y veréis que la segunda palabra que este desventurado monarca pronuncia es la de *padre*; el segundo pensamiento en el mismo verso es un elogio al orgulloso Aquiles; *Aquiles, semejante a los dioses*. Gran violencia debe hacerse Príamo al hablar así al matador de Héctor; en todo esto brilla un profundo conocimiento del corazón humano.

El recuerdo más tierno que podía ofrecerse al hijo de Peleo, después del de su padre, era sin duda la edad de éste. Hasta allí Príamo no se había atrevido a proferir una palabra acerca de sí mismo; pero de repente se le presenta una semejanza de que se apodera con tierna sencillez: *toca como yo*, dice, *al último término de la ancianidad*. Así Príamo no habla de su persona sino confundiéndola con la de Peleo; obliga a Aquiles a que no vea en su propio padre más que un rey suplicante y desgraciado. La imagen del abandono del viejo monarca, *tal vez acosado por vecinos poderosos* en la ausencia de su hijo, la pintura de sus pesares súbitamente olvidados al saber que Aquiles está *lleno de vida*, y por último, la comparación de las penas pasajeras de Peleo con los irreparables males de Príamo, presentan una mezcla admirable de dolor, de previsión, de buen sentido y de dignidad.

¡Con cuán respetable y santa oportunidad inclina luego el anciano de Ilión al soberbio Aquiles a escuchar tranquilamente hasta el elogio de Héc-

tor! Abstiénense primero con exquisito tacto de nombrar al héroe troyano, y se limita a decir: *me quedaba un hijo*; y sólo nombra a Héctor, a su vencedor, después de haberle dicho que acababa de darle muerte *combatiendo por la patria*; entonces pronuncia simplemente la palabra *Héctor*. Y nótese que este nombre aislado ni aun está comprendido en el período poético, pues relegado al principio de un verso, cuya medida corta, suspende el alma y el oído, y forma un sentido completo, aunque en nada se enlaza con lo que sigue.

Merced a tan delicados artificios, el hijo de Peleo se acuerda de su venganza antes que de su enemigo. Si Príamo hubiese desde luego nombrado a Héctor, Aquiles habría pensado en Patroclo; pero no le presenta ya a Héctor, sino un cadáver mutilado, unos miserables despojos, presa de perros y buitres; y aun así no se los presenta sino con una plausible excusa: *combatía por la patria*. El orgullo de Aquiles queda satisfecho de haber triunfado de un héroe que defendía por sí solo a *sus hermanos y los muros de Troya*.

Finalmente, después de haber hablado de los hombres al hijo de Tetis, Príamo le nombra los justos dioses, y le atrae por última vez a la memoria de Peleo. El rasgo que da fin a la súplica del monarca de Ilíon es uno de los más sublimes en el género patético.

V

CONTINUACIÓN DEL PADRE.—LUSIÑÁN.

En *Zaira* hallamos un padre que oponer a Príamo. Es indudable que ambas escenas no pueden compararse ni por la composición, ni por la fuerza de la pintura, ni por la belleza de la poesía; pero el triunfo del cristianismo será, por esta misma razón, más brillante; pues por sí mismo y sin otro encanto que el de sus recuerdos, puede luchar contra el genio de Homero. El mismo Voltaire no oculta que buscó el buen éxito de su trabajo en el poder de este encanto, pues escribe, hablando de *Zaira*: «Procuraré hacer brillar en esta obra todo lo más patético e interesante que al parecer se encierra en la religión cristia-

na¹.» Un antiguo cruzado, lleno de infortunios y de gloria, el anciano Lusínán, que se mantiene fiel a su religión en los calabozos, suplica a su joven y enamorada hija que escuche la voz del Dios de sus padres: escena magnífica, cuyo resorte estriba por entero en la moral evangélica y en los sentimientos cristianos:

Mon Dieu! j'ai combattu soixante ans pour ta gloire:
J'ai vu tomber ton temple et périr ta mémoire;
Dans un cachot affreux abandonné vingt ans,
Mes larmes t'imploreroient pour mes tristes enfants:
Et lorsque ma famille est par toi réunie,
Quand je trouve une fille, elle est ton ennemie!
Je suis bien malheureux!—C'est ton père, c'est moi,
C'est ma seule prison qui t'a ravi ta foi...
Ma fille, tendre objet de mes dernières peines,
Songe au moins, songe au sang qui coule dans tes veines,
C'est le sang de vingt rois, tous chrétiens comme moi;
C'est le sang des héros, défenseurs de ma loi;
C'est le sang des martyrs.—O fille encor trop chère!
Connais-tu ton destin? Sais-tu quelle est ta mère?
Sais-tu bien qu'a l'instant que son flanc mit au jour
Ce triste et dernier fruit d'un malheureux amour,
Je la vis massacrer par la main forcenée,
Par la main des brigands à qui tu t'es donnée?
Tes frères, ces martyrs égorgés à mes yeux,
T'ouvrent leurs bras sanglants, tendus du haut des cieux.
Ton Dieu que tu trahis, ton Dieu que tu blasphèmes,
Pour toi, pour l'univers, est mort en ces lieux mêmes,
En ces lieux où mon bras le servit tant de fois,
En ces lieux où son sang te parle par ma voix.
Vous ces murs, vous ce temple envahi par tes maîtres:
Tout annonce le Dieu qu'ont vengé tes ancêtres.
Tourne les yeux: sa tombe est près de ce palais,
C'est ici la montagne où, levant nos forfaits,
Il voulut expirer sous les coups de l'impie;
C'est là que de sa tombe il repella sa vie.
Tu ne saurais marcher dans cet auguste lieu,
Tu n'y peux faire un pas sans y trouver ton Dieu,
Et tu n'y peux rester sans renier ton père...².

Una religión que brinda semejantes bellezas a su enemigo, bien merece ser

1. Obras completas de Voltaire, t. LXXVIII, *Corresp. gén.*, carta LVII, pág. 119, edit. en 1785.

2. «Dios mío! He combatido sesenta años por tu gloria;—he visto caer tu templo y perecer tu memoria;—abandonado veinte años en un horrible calabozo,—mis lágrimas te imploraban por mis hijos:—y cuando mi familia fué por ti reunida,—cuando encuentro a mi hija, ella es tu enemiga!—Cuán desgraciado soy! Es tu padre, soy yo,—es sólo mi prisión quien ha robado tu fe...—Hija mía, delicado objeto de mis últimas penas,—piensa al menos, piensa en la sangre que corre por tus venas,—sangre de veinte reyes, cristianos todos como yo;—sangre de héroes, defensores de mi ley,—sangre de mártires. ¡Oh hija demasiado querida!—¿Conoces tu destino? ¿Sabes cuál es tu madre?—¿Sabes tú que en el instante en que dió a luz—ese triste y último fruto de un desdichado amor,—yo la vi degollar por la mano furiosa,—por la mano de los furiosos a quienes tú le diste?—Tus hermanos, esos mártires pasados a cuchillo en mi presencia,—te abren sus brazos ensangrentados, tendidos desde lo alto de los cielos.—Tu Dios, que tú traicionas, tu Dios, de quien tú blasfemas,—para tí, para el universo murió en estos mismos lugares,—en estos lugares donde mi brazo le sirvió tantas veces,—en estos lugares donde su sangre te habla por mi voz.—Mira esos muros, mira ese templo invadido por tus señores:—todo anuncia al Dios que han vengado tus ascendientes.—Vuelve la vista: su tumba está cerca de ese palacio;—aquí está la montaña donde, lavando nuestros crímenes,—expiró bajo los golpes del impío,—su tumba que está allá recuerda su vida.—No sabrías marchar por este augusto lugar,—no puedes dar un paso sin encontrar en él a Dios,—y tampoco te puedes quedar sin renegar de tu padre... (N. del T.)

oída antes de ser condenada. La anti-güedad no presenta en ninguna de sus obras este interés, porque no tenía semejante culto. Como el politeísmo no refrenaba las pasiones, no podía producir esos combates interiores del alma, tan comunes bajo el yugo de la ley evangélica, y origen de las más interesantes situaciones. El carácter patético del cristianismo realza poderosamente el encanto de Zaira. Si Lusiñán no hablase a su hija sino de dioses felices, de los festines y de las alegrías del Olimpo, no lograría excitarle más que un escaso interés, y formaría un duro contraste con las tiernas emociones que el poeta intenta poner en juego. Pero los infortunios de Lusiñán, su sangre y sus sufrimientos se mezclan con la sangre y los sufrimientos de Jesucristo. ¿Podría Zaira renegar de su Redentor en el mismo lugar donde éste se sacrificó por ella? La causa de un padre y la de un Dios se confunden; los cansados años de Lusiñán y los tormentos de los mártires forman parte de la autoridad de la religión; el Gólgota y el Sepulcro gritan: todo aquí es trágico: los lugares, el hombre y la Divinidad.

VI

LA MADRE. — ANDRÓMACA.

Voix in Rama audita est, dice Jeremías ¹, *ploratus et ululatus multus; Rachel plorans filios suos, et noluit consolari, quia non sunt*. «Oyóse una voz en Rama, acompañada de llantos y muchos gemidos; Raquel llora a sus hijos, y rechaza todo consuelo *porque ya no existen*.» ¡Cuán bello es este *quia non sunt*! Una religión que ha consagrado estas palabras, conoce a fondo el corazón maternal.

El culto de la Virgen y el amor de Jesucristo a los niños prueban bastante que el espíritu del cristianismo tiene una tierna simpatía con el genio de las madres. Nos proponemos abrir aquí un

nuevo campo a la crítica, buscando en los sentimientos de una madre *pagana*, pintada por un autor *moderno*, los rasgos *cristianos* que este autor ha podido esparcir en su cuadro, sin que él mismo se apercibiese de ello. Para demostrar la influencia de una institución moral o religiosa sobre el corazón del hombre, no se necesita que el ejemplo que se aduce esté basado en la esencia misma de esta institución, sino que basta que revele su genio; así, pues, el *Eliseo* en el *Telémaco* es visiblemente un *paraíso cristiano*.

Ahora bien: los más tiernos sentimientos de la Andrómaca de Racine, son en su mayor parte los de un poeta cristiano. La Andrómaca de la *Iliada* es más esposa que madre; la de Eurípides abraza a la vez un carácter rastrero y ambicioso que desnaturaliza el carácter maternal; la de Virgilio es tierna y triste, pero también menos madre que esposa: la viuda de Héctor no pregunta: *Astyanax ubi est?*, sino, *Hector ubi est?*

La Andrómaca de Racine es más sensible, más interesante que la antigua. Este verso tan sencillo como afectuoso:

Je ne l'ai point encore embrassé d'aujourd'hui¹,

es el lenguaje de una mujer cristiana; esto no pertenece al gusto griego, y menos aun al romano. La Andrómaca de Homero deplora las futuras desgracias de Astianacte, pero apenas se ocupa de él en lo presente; la madre, en nuestro culto, más tierna sin ser menos previsora, olvida algunas veces sus pesares al besar a su hijo. Los antiguos no detenían mucho tiempo su vista en la niñez, pues parece hallaban una expresión demasiado sencilla en el lenguaje de la cuna. Sólo el Dios del Evangelio se atreve a nombrar sin rubor a los *niñitos* ², *parvuli*, y a presentarlos como ejemplo a los hombres:

Et accipiens puerum, statuit eum in medio eorum: quem cum complexus esset, ait illis:

«Quisquis unum ex hujusmodi pueris receperit in nomine meo me recipit.»

Y habiendo tomado un niño, le sentó en

1. Cap. xxxi, v. 15.

2. Hemos seguido el latín del Evangelio de San Mateo (c. ii, v. 18). No vemos por qué Sacy ha traducido *Rama* por *rama*, una ciudad. *Rama*, en hebreo significa una rama de árbol, un brazo de mar, una cadena de montañas. Este último sentido es el del hebreo, y la Vulgata lo dice en San Jerónimo, *vox in excelsis*.

1. Todavía no la he abrazado hoy. (N. del T.)

2. MATTH., cap. xviii, v. 3.

medio de ellos, y después de abrazarlo les dijo:

«Todo el que reciba en mi nombre a un pàrvulo me recibe a mí¹.»

Cuando la viuda de Héctor dice a Cefiso en Racine:

Qu'il ait de ses aïeux un souvenir modeste;
Il est du sang d'Hector, mais il en est le reste².

¿quién no reconoce a la cristiana? Estas palabras son el *deposuit potentes de sede*. La antigüedad no se explica en estos términos, porque únicamente imita los sentimientos *naturales*: pero los que se expresan en estos versos de Racine *no están meramente en la naturaleza*, sino que violentan por el contrario la voz del corazón. Héctor no aconseja a su hijo que conserve un *modesto recuerdo de sus abuelos*, sino que al elevar a Astianacte al cielo, exclama:

«¡Oh Júpiter, y todos vosotros, dioses del Olimpo! Haced que mi hijo reine como yo sobre Ilión; que obtenga el imperio entre los guerreros; y que al verle volver cargado con los despojos del enemigo, todos exclamen: «¡Es aún más valiente que su padre!»

Eneas dice a Ascanio:

... .. Et te, animo repetentem exempla tuorum,
Et pater Æneas, et avunculus excitet Hector³.

La Andrómaca moderna se expresa casi en los mismos términos que Virgilio respecto de los antepasados de Astianacte. Pero después de este verso,

Dis-lui par quels exploits leurs noms ont élaté⁴,

añade:

Plûtôt ce qu'ils ont fait que ce qu'ils ont été⁵.

En estos preceptos, directamente opuestos a la voz del orgullo, se ve la naturaleza corregida, la naturaleza más hermosa, la naturaleza evangélica. Esta humildad con que el cristianismo ha sellado nuestros sentimientos, cambian-

do para nosotros la índole de las pasiones, como en breve diremos, transporta en todo el papel de la moderna Andrómaca. Cuando la viuda de Héctor se representa en la *Iliada* el destino reservado a su hijo, en la pintura que hace de la futura miseria de Astianacte, se advierte cierto carácter de bajeza y de humillación; la humildad en nuestra religión está muy lejos de usar semejante lenguaje, pues es tan noble como tierna. El cristiano se somete a las más duras condiciones de la vida, pero se echa de ver que cede a ellas obedeciendo a un principio de alta virtud, y que no se dobla sino bajo la mano de Dios, no bajo la de los hombres; conserva su dignidad en el cautiverio, pues, fiel sin cobardía a su Maestro, desprecia unas cadenas cuyo peso no le abrumará sino breves momentos, y del cual le libertará la muerte; considera cual engañosos sueños las cosas de la vida, y sobrelleva la suerte impropicia sin lamentarse, porque la libertad y la opresión, la prosperidad y la desgracia, la diadema y el gorro del esclavo, se diferencian muy poco a sus ojos.

VII

EL HIJO. — GUZMÁN.

También esta vez nos presenta Voltaire el modelo de otro carácter cristiano: el carácter del *hijo*. No veremos en él al dócil Telémaco con Ulises, ni al impetuoso Aquiles con Peleo, sino a un joven apasionado, cuyas inclinaciones combate y subyuga la religión.

Alzira, a pesar de la escasa verosimilitud de las costumbres, es una tragedia muy interesante: vágase en ella en esas regiones de la moral cristiana que, elevándose sobre la moral vulgar, es en sí misma una poesía divina. La paz que reina en el alma de Álvarez no es la mera paz de la Naturaleza. Supóngase que Néstor procura moderar las pasiones de Antíloco; pues bien: empezará citándole muchos ejemplos de jóvenes que se perdieron por haber desoído a sus padres; y luego, uniendo a estos ejemplos algunas máximas triviales, acerca de la indocilidad de la juventud y la ex-

1. Marc., cap. ix, v. 35, 36.

2. Que tenga de sus abuelos un recuerdo modesto: — es de la sangre de Héctor, pero lo es de la que queda... (N. del T.)

3. *Æn.*, lib. xii, v. 439-440.

4. Díle por medio de qué proezas sus nombres han brillado. (N. del T.)

5. Más bien lo que ellos han hecho que lo que han sido. (N. del T.)

perencia de la ancianidad, coronará sus observaciones con su propio elogio, y echando de menos los tiempos que fueron.

La autoridad a que Álvarez apela, es de otro género: olvida su edad y su autoridad paterna para no hablar sino en nombre de la religión. No trata de desviar a Guzmán de un crimen particular, sino que le aconseja una virtud general, la caridad, especie de humanidad celestial que el Hijo del Hombre ha hecho bajar sobre la tierra, y que no habitaba en ella antes del establecimiento del cristianismo¹. Por último, Álvarez, mandando a su hijo como padre, y obediéndole como súbdito, es uno de esos rasgos de alta moral, tan superior a la de los antiguos, cuanto es superior el Evangelio a los diálogos de Platón, para la enseñanza de las virtudes.

Aquiles mutila a su enemigo y le insulta después de haberle vencido. Guzmán, tan terrible como el hijo de Peleo, atravesado de heridas por la mano de Zamora, expirando en la flor de sus años, y perdiendo a la vez una esposa adorada y el mando de un vasto imperio, pronuncia el fallo que sigue contra su rival y asesino, ¡triumfo brillante de la religión y del ejemplo paterno sobre un hijo cristiano!

(A Álvarez.)

Le Ciel qui veut ma mort et qui l'a suspendue,
Mon père, en ce moment m'amène à votre vue.
Mon âme fugitive et prête à me quitter
S'arrête devant vous... mais pour vous imiter.
Je meurs; le voile tombe, un nouveau jour m'éclaire:
Je ne me suis connu qu'au bout de ma carrière.
J'ai fait jusqu'au moment qui me plonge au cercueil
Gémir l'humanité du poids de mon orgueil.
Le Ciel venge la terre: il est juste, et ma vie
Ne peut payer le sang dont ma main s'est rougie.
Le bonheur m'aveugla, la mort m'a détrompé:
Je pardonne à la main par qui Dieu m'a frappé:
J'étois maître en ces lieux, seul j'y commande encore,
Seul je puis faire grâce, et la fais à Zamora.
Vis, superbe ennemi; sois libre, et te sournien
Quel fut et le devoir et la mort d'un chrétien.

(A Montezú; qui se jette à ses pieds.)

Montezú, Américains, qui fûtes mes victimes,
Songez que ma clémence a surpassés mes crimes;
Instruisez l'Amérique, apprenez à ses rois
Que les chrétiens sont nés pour leur donner des lois.

1. Los mismos antiguos debieron a su culto la poca humanidad que se observa entre ellos: la hospitalidad, el respeto a los suplicantes y a los desgraciados abarcaban sus ideas religiosas. Para que el miserable encontrase alguna piedad en la tierra, era preciso que Júpiter se declarase su protector; ¡tan feroz es el hombre sin religión!

CRISTIANISMO.—8

(A Zamora.)

Des dieux que nous servons connais la différence:
Les tiens t'ont commandé le meurtre et la vengeance,
Et le mien, quand ton bras vient de m'assassiner,
M'ordonne de te plaindre et de te pardonner¹.

¿A qué religión pertenecen esta moral y esta muerte? Reina aquí un ideal de verdad superior a todo ideal poético. Cuando decimos un ideal de verdad, nada exageramos; sabido es que estos versos:

Des dieux que nous servons connais la différence, etc.

son las mismas palabras de Francisco de Guisa². Por lo que respecta al todo, hallamos en él un resumen de la moral evangélica:

Je ne me suis connu qu'au bout de ma carrière.
J'ai fait, jusqu'au moment qui me plonge au cercueil
Gémir l'humanité du poids de mon orgueil.

Sólo un rasgo no es cristiano en este fragmento:

Instruisez l'Amérique, apprenez à ses rois
Que les chrétiens sont nés pour leur donner des lois.

El poeta ha querido hacer prevalecer aquí la naturaleza y el carácter orgulloso de Guzmán: la intención dramática es oportuna; pero, tomada como belleza absoluta, la idea expresada en este verso parece harto pequeña en medio de los elevados sentimientos de que está rodeada. Tal se muestra siempre la pura naturaleza al lado de la naturaleza

1. (A Álvarez.) El Cielo que quiere mi muerte y que la tiene suspendida,—padre mío, en este momento me lleva a vuestra presencia.—Mi alma fugitiva y presta a abandonarme—se detiene ante vos... pero para imitaros.—Me muero; el velo cae, un nuevo día me alumbra:—no me he conocido hasta el fin de mi carrera.—He hecho, hasta el momento que me hunde en el féretro,—gémir a la humanidad con el peso de mi orgullo.—El Cielo venga a la tierra: es justo, y mi vida—no puede pagar la sangre con que mi mano está teñida.—La felicidad me cegó, la muerte me ha desengañado;—perdono a la mano dispuesta por Dios para herirme:—era señor en estos lugares, sólo yo mando aún en ellos,—sólo yo puedo conceder gracia, y la concedo a Zamora.—Vive, soberbio enemigo; sé libre, y acuérdate—cuál fué el deber y la muerte de un cristiano.

(A Montezú, que se arroja a sus pies.) Montezú, americanos, que fuisteis mis víctimas,—pensad que mi clemencia ha superpujado a mis crímenes;—instruís a la América, enseñad a sus reyes—que han nacido los cristianos para darles las leyes.

(A Zamora.) De los dioses que nosotros servimos conoce la diferencia:—los tuyos te han mandado la muerte y la venganza,—y el mío, cuando tu brazo acaba de asesinarme,—me ordena condolerme y perdonarte. (N. del T.)

2. Se ignora generalmente que Voltaire no se sirvió de las palabras de Francisco de Guisa, sino tomándolas de otro poeta: Rowe, antes que él, las usó en su *Tamerlan*, y el autor de *Alzira* contentóse con traducir palabra por palabra al trágico inglés.

cristiana. Voltaire fué asaz ingrato al calumniar un culto que le prestó sus más hermosos títulos a la inmortalidad. Hubiera debido recordar siempre este verso, indudablemente compuesto por él en un impulso de involuntaria admiración :

Quoi donc ! les vrais chrétiens auraient tant de vertus ?

Añadamos, tanto *genio*.

VIII

LA HIJA. — IFIGENIA.

Ifigenia y Zaira ofrecen para el carácter de la *hija* un interesante paralelo. Una y otra, bajo el yugo de la autoridad paterna, se inmolan por la religión de su respectivo país. Es verdad que Agamenón exige de Ifigenia el doble sacrificio de su amor y de su vida, al paso que Lusiñán sólo pide a Zaira que olvide su amor ; empero, para una mujer enamorada, el vivir y renunciar al objeto de su pasión es quizá una condición más cruel que la muerte. Ambas situaciones pueden, por consiguiente, contrabalancearse en cuanto al interés *natural* : veamos si sucede lo mismo respecto al interés *religioso*.

Agamenón, al obedecer a los dioses, no hace, después de todo, otra cosa que sacrificar su hija a su ambición. ¿Por qué se inmola a Neptuno la joven griega? ¿No debe detestar a un tirano? El espectador se decide en favor de Ifigenia y en contra del Cielo. La piedad y el terror se apoyan, pues, únicamente en esta situación en el interés *natural* ; y aunque fuese posible suprimir de la pieza la religión, es evidente que el interés teatral permaneciera intacto.

Pero si en *Zaira* se elimina la religión, todo queda destruído. Jesucristo no ha sed de sangre, ni impone el sacrificio de una pasión. ¿Tiene el derecho de pedir este sacrificio? ¿Cómo dudarlo? ¿No fué clavado a una cruz? ¿No sufrió las injurias, los desprecios y las injusticias de los hombres? ¿No bebió hasta las heces el cáliz de amargura por rescatar a Zaira? Y Zaira, ¿daría su co-

razón y su mano a los mismos que persiguen a este Dios de caridad, a los que inmolan diariamente los cristianos, a los que mantienen en dura esclavitud al sucesor de Bouillon, al defensor de la fe, al *padre de Zaira*? Ciertamente, no es superflua aquí la religión : suprimídlas, y habréis suprimido la obra.

Por lo demás, parécenos que *Zaira*, como *tragedia*, es aún más interesante que *Ifigenia*, por una razón que trataremos de explicar. Esto nos obliga a remontarnos a los principios del arte.

Es una verdad, por nadie controvertida, que no se debe calzar el coturno sino a personajes de altas categorías sociales ; esto se funda en ciertas conveniencias que las Bellas Artes, de acuerdo con el corazón humano, saben descubrir. El cuadro de nuestros propios infortunios nos aflige sin instruirnos. No necesitamos ir al teatro para saber los secretos de nuestra familia ; ni la ficción puede complacernos cuando la triste realidad se alberga en nuestro hogar. Por otra parte, ninguna moral se encierra en semejante imitación ; antes por el contrario, al ver el cuadro de nuestro estado, o caemos en la desesperación o envidiamos el estado ajeno. Empero, conducid al pueblo al teatro : allí no necesita ver a hombres que habiten cabañas, ni representaciones de su propia miseria ; allí deben presentárseles magnates que vestan la púrpura ; en su oído deben resonar nombres que simbolicen el poder, y su vista debe presenciar catástrofes de reyes.

La moral, la curiosidad, la nobleza del Arte, la pureza del gusto, y acaso la envidiosa naturaleza del hombre, obligan al poeta tomar a los personajes de la tragedia en una condición elevada. Pero si la persona debe ser *distinguida*, la desgracia debe ser *común*, es decir, de tal naturaleza que la sientan *todos*. En esto nos parece que *Zaira* es más interesante que *Ifigenia*.

El espectador no puede interesarse en el hecho de que la hija de Agamenón muera para que zarpe una flota. En *Zaira* hay una razón más poderosa de interés, puesto que todos pueden experimentar el costoso combate de una pasión contra un deber. De aquí se deriva la regla dramática de que es preciso

1. ¿Cómo! ¿Tantas virtudes adornan a los cristianos? (N. del T.)

fundar, hasta donde sea posible, el interés de la tragedia, no sobre una *cosa*, sino sobre un *sentimiento*, y que el personaje debe hallarse *distante* del espectador por su *clase*, pero *cerca* de él por su *infortunio*.

Podríamos buscar en el asunto de *Ifigenia*, tratado por Racine, los rasgos de un pincel cristiano; pero el lector se halla en el camino de estos estudios, y puede seguirlos; sólo nos defendremos en ellos para hacer una reflexión.

El padre Brumoy ha observado que Eurípides, al inspirar a Ifigenia el horror a la muerte y el deseo de salvarse, ha interpretado mejor la naturaleza que Racine, cuya Ifigenia se muestra demasiado resignada. Esta observación es exacta en el fondo; pero el padre Brumoy no ha parado mientes en que la Ifigenia moderna es la *hija cristiana*. El Cielo y su padre han hablado, y no queda otro recurso lícito que la obediencia. Racine no dió este valor a su heroína sino merced al secreto impulso de una institución religiosa que ha introducido un cambio radical en la moral y en las ideas. Aquí el cristianismo va más lejos que la naturaleza, y por lo tanto está más de acuerdo con esa bella poesía que engrandece los objetos y gusta un tanto de la exageración. La hija de Agamemón, ahogando su amor y su apego a la vida, interesa mucho más que cuando llora su muerte. No siempre nos interesan las cosas puramente naturales; muy natural, por cierto, es temer la muerte, y no obstante, una víctima que se lamenta, seca las lágrimas que por ella se verterían. El corazón humano exige más de lo que puede dar de sí; siente cierta sed de admiración, pues le aqueja una aspiración hacia esa hermosura desconocida para la cual fué creado su origen.

La religión cristiana está tan sabiamente formada, que es una especie de poesía, pues coloca los caracteres en el bello ideal, como lo prueban los mártires en nuestros pintores, los caballeros en nuestros poetas, etc. Por lo que respecta a la pintura del vicio, puede tener en el cristianismo el mismo vigor que la de la virtud, pues es indudable que el crimen aumenta en proporción del mayor número de vínculos que el culpable

ha roto. Así, las musas, que rechazan el género mediocre y moderado, deben avenirse perfectamente con una religión que muestra siempre sus personajes superiores o inferiores al hombre.

Para terminar el círculo de los caracteres naturales, sería preciso hablar de la amistad fraternal; pero lo que hemos dicho del *hijo* y de la *hija*, se aplica igualmente a dos hermanos, o a un hermano y a una hermana. Por lo demás, en la Escritura hallamos la historia de Caín y Abel: grande y primera tragedia de que fué teatro el mundo; en otra parte hablaremos de José y de sus hermanos.

En una palabra: el cristianismo en nada desfigura los caracteres *naturales*, tales como podía representarlos la antigüedad, y ofrece además al poeta su *influencia* sobre ellos. Aumenta, pues, necesariamente su *poder*, puesto que aumenta sus *medios*, y multiplica las *bellezas* dramáticas, al multiplicar las *fuentes* de que proceden.

IX

CARACTERES SOCIALES.—EL SACERDOTE.

Estos caracteres, que hemos denominado *sociales*, se reducen para el poeta a dos: el *sacerdote* y el *guerrero*.

Si no hubiésemos consagrado a la historia del clero y de sus beneficios la cuarta parte de nuestra obra, nos sería fácil demostrar ahora hasta qué punto el carácter del sacerdote ofrece más variedad y grandeza en nuestra religión que en el politeísmo. ¿Qué cuadros no pueden bosquejarse, desde el cura de aldea hasta el Pontífice que ciñe la triple corona pastoral; desde el párroco de la ciudad hasta el anacoreta del peñasco; desde el cartujo y el trapense hasta el docto benedictino; desde el misionero y esa multitud de religiosos consagrados al alivio de los males de la humanidad, hasta el profeta de la antigua Sión! Las Órdenes de vírgenes no son menos variadas ni numerosas: esas mujeres hospitalarias que consumen su juventud y sus gracias al servicio de nuestras dolencias; esas pobladoras del claustro que educan al abrigo de los altares a las

futuras esposas de los hombres, felicitándose de llevar las cadenas del más amable de los esposos: toda esta inocente familia sonríe agradablemente a las nueve Hermanas de la Fábula. Un gran sacerdote, un adivino, una vestal, una sibila: he aquí todo lo que la antigüedad suministraba al poeta; y aun estos personajes no entraban sino accidentalmente en el argumento, mientras el sacerdote cristiano puede representar uno de los papeles más importantes de la epopeya.

M. de La Harpe ha demostrado, en su *Melania*, lo que puede llegar a ser el carácter de un simple pastor de almas, manejado por un buen escritor. Shakespeare, Richardson y Goldsmith han puesto en escena al sacerdote con más o menos éxito. Respecto de las pompas exteriores, nunca religión alguna las presentó más magníficas que las nuestras. El *Corpus*, la Navidad, Pascuas y Semana Santa; el día de Difuntos, las exequias, la misa y otras mil ceremonias proporcionan un asunto inagotable de descripción¹. En verdad, las musas modernas que se quejan del cristianismo, no conocen sus riquezas. El Taso describe una procesión en la *Jerusalén*, que es uno de los más hermosos cuadros de su poema. Por último, ni aun el sacrificio antiguo está desterrado de la literatura cristiana, porque nada más fácil, valiéndose al efecto de un episodio, de una comparación o de un recuerdo, que intercalar un sacrificio de la antigua ley.

X

CONTINUACIÓN DEL SACERDOTE.—LA SIBILA.—JOÁS.—PARALELO ENTRE VIRGILIO Y RACINE.

Eneas va a consultar a la Sibila: detenido a la boca de la caverna, espera las palabras de la profetisa.

... Cum virgo: Poscero fata, etc.

«Entonces gritó la virgen: ¡Es tiempo de interrogar al Destino! ¡El Dios! ¡He aquí el Dios! Dijo, y... etc.»

Eneas dirige su súplica a Apolo; la Sibila lucha todavía; al fin, el dios la

domina, las cien puertas del antro se abren mugiendo, y llenan los aires estas palabras: *Ferun responsa per auras*:

O tandem magnis pelagi defancté periculis!

«Ya no existen los peligros del mar; mas, ¡cuántos riesgos en la tierra! etc.»

Nótese la celeridad de estos movimientos: *Deus! ecce Deus!* La Sibila siente el poder del espíritu que la subyuga, y exclama: ¡el dios, he aquí el dios! Ese es su grito. Las expresiones: *Non vultus, non color unus*, pintan admirablemente la turbación de la profetisa. Los giros *negativos* son peculiares de Virgilio, y en general puede observarse que son muy numerosos en los escritores de un género melancólico. ¿Consistirá esto en que las almas sensibles y tristes son inclinadas naturalmente a quejarse, a desear, a dudar y expresarse con cierta timidez, y en que la queja, el deseo, la duda y la timidez son *privaciones* de algún objeto? El hombre a quien la adversidad ha hecho sensible a los pesares ajenos no dice con seguridad: *Conozco los males*, sino como Dido: *Non ignara mali*. Por último, las imágenes favoritas de los poetas propensas a la meditación, están tomadas en su casi totalidad de objetos *negativos*, como el silencio de la noche, la sombra de los bosques, la soledad de las montañas, la paz de los sepulcros, etc., que no son otra cosa que la ausencia del ruido, de la luz, de los hombres y de las inquietudes de la vida¹.

Sea cual fuere la hermosura de los versos de Virgilio, la poesía cristiana nos ofrece todavía algo superior. El

1. Euriale, hablando de su madre, dice:

... Genitrix ...
... quam miseram tenuit non Iliá tellus
Mecum excedentem, non moenia regis Aestæ.

«Mi infortunada madre, que ha seguido mis pasos, que no han podido retener ni las fronteras de la patria, ni los muros del rey Aestes.»

Poco después añade:

... Nequeam lacrymas perferre parentis.

«No podré resistir las lágrimas de mi madre.»

Volcens va a traspasar a Euriale; Niso exclama:

Ma, me: adsum qui feci: ...
... mea fraus omnis: nihil iste nec ausus
Nec potuit. ...

1. De todas estas fiestas hablaremos en la parte correspondiente al *Culto*.

La acción con que termina este admirable episodio es también de naturaleza negativa.

gran sacerdote de los hebreos, próximo a coronar a Joás, se siente inspirado por el espíritu divino en el templo de Jerusalén.

Voilà donc quels vengeurs s'arment pour ta querelle!
Des prêtres, des enfants!... ô Sagesse éternelle!
Mais si tu les soutiens, qui peut les ébranler?
Du tonbeau, quand tu veux, tu sais nous rappeler;
Tu frappes et guéris, tu perds et ressuscites.
Ils ne se s'assurent point et leurs propres mérites,
Mais, en ton nom, sur eux invoqué tant de fois,
En tes serments jurés au plus saint de leurs rois,
En ce temple où tu fais ta demeure sacrée,
Et qui doit du soleil égaler la durée.
Mais d'où vient que mon cœur frémit d'un saint effroi?
Est-ce l'Esprit divin qui s'empare de moi? [vrent,
C'est lui-même: il m'échauffe; il parle; mes yeux s'ou-
Et les siècles obscurs devant moi se découvrent.

Cieux, écoutez ma voix; Terre, prête l'oreille:
Ne dis plus, ô Jacob! que ton Seigneur sommeille!
Pécheurs, disparaissez, le Seigneur se réveille.

Comment en un plomb vil l'or pur s'est-il changé?
Quel est dans le lieu saint ce pontife égorge?...
Pleure, Jérusalem, pleure, cité perfide,
Des prophètes divins malheureuse homicide!
De son amour pour toi ton Dieu s'est dépoüllé;
Ton encens à ses yeux est un encens souillé...
... Oh menez-vous ces enfants et ces femmes?
Le Seigneur a détruit la reine des cités;
Ses prêtres son capitifs, ses rois sont rejetés:
Dieu ne veut plus qu'en vienne à ses solennités.
Temple, renverse-toi; cédres, jetez des flammes.

Jérusalem, objet de ma douleur,
Quelle main en un jour t'a ravi tous tes charmes?
Qui changera mes yeux en deux sources de larmes,
Pour pleurer ton malheur?

Estas bellezas no han menester de comentarios.

Puesto que Virgilio y Racine figuran con tanta frecuencia en este nuestro juicio crítico, procuraremos formarnos una idea exacta de su talento y de su genio. Estos dos grandes poetas tienen tanta

1. ¿He aquí qué vengadores armanse para tu contienda! ¿Sacerdotes y niños!... ¿Oh Sabiduría eterna! —Pero si tú les apoyas, ¿quién puede quebrantarlos? —De la tumba, cuando quieras, puedes evocarlos; —hierres y curas, pierdes y resucitas. —No confían en sus propios méritos, —sino en tu nombre, sobre ellos invocados tantas veces, —en tus juramentos jurados al más santo de sus reyes, —en el templo en que tú haces tu morada sagrada, —y que debe del sol igualar la duración. —Mas, ¿de dónde viene que mi corazón tiembla de un santo temor. ¿Es el Espíritu divino que se enciende de mí? —Es él mismo: me enardece; habla; mis ojos se abren, —y los siglos oscuros ante mí se descubren.

Cielos, escuchad mi voz; Tierra, pon atento oído: —No digo, ¡oh Jacob!, que tu Señor duerme. —Pecadores, desapareced, el Señor se despierta.

¿Cómo en plomo vil el oro puro se ha cambiado? —¿Cuál es en el lugar santo el pontífice degollado?... ¡Llora, Jerusalén, llora, ciudad perfida, —de los profetas divinos desgraciada homicide! —De su amor por ti tu Dios se ha despojado; —tu incienso a sus ojos es un incienso mancillado. —... ¿A dónde lleváis esos niños y esas mujeres? —El Señor ha destruido la reina de las ciudades; —sus sacerdotes están cautivos, sus reyes expulsados. —Dios no quiere que se venga a sus solennidades. —Templo, derrumbate; cedros, arrojad llamas. —Jerusalén, objeto de mi dolor, ¿qué mano en un día te ha robado tus encantos? —¿Quién cambiará mis ojos en dos fuentes de lágrimas, —para llorar tu desgracia? (N. del T.)

semejanza, que podrían engañar hasta los ojos de la musa, bien así como los gemelos de la *Encida*, que causaban agradables equivocaciones a su madre.

Entrambos liman sus obras con el mismo esmero; entrambos están dotados del mismo buen gusto, del mismo estro y de la misma naturalidad en la expresión; uno y otro son sublimes en la pintura del amor; y como si se hubiesen seguido paso a paso, Racine, hace oír a *Ester* yo no sé qué suave melodía, en que Virgilio llenó también su segunda égloga, pero siempre con la diferencia que media entre la voz de la joven doncella y la de la adolescente, entre los suspiros de la inocencia y los de una pasión criminal.

He aquí tal vez los puntos de semejanza entre Virgilio y Racine; he aquí tal vez en lo que se diferencian.

El segundo descuelle en general sobre el primero en la invención de los caracteres. Agamenón, Aquiles, Orestes, Mitrídates y Acomato son muy superiores a los héroes de la *Encida*. Eneas y Turno no son interesantes sino en dos o tres momentos; sólo Mecencio está brillantemente retratado.

No obstante, Virgilio se muestra en toda la altura de su genio en las pinturas dulces y tiernas: Evandro, el anciano rey de Arcadia, que vive en una cabaña defendida por dos perros de ganado, en el mismo lugar en que los Césares, rodeados de pretores, animaron un día sus palacios; el joven Palas, el hermoso Lauso, Niso y Euriale, son personajes divinos.

Racine reconquista su superioridad en los caracteres femeninos: Agripina es más ambiciosa que Amata, y Fedra más apasionada que Dido.

No hablamos de *Atalia* porque Racine, en esta obra, no puede ser comparado con nadie, pues es la obra más perfecta del genio, inspirada por la religión.

Pero, por otra parte, Virgilio tiene para ciertos lectores una ventaja sobre Racine; su voz, si así puede decirse, es más dulce, y su lira más quejumbrosa. Esto no es decir que el autor de *Fedra* no hubiese sido capaz de hallar esa especie de melodía de suspiros; el papel de Andrómaca, *Berenice* por entero, al-

gunas estancias de los cánticos imitados de la Escritura, y otras muchas de los coros de *Ester* y *Atalia*, demuestran lo que hubiera podido hacer en este género; pero vivió demasiado en la ciudad, y muy poco en el retiro. La corte de Luis XIV, que le dió su majestad de formas y la corrección de lenguaje, le perjudicó tal vez por otros conceptos, pues le alejó demasiado de los campos y de la Naturaleza ¹.

Hemos observado ya que una de las primeras causas del estro melancólico de Virgilio fué, sin duda, el sentimiento de las desgracias que acibararon su juventud. Expulsado del hogar paterno, conservó eternamente el recuerdo de su Mantua; pero no era ya el romano de la república, amante de su país a la manera ruda y agreste de los Brutos, sino el romano de la monarquía de Augusto, el rival de Homero, el favorito de las musas.

Virgilio fomentó este germen de tristeza viviendo solo en medio de los bosques. A esta circunstancia deben acaso agregarse algunos accidentes particulares. Nuestras faltas morales o físicas influyen no poco en nuestro carácter, y suelen ser la causa del giro peculiar que éste adquiere. Virgilio pronunciaba con dificultad ², era de cuerpo débil y de rústico exterior. Parece que en su juventud se sintió animado de pasiones impetuosas, a las cuales pudieron suscitar obstáculos sus imperfecciones naturales. Así, los disgustos domésticos, la afición a los campos, un amor propio sometido al crisol de la prueba y no satisfechas pasiones, se unieron para inspirarle ese sentimiento de melancolía que tanto nos encanta en sus escritos.

En Racine no se hallan el *Diis aliter visum*, el *dulces moriens reminiscitur Argos*, el *Disce, puer, virtutem ex me —fortunam ex aliis*, el *Lyrnessi domus alta: sola Laurente sepulcrum*. Tal vez no es inútil observar que estas tier-nas palabras se hallan casi todas en los seis últimos libros de la *Eneida*, como asimismo los episodios de Evandro y de Palas, de Mecencio y de Lauso, de Niso y de Euriale. Parece que al acer-

carse al sepulcro, el cisne de Mantua da a sus acentos un tono más celestial, a semejanza de los cisnes de Eurotas, consagrados a las musas, que gozaban antes de expirar, según dice Pitágoras, una visión del Olimpo, y manifestaban sus transportes por medio de armoniosos cantos.

Virgilio es el amigo del solitario, el compañero de las horas secretas de la vida. Racine es quizá superior al poeta latino, por haber sido autor de la *Atalia*, pero el vate de Roma sabe conmover más dulcemente el corazón. El uno excita más admiración, el otro más amor; el primero expresa unos dolores demasiado regios, el segundo habla más a todas las condiciones sociales. Al recorrer los cuadros de las vicisitudes humanas, pintadas por Racine, el lector cree vagar por los abandonados jardines de Versalles, jardines extensos y tristes; empero, a través de su soledad, distínguese la mano metódica de las artes y los vestigios de las pasadas grandezas:

Je ne vois que de tours que la cendre a couvertes,
Un fleuve teint de sang, des campagnes désertes ³.

Los cuadros de Virgilio, sin ser menos nobles, no se circunscriben a determinadas fases de la vida, sino que representan la naturaleza en su soberbio conjunto: la espesura de los bosques, el aspecto de las montañas y las orillas del mar, donde las mujeres desterradas miraban llorando la inmensidad de las olas:

... .. Cunctaque profundum
Pontum adspectabant flentes.

XI

EL GUERRERO.—DEFINICIÓN DEL BELLO IDEAL.

Los siglos heroicos son favorables a la poesía, porque tienen esa vejez e incertidumbre de tradición reclamadas por las musas, naturalmente propensas a la ficción. Todos los días presenciamos cosas extraordinarias, sin que des-

1. Parte primera, lib. v, penúltimo capítulo.

2. *Sermone tardissimum ac pene indocto similem... Facie rusticana*, etc. DONAT., de *P. Virgili Maronis Vita*.

3. No veo sino torres que la ceniza tiene cubiertas,—un río tinto en sangre, campiñas desiertas. (*N. del T.*)

pierten en nosotros interés alguno, al paso que nos complacemos en oír narrar hechos oscuros que están ya lejos de nosotros. Consiste esto en que los mayores acontecimientos terrenos son pequeños en sí mismos : y nuestra alma, que siente este vicio de los hechos humanos, y que tiende incesantemente a la inmensidad, se esfuerza por verlos en cierta vaguedad para engrandecerlos.

El espíritu de los siglos heroicos es producto de la confusa mezcla de un estado civil, grosero aun, y de un estado religioso en el apogeo de su influencia. La barbarie y el politeísmo fueron la cuna de los héroes de Homero ; la barbarie y el cristianismo crearon los caballeros del Taso.

¿ Quiénes, esto es, los *héroes* o los *caballeros*, merecen la preferencia, ya en moral, ya en poesía? Cuestión es ésta que conviene examinar.

Hecha abstracción del genio particular de entrambos poetas, y entablando una mera comparación de hombre a hombre, parecemos que los personajes de la *Jerusalén* son superiores a los de la *Iliada*.

En efecto, ¿ qué diferencia no se advierte entre unos caballeros tan ingenuos, tan desinteresados, tan humanos, y unos guerreros pérfidos, avaros y crueles, que insultan los cadáveres de sus enemigos, poéticos en fin por sus vicios, como aquellos lo son por sus virtudes!

Si entendemos por heroísmo un esfuerzo contra las pasiones en favor de la virtud, el verdadero héroe es sin duda Godofredo, y no Agamenón. Ahora bien : ¿ por qué el Taso, al pintar los caballeros, trazó el modelo del cumplido guerrero, siendo así que Homero, al representar los hombres de los tiempos heroicos, creó una especie de monstruos? Porque el cristianismo ofreció desde su nacimiento el *bello ideal moral*, o el *bello ideal de los caracteres*, y porque el politeísmo no pudo dar esta ventaja al cantor de Ilión. Detendremos un poco al lector sobre este asunto, pues se relaciona demasiado con el fondo de nuestra obra para que no procuremos darle toda la posible dilucidación.

Hay dos clases de bello ideal : el bello

ideal *moral*, y el bello ideal *físico*; aquél y éste son hijos de la sociedad.

El hombre muy próximo a la naturaleza, como el salvaje, no lo conoce, y se limita en sus canciones a trasladar fielmente lo que ve. Como que vive en los desiertos, sus pinturas son nobles, sencillas, y no revelan mal gusto ; pero son monótonas, y las acciones que expresan no llegan hasta el heroísmo.

El siglo de Homero se alejaba ya de esos primeros tiempos. Atraviase un canadiense con sus flechas a un corzo ; desuéllelo en los bosques ; extiende su víctima sobre las llamas a que entregó una encina : todo será poético en estas costumbres. Pero en la tienda de Aquiles hay *fuentes, asadores y vasos* ; algunos detalles más, y Homero hubiera caído en la bajeza de las descripciones, o bien hubiese entrado en la senda del bello ideal, empezando a *ocultar* alguna cosa.

Así, a medida que la sociedad multiplicó las necesidades de la vida, los poetas aprendieron que no debían poner todo a la vista, como anteriormente habían hecho, sino encubrir ciertas partes del cuadro.

Dado este primer paso, vieron además que era preciso *elegir*, y que además, la cosa elegida se prestaba a una forma más hermosa, o a un efecto mayor, colocada en tal o en cual posición.

Siempre *ocultando* y *eligiendo*, *suprimiendo* o *añadiendo*, se encontraron progresivamente con formas que, si no eran más naturales, eran más perfectas que la naturaleza : los artistas denominaron estas formas el *bello ideal*. Este puede, por lo tanto, definirse así : *el arte de elegir y de ocultar*.

Esta definición se aplica igualmente al bello ideal *moral* y al *físico*. Este consiste en ocultar oportunamente la parte innoble de los objetos ; el otro, en suprimir ciertas debilidades del alma, pues ésta tiene, como el cuerpo, necesidades vergonzosas y deplorables bajezas.

No debemos dejar de advertir que sólo el hombre puede ser representado más perfecto de lo que es de suyo, y como cercano a la Divinidad. A nadie le ocurre pintar el *bello ideal* de un caballo, de un águila o de un león ; esto

es una prueba maravillosa de la grandeza de nuestros fines y de la inmortalidad de nuestra alma.

La sociedad en que la moral llegó más pronto a su desarrollo, debió llegar más pronto al bello *ideal moral*, o lo que es lo mismo, al *bello ideal* de los caracteres; y ved aquí lo que imprime una fisonomía peculiar a las sociedades formadas en la religión cristiana. Es extraño, y no obstante rigurosamente cierto, que mientras nuestros padres eran bárbaros en todo lo demás, la moral se había elevado, merced al Evangelio, a su más alto punto de perfección; de modo que se vieron hombres salvajes, si así puede decirse, por el cuerpo, y civilizados por el alma.

Esto es lo que constituye la hermosura de los tiempos caballerescos, y lo que les da la superioridad, así sobre los tiempos heroicos, como sobre nuestros siglos.

Si se trata de pintar las primeras edades de la Grecia, en la misma proporción en que la sencillez de las costumbres nos ofrezca cosas agradables, nos disgustará la barbarie de los caracteres, pues el politeísmo nada ofrecía para cambiar la naturaleza salvaje y la insuficiencia de las virtudes primitivas.

Si, al contrario, cantamos las edades modernas, nos será preciso desterrar la verdad, y lanzarnos a la vez a las regiones del bello *ideal moral* y del bello *ideal físico*, porque si nos alejamos demasiado de la naturaleza y de la religión bajo todos aspectos, no podremos representar fielmente el interior del hogar doméstico, y menos aun el fondo de nuestros corazones.

Sólo la Caballería presenta la hermosa mezcla de la *verdad* y la *ficción*, porque, por una parte, se puede ofrecer el cuadro de las costumbres en toda su sencillez: un añoso castillo, un ancho hogar, los torneos, las justas, la caza, el sonido de la bocina y el estruendo de las armas, nada presentan que repugne al gusto, nada que se deba *elegir u ocultar*; y por otra, el poeta cristiano, más dichoso que Homero, no se ve precisado a manchar sus pinturas, dando cabida en ellas al hombre bárbaro o al hombre *natural*, pues el cristianismo le proporciona el tipo del perfecto héroe.

Así, pues, si el Taso se mantiene en la naturaleza relativamente a los objetos físicos, se muestra superior a *ella* con relación a los objetos morales.

En resumen: lo *verdadero* y lo *ideal* son los dos manantiales del interés poético, es decir, de lo *tierno* y de lo *maravilloso*.

XII

CONTINUACIÓN DEL GUERRERO

Cúmplenos ahora demostrar que esas virtudes del caballero, que elevan su carácter hasta el *bello ideal*, son virtudes verdaderamente cristianas.

Si sólo fuesen meras virtudes morales, inventadas por el poeta, carecerían de movimiento y de acción, como puede decirse en Eneas, de quien hizo Virgilio un héroe filósofo.

Las virtudes puramente morales son frías por su esencia, pues nada añaden al alma, si bien suprimen algo a la naturaleza; son la ausencia del vicio, mas no la presencia de la virtud.

Las virtudes religiosas tienen las alas de la pasión. No se limitan a abstenerse del mal, sino que aspiran a practicar el bien; están dotadas de la enérgica actividad del amor, respiran en una región más alta y algún tanto exagerada. Tales eran las virtudes de los caballeros.

La fe o la fidelidad era su principal virtud; la fidelidad es igualmente la primera virtud del cristianismo.

El caballero nunca mentía.—He aquí al cristiano.

El caballero era pobre, y el más desinteresado de los hombres.—He aquí al discípulo del Evangelio.

El caballero recorría el mundo socorriendo a la viuda y al huérfano.—He aquí la caridad de Jesucristo.

El caballero era tierno y delicado. ¿Quién le había inspirado aquella dulzura, sino una religión humanitaria, que mira siempre con respeto la debilidad? ¡Con cuánta benevolencia no habla el mismo Jesucristo a las mujeres, en el Evangelio!

Agamenón declara brutalmente que ama tanto a Briseida como a su esposa, porque la iguala en mérito.

Nunca se conduce así un caballero.

Por último, el cristianismo ha dado origen al honor o al valor de los héroes modernos, tan superior al de los héroes antiguos.

La verdadera religión nos enseña que no se debe medir al hombre por la fuerza corporal, sino por la grandeza del alma. De aquí procedía que el más débil de los caballeros nunca temblaba delante del enemigo; y aunque tuviese la certidumbre de su muerte, ni aun le asaltaba la idea de la fuga.

Este valor de alta índole ha llegado a ser tan común, que el más obscuro de nuestros modernos guerreros es más valiente que los Ajax, que huían al aspecto de Héctor, que a su vez huía a la vista de Aquiles. Por lo que respecta a la clemencia del caballero cristiano para con los vencidos, ¿quién puede negar que emana del cristianismo?

Los poetas modernos han tomado multitud de nuevos rasgos del carácter caballeresco. En la *tragedia*, basta nombrar a Bayardo, Tancredo, Nemours y Coucy; Nerestán lleva el rescate de sus hermanos de armas, y se entrega prisionero porque no puede presentar la cantidad que necesita para su propio rescate. ¡Hermosas costumbres cristianas! Y no se replique que esto es una mera ficción poética, pues hay numerosos ejemplos de cristianos que se entregaron a los infieles, ora para libertar a otros cristianos, ora porque no podían satisfacer la suma que al efecto habían prometido.

Nadie ignora cuán favorable es a la epopeya el carácter caballeresco. ¡Cuán amables son todos esos caballeros de la *Jerusalén*, ese Reinaldo tan brillante, ese Tancredo tan generoso, ese anciano Raimundo de Tolosa, siempre derribado, y en pie siempre! El lector se juzga entre ellos bajo las murallas de Solima, y cree oír al joven Bouillon exclamar, refiriéndose a Armida: «¿Qué se dirá en la corte de Francia, cuando se sepa que hemos negado nuestro brazo a la belleza?» Para apreciar debidamente la diferencia que existe entre los héroes de Homero y los del Taso, basta dirigir una mirada al campamento de Godofredo y a las murallas de Sión. A un lado están los caballeros, al otro los héroes

antiguos. El mismo Solimán no brilla tanto sino porque el poeta le adornó con algunos de los rasgos de la generosidad del caballero; así, pues, el principal héroe infiel recibe del cristianismo la majestad con que se ostenta.

Pero la obra maestra del carácter heroico debe admirarse en Godofredo. Si Eneas intenta substraerse a la seducción de una mujer, fija sus ojos en el suelo: *Inmota tenebat lumina*; oculta su turbación, y responde con vagas palabras: «Reina, no niego tus bondades; me acordaré de Elisa», *Meminisse Elisæ*.

No es tan irresoluto el lenguaje con que el capitán cristiano rechaza los halagos de Armida: resiste animoso porque conoce cuán despreciables son los atractivos del mundo, y continúa remontándose al cielo, *como el ave saciada, que no desciende a donde la llama un alimento engañoso*.

Qual saturo augel, che non si cali
Ove il cibo mostrando altri l'invita.

Si es llegado el momento de combatir, de deliberar, de apaciguar una sedición, Bouillon se muestra en todas partes grande y augusto. Ulises toca a Tersites con su cetro, y detiene a los griegos pronto a reembarcarse: estas costumbres son sencillas y pintorescas. Pero ved a Godofredo, mostrándose solo a un ejército amotinado que le imputa el asesinato de un héroe. ¡Cuán noble y tierna es la oración de este caudillo, en quien se ve brillar la conciencia de su virtud! ¡Cuánto se revela en su oración la intrepidez del general, que desarmado y con la cabeza desnuda, se presenta a una soldadesca desenfadada!

Un santo y majestuoso denuedo, desconocido a los guerreros de Homero y de Virgilio, anima en el combate al paladín cristiano. Eneas, cubierto con sus armas divinas, y un pie sobre la popa de su galera, que se aproxima a la costa rútila, aparece en heroica actitud. Agamenón, semejante a Júpiter cuando fulmina sus rayos, presenta una imagen llena de grandeza; pero Godofredo no es inferior al padre de los Césares ni al jefe de los atridas en el último canto de la *Jerusalén*.

El sol acaba de mostrarse: los ejérci-

tos están frente a frente, las banderas se despliegan al viento, y los vistosos plumajes flotan sobre los cascos; los marciales arreos, los arneses, las armas, los colores, el oro y el hierro reflejan los primeros destellos del día. Caballero sobre rápido corcel, Godofredo recorre las filas de su ejército; habla, y su discurso es un modelo de elocuencia guerrera. Su cabeza y su rostro resplandecen con insólito brillo; el ángel de la victoria le cubre invisiblemente con sus alas. Reina en breve un profundo silencio; las legiones se arrodillan y adornan al que derribó a Goliath por la mano de un joven pastor. Suena de improviso la trompeta; los soldados cristianos se levantan, y, animados del furor del Dios de los ejércitos, caen sobre los batallones enemigos.

LIBRO TERCERO

Continuación de la poesía en sus relaciones con el hombre.—Pasiones.

I

CÓMO EL CRISTIANISMO HA CAMBIADO LA ÍNDOLE DE LAS PASIONES, AL CAMBIAR LAS BASES DEL VICIO Y DE LA VIRTUD.

Pasemos ya del examen de los *caracteres* al estudio de las *pasiones*. Fácil es conocer que al hablar de los primeros nos ha sido imposible no rozarnos un poco con las segundas; pero nos proponemos tratar de ellas con más extensión.

Si existiese una religión que se ocupase incesantemente de poner un freno a las pasiones humanas, esta religión aumentaría necesariamente el juego de las pasiones en el drama y en la epopeya, y sería más favorable a la pintura de los sentimientos que otra cualquiera institución religiosa, que no conociendo los ocultos móviles del corazón, no obra sobre nosotros sino por medio de escenas exteriores. Pues bien: ésta es la gran ventaja que nuestro culto presenta sobre los cultos de la antigüedad: la religión cristiana es un viento celestial

que hincha las velas de la virtud, y multiplica en derredor del vicio las benéficas tempestades de la conciencia.

Las bases de la moral han cambiado entre los hombres, a lo menos entre los cristianos, desde la predicación del Evangelio. Entre los antiguos, la humildad, por ejemplo, pasaba por baja, y el orgullo por elevación de ánimo; y así entre los cristianos: la soberbia es para ellos el primero de los vicios, y la humildad una de las primeras virtudes. Esta sola transmutación de principios presenta la naturaleza humana bajo un nuevo punto de vista; debemos, por lo tanto, descubrir en las pasiones muchas relaciones de que los antiguos no tenían noción alguna.

Esto sentado, la raíz del mal es para nosotros la *vanidad*, y la del bien la *caridad*; de manera que las pasiones viciosas son siempre un compuesto de orgullo, y las pasiones virtuosas un compuesto de amor.

Haced la conveniente aplicación de este principio, y echaréis de ver su actitud. ¿Por qué las pasiones que se relacionan con el valor son más hermosas entre los modernos que entre los antiguos? ¿Por qué hemos dado otras proporciones al valor, y transformado en una virtud un impulso brutal? Por la mezcla de la virtud cristiana, directamente opuesta a este impulso, esto es, la *humildad*. De esta mezcla ha nacido la *magnanimidad* o la *generosidad poética*, especie de pasión (porque los caballeros la elevaron a esta categoría), enteramente ignorada de los antiguos.

Uno de nuestros más dulces sentimientos, y tal vez el único que pertenece absolutamente al alma, es la amistad, pues en las demás ejercen alguna intervención los sentidos, ya en su naturaleza, ya en su objeto. ¡Cuánto no ha aumentado el cristianismo los encantos de esta pasión celestial, al darle por base la *caridad*! Jesucristo durmió sobre el pecho de Juan; y antes de expirar en la cruz, la amistad le oyó pronunciar estas palabras, dignas de un Dios: *Mater, ecce filius tuus; discipule, ecce mater tua*¹. «Madre, he ahí a tu hijo; discípulo, he ahí a tu madre.»

1. JOAN., *Evang.*, cap. XIX, v. 26 y 27.

El cristianismo, que ha revelado nuestra doble naturaleza y patentizado las contradicciones de nuestro ser; que ha hecho ver la parte sublime y parte mezquina de nuestro corazón; que a su vez está lleno de contrastes, como nosotros, pues nos presenta a un Hombre-Dios, a un Niño señor de los mundos, al Criador del Universo saliendo del seno de una criatura; el cristianismo, decimos, considerado bajo el aspecto de los contrastes, es por excelencia la religión de la amistad. Este sentimiento se robustece, así por las oposiciones como por las semejanzas. Para que dos hombres sean íntimamente amigos, deben atraerse y rechazarse sin cesar por algún concepto; necesítase que estén dotados de genios de igual fuerza, pero de diferente especie; de opuestas opiniones, pero de principios semejantes; de odios y de amores diferentes, pero de la misma sensibilidad en el fondo; de temperamentos contradictorios, pero de inclinaciones idénticas; en una palabra, de grandes contrastes de carácter y de grandes armonías de corazón.

Este calor con que la caridad vivifica las pasiones virtuosas, les imprime un carácter divino. Entre los antiguos, el porvenir de los sentimientos no llegaba más allá del sepulcro, en donde naufragaba. Amigos, hermanos y esposos, se separaban a las puertas de la muerte, conociendo que esta separación era eterna; el colmo de la felicidad entre los griegos y los romanos se reducía a mezclar sus cenizas; más ¡cuán triste no debía de ser una urna que sólo encerraba recuerdos! El politeísmo había establecido al hombre en las desiertas regiones de lo pasado; el cristianismo le coloca en los floridos campos de la esperanza. El goce de los sentimientos legítimos en la tierra es la fruición anticipada de las delicias en que un día nos veremos inundados. El principio de nuestras afecciones no reside en este mundo: dos seres que se aman en él, están sólo en el camino del cielo, a donde llegarán a la par si la virtud les dirige, de manera que esta vehemente frase de los poetas: *exhalar su alma en la de su amigo*, es literalmente verdadera para dos cristianos. Al despojarse de sus

cuerpos, no hacen otra cosa que desasirse de un obstáculo que se oponía a su unión íntima, y sus almas vuelan a confundirse en el seno del Eterno.

No creamos, sin embargo, que al descubrir las bases sobre que descansan las pasiones, el cristianismo ha robado a la vida sus encantos. No: lejos de marchitar la imaginación, haciéndole tocar y conocer todo, ha esparcido la duda y las sombras sobre las cosas inútiles a nuestros fines; superior en esto a esa imprudente filosofía que se propone profundizar la naturaleza humana y hallar la ciencia de las cosas. No siempre es conveniente arrojar la sonda en los abismos del corazón, pues las verdades que en él se ocultan pertenecen al número de las que reclaman una luz dudosa y el efecto de la perspectiva. Es una imprudencia aplicar a cada paso el compás del juicio a la parte afectiva de nuestro ser, y dar a las pasiones el mustio colorido del raciocinio. Esta curiosidad conduce paulatinamente a dudar de los rasgos generosos, seca la sensibilidad, y mata, por decirlo así, el alma; los misterios del corazón son como los del antiguo Egipto: el profano que intentaba descubrirlos, sin estar iniciado en ellos por la religión, era al punto castigado de muerte.

II

AMOR APASIONADO.—DIDO.

Lo que propiamente llamamos amor es un sentimiento que la antigüedad ignoró hasta el nombre. Sólo en los siglos modernos se ha visto formarse esta mezcla de los sentidos y del alma, esta especie de amor cuya parte moral es la amistad. Al cristianismo somos deudores de ese sentimiento perfeccionado; él, cuya constante tendencia es depurar el corazón, consiguió imprimir un sello de espiritualidad en la inclinación que menos capaz de él parecía. He aquí un nuevo recurso de situaciones poéticas, suministrado por esa religión tan denigrada, a los mismos autores que la deprimen; en multitud de novelas pueden verse las bellezas que se han sacado de esta pasión semicristiana. El carác-

ter de Clementina ¹, es, por ejemplo, una obra maestra, de la que Grecia no ofrece modelo. Pero penetremos en este asunto, y antes de hablar del amor *agreste*, consideremos el amor *apasionado*.

Este amor no es tan santo como la piedad conyugal, ni tan gracioso como el sentimiento de los pastores; pero, más intenso que aquél y éste, devasta las almas en que reina. No apoyándose en la gravedad del matrimonio, o sobre la inocencia de las costumbres campesinas; no añadiendo ningún otro prestigio al suyo, es en sí mismo su propia ilusión, su propia locura, su propia substancia. Ignorada del artesano, harto ocupado, y del labrador, harto sencillo, esta pasión no existe sino en esas clases de la sociedad en que el ocio nos sobrecarga con el peso de nuestro propio corazón, con su inmenso amor propio y sus eternas inquietudes.

Es tan cierto que el cristianismo proyecta una vivísima claridad en el abismo de nuestras pasiones, que los oradores de la Iglesia son los que han pintado con más fuerza y energía los desórdenes del corazón humano. ¡Qué cuadro nos presenta Bourdaloue de la ambición! ¡Cuán bien ha penetrado Massillon en los repliegues de nuestras almas, y desenmascarado nuestras inclinaciones y nuestros vicios! «El carácter de esta pasión, dice el elocuente obispo, hablando del amor, es llenar el corazón por entero, etc.; no puede ocuparse sino de él; le domina y embriaga; hállalo por doquiera; todo le reproduce sus funestas imágenes; todo le recuerda sus injustos deseos: el mundo, la soledad, la presencia, la ausencia, los objetos más indiferentes, las ocupaciones más graves, el mismo templo, los altares sagrados y los misterios terribles le traen a la memoria ².»

«Es un desorden, dice el mismo orador en la *Pecadora* ³, amar por sí mismo lo que no puede ser nuestra felicidad ni nuestra perfección, ni por lo tanto nuestro reposo; porque amar es buscar nuestra felicidad en el objeto amado; es querer hallar en él todo lo que falta a

nuestro corazón; es invocarlo para que llene este vacío horroroso que sentimos dentro de nosotros, y lisonjearnos con la idea de que será capaz de llenarlo; es mirarlo como el recurso de todas nuestras necesidades, como el remedio de todos nuestros males, como la fuente de todos nuestros bienes ¹.» Pero este amor a las criaturas tiene por séquito las más crueles incertidumbres: dudamos siempre de si nuestro amor es debidamente correspondido; somos ingeniosos en hacernos desgraciados, y en crearnos temores, sospechas y celos; cuanto mayor es nuestra buena fe, tanto más sufrimos; somos mártires de nuestras propias desconfianzas: pero, harto lo sabéis, no debo venir a este lugar a expresarme en el lenguaje de vuestras insensatas pasiones ².»

Esta enfermedad del alma se declara con irresistible ímpetu no bien se presenta el objeto que debe desarrollar su germen. Dido se ocupa aún de los trabajos de su naciente ciudad: la tempestad se desencadena y trae un héroe. La reina se siente turbada; un *fuego oculto* se inocula en sus venas; empiezan las imprudencias, los placeres las siguen, y en pos llegan el glacial desencanto y los punzantes remordimientos. Dido no tarda en verse abandonada: mira entonces con horror todo cuanto le rodea, y no ve sino abismos. ¿Cómo vino a tierra el edificio de felicidad, de que una imaginación entusiasta fuera el apasionado arquitecto? ¡Palacios de nubes, que momentáneo dorara un sol, próximo a su ocaso! Dido vuela, busca, llama a Eneas, y le dice:

Dissimulare etiam sperasti? etc. ³.

¡Pérfido! ¡Esperabas ocultarme tus destinos, y fugarte clandestinamente de esta tierra? ¡Ni nuestro amor, ni esta mano que te he entregado, ni Dido pronta a darse la muerte, pueden detener tus pasos! etc.

¡Qué perturbación, qué vehemencia, qué verdad brillan en la elocuencia de la vendida reina! Los sentimientos se agolpan de tal modo en su corazón, que los expresa de manera confusa, incoherente, a intervalos, cual se aglomeran

1. RICHARDSON.

2. MASSILLON, *l'Enfant prodigue*, primera parte, t. II.

3. Primera parte.

1. MASSILLON, *l'Enfant prodigue*, segunda parte.

2. *Id.*, *ibid.*, *ibid.*, t. II.

3. *Æneid.*, lib. IV, v. 305.

en sus labios. Adviértanse las autoridades que en sus ruegos emplea. ¿Habla en nombre de los dioses, o en nombre de un cetro? ¡No! Ni aun hace valer a *Dido desdenada*; sino que, más humilde, más enamorada, sólo implora al hijo de Venus con sus lágrimas, con la propia mano del fermentido. Si a esto añade el recuerdo del amor, no lo hace sino extendiéndolo sobre Eneas: *Por nuestro himeneo, por nuestra empezada unión*, dice ella:

*Per connubia nostra, per inceptos hymenaeos*¹.

Invoca también los lugares testigos de su felicidad, porque los desgraciados han por costumbre asociar a sus sentimientos los objetos que les rodean; abandonados de los hombres, se afanan en crearse apoyos, animando con sus dolores los seres insensibles. Aquel techo, aquel hogar hospitalario, donde poco antes acogiera al ingrato, son los verdaderos dioses de Dido. Luego, con esa delicadeza propia de la mujer, y de la mujer apasionada, recuerda alternativamente a Pigmalión y a Yarbás, para despertar, ya la generosidad, ya los celos del héroe troyano. Y apelando a un rasgo postrero de pasión y de infortunio, la altiva reina de Cartago llega hasta desear que un tierno Eneas, *parvulus Eneas*², quede a lo menos a su lado para consolar su dolor, aunque sea en testimonio de su afrenta. La infeliz imagina que tantas lágrimas, tantas imprecaciones y tantos ruegos, son razones a las que Eneas no podrá resistir en tales momentos de locura, las pasiones, incapaces de abogar con buen éxito por su causa, creyendo hacer uso de todos sus medios, cuando tan sólo hacen oír todos sus acentos.

III

LA FEDRA DE RACINE

Pudiéramos contentarnos con oponer a Dido la Fedra de Racine, más apasionada que la reina de Cartago, pues es en efecto una *esposa cristiana*. El

temor de las llamas vengadoras y de la eternidad formidable de nuestro infierno, nos traspasa a través del papel de aquella criminal mujer¹, especialmente en la escena de los celos, que, como sabemos, es una invención del poeta moderno. El incesto no era tan raro y monstruoso entre los antiguos, que excitase semejantes zozobras en el corazón del culpable. Es verdad que Sófocles hace morir a Yocasta en el momento en que se sabe su falta, pero Eurípides le hace vivir mucho tiempo después. Si hemos de creer a Tertuliano, los infortunios de Edipo² sólo excitaban entre los macedonios las chanzonetas de los espectadores. Virgilio no coloca a Fedra en los infiernos, sino solamente en aquellos bosquecillos de mirtos, en aquellos campos de llantos (*lugentes campi*), por donde vagan esos amantes que ni aun en la muerte se despojan de sus cuitas:

... *Cursu non ipsa in morte relinquitur*³.

Así la Fedra de Eurípides, como la de Séneca, temen más a Teseo que al Tártaro. Ni aquella ni ésta se producen como la Fedra de Racine:

Moi jalouse! et Thésée est celui que j'implore!
Mon époux est vivant: et moi je brûle encore!
Pour qui? quel est le cœur où prétendent mes vœux?
Chaque mot sur mon front fait dresser mes cheveux.
Mes crimes désormais ont comblé la mesure:
Je respire à la fois l'inceste et l'impureté;
Mes homicides mains, promptes à me venger,
Dans le sang innocent brûlent de se plonger.
Misérable! et je vis! et je soutiens la vue
De ce sacré soleil dont je suis descendue!
J'ai pour aïeul le père et le maître des dieux;
Le ciel, tout l'univers est plein de mes aïeux:
Où me cacher? Fuyons dans la nuit infernale.
Mais que dis-je! mon père y tient l'urne fatale;
Le sort, dit-on, l'a mise en ses sévères mains:
Minois juge aux Enfers tous les pâles humains.
Ah! combien frémit son ombre épouvantée
Lorsqu'il verra sa fille, à ses yeux présentée,
Contrainte d'avouer tant de forfaits divers
Et des crimes peut-être inconnus aux Enfers:
Que diras-tu, mon père, à ce spectacle horrible?
Je crois voir de ta main tomber l'urne terrible;
Je crois te voir cherchant un supplice nouveau.
Toi-même de ton sang devenir le bourreau!
Pardonne. Un dieu cruel a perdu ta famille:
Reconnois sa vengeance aux fureurs de ta fille.
Hélas! du crime affreux dont la honte me suit
Jamais mon triste cœur n'a recueilli le fruit⁴.

1. Esta creencia del Tártaro está muy poco indicada en EURÍPIDES.

2. TERTULIAN, *Apolog.*

3. *Eneid.*, lib. vi, v. 444.

4. ¡Yo celosa, y es a Teseo al que imploro!—Mi esposo vive: y yo ardo también!—¿Por qué? ¿Cuál es el corazón que pretenden mis votos?—Cada palabra en mi frente hace erizar mis cabellos.—Mis crímenes de hoy más han colmado la medida;—respiro a la vez el

1. *Eneid.*, lib. iv, v. 310.

2. *Eneid.*, lib. iv, v. 328 y 329.

Este incomparable fragmento presenta una gradación de sentimientos, una ciencia de tristeza, de agonías y arranques del alma, de que nunca tuvieron idea los antiguos. Entre éstos se hallan meros bosquejos de ideas, por decirlo así, pero pocas veces una idea acabada. Aquí se ve todo el corazón:

C'est Vénus tout entière à sa proie attachée.

y el grito más enérgico que la pasión ha hecho oír en tiempo alguno, es tal vez éste:

Hélas! du crime affreux dont la honte me suit
Jamais mon triste cœur n'a recueilli le fruit.

Brilla aquí una mezcla de sentidos y de alma, de desesperación y de furor amoroso, que sobrepuja toda expresión. Esta mujer, que se *consolaría con una eternidad de sufrimientos*, si hubiese gozado *un instante de felicidad*; esta mujer que no se halla en el *carácter antiguo*, es la *cristiana réproba*, es la pecadora que ha caído viva en manos de Dios; sus palabras son las palabras del precito.

IV

JULIA D'ETANGE; CLEMENTINA

Nuestra paleta cambia de colores: el amor apasionado y terrible en la Fedra *cristiana* no hace oír en la *devota* Julia sino melodiosos suspiros: es una voz indecisa que sale del santuario de paz, un grito de amor que prolonga, prestándole más dulzura, el eco religioso de los tabernáculos.

incesto y la impostura:—mis homicidas manos, prontas a vengarme,—en la sangre inocente arden por sumirse. —Miserable! ¡Y vivo! ¡Y sostengo la vista—de ese sagrado sol, del que soy descendiente!—Tengo por abuelos al padre y la madre de los dioses:—el cielo, todo el universo está lleno de antepasados míos:—¿Dónde ocultarme? Huyamos en la noche infernal.—¡Pero qué digo! Mi padre tiene la urna fatal;—la suerte, dícese, la ha puesto en sus severas manos:—Míos juzga en los Infernos a todos los muertos humanos:—¡Ah, cómo vibrará su sombra pavorosa—cuando vea a su hija, ante el presentado,—constreñida a confesar tan diversas felonías—y crímenes desconocidos tal vez en los Infernos.—¿Qué dirás tú, padre mío, en ese espectáculo horrible?—Que créas ver de tu mano caer la urna terrible,—creo verte buscando un suplicio nuevo—y convertirte en verdugo de tu propia sangre!—¡Perdón! Un dios terrible ha perdido a tu familia:—reconoce su venganza en los furiosos de tu hija.—¡Ay! Del crimen nefando cuya vergüenza me sigue—nunca mi triste corazón ha recogido el fruto. (N. del T.)

1. La Venus toda entera con su presa ligada! (N. del T.)

El país de las quimeras es en este mundo el único digno de ser habitado; y tal es la nada de las cosas humanas, que exceptuando el Ser que existe por sí mismo, sólo es hermoso lo que no es...

Una secreta languidez se oculta en el fondo de mi corazón: lo siento vacío e hinchado, como en otro tiempo decías del tuyo; el cariño que profeso a lo que me es caro, no basta para llenarlo, pues le sobra una fuerza inútil que no sabe en qué invertir. Este pesar es caprichoso, no lo niego, mas no por ello es menos positivo. Soy demasiado feliz, amigo mío, y la felicidad me bastaría...

No encontrando, pues, en la tierra cosa alguna que le baste, mi alma busca con avidez en otra parte un objeto que la llene, remontrándose al origen del sentimiento y del ser; allí pierde su sequedad y languidez; allí renace y se reanima; allí encuentra un nuevo resorte, y se siente animada de una nueva existencia extraña a las pasiones del cuerpo, o, por mejor decir, que no está en mí misma, sino que reside por entero en el ser inmenso que contempla; y desprendida por un momento de sus lazos, se consuela, esperando que este ensayo de un estado más sublime llegará algún día a ser suyo...

Cuando pienso en todos los beneficios de la Providencia, me avergüenzo de mostrarme sensible a tan ligeros pesares, olvidando tan grandes mercedes...

Cuando la tristeza me sigue a mi pesar (en su oratorio), algunas lágrimas derramadas en presencia de aquel que alivia todos los dolores, tranquilizan mi corazón al instante. Nunca mis reflexiones son amargas ni dolorosas, y hasta mi arrepentimiento está exento de zozobras, pues mis culpas me inspiran menos temor que vergüenza: tengo pesares, mas no remordimientos.

El Dios a quien sirvo es un Dios clemente, un padre; lo que me cautiva es su bondad, que hace desaparecer a mis ojos sus demás atributos; su bondad es lo único que concibo. Su poder me admira, su inmensidad me confunde, su justicia... Ha formado al hombre débil, y por esto es clemente sin dejar de ser justo. El Dios de las venganzas es el Dios de los protervos. No puedo temerle por mí, ni implorar contra otro. ¡Oh Dios de paz y de bondad! Yo te adoro, porque conozco que soy tu obra; y porque espero hallarte en el Juicio final, tal como hablas a mi corazón durante mi vida.

¡Cuán felizmente se adunan en este cuadro el amor y la religión! Este estilo, estos sentimientos no tienen mo-

dolo en la antigüedad ¹. Preciso sería ser demente para rechazar un culto que hace salir del corazón acentos tan tiernos, y que, por decirlo así, ha añadido nuevas cuerdas al alma.

¿Queréis otro ejemplo de este nuevo lenguaje de las pasiones desconocido del politeísmo? Pues oíd a Clementina; sus palabras son tal vez más naturales, más tierna y sublimemente sencillas que las de Julia :

Accedo, señor, de todo corazón a que miréis con odio, con desprecio y horror a la desventurada Clementina; pero os suplico, por el interés de vuestra alma inmortal, que os reconciliéis con la verdadera Iglesia. ¿Qué me respondéis, señor? (siguiendo con su encantador semblante el mío, que mantenía aún vuelto, porque no me hallaba con fuerza para mirarla.) Decidme, señor, que consentís en ello; siempre os he creído dotado de corazón recto y sensible; decidme que os rendís a la verdad. ¡No os lo pido por mí, pues ya os he dicho que considero los desprecios como patrimonio mío; no se dirá que os habéis doblegado a las instancias de una mujer, no! Sólo vuestra conciencia tendrá este honor. No os ocultaré lo que medito respecto de mí misma. Viviré en una paz profunda (y se levantó con un aire de dignidad que el espíritu de religión parecía aumentar); y cuando el ángel de la muerte se deje ver le alargaré la mano, y le diré: Acércate, ¡oh ministro de la paz! Yo te sigo a las regiones a que anhelo llegar, y allí guardaré un puesto al hombre para quien no lo deseaba poco ha; pero a cuyo lado quiero estar eternamente sentada.

¡Ah! El cristianismo es un bálsamo para nuestras heridas, cuando las pasiones concitadas en nuestro seno empiezan a aplacarse, o por el infortunio o por la duración. Adormece el dolor, fortifica la resolución vacilante y evita las recaídas, combatiendo en un alma recién curada, el peligroso poder de los recuerdos; nos rodea de paz y de luz, y restablece para nosotros esa armonía de las cosas celestiales que Pitágoras oía en el silencio de sus pasiones. Como promete siempre una recompensa por cada sacrificio, se cree que nada se le cede al cederle todo; como ofrece a cada paso un objeto más hermoso a nuestros deseos, satisface la natural in-

constancia de nuestros corazones; el alma se halla con su ayuda en el éxtasis de un amor naciente, amor inefable, porque sus misterios son los de la inocencia y la pureza.

V

ABELARDO Y ELOÍSA

Julia, atraída a la religión por medio de infortunios comunes, permanece en el mundo; y precisada a ocultarle su pasión, recurre en secreto a Dios, porque tiene la certidumbre de hallar en este padre indulgente los consuelos que le negarían los hombres. Complácese en confesarse en el tribunal supremo, porque sólo él puede absolverla; y también, acaso, ¡involuntario resto de debilidad!, porque al recurrir a él habla a todas horas de su amor.

Si hallamos tanto placer en revelar nuestras penas a algún hombre superior, a alguna conciencia tranquila que nos inspire fortaleza y nos haga partícipes de la calma de que disfruta, ¡cuánta delicia no será hablar de pasiones al Ser impasible a quien no pueden turbar nuestras confidencias, y de nuestras flaquezas al Ser Omnipotente, que puede comunicarnos un poco de su fuerza! Fácil es concebir los éxtasis de estos hombres santos que, retirados a la cumbre de las montañas, ponían toda su vida a los pies de Dios, taladraban a fuerza de amor las bóvedas de la Eternidad, y conseguían contemplar la luz primitiva. Julia se acerca sin saberlo a su fin, y las sombras del sepulcro, que empiezan a entreabrirse para ella, permiten a sus ojos un rayo de la excelencia divina. La voz de esta mujer moribunda es dulce y triste; son los últimos rumores del viento que se retira de los bosques, los postreros murmullos de un mar que abandona sus playas.

La voz de Eloísa es más enérgica. Esposa de Abelardo, vive, y vive para Dios. Sus desgracias han sido tan imprevistas como terribles. Precipitada del mundo al desierto, ha entrado súbitamente y con todo su fuego en la helada atmósfera de un monasterio. La religión y el amor ejercen un imperio

1. En este pasaje hay, sin embargo, una mezcla viciosa de expresiones metafísicas y de lenguaje natural. Dios, el Todopoderoso, el Señor, valdrían más que el origen del ser, etc.

simultáneo sobre su corazón. La naturaleza rebelde, aprisionada en todo su vigor por la gracia, se debate vanamente en brazos del cielo. Dad un Racine por intérprete a Eloísa, y el cuadro de sus sufrimientos borrará mil veces el de los infortunios de Dido, merced al efecto trágico, al lugar de la escena, y a no sé qué de formidable que el cristianismo imprime a los objetos en que mezcla su grandeza.

Hélas! tels sont les lieux où, captive, enchaînée,
Je traîne dans les pleurs ma vie infortunée.
Cependant, Abelard, dans cet affreux séjour,
Mon cœur s'enivre encor du poison de l'amour.
Je n'y dois mes vertus qu'à ta funeste absence,
Et j'ai maudit cent fois ma pénible innocence.

O funeste ascendant! ô joug impérieux!
Quels sont donc mes devoirs, et qui suis-je en ces lieux?
Perfide! de quel nom veux-tu que l'on te nomme?
Toi, l'épouse d'un Dieu, tu brûles pour un homme!
Dieu cruel! prends pitié du trouble où tu me vois,
A mes sens mutins ose imposer tes lois.

Le pourras-tu? grand Dieu! mon désespoir, mes larmes,
Contre un cher ennemi te demandent des armes,
Et cependant, livrée à de contraires vœux,
Je crains plus tes bienfaits que l'exces de mes feux.

Es imposible que la antigüedad produjese tal escena, porque no tenía tal religión. En vano se tomará por heroína a una vestal griega o romana, pues nunca se establecerá este combate entre la carne y el espíritu, que constituye el interés de la situación de Eloísa, y que sólo pertenece al dogma y a la moral del cristianismo. Recordad que aquí veis reunidas la más impetuosa de las pasiones, y una religión amenazadora que jamás contemporiza con nuestras viciosas tendencias. Eloísa se abrasa de amor, pero en su derredor se elevan muros de hielo; todo se extingue bajo los insensibles mármoles; llamas eternas o recompensas sin fin esperan allí su caída o su triunfo. No hay que es-

perar transacción alguna, porque el Criador y la criatura no pueden habitar juntos en una misma alma. Dido no pierde sino un amante ingrato. ¡Oh! Eloísa se siente atormentada de muy diferente sed. Le es indispensable elegir entre Dios y un amante fiel cuya desgracia ha causado; no crea que podrá consagrar en secreto a Abelardo la menor parte de su corazón, pues el Dios del Sinaí es un Dios celoso, un Dios que quiere ser amado con preferencia, y que castiga hasta la sombra de un pensamiento, hasta el sueño que se dirige a otro.

Creemos conveniente notar aquí un error de Colardeau, porque participa del espíritu de su siglo, y puede proyectar alguna claridad sobre el asunto de que tratamos. Su epístola de Eloísa tiene cierto matiz filosófico, que no se advierte en el original de Pope. Después del fragmento citado, se leen estos versos:

Chères sœurs, de mes fers compagne innocentes,
Sous ces portiques saints colombes gémissantes,
Vous qui ne connoissez que ces foibles vertus
Que la religion donne... et que je n'ai plus;
Vous qui, dans les langueurs d'un esprit monastique,
Ignorez de l'amour l'empire tyrannique;
Vous, enfin, qui, n'ayant que Dieu seul pour amant,
Aimez par habitude, et non par sentiment, [bles!
Que vos cœurs sont heureux, puisqu'ils sont insensibles!
Tous vous jours sont sereins, toutes vos nuits paisibles;
Le cri des passions n'en trouble point le cours.
Ah! qu'Héloïse envie et vos nuits et vos jours!

Estos versos, que por otra parte no carecen de abandono y dulzura, no son del autor inglés. Apenas se descubren en ellos vestigios de este pasaje:

¡Dichosa la virgen sin mancha que olvida el mundo, y a quien el mundo olvida! La eterna alegría de su alma es saber que todas sus plegarias son escuchadas, todos sus votos cumplidos. El trabajo y el descanso se distribuyen igualmente sus días; su fácil sueño cede sin esfuerzo al llanto y a las vigiliias. Sus deseos son sensatos, y sus gustos siempre uniformes; se consuela con sus lágrimas; y sus suspiros son para el cielo. La gracia difunde en su derredor sus más

1. Queridas hermanas, de mis hierros compañeras inocentes,—bajo esos pórticos santos, palomas dolientes,—vosotras que no conocéis sino esas *foibles* virtudes—que la religión concede... y que yo nunca tuve,—vosotras que, en la *langueur* de un *esprit monastique*, ignoráis del amor el imperio tiránico;—vosotras, en fin, que no teniendo más que a Dios sólo por amante,—amáis por *costumbre* y no por sentimiento,—vuestros corazones son felices, puesto que son insensibles!—Todos vuestros días son serenos, todas vuestras noches apacibles,—el grito de las pasiones no os turba para nada.—¡Ah, cómo envidia Eloísa vuestros días y vuestras noches! (N. del T.)

1. COLARDEAU, Epístola de Eloísa. (N. del A.)
¡Ay! Tales son los lugares donde, cautiva, encadenada,—arrastrada entre horros mi vida infortunada.—Entretanto Abelardo en esa mansión,—mi corazón se embriaga aún del veneno del amor.—Sólo debo mis virtudes a tan funesta ausencia,—y maldijo cien veces mi penosa inocencia.

¡Oh funesto ascendiente! ¡Oh imperioso yugo!
¿Cuáles son mis deberes, y quién soy en estos lugares?
—¡Pérfida! ¿Con qué nombre quieres que te llame?
—¡Tú, la esposa de un Dios, ardes por un hombre!—Dios cruel, ten piedad de la turbación en que me ves,—a mis sentidos sublevados osa imponer tus leyes!

¿Le podrás? ¡Gran Dios, mi desesperación, mis lágrimas,—contra un querido enemigo te demandan las armas,—y entretanto, entregada a contrarios deseos,—temo más tus beneficios que el exceso de mis fuegos. (N. del T.)

tranquilos rayos; los ángeles le *soufflent*¹ — soplan —, en silencio los más deliciosos ensueños. El Esposo prepara para ella el anillo nupcial; las cándidas vestales antonan por ella alegres cantos de himeneo; por ella florece la rosa de Edén, que no se marchita, y los serafines esparcen los perfumes de sus alas. Muere en fin al sonido de las arpas celestiales, y se desvanece en las visiones de un día eterno.

No podemos comprender cómo un poeta ha podido alucinarse hasta el punto de substituir a esta descripción una vulgaridad acerca de las *languideces monásticas*. ¿Quién no conoce cuán hermosa y dramática es esta oposición que Pope ha querido establecer entre los pesares y el amor de Eloísa, y la paz y la castidad de la vida religiosa? ¿Quién no conoce cuán agradablemente alivia esta transición el alma combatida por las pasiones, y cuán nuevo precio da luego a los movimientos que renacen de estas mismas pasiones? Si la filosofía es a propósito para algo, no lo será ciertamente para la pintura de las tempestades del corazón, pues ha sido directamente inventada para aplacarlas. Eloísa, filosofando sobre las *débiles* virtudes de la religión, no habla como la verdad, ni como su siglo, ni como la mujer, ni como el amor: en tales frases sólo se ve al poeta, y lo que es aún peor, la edad de los sofismas y la declamación.

Véase, pues, cómo la irreligión destruye la verdad y desfigura los movimientos de la naturaleza. Pope, que floreció en mejores tiempos, no incurrió en la falta de Colardeau. Este autor conservaba la buena tradición del siglo de Luis XIV, del cual es una especie de prolongación o de reflejo el de la reina Ana. Tornemos a las ideas religiosas, si concedemos algún precio a las obras del genio; la religión es la verdadera filosofía de las Bellas Artes, porque no separa, como la sabiduría humana, la poesía de la moral, y el amor de la virtud.

Por lo demás, pudiéramos hacer otras interesantes observaciones respecto de Eloísa, con relación al solitario albergue donde ocurre la escena. Aquellos claustros, aquellas bóvedas, aquellos sepulcros y aquellas austeras costumbres, en completo contraste con el amor, de-

ben aumentar su intensidad y su tristeza. Una cosa es consumir rápidamente la vida en una hoguera, como la reina de Cartago, otra es abrasarse con lentitud, como Eloísa, en el altar de la religión. Empero, como más adelante hablaremos de los monasterios con alguna extensión, nos parece oportuno detenernos aquí, para evitar enojosas repeticiones.

VI

AMOR CAMPESTRE.—EL CÍCLOPE Y GALATEA.

Tomaremos por objeto de comparación entre los antiguos, en los amores campestres, el idilio de Cíclope y de Galatea. Este poema es una de las obras maestras de Teócrito, y aunque el de la *Maga* le es quizá superior por la vehemencia de la pasión, es menos pastoril.

El Cíclope, sentado en un peñasco, a orillas del mar de Sicilia, canta en estos términos sus penas, recorriendo con la vista las olas:

¡Encantadora Galatea! ¡Por qué rechazas los desvelos de un amante, tú, cuyo rostro es tan blanco como la leche que encierran mis cestas de junco; tú, más tierna que el corderillo, más voluptuosa que la ternera, más fresca que el racimo no sazonado aún por los rayos del sol? Tú te deslizas por estas playas cuando el dulce sueño me aprisiona, huyes cuando el dulce sueño se aleja de mí, y me temes como el cordero teme al lobo encanecido por los años. Yo no he dejado de adorarte desde el día en que viniste con mi madre a despojar la montaña de sus tiernos jacintos; yo te trazaba el camino. Desde aquel momento, después de aquel momento, y aun hoy, me es imposible vivir sin ti. Y, no obstante, ¿te curas de mis ansias? En nombre de Júpiter, ¿te curas de mis ansias?... Empero, aunque soy tan horroroso, tengo, no obstante, mil ovejas, cuyas ricas ubres ordeña mi mano, y cuya espumosa leche bebo. El verano, el otoño y el invierno hallan siempre numerosos quesos en mi gruta, y mis redes están siempre llenas de exquisita pesca. Ningún cíclope podría, con mejor título que yo, cantarte en la flauta, ¡oh virgen nueva! Ninguno podría celebrar tus atractivos con tanto arte como yo, durante la noche y las tempestades.

Alimento por ti once ciervas próximas a dar a luz sus cervatillos. Crío también cuatro ositos, robados a sus montaraces ma-

1. *L'anglais*, PROMPT.
CRISTIANISMO.—9

dres; ven, que tuyas serán tantas riquezas. Deja que el mar se estrelle iracundo en estas riberas; tus noches serán más felices, si las pasas a mi lado en mi cavema. Frondosos laureles y altos cipreses murmuran a su entrada, y la negra yedra y la viña cargada de racimos cubren su obscuro interior; no lejos murmura un fresco arroyuelo que el albo Etna derrama de sus nevadas cumbres y de sus laderas cubiertas de pardos bosques. ¡Cómo! ¿Preferirías aún los mares y sus inconstantes olas? Si mi levantado pecho ofende tu vista, tengo robustas cenizas y un agradable fuego oculto en la ceniza; quema, que todo me será dulce si procede de tu mano; quema, si quieres, hasta mi único ojo, este ojo que tengo en más que mi vida. ¡Ah! ¿Por qué no me dió mi madre ligeros remos como el pez, para hender las mansas ondas? ¡Oh! ¿Cuán gozoso bogaría hacia mi Galatea! ¿Con cuánto amor besaría su mano, si me megaba sus labios! Sí; yo te llevaría blancas azucenas o tiernas adormideras de purpurinas hojas; aquéllas crecen en estío, florecen éstas en invierno; por esto no podría ofrecértelas al mismo tiempo...

No de otro modo aplicaba Polifemo a la herida de su corazón el dictamo inmortal de las musas, aliviando así su vida más dulcemente que a beneficio de todo lo que se compra a peso de oro ¹.

Este idilio respira amor. El poeta no podía hacer una elección de palabras más delicadas y armoniosas. El dialecto dórico añade a sus versos un tono de sencillez que no puede conservarse en los modernos idiomas. Mediante el juego de multitud de aces y de una pronunciación larga y abierta, se cree sentir la calma de los cuadros de la Naturaleza y oír el habla sencilla de un pastor ².

Obsérvese la naturalidad de las quejas del Cíclope. Polifemo habla del corazón, y no puede dudarse ni un momento que sus suspiros son la imitación

de un poeta. ¡Con cuán apasionada sencillez no hace el desventurado amante la pintura de su fealdad! No hay circunstancia, hasta la del ojo espantoso, de que Teócrito no haya sabido sacar un brillante partido; tan cierta es la observación de Aristóteles, tan bien traducida por ese Despréaux que tuvo ingenio a fuerza de tener razón:

D'un pinceau délicat l'artifice agréable
Du plus affreux objet fait un objet aimable ³.

Sabido es que los modernos, especialmente los franceses, han brillado poco en el género pastoril ². No obstante, Bernardino de Saint-Pierre ha excedido, en nuestro concepto, a los bucolistas de Italia y Grecia. Su novela, o por mejor decir, su poema de *Pablo y Virginia*, pertenece al corto número de esos libros que en pocos años adquieren antigüedad bastante para que se les pueda citar sin miedo a comprometer uno su juicio.

VII

PABLO Y VIRGINIA ³

El viejo, sentado en la montaña, cuenta la historia de las dos familias desterradas, y refiere los trabajos, los amores y los desvelos de su vida.

Pablo y Virginia no tenían relojes ni almanaques, ni libros de cronología, historia o filosofía, por la cual los períodos de su vida se ajustaran a los de la Naturaleza. Conocían las horas del día por la sombras de los árboles; las estaciones, por los tiempos en que daban sus flores o frutos, y los años por el número de sus cosechas. Estas dulces imágenes daban el mayor atractivo a sus conversaciones. «Es tiempo de comer, decía Virginia a la familia: las sombras de los plátanos están a sus pies»; o bien: «La noche se acerca: los tamarindos cierran sus hojas. ¿Cuándo vendrás a vernos? le preguntaban algunas amigas de la vecindad.—Para las cañas de azúcar, respon-

1. Teócrito, idilio XI, v. 19 y sig.

2. Se puede observar que la primera vocal del alfabeto se encuentra en casi todas las palabras que describen las escenas del campo, como arado, vaca, caballo, labranza, valle, montaña, árbol, pasturaje, lacticio, etcétera, y en los epítetos que acompañan generalmente a estas palabras, tales como pesado, campestre, trabajador, graso, agreste, deleitable, etc. Esta observación cae con la misma exactitud en todos los idiomas conocidos. La A, descubierta la primera, como perteneciente a la primera emisión natural de la voz, los hombres, entonces pastores, la emplearon en las palabras que componían el sencillo diccionario de su vida. La igualdad de sus usos y lo poco variado de sus ideas, necesariamente llenas de imágenes de los campos, debían asimismo llamar de nuevo el retorno de los mismos sonidos en la lengua. El sonido de la A es apropiado a la calma de un corazón campesino y a la paz de los cuadros rústicos. El acento de un alma apasionada, es agudo, sibilante, precipitado, y por lo tanto la A resulta demasiado larga: es preciso una boca pastoril, que pueda tomar el tiempo de pronunciarla con lentitud. Pero, no obstante, se viene muy bien a los lamentos, entre lágrimas amorosas y candorosos ojos, de un cabrero.

1. El mañoso artificio de un pincel delicado—haec grata a la vista la cosa más horrible. (N. del T.)

2. La revolución se nos ha llevado a un hombre que prometía un raro talento en la égloga: Andrés Chénier. Conocemos de él una colección de idilios manuscritos donde se encuentran cosas dignas de Teócrito. Esto explica las palabras de este infortunado joven en el cadalso, cuando decía, dándose palmadas en la frente: ¡Morir! ¡Y sin embargo yo tenía aquí algo! Era la musa, que le revelaba su talento en el momento de la muerte.

3. Sería más exacto comparar *Daphnis y Cloe* con *Pablo y Virginia*, pero tal novela es demasiado libre para ser citada.

día Virginia. —Tu visita nos será más dulce y más agradable» replicaban las jóvenes. Cuando le preguntaban cuál era su edad y la de Pablo, decía: «Mi hermano tiene la edad del cocotero grande de la fuente, y yo la del más pequeño. Los mangos han dado doce veces sus frutos, y los naranjos veinte y cuatro veces sus flores, desde que estoy en el mundo.» Su vida parecía identificada con la de los árboles, como la de los faunos y las dríadas. No conocían más épocas históricas que las que comprendían las vidas de sus madres, ni más cronología que la de sus jardines, ni más filosofía que hacer bien a todos y conformarse con la voluntad de Dios...

... Algunas veces decía Pablo a Virginia, al regresar de sus trabajos: «Cuando me siento fatigado, tu vista restaura mis fuerzas. Y cuando desde la cima del monte descúbrote en el fondo de este valle, me pareces, en medio de nuestros jardines, un capullo de rosa...

... Aunque te pierda de vista por entre los árboles, no necesito verte para volver a hallarte; alguna parte de ti misma, que no puedo expresar, queda para mí en el aire por donde pasas, y en la hierba donde te sientas...

... Dime: ¿cuál es el encanto con que has podido cautivarme? ¿Es por ventura por tu talento? Nuestras madres tienen más que nosotros. ¿Será por tus caricias? Ellas me abrazan con más frecuencia que tú. Creo, pues, que me has encantado con tu bondad. Toma, querida mía, esa rama de limonero en flor, que he cogido en el bosque, para que la coloques durante la noche cerca de tu lecho. Come este panal de miel que he cogido para ti en lo alto de una roca; pero antes reclina tu cabeza en mi seno y reposaré.»

Virginia le respondía: «¡Oh hermano mío! Los rayos del sol matutino, al parecer sobre estas rocas, me causan menos alegría que tu presencia...

... ¿Me preguntas por qué me amas? Todos los seres que han crecido juntos se aman. Mira, si no, nuestros pajarillos: criados en los mismos nidos, se aman como nosotros, y están siempre juntos como nosotros. Escucha cómo se llaman y se responden de un árbol a otro. Del mismo modo, cuando el eco me hace oír los aires que suenan en tu flauta, yo los repito en este valle...

... Ruego a Dios todos los días por mi madre, por la tuya, por ti y por nuestros pobres criados; pero cuando pronuncio tu nombre, me parece que mi devoción se aumenta, y pido fervorosamente a Dios que no te acontezca mal alguno. ¿Por qué vas tan lejos y a tanta altura a buscarme frutos y flo-

res? ¡No tenemos bastantes en el jardín? ¡Cuán cansado llegas! ¡Estás bañado en sudor! Y así diciendo, le enjugaba con su pañolito blanco la frente y las mejillas, dándole infinitos besos.

Lo que importa examinar en esta pintura, no es el porqué de la superioridad al cuadro de Galatea, (superioridad harto evidente para no ser de todos reconocida), sino por qué debe su excelencia a la religión; estudiemos, en una palabra, su sello cristiano.

Es cierto que el encanto de *Pablo y Virginia* consiste en cierta moral melancólica que brilla en la obra, y que pudiera compararse con el uniforme resplandor que la luna derrama sobre una soledad matizada de flores. Cualquiera que haya meditado el Evangelio, debe confesar que sus divinos preceptos tienen precisamente este carácter de tristeza y de ternura. Bernardino de Saint-Pierre, que en sus *Estudios de la Naturaleza*, se propone justificar los designios de Dios, y probar la hermosura de la religión, debió alimentar su espíritu con la lectura de los libros santos. Su égloga es tan interesante porque representa a dos familias cristianas que viven a la vista del Señor, entre su palabra en la Biblia y sus obras en el desierto. Agréguese a esto la indigencia y esos males del alma, cuyo único remedio es la religión, y tendréis todo el asunto del poema. Los personajes son tan sencillos como el argumento: dos hermosos niños, cuya cuna y sepulcro se ven, dos fieles esclavos y dos piadosas matronas. Aquellas honradas familias tienen un historiador digno de su vida: un respetable anciano que ha permanecido sólo en la montaña, y que, habiendo sobrevivido a todo lo que amaba, narra a un viajero los infortunios de sus amigos en los restos de sus cabañas.

Añadamos que estas bucólicas australes están llenas de recuerdos de las Escrituras. En unas se ve a Rut, en otras a Sefora, en otras el Edén y nuestros primeros padres; estas sagradas reminiscencias envejecen, por decirlo así, las costumbres del cuadro, confundiendo con ellas las del antiguo Oriente. La misa, las preces, los Sacramentos y las ceremonias de la Iglesia, que el autor menciona a cada paso, aumentan tam-

bién las bellezas religiosas de la obra. El sueño de madama de la Tour está esencialmente enlazado con lo que nuestros dogmas tienen de más grande y tierno. Reconócese además al cristiano en esos preceptos de resignación a la voluntad de Dios, de obediencia filial, de caridad para con los pobres, y, en una palabra, en esa dulce teología que respira el poema de Bernardino de Saint-Pierre. Hay más: la religión es la que en realidad determina la catástrofe, pues Virginia muere para conservar una de las virtudes más recomendadas por el Evangelio. Hubiera sido absurdo hacer morir a una griega, por no querer despojarse de sus vestidos. Pero la amada de Pablo es una virgen cristiana, y este hecho, ridículo en creencias menos puras, es sublime en este caso.

Finalmente, este carácter del género pastoril no se asemeja a los idilios de Teócrito, ni a las églogas de Virgilio, ni a las grandes escenas rústicas de Hesiodo, Homero y la Biblia; pero recuerda cierta cosa inefable, como la parábola del *Buen Pastor*, echándose de ver que sólo un cristiano pudo inspirar los evangélicos amores de Pablo y Virginia.

Tal vez se nos objete que no es el encanto tomado de los libros santos lo que da a Bernardino de Saint-Pierre la superioridad sobre Teócrito, sino su talento para pintar la Naturaleza. A esto responderemos que este talento, o a lo menos su desarrollo, es debido al cristianismo; porque esta religión, desterrando las pequeñas divinidades de los bosques y de las aguas, ha devuelto al poeta la libertad de representar los desiertos en su majestad primitiva. Intentaremos probar nuestro aserto cuando tratemos de la Mitología; continuemos ahora nuestro examen de las pasiones.

VIII

LA RELIGIÓN CRISTIANA CONSIDERADA COMO PASIÓN

La religión cristiana no se limita a aumentar el juego de las pasiones en el drama y en la epopeya, sino que es también una especie de pasión, que tiene

en sus vehemencias los ardores, los suspiros, alegrías, lágrimas y amores del mundo y del desierto. Sabemos que el siglo llama a esto *fanatismo*; pero pudiéramos responderle con estas palabras de Rousseau: «El fanatismo, aunque *sanguinario y cruel*¹, es, no obstante, una pasión grande y poderosa, que eleva el corazón humano, y le hace despreciar la muerte, que le imprime una acción prodigiosa, y que sólo se necesita dirigir para hacerla producir las más sublimes virtudes, al paso que la *irreligión*, y en general el espíritu *razonador y filosófico*, inspiran apego a la vida, afeminan, envilecen las almas, concentran todas las pasiones en la bajeza del interés individual, en la abyección del *yo* humano, y minan de este modo en silencio los verdaderos cimientos de toda sociedad; porque lo que los intereses particulares tienen de común es tan insignificante, que jamás equilibrará lo que tienen de hostil².»

Pero no es ésta la cuestión: no se trata ahora sino de los efectos dramáticos. Pues bien: el cristianismo, considerado como pasión, proporciona tesoros inmensos al poeta. Esta pasión religiosa es tanto más enérgica cuanto que se halla en contradicción con todas las demás; para que exista es preciso que las devore. A semejanza de todos los grandes afectos, tiene cierto sello de gravedad y tristeza; nos lleva a la sombra de los claustros y a las montañas. La hermosura que el cristiano adora no es una hermosura perecedera, sino esa eterna belleza por cuyo goce se apresuraban los discípulos de Platón a dejar la tierra. No se muestra a los que la aman sino cubierta con un velo, envuelta en los pliegues del Universo como en un manto, pues, si una sola de sus miradas cayese directamente sobre el corazón del hombre, no podría sostenerla y expiraría de delicias.

Para llegar al goce de esta hermosura suprema, los cristianos toman un camino diferente al de los filósofos de Atenas: permanecen en este mundo, a fin de multiplicar los sacrificios y de hacerse más dignos del objeto de sus deseos, mediante una larga purificación.

1. «La filosofía lo es menos?»

2. *Emile*, t. III, p. 193, lib. IV, nota.

Todo el que, según la expresión de los Padres, no tuvo con su cuerpo el menor comercio posible y bajó virgen al sepulcro, libre de sus temores y dudas, vuelá al *lugar de vida*, donde contempla, durante una Eternidad, lo que es verdadero, inalterable y superior a la opinión. ¡Cuántos mártires no ha hecho esta esperanza de poseer a Dios! ¿Qué soledad no ha oído los suspiros de esos rivales que se disputaban el objeto de las adoraciones de ángeles y serafines? Aquí vemos a un Antonio que erige un altar en el desierto, y que durante cuarenta años se inmola, ignorado de los hombres; allí a un San Jerónimo, que abandona a Roma, atraviesa los mares, y va, como Elías, a buscar un retiro en las orillas del Jordán. El infierno, que no le deja tranquilo, le presenta la imagen de Roma con todos sus encantos para atormentarle; mas él resiste tan rudos asaltos, y combate cuerpo a cuerpo con sus pasiones. Son sus armas las lágrimas, los ayunos, el estudio, la penitencia, y especialmente el amor; precipitase a los pies de la hermosura divina, y le suplica acuda en su auxilio. Algunas veces abruma sus hombros con pesadas cargas, para domar su carne rebelde y apagar en los sudores los culpables deseos que asedian a la criatura.

Massillon exclama, al pintar este amor: «Sólo el Señor ¹ le parece bueno, verdadero, fiel, constante en sus promesas, amable en su indulgencia, magnífico en sus dones, real en su ternura, clemente aun en su cólera; el único bastante grande para llenar toda la inmensidad de nuestros corazones; el único bastante generoso para dulcificar todas sus amarguras; el único inmortal, a quien podrá amarse eternamente; por último, el único a quien nos duele haber amado demasiado tarde.»

El autor de la *Imitación de Cristo* recopiló de San Agustín y de otros Padres todo lo que en el lenguaje de amor divino puede considerarse como más místico y fervoroso ².

«Ciertamente, el amor es una gran cosa, el amor es un bien admirable, pues sólo él hace ligero lo que es pesado,

y sufre con inalterable tranquilidad los varios accidentes de esta vida; sufre sin pena lo que es penoso, y hace dulce y agradable lo que es amargo.

»El amor de Dios es generoso, impulsa las almas a grandes hechos, y la excita a desear lo más perfecto.

»El amor aspira a la elevación, y no sufre verse encadenado por cosas mezquinas.

»El amor quiere ser libre y ajeno a las afecciones terrenas, por temor de que su luz interior no se extinga u obscurezca al soplo de los bienes o los males del mundo.

»Nada hay en el cielo ni en la tierra más dulce o más poderoso, o más alto, o más extenso, o mejor que el amor, porque el amor procede de Dios, y elevándose sobre todas las criaturas, no puede descansar sino en Dios.

»El que ama está siempre rodeado de alegría; corre, vuela, es libre, y nada le detiene; da todo por todos, y posee todo en todos, porque descansa en ese bien único y supremo que es superior a todo, y del que se derivan y proceden todos los bienes.

»No se detiene en los favores que se le hacen, sino que se eleva con todo su corazón hacia el que se los dispensa.

»Sólo el que ama puede comprender los gritos del amor y esas palabras de fuego que un alma, vivamente llena de Dios, le dirige cuando dice: Tú eres mi Dios, tú eres mi amor, tú eres todo mío, y yo soy toda tuya.

»Escucha mi corazón, para que te ame más, y para que conozca por medio de un deleite interior y espiritual cuán dulce es amarte, nadar y perderse, por decirlo así, en el océano de tu amor.

»El que ama generosamente, añade el autor de la *Imitación*, se mantiene firme en las tentaciones, y no se deja sorprender por las artificiosas persuasiones de su enemigo.»

Esta pasión cristiana, esa lid eterna entre los amores del cielo y los de la tierra, han sido pintados en la siguiente escena del *Poliuto*, de Corneille ¹, pues este eminente varón, menos delicado que los espíritus del día, no encontró al cristianismo inferior a su genio:

1. El jueves de Pasión, *La Pecedora*, primera parte.
2. *Imitación de Cristo*, lib. III, cap. v.

1. Acto IV, escena III.

POLYEUCTE

...
 ...
 Si mourir pour son prince est un illustre sort,
 Quand on meurt pour son Dieu, quelle sera la mort !

PAULINE

Quel Dieu ?

POLYEUCTE

Tout beau, Pauline, il entend vos paroles ;
 Et ce n'est pas un Dieu comme vos dieux frivoles,
 Insensibles et sourds, impuissants, mutilés,
 De bois, de marbre ou d'or, comme vous le voulez ;
 C'est le Dieu des chrétiens, c'est le mien, c'est le vôtre
 Et la terre et le ciel n'en connaissent point d'autre.

PAULINE

Adorez-le dans l'âme, et n'en témoignez rien.

POLYEUCTE

Que je sois tout ensemble idolâtre et chrétien !

PAULINE

Ne feignez qu'un moment, laissez partir Sévère,
 Et donnez lieu d'agir aux bontés de mon père.

POLYEUCTE

Les bontés de mon Dieu sont bien plus à chérir :
 Il m'ôte des dangers que j'aurois pu courir ;
 Et, sans me laisser lieu de tourner en arrière,
 Sa faveur me couronne, entrant dans la carrière ;
 Du premier coup de vent il me conduit au port,
 Et sortant du baptême, il m'envoie à la mort,
 Si vous pouviez comprendre et le peu qu'est la vie
 Et de quelles douceurs cette mort est suivie !

...
 Seigneur, de vos bontés il faut que je l'obtienne,
 Elle a trop de vertu pour n'être pas chrétienne ;
 Avec trop de mérite il vous plut la former
 Pour ne vous pas connaître et ne vous pas aimer,
 Pour vivre des enfers esclave infortunée,
 Et sous leur triste joug mourir comme elle est née !

PAULINE

Que dis-tu, malheureux ! qu'oses-tu souhaiter ?

POLYEUCTE

Ce que de tout mon sang je voudrais acheter.

PAULINE

Que plutôt !...

POLYEUCTE

C'est en vain qu'on se met en défense ;
 Ce Dieu touche les coeurs lorsque moins on y pense.
 Ce bienheureux moment n'est pas encore venu ;
 Il viendra, mais le temps ne m'en est pas connu.

PAULINE

Quittez cette chimère, et m'aimez.

POLYEUCTE

Je vous aime
 Beaucoup moins que mon Dieu, mais bien plus que moi-même.

PAULINE

Au nom de cet amour, ne m'abandonnez pas :

POLYEUCTE

Au nom de cet amour, daignez suivre mes pas.

PAULINE

C'est peu de me quitter, tu veux donc me séduire ?

POLYEUCTE

C'est peu d'aller au ciel, je veux vous y conduire.

PAULINE

Imaginations !

POLYEUCTE

Célestes vérités !

PAULINE

Étrange aveuglement !

POLYEUCTE

Éternelles clartés !

PAULINE

Tu préfères la mort à l'amour de Pauline !

POLYEUCTE

Vous préférez le monde à la bonté divine, etc., etc. !

Examinense estos admirables diálogos, a estilo de Corneille, en donde la franqueza de las réplicas, la rapidez del giro y la elevación de los sentimientos embelesan siempre al espectador. ¡Cuán sublime es Poliuto en esta escena ! ¡ Qué grandeza de alma, qué divino entusiasmo, qué dignidad ostenta ! La medida y la nobleza del carácter cristiano se de-

1. *Poliuto*. ...
 Si morir por su príncipe es una insigne suerte,—al morir por su Dios, ¿cómo será la muerte! *Paulina*. ¿Qué Dios? *P*. Todo bondad, *Paulina*, oye vuestras palabras;—y no es un Dios como vuestros dioses frívolos,—insensibles y sordos, impotentes, mutilados,—de madera, de mármol o de oro, como vosotros lo queréis;—éste es el Dios de los cristianos, es el mío, es el vuestro—y no otro conocen la tierra ni el cielo. *Pa*. Adorable en el alma y no manifestéis nada. *P*. ¡Soy yo a la vez idólatra y cristiano! *Pa*. Fingid sólo un momento, dejad partir a Sévère,—y dad lugar a obrar a las bondades de mi padre. *P*. Las de Dios se hacen mucho más querer:—él me aparta de los riesgos que hubiera podido correr,—y, sin darme ocasión para volverme atrás,—su favor me corona, entrando en la carrera;—de la primer volada me conduce al puerto,—y al salir del bautismo me envía a la muerte.—¡Si pudieseis comprender lo poco que es la vida—y de cuáles dulzuras esa muerte es seguida!

Señor, de vuestras bondades es preciso que lo obtenga,—ella posee demasiada virtud para no ser cristiana;—¡con demasiado mérito os plugo formarla—para no conoceros y para no amaros,—para vivir de los infernos esclava infortunada,—y bajo su triste yugo morir como nació! *Pa*. ¿Qué dices, desgraciado! ¿Qué osas anhelar? *P*. Lo que con toda mi sangre yo quisiera comprar. *Pa*. ¿Qué! *P*. Es en vano que uno se ponga en defensa; ese Dios toca los corazones cuando menos se piensa.—Tal venturoso instante todavía no ha venido,—vendrá, pero el momento no me es conocido. *Pa*. Abandonad esa quimera y amadme. *P*. Yo os amo, menos que a mí Dios, pero mucho más que a mí mismo. *Pa*. En el nombre de ese amor, no me abandonéis. *P*. En el nombre de ese amor, dignaos seguir mis pasos. *Pa*. ¿Es poco abandonarme, que quierais seducirme? *P*. ¿Es poco ir al cielo, a do os quiero conducir? *Pa*. ¡Imaginaciones! *P*. ¡Celestes verdades! *Pa*. ¡Extraña ceguera! *P*. ¡Eternas claridades! *Pa*. ¡Preferes la muerte al amor de Paulina! *P*. Vosotros preferís el mundo a la bondad divina, etc., etc. (*N. del T.*)

jan ver hasta en esos *vous* opuestos al *tu* de la hija de Félix; esto solo interpone todo un mundo entre el mártir Poliuto y la pagana Paulina.

En fin, Corneille desplegó el poder de la pasión cristiana en este *diálogo admirable y siempre aplaudido*, según dice Voltaire.

Félix propone a Poliuto que sacrifique a los falsos dioses; pero el héroe se niega a ello:

FÉLIX

Enfin ma bonté cède à ma juste fureur:
Adore-les, ou meurs!

POLIEUCTE

Je suis chrétien.

FÉLIX

Adore-les, te dis-je, ou renonce à la vie. Impie!

POLIEUCTE

Je suis chrétien.

FÉLIX

Tu l'es? O cœur trop obstiné!
Soldats, exécutez l'ordre que j'ai donné.

PAULINE

Où le conduisez-vous?

FÉLIX

A la mort.

POLIEUCTE

A la gloire!!

Estas palabras *soy cristiano*, dos veces repetidas, igualan a las más hermosas de los *Horacios*. Corneille, que tan a fondo conocía el género sublime, advirtió que el amor a la religión podía elevarse al más alto grado de entusiasmo, pues el cristiano ama a Dios como la suprema hermosura, y al cielo como su patria.

Inténtese dar a un idólatra alguna parte del fervor de Poliuto. ¿Se apasionará por una diosa impúdica, o correrá a la muerte por un dios abominable? Las religiones que pueden imprimir calor a las almas, son aquellas que se acercan más o menos al dogma de la unidad de Dios; de otro modo, el corazón y el espíritu, repartidos entre multitud de divinidades, no pueden amar

con pasión ni a unas ni a otras. Por otra parte, no puede existir un amor verdadero, si no tiene por objeto la virtud, pues la pasión dominante del hombre será siempre la verdad; cuando ama el error, es que tal error, en el momento que lo cree, es para él como una cosa verdadera. No amamos la mentira, aunque incurramos sin cesar en ella; esta debilidad reconoce como causa nuestra degeneración original: hemos perdido el poder, si bien conservamos el deseo, y nuestro corazón busca aún la luz que nuestros ojos no tienen ya fuerza para sufrir.

La religión cristiana, al abrírnos, mediante los méritos del Hijo del Hombre, los luminosos caminos que la muerte había cubierto con sus sombras, nos ha devuelto nuestros primitivos amores. Heredero de las bendiciones de Jacob, el cristiano anhela entrar en esa Sión celestial, a donde vuelan sus suspiros. Ésta es la pasión que nuestros poetas pueden cantar, a ejemplo de Corneille; fecundo manantial de bellezas que los antiguos tiempos no han conocido, y que no hubieran despreciado los Sófocles y los Eurípides.

IX

DE LO VAGO DE LAS PASIONES

Réstanos hablar de un estado del alma que, a nuestro juicio, no ha sido bien observado: el que precede al desarrollo de las pasiones, cuando nuestras facultades, jóvenes, activas e íntegras, pero encerradas, no son ejercidas sino sobre sí mismas, sin determinado objeto. Cuanto más avanzan los pueblos en la civilización, más aumenta este estado *vago* de las pasiones, porque ocurre entonces un hecho asaz triste: el gran número de ejemplos que se presencian, la multitud de libros que tratan del hombre y de sus sentimientos, procuran la sabiduría sin dar lugar a la experiencia. Se desengaña uno antes de haber gozado; todavía quedan deseos, y ya no hay ilusiones. La imaginación es rica, abundante y maravillosa; la existencia pobre, seca y desencantada. Hábitase con un corazón lleno de vida un

1. Acto V, escena III.

Félix. Al fin mi bondad cede a mi justo furor:—
¡Adóralos, o muere! Poliuto. Soy cristiano. F. ¡Impío!
¡Adóralos, te digo, o renuncia a la vida! F. Soy cristiano. F. ¿Lo eres? ¡Oh corazón con exceso obstinado!
—Soldados, ejecutad la orden que yo he dado.—Pa.
¿Adónde lo conducis? F. A la muerte. F. ¿A la gloria!
(N. del T.)

mundo vacío; y sin haber usado de cosa alguna, todo inspira tedio.

La amargura que esta situación moral derrama, por decirlo así, en la vida, es increíble, pues el corazón se tortura y se repliega de cien maneras, para dar algún uso a unas fuerzas cuya inutilidad siente. Los antiguos conocieron muy poco esta secreta inquietud, esta ruda reacción de las pasiones ahogadas que fermentan a la vez: una gran existencia política, los juegos del Gimnasio y del Campo de Marte, los negocios del Foro y de la plaza pública, ocupaban todos sus momentos, y no dejaban lugar alguno a las penas del corazón.

Por otra parte, no eran inclinados a las exageraciones, a las esperanzas, a los temores sin objeto, a la movilidad de las ideas y de los sentimientos, y a esa perdurable inconstancia que no es otra cosa que un constante disgusto; disposiciones que adquirimos en la sociedad de las mujeres, pues éstas, además de la pasión directa que hacen nacer en los pueblos modernos, influyen también en los demás sentimientos. Hay en la existencia de la mujer cierto abandono que transmite a la nuestra, haciendo menos pronunciado nuestro carácter masculino; así es que nuestras pasiones, enervadas por la mezcla de las suyas, adquieren a la vez cierto sello de indecisión y molice.

Finalmente, como los griegos y los romanos no extendían sus miradas más allá de la vida, no concebían placeres más perfectos que los del mundo, ni se sentían inclinados, como nosotros, a las meditaciones y a los deseos, pues tal era el carácter de su culto. Formada para aliviar nuestras miserias y necesidades, la religión cristiana nos presenta sin cesar el doble cuadro de las amarguras de la tierra y de las alegrías celestiales; y forma por este medio en el corazón un manantial de males presentes y de esperanzas lejanas, de que brotan inagotables quimeras. El cristiano se considera siempre como un viajero que pasa por la tierra como por un valle de lágrimas, sin que deba prometerse otro descanso que el del sepulcro. El mundo no es el objeto de sus deseos, porque sabe que el *hombre vive pocos días*, y que este objeto le abandonará en breve.

Las persecuciones que experimentaron los primeros fieles aumentaron en ellos este disgusto hacia las cosas de la vida. La invasión de los bárbaros lo llevó a su colmo, y el espíritu humano recibió, a consecuencia de aquella catástrofe, una profunda impresión de tristeza, y acaso cierto matiz de misantropía que nunca se han borrado por completo. Eleváronse por doquiera conventos, a donde se retiraron los infelices engañados por el mundo y las almas que preferían ignorar ciertos sentimientos de la vida a exponerse a sufrir crueles desengaños. Empero, en nuestros días, cuando los monasterios, o la virtud que conduce a ellos, faltaron a estas almas ardientes, se juzgaron extrañas en medio de los hombres. Disgustadas de su siglo, y alarmadas por la religión, permanecieron en el mundo, sin entregarse a él; viéronse presa de mil quimeras, naciendo entonces esa culpable melancolía, fruto de las pasiones, cuando éstas se consumen silenciosas y sin objeto en un corazón solitario.

LIBRO CUARTO

De lo maravilloso, o de la poesía en sus relaciones con los seres sobrenaturales.

I

CÓMO LA MITOLOGÍA EMPEQUEÑECÍA LA NATURALEZA; CÓMO LOS ANTIGUOS NO TENÍAN POESÍA PROPIAMENTE LLAMADA DESCRIPTIVA.

En los libros anteriores hemos hecho ver que el cristianismo ha multiplicado los resortes dramáticos, al imprimir su sello a las afecciones del alma. Lo repetimos: el politeísmo no se ocupaba de los vicios y de las virtudes, pues estaba enteramente separado de la moral. Y nótese aquí cómo la religión cristiana abraza un horizonte más inmenso que la idolatría. Veamos, pues, si en lo que se llama lo *maravilloso* rivaliza en belleza con la misma mitología.

No desconocemos que tenemos que combatir aquí uno de los más antiguos prejuicios de escuela. Las autoridades militan contra nosotros, y se puede citar nos veinte versos del *Arte poética*, que nos condenan.

Comoquiera que sea, no es imposible sostener que la mitología, tan ensalzada, lejos de embellecer la Naturaleza, destruye sus verdaderos encantos; y creemos que muchos ilustres literatos abrigan en la actualidad esta opinión.

El mayor y principal vicio de la mitología era deprimir la Naturaleza, destruyendo de ella la verdad. Una prueba incontestable de este hecho es que la poesía que llamamos *descriptiva* fué ignorada de la antigüedad. Los mismos poetas que han cantado la Naturaleza, como Hesiodo, Teócrito y Virgilio, no han hecho *descripciones*, en el sentido que damos a esta palabra. Es verdad que nos dejaron admirables pinturas de los trabajos, las costumbres y la felicidad de la vida rústica, pero apenas se hallan en sus escritos algunos rasgos relativos a esos cuadros de los campos, de las estaciones y de los accidentes del cielo, que tanto han enriquecido la musa moderna.

Es cierto que estos pocos rasgos no son menos admirables que el resto de sus obras. Al describir Homero la gruta del Cíclope, no la tapiza de *lilas y rosas*, sino que la adorna, como Teócrito, de *laureles y altos pinos*. En los jardines de Alcinoos hace correr fuentes y florecer árboles útiles; en otra parte habla de la colina *azotada por los vientos y cubierta de higueras*, y representa el humo de los palacios de Circe alzándose sobre un bosque de encinas.

La misma verdad se admira en las pinturas de Virgilio. Este poeta aplica al pino el epíteto *armonioso*, y en efecto, el pino produce una especie de dulce gemido cuando se agita blandamente; y compara las nubes, en las *Geórgicas*, a unos copos de lana impelidos por los vientos; en la *Eneida*, las golondrinas gorjean en la cabaña del rey Evandro, o pasan batiendo con sus alas los pórticos de los palacios. Horacio, Tibulo, Propertio y Ovidio, han bosquejado también algunas vistas de la Naturaleza; pero nunca pasan de una espesura

favorecida de Morfeo, o de un valle a que debe bajar Citeres, o de una fuente donde Baco descansa en el seno de las náyades.

La época filosófica de la antigüedad ningún cambio introdujo en este punto. El Olimpo, en que nadie creía ya, se refugió entre los poetas, y éstos protegieron a su vez los dioses que les habían protegido. Estacio y Silo Itálico nada adelantaron respecto de Homero y de Virgilio en poesía descriptiva: sólo Lucano hizo algunos progresos en esta carrera, pues en su *Farsalia* se encuentra la pintura de un bosque y de un desierto, en que brillan los colores modernos ¹.

Por último, los naturalistas se mostraron tan parcos como los poetas, y siguieron casi la misma progresión. Así, pues, Plinio y Columela, últimos que florecieron, se ocuparon más que Aristóteles en describir la Naturaleza. Entre los historiadores y filósofos, Jenofonte, Tácito, Plutarco, Platón y Plinio, el joven ², se distinguen por la belleza de algunos cuadros.

No puede razonablemente suponerse que unos hombres tan sensibles como los antiguos, hubiesen carecido de ojos para contemplar la Naturaleza y de talento para pintarla, si no les hubiera cegado alguna causa poderosa. Pues bien: esta causa era la mitología, que poblando el Universo de elegantes fantasmas, despojaba a la Creación de su gravedad, de su grandeza y soledad. Fué preciso que el cristianismo viniese a expulsar ese pueblo de faunos, de sátiros y de ninfas, para devolver a las grutas su silencio y su magia a los bosques. Los desiertos presentan en nuestro culto un carácter más triste, más grave, más sublime; la bóveda de los bosques se ha levantado, y los ríos han roto sus pequeñas urnas, para no derramar sino las aguas del abismo desde la cumbre de las montañas: el verdadero Dios ha devuelto su inmensidad a la

1. Esta descripción está llena de énfasis y de mal gusto, pero aquí sólo se trata del género, y no de la ejecución del fragmento.

2. Véase en JENOFONTE, la *Retirada de los Diez mil* y el *Tratado de la caza*; en TÁCITO, la descripción del campo abandonado donde Varo y sus legiones fueron derrotados. (*Anál.*, lib. 1); en PLUTARCO, la *Vida de Bruto y Pompeyo*; en PLATÓN, la introducción del *Diálogo de las Leyes*, y en PLINIO, la descripción de su jardín.

Naturaleza, al tomar nueva posesión de sus obras.

El gigantesco espectáculo de la Naturaleza no podía hacer sentir a los griegos y a los romanos las emociones que despierta en nuestras almas. En lugar de ese sol que, ya ilumina en su ocaso con sus prolongados rayos un bosque, ya forma una tangente de oro sobre el arco de los mares; en lugar de esos peregrinos accidentes de luz que nos reproducen todas las montañas el milagro de la Creación, los antiguos sólo veían en todas partes una invariable tramoya teatral.

Si el poeta se perdía en los valles del Taigeto, en las márgenes del Esperquio, o del Ménalo, caro a Orfeo, o en los campos de Elora, sólo encontraba, a pesar de tan dulces nombres, los faunos, y no oía sino a las driadas. Náyades y silvanos pueden herir agradablemente la imaginación, con tal que no se les ponga sin cesar a la vista, pues no es nuestro propósito

... Chasser les tritons de l'empire des eaux,
Oter à Pan sa flûte, aux Parques leurs ciseaux...¹.

Perc, en resumen, ¿qué deja todo esto en el ánimo? ¿Qué resultados ofrece al corazón? ¿Qué fruto puede reportar al pensamiento? ¡Oh! ¡Cuánto más favorecido se ve el poeta cristiano en la soledad donde Dios pasea con él! Libres de esas miríadas de dioses ridículos que los limitaban en todos sentidos, los bosques son el templo de una Divinidad inmensa. Los dones de profecía y de sabiduría, el misterio y la religión residen eternamente en sus sagradas profundidades.

Penetrad en esos bosques americanos, contemporáneos del mundo: ¡cuán profundo silencio reina en ellos cuando los vientos duermen! ¡Qué voces desconocidas resuenan en su seno cuando aquéllos se levantan! Calla el observador, y todo enmudece; da un paso, y todo suspira. La noche se avecina, las sombras se condensan: se oyen rebaños de animales salvajes pasar entre tinieblas; la tierra murmura bajo sus pies; algunos truenos hacen mugir los desier-

tos; la selva se agita, los árboles se derrumban, y un río sin nombre corre a su vista. La luna se muestra al fin en Oriente; a medida que pasáis al pie de los árboles, parece vagar delante de vosotros en sus copas, siguiendo tristemente vuestras miradas. El viajero se sienta en el tronco de una encina para esperar el día, y contempla alternativamente el astro de la noche, las tinieblas y el río; siéntese inquieto y agitado, cual si esperase algo desconocido; un placer indefinible, un temor extraordinario le conmueven, como si se hallase próximo a ser iniciado en algún gran secreto de la Divinidad; se encuentra solo en medio de los bosques, pero el espíritu del hombre llena fácilmente los espacios de la Naturaleza, y todas las soledades de la tierra son menos inmensas que un solo movimiento de su corazón.

Sí, aun cuando el hombre renegase de la Divinidad, el ser pensador, aislado y sin testigos, se mostraría más augusto en medio de los mundos solitarios, que rodeado de las raquílicas divinidades de la Fábula; el desierto vacío presentaría algunas analogías con la extensión de sus ideas, con la tristeza de sus pasiones, y con el mismo disgusto de una existencia sin ilusiones y sin esperanzas.

Agítase en el hombre un instinto que lo relaciona con las escenas de la Naturaleza. ¿Quién no ha pasado horas enteras sentado a orillas de un río, viendo absorto deslizarse sus aguas? ¿Quién no se ha complacido en las playas del mar, mirando a la espuma blanquear el distante escollo? Dignos son de lástima los antiguos, por no haber encontrado en el Océano sino el palacio de Neptuno y la gruta de Proteo; era en verdad cosa dura no ver sino las consabidas aventuras de los tritones y las nereidas en esa inmensidad de los mares, que parece darnos una confusa medida de la grandeza de nuestra alma, en esa inmensidad que hace nacer en nosotros un vago deseo de abandonar la vida, para abrazar la Naturaleza y confundirnos con su autor.

1. ... Casar a los tritones del imperio de las aguas,
—quitar a Pan su flauta, a las Parcas sus tijeras...
(N. del T.)

II

DE LA ALEGORÍA

¿Cómo!, se nos replicará; ¿no halláis belleza alguna en las alegorías antiguas?

Debemos hacer una distinción.

La alegoría *moral*, como la de las *Súplicas* en Homero, será hermosa en todos los tiempos, países y religiones; el cristianismo no la ha desterrado. Podemos colocar, a nuestro placer, al pie del trono del Omnipotente, las dos urnas del bien y del mal; y aun tendremos la ventaja de que Dios no obrará injustamente y al ciego acaso, como Júpiter; antes bien, derramará las olas del dolor sobre la cabeza de los mortales, no por mero capricho, sino por un fin conocido de sólo él. Sabemos que nuestra felicidad en la tierra está subordinada a una felicidad general, en una cadena de seres y de mundos invisibles; ni se nos oculta que el hombre, en armonía con el universo, camina a par de él al cumplimiento de una revolución que Dios oculta en su eternidad.

No obstante, si la alegoría *moral* existe siempre para nosotros, no sucede así respecto de la alegoría *física*. Sean en buena hora, Juno el *aire*, y Júpiter el *éter*, y sean de este modo el hermano y la hermana un esposo y una esposa; ¿dónde está el encanto de tal personificación? Hay más: esta clase de alegoría choca con los principios del buen gusto, y aun de la sana lógica.

No se debe personificar, bajo ningún concepto, sino una *cualidad* o un *afecto* de un ser, pero no el *mismo ser*; de lo contrario, deja de ser una verdadera personificación, y no se hace sino cambiar el nombre del objeto. Se puede hacer hablar a una piedra, pero, ¿qué se consigue con dar a la piedra un nombre alegórico? Ahora bien: el alma, cuya naturaleza es la vida, está esencialmente dotada de la facultad de crear, de manera que sus vicios o cualquiera de sus virtudes pueden ser considerados como su *hijo* o como su *hija*, puesto que en rigor los ha engendrado. Esta pasión, activa como su madre, puede a su

vez crecer, desarrollarse, presentar rasgos bien definidos, y convertirse en un ser distinto. Pero el *objeto físico*, ser pasivo por su esencia, incapaz de placer y de dolor, que sólo tiene *accidentes*, mas no *pasiones*, y accidentes tan inertes como él mismo, nada presenta que se pueda animar. ¿Pueden hacerse unos seres alegóricos de la dureza de un guijarro o de la savia de una encina? Adviértase, además, que el espíritu repugna menos la creación de las *driadas* y las *náyades*, de los *céfiros* y los *ecos*, que la de las ninfas identificadas con los objetos mudos e inmóviles: es que hay en los árboles, en el agua y en el aire un movimiento y un rumor que traen a la memoria la idea de la vida, y que pueden, por consiguiente, proporcionar una alegoría como el *movimiento* del alma. Pero por lo demás, esta especie de *pequeña alegoría material*, aunque algo menos mala que la *grande alegoría física*, es siempre de un género mediocre, frío e incompleto, y se asemeja, cuando más, a las hadas de los árabes, y a los genios de los orientales.

Por lo que respecta a esos dioses vagos que los antiguos colocaban en los bosques desiertos y en los lugares agrestes, eran sin duda de muy buen efecto, pero no pertenecían al sistema mitológico: el espíritu humano caía aquí de nuevo en la religión natural. Lo que el viajero adoraba, temblando, al atravesar esas soledades, era cierta cosa ignorada, cuyo nombre no sabía, y a la que apellidaba la *divinidad de aquel lugar*; algunas veces le denominaba Pan, y Pan era el *Dios universal*. Las grandes emociones que inspira la Naturaleza no han dejado de existir, pues los bosques conservan aún para nosotros su formidable divinidad.

Finalmente, es tan cierto que la *alegoría física*, o los dioses de la *fábula* destruían los encantos de la Naturaleza, que los antiguos no han tenido verdaderos pintores de paisaje, por la misma razón que no tenían poesía descriptiva. Ahora bien, entre los demás pueblos idólatras que ignoraron el sistema mitológico, esta poesía ha sido más o menos conocida, como lo atestiguan los poemas sánscritos, los cuentos árabes, los Edda, y las canciones de los negros y

salvajes. Mas, como las naciones infieles han impregnado siempre con su falsa religión (y por consiguiente con su mal gusto) sus obras, sólo en tiempos del cristianismo se ha sabido pintar la Naturaleza en toda su verdad.

III

PARTE HISTÓRICA DE LA POESÍA DESCRIPTIVA ENTRE LOS MODERNOS

No bien empezaban los apóstoles a predicar el Evangelio al mundo, cuando se vió nacer la poesía descriptiva. Todo entró en la verdad *en presencia de aquel que ocupa el lugar de la verdad en la Tierra*, según dice San Agustín. La Naturaleza dejó de hacerse oír por el conducto falaz de los ídolos; sus fines fueron conocidos, y se supo que había sido formada, en primer lugar, para Dios, y en segundo, para el hombre. En efecto, sólo dice estas dos cosas: Dios es glorificado en sus obras; las necesidades humanas están satisfechas.

Este descubrimiento hizo mudar la faz de la Creación; por su parte intelectual, esto es, por esa idea de Dios que la Naturaleza deja traslucir en todas partes, el alma recibió abundante alimento; y por la parte material del mundo, el cuerpo advirtió que todo había sido formado para él. Los vanos simulacros que representaban los seres inanimados, se desvanecieron, y los peñascos se vieron en breve mucho mejor animados; las encinas pronunciaron oráculos mucho más ciertos; y los vientos y las aguas alzaron voces mucho más elocuentes cuando el hombre hubo hallado en su propio corazón la vida, los oráculos y las voces de la Naturaleza.

Hasta allí la soledad había sido mirada con horror; pero los cristianos supieron hallar en ella mil encantos. Los anacoretas pintaron las dulzuras de los peñascos y las delicias de la contemplación: éste fué el primer paso de la poesía descriptiva. Los religiosos que publicaron las vidas de los Padres del desierto, se vieron precisados también a trazar el cuadro de los diferentes asilos donde aquellos ilustres desconocidos habían ocultado su gloria. Vemos ade-

más en las obras de San Jerónimo y San Atanasio¹ algunas descripciones de la Naturaleza, que demuestran sabían observar y hacer amar lo que pintaban.

Este nuevo género, introducido en la literatura por el cristianismo, progresó rápidamente, y se difundió hasta en el estilo histórico, como se echa de ver en la colección llamada la *Bizantina*, y especialmente en las historias de Procopio. Propagóse asimismo, pero corrompiéndose, entre los cancioneros griegos del Bajo Imperio y algunos poetas latinos de Occidente².

Habiendo caído Constantinopla en poder de los turecos, formóse en Italia una nueva poesía descriptiva, compuesta de los restos del género morisco, griego e italiano. Petrarca, el Ariosto y el Taso lo elevaron a un alto grado de perfección. Pero esta descripción carece de verdad, pues se reduce a la incesante repetición de algunos epítetos, aplicados siempre del mismo modo. Es imposible salir de un bosque *frondoso*, de una cueva *fresca*, de las orillas de una fuente *cristalina*.

El mundo se llenó de bosquecillos de *naranjos* y de laberintos de *jazmines* y *rosas*. Flora volvió con su imprescindible canastillo, y los eternos *céfiro*s volvieron a acompañarla, pero no hallaron ya en los bosques a las *náyades* ni a los *faunos*; y a no haberles salido al paso las *hadas* y los *gigantes* de los moros, hubieran corrido el peligro de perderse en la inmensa soledad de la Naturaleza cristiana. Cuando el espíritu humano avanza un paso, todo camina necesariamente con él; todo cambia con su luz o con sus sombras: así es que en la actualidad nos cuesta trabajo admitir algunas insignificantes divinidades donde no vemos ya sino grandes espacios. En vano colocaremos a la amante de Titón en un carro, y la cubriremos de flores y de rocío, porque nada bastará a impedir que no parezca desproporcionada al esparcir su débil resplandor en esos cielos infinitos que el cristianismo ha desplegado: deje, pues, el cuidado de alumbrar el mundo al que lo ha creado.

Esta poesía descriptiva *italiana* pasó a Francia, donde fué favorablemente

1. HIERON., in *Vit. Paul.*, S. ATHAN., in *Vit. Anton.*

2. BOECIO, etc.

acogida por Ronsard, Lemoine de Coras, Saint-Amand y nuestros antiguos romanceros. Pero los eminentes escritores del siglo de Luis XIV, disgustados de unas pinturas en que no hallaban verdad alguna, la desterraron de su prosa y de sus versos; y uno de los caracteres distintivos de sus obras es que no se encuentra en ellas casi ningún vestigio de lo que llamamos *poesía descriptiva*¹.

Rechazada de Francia, la musa de los campos se refugió en Inglaterra, donde Spéncer, Wáller y Milton la habían dado ya a conocer; y si bien perdió en dicho país sus afectadas maneras, cayó en otro exceso. Limitándose a pintar estrictamente la verdadera Naturaleza, quiso pintar todo, y recargó sus cuadros de objetos harto triviales o de caprichosas circunstancias. El mismo Thomson, en su canto al *Invierno*, tan superior a los otros tres, desciende a pormenores de mortal prolijidad. Tal fué la segunda época de la *poesía descriptiva*.

Esta, de Inglaterra volvió a Francia con las obras de Pope y del cantor de las *Estaciones*, aunque no dejó de costar algún esfuerzo introducirse, porque fué combatida por el antiguo género itálico, que Dorat y algunos otros habían resucitado; triunfó, no obstante, siendo debida su victoria a Delille y a Saint-Lambert. La musa francesa la perfeccionó y, sometiénose a las reglas del buen gusto, llegó a su tercera época.

Digamos, no obstante, que se había mantenido pura, aunque ignorada, en las obras de algunos naturalistas del tiempo de Luis XIV, como Tournefort y el padre Dutertre, quien reunió a un carácter tierno y melancólico una imaginación viva, y hasta se valió, como La Fontaine, de la palabra *melancolla*, en el sentido que hoy le damos. Así, pues, en el siglo de aquel monarca no careció enteramente del verdadero género descriptivo, como pudiera creerse a primera vista, pues este género estaba oculto en las cartas de nuestros misio-

neros¹, de que hemos tomado esta especie de estilo que tan nuevo nos parece hoy.

Por lo demás, los cuadros esparcidos en la Biblia pueden servir para probar con nuevos datos que la *poesía descriptiva* ha nacido, entre nosotros, del cristianismo. Job, los Profetas, el *Eclesiástico*, y especialmente los Salmos, están llenos de magníficas descripciones. El salmo *Benedic, anima mea*, es una obra maestra en este género.

Bendice, alma mía, al Señor; Señor, Dios mío, ¡cuán grande sois en vuestras obras!

Extendéis las tinieblas, y la noche encapota la tierra; las bestias de los bosques marchan entonces entre las sombras; los leones llaman con sus rugidos la presa, y piden a Dios el alimento prometido a los animales.

Pero el sol ha brillado en el Oriente, y las bestias salvajes se han retirado a sus guaridas...

El hombre sale entonces para entregarse a su trabajo cotidiano, y cumple su tarea hasta que llega la noche...

¡Cuán dilatado es ese mar que extiende a lo lejos sus espaciosos brazos! Muévense en su seno innumerables animales, los más pequeños a la par de los mayores, y las naves hienden sus olas².

Horacio y Píndaro distan mucho de esta *poesía*.

Hemos tenido, pues, razón al decir que Bernardino de Saint-Pierre debe al cristianismo su talento para pintar las escenas de la soledad: se lo debe porque nuestros dogmas han devuelto la verdad y la majestad al desierto, al desterrar las divinidades mitológicas; se lo debe, porque halló en el sistema de Moisés el verdadero sistema de la Naturaleza.

Pero aquí se presenta otra ventaja al poeta cristiano: si su religión le ofrece una Naturaleza *solitaria*, él puede procurarse una Naturaleza *habitada*, puesto que es dueño de colocar a los ángeles como custodios de los bosques y de las cataratas del abismo, o de confiarles la dirección de los soles y los mundos. Esto nos lleva a tratar de los *seres sobrenaturales*, o de lo *maravilloso* del cristianismo.

1. Exceptúense a Fenelón, a La Fontaine y a Chaulieu. Racine, hijo, padre de esta nueva escuela poética, en la que M. Delille ha sobresalido, puede considerarse también como el fundador de la *poesía descriptiva* en Francia.

1. Ya se verán hermosos ejemplos cuando hablemos de las misiones.

2. *Peauvier françois*, p. 140, en 8.º, traducción de La Harpe.

IV

DE SI LAS DIVINIDADES DEL PAGANISMO SON POÉTICAMENTE SUPERIORES A LAS DIVINIDADES CRISTIANAS.

Todos los objetos tienen un doble aspecto. Las personas imparciales podrán decirnos: «Concedemos que el cristianismo ha proporcionado, en cuanto a los hombres, una parte dramática que faltaba a la mitología, y que ha producido además la poesía descriptiva. Reconocemos, no sólo estas dos ventajas, sino que pueden justificar, bajo cierto punto de vista, vuestros principios y rivalizar con las bellezas de la fábula. Empero, si obráis de buena fe, debéis confesar que las divinidades del paganismo, cuando obran *directamente y por sí mismas*, son más poéticas y dramáticas que las divinidades cristianas.»

Así pudiera juzgarse a primera vista. Los dioses de los antiguos participaban de nuestros vicios y de nuestras virtudes, pues tenían, a semejanza nuestra, cuerpos sujetos al dolor y pasiones inflamables como las nuestras; se mezclaban con la raza humana, y dejaban en la Tierra una posteridad mortal; tales dioses no eran sino unos hombres superiores, en quienes se podían suponer los mismos actos que en los demás hombres. Pudiera, pues, creerse que ofrecían más recursos a la poesía que las divinidades incorpóreas e impasibles del cristianismo; pero todo bien examinado, se advierte que esta superioridad dramática queda reducida a muy limitada esfera.

En primer lugar, en toda religión ha habido siempre dos especies de deidades para el poeta y el filósofo. Así, el Ser abstracto de quien Tertuliano y San Agustín han hecho tan brillantes pinturas, no es el *Jehová* de David o de Isaías; uno y otro son muy superiores al *Teos* de Platón, y al *Júpiter* de Homero. No es, por lo tanto, rigurosamente cierto que las divinidades poéticas de los cristianos estén privadas de pasiones. El Dios de la Escritura se arre-

piente, es celoso, ama y aborrece, su cólera sube a manera de un torbellino; el Hijo del Hombre se compadece de nuestros sufrimientos; la Virgen, los santos y los ángeles se conmueven al aspecto de nuestras miserias; y, en general, el *Paraíso* se ocupa mucho más de los hombres que el *Olimpo*.

Hay, pues, *pasiones* en nuestras potestades celestiales, y estas pasiones tienen, sobre las de los dioses del paganismo, la ventaja de que nunca envuelven una idea de desorden y de mal. Es algo milagroso, sin duda, que al pintar la *cólera* o la *tristeza* del cielo cristiano, no se pueda destruir en la imaginación del lector el sentimiento de la tranquilidad y de la alegría: ¡ tanta santidad y justicia brillan en el Dios de nuestra religión!

No es esto todo; porque, si se aspira a hacer a todo trance del Dios de los cristianos un ser impasible, pudiéramos, aun así, tener divinidades apasionadas tan dramáticas y perversas como las de los antiguos: el infierno reúne todas las pasiones humanas. Nuestro sistema teológico nos parece más hermoso, más regular y sabio que la doctrina fabulosa que confundía dioses, hombres y demonios. El poeta halla en nuestro cielo seres perfectos, pero sensibles, y dispuestos en una brillante jerarquía de amor y de poder, al paso que el abismo guarda sus dioses apasionados, tan poderosos en el mal como los dioses mitológicos; los hombres ocupan el medio, y están en contacto con el cielo por sus virtudes, con el infierno por sus vicios; amados de los ángeles y aborrecidos de los demonios; tristes objetos de una guerra que no terminará sino con el mundo.

Estos recursos son grandes, y el poeta no tiene motivo alguno de queja. Por lo que respecta a las acciones de las inteligencias cristianas, no nos será difícil demostrar en breve que son más vastas y enérgicas que las de los dioses mitológicos. El Dios que rige los mundos, que creó el Universo y la luz, que abraza y comprende todos los tiempos; que lee en los pliegues más secretos del corazón humano, ese Dios ¿puede ser comparado a un dios que se pasea en un carro, que habita un palacio de oro en

una montaña, y que ni aun lee con claridad el porvenir? Ni la pequeña ventaja de la diferencia de los sexos y de la forma visible deja de ser compartida por nuestras divinidades con las de Grecia, toda vez que tenemos santos y vírgenes, y que los ángeles toman con frecuencia en la Escritura la forma humana.

¿Cómo, empero, preferir una santa, cuya historia ofende algunas veces la elegancia y el gusto, a una náyade, airosamente reclinada en el manantial de un río? Es preciso separar la vida terrena de la vida celestial de esta santa: en la tierra no fué sino una mujer, y su carácter sobrehumano sólo empieza con su felicidad en las regiones de la eterna luz. Por otra parte, no debe olvidarse que la náyade destruía la *poesía descriptiva*; que un río, representado en su corriente natural, es más agradable que en su pintura alegórica; y que ganamos por un lado lo que al parecer perdemos por otro.

Relativamente a los combates, lo que se aduce contra los ángeles de Milton puede alegarse contra los dioses de Homero: en una y otra parte batallan divinidades por las cuales nada puede temerse, puesto que no pueden morir. Marte derribado, y cubriendo con su cuerpo nueve yugadas de tierra, y Diana dando bofetones a Venus, son tan ridículos como un ángel partido por medio, y que vuelve a unir sus dos mitades, cual si fuera una serpiente. Las potestades sobrenaturales pueden presidir los combates de la epopeya; pero opinamos que no deben venir a las manos sino en ciertos casos, cuya determinación pertenece únicamente al buen gusto: he aquí lo que la inteligencia superior de Virgilio conoció hace más de mil ochocientos años.

Por lo demás, no es rigurosamente cierto que las divinidades cristianas sean ridículas en las batallas. Satanás, que se apresta a combatir con Miguel en el Paraíso terrenal, es un personaje magnífico; el Dios de los ejércitos, que marcha velado en una nube caliginosa al frente de las legiones fieles, no es una imagen insignificante; la espada exterminadora que brilla de improviso a los ojos del impío, llena de asombro y de terror; las santas milicias del cie-

lo que minan los cimientos de Jerusalén, producen un efecto casi tan grande como los dioses enemigos de Troya, sitiando el palacio de Príamo. Por último, nada hay en Homero más sublime que el combate de Emmanuel contra los ángeles malos, en Milton, cuando el Hijo del Hombre, precipitándolos al fondo del abismo, detiene a medias sus rayos, por temor de aniquilarlos.

V

CARÁCTER DEL VERDADERO DIOS

Es maravilloso que el Dios de Jacob sea también el Dios del Evangelio; y que el Dios que fulmina el rayo sea también el Dios de paz e inocencia.

Il donne aux fleurs leur aimable peinture :
Il fait naître et mûrir les fruits,
Et leur dispense avec usure
Et la chaleur des jours et la fraîcheur des nuits¹.

No creemos necesitar pruebas para demostrar cuán superior es, *poéticamente*, el Dios de los cristianos al Júpiter antiguo. A la voz del primero, los ríos atropellan su curso, el cielo se abre como un libro, los mares dejan entrever sus abismos, las murallas de las ciudades vienen a tierra, los muertos resucitan, y bajan sobre las naciones espantosas plagas. En él lo sublime reside esencialmente, y evita el trabajo de buscarlo. El Júpiter de Homero, estremeciendo el cielo a un movimiento de sus cejas, es sin duda muy majestuoso; pero Jehová descendiendo del Caos, y cuando pronuncia el *fiat lux*, el fabuloso hijo de Saturno se abisma y cae en la nada.

Si Júpiter se propone dar a los demás dioses una idea de su poder, les amenaza con atarles a una cadena; Jehová no ha menester de cadenas, ni de castigos de este jaez.

Et quel besoin son bras a-t-il de nos secours?
Que peuvent contre lui tous les rois de la terre?
En vain ils s'uniroient pour lui faire la guerre:
Pour dissiper leur ligue, il n'a qu'à se montrer;
Il parle, et dans la poudre il les fait tous rentrer.

1. Da a las flores su grato colorido:—hace germinar y agostar los frutos,—y dispensa con usura—la calor de los días y la frescura de las noches. (N. del T.)

Au seul son de sa voix la mer fuit, le ciel tremble;
Il voit comme un néant tout l'univers ensemble,
Et les faibles mortels vains jouets du trépas,
Sont tous devant ses yeux comme s'ils n'étoient pas¹.

Aquiles va a mostrarse para vengar a Patroclo: Júpiter declara a los inmortales que pueden tomar parte en el combate, y al punto el Olimpo se conmueve.

«El padre de los dioses y de los hombres hace retumbar el trueno. Neptuno, concitando las olas, desquicia la tierra inmensa; el Ida sacude sus cimientos y sus cimas; sus fuentes se desbordan; las naves de los griegos y la ciudad de los troyanos vacilan sobre el inseguro suelo...²»

Plutón baja de su trono; palidece, y exclama, etc.

Este trozo ha sido citado por los críticos como el último esfuerzo de lo sublime. Los versos griegos son admirables, y reproducen alternativamente el trueno de Júpiter, el tridente de Neptuno y el grito de Plutón. Parece que las gargantas del Ida repiten el fragor de los truenos, porque las *r* y los consonantes en *on* de que los versos están llenos, imitan el estruendo de aquéllos, interrumpido por intervalos de silencio, expresados por ciertos caracteres griegos: así expira y renace alternativamente en la profundidad de los bosques la voz del cielo, cuando ruge la tempestad. Un silencio súbito y pavoroso, y algunas vagas y fantásticas imágenes suceden al tumulto de los primeros movimientos; adviértese, después del grito de Plutón, que se ha entrado en la región de la Muerte; las palabras de Homero pierden su colorido; tórnanse frías, mudas y sordas, y multitud de *s* que silban al ser pronunciadas, imitan el murmullo de la inarticulada voz de las sombras.

¿Dónde buscar un paralelo a semejantes bellezas, dónde hallar en la poesía cristiana bastantes medios para competir con ellas? Juzgue el lector. El Eterno se pinta a sí mismo:

1. RACINE, *Ether*. (N. del A.)

¿Y qué necesidad tiene su brazo de que le socorramos?—¿Qué pueden contra él todos los reyes de la tierra?—En vano ellos se unieron para hacerle la guerra:—Para separar su liga, con mostrarse fué bastante;—habla, y entre el polvo los hace volver.—Al sonido de su voz la mar se retira, el cielo tiembla;—ve como una nada todo el universo reunido,—y los débiles mortales, vanos juguetes del más allá,—están todos ante sus ojos como si no estuvieran. (N. del T.)

2. HOMERO, *Ilíada*, lib. xx, v. 56 y sig.

«Su cólera ha subido como un torbellino de humo; su rostro ha resplandecido como una llama, y su enojo como un fuego abrasador. Ha rebajado la bóveda de los cielos, ha descendido, y las nubes le servían de escabel. Ha emprendido su vuelo sobre las alas de los querubines, y se ha lanzado a los vientos. Las agrupadas nubes formaban en su derredor un ancho pabellón de tinieblas; pero el resplandor de su rostro las ha disipado, y una lluvia de fuego ha caído de su seno. El Señor ha tronado en las alturas de los cielos; el Altísimo ha hecho oír su voz, y su voz ha retumbado como una tempestad devastadora. Ha lanzado sus flechas, y dispersado a mis enemigos; ha redoblado sus rayos y dado con ellos en la tierra. Entonces las aguas han abandonado sus fuentes, los cimientos de la tierra se han mostrado al descubierto, porque tú los has amenazado, Señor, y han sentido el sople de tu cólera.»

«Confesemos, dice La Harpe, que esta sublimidad dista tanto de cualquiera otra, como el espíritu de Dios dista del espíritu del hombre. Aquí se admira la concepción de lo grande en su fuente, siendo lo demás una mera sombra, como la inteligencia creada es una débil emanación de la inteligencia creadora, como la ficción, cuando es hermosa, no es sino la sombra de la verdad, y deriva todo su mérito de un fondo de semejanza con ella.»

VI

DE LOS ESPÍRITUS DE TINIEBLAS

Siendo los dioses del politeísmo casi iguales en poder, participaban de los mismos odios y de los mismos amores. Si alguna vez se hallaban en recíproca pugna, esto ocurría solamente respecto de las discordias humanas; pero no tardaban en reconciliarse y beber juntos el néctar.

No así el cristianismo: éste, al instruirnos en la verdadera constitución de los seres sobrenaturales, nos muestra el imperio de la virtud, eternamente separado de los dominios del vicio. Al efecto, nos revela a los espíritus de tinieblas, tramando sin cesar la pérdida del género humano, y a los espíritus de luz ocupándose únicamente de los medios de salvarlo. De aquí procede un eterno combate, de que la imaginación puede sacar multitud de bellezas.

Este *maravilloso*, de carácter sublime, suministra otro de más humilde género, la *magia*. Los antiguos ¹ la conocieron; pero en nuestro culto adquirió más importancia y extensión como máquina poética. Debe, no obstante, usarse de ella con suma prudencia, porque no es de gusto muy puro, siendo así que carece de grandeza, a causa de que, al tomar algo del poder humano, los hombres le comunican su pequeñez.

Otro rasgo distintivo de nuestros seres sobrenaturales, especialmente en las potestades infernales, es la atribución de un carácter. Veremos con frecuencia el uso que hace Milton del carácter del orgullo, atribuido por el cristianismo al príncipe de las tinieblas. Pudiendo además el poeta suponer un ángel del mal en cada vicio, dispone de un enjambre de divinidades infernales, teniendo así la ventaja de disponer de la verdadera alegoría, sin la sequedad que la acompaña, pues estos espíritus perversos son unos seres *reales*, y tales cual la religión nos permite creerlos.

Pero si los demonios se multiplican tanto como los crímenes humanos, pueden también presidir a los accidentes terribles de la Naturaleza, perteneciéndoles todo cuanto hay de culpable e irregular en el mundo moral y en el físico. Se procurará únicamente imprimir un carácter majestuoso a las escenas en que se les haga figurar en los terremotos, en los volcanes y en las sombras de un bosque. Es preciso que el poeta sepa hacer distinguir con exquisito criterio el trueno del Altísimo, del vano rumor con que agita el aire un espíritu pérfido; que nunca se encienda el rayo sino en manos de Dios, y que nunca brille en una tempestad concitada por el infierno; que ésta sea siempre sombría y siniestra; que nunca sus nubes sean enrojecidas por la *cólera*, e impelidas por el viento de la *justicia*, sino que sus matices sean cárdenos y lívidos, como los de la *desesperación*, y sólo se muevan al impuro soplo del *rencor*. Debe notarse en semejantes tempestades una fuerza poderosa solamente para la des-

trucción, y adviértanse esta diferencia, este desorden y esta especie de energía del mal, cuyo sello es la desproporción gigantesca peculiar al caos de que se deriva.

VII

DE LOS SANTOS

Es indudable que los poetas no han sabido sacar de lo *maravilloso* cristiano todo el partido que brinda a las musas. Búrlanse algunos de los santos y de los ángeles; pero, los antiguos, ¿no tenían sus semidioses? Pitágoras, Platón y Sócrates recomiendan el culto de esos hombres a quienes denominan *héroes*. *Honra a los héroes llenos de bondad y de luz*, dice el primero en sus *Versos dorados*. Y para que nadie incurra en error, respecto de la palabra *héroe*, Hiérocles la interpreta exactamente como el cristianismo explica la voz *santo*. «Estos héroes llenos de bondad y de luz piensan siempre en su Criador, y resplandecen con la luz que despide la felicidad de que disfrutan.» Y más adelante: «*Héroe* procede de una palabra griega que significa *amor*, para indicar que, llenos de amor hacia Dios, los héroes no procuran otra cosa que ayudarnos a pasar de esta vida terrestre a otra divina, y hacerse ciudadanos del cielo ¹.» Los Padres de la Iglesia apellidan a su vez *héroes* a los santos; y así, dicen que el bautismo es el sacerdocio de los laicos, y que hace de todos los cristianos *unos reyes y sacerdotes de Dios* ².

Y en verdad, son héroes esos mártires que dominando sus pasiones y arrojando la iniquidad humana, han merecido, merced a sus trabajos, subir a la jerarquía de las potencias celestiales. En tiempo del politeísmo, los sofistas se mostraron algunas veces más morales que la religión de su patria: pero, entre nosotros, nunca filósofo alguno, por sabio que haya sido, ha podido elevarse sobre la moral cristiana. Mientras Sócrates honraba la memoria de los justos, el paganismo ofrecía a la veneración de los pueblos unos malvados cuya

1. La magia de los antiguos difiere de la nuestra, en que aquella se operaba por las solas virtudes de las plantas y de los filtros, en tanto que la nuestra tiene su origen en una fuerza sobrenatural, a veces buena, pero casi siempre mala.

1. HIERON., *Comm. in Pyth.*, trad. de Dact., t. II, p. 29.
2. HIERON., *Diat. c. Lucif.*, t. II, p. 136.

única virtud era la fuerza corporal, ¿No hay ya sauces en Babilonia, para manchados con toda clase de crímenes. Si alguna vez se concedía la apoteosis a los buenos reyes, Tiberio y Nerón tenían también sus sacerdotes y sus templos. ¡Vosotros, sagrados mortales, a quienes la Iglesia de Jesucristo nos manda honrar, no erais fuertes ni poderosos entre los hombres! Nacidos, por lo regular en la cabaña del pobre, sólo habéis mostrado a los ojos del mundo una existencia humilde e ignorados infortunios. ¿Cuándo dejaremos de oír blasfemias contra una religión que, deificando la indigencia, la adversidad, la sencillez y la virtud, ha hecho caer a sus pies la riqueza, la felicidad, la grandeza y el vicio?

¿Y qué tienen de repugnante para la poesía esos solitarios de la Tebaida, con su báculo blanco y su vestimenta de hojas de palmera? Las aves del cielo les alimentan ¹, los leones son sus mensajeros ², o abren sus sepulturas ³, y en familiar comercio con los ángeles, llenan de milagros los desiertos donde un día descollara Menfis ⁴. Horeb y el Sinaí, el Carmelo y el Líbano, el torrente Cedrón y el valle de Josafat, repiten aún la gloria del habitante de la celda y del anacoreta del peñasco. Es grato a las musas meditar en esos monasterios llenos de las sombras de los Antonios, los Pacomios, los Benitos y los Basilio. Los primeros apóstoles, predicando el Evangelio a los primeros fieles en las catacumbas, o bajo el datilero de Betania, no parecieron indignos del genio a Miguel Ángel y a Rafael.

Más adelante hablaremos de esos bienhechores de la humanidad que fundaron los hospitales, se consagraron a la pobreza, a la peste, a la esclavitud, en bien de los hombres; ahora nos encerraremos en las Escrituras, para no extraviarnos en tan vasto e interesante asunto. Josué, Elías, Isaías, Jeremías, Daniel y todos esos profetas que gozan de una eterna vida, ¿no podrían hacer oír en un poema sus sublimes lamentaciones? ¿No se puede llenar también con sus lágrimas el vaso de Jerusalén?

... .. S'élevant sur la mer,
D'un mot calme les flots¹.

Nuestros dogmas nos brindan otro género de poesía. Un bajel está próximo a zozobrar: el capellán perdona a cada uno sus faltas, por medio de unas palabras que purifican las almas, y dirige al cielo la súplica en que, envuelto en el torbellino, vuela el espíritu del naufrago hasta el Dios de las tempestades. Ya el Océano abre sus abismos, prontos a devorar los marineros; ya las ondas, levantando su ronca voz entre los espumosos bajíos, empiezan sus cantos de muerte. De improviso, una ráfaga de

1. HIERON., in Vit. Paul.
2. THEOD., Hist. rel., cap. vi.
3. Id., *ibid.*
4. Pasaremos rápidamente por estos solitarios, por que ya hablaremos de ellos en otro lugar.

1. ... Elevándose sobre el mar,—con una palabra calma las olas... (N. del T.)

luz rasga la tempestad : la *Estrella de los mares*, María, la patrona del marino, aparece sobre las nubes, con su Hijo en brazos, y aplaca con una sonrisa las desatadas olas. Encantadora es la religión que opone a lo que la Naturaleza tiene de más terrible lo que el cielo tiene de más dulce : ¡ un niño y una tierna madre avasallan las tempestades del Océano !

VIII

DE LOS ÁNGELES

Tal es lo *maravilloso* que puede sacarse de nuestros *santos*, sin hablar de las diversas historias de su vida ; pero descubrimos luego en la jerarquía de los *ángeles*, doctrina tan antigua como el mundo, mil cuadros para el poeta, pues estos mensajeros del Altísimo, no sólo llevan sus órdenes de una a otra extremidad del Universo, no sólo son los invisibles custodios de los hombres, o toman las formas más agradables para manifestárseles, sino que la religión permite además enlazar los ángeles protectores con la hermosa Naturaleza y con los sentimientos virtuosos. ¡ Qué innumerable muchedumbre de divinidades viene a poblar súbitamente los mundos !

En las creencias de los griegos, el cielo terminaba en la cumbre del Olimpo, y sus dioses no llegaban a más altura que los vapores de la tierra. Lo *maravilloso* cristiano, de acuerdo con la razón, las ciencias y la expansión de nuestra alma, se pierde de mundo en mundo, de universo en universo, en esos espacios a cuyo aspecto retrocede y se abisma la asombrada imaginación. En vano los telescopios escudriñan todos los rincones del cielo, en vano persiguen al cometa más allá de nuestro sistema ; el cometa al fin se les escapa, pero no al *arcángel* que lo dirige a su polo desconocido, y que, en el siglo prefijado, lo volverá a traer por misteriosas vías hasta el foco de nuestro sol.

Sólo el poeta cristiano está iniciado en el secreto de tales maravillas. La cansada imaginación torna a bajar al fin de la tierra, de globo en globo, de sol en sol, al par de los *serafines*, los *tronos*

y las *potestades* que rigen el mundo, a semejanza de un río que ensancha en magnífica cascada sus olas de oro al aspecto de un radiante ocaso. Pasa entonces de la solemne grandeza a la dulzura de las imágenes ; recorre, a la augusta sombra de los bosques, el imperio del *Ángel de la soledad* ; halla en la apacible claridad de la luna el *Genio de los sueños del corazón* ; oye sus suspiros en el murmullo de los bosques y en las quejas de filomela ; las rosas de la aurora son la cabellera del *Ángel de la mañana*. El *Ángel de la noche* descansa en medio de los cielos, donde se asemeja a la luna dormida sobre nacarada nube ; cúbrese sus ojos de una venda de estrellas ; sus talones y su frente aparecen ligeramente enrojecidos con la púrpura de la aurora y la del crepúsculo ; precédele el *Ángel del silencio*, y le sigue el *del misterio*. No injuriemos a los poetas creyendo que miran al *Ángel de los mares*, al *Ángel de las tempestades* y al *Ángel del tiempo* y al *Ángel de la muerte*, como genios merecedores del desdén de las musas. El *Ángel de los santos amores* da a las vírgenes una mirada celestial, y el *Ángel de las armonías* les prodiga sus gracias ; el hombre recto debe su corazón al *Ángel de la virtud*, y sus labios al de la *persuasión*. Nada se opone a que se concedan a estos espíritus bienhechores los atributos ostensibles de sus respectivos poderes y cargos : el *Ángel de la amistad*, por ejemplo, pudiera adornarse con una banda maravillosa en que se vieran fundidos, por medio de un trabajo divino, los consuelos del alma, el sublime desinterés, las palabras secretas del corazón, las alegrías inocentes, los castos abrazos, la religión, el encanto de los sepulcros y la inmortal esperanza.

IX

APLICACIÓN DE LOS PRINCIPIOS ESTABLECIDOS EN LOS ANTERIORES CAPÍTULOES.
—CARÁCTER DE SATANÁS.

Pasemos de los preceptos a los ejemplos. Reanudando lo que hemos expuesto en los capítulos que preceden, empecaremos por el carácter atribuido a los

ángeles malos, y al efecto citaremos el Satanás de Milton.

Dante y el Taso pintaron, antes que el poeta inglés, al monarca del infierno. La imaginación de Dante, agotada por nueve círculos de tormentos, hizo de Satanás un monstruo abominable, ahrojado en el centro de la tierra, mientras el Taso lo hizo ridículo al armarle de cuernos. Arrastrado por estas autoridades, Milton tuvo por un momento el mal gusto de fijar dimensiones a su Satanás; pero en verdad que se levanta de su caída de una manera sublime. Escuchad al príncipe de las tinieblas exclamar, en la cumbre de la montaña de fuego desde donde por vez primera contempla su imperio:

«¡Adiós, campos afortunados, mansión de las eternas alegrías! ¡Horrores: yo os saludo! ¡Yo te saludo, mundo infernal! ¡Abismo: recíbe a tu nuevo monarca, que te trae un espíritu que ni los tiempos ni los lugares cambiarán jamás! A lo menos, aquí seremos libres, aquí reinaremos; ¡el reinar, aun en los infiernos, es digno de mi ambición!¹»

¡Qué modo de tomar posesión de los abismos del infierno!

Habiéndose congregado el consejo infernal, el poeta representa a Satanás en medio de su senado:

«Sus formas conservaban parte de su primitiva majestad; no parecía un arcángel caído, sino una gloria algo oscurecida, como cuando el sol, en su oriente, lanza un rayo horizontal a través de las nieblas de la mañana; o como cuando, en un eclipse, oculto este astro detrás de la luna, derrama sobre la mitad de los pueblos un crepúsculo funesto, y atormenta a los reyes con el temor de terribles revoluciones. Tal parecía el arcángel: aunque oscurecido, brillaba sobre sus compañeros de caída; no obstante, su rostro se mostraba surcado por el rayo, y las amarguras eran ya muy antiguas en sus pálidas mejillas².»

Acabemos de conocer el carácter de Satanás. Habiendo huido del infierno, llega a la tierra, y sintiéndose poseído de negra desesperación al contemplar las maravillas del Universo, apostrofa en estos términos al sol:

«¡Oh tú, que coronado de inmensa gloria, dejas caer tus miradas desde los alto de tu solitaria dominación, cual dios de este nuevo Universo: tú, en cuya presencia las estrellas se ocultan humilladas, yo elevo una voz hacia ti; no, empero, una voz amiga; no pronuncio tu nombre, ¡oh sol!, sino para decirte cuán odiosos me son tus rayos. ¡Ah! ¡Ellos me recuerdan la altura de que he sido despeñado, y cuán glorioso brillaba un día, viendo tu esfera girar a mis pies! El orgullo y la ambición me han precipitado, pues me atreví a declarar la guerra al Rey del cielo, en el cielo mismo. Quien me había hecho lo que era en un rango tan eminente, no merecía semejante acción... Colocado a tanta altura, me negué a la obediencia, pues creí que un paso más me llevaría al rango supremo, y me descargaría en un momento de la inmensa deuda de una gratitud eterna... ¡Oh! ¡Por qué su omnipotente voluntad no me creó en la categoría de algún ángel inferior? Feliz sería aún, pues mi ambición no se hubiese alimentado con una esperanza ilimitada... ¡Miserable! ¿Dónde huiré de una cólera infinita y de una infinita desesperación? El infierno me acompaña a todas partes, yo mismo soy el infierno... ¡Oh Dios! ¡Mitiga tus golpes! ¡No has dejado algún camino al arrepentimiento y a la misericordia fuera de la obediencia? ¡La obediencia! El orgullo me prohíbe pronunciar esta palabra, que me avergonzaría ante los espíritus del abismo. No les seduje por medio de promesas de sumisión, cuando fui osado a ofrecerles que avasallaría al Omnipotente. ¡Ah! Mientras me adoran en el trono de los infiernos, ignoran cuán caras pago aquellas palabras soberbias, y cuánto gimo interiormente bajo el peso de mis dolores... Pero, ¿y si me arrepintiese, o si por un rasgo de la gracia divina, reconquistase mi primitiva condición?... Una jerarquía elevada volvería a traerme pensamientos ambiciosos: los juramentos de una fingida sumisión no tardarían en ser desmentidos. El tirano lo sabe; y está tan lejos de concederme la paz, cuanto yo lo estoy de pedirle gracia. ¡Adiós, pues, esperanza, y contigo, adiós, temor e importunos remordimientos! Todo está perdido para mí... ¡Mal, sé tú mi único bien! A lo menos, merced a ti, compartiré el imperio con el Rey del cielo, y aun tal vez reinaré sobre más de la mitad del Universo, como lo echarán de ver en breve el hombre y este nuevo mundo¹.»

Por grande que sea nuestra admiración a Homero, debemos confesar que nada puede compararse con este pasaje de Milton. Cuando a la grandeza del

1. *Parad. lost*, book I, v. 49, etc.
2. *Parad. lost*, book I, v. 591, etc.

1. *Parad. lost*, book IV. From the 33th v. to the 119th.

asunto, a la hermosura de la poesía y a la natural elevación de los personajes se añade un conocimiento tan profundo de las pasiones, nada más debe exigirse al genio. Satanás, arrepintiéndose a la vista de la luz que odia, porque *le recuerda cómo fué superior a ella*, deseando luego haber sido creado en una jerarquía inferior, endureciéndose después en el crimen por orgullo, por vergüenza, y hasta por desconfianza de su carácter ambicioso; y por último, por todo fruto de sus reflexiones, y como para expiar un momento de remordimientos, encargándose del imperio del mal durante toda una eternidad, representa, si no nos engañamos, una de las más sublimes y patéticas concepciones que ha brotado en tiempo alguno del cerebro de un poeta.

Asáltanos en este instante una idea que no podemos omitir. Todo aquel que no carezca de algún criterio y buen sentido por la historia, podrá reconocer que Milton ha hecho entrar en el carácter de su Satanás la perversidad de aquellos hombres que a principios del siglo XVII cubrieron de luto a Inglaterra; en ese carácter se echa de ver la misma obstinación, el mismo entusiasmo, el mismo orgullo, el mismo espíritu de rebelión e independencia; el monarca del infierno trae a la memoria aquellos famosos niveladores, que abjurando la religión de su patria, sacudieron el yugo de todo gobierno legítimo, rebeldes a la par a Dios y a los hombres. El mismo Milton había participado de este espíritu de perdición; y a fe que para imaginar un Satanás tan detestable, era preciso que el poeta hubiera visto su imagen en los réprobos que convirtieron durante tanto tiempo su patria en verdadero asilo de los demonios.

X

MÁQUINAS POÉTICAS. — VENUS EN LOS BOSQUES DE CARTAGO. — RAFAEL EN LAS FRONDOSIDADES DEL EDÉN.

Hablemos ahora de algunos ejemplos de las máquinas poéticas. Venus, que se muestra a Eneas en los bosques de Cartago, es un fragmento acabado en

el género agraciado: *Cui mater media*, etc. «A través del bosque y siguiendo el mismo sendero, su madre le salió al paso. Tenía el aspecto y semblante de una doncella, y estaba armada como las jóvenes de Esparta, etc.»

Esta poesía es deliciosa; pero el cantor del Edén se ha acercado mucho a ella al pintar la llegada del ángel Rafael a la espesura habitada por nuestros primeros padres:

«El serafín ostenta seis alas, para sombreadar sus formas divinas. Dos de ellas, adheridas a su espalda, se cierran sobre su seno, como los pliegues de un manto regio; las de en medio se pliegan en su derredor como una banda de estrellas; las dos últimas, teñidas de azul, aletean en sus rápidos talones, y las sacudidas plumas esparcen celestiales perfumes.

»Adelántase hacia el jardín de la felicidad, a través de bosquecillos, de mirtos y de nubes de nardo e incienso, soledades de aromas, donde la joven Naturaleza se entrega a todos sus caprichos... Adán, sentado a la sazón a la puerta de su frondoso albergue, descubre al divino mensajero, y exclama gozoso: ¡Ven, Eva, ven a ver un objeto tan digno de tu admiración! Mira al Oriente por entre esos árboles: ¿no descubres esa forma gloriosa, que parece dirigirse a nuestra gruta? Pudiera ser una nueva aurora que se levanta en medio del día...»

Milton, casi tan gracioso como Virgilio, le excede en santidad y grandeza. Rafael es más hermoso que Venus, el Edén más encantador que los bosques de Cartago, y Eneas es un frío y triste personaje al lado del majestuoso Adán.

He aquí un ángel místico de Klopstock:

... .. Dann eilet der thronen¹.

«Súbitamente, el primogénito de los tronos baja hacia Gabriel, para conducirlo hasta el Altísimo. El Eterno le llama *Elegido*, y el cielo *Eloa*. Más perfecto que todos los demás seres creados, ocupa el primer lugar cerca del Ser infinito. Uno solo de sus pensamientos es tan hermoso como el alma entera del hombre, cuando, digno de su inmortalidad, medita profundamente. Su mirada es más apacible que una mañana de primavera, más dulce que la tibia claridad de las estrellas, cuando brillantes de juventud, se mecieron cerca del trono celestial

1. *Messias*, erst. Ges., v. 286, etc.

con todos sus torrentes de luz. Fué el primero a quien Dios creó, y tomó su aéreo cuerpo en una gloria celestial. Al nacer, todo un cielo de nubes flotó en su derredor; el mismo Dios le levantó en sus brazos, y le dijo, al bendecirle: *Criatura, heme aquí.*»

Rafael es el ángel *exterior*; Eloa el ángel *interior*; los Mercurios y los Apolos de la mitología nos parecen menos divinos que estos genios del cristianismo.

Los dioses de Homero se vienen muchas veces a las manos; pero, como ya lo hemos indicado, nada se encuentra en la *Iliada* superior al combate que Satanás se apresta a presentar a Miguel en el Paraíso terrenal, ni a la derrota de las legiones, heridas por el rayo de Emmanuel: muchas veces, las divinidades paganas salvan a sus héroes favoritos, cubriéndoles con una nube; pero esta máquina ha sido muy oportunamente aplicada por el Taso a la poesía cristiana, cuando introduce a Solimán en Jerusalén. Aquel carro velado de vapores; aquel viaje invisible de un encantador y de un héroe, por entre el campamento cristiano; aquella puerta secreta de Herodes; aquellos recuerdos de los antiguos tiempos, intercalados en una rápida narración; aquel guerrero que asiste, sin ser visto, a un consejo, y que sólo se descubre para determinar a Solyma a los combates: todo este *maravilloso*, aunque del género mágico, es de singular excelencia.

Se objetará tal vez que en las pinturas voluptuosas, el paganismo debe a lo menos alcanzar la preferencia. Si así fuese, ¿qué haríamos de Armida? ¿Diremos que carece de encantos, cuando inclinada sobre la frente del dormido Reinaldo, deja caer el puñal, trocada ya en amor su venganza? ¿Acaso es preferible Ascanio, oculto por Venus en los bosques de Citeres, al joven héroe del Taso, encadenado con flores, y llevado en una nube a las islas Afortunadas? Esos jardines, cuyo único defecto consiste en ser demasiado encantadores, y esos amores a quienes sólo falta un velo, no son por cierto cuadros muy severos. En el episodio a que nos referimos se halla hasta el ceñidor de Venus, tanto y tan justamente censurado.

Por lo demás, si algunos críticos descontentadizos se obstinaban en desterrar la magia, los ángeles de tinieblas pudieran hacer por sí mismos lo que por su medio lleva a cabo Armida. Nos autoriza a ello la historia de algunos de nuestros santos, pues el demonio de los placeres ha sido mirado siempre como uno de los más poderosos del abismo.

XI

CONTINUACIÓN DE LAS MÁQUINAS POÉTICAS. — SUEÑO DE ENEAS. — SUEÑO DE ATALÍA.

Réstanos sólo hablar de dos máquinas poéticas: *los viajes de los dioses, y los sueños.*

Elegiremos el sueño de Eneas, en la noche fatal de Troya; el héroe lo refiere así a Dido:

Tempus erat, etc.

C'étoit l'heure où, du jour adoucissant les peines,
Le sommeil, grâce aux dieux, se glisse dans nos veines;
Tout à coup, le front pâle et chargé de douleurs,
Hector, près de mon lit, a paru tout en pleurs,
Et tel qu'après son char la victoire inhumaine,
Noir de poudre et de sang, le traîna sur l'arène.
Je vois ses pieds encore et meurtris et percés
Des indignes liens qui les ont traversés.

Hélas! qu'en cet état de lui-même il diffère!
Ce n'est plus cet Hector, ce guerrier tutélaire,
Qui, des armes d'Achille orgueilleux ravisseur,
Dans les murs paternels revenoit en vainqueur.
Ou, courant assiéger les vingt rois de la Grèce,
Lançoit sur leurs vaisseaux la flamme vengeresse.
Combien il est changé! le sang de toutes parts
Souffloit sa barbe épaisse et ses cheveux épars;
Et son sein étoit à ma vue attendrie
Tous les coups qu'il reçut autour de sa patrie.
Moi-même il me sembloit qu'au plus grand des héros,
L'œil de larmes noyé, je parlois en ces mots:

«O des enfants d'Illus la gloire et l'espérance!
Quels lieux ont si longtemps prolongé ton absence?
Oh! qu'ont t'a souhaité! mais, pour nous secourir,
Est-ce ainsi qu'à nos yeux Hector devoit s'offrir,
Quand à ses longs travaux Troie entière succombe!
Quand presque tous les tiens sont plongés dans la tombe.
Pourquoi ce sombre aspect, ces traits défigurés,
Ces blessures sans nombre, et ces flancs déchirés?»

Hector ne répond point; mais du fond de son âme
Tirant un long soupir: «Fuis les Grecs et la flamme,
Fils de Vénus, dit-il, le destin t'a vaincu;
Fuis, hâte-toi: Priam et Pergame ont vécu.
Jusqu'en leurs fondements nos murs vont disparaître;
Ce bras nous eût sauvés, si nous avions pu l'être.
Cher Enée! ah! du moins, dans ses derniers adieux,
Pergame à ton amour recommande ses dieux!
Porte au delà des mers leur image chérie,
Et fixe-toi près d'eux dans une autre patrie.»
Il dit; et dans ses bras emporte à mes regards

La puissante Vesta qui gardoit nos remparts,
Et ses bandeaux sacrés, et la flamme immortelle
Qui veilloit dans son temple et brûloit devant elle'.

(Traduc. de M. DE FONTANES.)

Este sueño es una especie de resumen del genio de Virgilio, pues se encuentran en él todos los géneros de bellezas que le son peculiares.

Obsérvese, en primer lugar, el contraste de este espantoso sueño con la hora tranquila en que los dioses lo envían a Eneas. Nadie ha sabido señalar los tiempos y los lugares con más maestría que el vate de Mantua. Aquí presenta una tumba, allí una aventura terna, para determinar los confines de un país; una ciudad nueva ostenta un nombre antiguo, y un río extranjero toma el nombre de un río patrio. Por lo que respecta a las horas, Virgilio hace figurar casi siempre la más tranquila sobre el acontecimiento más trágico. De este contraste lleno de tristeza, resulta esta verdad: que la Naturaleza cumple sus leyes sin sentirse perturbada por las mezquinas revoluciones humanas.

Pasemos a la pintura de la sombra de Héctor. Ese fantasma, que mira a Eneas en silencio; aquellos largos llantos, aquellos pies hinchados, son las minuciosas circunstancias que elige siem-

pre el gran pintor para poner a la vista el objeto que describe. El grito de Eneas: *Quantum mutatus ab illo!*, es el grito de un héroe, que revela la dignidad de Héctor. *Squalentem barbam et concretos sanguine crines*. Ved ahí al espectro. Pero Virgilio presenta de improviso un rasgo propio de su estilo: *Vulnera... circum plurima muros accipit patrios*. En estas palabras se encierran el elogio de Héctor, los recuerdos de sus desventuras y de las de la patria en cuya defensa recibiera tantas heridas. Estas frases: *O lux Dardaniæ! Spes ô fidissima Teucrum!*, están llenas de calor, y en el mismo grado en que conmueven al corazón hacen desgarradoras las siguientes palabras: *Ut te post multa tuorum funera... adspiciamus!* ¡Ah! Ésta es la historia de todos los que han abandonado su patria; a su vuelta, se puede decirles como Eneas a Héctor: *¡Debíamos tornar a veros después de los funerales de vuestros parientes!* Finalmente, el silencio de Héctor, y su suspiro seguido del *fuge, eripe flammis!*... hacen erizar los cabellos. La última pincelada del cuadro mezcla la doble poesía de la visión y del sueño; y al ver a aquélla arrebatada la estatua de Vesta y el fuego sagrado, se cree ver al espectro arrancado de la tierra a Troya.

Este sueño ofrece, por otra parte, una hermosura deducida de la naturaleza misma de las cosas. Eneas se regocija primero al ver a Héctor, a quien cree vivo; luego habla de las calamidades de Troya acacidas después de la muerte del héroe. El estado en que vuelve a verle no puede recordarle su destino; así es que pregunta al hijo de Príamo de dónde le vienen sus heridas, y al mismo tiempo dice que se le vió de aquella suerte el día en que fué arrastrado alrededor de Ilíon. Tal es, en efecto, la incoherencia de los pensamientos, de los sentimientos y de las imágenes en un sueño.

Nos es en extremo grato hallar entre los poetas cristianos algo que contrabalancee y tal vez exceda este sueño: poesía, religión, interés dramático, todo es igual en ambas pinturas, y Virgilio se reproduce de nuevo en Racine.

Atalia narra su sueño a Abner y a

1. Era la hora en que, del día endulzando las penas,—el sueño, gracias a los dioses, se desliza en nuestras venas,—de repente, la frente pálida y cargada de dolores,—Héctor, cerca de mi lecho, apareció todo lloroso,—y tal como después su carro a la victoria inhumana,—negro de polvo y de sangre, le arrastra por la arena.—Veo sus pies aún magullados y abiertos—por las indignas cadenas que los han cruzado. ¡Ay! En ese estado no parece el mismo!—Ese no es Héctor, el guerrero tutelar,—que, de las armas de Aquiles orgulloso robador,—entre los muros paternos aparece vencedor;—en que, corriendo a sitiar los veinte reyes de la Grecia,—lanzaba sobre sus naves la llama vengadora.—¡Cuánto ha cambiado! La sangre por todas partes—manchaba su barba espesa y sus cabellos esparcidos,—y su pecho exponía a mi vista enternecida—todos los golpes que recibiera en torno a su patria.—Yo mismo, pareciéndome el más grande de los héroes,—inundados los ojos en lágrimas, hablaba con estas palabras: «¡Oh de los hijos de Ilíon la gloria y la esperanza!—¿Qué lugares han prolongado tanto tiempo tu ausencia?—¡Oh, cómo se te ha deseado! Mas, para socorrernos,—es así como a nuestros ojos Héctor debe ofrecerse,—cuando con sus largos trabajos Troya entera sucumbe!—¡Cuando casi todos los tuyos han caído en la tumba!—¿Por qué ese sombrío aspecto, esos rasgos desfigurados,—esas heridas sin nombre, y esos costados desgarrados?» Héctor no respondió; pero del fondo del alma—exhalando un largo suspiro: «Huye de los griegos y de la llama, hija de Venus, dijo, el destino te ha vencido;—¡huye, apresárate! Príamo y Pérgamo están vivos.—Hasta en sus fundamentos nuestros muros van a desaparecer;—ese brazo nos hubiera salvado, si hubiéramos podido ser salvos.—¡Caro Eneas! ¡Ah! Al menos, en sus posteros adioses,—Pérgamo a tu amor recomiende sus dioses!—Llévame más allá de los mares su imagen querida,—y fíjate cerca de ellos en una otra patria.—El dijo; y en sus brazos arrebató a mis miradas—la poderosa Vesta que guardaba nuestras murallas,—y sus vendos sagradas, y la llama inmortal—que velaba en su templo y ardía ante ella. (N. del T.)

Mathan, bajo el pórtico del templo de Jerusalén : seguidos súbitamente, no de una forma entera, sino

C'étoit pendant l'horreur d'une profonde nuit;
Ma mère Jézabel devant moi s'est montrée,
Comme au jour de sa mort pompeusement parée;
Ses malheurs n'avoient point abattu sa fierté;
Même elle avoit encor cet éclat emprunté
Dont elle eut soin de peindre et d'orner son visage
Pour réparer des ans l'irréparable outrage.
« Tremble, m'a-t-elle dit, fille digne de moi;
Le cruel Dieu des Juifs l'emporte aussi sur toi:
Je te plains de tomber dans ses mains redoutables,
Ma fille! » En achevant ces mots épouvantables,
Son ombre vers mon lit a paru se baisser,
Et moi, je lui tendois les mains pour l'embrasser;
Mais je n'ai plus trouvé qu'un horrible mélange
D'os et de chairs meurtris et traînés dans la fange,
Des lambeaux pleins de sang, et des membres affreux
Que des chiens dévorants se disputoient entre eux¹.

Difícil sería decidirse aquí entre Virgilio y Racine. Los dos sueños se derivan igualmente de las diferentes religiones de los dos poetas: Virgilio es más triste, Racine más terrible; éste hubiera faltado a su objeto y desconocido el genio sombrío de los dogmas hebreos si hubiese supuesto el sueño de Atalía en una hora pacífica; y como va a cumplir mucho, promete mucho en este verso:

C'étoit pendant l'horreur d'une profonde nuit.

En Racine se advierte concordancia y en Virgilio contraste de imágenes.

La noche fatal de un gran pueblo y la fundación del imperio romano, sería más magnífica que la caída de un solo reino, si Joás, *al encender la antorcha de David*, no nos mostrase en lontananza al Mesías y la revolución de la tierra.

La misma persecución se echa de ver en entrambos poetas: no obstante, la poesía de Racine nos parece más hermosa. Héctor se presenta a Eneas siempre el mismo, desde el principio hasta el fin; pero la pompa y el brillo prestado de Jezabel,

Pour réparer des ans l'irréparable outrage.

1. Era durante el horror de una profunda noche:—mi madre Jezabel ante mí se mostraba,—como en el día de su muerte ostentosamente engalanada:—sus desgracias no habían podido abatir su arrogancia:—Del mismo modo tenía también ese esplendor ficticio—debido al cuidado de peinar y hermosear su rostro—para reparar de los años el irreparable ultraje.—¡Tiemblo, me dijo, hija digna de mí!—El cruel Dios de los judíos lo lleva también sobre tí:—yo te compadezco si caer has en sus manos temibles,—hija mía!—Y terminando de decir estas palabras pavorosas,—su sombra vino hacia mi lecho, pareció agacharse,—y yo le tendí las manos para abrazarla;—mas no pude encontrar sino una horrible mezcla de huesos y de carnes magulladas y arrastradas por el fango,—de jirones llenos de sangre, y de miembros espantosos—que perros devoradores se disputaban entre ellos. (N. del T.)

... .. Des lambeaux affreux
Que des chiens dévorants se disputoient entre eux:

es una especie de cambio de estado, una peripecia que da al sueño pintado por Racine una belleza que no se advierte en el de Virgilio. Por último, esa sombra de una madre que se inclina sobre el lecho de su hija, como para ocultarse en él, y que se transforma de improviso en *huesos y en carnes destrozadas*, es una de esas bellezas vagas, de esas circunstancias espantosas, propias de la verdadera naturaleza del fantasma.

XII

CONTINUACIÓN DE LAS MÁQUINAS POÉTICAS.—VIAJE DE LOS DIOS HOMÉRICOS.—SATANÁS MARCHANDO AL DESCUBRIMIENTO DE LA CREACIÓN.

Hemos llegado a la última de las máquinas poéticas, es decir, a los *viajes* de los seres sobrenaturales. Ésta es una de las partes de lo *maravilloso* en que Homero se ha mostrado más sublime. Ya pinta el carro del Dios volando como el pensamiento de un viajero que recuerda en un instante los lugares que ha recorrido; ya dice:

Autant qu'un homme assis au rivage des mers
Voit, d'un roc élevé, d'espace dans les airs,
Autant des Immortels les coursiers intrépides
En franchissent d'un saut¹.

Sea cual fuere el genio de Homero y la majestad de sus dioses, su *maravilloso* y su grandeza van a quedar eclipsados de nuevo por lo *maravilloso* del cristianismo.

Satanás llega a las puertas del infierno que el Pecado y la Muerte le han abierto, y se prepara a marchar al descubrimiento de la Creación.

... .. Like a furnace mouth².

... ..

... .. The sudden view

Of all this world at once.

1. BOILEAU, en *Longin*, cap. VII. (N. del A.)

De igual modo que un hombre sentado a la orilla de los mares—abarca de una roca en su altura, un espacio en los aires,—así los corceles intrépidos de los inmortales—lo franquean de un salto. (N. del T.)

2. *Parad. Lost.*, book II, v. 883-1050; book III, v. 501-544. De los versos trasladados aquí y allá.

«Las puertas del infierno se abren... vomitando, como la boca de un horno, negras bocanadas de humo y de rojas llamas. Descubrense repentinamente, a las miradas de Satanás, los secretos del antiguo abismo, océano sombrío y sin límites en que se pierden los tiempos, las dimensiones y los lugares, y donde la antigua Noche y el Caos, antepasados de la Naturaleza, mantienen una eterna anarquía en medio de una eterna guerra, y reinan por la confusión. Satanás, detenido en los umbrales del infierno, mira el vasto abismo, cuna y tal vez sepulcro de la Naturaleza; y calcula los peligros del viaje. Pero en breve, desplegando las potentes alas, y rechazando con la planta el fatal umbral, se remonta envuelto en espesos torbellinos de humo. Conducido en su nebuloso trono, sube durante mucho tiempo con insolente audacia; pero los vapores, que se disipan gradualmente, le abandonan en medio del incommensurable vacío. Así sorprendido, redobra, mas ya en vano, los esfuerzos de sus alas, y cae al fin desplomado.

»El instante en que yo canto veré aún su caída, si la explosión de una nube de azufre y de llama no le hubiese lanzado a alturas iguales a las profundidades a que descendió. Arrojado a unas tierras blandas y trémulas, y a través de los elementos, condensados o enrarecidos... marcha, vuela, nada, se arrastra. A favor de sus brazos, de sus pies y de sus alas, salva las sirtes, los estrechos y las montañas. En fin, un rumor universal de voces y de sonidos confusos hieren violentamente sus oídos. Dirige al punto su vuelo hacia aquel lado, resuelto a acercarse al espíritu desconocido del abismo, que reside en este ruido, y de él el camino de la luz.

»Descubre a poco el trono del Caos, cuyo sombrío pabellón se extiende a lo lejos sobre el inmenso bátrito. La Noche, velada en una túnica negra, está sentada a sus costados: hija primogénita de los seres es la esposa del Caos. El Acaso, el Tumulto, la Confusión y la Discordia de las mil fauces, ministros son de estas tenebrosas divinidades. Satanás se presenta a ellas sin temor, y les dice: «Espíritus del abismo, Caos, y tú, antigua Noche, no vengo a inquirir los secretos de vuestros reinos... Indicadme el camino de la luz, etc.»

»El decrepito Caos responde, mugiendo: «Te conozco, ¡oh extranjero!... Un mundo nuevo está suspendido sobre mi imperio hacia el lado en que cayeron tus legiones. ¡Vuela, y acelera el cumplimiento de tus altos destinos! Destrucción, catástrofes, ruinas, ¡vosotros sois la esperanza del Caos!»

»Dice: y Satanás, lleno de alegría... se remonta con nuevo vigor, y atraviesa como una pirámide de fuego la atmósfera tenebrosa... Por último, la sagrada influencia

de la luz empieza a hacerse sentir. Irradiado de las murallas del cielo, un rayo proyecta a lo lejos en el seno de las sombras una dudosa y trémula aurora; aquí empieza la Naturaleza, y el Caos se retira. Guiado por aquellos inciertos albores, Satanás, semejante a un bajel mucho tiempo combatido por la tempestad, reconoce el puerto con vivo júbilo, y se desliza más suavemente sobre las domadas olas. A medida que adelanta hacia el día, el Empíreo despliega a su vista sus resplandecientes torres de ópalo y sus vivientes zafiros.

»Finalmente, descubre a lo lejos una fábrica gigantesca, cuyos magníficos escalones suben hasta las murallas del cielo... Perpendicular al pie de aquella mística gradería, se abre un paso que conduce a la tierra... Satanás se lanza al último escalón, y abismando sus miradas en las profundidades que se extienden a sus plantas, descubre con inmenso asombro todo el Universo a la vez.»

La religión que ha suministrado un maravilloso de este género, y que ha inspirado además la idea de los amores de Adán y Eva, no puede parecer una religión *antipoética* a los hombres imparciales. ¿Qué vale Juno, marchando a los confines de la tierra, en *Etiopía*, comparada con Satanás, subiendo desde los antros del Caos hasta las fronteras de la Naturaleza? Se advierte en el original un efecto singular que no hemos podido trasladar, y que se enlaza, por decirlo así, con el defecto general de este fragmento: los largos giros que hemos suprimido, parecen prolongar la excursión del príncipe de las tinieblas, e infunden en el lector un vago sentimiento de lo infinito de esos espacios que acaba de atravesar.

XIII

EL INFIERNO CRISTIANO

Entre las muchas diferencias que distinguen el infierno cristiano del Tártaro, son dignos de atención los tormentos que sufren los demonios. Plutón, los Jueces, las Parcas y las Furias no sufren con los culpables; pero los dolores de nuestras potestades infernales son un *medio más* para la imaginación, siendo, por consiguiente, una ventaja poética de nuestro infierno sobre el de los antiguos.

En los campos cimerios de la *Odisea*, lo vago de los lugares, las tinieblas, la incoherencia de los objetos, y la cueva a donde las sombras acuden a beber sangre, dan al cuadro cierto carácter de horror que tal vez se asemeja más al inferno cristiano que al Tenaro de Virgilio, pues en éste se advierten los progresos de los dogmas filosóficos de Grecia. Las Parcas, el Cocito y la Estigia, vuelven a figurar en las obras de Platón, en que se ve una distribución de castigos y de recompensas, de que Homero no tenía la menor noción. Ya hemos hecho observar ¹ que la desgracia, la indigencia y la debilidad estaban, después del óbito, relegadas por los paganos a un mundo tan penoso como el de aquél.

La religión de Jesucristo no habla así a nuestras almas. Nosotros sabemos que al abandonar este mundo de tribulaciones, hallaremos un lugar de descanso, y que, si hemos tenido sed de justicia en el tiempo, nos saciaremos de ella en la eternidad. *Sitiunt justitiam... ipsi saturabuntur* ².

Si la filosofía queda satisfecha, tal vez no nos será muy difícil convencer a las musas. Es verdad que no tenemos un inferno cristiano, tratado de una manera acabada, pues ni Dante, ni el Taso, ni Milton se muestran perfectos en la pintura de los lugares de dolor. Sin embargo, algunos excelentes fragmentos, debidos a tan grandes maestros, prueban que si todas las partes del cuadro hubiesen sido retocadas con igual esmero, poseeríamos infernos no menos poéticos que los de Homero y Virgilio.

XIV

PARALELO ENTRE EL INFIERNO Y EL TÁRTARO.—ENTRADA DEL AVERNO.—PUERTA DEL INFIERNO DE DANTE.—DIDO.—FRANCISCA DE RÍMINI.—TORMENTOS DE LOS RÉPROBOS.

La entrada del Averno ofrece, en el libro sexto de la *Encida*, estos versos inimitables :

1. Primera parte, libro 6.

2. La injusticia de los dogmas infernales era tan manifiesto entre los antiguos, que hasta el propio Virgilio no pudo por menos que hacerlo notar.

... Sortemque animo miseratus iniquam
(Æn., lib. vi, v. 332.)

Ibant obscuri sola sub nocte per umbram,
Perque domos Ditis vacuas et inania regna.

... ..
Pallentesque habitant Morbi, tristisque Senectus,
Et Metus, et malesuada Fames, et turpis Egestas,
Terribiles visu formæ: Letumque Laborque,
Tum consanguineus Lethi Sopor, et mala mentis
Gaudia...

(Lib. vi. v. 268 et seq.)

Basta saber leer el latín, para percibir la armonía lúgubre de estos versos. Oyóse primero retumbar y mugir la caverna por donde caminan la Sibila y Eneas: *Ibant obscuri sola sub nocte per umbram*; después se entra de repente en los *espacios desiertos*, en los *reinos del vacío*; *Perque domos Ditis vacuas et inania regna*. Siguen luego las sílabas sordas y pesadas, que expresan de una manera admirable los penosos suspiros de los infiernos: *Tristisque Senectus, et Metus. — Letumque Laborque*, consonancias que prueban que los antiguos no ignoraban la especie de hermosura propia de la rima. Los latinos, a imitación de los griegos, empleaban la repetición de los sonidos en las pinturas pastoriles y en las armonías tristes.

Dante vaga primero, como Eneas, por un bosque que oculta la entrada de su inferno; nada es más espantoso que esta soledad. Llega en breve a la puerta, en que se lee la célebre inscripción :

Per me si va nella città dolente,
Per me si va nell' eterno dolore:
Per me si va tra la perduta gente.

... ..
Lasciate ogni speranza, voi ch' entrate.

He aquí precisamente la misma clase de bellezas que en el poeta latino. No hay oído que no perciba la cadencia de estas rimas reiteradas, en que parece retumbar y morir el eterno grito de dolor que sube del fondo del abismo. En los tres *per me si va* se cree oír el *toque* de agonía del cristiano. El *lasciate ogni speranza* es comparable al más brillante rasgo del inferno de Virgilio.

Milton, imitando al poeta mantuano, colocó la Muerte a la entrada de su inferno (*Lethum*), y el Pecado, que no es sino el *mala mentis gaudia*, las *alegrías culpables del corazón*, y describe en estos términos la primera :

... .. The other shape, etc.

«La otra forma, si este nombre puede aplicarse a lo que no tiene formas, estaba en pie a la puerta. Era sombría como la noche, y torva como diez furias; su mano esgrimía un dardo espantoso, y en la parte que semejava su cabeza ostentaba la apariencia de una corona.»

Nunca se ha representado un fantasma de una manera más vaga y terrible. El origen de la Muerte, referido por el Pecado, y la manera con que los ecos del infierno repiten el nombre terrible al ser pronunciado por primera vez, todo es una especie de negro sublime, desconocido por la antigüedad¹.

Internándonos en los infiernos, seguiremos a Eneas al campo de las lágrimas, *lugentes campi*; allí encuentra a la sin ventura Dido, y la descubre entre las sombras de un bosque *como se ve, o como se cree ver la luna nueva levantarse a través de las nubes*:

... .. Qualem primo qui surgere mense
Aut videt, aut vidisse putat, per nubila lunam.

Este trozo es magnífico; pero Dante se muestra tal vez no menos patético en la pintura de los campos de llantos. Virgilio coloca a los amantes en bosquecillos de mirtos y en solitarias alamedas. Dante ha lanzado a los suyos en un ambiente vago y en medio de tempestades que les arrastran eternamente; el uno da al amor por castigo sus propias ilusiones, al paso que el otro le impone por suplicio la imagen de los desórdenes que esta pasión hace nacer. Dante pertenece a una pareja infortunada en medio de un torbellino; Francisca de Rímini, interrogada por el poeta, le narra sus desventuras y su amor:

Noi leggevamo, etc.

«Líamos un día, en grato pasatiempo, cómo el amor venció a Lancelot. Hallábase sola con mi amante, y no abrigábamos la menor desconfianza; más de una vez palidecieron nuestros semblantes, y nuestros turbados ojos se encontraron; pero un solo instante nos perdió a entrambos. Cuando el feliz Lancelot recibió al fin el anhelado beso, entonces el hombre, que ya jamás me será

arrebataado, unió sus labios a los trémulos míos, y dejamos caer el libro que nos había revelado el misterio del amor.»

¡Cuán admirable sencillez se advierte en la narración de Francisca! ¡Cuánta delicadeza brilla en el rasgo que lo termina! Virgilio no es más púdico en el cuarto libro de la *Eneida*, cuando Juno da la señal, *dant signum*. El fragmento de que nos ocupamos debe también al cristianismo una parte de su carácter patético, puesto que Francisca de Rímini es castigada por no haber sabido resistir a su amor, y por haber sido infiel a la fe conyugal: la justicia inflexible de la religión contrasta con la piedad que se siente por una débil mujer.

No lejos del campo de los llantos, Eneas ve el campo de los guerreros, y en él encuentra a *Detfobo*, cruelmente mutilado. Su historia es interesante; pero el solo nombre de Ugolino recuerda un fragmento de muy superior mérito. Concíbese que Voltaire no haya visto en las llamas de un infierno cristiano sino objetos burlescos; empero, ¿no es preferible para el poeta hallar en ellas al conde de Ugolino, y adecuada materia a unos versos tan hermosos y a unos episodios tan trágicos?

Si de estos pormenores pasamos a considerar bajo un aspecto general el *Infierno* y el *Tártaro*, veremos en éste a los Titanes precipitados por los rayos de Júpiter; a Ixión amenazado con ser precipitado de un peñasco; a las Danaides con sus toneles; a Tántalo engañado por las aguas, etc.

Mas, sea que al fin nos familiarizamos con la idea de estos tormentos, sea que nada tengan en sí mismos que produzcan la sensación de lo terrible, porque se miden por penalidades conocidas en la vida, es lo cierto que producen escasa impresión en el ánimo. Pero si queréis sentirlos profundamente conmovidos; si queréis saber hasta dónde puede extenderse la imaginación del dolor; si queréis conocer la poesía de los tormentos, y los himnos de carne y sangre, bajad al infierno de Dante. Aquí, las sombras son sacudidas por los torbellinos de una tempestad; allí, los abrasados sepulcros encierran a los fautores de la herejía; los tiranos están sumergi-

1. M. Harris, en su *Hermes*, ha hecho observar que el género masculino, aplicado por Milton a la muerte, constituye aquí una gran belleza. La muerte es también del género masculino en griego; hasta el propio Racine la hace de este género en nuestra lengua: *La mort est le seul dieu que j'osois implorer*. (La muerte es el único dios al que yo me atrevo a implorar.)

dos en un río de sangre tibia; los suicidas, que desdénaron la noble naturaleza del hombre, han retrogradado hacia la planta, y han sido transformados en unos árboles raquíticos que crecen en una arena ardiente, cuyas ramas arrancan sin cesar las harpías. Estas almas no volverán a unirse a sus cuerpos el día de la resurrección; los arrastrarán por el espantoso bosque para colgarlos a las ramas de los árboles a que están asidas.

Si se objeta que un autor griego o romano hubiera podido hacer un Tártaro tan formidable como el infierno de Dante, esto nada prueba contra los medios poéticos de la religión cristiana; pero basta, por otra parte, tener algún conocimiento del genio de la antigüedad, para conceder que el tono sombrío del infierno de Dante no se halla en la teología pagana, y que pertenece a los dogmas amenazadores de nuestra fe.

XXV

DEL PURGATORIO

Habrà de confesarse, a lo menos, que el purgatorio ofrece a los poetas cristianos un género de *maravilloso* ignorado de la antigüedad¹. No hay tal vez cosa más favorable a las musas que ese lugar de purificación, colocado en los confines del dolor y de la alegría, donde se reúnen los confusos sentimientos de la felicidad y del infortunio. La gradación de los sufrimientos, en razón de las faltas pasadas; esas almas, más o menos felices, más o menos brillantes, según que se aproximan más o menos a la doble eternidad de los placeres o de las penas, podrían suministrar al pincel interesantes asuntos. El purgatorio excede en poesía al cielo y al infierno, porque deja entrever un porvenir que falta a éstos.

En el Elíseo antiguo, el río Leteo había sido inventado con mucha oportunidad; pero no puede decirse que las sombras que de nuevo recobraban la vida en sus orillas, presentasen la misma progresión poética hacia la felici-

dad, que las almas del *purgatorio*. Abandonar los campos de los manes felices para volver a este mundo, era pasar de un estado perfecto a un estado que lo era menos; era volver a entrar en el círculo, renacer para morir, ver lo que ya se había visto. Todo aquello cuya extensión puede medir el espíritu, es pequeño: el círculo, que entre los antiguos servía de emblema a la Eternidad, podía ser una imagen grande y verdadera; sin embargo, nos parece que mata la imaginación, pues la obliga a girar incesantemente en su formidable cerco. La línea recta, indefinidamente prolongada, sería quizá más significativa, porque lanzaría la mente a las pavorosas regiones de un vago ideal, haciendo caminar de frente tres cosas que al parecer se excluyen: la esperanza, la movilidad y la eternidad.

La relación que se establezca entre el castigo y la ofensa puede producir en el purgatorio todos los encantos del sentimiento. ¡Qué de ingeniosas penas no pueden reservarse a una madre demasiado tierna, a una joven demasiado crédula, a un joven demasiado impetuoso! Y, en verdad, toda vez que los vientos, el fuego y los hielos, prestan su violencia a los tormentos del infierno, ¿por qué no hallar sufrimientos más suaves en los cantos del ruiseñor, los perfumes de las flores, el rumor de las fuentes, o en las afecciones puramente morales? Homero y Osián han cantado los *placeres del dolor*.

Otro origen de poesía, inherente al purgatorio, es el dogma que nos enseña que las oraciones y buenas obras de los mortales aceleran la salvación de las almas. ¡Admirable es este comercio que se establece entre el hijo vivo y el padre difunto, entre la madre y la hija, entre el esposo y la esposa, entre la vida y la muerte! ¡Qué delicados sentimientos se encierran en esta doctrina! Mi virtud, aunque mísero mortal, es un patrimonio común a todos los cristianos; y así como me he visto envuelto en la culpa de Adán, mi justicia refluirá en beneficio de mis hermanos. ¡Poetas cristianos! Los ruegos de nuestros Nisos alcanzarán a un Euriale más allá del sepulcro; vuestros ricos podrán repartir lo superfluo con el pobre; y además del

1. Alguna huella de este dogma se encuentra en Platón y en la doctrina de Zenón (Véase Dióg., LAMR.).

placer que hallarán en esta sencilla y agradable acción, Dios les recompensará sacando a sus padres y madres de un lugar de penas. Es cosa que complace ver que se ha obligado al corazón del hombre a la práctica de la virtud, mediante el atractivo del amor, y pensar que la misma moneda que da el pan de momento al desvalido, concede tal vez a un alma un eterno puesto en la mesa del Señor.

XVI

EL PARAÍSO

El rasgo que distingue esencialmente el *Paraíso* del *Eliseo*, es que en aquél las almas santas habitan el cielo con Dios y los ángeles, al paso que en éste las sombras felices están separadas del Olimpo. El sistema filosófico de Platón y de Pitágoras, que divide el alma en dos esencias, la *carne sutil* que vuela hasta la luna, y el *espíritu*, que sube hasta la Divinidad; este sistema, decimos, no es de nuestra competencia, puesto que sólo hablamos de la teología poética. En muchos lugares de nuestra obra hemos hecho ver la diferencia que existe entre la felicidad de los elegidos y la de los manes del Eliseo. Una cosa es vivir entre danzas y festines, y otra conocer la naturaleza de las cosas, leer el porvenir, ver la revoluciones de las esferas, y hallarse como asociado a la omnisciencia, si no a la omnipotencia de Dios. Es, no obstante, extraordinario que con tantas ventajas los poetas cristianos se hayan mostrado tan inferiores en la pintura del cielo. Unos han pecado por timidez, como el Taso y Milton; otros por excesivo esfuerzo, como Dante; éstos por abuso de la filosofía, como Voltaire; aquéllos por profusión, como Klopstock¹. Ocúltase en este asunto un escollo, sobre el que aventuraremos algunas conjeturas. Es innato en el hombre no simpatizar sino con las cosas que tienen relaciones con él, y que le impresionan bajo cierto concepto, como por ejemplo, el infortunio. El cielo, mansión de una felicidad sin tér-

mino, es harto superior a la condición humana, para que el alma no mire con cierta indiferencia la felicidad de los elegidos, pues el hombre no se interesa por unos seres enteramente felices. Por esta razón, los poetas han brillado más en la descripción de los infiernos, porque a lo menos se ve en ellos la humanidad, toda vez que los tormentos de los condenados nos traen a la memoria las penalidades de nuestra vida. Compadecemos los infortunios ajenos a imitación de los esclavos de Aquiles, que al derramar copiosas lágrimas sobre el cadáver de Patroclo, lloraban en secreto sus propios infortunios.

Para evitar la frialdad que resulta de la eterna y siempre uniforme felicidad de los justos, pudiera intentarse establecer en el cielo alguna esperanza, alguna vislumbre de una felicidad mayor, o de una época desconocida en la revolución de los seres; pudiera hacerse un recuerdo más frecuente de las cosas humanas, ya por medio de comparaciones, ya prestando afectos y aun pasiones a los elegidos: la Escritura nos habla de las *esperanzas* y de las *santas tristezas* del cielo. ¿Por qué, pues, no suponer en el Paraíso lágrimas del género que los santos pueden verter¹? Merced a estos diferentes recursos, haríanse nacer no pocas armonías entre nuestra limitada naturaleza y una constitución más sublime; entre nuestros rápidos fines y las cosas eternas; así, nos sentiríamos menos inclinados a mirar como una ficción una felicidad que, en el mero hecho de parecerse a la nuestra, tendría alternativas de fruiciones y de lágrimas.

En vista de estas consideraciones acerca del uso de lo *maravilloso* cristiano en la poesía, puede a lo menos dudarse que lo *maravilloso* del paganismo tenga sobre aquél una ventaja tan grande como generalmente se ha supuesto. Colócase siempre a Milton con sus defectos, frente a Homero con sus bellezas; pero supongamos que el cantor del Edén hubiese nacido en Francia, en el siglo de Luis XIV, y que hubiese unido

1. Resulta muy extraño que Chapelain, que ha creado coros de mártires, de vírgenes y de apóstoles, sólo haya situado el paraíso cristiano en su verdadero día.

1. Milton ha recogido esta idea, en cuanto que representa a los ángeles consternados por la nueva de la caída del hombre; y Fenelón da la misma expresión de piedad a las sombras dichosas.

a la natural elevación de su genio, el gusto de Racine y el de Boileau; pues bien, ¿qué no hubiera sido en tal caso el *Paraíso perdido*? ¿Lo maravilloso de este poema no hubiera igualado al de la *Iliada* y la *Odissea*? Si juzgásemos de la mitología por la *Farsalia*, y aun por la *Eneida*, ¿tendríamos la brillante idea que de ella nos ha dejado el padre de las Gracias, el inventor del ceñidor de Venus? Cuando poseamos sobre un asunto cristiano una obra tan perfecta como lo son en su género las de Homero, podremos decidírnos en favor de lo *maravilloso* de la fábula o de lo *maravilloso* de nuestra religión: hasta entonces nos será permitido dudar de la verdad de este precepto de Boileau:

De la foi d'un chrétien les mystères terribles
D'ornements égayés ne sont point susceptibles.
(*Art. poét.*, chap. III.)

Por lo demás, podíamos prescindir de poner al cristianismo en parangón con la mitología, bajo el mero aspecto de lo *maravilloso*, puesto que sólo hemos entrado en este examen por superabundancia de medios, y para poner de manifiesto los recursos de nuestra causa. Hubiéramos podido orillar la cuestión de una manera sencilla y concluyente; porque, aunque fuese tan cierto, como es dudoso, que el cristianismo no pudo brindar un *maravilloso* tan rico como el de la fábula, siempre resultaría la verdad de que tiene cierta poesía del alma, cierta imaginación del corazón, de que ningún indicio se halla en Mitología. Por consiguiente, las interesantes bellezas que brotan de este manantial constituirían, por sí solas, una cumplida compensación a las ingeniosas mentiras de la antigüedad.

Todo es máquina y resortes, todo es exterior, todo está hecho para los ojos en los cuadros del paganismo; todo es sentimiento e idea, todo es interior, todo ha sido creado para el alma en las pinturas de la religión cristiana. ¡Qué encanto de meditación! ¡Qué profundidad de pensamientos! Hay más delicia en una de esas lágrimas que el cristianismo hace derramar al fiel, que en to-

dos los risueños errores de la mitología. Con una *Nuestra Señora de los Dolores*, una *Madre de Misericordia* y algún santo obscuro, patrono del ciego y del huérfano, puede un autor escribir una página más tierna que con todos los dioses del Panteón. ¡Aquí hay *poesía*! ¡Aquí hay *maravilloso*! Pero si queréis un *maravilloso* más sublime, contemplad la vida y los dolores de Jesucristo, y acordaos de que vuestro Dios se ha llamado *Hijo del Hombre*. Nos atrevemos a predecirle: vendrá un tiempo en que causará admiración que los hombres hayan podido desconocer las bellezas que existen sólo en los nombres, sólo en las palabras del cristianismo; costará trabajo comprender cómo se ha podido hacer escarnio de esta religión, de la razón, y de la adversidad.

Aquí terminan las relaciones directas del cristianismo con las musas, pues hemos acabado de considerarlo *poéticamente* en sus relaciones con los *hombres*, y con los *seres sobrenaturales*. Coronaremos lo que hemos dicho sobre el particular con un examen general de la Escritura: fuente de donde Milton, Dante, el Taso y Racine han sacado parte de sus maravillas, como los poetas de la antigüedad tomaron de Homero sus más brillantes rasgos.

LIBRO QUINTO

La Biblia y Homero.

I

DE LA ESCRITURA Y DE SU EXCELENCIA

Es, en verdad, una obra digna de atención la que empieza en el Génesis y concluye en el Apocalipsis; que se anuncia con el estilo más claro y termina con el lenguaje más figurado. ¿No pudiera decirse que todo es grande y sencillo en Moisés, como la creación del mundo y la inocencia de los hombres primitivos que nos pinta, y que todo es terrible y sobrenatural en el último pro-

1. De la fe de un cristiano los misterios terribles—de ornatos divertidos no son susceptibles. (*N. del T.*)

feta, como las corrompidas sociedades y el fin del mundo que nos representa?

Las producciones más extrañas a nuestras costumbres, los libros sagrados de las naciones infieles, los Zendavesta de los parsis, el Veidam de los bracmanes, el Alcorán de los turcos, los Edda de los escandinavos, las máximas de Confucio y los poemas sánscritos, no nos causan sorpresa alguna, porque hallamos en ello la serie de las ideas humanas, y tienen entre sí recíprocos puntos de contacto, ya en la forma, ya en la esencia. Sólo la Biblia no se parece a ningún otro libro; es un monumento aislado de los demás. Explicadla a un tártaro, a un cafre, a un canadiense: ponedla luego en manos de un bonzo o de un derviche, y su asombro será igual. ¡Hecho que parece milagroso! Veinte autores que vivían en épocas muy distantes entre sí, han trabajado en los libros santos, y aunque han empleado veinte estilos diferentes, estos estilos, inimitables siempre, no se hallan en ninguna composición. El Nuevo Testamento, tan diferente del Antiguo por el tono, se asemeja no obstante a él en esta asombrosa originalidad.

No es ésta la única circunstancia extraordinaria que los hombres convienen en hallar en la Escritura: los que niegan su asenso a la autenticidad de la Biblia, creen, sin embargo, a su pesar, en algo de ella. Deístas y ateos, grandes y pequeños, atraídos por cierta cosa desconocida, no dejan de hojear incesantemente esa obra, admirada por unos y denigrada por otros. No hay una situación en la vida para la cual no pueda hallarse en la Biblia un versículo que parezca dictado al intento. Difícil será persuadirnos de que todos los acontecimientos posibles, ya prósperos, ya adversos, hayan sido previstos con todas sus consecuencias en un libro escrito por mano humana. Así, pues, es cierto que se encuentran en la Escritura:

El origen del mundo y el anuncio de su fin;

La base de las ciencias humanas;

Los preceptos políticos, desde el gobierno del padre de familia hasta el despotismo; desde la edad pastoril hasta el siglo de corrupción;

Los preceptos morales aplicables a la

prosperidad y al infortunio, a las condiciones más elevadas y a las más humildes.

Finalmente, toda clase de estilos; estilos que, formando un cuerpo único de cien diferentes fragmentos, no tienen semejanza alguna con los estilos de los hombres.

II

DE CÓMO HAY TRES ESTILOS PRINCIPALES EN LA ESCRITURA

Entre estos estilos divinos, hay tres principalmente, muy importantes:

1.º El estilo histórico, como el del Génesis, del Deuteronomio, de Job, etc.;

2.º La poesía sagrada, tal como existe en los Salmos, en los Profetas, en los tratados morales, etc.;

3.º El estilo evangélico.

El primero de estos tres estilos imita con un encanto que no puede encarecerse, ya la narración de una epopeya, como en la aventura de José, ya afecta los movimientos de la oda, como después del paso del Mar Rojo; aquí suspira las elegías del santo árabe, allí canta con Rut tiernas bucólicas. Todos los pasos del pueblo de Israel están señalados por grandes fenómenos; por este pueblo se detiene el sol, la roca despidе agua, y el cielo envía el maná; ese pueblo no podía tener fastos ordinarios. Las formas conocidas cambian respecto a él; sus revoluciones se refieren alternativamente con la trompeta, la lira y el caramillo; el mismo estilo de su historia es un milagro continuo que patentiza la verdad de los milagros cuya memoria perpetúa.

La Biblia llena el ánimo de asombro desde el principio hasta el fin. ¿Hay algo comparable a las primeras líneas del Génesis? La sencillez de su lenguaje, en razón inversa de la magnificencia de los hechos, nos parece el último esfuerzo del genio:

In principio creavit Deus cælum et terram.

Terra autem erat inanis et vacua, et tenebræ erant super faciem abyssi; et spiritus Dei ferebatur super aquas.

Dixitque Deus: Fiat lux. Et facta est

*lux. Et vidit Deus lucem quod esset bona: et divisit lucem a tenebris*¹.

No puede explicarse en qué consiste la hermosura de semejante estilo; y si alguno lo criticase, no se acertaría a responderle. Nos limitaremos a observar que Dios, que ve la luz, y que, contento como un *hombre*, de su obra, se felicita a sí mismo por parecerle buena, es uno de esos rasgos que no pertenecen a la serie de las cosas humanas; esto no entra naturalmente en la esfera del espíritu del hombre. Homero y Platón, que hablan de los dioses con tanta sublimidad, nada tienen que pueda compararse con esta imponente sencillez. Dios descende al lenguaje de los hombres, para hacerles comprender sus maravillas; pero siempre es Dios.

Cuando se reflexiona que Moisés es el más antiguo historiador del mundo; cuando se recapacita que ninguna fábula intercaló en sus narraciones; cuando se le considera como el libertador de un gran pueblo, como el autor de una de las más hermosas legislaciones conocidas, y como el escritor más sublime que han visto los tiempos; cuando se le ve flotar en su cuna de mimbres sobre el Nilo, ocultarse luego en los desiertos por espacio de muchos años, presentarse más tarde, dividir el mar, hacer brotar de un peñasco aguas vivas, hablar con Dios en la nube, y al fin desaparecer en la cima de una montaña, se experimenta una extraordinaria admiración. Mas, cuando se considera bajo el punto de vista cristiano que, la historia de los israelitas, no sólo es la historia de los antiguos días, sino también la figura de los tiempos modernos, que cada hecho es doble y contiene en sí mismo *verdad histórica y un misterio*; que el pueblo judío es un resumen simbólico de la raza humana, que representa en sus anales todo lo que ha sucedido y todo lo que ha de suceder en el Universo; que Jerusalén debe ser tomada siempre por otra ciudad, Sión por otra montaña, la Tierra Prometida por otra

tierra, y la vocación de Abrahán por otra vocación; cuando se medita que el hombre *moral* está oculto también en esta historia bajo el hombre *físico*; que la caída de Adán, la sangre de Abel, la desnudez cubierta de Noé y la maldición de este padre contra su hijo, se manifiestan aún hoy en el parto doloroso de la mujer, en la miseria y el orgullo del hombre, en los ríos de sangre que inundan el globo desde el fratricidio de Caín, en las razas malditas descendientes de Cam, que habitan una de las más hermosas comarcas de la tierra¹; por último, cuando se ve al hijo prometido a David venir al punto nombrado a restablecer la verdadera moral y la verdadera religión, reunir todos los pueblos, y substituir el sacrificio del hombre anterior a los holocaustos de sangre, faltan entonces palabras, o nos sentimos inclinados a exclamar con el Profeta: «Dios es nuestro rey ante todos los tiempos.» *Deus autem rex noster ante sæcula.*

En Job toma el estilo histórico de la Biblia el tono de la elegía, como ya hemos dicho. Ningún escritor ha llevado la tristeza del alma al grado a que la elevó este santo árabe, ni aun Jeremías, *único que puede igualar las lamentaciones a los dolores*, como dice Bossuet. Es verdad que las imágenes tomadas de la Naturaleza meridional, las arenas ardientes del desierto, la palmera solitaria y la montaña estéril, se adaptan maravillosamente al lenguaje y a los sentimientos de un corazón desgraciado; pero en la melancolía de Job se advierte cierto sello sobrenatural. El hombre *individual*, por miserable que sea, no puede hacer exhalar a su alma tales suspiros. Job es la figura de la *humanidad doliente*, y el escritor inspirado ha encontrado bastantes lamentos para la multitud de los males esparcidos entre la raza humana. Además, como en la Escritura todo tiene una relación final con la Nueva Alianza, pudiera creerse que las elegías de Job se destinaban también para los días de luto de la Iglesia de Jesucristo: Dios hacía componer a sus profetas cánticos fúnebres, dignos de los difuntos cristianos, dos mil años

1. En el principio crió Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas.
Y dijo Dios: Sea la luz: y fué la luz.
Y vió Dios que la luz era buena: y apartó Dios la luz de las tinieblas. (N. del T.)

1. Los negros.

antes que estos sagrados difuntos hubiesen conquistado la vida eterna.

«¡Ojalá no hubiese brillado el día en que nací y la noche en que fué dicho: «¡Ha sido concebido un hombre ¹!»

¡Extraordinaria manera de condolerse! Sólo la Escritura se expresa en estos términos.

«Dormiré en el silencio, y descansaré en mi sueño ².»

La frase *descansaré en mi sueño*, es admirable; decid *el sueño*, y todo desaparecerá. Bossuet dijo: *Dormid VUESTRO sueño, ricos de la tierra; y permaneced en VUESTRO polvo* ³.

«¡Por qué han recibido la luz el miserable, y la vida los que gimen en la amargura del corazón ⁴?»

Nunca han hecho salir más doloroso grito de sus profundidades las entrañas del hombre.

«El hombre, nacido de la mujer, vive poco tiempo y está lleno de muchas miserias ⁵.»

La circunstancia *nacido de la mujer*, es una redundancia magnífica: todas las enfermedades del hombre se ven en las de su madre. El estilo más rebuscado no pintaría la vanidad de la vida con la misma fuerza que estas palabras. «*Vive poco tiempo, y está lleno de muchas miserias.*»

Por lo demás, todos conocen el pasaje en que Dios se digna justificar su poder ante Job, confundiendo así la razón humana; por esta causa no hablamos aquí de él.

El tercer carácter sobre que nos resta considerar el estilo *histórico* de la Biblia, es el carácter pastoral; pero tendremos ocasión de hablar de él con alguna extensión en los dos capítulos siguientes.

Por lo que respecta al segundo estilo general de las santas letras, esto es, la *poesía sagrada*, conceptuamos superfluo detenernos en este punto, ampliamente

tratado por multitud de críticos. ¿Quién no ha leído los coros de *Ester* y de *Atalia*, y las odas de Rousseau y Malherbe? El tratado del doctor Lowth es conocido de todos los literatos, y La Harpe ha publicado en prosa una apreciable traducción del Salmista.

El tercero y último estilo de los Libros Santos es el del *Nuevo Testamento*. La sublimidad de los profetas se cambia aquí en una ternura no menos sublime; aquí habla el amor divino; aquí el *Verbo* se *hace* realmente *carne*. ¡Qué unción! ¡Qué sencillez!

Cada evangelista tiene un carácter particular, excepto San Marcos, cuyo Evangelio parece un compendio del de San Mateo. No obstante, San Marcos era discípulo de San Pedro, y muchos creen que escribió dictado por el príncipe de los apóstoles, siendo digno de notarse que refirió también la falta de su maestro. Parécenos un tierno y sublime misterio que Jesucristo haya escogido por cabeza de su Iglesia precisamente al único de sus discípulos que renegó de Él. Todo el espíritu del cristianismo se encierra aquí: San Pedro es el Adán de la nueva ley; es el padre culpable y arrepentido de los nuevos israelitas; su caída nos enseña además que la religión cristiana es una religión de misericordia, y que Jesucristo estableció su ley entre los hombres, sujetos a error, no tanto por la inocencia como por el arrepentimiento.

El Evangelio de San Mateo es precioso por su moral. Es ese apóstol quien nos ha transmitido el mayor número de esos preceptos en sentimientos que brotaban con tanta abundancia de las entrañas de Jesucristo.

San Juan es más dulce y tierno. Reconócese en él al *discípulo amado de Jesús*, al discípulo que éste quiso tener a su lado en el huerto de los Olivos, durante su agonía. ¡Distinción sublime, sin duda! Porque sólo el amigo de nuestra alma es digno de entrar en el misterio de nuestros dolores. Juan fué también el único apóstol que acompañó al Hijo del Hombre hasta la cruz, en la cual el Salvador le legó su madre. *Mulier, ecce Filius tuus; deinde dixit discipulo: Ecce Mater tua.* ¡Palabras celestiales e inefables! El discípulo ama-

1. Job, cap. III, v. 3.

2. Job, v. 13.

3. Orais. fun. du chancelier Le Tellier.

4. Job, cap. III, v. 20.

5. Id., cap. XIV, v. 1.

do, que había dormido sobre el seno de su Maestro, había conservado una imagen indeleble de él, y fué el primero que lo reconoció después de su resurrección. El corazón de Juan no pudo equivocarse las facciones de su divino amigo, y su fe procedió de su caridad.

Por lo demás, el espíritu de todo el Evangelio de San Juan se encierra en la máxima que repetía en su vejez : este apóstol, lleno de días y de buenas obras, no pudiendo ya dirigir largos discursos al nuevo pueblo, que había educado para Jesucristo, se contentaba con decirle : *Hijos míos, amaos los unos a los otros.*

San Jerónimo dice que San Lucas era médico, profesión tan noble y estimada en la antigüedad, y su Evangelio es la medicina del alma. El lenguaje de este apóstol es puro y elevado, y se echa de ver en él que era hombre versado en las letras y que conocía los hechos y los hombres de su tiempo. Empieza su relación a la manera de los historiadores antiguos, y se cree oír a Herodoto :

«1.º Como muchos han empezado a escribir la historia de las cosas que han ocurrido entre nosotros ;

»2.º Siguiendo la narración que de ellas nos han hecho los que las han visto desde el principio con sus propios ojos, y que han sido los ministros de la palabra ;

»3.º He creído que debía también, carísimo Teófilo, después de haber sido exactamente informado de todas estas cosas, desde su principio, escribirte por orden toda la historia.»

Tan grande es hoy nuestra ignorancia, que acaso hay *hombres de letras* que se admirarán de saber que San Lucas fué un eminente escritor, cuyo Evangelio respira el genio de la antigüedad griega y hebrea. ¿Hay algo más hermoso que todo el fragmento que precede al nacimiento de Jesucristo?

«Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote, llamado Zacarías, de la sangre de Abías ; y su mujer, de las hijas de Aarón, llamada Elisabet.

»Ambos eran justos en presencia de Dios... No tenían hijos, porque Elisabet era estéril, y ambos avanzados en días.»

Zacarías ofrece un sacrificio ; un ángel se le *aparece en pie al lado del altar de los perfumes*, y le predice que tendrá un hijo llamado Juan, que será el precursor del Mesías, *y que reunirá el corazón de los padres y de los hijos*. El mismo ángel se apareció luego a una doncella que vivía en Israel, y le dijo :

«¡Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo.» María *se dirige a las montañas de Judea* ; encuentra a Elisabet, y el niño que ésta llevaba en su seno se estremece de gozo a la voz de la virgen que debía dar a luz al Salvador del mundo. Elisabet, llena súbitamente del Espíritu Santo, alza la voz y exclama : «Bendita tú entre todas las mujeres, bendito el fruto de tu vientre.

»¿De dónde me procede la dicha de que la madre de mi Salvador venga a visitarme?

»Porque, cuando me has saludado, no bien ha llegado tu voz a mi oído, mi hijo se ha estremecido de júbilo en mi seno.»

María entona entonces el magnífico cántico : «¡Oh alma mía, glorifica al Señor !»

Sigue a esto la historia del pesebre y de los pastores. *Gran multitud del ejército celestial* canta durante la noche : *¡Gloria al Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!* Palabras dignas de los ángeles, y que son el epítome de la religión cristiana.

Creemos conocer un poco la antigüedad, y nos atrevemos a asegurar que sería preciso consultar mucho tiempo los ingenios más brillantes de Grecia y Roma antes de hallar cosa alguna tan sencilla y maravillosa a la vez.

Cualquiera que lea el Evangelio con un poco de atención, descubrirá a cada paso en él cosas admirables, que pasan al pronto desapercibidas en razón de su extremada sencillez. San Lucas, por ejemplo, que al hablar de la genealogía de Cristo, se remonta hasta el origen del mundo, al llegar a las primeras generaciones, y al continuar nombrando las razas, dice : *Cainam qui fuit Henos, qui fuit Seth, qui fuit Adam, qui fuit Dei*. Las simples palabras *qui fuit Dei*, intercaladas aquí sin comentarios ni re-

flexiones, para referir la creación, el origen, la naturaleza, los fines y el misterio del hombre, nos parecen eminentemente sublimes.

La religión del Hijo de María es como la esencia de las diferentes religiones, o lo que éstas encierran de más celestial. En algunas palabras pueden pintarse el carácter del estilo evangélico: es un tono de autoridad paternal, mezclado con cierta indulgencia fraternal y cierta consideración a un Dios que se dignó hacerse hijo y hermano de los hombres, para rescatarnos.

Por otra parte, cuanto más se leen las Epístolas de los Apóstoles, especialmente las de San Pablo, más crece el asombro: no se sabe quién es este hombre que dice familiarmente, en una especie de discursos vulgares, palabras sublimes, dirigiendo las más profundas miradas al corazón humano, explicando la naturaleza del Ser supremo, y prediciendo el porvenir.

III

PARALELO ENTRE LA BIBLIA Y HOMERO. —TÉRMINOS DE COMPARACIÓN.

La Biblia ha sido objeto de tantos escritos y comentarios, que el único medio que quizá resta hoy para dar a conocer sus bellezas, es compararla con los poemas de Homero. Consagrados por los siglos, estos poemas han recibido del tiempo una santidad que justifica el paralelo y aleja toda idea de profanación. Si Jacob y Néstor no son de una misma familia, a lo menos entrambos pertenecen a los primeros días del mundo, y se advierte que sólo media un paso entre los palacios de Pilos y las tiendas de Ismael.

Bajo qué aspecto la Biblia es más hermosa que Homero; cuáles son las semejanzas y las diferencias que existen entre ella y las obras de este poeta: he aquí lo que nos proponemos examinar en estos capítulos. Examinemos estos monumentos, que, a manera de dos columnas solitarias, están colocados a la puerta del templo del genio, formando su sencillo peristilo.

Desde luego es un hecho bastante cu-

rioso ver luchar de frente las dos lenguas más antiguas del mundo; lenguas en que Moisés y Licurgo promulgaron sus leyes, y Píndaro y David cantaron sus himnos.

El hebreo, conciso, enérgico y casi sin inflexión en sus verbos, expresando veinte matices del pensamiento por la mera adición de una letra, anuncia el idioma de un pueblo que por medio de una notable alianza unió a la primitiva sencillez un profundo conocimiento de los hombres.

El griego presenta en sus complicadas conjugaciones, en sus inflexiones, en su difusa elocuencia, una nación de genio imitativo y sociable, una nación graciosa y vana, melodiosa y pródiga de palabras.

Cuando el hebreo quiere componer un verbo, bástale conocer las tres letras radicales que forman en el singular la tercera persona del pretérito; y tiene al punto todos los tiempos y modos, añadiendo algunas letras *serviles*, antes, después, o entre las tres letras radicales.

Mucho más embarazosa es la índole del idioma griego. Es preciso atender en él a la *característica*, a la *terminación*, al *aumento*, y a la *penúltima* de ciertas personas de los tiempos de los verbos; cosas todas tanto más difíciles de conocer, cuanto que la *característica* se pierde, se traspone o se carga de una letra desconocida, según la letra misma delante de la cual se halla.

Las dos conjugaciones hebraica y griega, aquélla tan sencilla y breve, ésta tan compuesta y larga, parecen presentar el sello del espíritu y de las costumbres de los pueblos que las han formado: la primera indica el lenguaje conciso del patriarca que va solo a visitar a su vecino al pozo de la palmera; la segunda trae a la memoria la prolija elocuencia del pelasgo que se presenta a la puerta de su huésped.

Si se toma al acaso algún substantivo griego o hebreo, se descubrirá aún mejor el genio de entrambos idiomas. *Nesher* significa en hebreo *águila*: derivase del verbo *shur*, *contemplar*, porque el águila mira de frente al sol.

Águila, en griego, es *aitós*, es decir, *vuelo rápido*.

Ahora bien: Israel fijó su atención en la propiedad más sublime del águila; vióla posar inmóvil sobre la cumbre de la montaña, y mirar al astro del día cuando torna a mostrarse en Oriente.

Atenas sólo vió el vuelo del águila, su fuga impetuosa y el movimiento que tanto se adaptaba al propio movimiento del genio griego. Tales son precisamente esas imágenes de *sol*, de *fuego*, de *montañas*, con tanta frecuencia usadas en la Biblia; y esas pinturas de *ruidos*, de *carreras*, de *pasos*, tan multiplicados en Homero.

Nuestros términos de comparación serán:

La sencillez.

La antigüedad de las costumbres.

La narración.

La descripción.

Las comparaciones o las imágenes.

Lo sublime.

Examinemos el primer término.

1.º *La sencillez.*

La sencillez de la Biblia es más breve y grave; la de Homero más larga y risueña.

La primera es sentenciosa, y repite las mismas locuciones para expresar cosas nuevas.

La segunda se extiende en palabras, y repite con frecuencia en las mismas frases lo que ya acaba de decir.

La sencillez de la Escritura es la de un antiguo sacerdote que, lleno de ciencia divina y humana, dicta desde el fondo del santuario los precisos oráculos de la sabiduría.

La sencillez del poeta de Quío es la de un viejo orador que narra, al calor del hogar de su huésped, lo que ha aprendido en el discurso de una vida larga y aventurera.

2.º *La antigüedad de las costumbres.*

Los hijos de los pastores de Oriente guardan rebaños, como los hijos de los reyes de Ilión; pero cuando Paris vuelve a Troya, habita un palacio, entre esclavos y placeres.

Una tienda, una mesa frugal, y unos criados rústicos: he aquí lo que espera a los hijos de Jacob en la casa paterna.

Cuando se presenta un huésped en la morada de un príncipe de Homero, algunas mujeres, y algunas veces la mis-

ma hija del rey, conducen al *extranjero* al baño. Rodéasele de perfumes, preséntasele agua en aljofainas de oro y plata, cúbresele con un manto de púrpura, condúcesele a la sala del festín, y se le invita a sentarse en un artístico sillón de marfil, enriquecido con un bello escabel. Los esclavos mezclan vino y agua en las copas, y le presentan los dones de Ceres en un canastillo. El señor del lugar le sirve los succulentos lomos de la víctima, de la que hace una parte cinco veces mayor que la de los demás. Reina en la mesa ingenua alegría; la abundancia ha substituído al hambre, y, terminado el banquete, ruégase al extranjero que narre su historia. Por último, a su partida, hácesele ricos presentes, por humilde que haya podido parecer su equipaje, porque todos creen que es un dios, disfrazado bajo aquellos vestidos, que ha venido a sorprender el corazón de los reyes, o bien un hombre que ha caído en el infortunio, y es, en este concepto, el favorito de Júpiter.

En la tienda de Abraham, la recepción es muy diferente. El patriarca sale al encuentro de su huésped, le saluda, y luego adora a Dios. Los jóvenes vecinos llevan sus camellos, y las jóvenes dan de beber a éstos. Lávase los pies al *viajero*, que se sienta en el suelo, y come en silencio los manjares que le presenta la hospitalidad. Nadie se informa de su historia, ninguna pregunta se le dirige; permanece allí, o prosigue su camino, a su albedrío. A su partida, se contrae alianza con él, y se levanta la piedra del testimonio; altar que debe decir a los siglos venideros que dos hombres de los antiguos días se encontraron en el camino de la vida, y que, después de haberse tratado como hermanos, se separaron para nunca tornar a verse, y para interponer dilatadas regiones entre sus tumbas.

Adviértase que el huésped desconocido es un *extranjero* en Homero, y un *viajero* en la Biblia. ¡Cuán diferente manera de considerar la humanidad! En lo que el griego consigna únicamente una idea política y local, establece el hebreo su sentimiento moral y universal.

En Homero, los actos de la vida civil

se desempeñan con estrépito y ostentación: un juez, sentado en medio de la plaza pública, pronuncia en alta voz sus sentencias; Néstor hace sacrificios o arenga a los pueblos, a orillas del mar; una boda tiene antorchas, epitalamios y coronas colgadas a las puertas; un ejército o todo un pueblo asisten a los funerales de un rey; un juramento se hace en nombre de las Furias, con terribles imprecaciones, etc., etc.

Jacob, sentado al pie de una palmera, a la entrada de su tienda, administra justicia a sus pastores. «Pon la mano sobre mi muslo¹, dice Abrahán a su criado, y jura que irás a Mesopotamia.» Dos palabras bastan para concluir un matrimonio, a orillas de una fuente. El doméstico trae la prometida al hijo de su amo, o el hijo de éste se obliga a guardar por espacio de siete años los rebaños de su suegro, para obtener su hija. Un patriarca es conducido por sus hijos, después de su muerte, a la cueva de sus padres, en el campo de Efrón. Estas costumbres son aún más antiguas que las homéricas, porque son más sencillas; y tienen también una calma y una gravedad de que éstas carecen.

3.º La narración.

La narración de Homero está interrumpida por digresiones, discursos, descripciones de vasos, trajes, armas y cetos, y por genealogías de hombres y de cosas. Los nombres propios están recargados de epítetos; pocas veces deja un héroe de ser *divino semejante a los inmortales*, u *honrado por los pueblos cual un dios*. Una princesa tiene siempre *hermosos brazos*; es siempre como *el tallo de la palmera de Delos*, y debe su cabellera a *la más joven de las Gracias*.

La narración de la Biblia es rápida, sin digresiones ni discursos; está sembrada de sentencias, y los personajes se nombran en ella sin lisonjas. Los nombres se repiten innumerables veces, siendo reemplazados muy pocas por el pronombre; circunstancia que, unida al uso frecuente de la conjunción y, anun-

cia en esta sencillez una sociedad mucho más cercana al estado natural que la pintada por Homero. El amor propio figura ya en los nombres de la *Odisea*, mas no se ha desarrollado aún en los del Génesis.

4.º La descripción.

Las descripciones de Homero son largas, ya pertenezcan al carácter tierno o al terrible, ya al triste o al ameno, ya al fuerte o al sublime.

La Biblia no tiene generalmente en todos sus géneros sino un solo rasgo; pero este rasgo es culminante, y pone el objeto a la vista.

5.º Las comparaciones.

Las comparaciones homéricas se prolongan por medio de circunstancias incidentales, que producen el efecto de unos pequeños cuadros suspendidos en derredor de un edificio, para distraer la vista de la elevación de las bóvedas, atrayéndola a escenas de paisajes y de costumbres campestres.

Las comparaciones bíblicas se expresan, por lo regular, en pocas palabras: son un león, un torrente, una tempestad, un incendio que ruge, cae, devasta, devora. No obstante, conoce también las comparaciones circunstanciadas, pero en estos casos adopta un giro oriental, y personifica el objeto, como el orgullo en el cedro, etc.

6.º Lo sublime.

Finalmente, lo sublime en Homero procede ordinariamente del conjunto de las partes; y llega por grados a su término.

En la Biblia es casi siempre inespereado, brilla como un relámpago sobre el lector; éste queda como humeante y surcado por el rayo, antes de saber cómo ha sido herido por él.

En Homero, lo sublime se compone además de la magnificencia de las palabras, siempre en armonía con la majestad del pensamiento.

En la Biblia, por el contrario, el más elevado sublime procede, por lo regular, de un contraste entre la grandeza de la idea y la pequeñez, y también en ciertos casos, de la trivialidad de la palabra que sirve para expresar. De aquí resulta que el alma experimenta una conmoción, un estremecimiento increíbles, porque cuando, exaltado por el pensa-

1. *Femur meum*. Esta práctica de jurar por la generación de los hombres, es una ingenua imagen de las costumbres de los primeros días del mundo, cuando la tierra tenía aún inmensos desiertos y el hombre era para el hombre lo que había de más querido y de más grande. Los griegos conocieron también este uso, como puede verse en la *Vida de Crates*. Diósc. LAERT., lib. vi.

miento, el espíritu se lanza a las más altas regiones, la expresión, lejos de sostenerlo, le deja caer súbitamente del cielo a la tierra, y le precipita del seno de Dios al barro de este mundo. Este género de sublime, el más impetuoso de todos, conviene especialmente a un Ser inmenso y formidable, que abraza a la vez todas las cosas, así las más grandes como las más pequeñas.

IV

CONTINUACIÓN DEL PARALELO ENTRE LA BIBLIA Y HOMERO.—EJEMPLOS.

Algunos ejemplos acabarán ahora de dilucidar este paralelo. Al efecto, seguiremos el orden inverso de nuestras primeras bases, es decir, que empezaremos por los pasajes de que puedan tomarse rasgos cortos y aislados (como lo sublime y las comparaciones), para concluir por la sencillez y la antigüedad de las costumbres.

Hay en la *Iliada* un pasaje notable por lo sublime; es aquel en que Aquiles, después de la muerte de Patroclo, se presenta inerme en los atrincheros griegos, aterrando con sus gritos a los batallones troyanos¹. La nube de oro que ciñe la frente del hijo de Peleo; la llama que se levanta sobre su cabeza; la comparación de esta llama con una hoguera encendida en la noche en lo alto de una torre sitiada, y los tres gritos de Aquiles, que esparcen tres veces el desorden en el ejército troyano: todo esto constituye esa sublimidad homérica que, como hemos dicho, se compone de la reunión de muchos accidentes hermosos y de la magnificencia de las palabras.

Véase aquí una sublimidad de muy diferente índole, y en que se advierte el movimiento de la oda en la exaltación del delirio:

«Profecía contra el valle de Visión.

»¿Por qué causa subes en tropel a los tejados?

»¡Ciudad llena de tumulto, ciudad llena de pueblo, ciudad triunfante! Tus hijos han

sido muertos, y no han sido muertos por la espada; no han caído por la guerra...

»El Señor os coronará con una corona de males, y os arrojará como una pelota en un campo ancho y espacioso. En él moriréis; y a esto quedará reducido el carro de vuestra gloria²»

¿A qué mundo desconocido nos lanza súbitamente el poeta! ¿A dónde nos lleva? ¿Quién habla y a quién se habla? El movimiento sigue al movimiento, y cada versículo es más admirable que el versículo anterior. La ciudad no es sino un conjunto de edificios, es una mujer o un personaje misterioso, porque no se determina su sexo. Sube a los tejados para sollozar; y el profeta, participando de su desorden, le dice, en singular: ¿Por qué subes? Y añade, en tropel, colectivo. «Os arrojará como una pelota en un campo espacioso, y a esto quedará reducido el carro de vuestra gloria»: he aquí una extraordinaria alianza de palabras y de poesía.

Homero tiene mil maneras sublimes de pintar una muerte violenta; pero la Escritura ha excedido a todas en estas solas palabras: «El primogénito de la muerte devorará su hermosura.»

El primogénito de la muerte, por decir la muerte más horrorosa, es una de esas figuras que sólo se encuentran en la Biblia. Ignórase a dónde ha ido a buscar esta idea el espíritu humano, pues los caminos que a esta sublimidad conducen son desconocidos³.

Asimismo llama la Escritura a la muerte el rey de los espantos; asimismo dice, hablando del perverso: «Ha concebido el dolor, y parido la iniquidad⁴».

Cuando el mismo Job quiere ensalzar la grandeza de Dios, exclama: «El infierno se muestra desnudo a sus ojos⁵; —él detiene las aguas en las nubes⁶; —él quita el tahalí a los reyes, y ciñe sus riñones con una cuerda⁶».

El adivino Teoclimeno queda estupefacto en el festín de Penélope al oír los siniestros presagios que les amenazan:

1. Is., cap. XII, v. 1-2, 18.

2. Job., cap. XVIII, v. 13. Hemos seguido el sentido del hebreo con la *Polyglota* de Jiménez de Cisneros, las versiones de Sanctes Pagnin, de Arius Montanus, etc. La Vulgata dice: la muerte primogénita (*primogenita mors*).

3. Id., cap. XV, v. 35.

4. Id., cap. XXVI, v. 6.

5. Id., cap. XVI, v. 12.

6. Job., cap., XII, v. 18.

«¡Ah, desventurados! ¿Qué funesto accidente os ha sobrevenido? ¿Qué tinieblas están esparcidas sobre vuestras cabezas, sobre vuestros semblantes y alrededor de vuestras débiles rodillas? Resuena un aullido, y las lágrimas inundan vuestras mejillas. Las paredes y los artesonados se ven manchados de sangre; esta sala y este vestíbulo están llenos de larvas que bajan al Erebo, a través de las sombras. El sol se oculta en el cielo, y la noche de los infiernos se levanta¹.»

Por formidable que sea esta sublimidad, es inferior a la visión del libro de Job :

«En el horror de una visión nocturna, y cuando el sueño aletarga más profundamente los hombres,

»Me sentí acometido de temor y estremecimiento, y el espanto penetró en mis huesos.

»Un espíritu pasó a mi vista, y los pelos de mi carne se erizaron de horror.

»Vi a aquel cuyo rostro no conocía. Aparecióseme un espectro, y oí una voz semejante a un ligero soplo².»

En este pasaje hay menos sangre, tinieblas y larvas que en Homero; pero ese *rostro desconocido* y ese *soplo ligero* son realmente más pavorosos.

Por lo que respecta a esa sublimidad que resulta del choque de una gran idea con una pequeña imagen, presentaremos un hermoso ejemplo al hablar de las comparaciones.

Si el cantor de Ilión pinta a un joven derribado por la lanza de Menelao, lo compara a un tierno olivo cubierto de flores, plantado en un vergel, lejos de los rayos del sol, entre el rocío y los céfiros; mas, de improviso, un viento impetuoso le derriba en el suelo natal, al borde de las aguas que prestaban fecunda savia a sus raíces. He aquí la larga comparación homérica, con estos encantadores detalles :

Καλόν, τηλεθδόν τὸ δὲ τε πνοαὶ δονέουσι
Παντοίων ἀνέμων, καὶ τε βρῦσι ἀνθεὶ λευκῇ³.

El lector cree oír los suspiros del viento en el tallo del tierno olivo : *Quam flatus motant omnium ventorum.*

La Biblia no tiene más que un rasgo para esta pintura : «el impío, dice, se marchitará como la tierna viña, como el olivo que deja caer su flor¹.»

«La tierra, exclama Isaías, vacilará como un hombre ebrio, y será trasladada como una tienda levantada para una noche².»

He aquí lo sublime en contraste. A la frase *será trasladada*, el espíritu queda suspenso y espera alguna grandiosa comparación, cuando el profeta añade : *como una tienda levantada para una noche*. Aquí vemos la tierra, que nos parece tan vasta, desplegada en los aires como una pequeña bandera, a continuación arrebatada por el *Dios fuerte* que la ha desplegado, y para quien la duración de los siglos es apenas como una noche rápida.

La segunda especie de comparación que hemos atribuido a la Biblia, esto es, la *larga* comparación, se halla también en Job :

«Veréis al impío húmedo antes de salir el sol, y ostentar su tallo en el jardín. Sus raíces se multiplican sobre un montón de piedras, y se afianzan en ellas; si se le arranca de su sitio, el mismo sitio en que estaba, le renunciará y le dirá : «¡No te he conocido³!»

¡Cuán admirable es esta comparación, o por mejor decir, esta figura! Así son renegados los protervos por esos corazones estériles, por ese *montón de piedras*, sobre que, en su culpable prosperidad, se arraigan locamente. Esos guijarros que se animan y hablan, presentan además una especie de personificación casi desconocida del poeta de la Jonia⁴.

Ezequiel, profetizando la ruina de Tiro, exclama : «Los bajeles temblarán, ahora que estás poseída de terror; y las islas se espantarán en el mar, viendo que nadie sale de tus puertas⁵.»

¿Hay algo más aterrador que esta imagen? El lector cree ver esta ciudad, tan comerciante y populosa un día, descollar aún con sus torres y edificios, mientras que ni un ser vivo pasea sus

¹ Odisca, lib. xx, v. 351-57.

² Job, cap. iv, v. 13, 14, 15, 16. Las palabras en cursiva indican los pasajes en que diferimos de Sacy.

³ Iliada, lib. xvii, v. 55-56. (N. del A.)

⁴ Bello eres y engalanan tu ramaje blancas flores, pero te ves agitado por el soplo de los vientos. (N. del T.)

¹ Job, cap. xv, v. 33.

² Is., cap. xxiv, v. 20.

³ Job, cap. viii, v. 16, 17, 18.

⁴ Homero ha hecho llorar a la ribera del Helesponto.

⁵ EZEQUIEL, cap. xxvi, v. 18.

calle solitarias, o sale de sus abandonadas puertas.

Citemos algunos ejemplos de narraciones, donde hallaremos reunidos el sentimiento, la descripción, la imagen, la sencillez y la antigüedad de las costumbres.

Los pasajes más célebres, los rasgos más conocidos y admirados en Homero, se hallan casi textualmente en la Biblia, y siempre con indisputable superioridad.

Ulises asiste al festín del rey Alcino, y Demodoco canta la guerra de Troya y los desastres de los griegos.

«Ulises, tomando en su poderosa mano una parte de su rico manto de púrpura, escondía en él su noble semblante, para ocultar a los feacios las lágrimas que de sus ojos brotaban. Cuando el cantor divino interrumpía sus versos, Ulises enjugaba su llanto, y tomando una copa, hacía libaciones a los dioses. Cuando Demodoco tornaba a sus cantos, excitado a continuarlos por los ancianos, a quienes encantaban sus palabras, Ulises volvía a cubrir su cabeza y a llorar ¹.»

Bellezas de este género son las que han asegurado de siglo en siglo a Homero el primer puesto entre los más eminentes genios. No obscurece, no, su memoria el haber sido vencido en cuadros de esta naturaleza por unos hombres que escribieron inspirados por Dios. Pero vencido queda, sin duda, de una manera que no permite el menor subterfugio a la crítica.

Los que vendieron a José, los mismos hermanos de este hombre poderoso, se acercan a él sin conocerle, y le llevan al joven Benjamín a quien había pedido ver.

«José les saludó, presentándoles un rostro afable, y les preguntó: «Vuestro padre, ese anciano de quien habláis, ¿vive todavía y goza de salud?»

«Ellos le respondieron: «Nuestro padre, tu servidor, vive todavía, y goza de salud»; e inclinándose profundamente, le adoraron.

«José levantó sus ojos y vió a Benjamín, su hermano, hijo de su madre Raquel, y les dijo: «¿Es éste el más joven de vuestros hermanos, de quien me habéis hablado? Hijo mío, añadió, pido a Dios que te sea siempre propicio.»

»Y se apresuró a salir, porque sus entrañas se habían conmovido al ver a su hermano, y no podía reprimir sus lágrimas; pasando, pues, a otro aposento, lloró.

»Y después de haberse lavado el rostro, volvió y, haciéndose violencia, dijo a sus servidores: «Servid la comida ¹.»

He aquí las lágrimas de José en oposición con las de Ulises; he aquí bellezas parecidas, y no obstante, ¡cuán diferente es su carácter patético! José, que llora en presencia de sus hermanos ingratos y del joven e inocente Benjamín; ese modo de pedir nuevas de un padre; esa adorable sencillez; esa mezcla de amargura y de dulzura, son inefables; las lágrimas arrasan los ojos, y se siente cierto impulso de llorar como José.

Ulises, oculto en casa de Eumeo, se da a conocer a Telémaco; sale de la vivienda del pastor, despójase de sus harapos, y recobrando su hermosura a un golpe de la vara de Minerva, vuelve a entrar fastuosamente vestido.

«Su querido hijo le admira, y se apresura a desviar de él su vista, temiendo fuese un dios; haciendo, empero, un esfuerzo para hablar, le dirige rápidamente estas palabras: «¡Extranjero! Muy diferente me pareces de lo que eras antes de vestir ese traje, y no te asemejas ya a ti mismo. Ciertamente; eras algún habitante del secreto Olimpo; pero sénos favorable, y te ofreceremos víctimas sagradas y obras de oro maravillosamente trabajadas.»

«El divino Ulises, perdonando a su hijo, le respondió: «No soy un dios. ¿Por qué me comparas a los dioses? Soy tu padre, por quien sufres males sin cuento y las injusticias de los hombres.» Dice, y abraza a su hijo; y las lágrimas que corrían a lo largo de sus mejillas, mojaban la tierra, pues había tenido hasta allí fuerza bastante para reprimirlas ².»

Volveremos a hablar de este reconocimiento; pero debemos hacer ver antes el de José y sus hermanos.

José, después de haber hecho colocar una copa en el saco de Benjamín, manda detener a los hijos de Jacob, que quedan consternados; José finge que intentaba prender al culpable: Judá se ofrece en rehenes por Benjamín, y re-

1. Génesis, cap. XLIII, v. 27 y siguiente.

2. Odisea, lib. XVI, v. 178 y siguiente.

1. Odisea, lib. VIII, v. 83, etc.

fiere a José que Jacob le había dicho antes de marchar a Egipto :

«Ya sabes que he tenido dos hijos de mi esposa Raquel.

»Habiendo uno de ellos salido a los campos, me habéis dicho que una fiera le había devorado; y hasta ahora no ha regresado.

»Si te llevas a éste, y le acontece algún desastre en el camino, abrumarás mi vejez con una aflicción que me llevará al sepulcro.

»No pudiendo José dominar ya su emoción, y hallándose rodeado de muchas personas, mandó que todos saliesen para que ningún extraño se hallase presente al darse a conocer a sus hermanos.

»Entonces, derramando copiosas lágrimas, levantó su voz, para que fuese oída por los egipcios y de toda la casa de Faraón.

Y dijo a sus hermanos: «Yo soy José: ¿vive todavía mi padre?» Pero sus hermanos no pudieron responderle, tan espantados estaban.

»Y les habló con dulzura, diciendo: «Acercaos a mí»; y habiéndose acercado a él, prosiguió: «Yo soy José, vuestro hermano, vendido por vosotros en Egipto. Nada temáis. No he sido enviado aquí por consejo vuestro, sino por la voluntad de Dios. Apresuraos a traerme a mi padre.»

»...Y habiéndose arrojado al cuello de su hermano Benjamín, lloró, y Benjamín lloró también teniendo abrazado a José.

»José abrazó uno tras otro a todos sus hermanos, y lloró con cada uno de ellos ¹.»

He aquí la historia de José; historia que no se halla en la obra de un sofista (porque nada de lo que procede del corazón y de las lágrimas pertenece a los sofistas); hállese en el libro que sirve de base a una religión despreciada por los incrédulos, y que pudiera a justo título devolverles desprecio por desprecio. Veamos ahora cuán superior es el reconocimiento de José y sus hermanos al de Ulises y Telémaco.

Homero incurrió, a nuestro parecer, en un error al emplear lo maravilloso. En las escenas dramáticas, cuando las pasiones están en movimiento, y todos los milagros deben salir del alma, la intervención de una divinidad enfría la acción, imprime a los sentimientos el sello propio de la fábula, y revela la ficción del poeta, donde el ánimo se prometía hallar únicamente la verdad. Uli-

ses, haciéndose reconocer bajo sus harapos por algún detalle natural, hubiese sido más interesante. Homero lo conoció así, puesto que el rey de Ítaca se descubre a su nodriza Euriclea por una vieja cicatriz, y a Laertes por la circunstancia de los trece perales, que este anciano había dado a Ulises en su infancia. Es grato ver que las entrañas del destructor de las ciudades están formadas como las del resto de los hombres, y que sólo los afectos constituyen su fondo.

El reconocimiento está mejor manejado en el Génesis: colócase una copa, por un artificio de la más inocente venganza, en el saco de un joven e inocente hermano; los hermanos culpables se desconsuelan pensando en la aflicción de su padre; la imagen del dolor de Jacob dilacera súbitamente el corazón de José, y le obliga a descubrirse antes de lo que había proyectado. Por lo que respecta a las palabras famosas: *Yo soy José*, sabido es que hacían llorar de admiración al mismo Voltaire. El *Soy tu padre* de la *Odisea* es muy inferior al *Ego sum Joseph*. Ulises encuentra en Telémaco un hijo sumiso y fiel; pero José, que habla a unos hermanos que le han vendido, no les dice: *Soy vuestro hermano*, sino únicamente: *Soy José*, y todo se encierra para ellos en la palabra *José*. Siéntense turbados, como Telémaco; pero no es la majestad del ministro de Faraón lo que les afecta, sino la voz que se levanta en el fondo de su conciencia.

Ulises dirige a Telémaco un largo discurso para probarle que es su padre; José no necesita decir tantas palabras a los hijos de Jacob. *Los llama a su lado*, porque si ha levantado tanto su voz para ser oído de toda la casa de Faraón, cuando les dice: *Soy José*, sus hermanos deben ser los únicos que oigan la explicación que va a añadir en voz baja: *Ego sum Joseph, FRATER VESTER, QUEM VENDIDISTIS IN ÆGIPTUM*. No puede rayar más alto la delicadeza, la generosidad y la sencillez.

No olvidemos la bondad con que José consuela a sus hermanos; ni las excusas que de ellos hace diciendo que, lejos de haber labrado su desgracia, son la causa de su brillante fortuna. Por eso

1. Génesis, cap. XLIV, v. 27 y siguiente; cap. XLV, v. 1 y siguiente.

nunca deja de colocar la Escritura a la Providencia en la perspectiva de sus cuadros. Esa infinita previsión con que Dios conduce los acontecimientos humanos, cuando más a merced parecen de los caprichos del acaso, llena de asombro el ánimo. El hombre ama esa mano oculta en la nube, que sin cesar se hace sentir en todo cuanto le rodea; le es grato creer en los proyectos de la Sabiduría, y conocer que el momento de nuestra vida es bosquejo de la eternidad.

Todo es grande con Dios, todo pequeño sin él; esto se extiende hasta los sentimientos. Supongamos que todo ocurre en la historia de José como se refiere en el Génesis; admítase que el hijo de Jacob es tan bueno y sensible como lo es, pero que es *filósofo*, y que en lugar de decir: *Estoy aquí por la voluntad del Señor*, dice: *La fortuna me ha sido favorable*, los objetos disminuyen, el círculo se estrecha, y lo patético desaparecerá al desaparecer las lágrimas.

Finalmente, José abraza a sus hermanos como Ulises a Telémaco; pero empieza por Benjamín. Un autor moderno no hubiera dejado de hacer que se le arrojara primero al cuello el más culpable de sus hermanos, para que su héroe fuese un verdadero personaje de tragedia. Pero la Biblia, conociendo mejor el corazón humano, ha sabido dar su justo valor a esa exageración del sentimiento, por la cual parece siempre que un hombre se esfuerza en llegar a lo que juzga un gran rasgo, o en decir lo que conceptúa una brillante frase. Por lo demás, la comparación que Homero hace de los sollozos de Telémaco y de Ulises con los gritos de un águila y sus aguiluchos (comparación que hemos suprimido), nos parece ajena a este lugar. *Y arrojándose al cuello de Benjamín, para abrazarle, lloró; y Benjamín lloró también, teniendo abrazado a José: ésta es la única magnificencia de estilo, propia de tales ocasiones.*

Otros muchos trozos de narración, no menos hermosos que el de José, hallaríamos en la Escritura; pero el lector puede compararlos con los pasajes de Homero. Fácil le será comparar, por ejemplo, el libro de Rut con el de la recepción de Ulises en casa de Eumeo,

pues Tobías presenta tiernas semejanzas con algunas escenas de la *Iliada* y de la *Odisea*: Príamo es conducido por Mercurio, bajo la forma de un joven, como el hijo de Tobías lo es por un ángel, bajo la misma exterioridad. No debe olvidarse el perro que corre a anunciar a unos padres ancianos el regreso de un hijo querido, y ese otro perro que, habiéndose mantenido fiel entre unos servidores ingratos, cumple sus destinos cuando reconoce a su dueño bajo los harapos del infortunio. Nausicaa y la hija de Faraón van a lavar sus vestidos a los ríos, donde la una encuentra a Ulises y la otra a Moisés.

Hay, especialmente en la Biblia, ciertas locuciones más tiernas, en nuestro concepto, que toda la poesía de Homero. Si éste se propone pintar la vejez, dice:

«Néstor, el orador de los habitantes de Pilos, el de labios elocuentes, cuyas palabras eran más dulces que la miel, se levantó en medio de la asamblea. Ya había embelesado con sus discursos a dos generaciones de hombres, entre quienes había vivido en la gran Pilos, y reinaba a la sazón sobre la tercera ¹.»

Esta frase es de la más hermosa antigüedad y de la más dulce melodía. El segundo verso imita la dulzura de la miel, y la expresiva elocuencia del anciano:

Τὸ καὶ ἀπὸ γλώσσης μέλιτος γλυκίων ῥέει αὐτῇ ².

Habiendo Faraón preguntado a Jacob cuál era su edad, el patriarca le respondió:

«Ha ciento treinta años que soy viajero. Mis días han sido breves y calamitosos, y no han igualado a los de mis padres ³.»

He aquí dos clases harto diferentes de antigüedad: la una está expresada en imágenes, lo está la otra en sentimientos; una despierta risueñas ideas, la otra pensamientos tristes; al representar una al caudillo de un pueblo, no muestra al anciano más que relativamente a una posición determinada de

1. *Iliada*, lib. I, v. 247-62.

Y de su boca fluye la palabra como la más dulce miel. (N. del T.)

2. *Génesis*, cap. XLVII, v. 9.

la vida ; la otra lo considera individualmente y por entero : en general, Homero hace reflexionar más sobre los hombres, y la Biblia sobre el hombre.

Homero habla con frecuencia de las alegrías de dos esposos, ¿pero lo hace alguna vez en estos términos?

«Isaac hizo entrar a Rebeca en la tienda de su madre Sara, y la tomó por esposa ; y recibió tanto regocijo en ella, que sintió mitigarse el dolor que había experimentado por la muerte de su madre ¹.»

Daremos fin a nuestro paralelo y a nuestra poética cristiana, con un ensayo que hará conocer al punto la diferencia que existe entre el estilo de la Biblia y el de Homero ; al efecto, tomaremos un fragmento de la primera, para pintarlo con los colores del segundo. Rut dice a Noemi :

«No te opongas a mí, obligándome a dejarte y a marcharme ; a cualquier lugar donde vayas, iré contigo ; moriré donde tu mueras ; tu pueblo será mi pueblo, tu Dios será mi Dios ².»

Tratemos de traducir este versículo en lenguaje homérico :

«La hermosa Rut respondió a la discreta Noemi, honrada de los pueblos como una diosa : «Cesa de oponerte a lo que una divinidad me inspira ; yo te diré la verdad cual la sé, y sin disfraz alguno. He resuelto seguirte. Viviré a tu lado, ya sea que permanezcas entre los moabitas, hábiles en el manejo del dardo, ya regreses al país de Judá, tan fértil en olivos. Contigo pediré hospitalidad a los pueblos que respetan a los suplicantes. Nuestras cenizas se mezclarán en la misma urna, y haré siempre sacrificios agradables al Dios que te acompaña.

»Dijo : y cual violento céfiro trae una benigna lluvia del lado de Occidente, los labradores preparan el trigo y la cebada, y hacen canastillos de junco, primorosamente entretejidos, porque prevén que la lluvia va a reblandecer la tierra y a hacerla propicia para recibir los preciosos dones de Ceres, así las palabras de Rut ablandan, cual una fecunda lluvia, el corazón de Noemi.»

Ved aquí tal vez la sombra del estilo de Homero, en cuanto nuestro escaso talento nos ha permitido imitar a este genio inmortal. Pero el versículo de Rut, desleído de este modo, ¿no ha perdido ese encanto original que tiene en la Escritura ? ¿Qué poesía puede valer en tiempo alguno tanto como este solo giro : «*Populus tuus populus meus, Deus tuus Deus meus*» ? Fácil será ahora tomar un pasaje de Homero, y borrar su peculiar colorido, dejando su fondo a la manera de la Biblia.

Esperamos haber dado a conocer a nuestros lectores (por lo menos hasta donde nos lo han permitido nuestras luces), algunas de las innumerables bellezas de los libros santos ; ¡ felices nosotros si hemos conseguido hacerles admirar esa grande y majestuosa piedra que sostiene la Iglesia de Jesucristo !

Oigamos a San Gregorio el Magno : «Si la Escritura encierra misterios capaces de ocupar a los mayores ingenios, contiene también verdades sencillas, a propósito para alimentar a los más humildes y los menos sabios ; tiene en lo exterior con que amamantar a los niños, y en sus más ocultos repliegues con que llenar de admiración los espíritus más sublimes. Aseméjase a un río, cuyas aguas son tan bajas en ciertos lugares, que un cordero podría vadearlas, y tan profundas en otros, que un elefante nadaría en ellas.»

1. Génesis, cap. XXVIII. v. 67.

2. Rut, cap. I, v. 6.

TERCERA PARTE

BELLAS ARTES Y LITERATURA

LIBRO PRIMERO

Bellas Artes

I

MÚSICA.—DE LA INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO EN LA MÚSICA.

Hermanas de la poesía, las Bellas Artes serán ahora el objeto de nuestros estudios; identificadas, por decirlo así, con los pasos de la religión cristiana, la reconocieron por su madre no bien apareció en el mundo; le prestaron sus encantos terrenales, y ella les comunicó su divinidad: la música dió notas a sus cantos; la pintura la representó en sus dolorosos triunfos; la escultura se complació en meditar a su lado en los sepulcros, y la arquitectura le erigió templos tan sublimes y misteriosos como su pensamiento.

Platón ha definido de una manera maravillosa la naturaleza de la música.

«No se debe juzgar, dice, de la música por el placer, ni preferir aquella que sólo tenga a éste por objeto, sino la que contiene en sí misma la semejanza de lo hermoso.»

En efecto, la música, considerada como arte, es una imitación de la Naturaleza; su perfección consiste, pues, en representar *la más hermosa Naturaleza posible*. Pero el placer es cosa convencional que varía con los tiempos, las

costumbres y los pueblos, y que no puede ser lo *bello*, pues éste es uno, y existe de una manera absoluta. Síguese de aquí que toda institución que sirve para purificar el alma, para alejar de ella la perturbación y las disonancias, y para hacer nacer en ella la *virtud*, es, por esta misma cualidad, propicia a la más *hermosa* música, o a la más *perfecta* imitación de lo bello. Pero si esta institución es además de naturaleza religiosa, posee entonces las dos condiciones esenciales a la armonía, esto es, lo *bello* y lo *misterioso*. Los ángeles nos han legado el canto, porque el manantial de los conciertos está en el cielo.

La religión es la que hace gemir en el silencio de la noche a la vestal, bajo sus tranquilas bóvedas; la religión es la que canta tan dulcemente al borde del lecho del infortunado. Debióle Jeremías sus lamentaciones, y David sus sublimes penitencias. Más altiva bajo la antigua alianza, no pintó sino los dolores de los monarcas y los profetas; más modesta, aunque no menos regia en la Nueva Ley, sus suspiros son igualmente a propósito para los poderosos y los débiles, pues ha encontrado en Jesucristo la humildad unida a la grandeza.

Añadamos que la religión cristiana es esencialmente melodiosa, por la única razón de que ama la soledad. No es esto decir que sea enemiga del mundo, pues, lejos de ser así, se muestra muy amable; pero esta celestial filomela prefiere los asilos ignorados. Es un poco extran-

jera bajo el techo de los hombres, ya que prefiere los bosques, que son palacios de su padre y su antigua patria. En ellos levanta su voz al firmamento, en medio de los conciertos de la Naturaleza: ésta publica sin cesar las alabanzas del Criador, y nada hay más religioso que los cánticos que cantan, acompañados del viento, las encinas y las cañas del desierto.

Así, pues, el músico que quiere seguir la religión en sus relaciones, está obligado a aprender la imitación de las armonías de la soledad. Es preciso que conozca los sonos que producen los árboles y las aguas; preciso es que haya oído el rumor del viento en los claustros y esos murmullos que reinan en los templos góticos, en la hierba de los cementerios y en los subterráneos de los muertos.

El cristianismo ha inventado el órgano y hecho suspirar al mismo metal. Él salvó la música en los siglos bárbaros; dondequiera que ha establecido su trono, allí se formó un pueblo que cantaba naturalmente como las aves. Para civilizar los salvajes, se valió de la magia de sus cánticos; así, el iroqués, que no había cedido a sus dogmas, cedió a sus conciertos. ¡Religión de paz! Tú no has dictado a los hombres, como los demás cultos, preceptos de odio y de discordia, sino que le has enseñado únicamente el amor y la armonía.

II

DEL CANTO GREGORIANO

Si la historia no probase que el canto gregoriano es el resto de aquella música antigua de que tantos prodigios se reflejan, bastaría examinar su escala para convencerse de su remoto origen. Antes de Guido Aretino no se elevaba sobre la quinta, empezando por el *ut, re, mi, fa, sol*; estos cinco tonos son la gama natural de la voz, y dan una frase musical llena y agradable.

M. Burette ha conservado algunos aires griegos, en los que, comparados con el canto llano, se reconoce el mismo sistema. La mayor parte de los salmos son sublimes por su gravedad, particu-

larmente el *Dixit Dominus Domino meo*, el *Confitebor tibi* y el *Laudate pueri*. El *In exitu*, arreglado por Rameau, es de un carácter menos antiguo; tal vez es del tiempo del *Ut quean laxis*, es decir, del siglo de Carlomagno.

El cristianismo es serio como el hombre, y hasta su sonrisa es grave. Nada es tan hermoso como los suspiros que nuestros males arrancan a la religión. El oficio de difuntos es una obra maestra; créese oír en él los sordos rumores del sepulcro. Si hemos de creer una antigua tradición, el *canto que rescata a los muertos*, como le apellida uno de nuestros mejores poetas, es el mismo que se cantaba en las pompas fúnebres de los atenienses, en tiempos de Pericles.

En el oficio de Semana Santa es notable la pasión de San Mateo. El recitado del historiador, la gritería del pueblo judío y la dignidad de las respuestas de Jesús, forman un drama patético.

Pergoleso desplegó en el *Stabat Mater* toda la riqueza de su arte; ¿pero ha excedido al simple canto de la Iglesia? Varió la música en cada estrofa, y, no obstante, el carácter esencial de la tristeza consiste en la repetición del mismo sentimiento, y, por decirlo así, en la monotonía del dolor. *Diversas razones* pueden motivar el llanto, pero éste tiene siempre una amargura *igual*; por otra parte, es raro que se llore a la vez por muchos males, pues cuando son muchas las heridas, siempre hay una más dolorosa que las demás y que termina absorbiendo todos los demás dolores. Ésta es la razón del encanto de los romances antiguos. Ese canto parecido, que se reproduce en cada estrofa sobre las palabras diferentes, imita perfectamente la Naturaleza: el hombre que padece, recorre así diferentes imágenes, mientras el fondo de sus dolores subsiste invariable.

Pergoleso ha desconocido, pues, esta verdad que se enlaza con la teoría de las pasiones, al pretender que ni un suspiro del alma se pareciese al que le había precedido. Donde hay variedad hay distracción, y donde hay distracción no reina la tristeza. ¡Tan necesaria es la unidad al sentimiento! ¡Tan débil es el hombre, aun en esa misma

parte donde radica toda su fuerza, es decir, en el dolor!

La lección de las Lamentaciones de Jeremías presenta un sello particular, pues aunque ha sido retocada por los modernos, su fondo nos parece hebraico; porque no se asemeja a los aires griegos del canto llano. El Pentateuco se cantaba en Jerusalén como las Bucólicas, sobre un tono lleno y dulce; las profecías se recitaban en un estilo rudo y patético; y los salmos tenían un modo estático que les estaba particularmente consagrado¹. Aquí volvemos a esos grandes recuerdos que el culto católico despierta en todas partes. Moisés y Homero, el Líbano y el Citerón, Solyma y Roma, Babilonia y Atenas han legado sus despojos a nuestros altares.

Por último, el entusiasmo fué el que inspiró el *Te Deum*. Cuando, detenido en las llanuras de Lens o Fontenay, en medio de los rayos y de la sangre humeante aun, al bélico son de los clarines y las trompetas, un ejército francés, surcado por el fuego de la guerra, doblaba la rodilla y entonaba el himno al Dios de las batallas; o bien, cuando en medio de las lámparas, de las mazas de oro, de los cirios, de los perfumes, a los suspiros del órgano, al repique de las campanas, a la sorda vibración de los serpentones y de los bajos, ese himno hacía resonar las vidrieras, los subterráneos y las cúpulas de una basílica, no había entonces un solo hombre que no experimentase algún movimiento de ese delirio que divinizaba a Píndaro, en los bosques de Olimpia, y a David en el torrente de Cedrón.

Por lo demás, al no hablar sino de los cantos griegos de la Iglesia, échase bien de ver que no empleamos todos nuestros recursos, pues podríamos mostrar a los Ambrosio, los Dámaso, los León y los Gregorio, trabajando por sí mismos en el restablecimiento del arte musical; podríamos citar esas obras maestras de la música moderna, compuestas para las festividades cristianas; a los Vinci, los Leo, los Hasse, los Galuppi y los Durante, educados, formados o protegidos en los oratorios de Venecia, de Nápoles, de Roma, y en la corte de los soberanos pontífices.

III

PARTE HISTÓRICA DE LA PINTURA ENTRE LOS MODERNOS

Refiere Grecia que viendo una doncella la sombra de su amante en una pared, diseñó sus contornos. De este modo, una pasión versátil creó el arte de las más acabadas ilusiones.

La escuela cristiana ha buscado otro maestro, y lo reconoció el artista que, amasando un poco de barro en sus hábiles manos, pronunció estas palabras: *Hagamos al hombre a nuestra imagen*. El primer rasgo del dibujo ha existido, pues, para nosotros, en la idea eterna de Dios, y la primera estatua que vió el mundo fué aquella famosa arcilla animada por el sopro del Criador.

Hay una fuerza de error que obliga al silencio, no de otro modo que la fuerza de verdad; una y otra, llevadas al último grado, producen convicción; la primera, negativa, la segunda, afirmativamente. Así, cuando se oye sostener que el cristianismo es enemigo de las artes, se experimenta gran asombro, porque al instante se presentan a la memoria Miguel Ángel, Rafael, Carraccio, Dominico, Le Sueur, Poussin, Costou, y tantos otros artistas cuyos nombres llenarían volúmenes.

A mediados del siglo IV, el imperio romano, invadido por los bárbaros y desgarrado por la herejía, se arruinó en todas partes. Las artes no hallaron entonces otro asilo que el que los cristianos y los emperadores ortodoxos les concedieron. Teodosio, en virtud de una ley especial *De excusatione artificum*, eximió a los pintores y a sus familias de todo tributo y del alojamiento de hombres de guerra. Los Padres de la Iglesia son inagotables en sus elogios a la pintura. San Gregorio se expresa de una manera digna de atención: *Vidi sæpius inscriptionis imaginem, et sine lacrymis transire non potui, cum tam efficaciter ob oculos poneret historiam*¹; el santo se refería a un cuadro que representaba el sacrificio de Abra-

1. BONNET, *Hist. de la Musique et de ses effets*.

1. Segundo Concilio de Nicea, acta XI.

hán. San Basilio avanza más, pues dice que los pintores *hacen tanto con sus cuadros como los oradores con su elocuencia*¹. Un monje, llamado Metodio, pintó en el siglo VIII ese *Juicio final* que convirtió a Bogoris, rey de los búlgaros². Los sacerdotes habían reunido en el colegio de la Ortodoxia, en Constantinopla, la más hermosa biblioteca del mundo y las obras maestras de las artes; entre otras, veíase allí la Venus de Praxíteles³, lo que prueba a lo menos que los fundadores del culto católico no eran unos *bárbaros* sin gusto, ni unos *monjes mojigatos*, entregados a una *absurda superstición*.

Ese colegio fué demolido por los emperadores iconoclastas, y sus profesores fueron quemados vivos; y sólo con grave riesgo de su vida, lograron los *cristianos* salvar la piel de dragón, de ciento veinte pies de longitud, en que estaban escritas en letras de oro las obras de Homero. Los cuadros de las iglesias fueron presa de las llamas. Unos herejarcas estúpidos y frenéticos, bastante parecidos a los puritanos de Cromwell, destruyeron a sablazos los mosaicos de la iglesia de Nuestra Señora de Constantinopla y del palacio de las *Blaquernas*. Las persecuciones llegaron tan lejos, que envolvieron a los mismos pintores, pues les fué prohibido bajo pena capital continuar sus estudios. El monje Lázaro tuvo el valor de ser mártir de su arte. En vano le hizo Teófilo quemar las manos para impedirle el manejo del pincel. Oculto en el subterráneo de la iglesia de San Juan Bautista, pintó con sus dedos mutilados el gran santo cuyo suplicante era⁴; digno, ciertamente, de ser el patrón de los pintores, y de ser reconocido en esa familia sublime a quien el soplo del espíritu eleva por encima de los hombres.

En el imperio de los godos y los lombardos, el cristianismo continuó alargando una mano protectora a los talentos. Estos esfuerzos se advierten especialmente en las iglesias construídas por Teodorico, Luitprando y Didier. El

mismo espíritu de religión inspiró a Carlomagno, pues la iglesia de los *Apóstoles*, levantada por orden de este gran príncipe en Florencia, pasa aún actualmente por ser un monumento de bastante mérito¹.

Por último, hacia el siglo XIII, la religión cristiana, después de haber luchado con mil obstáculos, volvió a traer en triunfo a la tierra el coro de las musas. Todo se hizo para las iglesias, y mediante la protección de los príncipes religiosos. Bouchet, griego de origen, fué el primer arquitecto, Nicolás el primer escultor, y Cimabué el primer pintor, que exhumaron de las ruinas de Grecia y Roma el gusto antiguo. Desde entonces llegaron las artes, en diferentes manos y por distintos genios, al siglo de León X, en que brillaron cual dos soles Rafael y Miguel Ángel.

Ya se deja conocer que no entra en nuestro plan escribir toda la historia del Arte. Lo que nos cumple demostrar es que el cristianismo es más favorable a la pintura que cualquiera otra religión. Ahora bien: es fácil probar tres cosas: 1.^a Que siendo la religión cristiana de naturaleza especial y mística, ofrece a la pintura un *bello ideal* más perfecto y divino que el que procede de un culto material. 2.^a Que corrigiendo la fealdad de las pasiones, o combatiéndolas con fuerza, da tonos más sublimes a la figura humana, y hace sentir mejor el alma en los músculos, y los lazos de la materia. 3.^a Que ha suministrado a las artes asuntos más hermosos, más ricos, más dramáticos e interesantes que los asuntos mitológicos.

Las dos primeras proposiciones han sido ampliamente desarrolladas en nuestro examen de la poesía; ahora nos ocuparemos de la tercera.

IV

DE LOS TEMAS EN LOS CUADROS

Verdades fundamentales:

1.^a Los temas antiguos han quedado en manos de los pintores modernos; así, además de las escenas mitológicas, tienen las escenas cristianas.

1. SAN BASILIO, hom. XX.
2. CUROPAL., CEDREN., ZONAR., MAIMB., *Hist. des Iconocl.*

3. CEDREN., ZONAR., CONSTANT, y MAIMB., *Hist. des Iconocl.*, etc.

4. MAIMB., *Hist. des Iconocl.*, CEDREN., CUROPAL.

1. VASARI, *Poem.*, del Vit.

2.^a Lo que prueba que el cristianismo habla más al genio que la fábula, es que en lo general nuestros grandes pintores han sido más felices al manejar asuntos sagrados que al ocuparse de los profanos.

3.^a Las costumbres modernas se prestan poco a las artes de imitación; pero el culto católico ha proporcionado a la pintura costumbres tan nobles como las de la antigüedad ¹.

Pausanias ², Plinio ³ y Plutarco ⁴ nos han conservado la descripción de los cuadros de la escuela griega. Zeuxis había tomado por asunto de sus tres principales obras a Penélope, a Elena y al Amor. Polignoto había trazado en las paredes del templo de Delfos el saqueo de Troya y el descendimiento de Ulises a los infiernos. Eufanor pintó los doce dioses, a Teseo dictando leyes, y las batallas de Cadmea, de Leuctres y Mantinea; Apeles representó a Venus Anadiomena bajo las facciones de Campaspe; Etión las bodas de Alejandro y de Roxana, y Timanto el sacrificio de Ifigenia.

Comparad estos temas con los cristianos, y advertiréis su inferioridad. El sacrificio de Abrahán, por ejemplo, es igualmente impresionante y de un gusto más sencillo que el de Ifigenia; en él no hay soldados, ni grupos, ni tumulto, ni ese movimiento que sirve para alejar el ánimo de la escena. Todo se reduce a la cima de una montaña, a un patriarca que cuenta sus años por siglos, a una cuchilla levantada sobre un *hijo único*, y al brazo de Dios que detiene el brazo paterno. Las historias del Antiguo Testamento han llenado nuestros templos de cuadros de este género; y nadie ignora cuán favorables son al pincel las costumbres patriarcales, los trajes del Oriente, la vigorosa naturaleza de los animales y de las soledades de Asia.

El Nuevo Testamento cambió la in-

dole de la pintura. Sin suprimir cosa alguna a su sublimidad, le imprime más ternura. ¿Quién no ha admirado cien veces las *Navidades*, las *Virgenes y el niño*, las *Fugas al desierto*, los *Coronamientos de espinas*, los *Sacramentos*, las *Misiones* de los Apóstoles, los *Descendimientos de la Cruz*, las *Mujeres al pie del Sepulcro*? ¿Pueden las bacanales, las fiestas de Venus, los raptos y las metamorfosis, mover el corazón tanto como los cuadros tomados de la Escritura? El cristianismo nos muestra en todas partes la virtud y el infortunio, al paso que el politeísmo es un culto de crímenes y de prosperidad. Nuestra religión es nuestra historia; por nosotros ha presenciado el mundo tantos espectáculos trágicos: somos personajes de las escenas que el pincel pone a nuestra vista, pues las armonías más morales y más tiernas se reproducen en los temas cristianos. ¡Eternamente glorificada seas, religión de Jesucristo, tú que habías representado en el Louvre al *Rey de reyes crucificado*, el *Juicio final* en el techo de las salas de nuestros tribunales, una *Resurrección* en el hospital general, y el *Nacimiento del Salvador* en la casa de esos huérfanos abandonados por sus padres y madres!

Por lo demás, podemos decir aquí acerca de los asuntos de los cuadros lo que hemos dicho de los asuntos de los poemas: el cristianismo ha creado para el pintor una parte dramática muy superior a la de la mitología. La religión es la que nos ha dado los Claudio de Lorena, como también los Delille y los Saint-Lambert. Sobran, empero, tantos raciocinios: recórrase la galería del Louvre, y decid luego, si posible es decirlo, que el genio del cristianismo es poco favorable a las Bellas Artes.

V

ESCULTURA

Lo que acabamos de decir de la pintura se aplica igualmente a la escultura, salvo algunas diferencias que se enlazan con la parte técnica del arte.

La estatua de Moisés, por Miguel

1. Y estas vestiduras de los Padres y de los primeros cristianos, vestiduras que han pasado a nuestros religiosos, no son otras que el antiguo traje de los filósofos griegos, llamados en latín *pallium*. Fue también un motivo de persecución contra los fieles, pues cuando los romanos o los judíos los veían así vestidos, gritaban: ¡Oh el impostor griego! (Jerónimo, *epist. X, ad Furiam*.) Véase KORTHOLO, *de Morib. christ.*, cap. III, p. 23, y BAR., *an LVI, n.º 11*. TERTULIANO ha escrito un libro entero (*de Pallio*) sobre este particular.

2. PAUS., lib. V.

3. PLINIO, lib. XXXV, cap. VIII, IX.

4. PLUTARCO, in *Hipp. Pomp. Lucul.*, etc.

Angel, en Roma; Adán y Eva, por Baccio, en Florencia; el grupo del Juramento de Luis XIII, por Coustou, en París; el San Dionisio del mismo; el sepulcro del cardenal de Richelieu, obra del doble genio de Le Brun y Girardon; el monumento de Colbert, ejecutado por los dibujos de Le Brun, por Coyzevox y Tuby; el Cristo, la Virgen de la Misericordia, los ocho apóstoles de Bouchardon, y otras muchas estatuas del género piadoso, demuestran que el cristianismo sabe animar con igual maestría el mármol y el lienzo.

Sería, no obstante, de desear que los escultores desterrasen en lo sucesivo de sus composiciones fúnebres esos esqueletos que colocan en los sepulcros, pues no se ve en ellos el genio del cristianismo, que tan hermosa para el justo pinta la muerte.

Es preciso también abstenerse de representar cadáveres ¹, por grande que sea el mérito de la ejecución, o la humanidad sucumbiendo a largas enfermedades ². Un guerrero que expira en el campo de batalla en todo el vigor de la edad, puede ser soberbio; pero un cuerpo quebrantado por la enfermedad, es una imagen rechazada por las artes, a no ser que se mezcle algún milagro, como en el cuadro de San Carlos Borromeo ³. Colóquense, pues, en la sepultura de un cristiano, a un lado el llanto de su familia y el dolor de los hombres, y al otro, la sonrisa de la Esperanza y las alegrías celestiales; un sepulcro a cuyos dos bordes se viesan las escenas del Tiempo y las de la Eternidad, sería admirable. La muerte podría figurar también, pero bajo las facciones de un ángel, a la vez benigno y severo, porque la tumba del justo debe siempre hacer exclamar con San Pablo: ¡Oh muerte! ¿Dónde está tu victoria? ¿Qué has hecho de tu aguijón? ⁴

1. Como en el mausoleo de Francisco I y de Ana de Bretaña.

2. Como en la tumba del duque de Harcourt.

3. La pintura admite más fácilmente que la escultura la representación del cadáver, porque el mármol ofrece formas palpables y frías, y se aproxima más a la verdad.

4. I. Cor., cap. xv, v. 55.

VI

ARQUITECTURA.—EL HOTEL DE LOS INVÁLIDOS.

Al tratar de la influencia del cristianismo en las artes, no se necesitan ni sutileza, ni elocuencia, toda vez que los monumentos se encargan de responder a los detractores del culto evangélico. Basta, por ejemplo, nombrar a San Pedro de Roma, a Santa Sofía de Constantinopla y a San Pablo de Londres, para probar que somos deudores a la religión de las tres obras maestras de la arquitectura moderna.

El cristianismo ha restablecido en la arquitectura, como en las demás artes, las verdaderas proporciones. Nuestros templos, ni tan pequeños como los de Atenas, ni tan gigantescos como los de Menfis, ostentan esa sabiduría de proporciones en que reinan lo hermoso y el gusto por excelencia. Por medio de la cúpula, desconocida de los antiguos, la religión ha mezclado oportunamente el atrevimiento del orden gótico a la sencillez y elegancia de los órdenes griegos.

Esta cúpula, que se cambia en campanario en la mayor parte de nuestras iglesias, imprime a nuestras aldeas y ciudades un carácter moral que no podían tener las ciudades antiguas. Los ojos del viajero se fijan desde luego en esa flecha religiosa, cuyo aspecto despierta multitud de sentimientos y de recuerdos: ella es la pirámide fúnebre en cuyo derredor duermen sus antepasados; es el monumento de alegría donde el bronce sagrado anuncia la vida del fiel; allí se unen los esposos, allí se arrodillan los cristianos al pie de los altares, el débil para pedir fuerza a Dios, el culpable para implorar al Dios de misericordia, el inocente para cantar al Dios de bondad. Si un paisaje parece desnudo, triste y desierto, colocad en él un campanario campestre, y todo se animará al punto; las gratas ideas del pastor y del rebaño, de asilo para el viajero, de limosna para el peregrino, y de hospitalidad y de caridad cristiana, brotarán en todas partes.

Cuanta más piedad y fe han tenido

las edades que han erigido monumentos, más sorprendentes han sido éstos por la grandeza y la nobleza de su carácter. Vemos un ejemplo notable de esta verdad en los *Inválidos* y en la *Escuela militar*, pudiendo decirse que el primer monumento ha hecho subir sus bóvedas al cielo a la voz del siglo religioso, y que el segundo se ha inclinado a la tierra a la palabra del siglo ateo.

Tres cuerpos, que forman con la iglesia un largo cuadro, componen el edificio de los *Inválidos*. Pero, ¡qué gusto reina en esa sencillez! ¡Cuánta hermosura se advierte en ese patio, que no es, sin embargo, sino un claustro militar, en que el arte ha mezclado a las ideas guerreras las ideas religiosas, y enlazado la imagen de un campamento de veteranos con los tiernos recuerdos de un hospicio! Ese palacio militar es a la vez el monumento del *Dios de los ejércitos* y del *Dios del Evangelio*. El orín de los siglos, que empieza a cubrirlo, le presta nobles relaciones con esos veteranos, ruinas animadas que pasean bajo sus antiguos pórticos. En los patios exteriores, todo retrata la idea de los combates: fosos, glacis, murallas, cañones, tiendas de campaña y centinelas. Si se penetra en el interior, el bullicio decrece por grados, y al fin se pierde en la iglesia, donde reina un profundo silencio. Este edificio religioso está a la espalda de las construcciones militares, es la imagen del reposo y de la esperanza, en el fondo de una vida llena de agitación y de peligros.

El siglo de Luis XIV es acaso el único que conoció bien esas conveniencias morales, y que hizo siempre en las artes lo que debía hacerse, sin superfluidades ni supresiones inconvenientes. El oro del comercio ha levantado las soberbias columnatas del hospital de *Greenwich* en Inglaterra; pero en la masa de los *Inválidos* se nota un sello que lo hace aparecer como más altivo e imponente. Bien se echa de ver que la nación que ha construido semejantes palacios para la ancianidad de sus ejércitos, ha recibido el poder de la espada y el cetro de las artes.

VII

VERSALLES

La pintura, la arquitectura, la poesía y la grande elocuencia han degenerado siempre en los siglos filosóficos. Consiste esto en que el espíritu de análisis, al destruir la imaginación, mina, digámoslo así, los cimientos de las Bellas Artes. Creen algunos ser más sabios porque destruyen ciertos errores de física (que reemplazan con todos los de la razón); y en realidad se retrocede, porque se pierde una de las más bellas facultades del espíritu.

En Versalles se han reunido las grandezas de la Edad Religiosa de Francia. Apenas ha transcurrido un siglo, y esos bosquecillos que resonaban con el estruendo de las fiestas, se ven únicamente animados por la voz de la cigarra y del ruiseñor. Ese palacio, que puede ser considerado como una vasta ciudad; esas escaleras de mármol que parecen subir a las nubes; esas estatuas, esos estanques y esos bosques, se muestran hoy o ruinosos o cubiertos de musgo, o secos o derribados; y no obstante, nunca esta regia mansión ha parecido más pomposa ni menos solitaria. Todo estaba vacío en otro tiempo en esos lugares, pues la pequeñez de la corte anterior (antes de tener en su favor la grandeza de su infortunio), parecía hallarse fuera de su centro en los vastos recintos de Luis XIV.

Cuando el tiempo ha dado un golpe de muerte a los imperios, algún nombre grande se identifica con sus despojos y los cubre con su prestigio. Si la noble miseria del guerrero sucede actualmente en Versalles a la magnificencia de los patios; si los cuadros de milagros y de mártires han sido reemplazados por profanas pinturas, ¿por qué habría de ofenderse la sombra de Luis XIV? Este monarca dió lustre a la religión, a las artes y al ejército; y se ve con placer que las ruinas de su palacio sirven de abrigo a las ruinas del ejército, de las artes y de la religión.

VIII

DE LOS TEMPLOS GÓTICOS

Cada cosa requiere su puesto, verdad trivial, a fuerza de ser tan repetida, pero sin la cual nada puede llegar a la perfección. Un templo egipcio en Atenas no hubiera agradado más a los griegos, que un templo griego en Menfis a los egipcios. Si estos dos monumentos cambiasen de lugar, perderían su principal hermosura, o lo que es lo mismo, sus relaciones con las instituciones y las costumbres de entrambos pueblos. Aplicamos esta reflexión a los monumentos del cristianismo. Y es digno de notarse que en este siglo incrédulo los poetas y novelistas se complacen en retroceder naturalmente a las costumbres de nuestros antepasados, en introducir en sus ficciones los subterráneos, los fantasmas, los castillos y los templos góticos; ¡tan poderoso es el encanto de los recuerdos que se enlazan con la religión y la historia de la patria! Las naciones no se despojan de sus tradicionales costumbres como de un antiguo vestido. Puédeseles arrancar alguna parte de él, pero quedan jirones que forman un absurdo contraste con los nuevos vestidos.

En vano se construirán templos griegos, muy elegantes y bien iluminados para reunir el pueblo de San Luis, y hacerle adorar a un Dios metafísico, pues siempre echará de menos esas *Nuestra Señora de Reims* y de París; esas enmohecidas basílicas llenas de las generaciones que fueron y de las almas de sus padres; siempre recordará el sepulcro de algún señor de Montmorency, sobre el que acostumbraba arrodillarse durante la misa, sin olvidar las sagradas fuentes a que fué llevado al nacer. Sucede así, porque todo esto está esencialmente enlazado con nuestras costumbres; porque un monumento no es digno de veneración sino en cuanto está impresa en sus bóvedas, ennegrecidas por los siglos, una larga historia de lo pasado. He aquí por qué nada hay de maravilloso en un templo que hemos visto construir, y cuyos ecos y cúpulas se han formado a nuestra vista. Dios

es la ley eterna; su origen, pues, y todo lo que a su culto concierne, debe perderse en la noche de los tiempos.

No es posible entrar en una iglesia gótica sin experimentar cierta conmoción y un vago sentimiento de la Divinidad. El espíritu se ve repentinamente trasladado a los tiempos en que los cenobitas, después de haber meditado en los bosques de sus monasterios, iban a postrarse ante el altar a cantar las alabanzas del Señor, en la calma y el silencio de la noche. La antigua Francia parecía resucitar; creíase ver aquellos extraños trajes, aquel pueblo tan diferente de lo que es actualmente, y venían a la memoria sus revoluciones, sus trabajos y sus artes. Cuanto más distaban de nosotros estos tiempos, más mágicos nos parecían, más nos llenaban de esos pensamientos que terminan siempre con una reflexión acerca de la nada del hombre y la celeridad con que transurre la vida.

El orden gótico, a pesar de sus proporciones bárbaras, tiene una hermosura peculiar ¹.

Los bosques han sido los primeros templos de la Divinidad, y en ellos han tomado los hombres las primeras nociones de la arquitectura. Este arte ha debido, por consiguiente, variar según los climas. Los griegos tornearon la elegante columna corintia con su capitel de hojas, sobre el modelo de la palmera ². Los enormes pilares del antiguo estilo egipcio representan el sicómoro, la higuera oriental, el plátano y la mayor parte de los árboles gigantescos de África y de Asia.

Los bosques de las Galias pasaron a su vez a los templos de nuestros padres; nuestros bosques de encinas conservaron de este modo su origen sagrado. Esa bóveda en que el cincel ha tra-

1. Se cree que proviene de los árabes, así como la escultura del mismo estilo. Su afinidad con los monumentos de Egipto nos inclinará más bien a creer que nos han sido transmitidos por los primeros cristianos de Oriente, pero preferimos mejor atribuir su origen a la naturaleza.

2. Vitruvio describe de otro modo la invención del capitel, pero ésta no destruye el principio general de que la arquitectura ha nacido en los bosques. Lo único extraño es que, dada la variedad de los árboles, no se haya puesto más variedad en la columna. Concebimos, por ejemplo, una columna que pueda llamarse *palmita*, y que fuera la natural representación de la palmera. Un orbe de hojas un poco curvadas y esculpidas en lo alto de un ligero fuste de mármol, produciría, a nuestro parecer, un efecto magnífico en un pórtico.

zados espesos follajes; esos pies derechos que sostienen las paredes y terminan bruscamente a manera de troncos rotos; la frescura de las bóvedas, las tinieblas del santuario, las naves oscuras y las puertas bajas, retratan los laberintos de los bosques en la iglesia gótica; todo hace sentir el religioso horror, los misterios y la Divinidad. Las dos soberbias torres, colocadas a la entrada del templo, descuellan sobre los olmos y los tejos del cementerio, y producen un efecto pintoresco destacándose sobre el vivo azul del cielo. Ora el sol naciente ilumina sus gemelos vértices; ora se muestran coronados con un magnífico capitel de nubes, o aumentados en una atmósfera vaporosa. Los mismos pajarillos parecen equivocarse y tomarlas por los árboles de sus bosques; las cornejas revolotean sobre sus calados remates y posan en sus galerías. Súbitamente resuenan confusos rumores en sus alturas y ahuyentan a las asustadas avecillas. Aspirando a gloria mayor que la de construir bosques, el arquitecto cristiano ha querido imitar en cierto modo sus murmullos; y, por medio del órgano y del suspendido bronce, ha unido al templo gótico hasta el rumor de los vientos y de los truenos, que ruedan sordos en la profundidad de los bosques. Los siglos, evocados por aquellos religiosos sonidos, levantan su decrepita voz en el seno de las piedras, y suspiran melancólicos en la espaciosa basílica; el santuario muge como la caverna de la antigua sibila; y mientras el bronce se columpia con estruendo sobre la cabeza del creyente, los abovedados subterráneos de la muerte enmudecen profundamente a sus pies.

LIBRO SEGUNDO

Filosofía.

I

ASTRONOMÍA Y MATEMÁTICAS

Consideremos ahora los efectos del cristianismo en la literatura en general. Esta puede ser clasificada en estas tres principales ramas: Filosofía, Historia y Elocuencia.

Entendemos aquí por *Filosofía* el estudio de toda clase de ciencias.

El lector verá que al defender la religión, no atacamos la sabiduría, pues estamos muy lejos de confundir el orgullo sofístico con los sanos conocimientos del espíritu y del corazón. La verdadera *filosofía* es la inocencia de la vejez de los pueblos, cuando han cesado de tener virtudes por instinto, y las tienen por razón; esta segunda inocencia es menos segura que la primera, pero cuando se puede llegar a ella, es más sublime.

Sea cual fuere el punto de vista en que se considere el culto evangélico, se ve que engrandece el pensamiento y que es adecuado a la expansión de los sentimientos. Sus dogmas no se oponen en las ciencias a ninguna verdad natural; su doctrina no prohíbe ningún estudio. Entre los antiguos, un filósofo encontraba siempre alguna divinidad en su camino, y era condenado, bajo pena de muerte o de destierro, por los sacerdotes de Apolo, a ser mirado como un visionario toda su vida. Pero como el Dios de los cristianos no ha elegido por su estrecha morada un sol, ha entregado los astros a las vanas investigaciones de los sabios: *Ha puesto el mundo a su vista, como un estímulo a sus disputas*¹. El físico puede pesar el aire en su tubo, sin temor de ofender a Juno. No de los elementos de nuestro cuerpo, sino de las virtudes de nuestra alma, nos pedirá cuenta un día el Juez Supremo.

Sabemos que se nos citarán algunas bulas de la Santa Sede, o algunos decretos de la Sorbona, que condenan éste o aquel descubrimiento filosófico; pero ¡cuántas decisiones de la corte de Roma pudieran citarse también en favor de estos mismos descubrimientos! ¿Es esto decir otra cosa sino que los sacerdotes son hombres como nosotros, y que se han mostrado más o menos instruidos, según el curso natural de los siglos? Basta que el cristianismo, como institución, nada pronuncie contra las ciencias, para que sostengamos con fundamento nuestro primer aserto.

Por lo demás, observemos que la Iglesia ha protegido casi siempre las

1. *Ecclesiast.*, III, v. 11.

artes, aunque algunas veces ha desalentado los estudios abstractos, mostrando en esto su acostumbrada sabiduría. En vano se atormentarán los hombres, puesto que nunca entenderán la Naturaleza, porque no son ellos los que han dicho al mar: *Llegarás hasta aquí, no avanzarás más, y aquí se estrellará el orgullo de tus olas*¹. Los sistemas se sucederán eternamente, pero la verdad permanecerá siempre ignorada: *¿Por qué no abre un día la Naturaleza su seno?*—exclama Montaigne—. *¡Oh Dios! ¿Qué de errores, qué de falsos juicios hallaríamos en nuestra escasa ciencia?*²!

Los antiguos legisladores, de acuerdo en este punto, como en otros muchos, con los principios de la religión cristiana, se oponían a los filósofos³ y colmaban de honores a los artistas⁴. Esas pretendidas persecuciones del cristianismo contra las ciencias, deben, pues, extenderse a los antiguos, en quienes, sin embargo, reconocemos tanta sabiduría. El año de Roma 591, el Senado expidió un decreto en que se desterraba de la ciudad a los filósofos, y seis años después, Catón se apresuró a despedir a Carnéades, embajador de los atenien- ses, «por temor, decía, de que la juventud perdiese la sencillez de las costumbres antiguas», aficionándose a las sutilezas de los griegos. Si el sistema de Copérnico fué desconocido de la corte de Roma, ¿no le cupo igual suerte entre los griegos? «Aristarco, dice Plutarco, opinaba que los griegos debían condenar jurídicamente a Cleanto de Samos por blasfemo y como dislocador del centro del Universo; tanto más, cuanto que tratando de salvar las apariencias, suponía que el cielo permanecía inmóvil y que la tierra se movía por el círculo oblicuo del zodíaco, girando en derredor de su eje»⁵.

Pero también es cierto que la moderna Roma se mostró más sabia, puesto que el mismo tribunal eclesiástico que

condenó primero el sistema de Copérnico, permitió seis años después enseñarlo como hipótesis. Por otra parte, ¿debían esperarse más conocimientos astronómicos de un sacerdote romano que de Tico Brahe, que continuaba negando el movimiento de la tierra? Por último, un papa: Gregorio, reformador del calendario, un monje: Bacon, quizá inventor del telescopio, un cardenal: Cuzza, y un sacerdote: Gassendi, ¿no han sido, o los protectores o las antorchas de la astronomía?

Platón, genio tan apasionado por las ciencias sublimes, dice terminantemente en una de sus mejores obras, *que los estudios elevados no son útiles a todos, sino tan sólo a un reducido número*; y añade esta reflexión, robustecida por la experiencia: «Una ignorancia absoluta no es el mal mayor ni el más temible; lo es mucho más un cúmulo de conocimientos mal digeridos»¹.

Así, pues, si la religión hubiese menester de justificación respecto de este asunto, no careceríamos de autoridades entre los antiguos, ni aun entre los modernos. Hobbes ha escrito muchos tratados² para probar la incertidumbre de la ciencia más cierta de todas, es decir, de las matemáticas. En el que ha por título: *Contra Geometras, sive contra phastum Professorum*, censura una a una las definiciones de Euclides, y patentiza lo que tienen de falso, de vago o de caprichoso. Es de notar la manera con que se anuncia: *Itaque per hanc epistolam hoc ago ut ostendam tibi non minorem esse dubitandi causam in scriptis mathematicorum quam in scriptis physicorum, ethicorum*³, etc. «Te haré ver en este tratado que no hay más puntos de duda en matemáticas que en física, en moral, etc.»

Bacon se expresa con un lenguaje aun más enérgico contra las ciencias, pareciendo que adopta su defensa. En concepto de este eminente varón, está probado «que una ligera tintura de filosofía, puede inducir al hombre a desconocer a Dios, pero que un saber profundo le acerca a él»⁴.

1. JOB, XXXVII, v. 11.

2. *Essais*, lib. II, cap. XIII.

3. JENOFONTE, *Hist. Græc.*; PLUTARCO, *Mor.*; PLATÓN, *in Phæd.*, *in Repub.*

4. Los griegos excitaron este odio contra los filósofos hasta el crimen, ya que hicieron morir a Sócrates.

5. PLUT., *De la faz que aparece en la redondez de la luna*, cap. IX: Sabemos que hay error en el texto de Plutarco, y que Aristarco de Samos fué, por el contrario, a quien Cleanto quiso perseguir por su opinión respecto al movimiento de la Tierra; esto no cambia nada de lo que queremos probar.

1. *De Leg.*, lib. VII.

2. *Examinatio et emendatio mathematicæ hodiernæ*, Dial. VI, *contra Geometras*.

3. HOBBS, *Opera omnia*. Amstel., edición de 1667.

4. *De Aug. scient.*, lib. V.

Si esta idea es verdadera, ¡cuán terrible es! Porque, por cada genio capaz de llegar a esa plenitud de saber exigida por Bacon, y en la que, según Pascal, *se tropieza en otra ignorancia*, ¡cuántas medianías no la alcanzarán jamás, y permanecerán en esas nubes de la ciencia que ocultan la Divinidad!

El orgullo será siempre triste causa de perdición para la multitud, pues nunca se logrará persuadirla de que lo ignora todo, cuando cree saberlo todo. Sólo los grandes hombres pueden apreciar ese último punto de los conocimientos humanos, en que vemos con dolor desvanecerse los tesoros que habíamos allegado, y en que tornamos a encontrarnos a merced de nuestra original pobreza. Y ved aquí por qué la mayoría de los sabios ha opinado que los estudios filosóficos son asaz peligrosos para el vulgo. Locke consagra los tres primeros capítulos del cuarto libro de su *Ensayo acerca del entendimiento humano*, a precisar los límites de nuestra inteligencia, harto tristes en verdad, por ser tan estrecho el círculo que abrazan. Oigámosle:

«Hallándose nuestra mente circunscrita en tan reducida esfera, como he demostrado, para mejor apreciar el actual estado de nuestro espíritu, acaso no será superfluo... conocer nuestra ignorancia, que... puede servir de mucho para dar fin a las disputas... si, después de haber descubierto hasta qué punto tenemos ideas claras... no descendemos a ese abismo de tinieblas (en que nuestros ojos nos son enteramente inútiles, y donde nuestras facultades no pueden hacernos percibir cosa alguna), *infatuosos, como lo estamos, en la necia idea de que nada es superior a nuestra comprensión*»¹.

Finalmente, sabido es que, disgustado Newton del estudio de las matemáticas, se negó por espacio de muchos años a oír hablar de ellas; y aun en nuestros días, Gibbon, apóstol durante tanto tiempo de las nuevas ideas, escribió: «Las ciencias exactas nos acostumbran a mirar con menosprecio la evidencia moral, tan fecunda en bellas sensaciones, y cuyo objeto es determinar las

opiniones y las acciones de nuestra vida».

En efecto, muchas personas han abrigado la opinión de que la ciencia en mano de los hombres seca el corazón, roba a la Naturaleza sus encantos, induce las almas débiles al ateísmo, y de éste al crimen; al paso que las Bellas Artes, por el contrario, embellecen nuestros días, hacen más sensibles nuestras almas, acrecentan nuestra fe en la Divinidad, y guían por el sendero de la religión, a la práctica de las virtudes.

No citaremos a Rousseau, cuya autoridad pudiera ser sospechosa aquí; pero Descartes se expresó de una manera harto singular respecto de la ciencia que constituyó parte de su gloria.

«Nada hallaba, efectivamente, dice el sabio autor de su vida, que le pareciese menos sólido que el ocuparse de meros números y de figuras imaginarias; como si fuese preciso atenerse a estas *bagatelas*, sin dirigir la vista más allá. Veía en esto algo aun más inútil; creía peligroso ocuparse con formalidad en esas demostraciones superficiales que la industria y la experiencia suministran con menos frecuencia que la casualidad². Su máxima era que esta aplicación nos aleja insensiblemente del uso de nuestra razón, y nos expone a desviarnos del camino que su antorcha nos traza³».

Digna es, por cierto, de notarse esta opinión del autor de la aplicación del álgebra a la geometría.

El padre Castel parece complacerse también en deprimir la materia sobre que ha escrito. «En general, dice, se concede demasiado valor a las matemáticas... La geometría contiene altas verdades, asuntos poco dilucidados y consideraciones mal definidas. ¿Por qué disimularlo? Encierra paradojas, apariencias, contradicción de las conclusiones de sistema y de concesión, de las opiniones de secta, incluso conjeturas y hasta paralogismos³».

Si hemos de dar asenso a Buffon, *«las que se llaman verdades matemáticas, se reducen a identidades de ideas*

1. Cartas de 1638, p. 412, CARTESII L. de Direct. ingen. regula, n.º 5.

2. *Œuvres de Desc.*, t. I, p. 112.

3. *Math. univ.* p. 3, 5.

1. LOCKE, *Entend. hum.*, lib. IV, cap. III, art. IV, trad. de Coste.

y a ninguna realidad¹.» Por último, el abate de Condillac, mirando a los géometras con el mismo desprecio que Hobbes, se expresa en estos términos, al hablar de ellos: «Cuando abandonan sus cálculos para entrar en investigaciones de diferente naturaleza, no se halla en ellos ni la misma claridad, ni la misma exactitud, ni la misma extensión de talento. De cuatro célebres metafísicos, Descartes, Malebranche, Leibnitz y Locke, sólo éste fué geómetra; y, ¡cuán superior es a los demás²!»

Este juicio es inexacto. En metafísica pura, Malebranche y Leibnitz han ido mucho más lejos que el filósofo inglés. Es cierto que los espíritus geométricos suelen ser falsos en la práctica ordinaria de la vida; pero esto procede de su extremada exactitud, pues quieren encontrar en todas partes verdades absolutas, mientras que en moral y en política toda verdad es relativa. Es de rigurosa certidumbre que dos y dos son cuatro; pero no lo es tanto, que una ley sabia en Atenas sea igualmente sabia en París. Es incuestionable que la libertad es preciosa; pero ¿se deberá derramar torrentes de sangre para establecerla en un pueblo en tal grado que ese pueblo no la soporte?

En matemáticas sólo debe atenderse al principio, y en moral a la consecuencia. La una es una verdad simple, la otra una verdad compleja. Por otra parte, nada trastorna el compás del geómetra, al paso que todo perturba el corazón del filósofo. Cuando el instrumento de éste sea tan seguro como el de aquél, podremos prometernos conocer el fondo de las cosas: hasta que esto suceda, debemos contar con los errores. El que no quisiera sufrir el rigorismo geométrico en las relaciones sociales, se trocaría en el más estúpido o el más perverso de los hombres.

Las matemáticas, por otra parte, lejos de probar la extensión del talento en la mayor parte de los hombres que de ellas se valen, deben de ser consideradas como el apoyo de su debilidad, como el suplemento de su insuficiente capacidad, como un método de abrevia-

ción propio para clasificar los resultados en una cabeza incapaz de llegar a ellos por sí misma, puesto que en realidad no son otra cosa que unos signos generales de ideas, que nos ahorran el trabajo de tenerlas, unas etiquetas o rótulos numéricos de un tesoro no contado, unos instrumentos con que se trabaja, mas no las cosas sobre que se trabaja. Supongamos que un pensamiento está representado por A, y otro por B; ¡cuán prodigiosa diferencia no existirá entre el hombre que desenvuelva estos dos pensamientos en sus diversas relaciones morales, políticas y religiosas, y aquel que con la pluma en la mano, multiplique una y otra vez su A y su B, hallando combinaciones curiosas, sí, pero sin tener otra cosa delante de su espíritu que las propiedades de dos estériles letras!

Empero, si con exclusión de toda otra ciencia, se adoctrina a un niño en ésta que suministra pocas ideas, se corre el peligro de agotar el manantial de las ideas mismas de ese niño, de viciar el más bello carácter, de extinguir la imaginación más fecunda, y de limitar el más vasto entendimiento. Se henchirá la juvenil cabeza de un fárrago de nombres y de figuras que nada absolutamente le representan; se le acostumbra a darse por satisfecha con una suma prefijada; a no caminar sino al apoyo de una teoría, a no hacer jamás uso de sus fuerzas, a aliviar su memoria y su inteligencia con operaciones artificiales, a no conocer, y por último, a no amar sino esos principios inflexibles y esas verdades absolutas que subvierten la sociedad.

Se ha dicho que las matemáticas sirven para rectificar en la juventud los errores del raciocinio. Pero se ha respondido, con igual ingenio que solidez, que para clasificar las ideas era preciso, en primer lugar, tenerlas; y que pretender arreglar el entendimiento de un niño, era querer arreglar un aposento vacío. Dadle primero ideas claras de sus deberes morales y religiosos, enseñadle las letras humanas y divinas, y luego, cuando hayáis concedido los necesarios desvelos a la educación del corazón de vuestro alumno, cuando su cerebro se halle bastantemente enriquecido de ob-

1. *Hist. nat.*, t. I primer disc. p. 77.

2. *Essai sur l'origine des connaissances humaines*, t. II, sec. II, cap. IV, p. 239, edic. Amst. 1783.

jetos de comparación y de principios ciertos, metodizadlos en buen hora, por medio de la geometría, si así os place.

Además: ¿es cosa indudable que el estudio de las matemáticas sea tan necesario en la vida? Si son precisos magistrados, ministros y clases civiles y religiosas, ¿qué provecho reportarán a estas profesiones las propiedades de un círculo o de un triángulo? No se quieren ya, se dice, sino cosas positivas. ¡Cielo santo! ¿Hay algo menos positivo que las ciencias, cuyos sistemas cambian muchas veces en cada siglo? ¿Qué importa al agricultor que el elemento de la tierra no sea *homogéneo*, o al leñador que la madera tenga una substancia *piruleñosa*? Una página elocuente de Bossuet acerca de la moral, es más útil y más difícil de escribir que un volumen de abstracciones filosóficas.

Pero se aplican, dicen, los descubrimientos científicos a las artes mecánicas; los grandes descubrimientos científicos casi nunca producen el esperado efecto. La perfección de la agricultura, en Inglaterra, es menos el resultado de algunos experimentos científicos que del trabajo paciente y de la industria del arrendatario, eternamente obligado a atormentar un suelo ingrato.

Falsamente atribuimos a nuestras ciencias lo que pertenece al natural progreso de la sociedad. Puesto que los brazos y los animales rústicos se han multiplicado, las manufacturas y los productos de la tierra han debido aumentar y mejorar proporcionalmente. Ventaja grande, por cierto, es tener arados más ligeros y máquinas más perfectas para los oficios; pero creer que el genio y la sabiduría humana se encierran en un círculo de invenciones mecánicas, es un grosero error.

Por lo que respecta a las matemáticas propiamente dichas, está demostrado que se puede aprender en un tiempo bastante breve todo lo que es útil saber para ser un buen ingeniero. Más allá de esta geometría práctica, no hay más que una geometría *especulativa*, con sus juegos, sus superfuidades, y por decirlo así, sus novelas, como las demás ciencias. «Es preciso hacer una distinción, dice Voltaire, entre la geometría útil y la geometría curiosa... Cuadrad unas

curvas cuanto os plazca, y mostraréis gran sagacidad; al hacer esto, os pareceréis a un aritmético que examinase las propiedades de los números, en lugar de calcular su fortuna. Cuando Arquímedes halló el peso específico de los cuerpos, hizo un servicio al género humano; ¿pero de qué sirve hallar tres números que representen la diferencia de los cuadrados de dos, y que sumada con el número tres, constituya siempre un cuadrado, y que la suma de las tres diferencias, añadida al mismo cubo, continúe formando un cuadrado? *Nugæ difficiles*¹.»

Por amarga que sea esta verdad a los matemáticos, preciso es decirlo: la Naturaleza no les ha hecho para ocupar el primer puesto. Exceptuando algunos *geómetras inventores*, han sido condenados a una triste obscuridad; y aun esos genios inventores están expuestos a caer en el olvido, si el historiador no se encarga de anunciarlos al mundo: Arquímedes debe su gloria a Polibio, y Voltaire ha creado entre nosotros la celebridad de Newton. Platón y Pitágoras viven como moralistas y legisladores, y Leibnitz y Descartes son acaso más conocidos como metafísicos que como *geómetras*. D'Alembert no gozaría actualmente mejor suerte que Varignon y Duhamel, cuyos nombres, aun respetados por la escuela, sólo existen ya para el mundo en los elogios académicos, si a la reputación de sabio no hubiese agregado la de escritor. Un poeta pasa con algunos versos a la posteridad, inmortaliza su siglo y transmite al porvenir los hombres a quienes se ha dignado cantar con su lira: mas el sabio, conocido apenas durante su vida, queda olvidado el día después de su muerte. Ingrato a su pesar, nada puede hacer en favor del gran hombre, del héroe que le ha protegido. En vano colocará su nombre en el hornillo del químico, o en la máquina del físico: ¡apreciables esfuerzos de que sin embargo nada ilustre resultará! La gloria ha nacido sin alas; y le es forzoso tomar las de las musas cuando pretende volar a los cielos. Corneille, Racine, Boileau, los oradores, los historiadores y los artistas han in-

1. *Quest. sur l'Encycl., Geom.*

mortalizado a Luis XIV mucho más que los sabios que también florecieron en su siglo. Todos los tiempos y países ofrecen el mismo ejemplo. Cesen, pues, los matemáticos de lamentar que los pueblos, cediendo a un instinto general, antepongan las letras a las ciencias. Consiste esto en que el hombre que ha legado a la tierra un solo precepto moral, un solo sentimiento tierno, es más útil a la sociedad que el geómetra que ha descubierto las más hermosas propiedades del triángulo.

Por lo demás, no juzgamos difícil poner de acuerdo a los que declaman contra las matemáticas, y los que las prefieren a todo. Esta diversidad de pareceres procede del vulgar error que confunde en *gran* con un *hábil* matemático. Hay una geometría *material* que se compone de líneas, de puntos, y de $A + B$; con tiempo y perseverancia, puede hacer en ella prodigios el entendimiento más mediano, pues se convierte en tal caso en una especie de máquina geométrica que ejecuta por sí misma operaciones complicadas, como la máquina aritmética de Pascal. En las ciencias, el último que la cultiva es siempre el más instruido: he aquí por qué cualquier escolar de nuestros días está más adelantado que Newton en matemáticas; he aquí por qué el que pasa hoy por sabio, será tratado de ignorante por la generación futura. Aferrados a sus cálculos, los geómetras peones miran con ridículo desprecio a las artes de imaginación, y sonríen de lástima cuando se les habla de literatura, de moral y de religión; *conocen*, dicen, la Naturaleza. Pero, ¿no es preferible la *ignorancia* de Platón, que llama a la Naturaleza una *misteriosa poesía*?

Por fortuna, hay otra geometría, una geometría *intelectual*. Esta es la que se necesitaba saber para entrar en la escuela de los discípulos de Sócrates; ve a Dios detrás del círculo y del triángulo; ha creado a Pascal, Leibnitz, Descartes y Newton. Generalmente, los geómetras inventores han sido religiosos.

Pero no podemos ocultar que esta geometría de los grandes hombres es muy escasa. Para un solo genio que camine por las vías sublimes de la cien-

cia, ¡cuántos se pierden en sus inextricables senderos! Obsérvese aquí una de esas reacciones tan comunes en las leyes de la Providencia: las edades irreligiosas conducen necesariamente a las ciencias, y éstas traen necesariamente las edades religiosas. Cuando en un siglo impío llega el hombre a desconocer la existencia de Dios, como ésta es, sin embargo, la única verdad que posee a fondo, y siente una imperiosa necesidad de verdades positivas, procura crearse otras nuevas, y cree hallarlas en las abstracciones científicas. Por otra parte, es natural que los espíritus vulgares o los jóvenes irreflexivos, al encontrar las verdades matemáticas en el Universo, viéndolas en el cielo con Newton, en la química con Lavoisier, y en los minerales con Haüy, es natural, decimos, que las tomen por el principio mismo de las cosas, y que nada vean más allá. Esta sencillez de la Naturaleza, que debiera hacerles sospechar, como a Aristóteles, la existencia de un *primer móvil*, y como a Platón un *eternal geómetra*, sirve tan sólo para extraviarlos. Así discutiendo, Dios no tarda en ser para ellos sino el conjunto de las propiedades de los cuerpos; y la misma ordenación de los números les oculta la Gran Unidad.

II

QUÍMICA E HISTORIA NATURAL

Excesos son éstos que han dado no pequeñas ventajas a los enemigos de las ciencias, y hecho nacer las elocuentes declamaciones de Rousseau y sus secuaces. Nada es más admirable, dicen, que los descubrimientos de Spallanzani, de Lavoisier y Lefrange; pero lo que lo destruye todo son las consecuencias que del espíritu falso pretenden deducir. ¡Cómo! Porque se haya llegado a demostrar la simplicidad de los jugos digestivos, o a no conocer los de la generación; porque la química haya aumentado, o si se quiere, disminuido el número de los elementos; porque la ley de la gravitación sea conocida hasta por el colegial más retrasado; porque un niño pueda balbucear figuras de geometría; porque éste o aquel escritor sea un sutil

ideólogo, ¿deberemos deducir que no hay Dios ni verdadera religión? ¡Qué abuso del raciocinio!

Otra observación ha robustecido en las almas tímidas el disgusto hacia las ciencias filosóficas, pues dicen: «Si estos descubrimientos fuesen ciertos e invariables, podríamos concebir el orgullo que inspiran, no a los hombres dignos de aprecio que los han hecho, sino a la multitud que disfruta de ellos. No obstante, en las ciencias apellidadas positivas, la experiencia de hoy ¿no destruye la de ayer? Los errores de la física antigua tienen sus partidarios y defensores: pero una buena obra de literatura subsiste en todos los tiempos, y los siglos le añaden nuevo lustre. Pero las ciencias que sólo se ocupan de las propiedades de las *cuerpos*, ven caducar en un instante su más famoso sistema. En química, por ejemplo, se creía tener una nomenclatura regular¹, y ahora se advierte el error. Y si cuando se hayan recogido mayor número de hechos será preciso renunciar a la química moderna, ¿qué se habrá ganado entonces con cambiar los nombres, llamando al aire vital *oxígeno*, etc.? Las ciencias son un laberinto en que el hombre se extravía más, en el mismo momento en que cree salir de él.»

Estas objeciones son especiosas, pero no se refieren más a la química que a las demás ciencias. Acusarla porque se desengaña a sí misma por medio de sus experimentos, es acusarla por su buena fe, y por no conocer el secreto de la esencia de las cosas. Pero, imparcialmente hablando, ¿quién conoce a ese insondable arcano sino esa primera inteligencia, anterior a los siglos? La brevedad de nuestra vida, la debilidad de nuestros sentidos, la grosería de nuestros instrumentos y medios, se oponen al descubrimiento de esa fórmula general, que Dios nos oculta eternamente. Sabido es que nuestras ciencias *descomponen* y *recomponen*, pero que no pueden *componer*. Esta imposibilidad de crear, descubre el lado débil y la na-

da del hombre. Haga lo que quiera, nada puede, todo le opone resistencia, no le es dado doblegar a sus usos la materia, sin que ésta se lamente y gima: ¡parece que comunica sus suspiros y su tumultuoso corazón a todas sus obras!

En la obra del Criador, por el contrario, todo está mudo, porque no hay en ella esfuerzo alguno; todo está silencioso, porque todo es sumiso. El gran ser habló y enmudeció el caos, y los globos se deslizaron sin ruido en el espacio. Las fuerzas unidas de la materia son a una sola palabra de Dios, como la nada es al todo, como las cosas creadas son a la necesidad. Ved al hombre en sus trabajos: ¡qué portentoso aparato de máquina no le rodea! Aguza el hierro, prepara el veneno, llama en su auxilio los elementos; hace mugir el agua, silbar el aire, y sus hornos se encienden. Armado ya del fuego, ¿qué va a intentar este nuevo Prometeo? ¿Va a crear un mundo? ¡No! ¡Va a destruir, porque sólo puede engendrar la muerte!

Ora sea efecto de nuestra educación, ora de nuestra costumbre de vagar por los desiertos, y de no aplicar sino el corazón al estudio de la Naturaleza, confesamos que nos causa cierta pesadumbre ver dominar el espíritu de análisis y de *clasificación* en las ciencias amables en que no se debería buscar sino la hermosura y la bondad de Dios. Si nos es permitido decirlo, parecemos muy triste hallar hoy al hombre *mamífero*, colocado en el sistema de Linneo entre los monos, los murciélagos y los perezosos. ¿No hubiera sido más acertado dejarle a la cabeza de la Creación, donde le habían colocado Moisés, Aristóteles, Buffon y la Naturaleza? Tocando con su alma los cielos, y con su cuerpo la tierra, era grato verle formar en la cadena de los seres el eslabón que enlaza el mundo visible con el invisible, el tiempo con la eternidad.

«En este mismo siglo, dice Buffon, en que parece que las ciencias se cultivan con ahínco, creo fácil advertir que la Filosofía es tenida en poco y acaso en menos que en siglo alguno; las artes que se quiere llamar científicas han alcanzado un conveniente lugar; los métodos de cálculo y de geometría, los de botánica e historia natural; en una pa-

1. No hay más que un hecho cierto en química, fijado por Boerhaave y desarrollado por Lavoisier, a saber: que el *calórico*, o la substancia que unida a la luz compone el fuego, tiende sin cesar a dilatar los cuerpos o a separar las unas de las otras sus moléculas constitutivas.

labra, las fórmulas y los diccionarios ocupan a la generalidad; se cree haber llegado al pináculo del saber, porque se ha aumentado el número de las expresiones simbólicas y de las frases sabias; y nadie reflexiona que estas artes no son sino ensayos para llegar a la ciencia, y no la ciencia misma; que no debemos emplearlas sino cuando no podemos prescindir de ellas, y que debemos temer siempre que nos sean insuficientes cuando intentamos aplicarlas al edificio¹.

Estas observaciones son juiciosas; pero nos parece que hay en las *clasificaciones* un peligro mayor. ¿No debe temerse que ese prurito de referir nuestros conocimientos a signos físicos, y de no ver en las diferentes razas sino dedos, dientes y picos, lleve insensiblemente la juventud al materialismo? Y no obstante, si hay alguna ciencia en que los inconvenientes de la incredulidad se hagan sentir en toda su plenitud, es la historia natural. Entonces se marcha todo lo que se toca: los perfumes, el esplendor de los colores, la elegancia de las formas desaparecen en las plantas para el botánico que no reúne moralidad ni ternura. Cuando no se tiene religión, el corazón es insensible, y toda hermosura se desvanece, porque la hermosura no es un ser que exista fuera de nosotros; los encantos de la Naturaleza residen en el corazón del hombre.

Por lo que respecta al que estudia los animales, ¿qué otra cosa hace, si es incrédulo, que estudiar cadáveres? ¿A dónde conducen estas investigaciones? ¿Cuál puede ser su objeto? ¡Ah! Por él se han formado esos gabinetes, escuelas donde la Muerte, armada con la segur, es el catedrático; ¡cementérios en que se han colocado relojes para contar minutos a los esqueletos, para fijar horas a la eternidad!

En esos sepulcros, donde la nada ha reunido sus maravillas, donde los restos del mono insultan los del hombre, debe buscarse la razón de este fenómeno: *un naturalista ateo*, a fuerza de respirar en la atmósfera de los sepulcros, ha contaminado su alma con la muerte.

Cuando la ciencia era pobre y solita-

ria; cuando vagaba por el valle y el bosque; cuando observaba al ave que llevaba el sustento a sus hijuelos, o al cuadrúpedo que volvía a su madriguera; cuando su laboratorio era la Naturaleza y su anfiteatro los cielos y los campos; cuando era sencilla y maravillosa, como los desiertos en que pasaba su ignorada vida, entonces era religiosa. Sentada a la sombra de una encina, y coronada con las flores que había cogido en la montaña, contentábase con pintar las brillantes escenas que la rodeaban. Sus libros no eran sino unos catálogos de remedios para combatir las enfermedades del cuerpo, o colecciones de cánticos cuyas palabras aplacaban los dolores del alma. Empero, cuando se formaron corporaciones de sabios; cuando los filósofos, buscando la celebridad, que no la Naturaleza, intentaron hablar de las obras de Dios, sin haberlas amado, la incredulidad nació con el amor propio, y la ciencia degeneró en instrumento imperceptible de una regeneración empednececida.

Nunca la Iglesia ha hablado con tanta severidad contra los estudios filosóficos como los diferentes filósofos que hemos citado en estos capítulos. Si se la acusa de haber desconfiado un poco de esas letras *que nada curan*, como dice Séneca, será también preciso condenar esa multitud de legisladores, de hombres de Estado y de moralistas, que se han expresado con mucha mayor energía que la religión cristiana contra el peligro, la incertidumbre y la obscuridad de las ciencias.

¿Dónde descubrir la verdad? ¿Será en Locke, tan ensalzado por Condillac, o en Leibnitz, que tan débil en *ideología* juzgaba a Locke, o en Kant, que ha atacado en nuestros días a Locke y a Condillac? ¿Daremos asenso a Minos, Licurgo, Catón, J. J. Rousseau, que destierran las ciencias de sus repúblicas, o adoptaremos el parecer de los legisladores que las toleran? ¿Cuán espantosas lecciones si se dirige la vista en derredor! ¿Cuán vasto asunto de reflexiones no ofrece la historia del *árbol de la ciencia, que produce la muerte!* Siempre los siglos filosóficos han precedido a los siglos de destrucción.

La Iglesia no podía tomar, en una

1. BUFFON, *Hist. nat.* t. I, primer disc., p. 79.

cuestión que ha dividido la tierra, sino el partido que ha adoptado: detener o aflojar las riendas, atendiendo al espíritu de las cosas y de los tiempos; oponer la moral al abuso que el hombre hace de sus conocimientos, y procurar conservarle, para su felicidad, un corazón sencillo y una mente humilde.

Concluamos diciendo que la falta de nuestros días consiste en separar tal vez demasiado los estudios abstractos de los literarios. Aquellos pertenecen al espíritu, pertenecen éstos al corazón; por consiguiente, es preciso evitar el escollo de cultivar los primeros a expensas de los segundos, y de sacrificar la parte que ama a la parte que discurre. Mereced a una feliz combinación de conocimientos físicos y morales y, especialmente, mediante el concurso de las ideas religiosas, se conseguirá devolver a nuestra juventud aquella educación que formó en otro tiempo tantos eminentes varones. No debe creerse que nuestro suelo esté agotado, pues el hermoso suelo de Francia no necesita, para producir nuevas cosechas, sino ser cultivado un poco a la usanza de nuestros padres: es una de esas tierras venturosas donde reinan esos *genios* protectores de los hombres, y ese *soplo divino*, que en sentir de Platón, anuncia los climas favorables a la virtud ¹.

III

DE LOS FILÓSOFOS CRISTIANOS.—META-FÍSICOS.

Los ejemplos se presentan en apoyo de los principios; y una religión que reclama a Bacon, Newton, Bayle, Clarke, Leibnitz, Grocio, Pascal, Arnauld, Nicole, Malebranche, La Bruyère, (sin hablar de los Padres de la Iglesia, ni de Bossuet, ni de Fenelón, ni de Massillon, ni de Bourdaloue, a quienes no queremos contar aquí sino como oradores); esa religión, decimos, puede lisonjearse de ser favorable a la Filosofía.

Bacon es deudor de su celebridad a su tratado *On the Advancement of Learning*, y a su *Novum Organum Scientiarum*.

En el primero examina el círculo de las ciencias, clasificando cada objeto bajo su respectiva facultad; facultades de que enumera cuatro: el *alma* o la *sensación*, la *memoria*, la *imaginación*, y el *entendimiento*. Reduce las ciencias a tres: la *poesía*, la *historia* y la *filosofía*.

En la segunda obra rebate la manera de raciocinar por medio de silogismos, y propone la física experimental por único guía de la Naturaleza. Es grato aun leer la profesión de fe del ilustre canciller de Inglaterra, y la oración que acostumbraba recitar antes de entregarse al trabajo. Muy tierna es esta sencillez cristiana en un gran hombre. Cuando Newton y Bossuet descubrían humildemente sus augustas cabezas, al pronunciar el nombre de Dios, eran tal vez más dignos de admiración que cuando el primero pesaba esos mundos, cuyo polvo enseñaba el segundo a despreciar.

Clarke, en su *Tratado de la existencia de Dios*; Leibnitz, en su *Teodicea*, y Malebranche, en su *Investigación de la verdad*, se remontaron a tanta altura en metafísica, que nada han dejado que hacer después de ellos.

Es bastante singular que nuestro siglo se haya conceptuado superior en metafísica y en dialéctica al siglo anterior. Los hechos deponen contra nosotros: por cierto que Condillac, que nada nuevo ha dicho, no puede igualar por sí solo a Locke, Descartes, Malebranche, y Leibnitz, pues no hace sino tergiversar al primero, y extraviarse cuantas veces camina sin él. Por lo demás, la metafísica moderna se diferencia de la antigua en que separa, hasta donde le es posible, la imaginación de las percepciones abstractas. Hemos aislado las facultades de nuestro entendimiento, reservando el pensamiento para esta materia y el raciocinio para aquella otra. De aquí resulta que nuestras obras no tienen trabazón, y que nuestro espíritu, dividido, digámoslo así, en capítulos, presenta los inconvenientes de esas historias en que cada asunto se trata aparte. Mientras damos principio a un nuevo artículo, olvidamos el anterior; dejamos de ver el mutuo enlace de los hechos; caemos en la confusión

1. PLATÓN, de *Leg.*, lib. v.

a fuerza de método; y la multitud de conclusiones parciales nos impide llegar a la deducción general.

Cuando se trata, como en la obra de Clarke, de impugnar a los hombres que se jactan de ratiocinadores, y a quienes es preciso demostrar que uno razona tan bien como ellos, es muy conveniente emplear la manera firme y severa del doctor inglés; pero en los demás casos, ¿por qué habrá de preferirse esta sequedad a un estilo claro, aunque animado? ¿Por qué no apelar al corazón, así en una obra seria, como en un libro de mero pensamiento? Si se lee todavía la metafísica de Platón, no es, a fe, por otra cosa, sino porque presenta el colorido de una imaginación lozana. Nuestros últimos *ideólogos* han incurrido en un craso error al separar la historia del espíritu humano de la historia de las cosas divinas, sosteniendo que esto a nada positivo conduce y que sólo aquélla es de un uso inmediato. ¿Dónde, pues, radica la necesidad de conocer las operaciones del humano pensamiento, si no se trata de referirlas a Dios? ¿Qué me importa saber que recibo o no mis ideas por medio de los sentidos? Condillac dice: «Los metafísicos que me han precedido se han perdido en mundos quiméricos; sólo yo he dado con la verdad, y mi ciencia es altamente útil. Voy a deciros lo que son la conciencia, la atención y la reminiscencia.»

Mas, ¿de qué me servirá esto? Una cosa no es buena ni positiva sino cuando encierra una intención moral; por consiguiente, toda metafísica que no es teología, como la de los antiguos y la de los cristianos; toda metafísica que, abriendo un abismo entre el hombre y Dios, sostiene que no siendo éste otra cosa que tinieblas, no debemos ocuparnos de él, es frívola y peligrosa, porque carece de objeto.

La otra, al contrario, al asociarnos a la Divinidad, al darnos una noble idea de la grandeza y perfección de nuestro ser, nos dispone a pensar y obrar bien. Los fines morales se enlazan mediante este eslabón con esa metafísica que es entonces un camino más sublime para llegar a la virtud. Esto es lo que Platón llamaba por excelencia la *ciencia de los*

dioses, y Pitágoras la *geometría divina*. Cuando salva estos límites, la metafísica se convierte en un microscopio que descubre a nuestra curiosidad algunos objetos imperceptibles a simple vista, pero que, pueden ser ignorados o conocidos sin que formen o llenen un vacío en la existencia.

IV

CONTINUACIÓN DE LOS FILÓSOFOS CRISTIANOS.—PUBLICISTAS.

Mucho hemos encarecido en los últimos tiempos nuestra ciencia política; en vista de ello, pudiera decirse que nunca había oído el mundo moderno hablar de libertad, ni de las diferentes formas sociales. Acaso por esto mismo las hemos ensayado todas sucesivamente, con tanta oportunidad como feliz éxito. No obstante, Maquiavelo, Tomás Moro, Mariana, Bodin, Grocio, Puffendorf y Locke, filósofos cristianos, se ocuparon de la naturaleza de los gobiernos mucho antes que Mably y Rousseau.

No nos detendremos en el análisis de las obras de estos publicistas, de cuyos nombres basta hacer mención para probar que todos los géneros de gloria literaria pertenecen al cristianismo; en otra parte demostraremos lo que la libertad del linaje humano debe a esa religión, acusada de haber predicado la esclavitud.

Sería de desear, si renaciesen los escritos de política (lo que no permita Dios), que se empleasen en esta clase de obras los atractivos que les prestaban los antiguos. La *Cyropedia*, de Jenofonte, la *República* y las *Leyes*, de Platón, son a la vez graves tratados y libros llenos de encantos. Platón brilla en el arte de dar un giro maravilloso a las discusiones más estériles, pues sabe hacer agradable hasta la fórmula de una ley. Aquí se ve a tres ancianos que discurren yendo de Gnosio a la caverna de Júpiter, y que descansan a la sombra de los cipreses, en risueñas praderas; allí un homicida involuntario hace libaciones a Neptuno con un pie en el mar; más allá, un poeta extranjero es recibido con cantos y perfumes; apellídasele

hombre divino, coronábase de laureles, y se le acompaña con todo honor y decoro fuera del territorio de la república. De este modo tiene Platón cien medios ingeniosos para emitir sus ideas y atenuar hasta las sentencias más severas, considerando los delitos bajo un punto de vista religioso.

Obsérvese que los publicistas modernos han ensalzado el gobierno republicano, al paso que los escritores políticos de Grecia concedieron generalmente su preferencia al régimen monárquico. ¿Por qué así? Porque unos y otros aborrecían lo que tenían, y amaban lo que no tenían. No es otra, en verdad, la historia de todos los hombres.

Por lo demás, los sabios de la Grecia consideraban la sociedad en sus aspectos morales, siendo así que nuestros últimos filósofos la han examinado en sus relaciones políticas. Los primeros querían que el gobierno se derivase de las costumbres; los segundos aspiran que éstas sean producto de aquél. La filosofía de unos tenía por base la religión, la de los otros se apoya en el ateísmo. Platón y Sócrates decían a los pueblos: «Sed virtuosos, y seréis libres»; nosotros les decimos: «Sed libres, y seréis virtuosos.» Grecia fué venturosa con tales sentimientos. ¿Qué lograremos nosotros con los principios opuestos?

V

MORALISTAS.—LA BRUYÈRE.

Los escritores de un mismo siglo, por diferentes que sean relativamente al genio, tienen, no obstante, cierta analogía entre sí. Reconócese a los de la hermosa época de Francia en la firmeza de su estilo, en el desaliño de sus locuciones, en la sencillez de sus giros, y en cierta sintaxis grecolatina, que, sin perjudicar al genio de la lengua francesa, revela los modelos de que hicieron su preferente estudio.

Además, los literatos se dividen, por decirlo así, en partidos que siguen a éste o aquél maestro, a ésta o aquella escuela. Así, los escritores de *Port-Royal* se distinguían de los de la *Société*; así, Fenelón, Massillon y Fléchier

coinciden en algunos puntos, y Pascal, Bossuet y La Bruyère en algunos otros. Éstos son notables por cierta especie de rudeza de pensamiento y de estilo, que les es peculiar. Pero es preciso confesar que La Bruyère, que imita voluntariamente a Pascal¹, debilita algunas veces las pruebas y la índole de este genio eminente. Cuando el autor de los *Caracteres*, queriendo demostrar la pequeñez del hombre, dice: «Estás colocado, ¡oh Lucilo!, sobre una parte de este átomo, etc.», dista mucho de este fragmento del autor de los *Pensamientos*: «¿Qué es un hombre en el infinito? ¿Quién puede comprenderle?»

La Bruyère añade: «Sólo hay tres acontecimientos para el hombre: nacer, vivir y morir. No se siente nacer, sufre para morir, y se olvida de vivir.» Pascal pinta con más viveza nuestra nada. «El último acto es siempre sangriento, por hermoso que sea el resto de la comedia. Al fin, se arroja un puñado de tierra sobre la cabeza del hombre, y todo concluye para siempre.» ¡Cuán espantosa es esta última palabra! Primero se ve la *comedia*, luego la *tierra*, y al fin la *eternidad*. La especie de descuido con que se ha estampado esta frase, patentiza el ningún valor de la vida. ¡Cuán amarga indiferencia reina en esta breve y glacial historia del hombre²!

Como quiera que sea, La Bruyère es uno de los buenos escritores del siglo de Luis XIV. Ningún otro ha sabido dar más variedad a su estilo, más diversidad de formas a su lenguaje, más animación a sus ideas. Desciende de la elevada elocuencia a la dicción familiar, y pasa del estilo festivo al severo raciocinio, sin nunca ofender al gusto ni al lector. La ironía es su arma favorita; y, no menos filósofo que Teofrasto, su mirada abraza un número mayor de ob-

1. Especialmente en el capítulo de los *Espíritus fuertes*.

2. Este pensamiento fué suprimido en la pequeña edición de Pascal con las notas; los editores no han encontrado aparentemente que esto fuese de *bello estilo*. Nosotros hemos oído criticar la prosa del siglo de Luis XIV, como carente de armonía, de elegancia y de justeza en la expresión. Hemos oído decir: «Si Bossuet y Pascal resucitaran, no escribirían así.» Con esto se pretende que somos los escritores en prosa *por excelencia* y mucho más hábiles en el arte de coordinar las palabras. ¿No será que expresamos pensamientos vulgares en estilo rebuscado, mientras que los escritores del siglo de Luis XIV decían sencillamente grandes cosas?

jetos, siendo sus observaciones más originales y profundas. Teofrasto conjetura, La Rochefoucauld adivina; pero La Bruyère demuestra lo que pasa en el fondo de los corazones.

Inmenso triunfo es para la religión contar entre sus filósofos a un Pascal y a un La Bruyère. En vista de estos ejemplos, justo sería no aventurar con tanta ligereza que sólo los pequeños espíritus pueden ser cristianos.

«Si mi religión fuese falsa, dice el autor de los *Caracteres*, confieso que éste sería el lazo mejor tendido que se pueda imaginar: imposible es no dar en él. ¡Qué majestad! ¡Qué brillo de misterios! ¡Qué trabazón y enlace en toda su doctrina! ¡Cuán eminente razón! ¡Qué candor e inocencia de costumbres! ¡Cuán invencible e irrecusable fuerza de testimonios, presentados sucesivamente durante tres siglos, por millones de personas, las más sabias, las más morigeradas que a la sazón poblaban la tierra, y a quienes el sentimiento de una misma verdad sostenía en el destierro, en los calabozos, y hasta en presencia de la muerte!»

Si La Bruyère resucitase, muy sorprendido quedaría al ver a esa religión, cuya hermosura y excelencia confesaban los grandes hombres de su siglo, tratada de *infame*, de *ridícula* y de *absurda*. Creyendo, sin duda, que los que así la denostan son hombres muy superiores a los escritores que les han precedido, y que ante ellos son autores adocenados Pascal, Bossuet, Fenelón y Racine, abriría sus obras con un respeto mezclado de temor. Nos parece verle esperando hallar en cada línea algún descubrimiento del espíritu humano, algún pensamiento sublime, y aun tal vez algún hecho histórico anteriormente desconocido, que pruebe de una manera inconcusa la falsedad del cristianismo. ¿Qué pensaría, qué diría en su segundo asombro, que no tardaría en seguir al primero?

La Bruyère nos falta, pero la revolución ha renovado el fondo de los caracteres. La avaricia, la ignorancia y el amor propio se muestran bajo un nuevo aspecto. Estos vicios, que amalgamaban con la religión y la educación en el siglo de Luis XIV, confúndense actual-

mente con la impiedad y la grosería de las formas; debían tener, por lo tanto, colores más finos y matices más delicados en el siglo XVII; podían ser ridículos entonces, hoy son odiosos.

VI

CONTINUACIÓN DE LOS MORALISTAS

Hubo un hombre que a los doce años creó las matemáticas con *rayas y círculos*; que a los diez y seis compuso el más profundo tratado acerca de los cuerpos cónicos que se había visto desde la antigüedad; que a los diez y nueve redujo a una máquina una ciencia que reside por entero en el entendimiento; que a los veintitres demostró los fenómenos de la pesantez del aire, y destruyó uno de los grandes errores de la antigua física; que en una edad en que los demás hombres empiezan a nacer, habiendo acabado de recorrer el círculo de las ciencias humanas, echó de ver su nada y dirigió sus pensamientos a la religión; que desde aquel momento hasta el de su muerte, acaecida a sus treinta y nueve años, siempre débil y valedudinario, fijó la lengua que hablaron Bossuet y Racine, ofreció el modelo, así de la más perfecta jovialidad, como del más severo raciocinio; y, por último, que en sus breves intervalos de salud, resolvió, por abstracción, uno de los más intrincados problemas de la geometría: este portentoso talento se llamaba *Blas Pascal*.

Diffícil es no sentirse poseído de estupor cuando, al repasar los *Pensamientos* del filósofo cristiano, se tropieza en los seis capítulos que tratan de la naturaleza del hombre. Las opiniones de Pascal son dignas de atención, especialmente por la profundidad de su tristeza y por cierta indefinible inmensidad: el alma queda suspensa en medio de esos sentimientos, como en el infinito. Los metafísicos hablan de ese *pensamiento abstracto*, que no tiene propiedad alguna de la materia, que toca a todo sin cambiar de lugar, que vive por sí mismo, que no puede perecer porque es invisible, y que prueba terminantemente la inmortalidad del alma: esta defini-

ción del pensamiento parece haber sido sugerida a los metafísicos por los escritos de Pascal.

Hay un momento curioso de la filosofía cristiana y de la filosofía moderna: los *Pensamientos* de Pascal, comentados por los editores. Créese ver en ellos las ruinas de Palmira, soberbios restos del genio y del tiempo, a cuyo pie ha construido su mezquina cabaña el árabe del desierto.

Voltaire dijo: «Pascal hubiera sido sublime, si hubiese nacido un siglo después.»

Harto se comprende lo que significa ese *siglo después*. Pero una sola observación bastará para hacer ver que Pascal, *sofista*, hubiera sido muy inferior a Pascal, *cristiano*.

¿En qué lugar de sus escritos descuellos sobre los mayores genios el solitario de Port-Royal? En sus seis capítulos relativos al hombre. Pues bien: esos seis capítulos, que tratan enteramente de la caída original, *no existirían si Pascal hubiese sido incrédulo*.

Debemos dar cabida aquí a una importante observación. Entre las personas que han abrazado las opiniones filosóficas, unas no cesan de tronar contra el siglo de Luis XIV, mientras otras, haciendo alarde de imparcialidad, le conceden los *dones de la imaginación*, negándole las *facultades del pensamiento*. El siglo pensador por excelencia, dicen, es el XVIII.

Pero el hombre imparcial que lea con atención los escritos del siglo de Luis XIV, no tardará en descubrir que *nada se ha ocultado a su vista*, sino que, contemplando los objetos a mayor altura que nosotros, han despreciado las sendas en que nosotros hemos entrado; sendas a cuyo fin su ojo perspicaz había vislumbrado un abismo.

Podemos apoyar este aserto en mil pruebas. El haber sido religiosos tantos hombres superiores, ¿consistirá en haber ignorado las objeciones aducidas contra la religión? No olvidemos que Bayle publica en la misma época sus dudas y sofismas. ¿Quién no sabe que Clarke y Leibnitz se ocupaban en combatir la incredulidad, que Pascal *quería defender la religión*, que La Bruyère escribía su capítulo titulado *Los Espiri-*

tus fuertes, y Massillon su sermón sobre *La verdad del futuro*, y por último, Bossuet lanzaba sus palabras de fuego sobre los ateos? «¿Qué han visto, exclamaba, esos raros genios, más que los otros hombres? ¡Cuán supina ignorancia es la suya, y cuán fácil sería confundirlos si, tan débiles como jactanciosos, no temiesen ser instruidos! Porque ¿imaginan haber visto mejor las dificultades, por haber sucumbido a ellas, y que los otros que LAS HAN VISTO las han despreciado? Nada han visto, nada entienden, y ni aun tienen sobre qué establecer la nada en que esperan después de la presente vida, pues nada les garantiza ese miserable patrimonio.»

¿Y qué relaciones morales, políticas o religiosas, se han ocultado a Pascal? ¿Qué aspecto de las cosas ha dejado de tomar en cuenta? Si considera la naturaleza humana en general, hace de ella esa pintura, tan conocida y admirable: «Lo primero que se presenta al hombre cuando se mira, es su cuerpo, etc.» En otro lugar dice: «El hombre es una caña pensante, etc.» Preguntamos: ¿se ha mostrado Pascal un pensador vulgar, en todo esto?

Mucho se han extendido los escritores modernos acerca del poder de la opinión, pero Pascal es el primero que lo observó. Una de las cosas más terminantes que Rousseau aventuró en política, se lee en el *Discurso acerca de la desigualdad de las condiciones*. «El primero, dice, que habiendo cercado un terreno, osó decir: *esto es mío*, fué el verdadero fundador de la sociedad civil.» Ahora bien: ésta es casi literalmente la espantosa idea que el solitario de Port-Royal expresa, si bien con mucha mayor energía: «Este perro *es mío*, dijeron unos pobres niños; éste es mi lugar al sol; he aquí el principio y la imagen de la usurpación de toda la tierra.»

Y he aquí uno de esos pensamientos que hacen temblar por Pascal. ¿Qué hubiera sido de este gran hombre, a no ser cristiano? ¡Cuán adorable freno es esa religión, que sin impedirnos dirigir atrevidas miradas en nuestro derredor, nos impide precipitarnos en el abismo!

El mismo Pascal ha añadido: «Tres grados de elevación del polo trastornan

toda la jurisprudencia. Un meridiano decide de la verdad o de la breve fecha de una posesión. Las leyes fundamentales cambian, el derecho tiene épocas señaladas; ¡singular justicia, cuyos límites son un río, o una montaña, y en cuya virtud, lo que es verdad a este lado de los Pirineos, es error al opuesto.»

Ciertamente, el más osado pensador de este siglo, el escritor más resuelto a generalizar las ideas para subvertir el mundo, no se hubiera expresado con tanta vehemencia contra la justicia de los gobernantes y los prejuicios de las naciones.

Los insultos que hemos prodigado por filosofía a la naturaleza humana, han sido más o menos tomados de los escritos de Pascal. Pero suprimiendo de este raro genio la *misericordia* humana, no hemos sabido percibir como él la *grandeza*. Bossuet y Fenelón, el primero en su *Historia universal*, en sus *Advertencias* y en su *Política derivada de la Sagrada Escritura*, y el segundo en su *Telémaco*, han dicho todas las cosas esenciales acerca de los gobiernos. El mismo Montesquieu no ha hecho muchas veces otra cosa que desenvolver los principios del obispo de Meaux, como se ha notado con harta razón. Pudieran escribirse volúmenes de los diferentes pasajes favorables a la libertad y al amor de la patria, que se encuentran en los autores del siglo XVII.

¿Y qué no se intentó en este siglo? La igualdad de los pesos y medidas, la abolición de los trajes provinciales, la reforma del código civil y criminal, la repartición igual de los tributos: todos estos proyectos de que nos envanecemos han sido propuestos, examinados y hasta realizados, cuando se ha creído que las ventajas de la reforma han contrabalanceado sus inconvenientes. ¿No ha llegado Bossuet hasta el punto de pretender reunir la Iglesia protestante a la Iglesia romana? Al recordar que Bagnoli, Le Maître, Arnould, Nicole y Pascal se consagraron a la educación de la juventud, costará sin duda algún trabajo creer que esta educación sea más hermosa y sabia en nuestros días. Nuestros mejores libros clásicos son aún los de Port-Royal; y no haciendo otra cosa que repetirlos, ocultamos por lo regular

nuestros plagios en nuestras obras elementales.

Nuestra superioridad queda, pues, reducida a algunos progresos en los estudios naturales; progresos que pertenecen al transcurso del tiempo, y que no compensan en manera alguna la pérdida de imaginación que es su indeclinable consecuencia. El *pensamiento* es el mismo en todos los siglos, y le acompañan más particularmente, o las artes o las ciencias, pero no presenta su grandeza poética y toda su hermosura moral sino al influjo de las primeras.

Empero, si el siglo de Luis XIV concibió las ideas *liberales*¹, ¿por qué no hizo de ellas el mismo uso que nosotros? En verdad que no debemos envanecernos de nuestro ensayo. Pascal, Bossuet y Fenelón fueron más perspicaces que nosotros, pues conociendo tan bien, y aun mejor que nosotros, la naturaleza de las cosas, han conocido los peligros inherentes a las innovaciones. Aun cuando sus obras no probasen que abrigaron ideas filosóficas, ¿se podría creer que estos grandes hombres no habían advertido los abusos que se insinuaban por dondequiera, y que no conocían el lado débil y el lado fuerte de los hechos humanos? Su máxima era que *no debe hacerse un pequeño mal, ni aun para conseguir un gran bien*², especialmente por sistemas, cuyo resultado es casi siempre espantoso. No se atribuya a falta de talento que Pascal, que, como hemos demostrado, conocía tan a fondo el vicio de las leyes en el *sentido absoluto*, dijese en el *sentido relativo*: «¿Cuán acertado ha sido distinguir a los hombres por sus cualidades exteriores! ¿Quién pasará de nosotros dos? ¿Quién cederá el puesto al otro? ¿El menos entendido? Pero yo lo soy tanto como él; será, pues, preciso batirse por esto. No obstante, él tiene cuatro lacayos y yo sólo tengo uno, esto no admite duda, pues basta contarlos: debo, pues, cederle el paso, y seré un mentecato si se lo disputo.»

Esto responde a volúmenes de sofismas. El autor de los *Pensamientos*, so-

1. Barbarismo que la filosofía ha tomado de los ingleses. ¿Cómo es que nuestro *prodigioso amor a la patria* ha ido a buscar siempre sus palabras en un diccionario extranjero?

2. *Hist. de Port-Royal*.

metiéndose a los *cuatro lacayos*, es un filósofo asaz diferente de esos *pensadores* a quienes han irritado los cuatro lacayos.

En una palabra, el siglo de Luis XIV se mantuvo tranquilo, no porque hubiese desconocido tal o cual cosa, sino porque, al verla, la penetró hasta el fondo; porque examinó todos sus aspectos y peligros. Si no se arrojó a las ideas hoy dominantes, consiste en que les fué superior: no tomemos su poder por debilidad, pues su secreto y el nuestro se encierran en este pensamiento de Pascal:

«Las ciencias tienen dos extremidades que se tocan: la primera es la pura ignorancia natural en que nace el hombre; la segunda es aquella a que llegan las grandes almas, que habiendo recorrido la órbita de todo lo que los hombres pueden saber, conocen que nada saben, y se encuentran en la misma ignorancia de que partieron; pero ésta es una ignorancia sabia, que se conoce a sí misma. Algunos de los que salen de la ignorancia natural, y no pueden llegar a la otra, tienen una ligera tintura de esa ciencia jactanciosa, y blasonan de entendidos. Ellos trastornan el mundo, y juzgan peor que todos los demás. El pueblo y los hábiles determinan por lo regular la marcha del mundo; los demás los desprecian y son despreciados por ellos.»

Al llegar aquí, no podemos dejar de hacer una triste reflexión sobre nosotros mismos: Pascal había proyectado dar al mundo la obra de que hoy publicamos una tan pequeña y humilde parte. ¡Qué obra tan acabada no hubiera producido tal maestro! Si Dios no le permitió dar cima a su propósito, consiste quizá en que no conviene que ciertas dudas concernientes a la fe sean aclaradas, para que quede materia a esas tentaciones y a esas pruebas que forman los santos y los mártires.

LIBRO TERCERO

Historia.

I

DEL CRISTIANISMO EN LA MANERA DE ESCRIBIR LA HISTORIA

Si el cristianismo ha hecho progresar tanto las ideas filosóficas, debe necesariamente ser favorable al genio de la Historia, pues ésta no es otra cosa que una rama de la filosofía moral y política. El que rechace las sublimes nociones que la religión nos da acerca de la Naturaleza y de su autor, se priva voluntariamente de un recurso fecundo de imágenes y pensamientos.

En efecto, el que mejor conocerá a los hombres será el que haya meditado más largo tiempo sobre los designios de la Providencia; el que pueda desenmascarar la sabiduría humana será el que haya penetrado las miras de la sabiduría divina. Los proyectos de los reyes, las abominaciones de las ciudades, las vías inicuas y tortuosas de la política, la agitación de los corazones al secreto móvil de las pasiones, esas inquietudes que se apoderan algunas veces de los pueblos, esos tránsitos del poder del monarca al vasallo, del noble al plebeyo, del rico al pobre: todos estos resortes quedarían sin explicación satisfactoria, a no haber asistido, por decirlo así, al consejo del Altísimo, con esos diferentes espíritus de fuerza, de prudencia, de debilidad y de error, que envía a las naciones que se propone salvar o perder.

Colóquese la eternidad en el fondo de la historia de los tiempos, y refiérase todo a Dios, como a la causa universal. Ensálcense cuanto se quiera al que, dirigiendo los secretos de nuestros corazones, hace brotar los más trascendentes acontecimientos de los más oscuros manantiales. Dios, atendiendo a los reinos de los hombres; la impiedad, esto es, la ausencia de las virtudes morales, considerada como razón inmediata

de las calamidades de los pueblos : he aquí, en nuestro concepto, una base histórica mucho más noble, y mucho más cierta también que la primera.

Y para exhibir un ejemplo en nuestra revolución, dígasenos si fueron causas ordinarias las que en el discurso de algunos años desnaturalizaron nuestras inclinaciones, y afectaron entre nosotros la sencillez y la grandeza que caracterizan el corazón humano. Habiéndose retirado del pueblo el espíritu de Dios, sólo quedó fuerza en el pecado original, que recobró su imperio, como en los días de Caín y de su raza. Todo aquel que aspiraba a hacer uso de su razón, sentía en sí cierta impotencia para el bien ; todo aquel que extendía una mano pacífica, la veía secada súbitamente ; la bandera roja tremolaba en las murallas de las ciudades ; declaróse la guerra a las naciones, y entonces se cumplieron las pavorosas palabras del profeta : *Los huesos de los reyes de Judá, los huesos de los sacerdotes, y los huesos de los habitantes de Jerusalén serán arrojados fuera de sus sepulcros*¹. Culpable para con los recuerdos, el pueblo pisó las instituciones antiguas ; culpable para con las esperanzas, nada fundó en provecho de la posteridad ; los sepulcros y los niños fueron igualmente profanados. En esta línea de vida que nos ha sido transmitida por nuestros antepasados, y que prolongaremos más allá de nosotros, sólo se apreciaba el punto presente ; y cada cual, consagrándose a su propia corrupción, como a un abominable sacerdocio, vivía como si nada le hubiese precedido, como si nada debiese sucederle.

En tanto que este espíritu de perdición devoraba interiormente a Francia, un espíritu de salvación la protegía en lo exterior. Sólo tenía prudencia y grandeza en sus fronteras ; todo en su interior estaba abatido, todo triunfaba en lo exterior. La patria, que no se hallaba ya en sus hogares, sino en un campamento sobre el Rin, como en los tiempos de la raza de Meroveo, presentaba la imagen del pueblo judío, expulsado de la tierra de Gessen, y subyugando en el desierto las naciones bárbaras.

Tal combinación de hechos no tiene un principio natural en los acontecimientos humanos. Sólo el escritor religioso puede describir aquí un profundo designio del Omnipotente ; si las potencias coligadas sólo se hubiesen propuesto hacer cesar las violencias de la revolución, y dejar luego a Francia el cuidado de reparar sus males y sus errores, quizá lo hubieran logrado. Pero Dios vió la iniquidad de las cortes, y dijo al soldado extranjero : «Romperé la espada en tu mano, y no destruirás el pueblo de San Luis.»

Así conduce la religión a la explicación de los hechos más incomprensibles de la Historia. Además, hay en el nombre de Dios un poder colosal que sirve para imprimir al estilo cierta maravillosa entonación ; de modo que el escritor religioso es casi siempre el más elocuente. Sin religión se puede tener talento, pero es difícil tener genio. Añadamos que en el historiador de fe se advierte cierto tono, y por decirlo así, cierto sabor de honradez, que induce a dar asenso a lo que narra, siendo así que se desconfía del historiador sofista, porque presentando casi siempre a la sociedad bajo un punto de vista repugnante, nos sentimos inclinados a mirarle como un perverso o un impostor.

II

CAUSAS GENERALES QUE HAN IMPEDIDO A LOS ESCRITORES MODERNOS BRILLAR EN LA HISTORIA.—PRIMERA CAUSA : BELLEZA DE LOS ASUNTOS ANTIGUOS.

Preséntase aquí una objeción : si el cristianismo es favorable al genio de la Historia, ¿por qué los escritores modernos son generalmente inferiores a los antiguos en esta profunda e interesante parte de las letras?

Empezamos replicando que el hecho que en esta objeción se supone no es de rigurosa verdad, toda vez que uno de los más hermosos monumentos históricos que existen entre los hombres, el *Discurso acerca de la Historia universal*, ha sido dictado por el espíritu del cristianismo. Pero, prescindiendo por un momento de esta obra, las causas de

1. JEREMÍAS, cap. VIII, v. 1.

nuestra inferioridad en Historia, si tal inferioridad existe, merecen ser examinadas.

Estas causas nos parecen de dos clases : unas se refieren a la *Historia*, otras al *historiador*.

La historia antigua presenta un cuadro, nunca reproducido por los tiempos modernos. Los griegos son notables por la grandeza de los hombres, mientras que los romanos lo son por la grandeza de las cosas. Atenas y Roma salieron del estado natural para llegar al último grado de civilización, y recorrieron toda la escala de las virtudes y los vicios, de la ignorancia y de las artes. Se ve crecer al hombre y a su pensamiento : primeramente niño, luego atacado por las pasiones en la juventud, fuerte y prudente en la edad madura, débil y corrompido en su vejez. El Estado sigue al hombre, pasando del gobierno real o paternal al gobierno republicano, y cayendo en el despotismo en su decrepitud.

Aunque los pueblos modernos presentan, como en breve diremos, épocas interesantes, reinados famosos, retratos brillantes, acciones sorprendentes, debemos confesar, no obstante, que no suministran al historiador ese conjunto de cosas y esa elevación de lecciones que hacen de la historia antigua un todo completo y una pintura acabada. No han empezado por el primer paso, no se han formado gradualmente a sí mismos, sino que han sido trasladados, desde los bosques y el estado salvaje, a las ciudades y al estado civil; son unas ramas jóvenes injertas en un tronco antiguo. Así, pues, todo es tinieblas en su origen; a la vez que vemos en ellos grandes vicios y grandes virtudes, vemos también una grosera ignorancia y vivos destellos de luz, nociones vagas de justicia y de gobierno, y una mezcla confusa de costumbres y de lenguaje : esos pueblos no pasaron, ni por ese estado en que las buenas costumbres forman leyes, ni por ese otro en que las buenas leyes forman las costumbres.

Cuando esas naciones se sientan sobre las ruinas del mundo antiguo, otro fenómeno detiene al historiador : todo se presenta súbitamente arreglado, todo ofrece un aspecto uniforme; monar-

quías en todas partes, y apenas algunas pequeñas repúblicas que se transforman por sí mismas en principados, para ser absorbidas por los reinos vecinos. Al mismo tiempo se desarrollan las ciencias y las artes, pero tranquilamente y en la obscuridad. Prepáranse, por decirlo así, destinos humanos, y dejan de influir en la suerte de los imperios. Relegados a una clase de ciudadanos, conviértense más bien en un objeto de lujo y de curiosidad, que en un nuevo sentido de las naciones.

Así se consolidaron los gobiernos a la vez, y una balanza religiosa y política estableció el nivel en las diferentes partes de Europa; nada más se destruyó, y el más humilde Estado moderno puede prometerse una duración igual a la de los imperios de Ciro y de los Césares. El cristianismo, áncora a que se asieron tantas naciones inseguras, retiene en el puerto a esos Estados, que se estrellarían tal vez si rompen la amarra común a que la religión los mantiene sujetos.

Al comunicar a los pueblos esta uniformidad, y por decirlo así, esta monotonía de costumbres que las leyes imprimían al Egipto, e imprimen aún a la India y a la China, el cristianismo ha debilitado necesariamente los colores de la Historia menos vivos. Esas virtudes generales, como la humanidad, y el pudor y la caridad, que ha substituído a las dudosas virtudes políticas; esas virtudes, decimos, representan también un papel menos importante en el teatro del mundo. Como son verdaderas virtudes, evitan la luz y el estrépito; por esta razón hay en los pueblos modernos cierto silencio y cierta abstracción de negocios que desconcierta al historiador. No nos lamentemos de ello, toda vez que el hombre moral es, entre nosotros, muy superior al hombre moral de los antiguos. Nuestra razón no está pervertida por un culto abominable, ni adoramos monstruos; el impudor no camina con la cerviz erguida entre los cristianos; no tenemos gladiadores ni esclavos. No ha mucho que la sangre nos horrorizaba. ¡ Ah! No envidiemos a los romanos su Tácito, si hemos de comprarlo a precio de su Tiberio.

III

SEGUNDA CAUSA: LOS ANTIGUOS HAN APURADO TODOS LOS GÉNEROS DE HISTORIA, EXCEPTO EL GÉNERO CRISTIANO.

A esta primera causa de inferioridad de nuestros historiadores, derivada de la naturaleza misma de los objetos, es preciso agregar otra, relativa al modo con que los antiguos han escrito la Historia; agotados por ellos todos sus colores, si el cristianismo no le hubiese suministrado un carácter nuevo de reflexiones y pensamientos, la Historia hubiera quedado eternamente cerrada a los modernos.

Joven y brillante en tiempo de Herodoto, presentó a los ojos de Grecia la pintura del nacimiento de la sociedad y de las primitivas costumbres de los hombres. Se tenía entonces la ventaja de escribir los anales de la fábula, escribiendo los de la verdad. No se estaba obligado más que a saber pintar, pues eran superfluas las reflexiones, hallándose los vicios y las virtudes de las naciones en su edad poética.

A otros tiempos sucedieron otras costumbres. Tucídides careció de esos cuadros del origen del mundo, pero entrando en un campo aun no cultivado por la Historia, retrató con severidad los males causados por las discordias políticas, dejando a la posteridad ejemplos que nunca utiliza el hombre.

Jenofonte descubrió a su vez una nueva senda. Sin caer en la prolijidad, sin perder nada de la elegancia ática, dirigió una mirada benévola al corazón humano, y se hizo el padre de la historia moral.

Colocado en un teatro más espacioso, y en el único país donde se conocieron dos clases de elocuencia, la de la política y la del *Forum*, Tito Livio las empleó en sus narraciones: fué el orador de la Historia, así como Herodoto había sido su poeta.

Finalmente, la corrupción humana y los reinados de Tiberio y de Nerón hicieron nacer el último grado de la Historia, esto es, el género filosófico. Las causas de los sucesos buscadas por

Herodoto entre los dioses, fueron halladas por Tucídides en las constituciones políticas, por Jenofonte en la moral, por Tito Livio en la reunión de estas diferentes causas, y por Tácito en la perversidad del corazón humano.

No es esto decir que tan eminentes historiadores brillen exclusivamente en el género que nos hemos permitido atribuirles, sino que nos ha parecido que es el dominante en sus escritos. Entre estos caracteres primitivos de la Historia; hállese matices que no fueron desaprovechados por los historiadores de un orden inferior. Así es que Polibio figura entre el político Tucídides y el filósofo Jenofonte; Salustio participa a la vez del estilo de Tácito y del de Tito Livio; pero el primero le excede en fuerza de pensamiento, y el segundo en la hermosura de la narración; Suetonio escribía sin comentarios y sin disfraz; Plutarco añadió la moralidad; Veleyo Patérculo aprendió a generalizar la Historia, sin desfigurarla; Floro hizo de ella un resumen filosófico; por último, Diodoro de Sicilia, Trogo Pompeyo, Dionisio de Halicarnaso, Cornelio Nepote, Quinto Curcio, Aurelio Víctor, Amiano Marcelino, Justino, Eutropio y otros que omitimos o no recordamos, llevaron la Historia a los tiempos que cayó en manos de los autores cristianos; época en que todo cambió en las costumbres humanas.

No sucede con las verdades lo mismo que con las ilusiones; éstas son inagotables, en tanto que el círculo de las primeras es limitado; la poesía es siempre nueva, porque el error nunca envejece, y esto constituye su encanto a los ojos de los hombres. Pero en moral y en historia, no se puede salir del reducido campo de la verdad, y es preciso, aunque lo contrario se intente, descender a observaciones conocidas. ¿Qué sendero histórico no recorrido pudieran emprender los modernos? Estos no podían dejar de imitar, y aun en estas imitaciones, muchas causas les impedían llegar a la altura de sus modelos. Como poesía, el origen de los catos, de los téuteros y de los maticos, nada presentaba de ese brillante Olimpo, de esas ciudades construídas al son de la lira, y de esa niñez encantada de los helenos y de

los pelasgos; como política, el regimen feudal se oponía a las grandes lecciones; como elocuencia, no se conocía sino la del púlpito; como filosofía, los pueblos no eran aún bastante desgraciados ni bastante corrompidos para que hubiese empezado a brillar.

No obstante, se imitó con mejor o peor éxito. Bentivoglio en Italia, calcó su estilo sobre el de Tito Livio, y sería elocuente si no fuese afectado. Dávila, Guicciardini y fray Pablo ostentaron más sencillez, y Mariana en España desplegó no vulgares talentos; pero, por desgracia, este ardiente jesuita deshonoró un género de literatura cuyo principal mérito es la imparcialidad. Hume, Robertson y Gibbon han seguido más o menos las huellas de Salustio y Tácito; pero este historiador ha producido dos hombres tan eminentes como él: Maquiavelo y Montesquieu.

Tácito debe ser elegido por modelo, aunque con precaución: menos inconvenientes hay en seguir a Tito Livio. La elocuencia del primero es demasiado peculiar para ser ensayada por quien no esté dotado de su genio. Tácito, Maquiavelo y Montesquieu han formado una escuela peligrosa, introduciendo esas palabras atrevidas, esas frases descarnadas y esos giros rápidos que, bajo cierta apariencia de laconismo, adolecen de obscuridad y mal gusto.

Dejemos, pues, tal estilo a esos genios inmortales que, merced a diferentes causas, se han creado un género a parte, que sólo ellos pueden sostener y que es peligroso imitar. No olvidemos que los escritores de los buenos siglos literarios han ignorado esa afectada concisión de ideas y de lenguaje. Los pensamientos de los Tito Livio y de los Bossuet son fecundos, y se enlazan mutuamente; cada palabra brota en ellos de la palabra anterior y es el germen de la siguiente. Los ríos caudalosos, si se nos permite esta imagen, no corren a saltos, ni a intervalos, ni en línea recta, sino que arrastran desde su lejano manantial sus aguas, que aumentan sin cesar; su corriente es anchurosa en las llanuras; abraza en sus rodeos inmensos las ciudades y los bosques, y tributan al enriquecido Océano raudales capaces de llenar sus abismos.

IV

¿POR QUÉ LOS FRANCESES SÓLO TIENEN MEMORIAS?

He aquí una cuestión que afecta exclusivamente a los franceses: ¿por qué no tenemos sino Memorias en vez de Historia, y por qué éstas son en su mayor parte excelentes?

El francés ha sido en todos los tiempos, aun en los de la barbarie, vano, ligero y sociable. Reflexiona poco sobre el conjunto de los objetos, pero observa minuciosamente sus pormenores, porque su golpe de vista es rápido, seguro y perspicaz: necesita hallarse siempre en escena, y no puede avenirse, ni aun como historiador, a desaparecer por entero. Las Memorias le dejan en libertad de entregarse a su genio, pues en ellas refiere sus propias observaciones, siempre delicadas y algunas veces profundas, sin abandonar el teatro de los hechos. Complácese en decir: *Me hallaba allí, el rey me dijo... Supe del principio... Aconsejé, preví el bien y el mal.* Su amor propio se da por satisfecho con esto; pone de manifiesto su espíritu ante el lector, y su deseo de mostrarse ingenioso pensador suele conducirle a pensar bien. Además, en este género de historia no se ve en la precisión de renunciar a sus pasiones, de las que no se desprende fácilmente. Se entusiasma por ésta o aquella causa, por éste o aquél personaje; y ora insultando el partido contrario, ora burlándose de aquel en que milita, desahoga a la vez su venganza y su tendencia satírica.

Desde el señor de Joinville hasta el cardenal de Retz; desde las Memorias del tiempo de la Liga hasta las del tiempo de la Fronda, este carácter se revela en todas partes, advirtiéndose hasta en el circunspecto Sully. Mas, cuando se trata de emplear en la Historia este arte de los pormenores, las relaciones cambian y los ligeros matices desaparecen en los grandes cuadros, cual las leves arrugas que rizan la superficie del Océano. Obligados entonces a generalizar nuestras observaciones, tropezamos en el escollo del espíritu

sistemático. Por otra parte, no pudiendo hablar explícitamente de nosotros mismos, nos ocultamos detrás de nuestros personajes. Somos secos y minuciosos en la narración, porque hablamos mejor que referimos; y pequeños o vulgares, en las reflexiones generales, porque sólo conocemos a fondo al hombre de nuestra sociedad¹.

Por último, la vida privada de los franceses es poco favorable al genio de la historia. La paz del alma es indispensable a todo el que se propone concienzudamente hablar acerca de los hombres; pero nuestros literatos, que en su mayor parte viven sin familia o lejos de ella, que ostentan en el mundo pasiones turbulentas y días miserablemente consagrados a los triunfos del amor propio, se hallan, en virtud de sus costumbres, en contradicción abierta con la gravedad histórica. El hábito de encerrar nuestra existencia dentro de un círculo, limita necesariamente nuestra vista y amengua nuestras ideas. Ocupados en demasía de una naturaleza convencional, la verdadera naturaleza pasa desapercibida para nosotros; no reflexionamos sobre ella sino a fuerza de talento y como por casualidad, y cuando somos exactos, anunciamos menos un hecho observado que una mera adivinación.

Concluamos, pues, que el escaso mérito de los modernos en Historia, debe atribuirse a las vicisitudes de los acontecimientos humanos, a un diferente orden de cosas y de tiempos, a la dificultad de hallar nuevas sendas en moral, en política y en filosofía; y por lo que a los franceses concierne, la causa de la singularidad de no tener en general sino buenas Memorias, debe hallarse en su propio carácter.

Hase querido ver la razón de este hecho en causas de índole política, y se ha dicho que si la Historia no se ha remontado en Francia a la altura a que llegó entre los antiguos, consiste en que su genio independiente se ha visto siempre encadenado. Parécenos que seme-

jante aserto choca directamente con los hechos. En ningún tiempo, en ningún país, sea cual fuere su forma de gobierno, ha sido más lata la libertad de pensar que en la Francia monárquica. Es verdad que pudieran citarse algunos actos de opresión, algunas censuras rigurosas o injustas, mas no equivaldrían al número de ejemplos contrarios. Ábranse nuestras Memorias, y en ellas se hallarán en cada página las verdades más duras, y no pocas veces las más depresivas, fulminadas contra los reyes, los nobles y el clero. Nunca han doblado servilmente los franceses su cuello bajo el yugo; lejos de ello, se han desquitado siempre, merced a la independencia de sus opiniones, de las restricciones que les imponían las formas monárquicas. Los *Cuentos* de Rabelais, el tratado de la *Eslavitud voluntaria* de La Boétie, los *Ensayos* de Montaigne, la *Sabiduría* de Charron, las *Repúblicas* de Bodin, los escritos en favor de la Liga y el tratado en que Mariana llega hasta defender el regicidio, prueban harto satisfactoriamente que no es sólo en nuestra época cuando se permite examinarlo todo. Si el título de ciudadano es el que, con preferencia al de vasallo, constituye exclusivamente al historiador, ¿por qué Tácito, el mismo Tito Livio, y entre nosotros el obispo de Meaux y Montesquieu han hecho oír sus severas lecciones bajo el cetro de los amos más absolutos de la tierra? Ciertamente, que al condenar los vicios y al elogiar la virtud, esos brillantes genios no creyeron que la libertad de escribir consistiese en atacar los gobiernos y trastornar las bases del deber; y en verdad, que si tan pernicioso uso hubiesen hecho de su talento, Augusto, Trajano y Luis les hubieran condenado al silencio. Pero esta especie de dependencia ¿no es más un bien que un mal? Cuando Voltaire se sometió a una censura legítima, nos dió a *Carlos XII* y *El siglo de Luis XIV*; mas cuando rompió todo freno, sólo acertó a producir su *Ensayo sobre las costumbres*. Verdades hay que son la fuente de los más graves desórdenes, porque concitan las pasiones; y no obstante, a no ser que una justa autoridad nos selle los labios, son precisamente las que más nos complacemos en emi-

1. Ya sabemos que existen excepciones y que algunos escritores franceses se han distinguido como historiadores. Hacemos justicia a su mérito, pero las objeciones que se pueden hacer no destruyen el hecho general.

tir, porque satisfacen a la vez la malignidad de nuestros corazones, corrompidos por la caída, y nuestra primitiva inclinación a la verdad.

V

ASPECTO HERMOSO DE LA HISTORIA
MODERNA

Justo es ahora considerar el reverso de las cosas, y demostrar que la historia moderna pudiera llegar a ser interesante, si fuese tratada por un ingenio esclarecido. El establecimiento de los francos en las Galias, Carlomagno, las Cruzadas, la Caballería, una batalla de Bouvines, un combate de Lepanto, un Conradino en Nápoles, un Enrique IV en Francia y un Carlos I en Inglaterra, simbolizan épocas memorables, costumbres singulares, acontecimientos famosos y trágicas peripecias. Pero el punto de vista interesante para el historiador moderno, es el cambio que el cristianismo ha llevado a cabo en el orden social. Al dar nuevas bases a la moral, el Evangelio modificó el carácter de las naciones, creando en Europa hombres enteramente diferentes de los antiguos, por las opiniones, los gobiernos, los trajes, los usos, las ciencias y las artes.

¡Y qué rasgos característicos no presentan las nuevas naciones! Aquí vemos a los germanos, pueblo donde la corrupción de los grandes nunca influyó sobre los pequeños, donde la indiferencia de los primeros por la patria no impidió a los segundos amarla; pueblos donde el espíritu de la revolución y fidelidad, de esclavitud y de independencia, no se ha desmentido desde los días de Tácito.

Allí se dejan ver esos bátavos que tienen el talento por buen sentido, el genio por industria, las virtudes por frialdad, y las pasiones por razón.

Italia, con sus cien príncipes y sus brillantes recuerdos, forma un extraño contraste con la obscura y republicana Suiza.

España, separada de las demás naciones, presenta a la Historia un carácter aun más original: la especie de quietismo en que reposa, le será tal vez útil

algún día, pues cuando la corrupción haya gangrenado los pueblos europeos, esa nación podrá mostrarse de nuevo con brillo en la escena del mundo, porque el fondo de las costumbres subsiste en ella.

Mezcla de la sangre alemana y francesa, el pueblo inglés revela en todas partes su doble origen. Su gobierno, a la vez monárquico y aristocrático; su religión, menos pomposa que la católica, aunque más brillante que la luterana; su milicia, a la vez pesada y activa; su literatura, sus artes, su idioma, sus facciones, y hasta las formas del cuerpo, todo participa de las dos fuentes de que procede. Reune a la sencillez, a la calma, al buen sentido y a la lentitud germánicos, la brillantez, el entusiasmo y la viveza del carácter francés.

Los ingleses brillan por su espíritu público, los franceses por su honor nacional; las bellas cualidades del genio francés, más son dones del favor divino que frutos de una educación política; los franceses, a semejanza de semidioses, participan menos de la tierra que del cielo.

Hijos primogénitos de la antigüedad, romanos por su genio, son griegos por su carácter. Inquietos y versátiles en la prosperidad, constantes e invencibles en el caso adverso, formados para las artes, y civilizados hasta el exceso durante la calma del Estado; groseros y salvajes en los disturbios políticos; fluctuantes cual bajeles sin lastre, a merced del viento de las pasiones; ahora en los cielos, y un momento después en los abismos; entusiastas por el bien y por el mal, practicando el primero sin exigir remuneración, y el segundo sin sentir remordimientos; dando al olvido sus crímenes y sus virtudes; amantes pusilánimes de la vida en la paz, y pródigos de ella en las batallas; vanos, sarcásticos, ambiciosos; a la vez rutinarios e innovadores; despreciadores de todo lo extranjero; individualmente los más amables de los hombres, y colectivamente los más desagradables de todos; encantadores en su propio país, e insoportables en los extraños; alternativamente más inofensivos e inocentes que el cordero, y más implacables y feroces que el tigre: tales fueron los antiguos

atenienses, y tales son los franceses modernos.

Así, después de haber pesado las ventajas y las desventajas de la historia antigua y de la historia moderna, es tiempo de consignar que si los historiadores de la antigüedad son en general superiores a los nuestros, esta verdad experimenta, no obstante, grandes excepciones. Vamos a demostrar que, merced al genio del cristianismo, el talento francés ha llegado en Historia casi a la misma perfección que en los demás ramos de la literatura.

VI

VOLTAIRE, HISTORIADOR

«Voltaire, dice Montesquieu, nunca escribirá una buena historia, porque es como los frailes, que no escriben para el asunto de que tratan, sino para la gloria de su Orden. Voltaire escribe para su convento.»

Este juicio, aplicado al *Siglo de Luis XIV* y a la *Historia de Carlos XII*, es demasiado severo, si bien es justo relativamente al *Ensayo acerca de las costumbres de las naciones*¹. Dos nombres asustan especialmente a los impugnadores del cristianismo: Pascal y Bossuet. Era, pues, preciso atacarlos, y procurar destruir indirectamente su autoridad. De esta necesidad ha nacido la edición de Pascal con notas, y el *Ensayo* que se pretendía oponer al *Discurso sobre la Historia universal*. Nunca, empero, el partido antirreligioso, muy sagaz por otra parte, incurrió en tamaña falta, ni proporcionó triunfo mayor al cristianismo. ¿Cómo Voltaire, hombre dotado de tan buen gusto y de un criterio tan exacto, no comprendió el peligro de una lucha cuerpo a cuerpo con Bossuet y Pascal? Sucedióle en Historia lo mismo que le ocurría siempre en poesía: al declamar contra la religión, sus más hermosas páginas son páginas cristianas, como lo acredita este retrato de San Luis.

«Luis IX parecía un príncipe llamado a reformar a Francia, civilizándola, y a

ser en todo el modelo de los hombres. Su piedad, que era la de un anacoreta, no le robó ninguna de las virtudes propias de un monarca, y una prudente economía en nada perjudicó su liberalidad. Supo combinar una política profunda con una exacta justicia, y es tal vez el único soberano acreedor a este elogio. Prudente y firme en el consejo, intrépido en los combates, sin dejarse arrebatar, compasivo cual si siempre hubiera sido desgraciado, no es dado al hombre llevar más allá la virtud... Acometido de la peste a la vista de Túnez... se hizo acostar sobre ceniza, y expiró a los cincuenta y cinco años de edad con la piedad de un religioso y el denuedo de un gran hombre.»

En este retrato, por otra parte tan elegantemente escrito, ¿se propuso Voltaire rebajar su héroe, al compararlo con un anacoreta? No es posible ocultarlo; ¡pero, ved qué error! El doble contraste de las virtudes religiosas con las virtudes guerreras, y de la humanidad cristiana con la grandeza real, constituye aquí precisamente la parte dramática y la hermosura del cuadro.

El cristianismo encumbra necesariamente el brillo de las pinturas históricas, haciendo, digámoslo así, que los personajes se destaquen del lienzo, y que los vivos colores de las pasiones resalten sobre un fondo tranquilo y suave. Renunciar a su tierna y triste moral, sería renunciar al único medio nuevo de elocuencia que los antiguos han dejado a nuestra disposición. No dudamos que si Voltaire hubiese sido religioso, hubiera brillado en la Historia; fáltale tan sólo la gravedad, pero, a pesar de sus imperfecciones, es acaso, después de Bossuet, el primer historiador de Francia.

VII

FELIPE DE COMMINES Y ROLLÍN

Un cristiano posee en grado eminente las cualidades que un antiguo exige del historiador: un buen sentido para las cosas del mundo, y una expresión agradable¹.

1. Una palabra escapada a Voltaire en su *Correspondance* revela con qué verdad histórica y con qué intención escribió este *Essai*: «He puesto a los dos hombres en ridículo: es un golpe seguro.» (Año 1764 *Corresp. gén.*, t. V, p. 94.)

1. LUCIANO, *Comment il faut écrire l'histoire*, tradue. de Racine.

Como escritor de *Vidas*, Felipe de Commines se asemeja mucho a Plutarco, pero su sencillez es más franca que la del biógrafo antiguo; Plutarco, que no tiene por lo regular sino el buen criterio de mostrarse sencillo, corre voluntariamente tras el pensamiento, siendo un agradable impostor, que se vale de giros sin afectación.

Cierto que su instrucción es más vasta que la de Commines, y no obstante, el antiguo señor galo, con el Evangelio y su fe en los ermitaños, nos legó, a pesar de su ignorancia, memorias llenas de enseñanzas. Entre los antiguos era preciso ser docto para escribir; pero entre nosotros, un solo cristiano, cuyo único estudio es el amor a Dios, suele componer un libro admirable; esto es lo que hizo decir a San Pablo: «*El que desnudo de la caridad, imagine ser instruido, nada sabe.*»

Rollín es el Fenelón de la Historia, pues embellece como éste el Egipto y la Grecia. Los primeros tomos de su *Historia antigua* respiran el genio de la antigüedad; la narración del virtuoso rector es robusta, sencilla y tranquila; y el cristianismo, hablando por medio de su pluma, le presta la facultad de conmover profundamente. En sus escritos se describe el *hombre de bien*, cuyo corazón es una fiesta continua¹, según la maravillosa frase de la Escritura. No conocemos obras que brinden al alma más grato solaz. Rollín ha derramado sobre los crímenes de los hombres la calma de una conciencia pura, y la untuosa caridad de un apóstol de Cristo. ¡No veremos nunca renacer aquellos tiempos en que la educación de la juventud y la esperanza de la posteridad estaban confiadas en semejantes manos!

VIII

BOSSUET, HISTORIADOR

A pesar de lo expuesto, la obra en que puede admirarse la influencia del genio del cristianismo sobre el de la historia, es el *Discurso sobre la Historia universal*. El obispo de Meaux, político como Tucídides, moral como Jenofonte, elo-

cuenta como Tito Livio, y tan profundo y gran pintor como Tácito, emplea además un lenguaje grave y unos giros sublimes de que no hay ejemplo en parte alguna, exceptuando el principio del libro de los Macabeos.

Bossuet es más que un mero historiador: es un Padre de la Iglesia, es un sacerdote inspirado, sobre cuya frente, como sobre la del legislador de los hebreos, resplandece con frecuencia el rayo de luz. ¡Qué examen hace de la tierra! Hállase en mil lugares a la vez. Patriarca bajo la palmera de Tofel, ministro en la corte de Babilonia, sacerdote en Menfis, legislador en Esparta, ciudadano en Atenas y en Roma, cambia a su albedrío de tiempos y lugares, pasando así con la rapidez y la majestad de los siglos. Armado con la vara de la ley, e investido de una autoridad increíble, empuja en confuso tropel a los judíos y los gentiles al sepulcro, cierra personalmente la muchedumbre de las generaciones, y apoyándose en Isaías y en Jeremías, levanta sus lamentaciones proféticas a través del polvo y de las ruinas del género humano.

La primera parte del *Discurso sobre la Historia universal* es admirable por lo que respecta a la narración; la segunda por la sublimidad del estilo y la elevada metafísica de las ideas; y la tercera por la profundidad de las miras morales y políticas. Tito Livio y Salustio ¿han escrito algo más hermoso acerca de los romanos, que estas palabras del obispo de Meaux?

«El carácter del romano era, por decirlo así, el amor a su libertad y a su patria; una de estas cosas le hacía amar la otra, porque en el mero hecho de amar su libertad amaba también su patria, como a una madre que le alimentaba con sentimientos igualmente generosos y libres.

»Bajo el nombre de libertad, los romanos, a semejanza de los griegos, concebían un estado en que nadie era súbdito sino de la ley, y en que ésta era más poderosa que todos.»

Al oír cuanto se declama contra la religión, pudiera creerse que un sacerdote es necesariamente un esclavo, y que nadie, antes de nosotros, ha sabido discurrir dignamente acerca de la liber-

2. *Ecclesiast.*, cap. xxx, v. 27.

tad: quien tal imagine, lea el artículo de Bossuet acerca de los griegos y romanos.

¿Quién ha hablado mejor que él de los vicios y las virtudes? ¿Quién ha juzgado con más exactitud los acontecimientos humanos? De tiempo en tiempo hace brillar algunos de esos rasgos que no tienen modelo en la elocuencia antigua, y que proceden del mismo genio del cristianismo. Por ejemplo, después de haber admirado las pirámides de Egipto, añade: «Por extraordinarios que sean los esfuerzos del hombre, su nada se muestra en todas partes. Estas pirámides eran sepulcros; pero los reyes que las hicieron construir no tuvieron el poder de hacerse enterrar en ellas, y no pudieron gozar de su sepulcro ¹.»

No sabemos decir si es aquí mayor la grandeza del pensamiento que la valentía de la expresión. La palabra *gozar*, aplicada a un sepulcro, declara a la vez la magnificencia de éste, la vanidad de los Faraones que lo construyeron, la rapidez de nuestra existencia, y por último, la increíble nada del hombre, que no pudiendo poseer en la tierra otra realidad que la del sepulcro, se ve privado algunas veces de este estéril patrimonio.

Obsérvese que Tácito ha hablado de las Pirámides ², y que su filosofía no le sugirió nada comparable a la reflexión que la religión ha inspirado a Bossuet; influencia harto ostensible del genio del cristianismo en el alma de un gran hombre.

El retrato más hermoso de cuantos trazó Tácito, es el de Tiberio; pero queda borrado por el de Cromwell, porque Bossuet se muestra también historiador en sus *Oraciones fúnebres*. ¿Y qué diremos del grito de regocijo en que prorrumpe Tácito al hablar de los brúcteros, que se degollaban a la vista de un campamento romano? «Mediante el favor de los dioses, tuvimos el placer de contemplar este combate, sin tomar parte en él. Meros espectadores, vimos, ¡caso admirable!, a sesenta mil hombres degollarse a nuestra vista, para nuestro pasatiempo. ¡Ojalá, ojalá que

las naciones, si no nos profesan amor, abriguen a lo menos en sus corazones un recíproco y eterno aborrecimiento ¹.»

Oigamos ahora a Bossuet:

«En las épocas posteriores al Diluvio se dejaron ver esos devastadores de las provincias, llamados *conquistadores*, que, impulsados por la única sed de mando, exterminaron a tantos inocentes... Desde entonces, la ambición se burló, sin límite alguno, de la vida de los hombres, llegando al extremo de darse recíprocamente muerte, sin aborrecerse; pues el colmo de la gloria y la más hermosa de las artes fué destruirse unos a otros ².

Imposible parece no adorar una religión que tan diametral diferencia establece entre la moral de un Bossuet y la de un Tácito.

El historiador romano, después de referir que Trasilo había predicho a Tiberio que sería emperador, añade: «En vista de estos hechos y de algunos otros, ignoro si las cosas de esta vida... están sujetas a las leyes de una inmutable necesidad, o si únicamente dependen del acaso ³.»

Siguen a éstas palabras las opiniones de los filósofos, que Tácito refiere con suma gravedad, dando bien a entender que creía en las predicciones de los astrólogos.

La razón, la sana moral y la elocuencia se hallan también, en nuestro sentir, en el lenguaje del sacerdote cristiano. Dice así:

«Este largo encadenamiento de causas particulares que fundan y destruyen los imperios, depende de los secretos designios de la divina providencia. Dios empuña, en las alturas de los cielos, las riendas de todos los reinos, y tiene en su mano todos los corazones. Ya enfrena las pasiones, ya les suelta la brida, y por su medio conmueve al género humano... Conoce nuestra sabiduría, siempre limitada por algún lado; y ora la ilumina y dilata sus alcances, ora la abandona a sus errores. La ciega, la precipita, la confunde por sí misma; entonces queda envuelta y presa en la red de sus propias sutilezas, y hasta sus

1. *Disc. sur l'Hist. univ.*, parte III.

2. *Ann.*, lib. II, 61.

1. TÁCITO, *Costumbres de los germanos*, XXXIII.

2. *Disc. sur l'Hist. univ.*

3. *Ann.*, lib. VI, 22.

precauciones se le convierten en nuevos lazos... Dios prepara estos efectos en las causas más lejanas, y descarga esos terribles golpes cuyo rechazo se hace sentir a tanta distancia... Mas, no se engañen los hombres : Dios encarrila, cuando así le place, el extraviado sentido ; y el que insultaba la ceguedad de los demás, cae a su vez en las tinieblas más densas, sin que por lo regular se necesite para ello otra cosa que verse rodeado de largas prosperidades.»

¡Cuán poco vale la elocuencia de la antigüedad, comparada con esta elocuencia cristiana !

LIBRO CUARTO

Elocuencia.

I

DEL CRISTIANISMO EN LA ELOCUCENCIA

El cristianismo suministra tantas pruebas de su excelencia que cuando se cree que sólo hay un asunto de que tratar, de repente se brinda a la pluma otro nuevo. Hablábamos de los filósofos, y he aquí a los oradores que vienen a pedirnos no les pasemos en silencio. Razonábamos acerca del cristianismo en las ciencias y en la historia, y el cristianismo nos llama ya para que presentemos al mundo los mayores efectos que se conocen de la elocuencia : Los modernos deben a la religión católica este arte de la palabra, que, si hubiese faltado a nuestra literatura, hubiera dado al genio antiguo una decidida superioridad sobre el nuestro. Este es uno de los más brillantes triunfos de nuestro culto ; y a pesar de todo cuanto se diga en elogio de Cicerón y Demóstenes, Massillon y Bossuet, pueden sin temor competir con ellos.

Los antiguos no conocieron sino la elocuencia judicial y política : la elocuencia moral, es decir, la elocuencia de todos los tiempos, gobiernos y países, no brilló en la tierra hasta la aparición del Evangelio. Cicerón defiende a un cliente ; Demóstenes impugna a un enemigo, o trata de reanimar el

amor patrio en un pueblo degenerado ; uno y otro sólo saben excitar las pasiones, y fundan la esperanza de conseguirlo en la agitación a que entregan los corazones. La elocuencia del púlpito ha buscado su victoria en una región más elevada : propónese atraer el alma combatiendo sus impulsos, y hacerse oír de ella aplacando sus pasiones. Dios y la caridad : he aquí su texto, siempre el mismo, inagotable siempre. No ha menester los bastardos manejos de una bandería política, ni las emociones populares, ni grandes circunstancias para brillar ; en la paz más profunda, en la tumba del más oscuro ciudadano sabe hallar sus más sublimes movimientos y excitar el interés en favor de una virtud ignorada, haciendo correr las lágrimas por un hombre de quien nunca se ha oído hablar. Incapaz de temor y de injusticia, da lecciones a los reyes, pero sin ultrajarlos, y consuela al pobre, sin contemporizar con sus vicios. No ignora la política ni las cosas terrenas : pero estos asuntos, que constituían los principales motivos de la elocuencia antigua, sólo son para ella razones secundarias ; las ve desde las alturas en que domina, como el águila descubre desde la cima de la montaña los mezquinos objetos de la llanura.

Lo que distingue la elocuencia cristiana de la elocuencia griega y romana, es *esa tristeza evangélica que es su alma*, según La Bruyère ; esa majestuosa melancolía de que se alimenta. Leemos una vez y quizá otra, las *Verrinas* y las *Catilinarias* de Cicerón, la oración de la *Corona* y las *Filípicas* de Demóstenes ; pero meditamos sin cesar y hojeamos noche y día las *Oraciones fúnebres* de Bossuet y los *Sermones* de Bourdaloue y Massillon. Los discursos de los oradores cristianos son libros, mientras los de los oradores de la antigüedad sólo son discursos. ¡ Con cuán maravilloso criterio reflexionan los santos doctores sobre las vanidades mundanas ! « Toda vuestra vida, dicen, sólo es la embriaguez de un día, y empleáis ese día persiguiendo las más locas ilusiones. Admitamos que llegáis al colmo de vuestros votos, y que gozáis de todos vuestros deseos ; pues bien : ¡ un momento después, la muerte habrá borrado todas

estas nada con vuestra propia nada!»

Ese género de meditación, tan grave y solemne, tan naturalmente adaptado al género sublime, fué de todo punto desconocido en los oradores de la antigüedad. Los paganos se consumían *tras las sombras de la vida*¹, porque ignoraban que la verdadera existencia empieza en la muerte. Sólo la religión cristiana fundó esa gran escuela de la tumba, en que se instruye el apóstol del Evangelio. Si Demóstenes y Cicerón han sido eminentes oradores, consiste en que fueron religiosos². Los miembros de la Convención, por el contrario, sólo presentaron talentos incompletos y jirones, por decirlo así, de elocuencia, porque atacaron la fe de sus padres, privándose de este modo de las inspiraciones del corazón³.

II

DE LOS ORADORES.—LOS PADRES DE LA IGLESIA.

La elocuencia de los doctores de la Iglesia tiene algo de imponente y augusto, cuya autoridad confunde y subyuga. Se siente que su misión procede de lo alto y que enseñan por mandato expreso del Omnipotente. No obstante, en medio de estas inspiraciones, su genio conserva la calma y la majestad.

San Ambrosio es el Fenelón de los Padres de la Iglesia latina. Es florido, fácil, abundante; y prescindiendo de ciertos defectos, propios de su siglo, sus obras ofrecen una lectura tan amena como instructiva; para convencerse de ello, basta leer su *Tratado de la Virgi-*

nidad¹, y el *Elogio de los Patriarcas*.

Al nombrar hoy a un *santo*, nos asalta al punto la idea de un fraile grosero y fanático, entregado por imbecilidad o por carácter a una superstición ridícula. Agustín ofrece, sin embargo, muy diferente cuadro: un joven, impetuoso y dotado de talento, se abandona a sus pasiones, pero, saciado en breve de todos los placeres, se admira de que los amores de la tierra no sean poderosos a llenar el vacío de su corazón. Dirige al cielo su alma inquieta, pues una voz desconocida le dice que en él reside esa suprema hermosura por que suspira: Dios le habla interiormente, y este hombre del siglo, que el siglo no ha podido satisfacer, halla al fin el descanso y la plenitud de sus deseos en el seno de la religión.

Montaigne y Rousseau nos han dado sus *Confesiones*; pero el primero se burló de sus lectores, y el segundo reveló vergonzosas torpezas, proponiéndose al juicio de Dios como un modelo de virtud. En las *Confesiones* de San Agustín se aprende a conocer al hombre cual es realmente. El santo no se confiesa a la tierra sino al cielo, y nada oculta al que ve todo; es un cristiano arrodillado en el tribunal de la penitencia, que llora sus faltas y las descubre para que el médico aplique a la llaga el conveniente remedio. No teme cansar con los pormenores de sus dolencias al que dijo estas palabras sublimes: *Es paciente, porque es eterno*. ¡Y qué retrato nos hace del Dios a quien confía sus errores!

«Vos sois infinitamente grande, dice, infinitamente bueno, infinitamente misericordioso, infinitamente justo; vuestra hermosura es incomparable, vuestra fuerza irresistible, vuestro poder sin límites. Siempre en acción, siempre en descanso, sostenéis, llenáis y conserváis el Universo; amáis sin pasión, sois celoso sin inquietudes, y al cambiar vuestras operaciones, jamás cambiáis vuestros designios... Pero ¿qué os digo aquí, Dios mío, y qué puedo decir hablando de Vos?»

El mismo hombre que trazó esta brillante imagen del verdadero Dios, va a

1. Ya hemos citado algunos fragmentos.

1. Jon.

2. Tienen inocentemente el nombre de los dioses en la boca: ved la invocación del primero a los manes de los héroes de Maratón, y el apóstrofe del segundo a los dioses despojados por Vario.

3. No se diga que los franceses no habían tenido tiempo de ejercitarse en la nueva palestra: la elocuencia es fruto de las revoluciones; se crea espontáneamente y sin cultura; el salvaje y el negro han hablado a veces como Demóstenes. Por otra parte, no faltaban modelos, ya que se tenía entre las manos las obras maestras del foro antiguo y las del foro sagrado donde el orador cristiano explica la ley eterna. Cuando M. de Montlosier exclamaba: «*Arrojados de sus palacios, y ellos se retirarán a la cabaña del pobre que alimentaron; quered sus cruces de oro, y ellos tomarán una cruz de madera. Una cruz de madera fué la que salvó al mundo*», tales expresiones no eran inspiradas por la demagogia, sino por la religión. Por último, Vergniaud se elevó a la grande elocuencia, en algunos pasajes de su discurso por Luis XVI, porque el asunto lo condujo a la región de las ideas religiosas: las pirámides, los muertos, el silencio y las tumbas.

hablarnos ahora con la más ingenua sencillez de sus errores juveniles :

«Partí al fin para Cartago, mas no bien hube llegado a esta ciudad, me vi asediado de multitud de culpables amores, que por todas partes se me presentaban... Parecíame insufrible un estado tranquilo, y sólo buscaba los caminos llenos de lazos y precipicios.

»Pero mi felicidad hubiera consistido no menos en ser amado que en amar, pues queremos hallar la vida en lo que amamos... ¡Caf, en fin, en las redes en que deseaba verme envuelto : fui amado, y poseía lo que anhelaba. Mas, ¡oh, Dios mío ! Entonces me hiciste conocer vuestra bondad y misericordia, abrumándome de amarguras, pues en lugar de las delicias que me había prometido, tan sólo conocí celos, sospechas, temores, cólera, discordias y frenesí.»

El tono sencillo, triste y apasionado de esta descripción ; esa conversión a la Divinidad y a la calma del cielo, en el momento en que el santo parece hallarse más agitado por las ilusiones de la tierra y por el recuerdo de los errores de su vida ; esta mezcla de pesar y de arrepentimiento está llena de encantos. No conocemos palabras llenas de más delicada ternura que éstas : «Mi felicidad hubiera consistido no menos en ser amado que en amar, *pues queremos hallar la vida en lo que amamos.*» San Agustín es quien dijo también estas palabras : «Un alma contemplativa se constituye a sí misma en una soledad.» *La Ciudad de Dios*, las Epístolas y algunos tratados del mismo Padre abundan en pensamientos de esta clase. San Jerónimo brilla por la lozanía de su imaginación, que no había podido apagar una erudición inmensa. La colección de sus epístolas es uno de los monumentos más curiosos de la literatura de los Padres. Pero, a imitación de San Agustín, tropezó en el escollo de los mundanos deleites.

San Jerónimo se complace en pintar la Naturaleza y la soledad : Desde el fondo de su gruta de Belén vió la caída del imperio romano : ¡ vastísimo asunto de reflexiones para un santo anacoreta ! Así es que la muerte y la vanidad de nuestros días ocupan incesantemente la imaginación del santo.

«Morimos y cambiamos a cada momento, escribe a uno de sus amigos, y no obstante, vivimos cual si fuésemos inmortales. El tiempo que empleo en estampar estas palabras, debe ser restado del número de mis días. Nos escribimos con frecuencia, mi querido Heliodoro, y nuestras cartas atraviesan los mares ; pero a medida que la nave huye, cada ola nos roba un momento de existencia¹.»

Bien así como San Ambrosio es el Fenelón de los Padres, Tertuliano es su Bossuet. Una parte de su defensa en favor de la religión pudiera servir aún hoy en la misma causa. ¡ Cosa por cierto extraña es que el cristianismo se vea actualmente en la necesidad de defenderse delante de sus hijos, como se defendía antiguamente delante de sus verdugos, y que la *Apologética para los GENTILES* haya llegado a ser la *Apologética para los CRISTIANOS* !

Lo más digno de atención en esta obra es el desarme del espíritu humano : éntrese al leerla en un nuevo orden de ideas, y se echa de ver que lo que allí se oye no es ya la primera antigüedad o el primer ensayo de la palabra humana.

Tertuliano habla como un moderno ; las causas de su elocuencia están tomadas en el círculo de las verdades eternas, que no en las apasionadas razones o en las circunstancias del momento, empleadas en la tribuna romana, o en la plaza pública de Atenas. Estos progresos del genio filosófico son evidente fruto de nuestra religión. Sin la absoluta prescripción de los falsos dioses y el establecimiento del verdadero culto, el hombre hubiera envejecido en una infancia interminable, porque manteniéndose siempre en el error, relativamente al primer principio, el resto de sus nociones hubiérase resentido más o menos de este vicio fundamental.

Los demás tratados de Tertuliano, y en particular los de la *Paciencia*, de los *Espectáculos*, de los *Mártires*, de los *Adornos de las mujeres* y de la *Resurrección de la carne*, abundan en hermosos rasgos. «No sé, dice el orador (increpando por su lujo a las mujeres

1. HIERON. *Epist.*

cristianas), no sé si unas manos acostumbra-
doras a los brazaletes, podrán so-
portar el peso de las cadenas, ni si unos
pies adornados de cintas se acostumbra-
rán al dolor de los grillos. Mucho temo
que una cabeza rodeada de sargas de
perlas y diamantes, no deje lugar algu-
no a la cuchilla¹.»

Estas palabras, dirigidas a unas mu-
jeres a quienes diariamente se conducía
al cadalso, brillan por su valor y su fe.

Duélenos no poder citar íntegra la
epístola a los mártires, que adquirió
más interés para nosotros después de
la persecución de Robespierre. «¡ Ilus-
tres confesores de Jesucristo!, exclama
Tertuliano: un cristiano encuentra en
su prisión las mismas delicias que los
profetas encontraban en el desierto...
No le llaméis calabozo, sino soledad.
Cuando el alma habita en el cielo, el
cuerpo no siente el peso de las cadenas,
y arrastra en pos a todo hombre.»

Este rasgo final es sublime.

Bossuet tomó del sacerdote de Carta-
go este pasaje tan terrible y admirable :
«Nuestra carne cambia pronto de natu-
raleza; nuestro cuerpo toma otro nom-
bre, hasta el de cadáver, dice Tertulia-
no, porque todavía nos muestra alguna
forma humana, le dura poco tiempo :
se transforma en un no sé qué, sin
nombre en ningún idioma²; ; tan cierto
es que todo muere en él, hasta esas pa-
labras fúnebres con que se designan sus
desventurados restos!»

Tertuliano era muy sabio, aunque él
se acusa de ignorancia, pues en sus escri-
tos se hallan detalles acerca de la vida
privada de los romanos, que en vano se
buscarían en otra parte, si bien los fre-
cuentes barbarismos y una latinidad
africana deshonran las obras de este
eminente orador. Suele también caer
en la declamación, y su estilo nunca es
seguro. «El estilo de Tertuliano es de
hierro, decía Balzac, pero confesemos
que con este hierro forjó armas de her-
moso temple.»

Según Lactancio, llamado el *Cicerón*
cristiano, San Cipriano es el primer
Padre elocuente de la Iglesia latina.

Pero San Cipriano imita casi siempre
a Tertuliano, *disminuyendo así las fal-
tas como las bellezas de su modelo*. Tal
es el juicio de La Harpe, cuya autori-
dad debe ser citada siempre en crítica.

Entre los Padres de la Iglesia griega,
sólo son dos muy elocuentes: San Cri-
sóstomo y San Basilio. Las homilias
del primero, acerca de la Muerte y so-
bre la Desgracia de Eutropio, son obras
maestras. La locución de San Crisós-
tomo es castiza, pero difícil, pues fatiga
su estilo a la manera de Isócrates; por
esta razón, Libanio le confiaba su cá-
tedra de retórica antes que el joven ora-
dor se convirtiese a las creencias cris-
tianas.

San Basilio, más sencillo y menos
elevado que San Crisóstomo, se man-
tiene casi siempre en el tono místico
y en la paráfrasis de la Escritura¹.

San Gregorio Nacianceno², llamado
el Teólogo, además de sus obras en pro-
sa nos dejó algunos poemas acerca de
los misterios del cristianismo.

«Vivía continuamente, dice Fleury,
en su soledad de Arianzo, su país natal,
donde constituían todas sus delicias un
jardín, una fuente y los árboles que le
daban sombra. Ayunaba, oraba con co-
piosas lágrimas... Estas santas poesías
fueron la ocupación de San Gregorio en
su último retiro, y en él escribió la his-
toria de su vida y sufrimientos... Oraba,
enseñaba, explicaba los misterios y da-
ba máximas para mejorar las costum-
bres... Su objeto era proporcionar a los
aficionados a la poesía y a la música
asuntos útiles para su pasatiempo, y
para no dejar a los paganos la ventaja
de creer que ellos eran los únicos que
podían brillar en las Bellas Artes³.»

Finalmente, el que era llamado el úl-
timo de los Padres antes del nacimiento
de Bossuet, es decir, San Bernardo,
reune a un gran talento una gran doc-
trina. Brilla especialmente en la pintu-
ra de las costumbres, y tenía algo del
genio de Teofrasto y La Bruyère.

«El orgulloso, dice, tiene la palabra
alta y el silencio sombrío; es disoluto
en la alegría, furioso en la tristeza, im-

1. *Locum spatha non det*. Se puede traducir, no se
doblegue bajo la espada. Yo he preferido el otro senti-
do, como más literal y más enérgico. *Spatha*, tomado
del griego, es la etimología de nuestra palabra *épée*.

2. *Orais. fun.*, de la duch. d'Orléans.

1. Existe de él una carta famosa sobre la soledad;
es la primera de sus epístolas; sirvió de fundamento
a su regla.

2. Tuvo un hijo del mismo nombre y santidad que él.

3. Fleury, *Hist. Eccl.*, t. IV, lib. XIX, p. 557, cap. IX.

público en su vida privada, y decente en público; marcha con la frente erguida, es áspero en sus respuestas, siempre fuerte para el ataque, débil siempre para la defensa; cede con repugnancia, e importuna para lograr lo que anhela; no hace lo que puede y debe hacer, sino que está pronto a hacer lo que no debe ni puede¹.

No olvidemos esa especie de fenómeno del siglo XIII: el libro intitulado *Imitación de Cristo*. ¿Cómo pudo un fraile, encerrado en su claustro, hallar esa medida de expresión, y adquirir ese delicado conocimiento del hombre, en un siglo en que las pasiones eran groseras, y el gusto aun más grosero? ¿Quién le reveló en su soledad esos misterios del corazón y de la elocución? Un solo maestro: Jesucristo.

III

MASSILLON

Si ahora salvamos muchos siglos, llegaremos a unos oradores cuyos nombres desconciertan a ciertas gentes, porque conocen que no bastan los sofismas para destruir la autoridad con que resplandecen Bossuet, Fenelón, Massillon, Bourdaloue, Flechier, Mascarón y el abate Poulle.

Muy sensible nos es haber de pasar rápidamente sobre tantas riquezas, sin poder detenernos en ninguno de estos oradores. ¿Cómo, empero, elegir entre tantos tesoros? ¿Cómo citar al lector cosas que le sean desconocidas? ¿No aumentaríamos demasiado estas páginas, recargándolas con estas ilustres pruebas de la hermosura del cristianismo? No emplearemos, pues, todas nuestras armas, ni abusaremos de nuestras ventajas, apurando en demasía la evidencia, por temor de arrojar a los enemigos del cristianismo en la obstinación, último refugio del espíritu sofístico, llevado al extremo.

Así, pues, no aduciremos en apoyo de nuestro raciocinio, ni a Fenelón, tan lleno de unción en las meditaciones cristianas, ni a Bourdaloue, fuerza y victoria de la doctrina evangélica; no llama-

remos en nuestro auxilio ni las sabias composiciones de Flechier, ni la brillante imaginación del último de los oradores cristianos, el abate Poulle. ¡Oh, religión! ¡Cuán grandes son tus triunfos! ¿Quién podría dudar de tu hermosura, cuando Fenelón y Bossuet ocupaban púlpitos, cuando Bourdaloue instruía con voz grave a un monarca, a la sazón feliz, y para cuyos infortunios reservaba el misericordioso cielo al bondadoso Massillon?

No es esto decir que el obispo de Clermont no tuviese otros dotes que la dulzura del genio, pues sabe también hacer oír vigorosos y varoniles acentos. Parécenos que se ha ensalzado harto exclusivamente su *Pequeña Cuaresma*, pues si bien es cierto que su autor manifiesta en ella gran conocimiento del corazón humano, observaciones exactas acerca de los vicios de las cortes, y máximas morales, escritas con una elegancia no incompatible con la sencillez, es igualmente cierto que brilla con una elocuencia más robusta, un estilo más atrevido, impulsos más patéticos y pensamientos más profundos en algunos de sus demás sermones, como en los que trata de la muerte, la *impenitencia final*, el *escaso número de los elegidos*, la *muerte del pecador*, la *necesidad de una vida futura*, y la *Pasión de Jesucristo*. Leed, por ejemplo, esta pintura del pecador moribundo:

«Por último, en medio de sus tristes esfuerzos, sus ojos se fijan, sus facciones se demudan, su semblante se desfigura, sus lívidos labios se entreabren por sí mismos, todo su espíritu se estremece; y mediante este supremo esfuerzo, su alma se desprende con pesar de ese cuerpo de cieno, y se encuentra solo al pie del tribunal de la penitencia¹.»

A este cuadro de la muerte del impío, unid el de la nada de las cosas humanas:

«Mirad el mundo cual le habéis visto en vuestros primeros años, y tal como le veis hoy: una nueva corte ha sucedido a la que vió vuestra niñez; la escena está ocupada por nuevos personajes; los principales papeles son desempeñados por nuevos actores; nuevos

1. De Mor., lib. XXXIV, cap. XVI.

1. Mass., *Avant, Mort du Pêcheur*, parte I.

acontecimientos, nuevas intrigas, nuevas pasiones, nuevos héroes, así en la virtud como en el vicio, son actualmente objeto de las alabanzas, del escarnio y de la censura pública. Nada subsiste, todo cambia, todo se gasta, todo se desvanece; sólo Dios permanece inmutable. El impetuoso torrente de los siglos corre a sus pies, y ve con indignación que los débiles mortales, arrebatados por esa rápida corriente, le insultan al pasar.»

El ejemplo de la vanidad de las cosas humanas, tomado del siglo de Luis XIV, que acababa de expirar (y citado quizá en presencia de los ancianos que habían visto su gloria), es harto patético. La palabra que termina el período parece proferida por Bossuet sin deliberación: ¡ tanta es su franqueza y sublimidad !

Citaremos ahora otro ejemplo de ese género enérgico de elocuencia que al parecer se niega a Massillon, en el mero hecho de hablarse únicamente de su abundancia y dulzura. Esta vez trasladaremos aquí un pasaje en el que el orador abandona su estilo favorito, es decir, el sentimiento y las imágenes, para mostrarse tan sólo argumentador. En el sermón de la *Verdad de una vida futura*, estrecha en estos términos al incrédulo :

«¿Qué más diré? Si todo fenece con nosotros, los desvelos que concedemos al nombre y a la posteridad son asaz frívolos; los honores tributados a la memoria de los varones ilustres, un error pueril, puesto que es no poco ridículo honrar lo que no existe; la religión de los sepulcros es una ilusión vulgar; las cenizas de nuestros padres y amigos, un vil polvo que es preciso esparcir al viento, pues que a nadie pertenece; los postreros deseos de los moribundos, tan sagrados aun en los pueblos más bárbaros, no son otra cosa que el último sonido de una máquina que se rompe; y, para decirlo en una palabra, si todo muere con nosotros, las leyes son una servidumbre insensata; los reyes y los soberanos, unos fantasmas encumbrados por la necesidad de los pueblos; la justicia, una usurpación atentatoria a la libertad humana; la ley relativa al matrimonio, un vano escúpulo; el pudor, una preocupación; el

honor y la probidad, quimeras vanas; los incestos, los parricidios y las negras perfidias, caprichosos juegos de la naturaleza, y nombres sin sentido, inventados por la política de los legisladores.

»Ved aquí a lo que se reduce la sublime filosofía de los impíos; ved aquí esa fuerza, esa razón y esa sabiduría de que sin cesar blasonan. Admitid sus máximas, y el Universo entero volverá a caer en un espantoso caos; todo se verá confundido sobre la tierra; destruidas quedarán todas las nociones del vicio y de la virtud; las más inviolables leyes sociales se desvanecerán; perecerá la disciplina de las costumbres; el gobierno de los Estados e imperios carecerá de regla; vendrá a tierra toda la armonía de los poderes políticos, y el género humano se convertirá en un tropel de insensatos, de bárbaros, de felones y de seres desnaturalizados, sin más ley que la fuerza, sin más freno que sus pasiones y el temor de la autoridad, sin más lazo que la irreligión y la independencia, sin más dioses que ellos mismos: ¡ he aquí el mundo de los impíos ! Si este plan de gobierno merece vuestra aprobación, formad si podéis una sociedad compuesta de semejantes monstruos; y nada más nos quedará que decirnos sino que seréis dignos de ocupar un lugar entre ellos.»

Compárese a Cicerón con Massillon, y a Bossuet con Demóstenes, y se hallarán siempre en su respectiva elocuencia las diferencias ya indicadas: en los oradores cristianos brillan un orden de ideas más general, un conocimiento más íntimo del corazón humano, un encadenamiento más sólido de raciocinios, y por último, una elocuencia religiosa y triste, ignorada de la antigüedad.

Massillon compuso algunas oraciones fúnebres, pero son inferiores a sus demás discursos. Su *Elogio de Luis XIV* no es notable sino por su primera frase: «¡ Sólo Dios es grande, hermanos míos ! » ¡ Hermosas palabras, pronunciadas a la vista del féretro de Luis el Grande !

IV

BOSSUET, ORADOR

¿Y qué diremos de Bossuet, como orador? ¿Con quién le compararemos? ¿Qué discursos de Cicerón y Demóstenes no se eclipsan ante sus *Oraciones fúnebres*? Para el orador cristiano parecen escritas estas palabras de un rey: *El oro y las perlas son bastante comunes; pero los labios del sabio son un vaso raro y sin precio*¹. Ocupado sin cesar del sepulcro, y como inclinado sobre los abismos de otra vida, Bossuet se complace en dejar caer de sus labios esas grandes palabras de *tiempo* y de *muerte*, que retumban en los silenciosos abismos de la eternidad. Se sumerge, se anega en inexplicables tristezas y en inconcebibles dolores. Ha transcurrido más de un siglo, y aun resuena en los corazones este famoso grito: *¡Madama se muere, madama ha muerto!* ¿Han recibido alguna vez los reyes semejantes lecciones? ¿Se expresó alguna vez la filosofía con tanta independencia? Nada vale la diadema a los ojos del orador; para él el pobre es igual al monarca, y el más absoluto potentado del globo se ve en la precisión de oír, en presencia de miles de testigos, que sus grandezas son vanidad, que su poder es un sueño, y que su persona es polvo.

Tres cosas se suceden continuamente en los discursos de Bossuet: la brillantez de genio o de elocuencia; las citas, tan en armonía con el texto que forman con él un todo, y las reflexiones, o sea la mirada de águila, acerca de las causas del suceso de que se trata. Y con frecuencia, esta lumbrera de la Iglesia esparce la claridad en las discusiones que se relacionan con la más alta metafísica o con la más sublime teología; nada se oculta para él en las sombras. El obispo de Meaux ha creado una lengua, tan sólo hablada por él y en la que comúnmente la palabra más sencilla, la idea más sublime, la frase más trivial y la imagen más terrible, sirven como en la Escritura, para darle dimensiones sorprendentes.

Así, cuando exclama, mostrando el ataúd de madama: *¡Ved ahí, a pesar de su gran corazón, a esa princesa tan admirable y tan querida! ¡Vedla ahí, tal como la muerte nos la ha hecho!* ¿Por qué produce un involuntario estremecimiento esta frase tan sencilla: *tal como la muerte nos la ha hecho*? Por la oposición que resulta entre este *gran corazón* y esta *princesa tan admirada*, y el inevitable accidente de la muerte, que le sobrevino como a la más desvalida de las mujeres; y porque el verbo *hacer*, aplicado a la muerte, que *desahace* todo, produce una contradicción en las palabras y un choque en las ideas que conmueve el alma; como si para pintar aquella catástrofe los términos hubiesen cambiado su acepción gramatical, y el lenguaje se hubiese conmovido como el corazón.

Hemos observado que a excepción de Pascal, Bossuet, Massillon y La Fontaine, los escritores del siglo de Luis XIV ignoraron, por no haber vivido bastante en la soledad, esta especie de sentimiento melancólico de que tanto se abusa en nuestros días.

¿Cómo, empero, rodeado siempre de las pompas de Versalles, conoció el obispo de Meaux esta profundidad de meditación? Porque halló una soledad en la religión, porque si su cuerpo habitaba el mundo, su espíritu era morador del desierto; porque había puesto su corazón a la sombra de los tabernáculos secretos del Señor; porque (como él dijo de María Teresa de Austria), «se le *veía* correr a los altares para disfrutar en ellos con David de un humilde reposo y encerrarse en su oratorio; y porque, a pesar del tumulto de la corte, hallaba el Carmelo de Elías, el desierto de Juan, y la montaña que oyó tantas veces los gemidos de Jesús.»

No todas las *Oraciones fúnebres* de Bossuet son de igual mérito, pero todas son sublimes por algún concepto. La dedicada a la reina de Inglaterra es una obra acabada de estilo y un modelo de escrito filosófico y político.

La dedicada a la duquesa de Orleans es la más admirable, porque es una obra exclusivamente producida por el genio. En ella no figuran esos cuadros de los disturbios de las naciones, ni esa expla-

1. *Prov.*, cap. xx, v. 15.

nación de los negocios públicos, que sostienen la voz del orador. El interés que excita una princesa que deja de existir en la flor de su edad, parece debe agotarse en breve, pues todo se reduce a algunos contrastes vulgares de la hermosura, de la juventud y la grandeza, con lo terrible de la muerte; y no obstante, sobre este fondo estéril erigió Bossuet uno de los más hermosos monumentos de la elocuencia; éste fué su punto de partida para mostrar la miseria del hombre por su lado perecedero, y su grandeza por su lado inmortal. Empieza por rebajarlo hasta el nivel de los gusanos que le devoran en el sepulcro, para pintarlo luego glorioso con la virtud de los reinos incorruptibles.

Se sabe con qué genio, en la oración fúnebre de la princesa Palatina, ha descendido, sin herir la majestad del arte oratorio, hasta la interpretación de un sueño, al mismo tiempo que desplegó en este discurso su alta capacidad para las abstracciones filosóficas.

Si para María Teresa y el canciller de Francia no existen ya términos suficientes de elogio, las ideas del panegirista ¿están tomadas en un círculo menos extenso, en una naturaleza menos profunda? «Y ahora, dice, estas dos almas piadosas (Miguel Le Tellier y Lamignon), poseídos en la tierra del deseo de hacer reinar las leyes, contemplan al descubierto las leyes eternas, de que las nuestras son una mera emanación; y si algún ligero vestigio de nuestras mezquinas distinciones se muestra aún en visión tan sencilla y clara, adoran a Dios en calidad de justicia y de regla.»

¡Y cuántos otros géneros de bellezas, de sublimidades, de amenidad o de tristezas, se advierten en medio de esta teología! Véase el cuadro de la Fronda: «La monarquía agitada hasta sus cimientos, la guerra civil, la guerra internacional, el fuego en el interior y lo exterior... ¿Era tal situación una de esas tempestades con que el cielo necesita alguna vez desahogarse, o una concepción laboriosa de Francia, próxima a dar a luz el reinado prodigioso de Luis I? Siguen a estas palabras algu-

nas reflexiones acerca de la falacia de las amistades terrenas, que «huyen con los años y los intereses», y acerca de la obscuridad del corazón del hombre, «que nunca sabe lo que querrá, que con frecuencia no sabe lo que quiere, y que no es menos misterioso ni menos impo-
nitor respecto de sí mismo que de los demás¹.»

Pero la trompeta resuena, y Gustavo se presenta: «Déjase ver a Polonia, vendida y juguete de la traición, como un león que ostenta en sus garras la presa que se dispone a despedazar. ¿Qué es de aquella formidable caballería que se ve precipitarse sobre el enemigo, con la celeridad del águila? ¿Qué se hicieron aquellas armas guerreras, aquellas hachas de armas, tan celebradas, y aquellos arcos nunca tendidos en vano? ¡Ni los caballos son ya veloces, ni los hombres idóneos sino para huir delante del vencedor²!»

Prosigo, y la voz de un profeta resuena poderosa en mis oídos. ¿Es, por ventura, Isaías o Jeremías el que apostrofa la isla de la Conferencia y las pompas nupciales de Luis?

«¡Fiestas sagradas, fausto himeneo, velo nupcial, bendición, sacrificio; ojalá mezcle yo hoy vuestras ceremonias y vuestra suntuosidad con estas pompas fúnebres, y el colmo de las grandezas con el colmo de sus ruinas³!»

El poeta (perdónesenos aplicar a Bossuet un título que constituye la gloria de David), el poeta continúa haciéndose oír; no pulsa ya la cuerda de la inspiración, sino que, templando su lira hasta el tono de que Salomón se sirvió para cantar los rebaños del monte Galaad, suspira estas tranquilas palabras: «En la soledad de Sainte-Fare, tan apartada de las voces del siglo que su ventajosa situación la separa de todo comercio con el mundo; en esa santa montaña, escogida por Dios desde ha mil años, donde las esposas de Jesucristo hacían florecer la hermosura de los antiguos días; donde las alegrías de la tierra eran desconocidas; donde las huellas de los hombres del mundo, de los curiosos y de los vagabundos, no parecían; bajo la con-

1. Orais. fun. d'Anne de Gonz.

1. Orais. fun. d'Anne de Gonz.

2. *Ibid.*

3. Orais. fun. de Marie-Thérèse d'Autriche.



ducta de la santa abadesa, que así sabía dar la leche a los niños como el pan a los fuertes, los principios de la princesa Ana eran venturosos¹.»

Esta página, que parece extraída del libro de Rut, no agota el pincel de Bossuet; quédale aún bastante de ese antiguo y suave colorido para pintar una muerte feliz: «Miguel Le Tellier, dice, empezó el himno de las divinas misericordias: MISERICORDIAS DOMINI IN ÆTERNUM CANTABO: Cantaré eternamente las misericordias del Señor. Expiró pronunciando estas dulces palabras, y prosiguió con los ángeles el sagrado cántico.»

Habíamos creído durante algún tiempo que la oración fúnebre al príncipe de Condé, a excepción del patetismo con que la termina, era generalmente demasiado elogiada; juzgábamos que era más fácil, como lo es, en efecto, llegar a las formas de elocuencia del principio de este elogio, que a las del panegírico de madama Enriqueta; mas cuando hemos leído este discurso con atención; cuando hemos visto al orador embocar la trompa épica durante una mitad de su peroración, y componer como al azar un canto homérico; cuando, retirándose a Chantilly con Aquiles en reposo, vuelve a entrar en el hogar evangélico, donde halla de nuevo los grandes pensamientos y la reflexiones cristianas que llenan sus principales oraciones fúnebres; cuando, después de haber depositado a Condé en el ataúd, llama a los pueblos, a los príncipes, a los prelados y a los guerreros al catafalco del héroe; cuando, por último, avanzando con sus nevados cabellos y haciendo oír los acentos del cisne, muestra Bossuet un pie en la tumba y el siglo de Luis, cuyos funerales parece presidir, próximo a hundirse en la eternidad, en este postrer esfuerzo de la elocuencia humana, nuestros ojos han derramado lágrimas de admiración, y el libro ha caído de nuestras manos.

1. *Oraiz. fun. d'Anne de Gonz.*

V

DE CÓMO LA INCREULIDAD ES LA CAUSA PRINCIPAL DE LA DECADENCIA DEL GUSTO Y DEL GENIO.

Lo que hasta aquí hemos dicho, ha podido conducir al lector a esta reflexión: *Que la incredulidad es la causa principal de la decadencia del gusto y del genio.* Cuando nada se creyó en Atenas y en Roma, los talentos desaparecieron con los dioses, y las musas entregaron a la barbarie a los que no tenían ya fe en ellas.

No puede calcularse hasta qué punto las buenas costumbres dependen del buen gusto, y el buen gusto se relaciona con las buenas costumbres. Las obras de Racine, que adquirirían mayor pureza a medida que el autor se hacía más religioso, terminan en la *Atalia*. Nótese, por el contrario, cómo la impiedad y el genio de Voltaire se revelan a la par en sus escritos por una mezcla de cosas exquisitas y de cosas repugnantes. El mal gusto, cuando es incorregible, es una falsedad de juicio, una desviación natural en las ideas; y como el espíritu obra sobre el corazón, es difícil que las aspiraciones de éste sean rectas, no siéndolo las de aquél. El que ama la fealdad, en una época en que mil obras maestras pueden dirigir y rectificar el gusto, no está lejos de amar el vicio; el hombre insensible a la belleza puede fácilmente desconocer la virtud.

El escritor que se niega a creer en un Dios, autor del Universo y juez de los hombres, cuya alma inmortal ha formado, destierra de sus obras lo infinito y encierra su pensamiento en un círculo de cieno, de que ya no le es dado salir. Nada le parece noble en la Naturaleza, en la que todo se opera, a su juicio, por medios impuros de corrupción y de regeneración. El abismo no es para él otra cosa que un agua bituminosa; las montañas son *protuberancias* de piedras calcáreas o vitrificables; y ese cielo en que la luz pinta una inmensa soledad, como para servir de campo al ejército de los astros que acompañan en silencio a la noche, ese cielo, decimos, no es otra

cosa a sus ojos que una estrecha bóveda momentáneamente suspendida por la mano caprichosa de la casualidad.

Si el incrédulo se halla así limitado en las cosas de la Naturaleza, ¿cómo pintará con elocuencia al hombre? Las palabras carecen para él de riqueza, pues cerrados le están los tesoros de la expresión. Contemplad ese cadáver en el fondo del sepulcro, esa estatua de la nada, envuelta en una mortaja : ¡ése es el hombre según el ateó! Feto nacido del cuerpo impuro de la mujer, inferior a los animales relativamente al instinto ; polvo como ellos, y disolviéndose como ellos en polvo ; no dotado de pasiones, sino de apetitos ; no obedeciendo a las leyes morales, sino a ciertos resortes físicos ; viendo en perspectiva, por exclusivo fin el sepulcro y los gusanos : ¡tal es el ser que animado se decía de un soplo inmortal ! No nos habléis de esos misterios del alma, ni de las secretas delicias de la virtud ; ¡gracias de la niñez, amores de la juventud, noble amistad, elevación de la inteligencia, encantos del sepulcro y de la patria, todos vuestros prestigios se desvanecen !

La incredulidad trae además consigo el espíritu razonador, las definiciones abstractas, el estilo científico y el neologismo, cosas mortales para el gusto y la elocuencia.

Es posible que la suma de talentos repartidos a los autores del siglo XVIII sea igual a la que recibieron los del siglo XVII¹. ¿Por qué, pues, este siglo es superior al primero? Porque, tiempo es ya de hablar sin ambages, los escritores de nuestra edad han sido, generalmente hablando, colocados a demasiada altura. Si hay tanto que censurar, como todos confiesan, en las obras de Rousseau y de Voltaire, ¿qué diremos de las de Reynal y Diderot? Se ha ensalzado, y en verdad no sin razón, el método de nuestros últimos metafísicos, pero hubiérase, no obstante, debido advertir que hay dos géneros de *claridad* : la una pertenece a un orden vulgar de ideas, pues una idea trivial se explica fácilmente ; pertenece la otra a una admirable facultad de concebir y expre-

sar distintamente un pensamiento enérgico y complejo. Los guijarros del fondo de un arroyo se divisan sin trabajo, porque sus aguas no son profundas ; pero el ámbar, el coral y las perlas atraen las miradas del escudriñador a profundidades inmensas, bajo las transparentes olas del abismo.

Esto sentado, si nuestro siglo literario es inferior al de Luis XIV, debemos buscar la causa de ello en nuestra religión. Hemos demostrado ya que Voltaire hubiera ganado tanto, siendo cristiano, que disputaría hoy la palma de las musas a Racine. Sus obras presentarían ese colorido moral sin el cual nada hay perfecto : ofrecerían también esos recuerdos de los tiempos que fueron, cuya ausencia forma en ellas tan gran vacío. El que reniega del Dios de su patria, casi nunca profesa respeto a la memoria de sus padres ; ningún interés encierran para él los sepulcros ; las instituciones de los antepasados le parecen costumbres bárbaras, ni encuentra placer alguno en traer a la memoria las sentencias, la sabiduría y las inclinaciones de su madre.

Y, sin embargo, es indudable que la mayor parte del genio se compone de esta clase de recuerdos. Las cosas más hermosas que un autor puede consignar en un libro son los sentimientos que le inspiran las reminiscencias, siempre gratas, de los primeros días de su juventud. Voltaire desconoció no poco estas reglas de crítica, tan dulces por otra parte, al burlarse sin cesar de las costumbres y de los trajes de nuestros mayores. ¿En qué consiste que lo que halaga a los demás hombres, es precisamente lo que repugna al incrédulo.

La religión es el móvil más poderoso del amor patrio, y los escritores piadosos han hecho brillar siempre en sus producciones este noble sentimiento. ¡ Con cuánto respeto, con cuán alta opinión hablan siempre de Francia los escritores del siglo de Luis XIV ! ¡ Desventurado del que insulta a su país ! Cásase la patria de sernos ingrata, antes que nosotros nos cansemos de amarla ; ¡ sea nuestro corazón mayor que sus injusticias !

Si el hombre religioso ama a su patria, atribuirse debe a que su espíritu

1. Concedemos esto por la fuerza del argumento, pero estamos bien lejos de creerlo. Pascal y Bossuet, Molière y La Fontaine, son cuatro hombres incomparables y que no se darán de nuevo.

es sencillo, y a que los sentimientos naturales que nos unen a los campos de nuestros abuelos son en cierto modo el fondo y el hábito de su corazón. Da la mano a sus padres e hijos, y está plantado en el suelo natal como la encina que ve hundirse en la tierra sus añosas raíces, mientras ostenta en su copa los nacientes retoños que se elevan al cielo.

Rousseau es uno de los escritores del siglo XVIII cuyo estilo tiene más encanto, porque este hombre, singular en sus puntos de mira, se había creado a lo menos una sombra de religión, y tenía fe en una cosa, que si no era Jesucristo, era por lo menos el Evangelio; este fantasma de cristianismo ha prestado algunas veces no poco atractivo a su genio. Él, que con tanta fuerza tronó contra los sofistas, ¿no hubiera procedido más acertadamente, abandonándose a la ternura de su alma, que perdiéndose como ellos en sistemas, cuyos vetustos errores se limitó a rejuvenecer?

Nada faltaría a Buffon si hubiese tenido tanta sensibilidad como elocuencia. He aquí la reflexión que tenemos lugar de hacer a cada paso, que repetimos hasta la saciedad, y de que nunca convenceremos bastante al siglo: *sin religión no hay sensibilidad*. Buffon sorprende por su estilo, pero pocas veces logra enternecer. Léase su admirable artículo del perro; todos los perros están descritos en él: el perro cazador, el perro pastor, el perro salvaje, el perro gran señor, el perro petimetre, etc. ¿Qué más falta? El perro del ciego. Pues bien: un cristiano se hubiera acordado desde luego de este perro.

Generalmente, las relaciones delicadas han escapado a Buffon. Y no obstante, hagamos justicia a este gran pintor de la Naturaleza: su estilo presenta una rara perfección. Para ajustarse tan exactamente a todas las consideraciones dignas de respeto; para no colocarse nunca ni muy alto ni muy bajo, preciso es tener mucha regularidad en el espíritu y en la conducta. Sabido es que Buffon respeta todo lo digno de respeto, y que no creía que la filosofía consistiese en hacer público alarde de la incredulidad, insultando los altares de veinte y cuatro millones de hombres. Era exacto en el cumplimiento de sus

deberes cristianos, y servía de ejemplo a sus criados. Rousseau, ateniéndose al fondo y rechazando las formas exteriores del culto, hace ver en sus escritos la ternura de la religión con el mal tono del sofista; en Buffon, por el contrario, se advierte la sequedad de la filosofía, a la par de las formas de la religión. El cristianismo colocó en el estilo del primero el encanto, el abandono y el amor; y en el estilo del segundo, el orden, la claridad y la magnificencia. Así, las obras de estos dos hombres célebres presentan, en bien y en mal, el sello de lo que escogieron y rechazaron de la religión.

Al nombrar a Montesquieu, nombramos al verdadero gran hombre del siglo XVIII. *El espíritu de las Leyes*, y las *Causas de la grandeza y decadencia de los romanos* vivirán cuanto viva la lengua en que están escritas. Si en una obra de su juventud, lanzó Montesquieu contra la religión algunas de las sátiras con que ridiculizaba nuestras costumbres, esto fué un error pasajero o una especie de tributo pagado a la corrupción de la Regencia. Pero en el libro que colocó a Montesquieu en la categoría de los hombres ilustres, reparó de una manera brillante sus extravíos, haciendo el elogio del culto que había tenido la imprudencia de atacar. La madurez de sus años y el mismo interés de su gloria le hicieron comprender que, para erigir un monumento duradero, era preciso abrir sus cimientos en un terreno menos movedizo que el polvo de este mundo; su genio, que abarcaba todos los tiempos, se apoyó en la única religión a que ha sido prometida la plenitud de los tiempos.

Dedúcese de estas reflexiones que los escritores del siglo XVIII deben la mayor parte de sus defectos a su falso sistema de filosofía, y que si hubiesen sido más religiosos, se hubieran acercado más a la perfección.

Ha habido en nuestra edad, salvas algunas escasas excepciones, una especie de aborto general de talentos. Y aun pudiera decirse que la impiedad, que esteriliza todo, se manifiesta también en el empobrecimiento de la naturaleza física. Dirigid, si no, la vista a las generaciones posteriores al siglo de

Luis XIV. ¿Dónde están aquellos hombres de majestuoso y tranquilo semblante, de noble apostura y vestido, de locución esmerada, de aspecto guerrero y clásico, conquistando e inspirando las artes? Se les busca, pero no se les encuentra. Hombres pequeños y oscuros pasean cual pigmeos bajo los soberbios pórticos de los monumentos de otra edad; hombres en cuya dura frente se pintan el egoísmo y el menosprecio de Dios; que perdieron la dignidad del traje y la pureza del habla: tomárseles pudiera, no ya por los hijos, sino por los histriones de la gran raza que les ha precedido.

Los discípulos de la nueva escuela marchitan la imaginación con cierta verdad que no es la verdadera verdad. Su estilo es seco, su expresión carece de franqueza, y en su imaginación no brillan el amor ni el fuego; no tienen unción, ni facundia, ni sencillez. No se advierten en sus obras pensamientos robustos y vigorosos, ni respira en ellas la inmensidad, porque falta la Divinidad. En lugar de esa tierna religión, de ese armonioso instrumento de que los autores del siglo de Luis XIV se servían para hallar el tono de su elocuencia, los escritores modernos hacen uso de una filosofía mezquina que todo lo divide, que mide a compás los sentimientos, que somete el alma al cálculo, y reduce el Universo, sin excluir a Dios, a una pasajera substracción de la nada.

Así, pues, el siglo XVIII disminuye diariamente en la perspectiva, mientras que el XVII parece elevarse a medida que nos alejamos de él; el uno baja, el otro sube a los cielos. Vano empeño sería el de deprimir el genio de Bossuet y el de Racine, pues representa esa colosal figura de Homero que se vislumbra a través de las edades: algunas veces queda oscurecida por el polvo que levanta un siglo al desplomarse; pero no bien desaparece la impura nube, se ve reaparecer la majestuosa figura, que ha agigantado sus proporciones para dominar las nuevas ruinas.

LIBRO QUINTO

Armonías de la religión cristiana con las escenas de la Naturaleza y las pasiones del corazón humano.

I

DIVISIÓN DE LAS ARMONÍAS

Antes de pasar a la descripción del culto, debemos examinar algunos asuntos que no hemos podido desenvolver cumplidamente en los libros anteriores. Estos asuntos se relacionan con el aspecto físico o el moral de las artes. Así, pues, las localidades, los monasterios, las ruinas de los monumentos religiosos, etc., se refieren a la parte material de la arquitectura, mientras que los efectos de la doctrina cristiana atañen a la parte dramática y descriptiva de la poesía, a la par de las pasiones del corazón humano y de los cuadros de la Naturaleza.

Estos son los asuntos que reunimos en este libro, bajo el título general de *Armonías*, etc.

II

ARMONÍAS FÍSICAS.—CONTINUACIÓN DE LOS MONUMENTOS RELIGIOSOS, CONVENTOS DE MARONITAS, COPTOS, ETC.

Hay en las cosas humanas dos clases de naturaleza, colocadas, una al principio, y otra al fin de la sociedad. Si así no fuese, el hombre, alejándose siempre de su origen, hubiérase trocado en una especie de monstruo; pero, merced a una ley providencial, cuanto más se civiliza, más se acerca a su primitivo estado, pues acontece que la ciencia en su más alto grado es la ignorancia y que las artes perfectas son la naturaleza.

Esta última naturaleza, o esta *naturaleza de la sociedad*, es la más hermosa: en ella el genio es el instinto, y la virtud la inocencia, porque el genio y

la virtud del hombre civilizado no son otra cosa que el instinto y la inocencia perfeccionados del salvaje. Pero nadie puede comparar un indio del Canadá a Sócrates, aunque aquél sea, rigurosamente hablando, tan moral como éste; o bien sería necesario sostener que la paz de las pasiones no desarrolladas en el niño, tiene la misma excelencia que la paz de las pasiones dominadas en el hombre, y que el ser dotado de meras sensaciones es igual al ser pensador, lo que equivaldría a decir que la debilidad es tan hermosa como la fuerza. Un pequeño lago no devasta sus orillas, y nadie se admira de ello, pues su impotencia produce su reposo; pero la calma complace en el mar, porque éste tiene el poder de desatar las tormentas, y admiramos el silencio del abismo porque procede de la misma profundidad de sus aguas.

Entre los siglos del estado natural y los de la civilización, hay otros que hemos apellidado *siglos de barbarie*, y que fueron ignorados de los antiguos. Compónense de la reunión súbita de un pueblo culto y de un pueblo salvaje; estas edades deben ser notables por la corrupción del gusto. Por un lado, el hombre salvaje, al apoderarse de las artes no tiene bastante delicadeza para llevarlas hasta la elegancia; y por otro, el hombre culto no tiene bastante sencillez para descender de nuevo a la mera Naturaleza.

Nada puede entonces esperar de puro sino en los objetos donde obra directamente una causa moral, con independencia de las temporales. Por esta razón, los primeros solitarios, entregados al gusto delicado y seguro de la religión, que nunca engaña cuando nada extraño se mezcla a él, eligieron en las diferentes partes del mundo los sitios más notables para fundar en ellos sus monasterios. No hay ermitaño que no sepa, tan bien como Claudio de Lorena o Le Nôtre, el peñasco en que debe establecer su gruta.

Vense aquí y acullá en la cadena del Líbano muchos conventos maronitas, contruidos sobre los abismos. Penétrase en unos por medio de largas cavernas, cuya entrada se cierra con enormes piedras, y a otros no puede subirse sino

por medio de una cesta colgante. El *rio santo* sale del pie de la montaña; el bosque de negros cedros domina el cuadro, y está a su vez dominado por las redondeadas cumbres que la nieve cubre con su blancura. El prodigio no termina hasta el momento en que se llega al monasterio, en cuyo interior se ven viñas, arroyos y bosquecillos, y en su exterior se admira una naturaleza horrorosa, y la tierra que se pierde y huye con sus ríos, sus campos y sus mares en las azuladas profundidades. Alimentados por la religión, entre la tierra y el firmamento, en aquellas escarpadas rocas, los piadosos solitarios emprenden su vuelo hacia los cielos como las águilas de sus montañas.

Las celdas redondas y separadas de los conventos egipcios están encerradas en el recinto de una muralla que les defiende de los árabes. Desde la cúspide de la torre que descuella en medio de estos conventos, descúbrese vastas llanuras de arena, sobre las que se levantan los pardos vértices de las Pirámides, o los mojones que indican el camino al viajero. Tal vez, una caravana abisinia o algunos beduinos errantes cruzan, a lo lejos, uno de los horizontes de la movable extensión; tal vez, el viento meridional obscurece la mágica perspectiva en una atmósfera de polvo. La luna ilumina un suelo desnudo, donde las mudas brisas no encuentran ni una brizna de hierba en que formar una voz. El desierto sin árboles se muestra por doquiera sin sombra, y sólo en las adyacencias del monasterio se ve algún efecto del manto de la noche.

En el istmo de Panamá, en América, el cenobita puede contemplar desde lo alto de su convento los dos mares que bañan las dos costas del Nuevo Mundo: agitado por lo regular el uno cuando el otro descansa, ambos ofrecen a las meditaciones el doble cuadro de la calma y la tormenta.

Los conventos situados en los Andes ven aplanarse en lontananza las olas del Océano Pacífico. Un cielo transparente rebaja el círculo de sus horizontes sobre la tierra y los mares, y parece encerrar el edificio religioso dentro de un globo de cristal. La flor capuchina reemplaza la yedra religiosa y borda

con sus cifras de escarlata los muros sagrados; el lamaz atraviesa el torrente sobre un puente flotante de bejucos, y el infeliz peruano va a orar al Dios de Las Casas.

Todos han visto en Europa las antiguas abadías ocultas en los bosques, donde sólo se descubren al viajero por sus campanarios que se pierden entre las copas de las encinas. Los monumentos vulgares reciben su grandeza de los convecinos paisajes; la religión cristiana, por el contrario, embellece el teatro en que coloca sus altares y suspende sus santas decoraciones.

III

LAS RUINAS EN GENERAL.—CÓMO LAS HAY DE DOS ESPECIES.

Del examen de las localidades de los monumentos cristianos, pasamos a tratar de los efectos de sus ruinas, pues éstas ofrecen al corazón majestuosos recuerdos y a las artes interesantes composiciones. Consagremos algunas páginas a esta poética de los muertos.

Todos los hombres experimentan una secreta atracción a la vista de las ruinas; este sentimiento procede de la fragilidad de nuestra naturaleza y de una oculta conformidad entre esos derruidos monumentos y la brevedad de nuestra existencia. Únese además a estas causas una idea que consuela nuestra pequeñez, al ver que pueblos enteros y hombres algunas veces tan famosos, no han podido vivir, sin embargo, más allá de los escasos días señalados a nuestra obscuridad. Así es que las ruinas esparcen una gran moralidad en las escenas naturales; y cuando están colocadas en un cuadro, inténtase en vano dirigir la vista a otra parte, pues se presentan irresistiblemente a ella. ¿Y por qué no pasarían las obras del hombre, cuando hasta el sol que las alumbra debe caer de su bóveda? El que lo colocó en los cielos es el único soberano cuyo imperio no conoce ruinas.

Hay dos clases de ruinas: unas son obra del tiempo, otras de los hombres; las primeras nada tienen de desagradable, porque la Naturaleza trabaja a la

par de los años: si éstos aglomeran escombros, ella siembra flores; se entreabre un sepulcro, ella coloca allí el nido de una paloma, pues ocupada sin cesar en reproducir, rodea la muerte con las más plácidas y risueñas ilusiones de la vida.

Las segundas son más bien devastaciones que ruinas, y sólo ofrecen la imagen de la nada, sin la acción de un poder reparador; obra de la desgracia, que no de los años, parecen unos cabellos blancos en una cabeza juvenil. Las destrucciones de los hombres son, por otra parte, mucho más violentas y completas que las de los años; éstos minan, pero aquéllos derriban. Cuando Dios, por arcanos superiores a nuestra comprensión, quiere apresurar las ruinas del mundo, manda al Tiempo entregar su hoz al hombre, y entonces mira el Tiempo con espanto cómo se arruina en un instante lo que él hubiera necesitado muchos siglos para destruir.

Paseándome un día a espaldas del palacio de Luxemburgo, me hallé en aquella misma Cartuja descrita por M. de Fontanes. Vi una iglesia cuyo techo estaba hundido, arrancados los plomos de sus ventanas, y cerradas sus puertas con tablas derechas. La mayor parte de las obras de este monasterio no existían. Recorrí largo rato las piedras sepulcrales de mármol negro esparcidas por el suelo, algunas de las cuales estaban del todo rotas, mientras otras conservaban aún varios restos de epitafios. Entré en el claustro interior, donde vi dos ciruelos silvestres que crecían entre escombros y altas hierbas. En las paredes se conservaban unas pinturas medio borradas que representaban la vida de San Bruno, y junto al alero de la iglesia subsistía un reloj de sol; pero en el santuario, en lugar de aquel himno de paz que se cantaba algún día en honor de los difuntos, se oía tan sólo el instrumento del operario que cerraba los sepulcros.

Mis reflexiones en aquel lugar están al alcance de cualquiera. Salí de allí con el corazón lacerado, y entré en el arrabal vecino, sin saber a dónde me dirigía. Acercábase ya la noche, y, al pasar entre dos altas paredes de una calle desierta, oí de repente el sonido de un ór-

gano que salía de una iglesia vecina (que celebraba la octava del Corpus), y las palabras de aquel cántico de triunfo: *Laudate Dominum omnes gentes*. No me es posible pintar el efecto que hicieron en mí estos cánticos; me pareció oír una voz del cielo que me decía: «Cristiano sin fe, ¿por qué pierdes la esperanza? ¿Piensas acaso que mudo mis designios como los hombres, y que abandono porque castigo? En vez de censurar mis decretos, procura imitar a estos siervos fieles que bendicen los golpes de mi mano, hasta debajo de las ruinas con que les abrumo.»

Entré en la iglesia al tiempo que el sacerdote echaba la bendición. Unos ancianos, unas pobres mujeres, y algunos niños, estaban prosternados. Nos precipitamos en tierra, entre ellos, y vertiendo copiosas lágrimas, dije en lo íntimo de mi corazón: «¡Perdóname, Señor, si he murmurado al ver la desolación de tu templo, y perdona mi escasa razón! El hombre no es otra cosa que un edificio arruinado, un resto del pecado y de la muerte; su amor tibio, su vacilante fe, su limitada caridad, sus sentimientos incompletos, sus pensamientos insuficientes, y su corazón desgarrado, son en él otras tantas ruinas.

IV

EFFECTO PINTORESCO DE LAS RUINAS.—
RUINAS DE PALMIRA, DE EGIPTO, ETC.

Las ruinas, consideradas bajo el aspecto paisista, son más pintorescas en un cuadro que en el monumento entero y reciente. En los templos no maltratados por los siglos, las paredes ocultan una parte del paisaje, e impiden que se perciban las columnas y molduras del edificio; pero cuando se desploman, no queda de ellos otra cosa que unas masas aisladas, entre las cuales se descubren por lo alto y a lo lejos, los astros, las nubes, las montañas, los bosques y los ríos. Entonces, por un efecto natural de la óptica, se retiran los horizontes, y las galerías suspendidas en el aire se recortan en el fondo del cielo y de la tierra. Estos bellos efectos no fueron desconocidos por los antiguos, pues levantaban

circos sin macizos, para dar paso a todas las ilusiones de la perspectiva.

Tienen también las ruinas conformidades particulares con sus desiertos, según el estilo de su arquitectura, sitios donde se hallan colocadas, y reinos de la naturaleza en el meridiano que ocupan.

En los países cálidos, poco favorables a las hierbas y musgos, se ven privadas de estas gramíneas que decoran nuestros castillos y vetustas torres; pero también los más corpulentos vegetales se unen a los mayores modelos de su arquitectura. En Palmira, el datilero divide las cabezas de *hombre* y de *león* que sostienen los capiteles del *templo del Sol*. La palmera reemplaza con su columna la columna derribada, y el albéchigo, que los antiguos consagraban a Harpócrates, se eleva en el retiro del silencio. Aun se ve allí una especie de árbol, cuyas desaliñadas hojas y blancos frutos presentan, con los inseguros escombros, los más bellos contrastes de tristeza. Una caravana que descansa en estos desiertos, multiplica sus efectos pintorescos. El traje oriental hermana bien su nobleza con los de estas ruinas, y los camellos y dromedarios parecen agigantarse cuando, tendidos entre los enormes escombros, no dejan ver sino sus rojas cabezas y sus gibosas espaldas.

Las ruinas en Egipto cambian de carácter: por lo común presentan en un corto espacio todas las especies de arquitectura y de recuerdos. Las columnas del antiguo estilo egipcio se elevan al par de la columna corintia; un trozo de orden toscano se une a una torre árabe, y un monumento del pueblo pastor se confunde con una construcción romana.

Las Esfinges, los Annubis, las estatuas rotas y los mutilados obeliscos han rodado hasta el Nilo, y se ocultan en la tierra o bajo la hierba, y en derredor se extienden campos cubiertos de habas y trébol. Algunas veces, en los desbordamientos del río, estas ruinas se asemejan a una gran flota; otras, las nubes, fingiendo vistosas ondas a entrambos lados de las Pirámides, las dividen en dos mitades. El chacal, colocado sobre un pedestal abandonado, extiende su hocico de lobo por detrás del busto de

un Pan con cabeza de carnero : la gacela, el avestruz y el ibis saltan entre los escombros, y la gallina sultana se mantiene inmóvil, como un ave jeroglífica de granito o de pórfido.

El valle de Tempe, los bosques de Olimpo, las costas de Ática y del Peloponeso, presentan por todas partes las ruinas de Grecia. Allí principian a descubrirse los musgos, las plantas trepadoras y las flores llamadas saxátiles ; una guirnalda de jazmín abraza a una Venus antigua, como para devolverle su ceñidor ; unos filamentos de musgo blanco bajan de la barba de una Hebe, y la amapola crece sobre las hojas del libro de Mnemosina, verdadero símbolo de la pasada fama y del presente olvido de estos lugares. Las ondas del Egeo, que vienen a expirar bajo estos pórticos derrumbados, Filomela que se queja, Alción que llora, Cadmo que estrecha sus anillos en torno a un altar, el cisne que hace su nido en el seno de una Leda : todos estos accidentes, producidos como por las Gracias, rodean de encanto las ruinas poéticas. Creerse pudiera que un soplo divino anima aún el polvo de los templos de Apolo y de las Musas ; y todo aquel paisaje, bañado por el mar, parece el hermoso cuadro de Apeles, consagrado a Neptuno y colgado a sus orillas.

V

RUINAS DE LOS MONUMENTOS CRISTIANOS

Las ruinas de los monumentos cristianos no ofrecen la misma elegancia que las ruinas de los monumentos de Roma y de Grecia, pero bajo otros aspectos pueden bien competir con ellas. Las más hermosas que se conocen, se encuentran en Inglaterra a orillas del lago de Cúmbreland, en las montañas de Escocia, y aun en las Órcadas. Los costados bajos del coro, los arcos de las ventanas, las cinceladas obras de las bóvedas, las pilastras de los claustros, y algunos paredones del campanario, son las únicas partes que han resistido a las injurias del tiempo.

En los órdenes griegos, las bóvedas y las cimbras siguen paralelamente los ar-

cos del cielo, de modo que, sobre un pardo pabellón de nubes o sobre un paisaje obscuro, se pierden en el espacio. En el orden gótico las puntas contrastan con la redondez de los cielos y la curvatura del horizonte. Además, componiéndose de *vanos* en el orden gótico, se decora más fácilmente con hierbas y flores que los *macizos* de los órdenes griegos. Los duplicados filetes de las pilastras, y las bóvedas recortadas a manera de hojas, o ahuecadas, figuran unas cestas donde los vientos llevan con el polvo las semillas de los vegetales. La siempreviva se arraiga en los cimientos ; los musgos rodean los desiguales escombros con su elástica borra ; la zarza hace salir sus círculos oscuros en el hueco rasgado de una ventana, y la yedra, extendiéndose a lo largo de los claustros septentrionales, pende en graciosos festones sobre los arcos.

No hay ruina alguna de efecto más pintoresco que estos escombros. Bajo un cielo nebuloso, en medio de los vientos y las tempestades, y a la orilla del mar cuyas tormentas cantó Osían, su arquitectura gótica presenta algo de grande y sombrío, como el Dios de Sinaí, cuya memoria perpetúa. Sentado el viajero en las Órcadas sobre un altar destrozado, admira la tristeza de estos lugares. Un océano salvaje, unas sirtes cubiertas de espesas nieblas, unos valles en que se levantan sepulcrales piedras, los torrentes que ruedan por entre los matorrales, y algunos pinos rojizos diseminados en la calva de un *morro* flanqueado por lechos de nieve, es todo lo que a la vista se ofrece. El viento circula entre las ruinas, y sus innumerables grietas se convierten en otros tantos conductos que exhalan lastimeras quejas. Menos dulce suspiraba un día el órgano bajo aquellas religiosas bóvedas. Las largas hierbas se estremecen en las hendiduras de las cúpulas, y, a través de ellas, se ve huir la nube o volar el ave de las regiones boreales. Perdido alguna vez el derrotero, un bajel oculto en sus redondeadas velas, como un espíritu de las aguas cubierto con sus alas, surca las abandonadas olas ; y a impulso del aquilón, parece inclinarse a cada paso y saludar los mares que bañan los restos del templo de Dios.

Por estas ignoradas playas pasaron aquellos hombres que adoraban la *Sabiduría* que un día paseó bajo las ondas. Ora en sus solemnidades, se adelantaban a lo largo de las playas, cantando con el Salmista: «¡Cuán vasto es ese mar que extiende a lo lejos sus espaciosos brazos¹!» Ora sentados en la gruta de *Fingal*, cerca de los respiraderos del Océano, creían oír esa voz que decía a Job: «¿Sabes quién ha encerrado el mar en sus diques, cuando se desbordaba del seno de su madre, *quasi de vulva procedens*²?» Cuando las tempestades del invierno se desencadenaban durante la noche y los torbellinos envolvían el monasterio, los tranquilos cenobitas, retirados en sus celdas, se adormían al murmullo de las tempestades, considerándose felices por haber embarcado en esa nave del Señor, que jamás zozobrará.

¡Sagrados restos de los monumentos cristianos! ¡Vosotros no traéis a la memoria, como tantas otras ruinas, la sangre vertida, ni las injusticias y las violencias consumadas! Sólo narráis una historia tranquila o los misteriosos sufrimientos del Hijo del Hombre. Y vosotros, santos ermitaños, que para llegar a más venturosos retiros, os desterrasteis a los hielos del polo, ahora gozáis el fruto de vuestros sacrificios. Si hay entre los ángeles, como entre los hombres, campos habitados y lugares desiertos, así como sepultasteis vuestras virtudes en las soledades de la tierra, habréis sin duda elegido las soledades del cielo para ocultar vuestra incomprensible felicidad.

VI

ARMONÍAS MORALES.—DEVOCIONES POPULARES.

Abandonando las armonías físicas de los monumentos religiosos y de las escenas de la Naturaleza, hablemos ya de las armonías morales del cristianismo. Preciso es colocar en primer término esas *devociones populares* que consisten en ciertas creencias y ciertos ritos prac-

ticados por la multitud, sin hallarse ni absolutamente sancionados ni proscritos por la Iglesia, pues en realidad son meras armonías de la religión y la Naturaleza. Cuando el pueblo cree oír la voz de los muertos en los vientos; cuando habla de fantasmas de la noche; cuando va en peregrinación para alivio de sus males, es evidente que todo esto no es otra cosa que unas tiernas relaciones entre algunas escenas naturales, o algunos dogmas sagrados y la miseria de nuestros corazones. Siguese de aquí que cuantas más *devociones populares* tiene un culto, más poético es, puesto que la poesía se funda en los movimientos del alma y los accidentes de la Naturaleza, revestidos de cierto misterio, mediante la intervención de las ideas religiosas.

Compasión deberíamos excitar si, queriendo someter todo a las reglas de la razón, condenásemos con rigor unas creencias que ayudan al pueblo a soportar las amarguras de la vida y le enseñan una moral que nunca le enseñarían las mejores leyes. Es conveniente y hermoso, aunque lo contrario se sustente, que todas nuestras acciones estén llenas de Dios, y que sus milagros nos rodeen incesantemente.

El pueblo es mucho más sabio que los filósofos. Cada fuente, cada cruz en un camino, cada suspiro del viento en la noche, encierra un prodigio, pues para el hombre de fe, la Naturaleza es una constante maravilla. Si sufre, ora ante su pequeña imagen y queda consolado. Si necesita volver a ver a un pariente, a un amigo, hace un voto, toma el báculo y el bordón del peregrino, atraviesa los Alpes o los Pirineos, visita a Nuestra Señora de Loretó, o a Santiago de Galicia, arrodillase, y pide al santo le devuelva un hijo (pobre marinero, acaso perdido en los mares), que le salve su esposa o prolongue los días de su padre, y su corazón se siente aligerado. Regresa a su cabaña, cargado de conchas, hace resonar las aldeas al sonido de su bocina, y canta en sencillas trovas la bondad de María, madre de Dios. Todos quieren tener algún objeto que haya pertenecido al peregrino. ¡Cuántos males no se curan por medio de una cinta consagrada! El peregrino llega a su

1. Ps., CIII, v. 25.

2. Job, cap. XXXVIII, v. 8.

aldea, y los primeros que le salen al encuentro son su mujer regocijada, el hijo que lloraba perdido, y su rejuvenecido padre.

¡Felices, tres y cuatro veces felices los que creen! No pueden sonreír sin contar que sonríen siempre; no pueden llorar sin creer que se acercan al término de sus lágrimas. Su llanto no es perdido: la religión lo recibe en su urna, y lo presenta al Eterno.

Los pasos del verdadero creyente nunca son solitarios; un ángel bueno le custodia, le envía consejos en sus ensueños, y le protege contra el ángel malo. Este amigo se sacrifica por él hasta el punto de desterrarse en la tierra.

¿Había entre los amigos algo más admirable que multitud de antiguas prácticas de nuestra religión? Si en una sinuosidad del bosque se hallaba el cuerpo de un hombre asesinado, plantábase una cruz en aquel lugar, en señal de misericordia; aquella cruz pedía al samaritano una lágrima para un infortunado, y al habitante de la ciudad fiel, una plegaria para su hermano. ¡Y acaso aquel viajero era tal vez un extranjero que había dejado de existir lejos de su país, como aquel ilustre desconocido, sacrificado por la mano de los hombres, lejos de su patria celestial! ¡Sublime comercio entre Dios y nosotros! ¡Cuánta elevación no añadía esto a la naturaleza humana! ¡Y, cuán admirable era atreverse a hallar analogías entre nuestros perecederos días y la eterna existencia del Señor de los mundos!

No hablaremos de esos júbilos substituidos a los juegos seculares, que bañaban a los cristianos en la piscina del arrepentimiento, rejuvenecían las conciencias, y llamaban a los pecadores a la amnistía de la religión. Tampoco diremos cómo en las calamidades públicas, los poderosos y los humildes iban descalzos de iglesia en iglesia, procurando desarmar la cólera divina. El pastor les precedía con una cuerda al cuello, víctima humilde que se sacrificaba por la salvación del rebaño.

El pueblo no tenía estas plagas cuando guardaba el crucifijo de ébano, el laurel bendito, o la imagen del santo, patrono de la familia. ¡Cuántas veces

no se arrodillaba delante de estas reliquias, para alcanzar de ellas los auxilios que no obtuviera de los hombres!

¿Quién no conoce a *Nuestra Señora de los Bosques*, habitadora del tronco de un añoso espino, o del musgoso hueco de una fuente? Célebre es su nombre en la aldea por sus milagros. ¡Cuántas matronas os dirán que sus dolores de parto han sido menos intensos desde que invocaron a la buena *Maria de los Bosques*! Las doncellas que perdieron a su futuro esposo, han visto, a la claridad de la luna, las almas de ellos en aquel solitario lugar, y reconocido su voz en los suspiros de la fuente. Las palomas que beben sus aguas, tienen siempre huevos en sus nidos, y las flores que crecen en sus orillas, ostentan en sus tallos perennes capullos. Era conveniente que la santa de los bosques hiciera milagros tan agradables como los musgos que habita y las aguas que la velan.

En los grandes acontecimientos de la vida es cuando las costumbres religiosas ofrecen sus consuelos a los que de ellos han menester. En cierta ocasión presenciábamos un naufragio: al saltar a la playa, los marineros se desnudaron, no conservando sino sus pantalones y sus mojadas camisas, pues habían hecho un voto a la Virgen durante la tempestad; hecho esto, se encaminaron procesionalmente a una pequeña capilla dedicada a Santo Tomás. El capitán marchaba a su cabeza, y el pueblo les seguía cantando con ellos el *Ave maris stella*. El sacerdote celebró la misa de los naufragos, y los marineros colgaron en *ex voto* sus ropas, empapadas por el agua del mar, en las paredes de la capilla. La filosofía puede henchir sus páginas de palabras magníficas, pero dudamos que los desgraciados suspendan alguna vez los vestidos en su templo.

La muerte, tan poética porque toca las cosas inmortales, y tan misteriosa en razón de su silencio, tenía mil maneras de anunciarse al pueblo. Ya una defunción se hacía prever por el tañido de una campana que sonaba por sí misma; ya el hombre que había de morir hacía resonar tres golpes en el pavimento de su cuarto. Una religiosa de San Benito, próxima a abandonar la tierra, hallaba

una corona de espio blanco en el umbral de su celda; y si una madre perdía a su hijo en remotos países, tenía al punto noticia del triste caso por medio de un sueño. Los que niegan los presentimientos, nunca conocerán los secretos caminos por donde los corazones que se aman se comunican, del uno al otro confín del orbe. Y no pocas veces, el difunto querido salía del sepulcro, y se presentaba a su amigo para encargarle le dedicase algunas oraciones, que le rescatasen de las llamas y le condujesen a la felicidad de los escogidos. Así, la religión había hecho a la amistad partícipe del hermoso privilegio que tiene Dios de conceder una felicidad de bienaventuranza.

Otras opiniones de diferente índole, pero siempre de carácter religioso, inspiraban a la humanidad, siendo tal su sencillez, que rodean al escritor de cierta dificultad de expresarlas. Tocar el nido de una golondrina, dar muerte a un pitirrojo, a un reyezuelo, a un grillo, huésped del hogar campestre, o a un perro envejecido al servicio de la familia, era una especie de impiedad que nunca dejaba, en la popular creencia, de atraer algún castigo sobre el culpable. En virtud de un admirable respeto a la ancianidad, se creía que las personas de edad provecata eran de feliz agüero en una casa, y que un antiguo criado era mensajero de faustos sucesos para su amo. Aquí se encuentran algunos indicios del tierno culto de los *Lares*, y se recuerda a la hija de Labán, llevando consigo sus dioses paternos.

El pueblo estaba persuadido de que nadie comete una acción aviesa sin condenarse a ver, durante el resto de su vida, espantosas apariciones. La antigüedad, más sabia que nosotros, hubiérase abstenido de destruir estas armonías de la religión, la conciencia y la moral. Ni hubiera rechazado esa otra opinión, en cuya virtud se tenía por cierto que todo aquel que disfrutaba de una prosperidad ilegítima, había hecho un pacto con el

espíritu de tinieblas y legado su alma a los infiernos.

Por último, los vientos, las lluvias, los soles, las estaciones, las faenas agrícolas, las artes, el nacimiento, la niñez, el matrimonio, la vejez y la muerte, tenían sus santos e imágenes, y nunca pueblo alguno se vió más rodeado de divinidades amigas que el pueblo cristiano.

No tratamos de examinar rigurosamente semejantes creencias. Lejos de prescribir cosa alguna respecto de ellas, la religión servía, por el contrario, para precaver su abuso y corregir su exceso. Nuestro único objeto es saber si su fin es moral, y si son más a propósito que las mismas leyes para conducir la muchedumbre a la virtud. ¿Y qué hombre sensato puede dudarlo? A fuerza de declamar contra la superstición, se llegará a abrir el camino a todos los crímenes. Lo que no debe admirar a los sofistas es que, en medio de los males que han causado, no tengan la satisfacción de ver al pueblo más incrédulo. Si éste dejara de someter su espíritu a la religión, se entregaría a las más monstruosas opiniones, y se sentiría dominado por un terror tanto más extraño, cuanto que desconocería su causa; temblaría en un cementerio en que se hubiera grabado que la *muerte es un sueño eterno*; y mientras aparentase despreciar el poder divino, iría a interrogar a la gitana, o a escudriñar sus destinos en los delirios del arte de la adivinación.

Es preciso de lo *maravilloso*, un porvenir, esperanzas en el hombre, porque se siente formado para la inmortalidad. Los *conjuros* y la *nigromancia* no son otra cosa en los pueblos que el instinto religioso, y una de las más irrefragables pruebas de la necesidad de un culto. Muy cerca se está de creer todo cuando en nada se cree; hay adivinos cuando no hay profetas, sortilegios cuando se prescinde de las ceremonias religiosas, y las cavernas de los hechiceros se abren cuando se cierran los templos del Señor.

CUARTA PARTE

CULTO.

LIBRO PRIMERO

Iglesias, ornamentos, cantos, oraciones, solemnidades, etc.

I

DE LAS CAMPANAS

Ocupémonos ahora del culto cristiano, pues este asunto es cuando menos tan rico como el de las tres primeras partes, con las que forma un todo completo.

Mas ya que nos preparábamos para entrar en el templo, hablemos desde luego de la campana que a él nos llama.

Es cosa que maravilla ver cómo se ha hallado un medio seguro de producir en un mismo instante, merced a un golpe de martillo, un mismo sentimiento en mil corazones diferentes, obligando a los vientos y a las nubes a hacerse intérpretes de los pensamientos humanos. Considerada luego como armonía, la campana es de esa belleza de primera clase que los artistas denominan *lo grande*. El fragor del trueno es sublime, y lo es tan sólo por su majestad; lo mismo acontece respecto del estrépito de los vientos, de los mares, de los volcanes, de las cataratas y de la voz de todo un pueblo.

Si Pitágoras prestaba atento oído a los martillazos de un herrero, ¡con cuánto placer hubiera escuchado el so-

nido de nuestras campanas, en la víspera de una solemnidad! El alma puede conmoverse con las consonancias de una lira, pero no se llenará de entusiasmo como cuando el rayo de los combates la despierta o cuando un alegre repique proclama en la región de las nubes los triunfos del Dios de las batallas.

No es éste, sin embargo, el carácter más notable del sonido de las campanas, pues tiene con nosotros mil relaciones secretas. ¡Cuántas veces en el silencio de la noche, el fúnebre toque de agonia, semejante a las lentas pulsaciones de un corazón moribundo, ha sorprendido a una esposa adúltera que lo escuchaba! ¡Cuántas veces llegaron hasta el ateo, que en su vigilia impía osaba tal vez escribir contra la existencia de Dios! La pluma abandona su mano, y cuenta con espanto los golpes de la muerte, que parecen decirle: *¿Por ventura no hay Dios?* ¡Oh! ¡No fué otro el ruido que perturbó el sueño de nuestros tiranos! ¡Admirable es la religión, que sólo al golpe de un mágico metal, puede trocar en tormentos los placeres, conmover al ateo, y hacer caer el puñal de las manos del asesino!

Aun despierta sentimientos más dulces el sonido de las campanas. Cuando en el tiempo de siega, y al rayar el alba se oye con el canto de la cogujada el grato repique de las campanas de nuestras aldeas, nos parece que el ángel de las mieses, para despertar a los trabajadores, suspira en algún instrumento he-

breo la historia de Séfora o de Noemi. Tanto esa campana, *agitada por los fantasmas* en la antigua capilla de la selva, como la que para alejar la tempestad, echa a vuelo en nuestros campos un religioso temor, y la que por la noche se tañe en algunos puertos de mar para dirigir al piloto a través de los escollos, tienen en sus confusos rumores sus encantos y maravillas. El repique armónico de las campanas en nuestras fiestas, parece aumentar la alegría y el regocijo público, expresándose el gozo en una escala de sonidos inmensos, así como por el contrario, en las grandes calamidades, estos mismos ruidos se hacen pavorosos. Todavía se erizan los cabellos a la memoria de aquellos días de incendio y de muerte, en que la campana vibraba los lúgubres clamores de alarma. ¿Quién ha olvidado aquellos alaridos, aquellos penetrantes gritos, interrumpidos tal vez por algunos fusilazos, por algunas lamentables y solitarias voces, y, sobre todo, por los sordos ecos de la campana de rebato, o por el reloj que marcaba tranquilamente la hora transcurrida?

En una sociedad bien dirigida, el toque de rebato excita la piedad y el terror, y despierta de esta manera las dos fuentes de las grandes emociones trágicas.

Éstos son los sentimientos que producen las campanas de nuestros templos: sentimientos tanto más bellos, cuanto que llevan siempre consigo un recuerdo confuso del cielo. Si las campanas se hubieran destinado a cualquier otro monumento que a las iglesias, habrían perdido su simpatía moral con nuestros corazones. Empero, no ha sido así. Dios es quien manda al ángel de las victorias *voltear las campanas* para que publiquen nuestros triunfos, o al ángel de la muerte para que anuncie la partida del alma que acaba de remontarse a su trono. Así se comunica una sociedad cristiana con la Dinividad por medio de mil voces secretas, y sus instituciones van a confundirse misteriosamente con la fuente de todo misterio.

Dejemos, pues, que las campanas congreguen a los fieles, porque la voz del hombre no es bastante para convocar al pie de los altares el arrepenti-

miento, la inocencia y el infortunio. Entre los salvajes de América, cuando el viajero se presentaba a la puerta de una cabaña, un niño le introducía en el hogar de su padre: conveniente sería, si se nos prohibiesen las campanas, elegir un niño para que nos llamase a la casa del Señor.

II

DE LA VESTIDURA DE LOS SACERDOTES, Y DE LOS ORNAMENTOS DE LA IGLESIA.

Se declama continuamente contra las instituciones de la antigüedad, sin reflexionar que el culto evangélico es la única reliquia que de ella ha llegado hasta nosotros. En la Iglesia, todo recuerda aquellas remotas edades, que, aunque abandonadas mucho ha por los hombres, son todavía objeto de sus pensamientos. Si se fija la consideración en el sacerdote cristiano, de repente nos vemos trasladados a la patria de los Numas, de los Licurgos, o de los Zoroastros. La *tiara* nos recuerda al medo errante por las ruinas de Susa y de Ecbatana; el *alba*, cuyo nombre latino significa el rayar del día y la virginal blancura, ofrece gratas analogías con las ideas religiosas, y los ornamentos de nuestros altares excitan siempre un majestuoso recuerdo, o una agradable armonía.

¿Por qué el altar cristiano, semejante a un sepulcro antiguo, y la imagen del sol vivo encerrado en nuestros tabernáculos, nos complacen tanto? Nuestros cálices buscaron sus nombres entre las plantas, y la azucena les prestó su forma: graciosa concordancia entre el cordero y las flores.

Así como la señal más directa de la fe es la cruz, así también ha sido el objeto más ridículo para algunos. Los romanos, igualmente que los nuevos enemigos del cristianismo, se burlaron de ella; pero Tertuliano les mostró que ellos mismos usaban de esta señal en sus haces de armas. La actitud que la cruz hizo tomar al Hijo del Hombre es sublime: el cuerpo pendiente y la cabeza inclinada forman un contraste divino con los brazos tendidos al cielo. Por

lo demás, la Naturaleza no ha sido tan delicada como los incrédulos, pues no ha temido modelar la cruz en muchas de sus obras: hay una familia entera de flores que pertenecen a esta forma, y esta familia se distingue por su inclinación a la soledad; la mano del Omnipotente ha colocado también el estandarte de nuestra salvación entre los soles.

La urna que en nuestros templos contiene los perfumes, imita la forma de una navecilla, y exhala olorosos vapores que fluctúan sobre un vaso pendiente de largas cadenas. Por una parte se ven los candelabros de bronce dorado, obra de un Cafieri o de un Vassé, e imagen de los candeleros místicos del rey-poeta; las virtudes cardinales sostienen el fascistol triangular; las lirás adornan sus lados, corónalo un globo terráqueo, y un águila de bronce, colocada sobre aquellas bellas alegorías, parece llevar sobre sus tendidas alas nuestras oraciones a los cielos. Ofrécese a la vista por todas partes púlpitos ligeramente colgados, vasos cubiertos de llamas, y balcones, y balaustradas de mármol, y altos tederos, sillas de coro esculpidas por los Charpentier y los Dugoulon, lampadarios torneados por los Ballin, y custodias de rubies dibujadas por los Bertrand y los Cotte. A veces los despojos de los templos de los falsos dioses servían para decorar el templo del Dios verdadero; las pilas del agua bendita de San Supicio eran dos urnas sepulcrales, traídas de Alejandría; las bandejas, las patenas y el agua lustral recordaban a cada paso los sacrificios antiguos, mezclándose siempre, pero sin confundirse, la memoria de lo que tuvieron de más bello la Grecia e Israel.

En fin, las lámparas y las flores que adornan nuestras iglesias, perpetúan la memoria de aquellos tiempos de persecución, en que los fieles se congregaban en los sepulcros para orar. Créfase ver aquellos primeros cristianos, encendiendo clandestinamente sus hachas bajo las bóvedas fúnebres, y a las doncellas llevando flores para adornar el altar de las catacumbas; un pastor, tan pobre de bienes temporales como rico de buenas obras, consagraba estos dones al Señor. Aquél era el verdadero reino de Jesucristo, del Dios de los pequeños y mis-

rables, cuyo altar era tan pobre como sus mismos siervos: mas si los cálices eran de madera, los sacerdotes eran de oro, según la expresión de San Bonifacio; que nunca brillarán tantas virtudes evangélicas entre los cristianos, como en aquellas felices edades en que, para bendecir al Dios de la luz y de la vida, era forzoso ocultarse en las sombras de la noche y de la muerte.

III

DE LOS CANTOS Y LAS ORACIONES

Se reprueba en el culto católico el uso de una lengua extraña al pueblo, como si se le predicara en latín, o no estuviese traducido el oficio divino en todos los libros de la Iglesia. Por otra parte, si la religión hubiera sido tan inconstante como los hombres, mudando de idioma con ellos, ¿cómo hubiéramos conocido las obras de la antigüedad? Tal es la inconsecuencia de nuestra condición, que censuramos aquellas mismas costumbres a que debemos parte de nuestras ciencias y placeres.

Mas, no considerando los usos de la Iglesia romana sino bajo sus inmediatas relaciones, no comprendemos que la lengua de Virgilio, conservada en nuestro culto (y en algunos tiempos y lugares la de Homero), sea desagradable. Creemos que una lengua antigua y misteriosa que no cambia con los siglos, se adapta muy bien al culto del Ser eterno, incomprensible e inmutable. Y puesto que el conocimiento de nuestros males nos obliga a elevar hacia el Rey de los reyes una voz suplicante, ¿no es natural que se le hable en el más hermoso idioma de la tierra, en aquel mismo en que, postradas las naciones, dirigen sus humildes súplicas a los Césares?

Es, además, cosa notable que las oraciones en lengua latina parecen aumentar el sentimiento religioso de la multitud de los fieles. ¿No será por un efecto natural de nuestra inclinación a lo secreto? El hombre, en el tumulto de sus pensamientos y de las miserias que asedian su vida, al pronunciar palabras poco familiares y aun desconocidas, juzga que pide todo lo que le falta y que ig-

nora; lo indeterminado de su oración es lo que le agrada y satisface, y su alma inquieta, que apenas sabe lo que desea, se goza en formar votos tan misteriosos como sus necesidades.

Réstanos examinar lo que se llama la *barbarie* de los cánticos sagrados.

Es opinión generalmente admitida que los hebreos exceden a los demás pueblos de la antigüedad en el género lírico; y así la Iglesia, que canta todos los días los salmos y las lecciones de los profetas, es la primera que presentó un bellissimo caudal de cánticos.

No comprendemos qué puedan tener de *ridículo* o de *bárbaro*:

No esperemos, alma mía, en las promesas del mundo, etc. ¹.

Despierta la tierra a los acentos de mi voz, etc.

He visto mis tristes días

Declinar hacia su ocaso, etc. ².

Hasta en los Evangelios y epístolas de los apóstoles encuentra la Iglesia otro manantial para sus cantos. Racine, creyendo, como Malherbe y Rousseau, que estas *prosas* eran dignas de su musa, procuró imitarlas ³. San Crisóstomo, San Ambrosio, Santo Tomás de Aquino, Coffin y Santeul, por su parte, hicieron resonar otra vez la lira griega y latina sobre las tumbas de Alceo y de Horacio. Atenta la Iglesia a las alabanzas del Señor, mezcla sus conciertos matinales con los de la aurora:

Splendor paternæ gloriæ, etc.

Source ineffable de lumière,

Verbe en qui l'Éternel contemple sa beauté,

Astre dont le soleil n'est qu'une ombre grossière

Sacré jour, dont le jour emprunte sa clarté,

Lève-toi, soleil adorable, etc. ⁴.

Con el ocaso, canta aún la Iglesia:

Celi Deus sanctissime, etc.

Grand Dieu, qui fais briller sur la voûte étoilée

Ton trône glorieux,

Et d'une blancheur vive, à la pourpre mêlée,

Peins le cintre des cieux ⁵.

No carece de hermosura esta música de Israel en la lira de Racine, pues mas

que un sonido *real*, parece oírse aquella voz interior melodiosa, que, como dice Platón, despierta por la mañana a los amantes de la virtud, *cantando con toda su fuerza en sus corazones*.

Pero, aun sin recurrir a estos signos, las oraciones más comunes de la Iglesia son admirables, no impidiéndonos sentir toda su belleza sino el hábito de repetirlas desde nuestra infancia. Por todas partes resonarían las aclamaciones, si se encontrase en Platón o en Séneca una profesión de fe tan sencilla, tan pura, tan clara como ésta: -

«Creo en un solo Dios todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles e invisibles.»

La oración dominical es obra de un Dios que conocía todas nuestras necesidades: medítense bien sus palabras:

«Padre nuestro que estás en los cielos.»

Reconocimiento de un Dios único.

«Santificado sea el tu nombre,»

Culto debido a la divinidad: vanidad de las cosas humanas; Dios sólo merece ser santificado.

«Venga a nos el tu reino;»

Inmortalidad del alma.

«Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo;»

Palabras sublimes que comprenden todos los atributos de la Divinidad; resignación santa, que abraza todo el orden físico y moral del Universo.

«El pan nuestro de cada día, dánosle hoy;»

¡Qué unión y fondo de filosofía! ¿Cuál es la única necesidad de ser del hombre? Un poco de pan; necesítale solamente para hoy (*hodie*); porque, ¿existirá acaso mañana?

«Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores;»

He aquí la moral y la caridad en dos palabras.

«No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal.»

¡He aquí el corazón humano por entero; he aquí el hombre y toda su fragilidad! No pide fuerzas para vencer, no pide ser tentado ni dejar de sufrir. Sólo quien hizo la naturaleza humana pudo conocerla tan bien.

No hablaremos de la Salutación an-

1. MALH., lib. I, oda III.

2. ROUSS., lib. I, oda III y X.

3. Véase el cántico sacado de San Pablo.

4. Manantial inefable de luz,—verbo en quien el Eterno contempla su hermosura,—astro del cual es el sol una sombra grosera—sagrado día que presta al alba su claridad,—levántate, sol adorable, etc. (*N. del T.*)

5. Dios santo, que haces brillar sobre la bóveda estrellada—tu trono glorioso,—y de una blancura viva, a la púrpura mezclada,—pintas el arco de los cielos. (*N. del T.*)

gética, llena verdaderamente de gracia, ni de aquella confesión que hace el cristiano cada día a los pies del Eterno. Jamás reemplazarán las leyes la moralidad de semejante costumbre. Considérese bien el freno que es para el hombre esta confesión humilde, que renueva día y noche: *¿Pequé por mis pensamientos, por mis palabras y por mis obras?* Pitágoras había recomendado a sus discípulos una confesión semejante; pero estaba reservado al cristianismo realizar estos sueños de virtud de los sabios de Roma y Atenas.

En efecto, el cristianismo parece al mismo tiempo una especie de secta filosófica y una antigua legislación. De él proceden las abstinencias, los ayunos y las vigilia, pues no sólo se encuentran vestigios de esto en las antiguas repúblicas, sino que lo vemos practicado por las escuelas sabias de la India, del Egipto y de Grecia; de manera que cuanto más se examina el fondo de la cuestión, es tanto mayor el convencimiento de que la mayor parte de los insultos lanzados contra el culto cristiano, hieren de rechazo a la antigüedad. Pero volvamos a las oraciones.

Los actos de fe, esperanza y caridad, y el de contrición, disponían asimismo el corazón a la virtud; las oraciones de diversas ceremonias cristianas, relativas a objetos civiles y religiosos, o a simples accidentes de la vida, ofrecían congruencias perfectas, pensamientos elevados, grandes recuerdos, y un estilo igualmente tan sencillo como magnífico. En la misa nupcial leía el sacerdote la epístola de San Pablo: «Hermanos míos, estén las mujeres sujetas a sus maridos como al Señor»; y en el Evangelio: «En aquel tiempo se llegaron los fariseos a Jesús para tentarle, y le dijeron: ¿Puede el hombre abandonar a su mujer? Y les respondió: Está escrito que abandonará el hombre a su padre y a su madre, para unirse a su mujer.»

En la bendición nupcial, después de haber repetido el celebrante las palabras que el mismo Dios pronunció sobre Adán y Eva, *Crescite et multiplicamini*, añadía: «¡Oh Dios! Unid, os suplicamos, los espíritus de estos esposos, y derramad sobre sus corazones una verdadera amistad. Mirad con ojos propicios a

vuestra sierva... Haced que su yugo lo sea de amor y de paz, que, casta y fiel, siga siempre el ejemplo de las mujeres fuertes; que se haga amable a su marido, como Raquel; que sea sabia como Rebeca; que goce de larga vida, y sea fiel como Sara... que logre una dichosa fecundidad; que guarde una vida pura e irreprochable, para que llegue al descanso de los santos y al reino del cielo. Haced, Señor, que vean entrambos los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación, y que lleguen a una venturosa vejez.»

En la ceremonia de la *misa de purificación*, se cantaba el salmo *Nisi Dominus*: «Si el Eterno no edifica la casa, es en vano que trabajen los que la edifican.»

En la ceremonia de la *conminación*, o anuncio de la cólera divina al principio de Cuaresma, se pronunciaban estas maldiciones del Deuteronomio:

«Maldito sea el que ha despreciado a su padre y a su madre.

«Maldito sea el que aparta al ciego del camino, etc.»

En la visita a los enfermos, decía el sacerdote al entrar: «*Paz a esta casa y a los que la habitan*»; y después, a la cabecera del enfermo:

«Padre de misericordia, conserva y mantén a este enfermo en el gremio de tu Iglesia, como uno de sus miembros. Atiende a su contrición, recibe sus lágrimas y alivia sus dolores.»

Después leía el salmo *In te, Domine*: «En ti he esperado, Señor, librame por tu justicia.»

¡Cuánto más divinas aun parecen estas consideraciones al recordar que aquellos a quienes iba a visitar de este modo el sacerdote, eran casi siempre unos desvalidos, cuyo techo era de humilde paja!

Todos conocen las excelentes oraciones de los *Agonizantes*. En primer lugar se lee la oración *PROFICISCERE*: *Salid, alma cristiana, de este mundo*; después, este lugar de la Pasión: *En aquel tiempo salió Jesús hacia el monte Olivete*, etc.; luego el salmo *Miserere mei*; en seguida esta lección del Apocalipsis: *En aquellos días vi a muchos muertos, grandes y pequeños, que comparecieron ante el trono*, etc.; y, en fin, la famosa

visión de Ezequiel : *La mano del Señor estuvo sobre mí, y habiéndome conducido fuera por el espíritu del Señor, me dejó en un campo cubierto de huesos. Entonces, el Señor me dijo: Profetiza al espíritu; hijo del hombre, di al espíritu: Venid de los cuatro vientos, y soplad sobre estos muertos para que revivan, etc.*

También había oraciones determinadas para los incendios, las pestes y toda clase de calamidades. No olvidaremos, mientras existamos, haber oído leer, durante el inminente riesgo de un naufragio, el salmo *Confitemini Domino*: «Confesad al Señor, porque es bueno...»

«Él lo manda, y levantándose el viento de la tempestad, se arremolinan las olas... Entonces, los marineros claman al Señor en su conflicto y Él los libra del peligro.»

«Avasalla la tormenta, conviértela en calma, y las olas del mar se aplacan.»

En la Pascua, Jeremías levántase de entre el polvo de Sión para llorar al Hijo del Hombre. La Iglesia escogía lo más hermoso, patético y melancólico que hay en los Santos Padres y en la Biblia, para componer los cánticos de esta semana, consagrada al más grande de los mártires, que es también el más grande de los dolores. Hasta las *Letanias* exhalaban suspiros y exclamaciones admirables, como lo manifiestan estos versículos de las *Letanias de la Providencia*:

Providencia de Dios, consuelo del alma peregrina;
Providencia de Dios, esperanza del pecador desamparado;
Providencia de Dios, calma de las tempestades;
Providencia de Dios, descanso del corazón, etc.;
Ten piedad de nosotros.

Por último, nuestros antiguos cánticos y aun los villancicos de nuestros abuelos, no carecían de mérito, pues se percibían en ellos la sencillez y el verdor, digámoslo así, de la fe. ¿Por qué en nuestras misiones del campo nos enternecíamos cuando los labradores cantaban:

Adoremus todos, ¡oh misterio inefable!
Un Dios enuebierto, etc.?

No era sino porque había en estas voces campestres un acento irresistible de verdad y convencimiento. Los villancicos que pintaban las escenas rústicas,

tenían en boca de la aldeana un estilo lleno de gracia; y, cuando acompañaba su canto con el rumor del huso, y sus hijos, apoyados en sus rodillas, escuchaban con suma atención la historia del niño Jesús y del Pesebre, hubiérase en vano buscado aires más dulces, ni religión más conveniente a una madre.

IV

DE LAS SOLEMNIDADES DE LA IGLESIA.

—DEL DOMINGO.

Ya hemos dado a conocer ¹ la belleza de ese séptimo día, que corresponde al del descanso del Criador; división de tiempo conocida en la más remota antigüedad. Poco importa saber si esto era una tradición oscura de la Creación, transmitida al género humano por los hijos de Noé, o si la inventaron los pastores mediante la observación de los astros; lo cierto es, que es la más perfecta de que se sirvió jamás legislador alguno. Prescindiendo de sus exactas relaciones con la fuerza de los hombres y de los animales, tiene aquellas grandes armonías geométricas que procuraron establecer siempre los antiguos entre las leyes particulares y generales del Universo; esta división señala seis días para el trabajo; y el sexto, por medio de dos sencillas multiplicaciones, produce los trescientos sesenta días del año antiguo, y los trescientos sesenta grados de la circunferencia. Podíase, pues, encontrar magnificencia y filosofía en la ley religiosa que dividía el círculo de nuestros trabajos de la misma manera que el que recorren los astros en su revolución; como si el hombre no tuviese otro término a sus fatigas que la consumación de los siglos, ni menores espacios que llenar con sus dolores que la duración de los tiempos.

El cálculo decimal puede convenir a un pueblo mercantil; pero nada tiene de hermoso ni cómodo para las demás relaciones de la vida, ni para las grandes ecuaciones celestes. La Naturaleza lo

1. Primera parte, libro II, cap. I.

emplea raras veces : violenta, digámoslo así, el año y el curso del sol ; y la ley de la pesantez o de la gravitación (única ley acaso del Universo), se verifica por el *cuadrado* y no por el *quintuplo* de las distancias. Ni se adapta más al desarrollo, germinación y vegetación de las especies, porque casi todas las hembras llevan el tres, el nueve y el doce, que corresponden al cálculo seximal¹.

Sin embargo, la experiencia prueba que el quinto es un día muy inmediato, y el décimo demasiado distante para el descanso ; y el Terror jamás pudo precisar al aldeano a observar la década, porque hay para ello una impotencia absoluta en las fuerzas humanas, y también en las de los animales. El buey no puede trabajar nueve días consecutivos, y al cabo del sexto pide con sus mugidos las horas señaladas por el Criador para el reposo general de las criaturas².

El domingo reunía todas las ventajas, porque era a un mismo tiempo un día de placer y de religión. Es en verdad necesario que el hombre descanse de sus trabajos ; pero como la ley civil no puede extenderse a las horas de su descanso, el eximirle también en este tiempo de la ley religiosa sería librarle de todo freno, sumergirle de nuevo en el estado de la Naturaleza, y lanzar repentinamente a una especie de salvaje en medio de la sociedad. Para evitar semejante peligro, hicieron también los antiguos del día de *descanso* un día *religioso* ; ejemplo consagrado por el cristianismo.

No obstante, esta jornada de la bendición de la tierra y del reposo de Jehová, se halla en contradicción con los espíritus de una Convención *que hizo alianza con la muerte, porque era digna de tal sociedad*³. Después de seis mil años de asentimiento universal, después de sesenta siglos de hosanna, la sabiduría de los Dantón, levantando la cabeza, osa juzgar mala la obra que el Eterno ha encontrado buena. Cree que, precipitándonos en el caos, podría substituir la tradición de sus ruinas y de sus tinieblas a la del alumbramiento y orden de los mundos ; quiso separar el pueblo

francés de otros pueblos y formar, como los judíos, una casta enemiga del género humano : un décimo día, en el cual se asocia por toda honra el nombre de Robespierre, vino a reemplazar ese antiguo sabbat, ligado al recuerdo de la infancia de los tiempos, día santificado por la religión de nuestros padres, celebrado por cien millones de cristianos en la superficie del globo, festejado por los santos y las cohortes celestiales y, por así decir, guardado por el mismo Dios en los siglos de la Eternidad.

V

EXPLICACIÓN DE LA MISA

Hay un argumento tan sencillo y natural en favor de las ceremonias de la misa, que es extraño se haya ocultado a los católicos en sus controversias con los protestantes. ¿Qué es lo que constituye el culto en cualquiera religión? El *sacrificio*. La religión que no lo tiene, carece de culto propiamente dicho. Ésta es una verdad incontestable, porque en todas las naciones de la tierra han nacido las ceremonias religiosas del sacrificio, y no éste de aquéllas. De aquí es preciso inferir que sólo el pueblo cristiano, que tiene un culto, es el que conserva una inmolación.

Admitido este principio, acaso se pretenderá impugnar la forma ; mas si toda la objeción se reduce a esto, no será difícil probar que la misa es el más bello, el más misterioso y divino de todos los sacrificios.

Una tradición universal nos enseña que la criatura se hizo en tiempos pasados culpable contra el Criador. Todas las naciones han procurado apaciguar al cielo ; todas juzgaron que era necesaria una víctima, y se lo persuadieron de tal manera que empezaron ofreciendo en holocausto al hombre mismo, siendo el salvaje quien recurrió desde luego a este terrible sacrificio, como que era por su naturaleza el más inmediato a la sentencia original, que pedía la muerte del hombre.

A las víctimas humanas substituyóse después la sangre de los animales ; pero, en las grandes calamidades, se tornaba

1. Véase BUFFON.

2. Los campesinos decían : « Nuestros bueyes conocen el domingo y no quieren trabajar ese día. »

3. Sap. cap. I, v. 16.

a la primitiva costumbre. Los oráculos pedían los hijos mismos de los reyes : la hija de Jefté, Isaac e Ifigenia fueron reclamados por el cielo irritado. Curcio y Codro se sacrificaron por Roma y Atenas.

No obstante, el sacrificio humano fué el primero que los pueblos abolieron, porque pertenecía al estado de la naturaleza, en que el hombre es casi enteramente *físico* ; continuóse por largo espacio de tiempo inmolando diferentes animales ; pero cuando la sociedad empezó a envejecer, y se reflexionó sobre el orden de las cosas divinas, echóse de ver la insuficiencia del sacrificio material ; comprendióse entonces que la sangre de los machos cabríos y de las terneras no podía en manera alguna rescatar a un ser inteligente y capaz de virtud. Buscóse, pues, una hostia más digna de la naturaleza humana. Ya enseñaban los filósofos que los dioses no se movían por las hecatombes, y que sólo aceptaban la ofrenda de un corazón humillado, y Jesucristo confirmó estas vagas nociones de la razón. El Cordero místico, sacrificado por la salvación de la humanidad, reemplazó las primicias de las ovejas, y a la inmolación del *hombre físico* se substituyó para siempre la inmolación de las pasiones, o el sacrificio del *hombre moral*.

Cuanto más se profundiza el cristianismo, más se advierte que no es sino el desenvolvimiento de luces naturales y el resultado necesario de la vejez de la sociedad. ¿Quién podría sufrir hoy la sangre infecta de los animales en derredor de un altar, y creer que los despojos de un buey nos hacían propicio el cielo? Lo que se concibe con facilidad, es que una víctima espiritual, ofrecida diariamente por los pecados de los hombres, puede ser acepta a los ojos del Señor. Sin embargo, para la conservación del culto exterior había necesidad de un signo, símbolo de la víctima moral. Jesucristo, antes de dejar la tierra, no olvidó la grosería de nuestros sentidos, que no pueden carecer de objeto material : al efecto, instituyó la Eucaristía, en la cual, bajo las especies visibles de pan y vino, ocultó la ofrenda invisible de su sangre y de nuestros corazones. Tal es la explicación del sacrificio cris-

tiano, que no ofende, por cierto, ni al buen sentido ni a la filosofía ; y si el lector quiere meditarla un tanto, acaso le brindará algunas nuevas reflexiones sobre los abismos santos de nuestros misterios.

VI

CEREMONIAS Y ORACIONES DE LA MISA

Réstanos justificar los ritos del sacrificio. Supongamos que la misa es una ceremonia antigua, cuya descripción y oraciones se hallan en los juegos seculares de Horacio, o en algunas tragedias griegas : ¡ cuánto no admiramos el siguiente diálogo, con que se inaugura el sacrificio cristiano !

— *Me acercaré al altar de Dios.*

— *Del Dios que regocija mi juventud.*

— *Envía tu luz y tu verdad ; ellas me condujeron a tu monte santo y a tus tabernáculos.*

— *Me acercaré al altar de Dios, del Dios que regocija mi juventud.*

— *Cantaré con el arpa tus alabanzas, ¡ oh Señor ! Pero, alma mía, ¿ por qué estás triste y por qué me conturbas ?*

— *Esperad en Dios, etc.*

Este diálogo es un verdadero poema lírico entre el sacerdote y el catecúmeno : el primero, lleno de días y experiencia, llora la miseria del hombre por quien va a ofrecer el sacrificio ; el segundo, lleno de esperanza y de juventud, canta la víctima por la cual ha de ser rescatado.

Sigue el *Confiteor*, oración admirable por su moralidad. El sacerdote implora la misericordia del Omnipotente para sí y para el abuelo.

El diálogo prosigue de este modo :

— *¡ Señor, escucha mi oración !*

— *Y mis clamores lleguen a ti.*

Sube entonces el sacrificador al altar, se inclina y besa con respeto el ara sagrada, que en tiempos antiguos contenía los huesos de los mártires, tierno recuerdo de las catacumbas.

Penétrase el sacerdote en este momento de un fuego divino : entona como los profetas de Israel el cántico que cantaron los ángeles sobre la cuna del Salvador, y del cual oyó Ezequiel una parte dentro de la nube.

«¡ Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad ! ¡ Te adoramos, te bendecimos, te alabamos, rey del cielo, en tu gloria inmensa ! etc. »

Al cántico se sigue la Epístola. El amigo del redentor del mundo, Juan, hace oír sus palabras llenas de dulzura ; o el sublime Pablo, desafiando a la muerte, descubre los misterios de Dios. Al leer el Evangelio, el sacerdote se detiene, y suplica a Dios purifique sus labios con el ascua con que tocó los de Isafas. Resuenan entonces las palabras de Jesucristo en el concurso cristiano : unas veces se recuerda la sentencia de la mujer adúltera ; otras vemos al samaritano vertiendo el bálsamo sobre las llagas del caminante, y otras a los párvulos bendecidos por su inocencia.

¿ Qué pueden hacer el sacerdote y los fieles, después de haber oído semejantes palabras ? Declarar que creen firmemente la existencia de un Dios que dejó ejemplos tales al mundo ; por esto se canta en triunfo a continuación el símbolo de la fe. La filosofía, que se precia de aplaudir las cosas grandes, debiera haber advertido que ésta es la primera vez que todo un pueblo ha profesado públicamente el dogma de la unidad de Dios : *Credo in unum Deum.*

Entretanto el sacrificador prepara la hostia inmaculada, para él, para los vivos y para los muertos. Presenta el cáliz : « *Señor, te ofrecemos el cáliz de nuestra salud.* » Bendice el pan y el vino : « *Venid, Dios eterno, y bendecid este sacrificio.* » Y lava sus manos.

« *Lavaré mis manos entre los inocentes... ¡ Oh, no permitas que termine mis días entre los sanguinarios.* »

Recuerdo de las persecuciones.

Preparado todo, se vuelve el celebrante al pueblo, y dice :

« *Orad, hermanos míos.* »

El pueblo responde :

« *Reciba el Señor este sacrificio de tus manos.* »

Enmudece el sacerdote por un momento, y después anunciando de repente la eternidad, exclama : *Per omnia sæcula sæculorum :*

« *Levantad vuestros corazones !* »

Y responden infinitas voces :

Habemus ad Dominum : Nosotros los elevamos hacia el Señor. »

Cántase el prefacio sobre la antigua melopeya o recitado de la tragedia griega, invitando a las Dominaciones, a las Potestades, a las Virtudes, a los Ángeles y a los Serafines a que descendan con la gran víctima, y a que repitan con el corazón de los fieles el triplicado *Sanctus*, y el *Hosanna* eternal.

Llega al fin el momento terrible. Acaba de abrirse el Canon, en que está grabada la ley eterna ; hácese la consagración con las palabras de Jesucristo, y el sacerdote, inclinándose profundamente, dice : « *¡ Señor ! Sea agradable a tus ojos la hostia santa, como los dones del justo Abel, como el sacrificio de nuestro patriarca Abraham, y como el de tu sumo sacerdote Melquisedec ; te suplicamos mandes que estos dones sean llevados a tu sublime altar por manos de tu ángel, en presencia de tu majestad divina.* »

Con estas palabras el misterio se cumple, y el Cordero desciende para ser inmolado :

« O moment solennel ! ce peuple prosterné,
Ce temple dot la mousse a couvert les portiques,
Ses vieux murs, son jour sombre et ses vitraux gothi-
Cette lampe d'airain qui, dans l'antiquité, [ques ;
Symbole du soleil et de l'éternité,
Luit devant le Très-Haut, jour et nuit suspendue ;
La majesté d'un Dieu parmi nous descendue,
Les pleurs, les vœux, l'encens qui monte vers l'autel,
Et de jeunes beautés qui, sous l'œil maternel,
Adoucissent encor par leur voix innocente
De la religion la pompe attendrissante ;
Cet orgue qui se tait, ce silence pieux,
L'invisible union de la terre et des cieux,
Tout enflamme, agrandit, émeut l'homme sensible :
Il croit avoir franchi ce monde inaccessible
Où sur des harpes d'or l'immortel Séraphin
Aux pieds de Jéhovah chante l'hymne sans fin.
Alors de toutes parts un Dieu se fait entendre ;
Il se cache au savant, se révèle au cœur tendre :
Il doit moins se prouver qu'il ne doit se sentir ! »

1. El día de los muertos, por M. DE FONTANES. La Harpe ha dicho que éstos son los veinte versos más hermosos de la lengua francesa ; añadiremos nosotros que describen con la mayor exactitud el sacrificio cristiano. (N. del A.)

« ¡ Oh momento solemne ! Ese pueblo prosternado, — ese templo cuyo musgo ha cubierto los pórticos, — sus viejos muros, su luz sombría y sus vidrieras góticas, — esa lámpara de acero, que, en la antigüedad, — era símbolo del sol y de la eternidad, — luce ante el Altísimo día y noche suspendida ; — la majestad de un Dios entre nosotros descendido, — los llantos, los anhelos, el incienso que sube hacia el altar, — y jóvenes bellezas que, bajo la mirada maternal, — dulcifican aún con su voz inocente — de la religión la pompa conmovedora ; — ese órgano que calla, ese silencio piadoso, — la invisible unión de la tierra y de los cielos, — todo inflama, aumenta, emociona al hombre sensible : — cree haber franqueado ese mundo inaccesible — donde con arpas de oro el inmortal Serafín — a los pies de Jéhová canta el himno sin fin. — De doquiera entonces un Dios se deja oír ; — ocúltase al sabio, révelase al corazón enternecido : — debe menos justificarse que sentirse. (N. del T.)

VII

LA FESTIVIDAD DEL CORPUS

No se parecen las fiestas cristianas a las ceremonias del paganismo; no se lleva en triunfo un buey-dios, ni un macho cabrío sagrado, ni hay obligación, bajo pena de prisión, de adorar un gato, un cocodrilo, o de circular ebrio por las calles, prorrumpiendo en alaridos, y cometiendo todo género de abominaciones por Venus, Flora o Baco: en nuestras solemnidades todo es esencialmente moral. Si la Iglesia ha desterrado de ellas las danzas¹, es porque conoce las pasiones que encubre este placer, apariencia inocente; el Dios de los cristianos no pide más que los deseos del corazón y los movimientos tranquilos de un alma que se ajusta al apacible concierto de las virtudes. ¿Qué solemnidad pagana podrá rivalizar con la fiesta en que celebra la Iglesia el nombre del Señor?

No bien anuncia la aurora la fiesta del Rey del mundo, cúbranse las casas de ricos tapices, siémbrense las calles de flores, y el gozoso clamor de las campanas llama al templo a la innumerable multitud de los fieles.

Dada la señal, conmuévase todo, y empieza a desfilar la religiosa procesión.

Muéstranse en primer lugar los gremios, conduciendo en hombros las imágenes de sus protectores y algunas veces las reliquias de aquellos que, nacidos en ínfima clase, han merecido por sus virtudes ser venerados de los reyes: lección sublime que sólo la religión cristiana ha dado al mundo.

Brilla luego el estandarte santo de Jesucristo, no ya cual insignia de dolor, sino como señal de alegría: a pasos lentos se adelanta en dos filas un largo séquito de aquellos esposos de la soledad, de aquellos hijos del yermo, cuya antigua vestidura renueva la memoria de otras costumbres y de otros siglos. Sigue el clero secular a estos solitarios, cuyo religioso séquito cierran tal vez los prelados revestidos con la púrpura

romana. Aparece solo al fin, el pontífice de la fiesta, llevando en sus manos la imagen de la radiante Eucaristía, que se deja ver bajo palio al término de la majestuosa pompa, a la manera que algunas veces se muestra el sol bajo una resplandeciente nube de oro, a la extremidad de una alameda iluminada por sus rayos.

Entre las filas de la procesión se ven también interesantes grupos de niños: unos presentan canastillos de flores, otros vasos de perfumes. A la señal del que dirige la procesión, los coristas se vuelven hacia la imagen del Sol eterno, y hacen volar las rosas deshojadas por donde aquélla ha de pasar. Los levitas, vestidos de blancas túnicas, balancean delante del Altísimo los incensarios. Elévanse entonces piadosos cánticos a lo largo de las santas filas; el ruido de las campanas y el estampido del cañón anuncian a las naciones de la tierra que el Omnipotente ha salido del umbral de su templo. Las voces y los instrumentos enmudecen por intervalos; y un silencio tan majestuoso como el de los *grandes mares*¹ en un día de calma, reina en la sagrada multitud: nada se escucha ya sino sus graves y mesurados pasos.

¿A dónde va ese Dios formidable, cuya majestad proclaman las potestades de la tierra? A reposar bajo las tiendas de lino y los arcos de ramaje que le ofrecen, como en los días de la Antigua Alianza, templos inocentes y retiros campestres. Los humildes de corazón, los pobres y los niños le preceden; los jueces, los guerreros y los potentados le siguen. Así caminan entre la sencillez y la grandeza, y él se muestra a los hombres como el hermoso mes que ha escogido para su fiesta, estación de flores y de tempestades.

Las ventanas y las tapias de la ciudad están coronadas de habitantes, cuyos corazones se dilatan en esta fiesta del Dios de la patria: el recién nacido extiende sus tiernos brazos al Jesús de la montaña, y el anciano, inclinado hacia el sepulcro, se siente repentinamente libre de sus temores, pues una esperanza secreta de vida le colma de inmensa alegría a la vista del Dios vivo.

1. Aun en uso en algunos países, como la América meridional, pues entre los salvajes cristianos reina todavía una gran inocencia.

1. *Bibl. Sacr.*

Las solemnidades del cristianismo están enlazadas de un modo admirable con las escenas de la Naturaleza. La fiesta del Criador llega en el momento en que la tierra y el cielo declaran todo su poder; en que los bosques y los campos hormiguean en generaciones nuevas; todo está unido con los vínculos más dulces: no hay una sola planta viuda en los campos.

Por el contrario, la desnudez de las plantas y el luto de la creación anuncian la fiesta de los difuntos al hombre, que cae como las hojas de los árboles.

En la primavera, emplea la Iglesia en nuestras aldeas muy diferente aparato. La fiesta del *Corpus* conviene más al esplendor de las cortes, y las rogativas, a la sencillez de los lugares. El campesino siente con alegría abrirse su alma a las benignas influencias de la religión, y su gleba a los rocíos del cielo. ¡Dichoso aquél que produzca mieses útiles, y cuyo humilde corazón se incline al peso de sus propias virtudes, como el tallo del trigo al del grano precioso de que está cargado!

VIII

LAS ROGATIVAS

Al sonar las campanas de la aldea, abandonan los rústicos su trabajo. El viñador desciende de la colina, el labrador corre por el llano, el leñador sale del monte; las madres, cerrando sus cabañas, llegan con sus hijos, y las doncellas dejan los husos, los ganados y las fuentes, para asistir a la fiesta.

Reúnense en el cementerio de la parroquia, sobre los sepulcros de sus abuelos, cubiertos de verdor. Acude luego del lugar vecino todo el clero destinado a la ceremonia, que por lo regular se reduce a un anciano pastor, conocido solamente por el nombre de *párroco*, nombre respetable y digno de veneración, en que ha venido a confundirse el suyo propio, y que más que el ministro del templo, indica el padre laborioso del rebaño. Sale, pues, de su retiro, construido junto a la morada de los difuntos, cuyas cenizas custodia, y donde está constituido como un centinela avanzado

en las fronteras de la vida, para recibir a todos los que entran y a todos los que salen de este reino de dolores. Un pozo, unos álamos, una parra alrededor de su ventana, y algunos palomos componen toda la herencia de este rey de los sacrificios.

Este apóstol del Evangelio, vestido con una sencilla sobrepelliz, congrega sus ovejas delante de la puerta de la iglesia, y les dirige un discurso, hermoso, sin duda alguna, si le juzgamos por las lágrimas de los circunstantes. Oyese repetir con frecuencia: *Hijos míos, mis amados hijos*; que tal es todo el secreto de la elocuencia del Crisóstomo campestre.

Después de la exhortación, empieza la asamblea a desfilar cantando: «*Vosotros saldréis con placer, y seréis recibidos con alegría: las colinas se conmovrán, y os oirán con gozo.*» El estandarte de los santos y la antigua bandera de los tiempos caballerescos abre el camino del rebaño, que le sigue en tropel con su pastor. Entran en caminos sombríos y profundamente cortados por las pesadas ruedas de los carros; salvan las altas barreras, formadas con sólo un tronco de encina, y caminan a lo largo de una hilera de espinos, donde zumba la abeja y silban los mirlos. Los árboles están cubiertos de flores o adornados de nacentes hojas. Los bosques, los valles, los ríos y las rocas oyen alternativamente los himnos de los labradores. Admirados de estos cánticos, los alados huéspedes de los campos salen de las nuevas mieses y se detienen a alguna distancia para ver pasar la pompa aldeana.

La procesión vuelve, en fin, a entrar en la aldea, y cada cual torna a sus tareas, pues la religión no ha querido que el día en que se piden a Dios los bienes de la tierra, fuese un día de ocio. ¡Con cuán lisonjeras esperanzas no se introduce la reja en los surcos, después de haber implorado al que dirige el sol, y que guarda en sus tesoros los vientos del Mediodía y las templadas ondas! Para acabar bien un día tan santamente comenzado, los ancianos de la feligresía acuden al anochecer a conversar con el párroco, que cena bajo los álamos de su patio. La luna esparce las últimas armonías sobre esta fiesta, que renuevan

cada año el mes más apacible y el curso del astro más misterioso. Créese oír por todas partes germinar las semillas en la tierra, nacer y crecer las plantas, y murmurar desconocidas voces en el silencio de los bosques, como el blando coro de esos ángeles campestres, cuyo socorro se ha implorado; y tanto, los suspiros del ruiseñor resuenan en los oídos de los ancianos, sentados no lejos de los sepulcros.

IX

DE ALGUNAS FESTIVIDADES CRISTIANAS.
—LA NAVIDAD, REYES, ETC.

Los que nunca han vuelto sus corazones hacia aquellos tiempos de fe en que un acto de religión era la fiesta de una familia; los que desprecian los placeres en que sólo se encuentran sencillez e inocencia, son ciertamente dignos de compasión. Mas, al privarnos de estos sencillos solaces, ¿se nos ofrecerán otros mejores? ¡Ah! Harto lo hemos experimentado. La Convención tiene sus días sagrados: así, al hambre se le llamó *santa*, y, el *hosanna* fué cambiado por el grito de ¡viva la muerte! ¡Cosa extraña! ¡Los hombres poderosos que hablaban en nombre de la igualdad y de las pasiones, no han podido fundar jamás una fiesta; y el santo más obscuro, que nunca había predicado sino pobreza, obediencia y desprecio a los bienes de la tierra, tenía su solemnidad en el momento mismo en que su culto podía causar la muerte! Concluyamos, pues, que sólo aquella fiesta que tenga conexión con la religión y la memoria de los benefactores, será subsistente y durable. No basta decir a los hombres: *Regocijaos*, para que se regocijen, porque no se establecen días de placer como de luto, ni es tan fácil mandar reír como hacer llorar.

Mientras la estatua de Marat reemplazaba a la de San Vicente de Paúl, y mientras se celebraban todas aquellas pompas, cuyos aniversarios están señalados en nuestros fastos como días de nuestro eterno dolor, alguna piadosa familia celebraba en secreto una devota

fiesta cristiana, y la religión mezclaba todavía algún goce entre tanta tristeza; los corazones sencillos no recuerdan sin enternecerse aquellas horas de desahogo y sociedad, en que se juntaban alrededor de las tortas que traían a la memoria los presentes de los Magos. El abuelo, retirado todo el año en el rincón de su aposento, salía aquel gran día, como la divinidad del hogar paterno. Sus nietos, que después de mucho tiempo no soñaban en otra cosa que en la esperada fiesta, abrazaban sus rodillas y le rejuvenecían con su juventud. Todos los semblantes respiraban alegría, todos los corazones se dilataban; la sala del festín estaba maravillosamente adornada, y todos estrenaban vestidos. En medio de los brindis, de la algazara y del regocijo se sorteaban aquellas dignidades reales que no costaban suspiros ni lágrimas; contentábanse con aquellos cetros que no pesaban en las manos de los que los empuñaban. Muchas veces, un fraude que redoblaba la alegría de los súbditos, y que sólo excitaba las quejas de la reina, hacía caer la suerte en la hija de la casa y en el hijo del vecino recién venido del ejército. Los dos jóvenes se sonrojaban, y no sabían qué hacer de su corona; mientras sonreían las madres, los padres se hacían señas, y el abuelo bebía a la salud de la nueva soberana.

Presente el cura a la fiesta, recibía aquella primera parte llamada *de los pobres*, para distribuirla con otros socorros. Los juegos del tiempo antiguo, y un baile cuyo primer músico era algún antiguo criado, prolongaban los placeres nocturnos; y nodrizas, niños, arrendadores, criados y amos, bailaban juntos la antigua rueda.

Estas escenas se representaban en toda la cristiandad, desde el soberbio palacio hasta la humilde choza; y no había labrador que no encontrase medio de llenar en este día los deseos del Bearnés. ¡Qué sucesión de felices días! ¡Navidad, Año nuevo, la fiesta de los Magos, el Carnaval! En ellos renovaban los arrendadores sus arrendamientos, los trabajadores recibían sus salarios; éste era el tiempo de los matrimonios, de los presentes, de las limosnas, de las visitas; el cliente veía al juez, y el juez al cliente; los gremios, las cofradías,

los cabildos, los juzgados, las universidades y los ayuntamientos, se reunían al uso de los galos y de las ceremonias antiguas: el enfermo y el pobre eran socorridos. La obligación de recibir a su vecino en esta época, hacía que se fraternizase con él todo el resto del año, reinando por este medio la paz y la unión en la sociedad.

No puede dudarse que estas instituciones religiosas servían eficazmente para conservar las costumbres, manteniendo la sinceridad y amor entre los parientes; nosotros estamos ya muy distantes de aquellos tiempos en que una mujer, al fallecer su marido, buscaba a su hijo mayor, le entregaba las llaves, y le daba las cuentas de la casa como a cabeza de familia. Perdimos ya la alta idea de la dignidad del hombre, que nos inspiraba el cristianismo. Madres e hijos prefieren deber todo a las condiciones de un contrato, que fiar en los sentimientos de la Naturaleza, y ha llegado generalmente a substituirse la ley a las costumbres.

Y estas festividades eran tanto más agradables, cuanto más antiguas, porque al recorrer las edades pasadas, se veía con placer que nuestros abuelos se habían regocijado en la misma época que nosotros. Habiéndose multiplicado bastante estas solemnidades, resultaba que, no obstante los pesares de la vida, había encontrado la religión el medio de proporcionar, de sucesión en sucesión, algunos momentos de dicha y de consuelo a millones de desgraciados.

En la noche del nacimiento del Mesías ofrecían una pompa llena de inocencia y de majestad las cuadrillas de niños que adoraban el Pesebre, la iluminación y adorno de las iglesias llenas de flores, el pueblo que se acercaba a porfía a la cuna de su Dios, los cristianos que en una capilla retirada hacían paz con el cielo, los gozosos *aleluya*, y el ruido del órgano y de las campanas.

Al último día de júbilo, seguía la ceremonia formidable de la ceniza, bien así como la muerte sigue a los placeres. «*Oh hombre, decía el sacerdote, acuérdate de que no eres más que polvo, y que en polvo te convertirás!*» El oficial que recordaba a los reyes de Persia que eran mortales, o el soldado romano que

abatía el orgullo del vencedor, no daban lecciones más enérgicas.

Un tomo entero no bastaría para pintar detenidamente las ceremonias de la Semana Santa. Sabido es cuán magníficas eran en la capital del mundo cristiano, y así no nos detendremos en describirlas. Abandonamos a los pintores y a los poetas el cuidado de representar dignamente aquel clero enlutado, aquellos altares, aquellos templos velados, aquellas campanas mudas, aquella música sublime, aquellas voces celestiales, cantando los dolores de Jeremías, aquella Pasión mezclada con los más incomprensibles misterios, aquel santo sepulcro rodeado de un pueblo dolorido, aquel pontífice lavando los pies de los pobres, aquellas densas tinieblas, aquel silencio interrumpido por ruidos formidables, aquel grito victorioso que salía repentinamente del sepulcro, y en fin, aquel Dios triunfante que, abriendo el camino del cielo a las almas rescatadas, deja al cristiano virtuoso sobre la tierra, una religión divina e inagotables esperanzas.

X

FUNERALES. — EXEQUIAS DE LOS POTENTADOS.

Si se recuerda lo que dijimos en la primera parte de esta obra sobre el último sacramento de los cristianos, se confesará que en esta sola ceremonia hay más verdaderas bellezas que en todo lo que conocemos del culto de los finados, entre los antiguos. No considerando la religión cristiana en el hombre sino sus fines divinos, ha multiplicado los honores en torno del sepulcro, variando sus pompas según la clase y destinos del difunto, y haciendo a todos más dulce por este medio ese duro, aunque saludable pensamiento de la muerte, con que ha querido alimentar nuestra alma; así la tierna paloma reblandece en su pico la semilla que ha de dar a sus hijuelos.

¿Debe la religión hacer los funerales de algún poderoso de la tierra? Pues no temáis que le falte grandeza. Cuanto más desgraciado haya sido el objeto del llanto, mayor pompa mostrará alrede-

dor de su tumba y más elocuentes serán sus lecciones; sólo ella podrá medir la elevación y la caída, y manifestar aquellas cumbres y abismos, de donde se precipitan y adonde van a parar los reyes.

Abierta la urna de los dolores, y llena ya de las lágrimas de los monarcas y las reinas, y cuando las ilustres cenizas y las grandes desgracias han reducido su doble vanidad a un estrecho ataúd, reune la religión a los fieles en algún templo. Las bóvedas de la iglesia, los altares, las columnas, los santos se cubren con velos fúnebres. En medio de la nave se levanta un túmulo rodeado de flamares, y celébrase la misa de los funerales al pie de aquel que ni nació ni morirá jamás: entretanto, todo es silencio. Un sacerdote de pie en el púlpito de la verdad, vestido de blanco en medio del luto general, calva la frente, pálido el rostro, cerrados los ojos, las manos cruzadas sobre el pecho, está recogido en profunda meditación: ábrense de repente sus ojos, despléganse sus manos, y salen de sus labios estas palabras:

«Aquel que reina en los cielos, de quien dependen todos los imperios, a quien únicamente pertenecen la gloria, la majestad y la independencía, es también el solo que se gloria en imponer la ley a los reyes y en darles, cuando le place, grandes y terribles lecciones: ora eleve los tronos, ora los derribe o comunique su poder a los príncipes, o les despoje de él, no dejándoles sino su propia debilidad, siempre les enseña sus deberes de un modo soberano y digno de él¹...

» ¡Cristianos, a quienes la memoria de una gran reina, hija, esposa y madre de reyes tan poderosos y soberana de tres reinos, llama a esta triste ceremonia! Este discurso pondrá a vuestra vista uno de esos terribles ejemplos que revelan por entero nuestra vanidad. En una sola existencia veréis todos los contrastes de las cosas humanas: la felicidad sin límites, a la par del infortunio; un dilatado y penoso goce de una de las más nobles coronas del Universo; todo lo más glorioso que pueden producir el nacimiento y la grandeza acumulados

en una sola frente, expuesta luego a todos los ultrajes de la adversidad; la fortuna mucho tiempo reprimida, victoriosa al fin; sin freno la licencia, las leyes abolidas; la majestad regia violada con atentados inauditos; un trono indignamente derrocado...; ved aquí las saludables enseñanzas con que Dios alecciona a los reyes.»

Recuerdos de un gran siglo, de una princesa desgraciada y de una revolución memorable, ¡cuán tiernos y sublimes os ha hecho la religión, al transmitirlos a la posteridad!

XI

FUNERALES DEL GUERRERO; SÉQUITO DE LOS RICOS, COSTUMBRES, ETC.

Una noble sencillez presidía las exequias del guerrero cristiano. Cuando aun había alguna creencia, se veía con placer a un capellán en la tienda de un campamento, celebrar una misa de difuntos sobre un altar formado de tambores. Hermoso espectáculo era ver al Dios de los ejércitos bajar en todo su poder a la voz de un sacerdote sobre las tiendas de un campo francés, mientras los ancianos guerreros, que habían arrostrado tantas veces la muerte, doblaban sus rodillas delante de un féretro, de un altar y de un ministro de paz. Al redoble de los enlutados tambores, a las interrumpidas salvas del cañón, llevaban los granaderos el cadáver de su valiente capitán a la fosa que le habían abierto con sus bayonetas. Al salir de estos funerales no se iba en busca de los tripodes, de las dobles copas, ni de las pieles de león con uñas de oro, como se buscaban a porfía en medio de los combates y juegos fúnebres, sino que, en palestra más gloriosa, y sin inmolar una becerra negra a los manes del héroe, se derramaba en su honor la sangre menos estéril de los enemigos de la patria.

¿Hablabamos de aquellos entierros que se hacían en nuestras ciudades a la luz de las antorchas, de aquellos túmulos, de aquella dilatada fila de carros colgados de negro, de aquellos caballos adornados con plumas y mantillas fúnebres, de aquel profundo silencio inte-

1. BOSSUET. *Oraiz. fun. de la reine de la Gr. Bret.*

rumpido por los versículos del himno de la cólera, el *Dies iræ*?

La religión conducía en comitivas de los grandes a los pobres huérfanos, bajo la librea del infortunio : por este medio hacía sentir a los niños que no tenían padre, cierto sentimiento que podía considerarse como un hermoso reflejo de la piedad filial ; enseñaba a los ricos que no hay mediación más poderosa para con Dios que la inocencia y el infortunio ; mostraba, en fin, a la indigencia lo que valen en el sepulcro las grandezas humanas.

En el fallecimiento de los clérigos había una costumbre particular : se les enterraba con el rostro descubierto, pues al pueblo le parecía leer en el semblante de su pastor el juicio del Supremo Juez, y observar la alegría del predestinado por entre las sombras de una santa muerte, así como en la obscuridad de una noche serena se descubre la magnificencia del cielo.

Lo mismo se practicaba en los conventos. Vimos en cierta ocasión a una joven religiosa, tendida de este modo en el féretro : su frente se confundía por su palidez con la toca de lienzo con que estaba medio cubierta; una guirnalda de rosas blancas coronaba su cabeza, y una vela misteriosa ardía en sus manos ; pasadas algunas horas se cerró el ataúd, y se depositó en la bóveda fúnebre. No se salvan de la muerte las gracias y la paz del corazón : así se marchitan las azucenas a pesar del candor de su seno y de la tranquilidad de los valles en que habitan.

Por lo demás, la sencillez de los funerales se reservaba tanto para el labrador, como para el defensor de la patria. Cuatro segadores precedidos del cura conducían en hombros al hombre de los campos al sepulcro de sus padres. Si pasaba el entierro cerca de algunos labradores, éstos suspendían sus trabajos, y descubriendo su cabeza se inclinaban profundamente, y honraban con la señal de la cruz al difunto compañero, que llevara la suya sin quejarse. Así caminaba el cadáver por medio de las amarillentas mieses, acaso sembradas por su mano en la heredad de sus abuelos. Véase a lo lejos el ataúd, cubierto con un paño mortuorio, balancearse como

una adormidera negra sobre los dorados trigos y sobre las flores de púrpura y azul. Unos niños y una viuda llorosa formaban el piadoso acompañamiento. Al pasar por delante de la cruz del camino, o del santo de la roca, se tomaba un breve descanso, se ponía el féretro sobre una piedra, y se invocaba a la *Virgen del campo*, a cuyos pies el difunto labrador había pedido en tantas ocasiones una dichosa muerte, o una abundante cosecha. Allí solía poner al medio día sus bueyes a la sombra, mientras que rodeado de su familia tomaba su frugal alimento de leche y pan moreno, al canto de las cigarras y de las aveci-llas. ¡Cuán diferentemente descansa ahora ! Mas, a lo menos aquellos surcos no serán ya regados con su sudor ; su seno paternal ha perdido todos sus afa-nes, y por aquel mismo camino que tantas veces le guiara a la iglesia en los días festivos, va ahora al sepulcro, entre los interesantes monumentos de la vida, sus virtuosos hijos y sus inocentes mie-ses.

XII

DE LAS ORACIONES POR LOS DIFUNTOS

Entre los antiguos, se abandonaba casi sin honor alguno el cadáver del pobre o del esclavo ; pero entre nosotros, el ministro de los altares, así debe atender al humilde ataúd del aldeano, como al soberbio mausoleo del monarca. El indigente del Evangelio, al exhalar su último aliento, se convierte repentinamente, ¡ cosa sublime !, en un ser sagrado y augusto.

No bien el mendigo, objeto de nuestro desprecio, ha abandonado esta vida, la religión nos obliga a inclinarnos ante él, pues establece una igualdad formidable, o por mejor decir, nos prescribe respetar a un justo rescatado con la sangre de Jesucristo, y que, de una condición obscura y miserable, acaba de subir a un trono celestial ; así, pues, el gran nombre de cristiano nivela todo en la muerte, sin que el orgullo del más poderoso potentado pueda lograr de la religión otra oración que la misma que ofrece al humilde aldeano.

Mas, ¡ cuán admirables oraciones !

Unas veces son exclamaciones de dolor, otras, gritos de esperanza: el difunto se queja, se regocija, tiembla, confía, gime y suplica:

Exibit spiritus ejus, etc.

«El día en que exhalan su espíritu, vuelven a su tierra original, y todos sus vanos pensamientos perecen¹.»

Delicta juventutis meæ, etc.

«No os acordéis, Señor, de los delitos de mi juventud, ni de mis ignorancias².»

Los llantos del rey profeta se interrumpen por los suspiros del santo árabe.

«¡Cesa, Dios mío, de afligirme, porque mis días nada son! ¿Quién es el hombre para que tú le engrandezcas, y por qué pones en él tu corazón...?»

»Y si me buscareis por la mañana, no me encontraríais³.

»La vida me es enojosa; me abandono al llanto y a la amargura... Señor, ¿por ventura son tus días como los de los mortales, o tus años eternos, como los pasajeros del hombre⁴?

»¿Por qué apartas, Señor, de mí tu rostro, y me tratas como a enemigo? ¿Deberás mostrar todo tu poder contra una hoja que arrebatada el viento, y perseguir a una paja seca⁵?

»El hombre nacido de la mujer vive poco tiempo, y gime abrumado de miserias; huye como una sombra, que nunca permanece en el mismo estado.

»Mis años vuelan rápidos, y recorro un camino por donde jamás volveré⁶.

»Pasaron mis días, desvaneciéronse todos mis pensamientos, y todas las esperanzas de mi corazón se disiparon... Digo al sepulcro: Tú serás mi padre, y a los gusanos: Vosotros seréis mi madre y mis hermanos.»

De vez en cuando, el diálogo del sacerdote y del coro interrumpe la serie de los cánticos.

El sacerdote. «Mis días se han desvanecido como el humo, y hanse convertido mis huesos en polvo.»

El coro. «Mis días han declinado como la sombra.»

El sacerdote. «¿Qué es la vida? Un ligero vapor.»

El coro. «Mis días han declinado como la sombra.»

El sacerdote. «Los muertos duermen en el polvo.»

El coro. «Ellos resucitan, unos en la eterna gloria, otros en el sempiterno oprobio.»

El sacerdote. «Todos resucitarán, mas no como antes.»

El coro. «Resucitarán.»

A la comunión de la misa, dice el sacerdote: «Dichosos aquellos que mueren en el Señor; descansan desde ahora de sus trabajos, porque sus buenas obras les siguen.»

Al levantar el ataúd se entona el salmo de los dolores y de las esperanzas: «Señor, yo clamo a ti del fondo del abismo; ¡lleguen a ti mis clamores!»

Al llegar el cadáver a la sepultura, se vuelve a empezar el diálogo: *Qui dormiunt*: «duermen en el polvo, y despertarán.»

Si el entierro es de un sacerdote, se añade: «Una víctima se ha inmolado con gozo en el tabernáculo del Señor.»

Al colocar el cuerpo en el hoyo: «Devolvemos la tierra a la tierra, la ceniza a la ceniza, el polvo al polvo.»

Finalmente, al tiempo de echar la tierra sobre él, exclama el sacerdote con las palabras del Apocalipsis: *Oyese una voz del cielo que decía: ¡bienaventurados los muertos!*

Empero, no son estas grandes oraciones las únicas que ofrece la Iglesia por los difuntos: que si tiene coronas de flores para el féretro de los niños, y velos tan puros como su inocencia, usa también de oraciones análogas a la edad y al sexo de la víctima. Cuando cuatro doncellas, vestidas de lino y adornadas de guirnaldas de flores, llevan el cadáver de una compañera a una nave colgada de cortinas blancas, canta el sacerdote en alta voz sobre las cenizas de la doncella un himno a la virginidad. Unas veces es el cántico *Ave maris stella*, lleno de lozanía, y en que se representa la hora de la muerte como el cumplimiento de la esperanza; otras, reproduce imágenes tiernas y poéticas, sacadas de la Escritura: *Pasó como el heno de los campos; por la mañana floreció en toda su gracia, y por la tarde la vimos secarse. ¡No es ésta la flor que langui-*

1. *Office des Morts*, ps. CXLV.

2. *Ibid.*, ps. XXIV.

3. *Ibid.*, I.^o leçon.

4. *Ibid.*, II.^o leçon.

5. *Ibid.*, IV.^o leçon.

6. *Ibid.*, VII.^o leçon.

dece, tocada por la reja del arado, la amapola que inclina su cabeza, abatida por la lluvia de una tempestad? PLUVIA CUM FORTE GRAVANTUR.

¿Y qué diremos de la oración fúnebre que pronuncia el sacerdote en la muerte de un niño, cuyo féretro le presenta su madre anegada en lágrimas? Entona el himno que los tres niños hebreos cantaban en el horno, y repite la Iglesia al amanecer del domingo: *¡Bendigan al Señor todas sus obras!* La religión bendice a Dios porque ha coronado al infante por medio de la muerte, y librándole de los pesares de la vida; convida a toda la Naturaleza a que se regocije alrededor de la tumba de la inocencia, y hace resonar, no ya cánticos de dolor, sino voces de júbilo y alegría. Animada del mismo espíritu, canta el *Laudate, pueri, Dominum*, y lo termina con aquel versículo: *Qui habitare facit sterilem in domo matrem filiorum lætantem*. «El Señor, que hace fecunda una casa estéril, y que hace que la madre se regocije en sus hijos...» ¡Qué cántico para los afligidos padres! La Iglesia les muestra al hijo que acaban de perder, viviendo en la mansión de la bienaventuranza, y les promete otros hijos en la tierra.

Por último, no satisfecha la religión con estos desvelos prodigados a cada individuo, ha coronado las cosas de la otra vida con una ceremonia general, en que reúne la memoria de los innumerables habitantes del sepulcro; inmensa comunidad de muertos, en que el grande está al lado del pequeño; república de perfecta igualdad, donde se entra sin quitarse el casco o la corona, para pasar por la baja y humilde puerta del sepulcro. En el día solemne en que se celebran los funerales de la familia entera de Adán, el alma mezcla sus dolores por los antiguos muertos, con las penas que siente por los amigos recién perdidos. Revístese el pesar, por medio de esta unión, de cierta hermosura inefable, así como un nuevo dolor adquiere el carácter antiguo, cuando el que le expresa ha formado su genio en las antiguas tragedias de Homero. Sólo la religión es capaz de ensanchar el corazón humano de tal modo que pueda contener tantos suspiros y afectos, cuantos son los finados cuya memoria debe honrar.

LIBRO SEGUNDO

Sepulcros.

I

SEPULCROS ANTIGUOS.—EL EGIPTO.

Muy tristes serían los últimos obsequios tributados a los hombres, una vez despojados del sello de la religión. Admirable cosa es que la voz de la esperanza se levante del fondo de la tumba, y que el sacerdote del Dios vivo custodie en ella las cenizas del hombre: lo cual representa en cierto modo la inmortalidad, marchando al frente de la muerte.

Los funerales nos conducen a hablar de los sepulcros, que tan gran lugar ocupan en la historia humana. Y para que mejor apreciemos el culto con que los honran los cristianos, examinemos lo que eran en los pueblos idólatras.

Hay un país en la tierra, cuya celebridad procede en parte de sus sepulcros. Atraído dos veces por la hermosura de sus ruinas y recuerdos, los franceses se han encaminado a esta región: el pueblo de San Luis siente interiormente cierto noble instinto que le obliga a mezclarse en las cosas grandes como él, en todos los ángulos del mundo. No obstante, ¿es cierto que unas momias sean objetos dignos de curiosidad? Parece que el antiguo Egipto temió que la posteridad ignorase algún día qué cosa era la muerte, y quiso que a pesar de los tiempos llegasen a ella algunas muestras de cadáveres.

Ni un solo paso puede darse en este país sin hallar un monumento. ¿Veis por ventura un obelisco? Es un sepulcro. ¿Los trozos de una columna? Son un sepulcro. ¿Un subterráneo? Es otro sepulcro. Y cuando la luna, levantándose por detrás de la gran pirámide, brilla sobre el vértice de aquel sepulcro inmenso, parece verse el faro de la muerte, y que se vaga sobre las orillas donde un día el barquero del infierno hacía pasar las sombras.

II

LOS GRIEGOS Y LOS ROMANOS

Estos enterraban ordinariamente sus difuntos vulgares a la entrada de las ciudades, o a lo largo de los caminos públicos, porque los sepulcros son los verdaderos monumentos del viajero. Sepultábanse frecuentemente a los muertos famosos a la orilla del mar.

Esta especie de señales fúnebres, que anunciaban a lo lejos al navegante la costa y el escollo, le ofrecían sin duda un asunto de reflexiones harto graves. ¡Oh! El mar debía parecerle un elemento seguro y fiel en aquellas playas donde la tormenta había roto tantas fortunas gigantes, y devorado tantas vidas ilustres. No lejos de la ciudad de Alejandro, percibíase el montoncito de arena levantado por la piedad de un liberto y de un veterano a los manes de Pompeyo; cerca de las ruinas de Cartago se veía sobre un peñasco la estatua armada, consagrada a la memoria de Catón; en las costas de Italia, el mausoleo de Escipión señalaba el lugar donde este gran hombre murió en el destierro; y el sepulcro de Cicerón indicaba el paraje donde este padre de la patria fué indignamente asesinado.

Pero, en tanto que la fatal Roma erigía en las orillas del mar estos tristes monumentos de su injusticia, Grecia, para consuelo de la humanidad, hermo-seaba las mismas playas con más risueños recuerdos. Los discípulos de Platón y Pitágoras, dirigiéndose a Egipto, a donde iban a instruirse en las cosas divinas, pasaban delante de la isla de Io, a la vista del sepulcro de Homero. Era justo que el cantor de Aquiles descansase bajo la protección de Tetis; y podía suponerse que la sombra del poeta se complacía en narrar las desventuras de Ilión a las Nereidas, o que, en las tranquilas noches de la Jonia, disputaba a las Sirenas el premio del canto.

III

TUMBAS MODERNAS.—CHINA Y TURQUÍA.

Los chinos tienen una costumbre conmovedora: entierran a sus deudos en los jardines. Es muy dulce oír en los bosques la voz de las sombras de sus padres y conservar siempre algunos recuerdos en la soledad.

En la opuesta extremidad del Asia, tienen los turcos casi la misma costumbre. El Estrecho de los Dardanelos ofrece un espectáculo harto filosófico. Por un lado se levantan los promontorios de Europa con todas sus ruinas, y por otro se dilatan las costas del Asia, cubiertas de cementerios islamitas. ¡Qué costumbres tan diversas animaron estos parajes! ¡Cuántos pueblos yacen allí, desde que la lira de Orfeo reunió en ellos los salvajes, hasta los días en que estas célebres comarcas volvieron a la barbarie! Pelasgos, helenos, griegos, meonios, pueblos de Ilión, de Sarpedón, de Eneas, habitantes de Ida, del Tmolo, del Meandro y del Pactolo, súbditos de Mitridates, esclavos de los Césares, romanos, vándalos, tribus de godos, de hunos, francos y árabes, vosotros establecisteis en esas costas el culto de los sepulcros, y en esto sólo fueron iguales vuestras costumbres. La muerte, burlándose a su arbitrio de las cosas y destinos humanos, ha prestado la tumba de un emperador romano a los despojos de un oscuro tártaro, y ha depositado en el sepulcro de un Platón las cenizas de un almuédano.

IV

LA CALEDONIA O ANTIGUA ESCOCIA

Cuatro piedras cubiertas de musgo señalan en las malezas de la Caledonia el sepulcro de los guerreros de Fingal. Pasaron Óscar y Malvina, pero nada ha mudado en su solitaria patria. El montañés de Escocia se complace aún en repetir las canciones de sus antepasa-

dos; aun es valiente, sensible y generoso; sus costumbres modernas son el agradable recuerdo de sus costumbres antiguas. No es ya la mano del bardo, permítasenos esta figura, la que se oye sobre el arpa, sino aquel leve rumor de las cuerdas producido por el contacto de una sombra, cuando anunciaba por la noche en una sala desierta la muerte de un héroe.

Carril accompanied his voice. The music was like the memory of joys that are past, pleasant, and mournful to the soul. The ghosts of departed bards heard it from Slimora's side, soft sounds spread along the wood, and the silent valley of night rejoice. So when he sits, in the silence of noon, in the valley of his breeze, the humming of the mountain's bee comes to Ossian's ear: the gale drowns it often in its course; but the pleasant sound returns again. «Carril acompañaba su voz. La música, llena de dulzuras y de tristeza, se asemejaba al recuerdo de las pasadas alegrías. Las sombras de los bardos muertos la oyeron en las laderas de Slimora, extendiéronse débiles sonidos a lo largo de los bosques, y los silenciosos valles de la noche se regocijaron. Así, en el silencio del mediodía, cuando Osián está sentado en el valle, el murmullo de la abeja de la montaña llega a su oído; muchas veces el céfiro lleva ¹ a su paso el leve rumor, mas renaciendo de nuevo, vuelve a embelesar a Osián.»

El hombre en este mundo recuerda al ciego Osián, sentado sobre los sepulcros de los reyes de Morven: a doquiera que tienda la mano en la sombra, toca las cenizas de sus padres.

V

TAITÍ

Cuando los navegantes surcaron por la primera vez el Océano Pacífico, sólo vieron extenderse a lo lejos unas olas acariciadas continuamente por aromáticas brisas. Levantáronse luego del seno de la inmensidad muchas islas desconocidas. Unos bosquécillos de palmeras,

mezcladas de corpulentos árboles, cubrían las costas y bajaban hasta el mar formando un vasto anfiteatro; las azules cimas de las montañas coronaban majestuosamente estos bosques. Aquellas islas, rodeadas de un círculo de corales, parecían mecerse como unos bajeles anclados en medio de las más tranquilas aguas: la ingeniosa antigüedad hubiera creído que Venus había rodeado con su ceñidor aquellas nuevas Citeres, para defenderlas de las tempestades.

En medio de tan ignoradas espesuras, la Naturaleza había colocado un pueblo tan hermoso como el cielo que le había visto nacer. El vestido de los taitianos se reducía a un tejido de corteza de higuera; habitaban bajo techos construídos con hojas de morera, sostenidos en pilares de olorosas maderas, y hacían volar sobre las ondas dobles canoas de velas de junco, banderolas, flores y plumas; tenían danzas y reuniones consagradas a los placeres, y no les eran desconocidas las canciones y escenas amorosas. Todo respiraba allí la molicie de la vida, en días llenos de calma, y en noches cuyo silencio nada interrumpía; tenderse a la margen de los arroyuelos, rivalizar en molicie con las ondas, y andar con sombreros y mantos de hojas: tal era la existencia de los felices salvajes de Taití. Los cuidados que ocupan los penosos días de los demás hombres, no eran conocidos entre aquellos isleños, que vagando por los bosques encontraban la leche y el pan en las ramas de los árboles.

Tal se mostró Taití a Wallis, a Cook y a Bougainville; pero al acercarse a sus costas, distinguieron algunos monumentos de las artes, que se relacionaban con los de la Naturaleza: eran los pilares de *los morayes*¹. ¡Oh vanidad de los placeres humanos! El primer pabellón que se descubre sobre aquellas playas encantadoras es el de la muerte, que descuellla sobre todas las felicidades terrenas.

Empero, no creamos que en esos lugares donde a primera vista sólo se advierte una vida insensata, sean desconocidos las graves sentimientos, necesarios a todos los hombres. Tienen los taitianos sus ritos religiosos y ceremonias

1. *Drowens*, neie.
CRISTIANISMO.—16

1. Lugar de sepulturas, en las islas del mar del Sur. (*N. del T.*)

fúnebres, como los demás pueblos, y creen que en la muerte se esconde un alto misterio. Cuando se lleva algún esclavo a los morayes, todos huyen del paraje por donde ha de pasar, y el que dirige la comitiva pronuncia en voz baja algunas palabras al oído del difunto. Al llegar al sitio destinado para su reposo, no se entierra el cadáver, sino que se pone en una cuna suspendida, y se cubre su rostro con una canoa boca abajo, símbolo del naufragio de la vida. Algunas veces acude una mujer a llorar cerca del morai; introduce sus pies en el mar y, bajando la cabeza, cubre su semblante con sus cabellos en desorden: las olas acompañan el canto de su dolor, y su voz sube hacia el Omnipotente con la voz de la tumba y la del Océano Pacífico.

VI

SEPULCROS CRISTIANOS

Al hablar del sepulcro en nuestra religión, se eleva el tono, se fortifica la voz: se siente que está allí la verdadera tumba del hombre. La tumba del idólatra sólo nos habla de lo pasado, pero la del cristiano nos descubre el porvenir. El cristianismo ha hecho siempre en todo, lo mejor posible, y nunca ha tenido aquellos medios conceptos tan frecuentes en los demás cultos; así es que, despreciando las ideas intermedias, relativas a determinados lugares y circunstancias, se distingue de las demás religiones por una costumbre sublime, colocando las cenizas de los fieles a la sombra de los templos del Señor, y depositando los muertos en el seno del Dios vivo.

Licurgo no temió establecer los sepulcros en medio de Lacedemonia, porque pensó, como nuestra religión, que las cenizas de los padres, lejos de abreviar los días de los hijos, prolongan realmente su existencia, y les enseñan la moderación y la virtud, que conducen a los hombres a una venturosa vejez. Las razones humanas alegadas contra éstas, de índole divina, están muy lejos de ser convincentes. ¿Se muere menos en Francia que en el resto de Europa, en

que los cementerios están aún en las ciudades?

Cuando en Francia se suprimieron los sepulcros de las iglesias, el pueblo, menos temeroso que ciertas gentes, y no teniendo los mismos motivos que ellas para temer el fin de su vida, se opuso a la alteración de la antigua costumbre. Y, en efecto, ¿qué ventajas tenían los nuevos cementerios sobre los antiguos? ¿Dónde estaban sus yedras, sus caducos tejos, y sus céspedes alimentados desde tantos siglos con los bienes del sepulcro? ¿Podían acaso mostrar éstos los huesos sagrados de los abuelos, el templo, la casa del médico espiritual, y todo aquel aparato de religión que prometía, y aun aseguraba, una resurrección próxima? En lugar de esos cementerios frecuentados, se nos señaló en un arrabal alguna cerca solitaria, abandonada de los vivos y de todo recuerdo, y donde la muerte, despojada de todo signo exterior de esperanza, parecía había de ser eterna.

No se dude de ello: cuando se llega a tocar a estas bases fundamentales del edificio religioso y moral, vienen a tierra los reinos¹. Y si se hubieran contentado con mudar solamente el lugar de las sepulturas! Mas, no contentos con dar este primer golpe a las costumbres, se removieron las cenizas de nuestros padres, del mismo modo que el patán saca en su carro la basura de nuestras ciudades.

Reservado estaba a nuestro siglo el ver en Francia lo que los antiguos miraban como la mayor calamidad, como el último suplicio con que se castigaba a los malhechores: la dispersión de sus cenizas; y, lo que es más, ver aplaudido este hecho como la gran conquista de la filosofía. ¿Qué delitos cometieron nuestros abuelos para que así se tratasen sus restos, sino el de haber engendrado unos hijos como nosotros? Pero escuchad el fin de todo esto, y veréis la crueldad de la sabiduría humana. En algunas ciudades de Francia se construyeron calabos

1. Los antiguos hubieran creído un Estado revuelto el que hubiese violado el asilo de los muertos. Conocíanse las admirables leyes de Egipto acerca de los sepulcros. Las leyes de Solón separaban al violador de tumbas de la comunidad del templo, y lo abandonaban a las Furias. Las *Institutas* de JUSTINIANO reglamentan hasta los legados, la herencia, la venta y la retroventa de un sepulcro, etc.

zos sobre los cementerios, fabricándose prisiones sobre el campo mismo en que Dios decretara el fin de toda esclavitud; se edificaron lugares de dolor para reemplazar las moradas en que deben terminar todas las penas; y por única semejanza, espantosa a la verdad, entre estas prisiones y aquellos cementerios se pronunciaron los juicios inicuos de los hombres en el sitio mismo en que Dios había dictado las sentencias de su inviolable justicia ¹.

VII

CEMENTERIOS CAMPESTRES

Los antiguos no tuvieron unos lugares más agradables para su sepultura que nuestros cementerios campestres. Los prados, los campos, las aguas, los bosques formaban una alegre perspectiva, y unían sus imágenes sencillas con los sepulcros de los labradores. Era grato ver el corpulento tejo, que sólo vegetaba por su corteza, los manzanos del presbiterio, los álamos, los olmos que daban sombra a los muertos, y las cruces, símbolos de consuelo y gracia. En medio de los apacibles monumentos, el templo lugareño elevaba su torre coronada por el emblema rústico de la vigilancia. No se oía en aquellos lugares sino el canto de los pajarillos y el rumor de las ovejas que rumiaban la hierba de la tumba de su antiguo pastor.

Las diferentes sendas que atravesaban la bendecida cerca, terminaban en la iglesia o en la casa del cura para el pobre y el peregrino, que iban a orar al Dios de los milagros, o a pedir el pan de la limosna al hombre del Evangelio, pues el indiferente o el rico no pasaban sobre estos sepulcros.

No se leían allí otros epitafios que *Guillermo o Pablo, nació en tal año y murió en cual*; y en algunos no había ningún nombre. Yace olvidado en la muerte el labrador cristiano, como los

vegetales útiles entre que ha vivido; la Naturaleza no graba el nombre de las encinas sobre sus troncos derribados en los bosques.

Sin embargo, recorriendo un día un cementerio campestre, leímos un epitafio latino sobre una piedra que anunciaba el sepulcro de un niño. Acerquéme para admirar la erudición del cura de la aldea, y leí estas palabras del Evangelio:

Sinite parvulos venire ad me.

«Dejad que los niños se acerquen a mí.»

Los cementerios de Suiza suelen hallarse sobre las rocas, dominando los lagos, los precipicios y los valles. El ciervo y el águila fijan allí su residencia, y la muerte crece sobre estos sitios escarpados como aquellas plantas de los Alpes, cuya raíz está sumergida bajo hielos perennes. El difunto aldeano de Glaris o de Saint-Gall, es llevado por su pastor a aquellos elevados lugares. La pompa fúnebre del entierro es la majestad de la Naturaleza, y su música son los aires bucólicos que sobre las ásperas cumbres de los Alpes recuerdan al suizo desterrado a su padre, su madre, sus hermanas y los balidos de los ganados de su montaña.

Italia ofrece al viajero sus catacumbas o el humilde sepulcro de un mártir, en los jardines de Mecenas y de Lúculo. Inglaterra viste de lana a sus muertos, y siembra sus sepulcros de reseda. En los cementerios de Albión, nuestros ojos han leído arrasados en lágrimas alguna vez un nombre francés entre los epitafios extranjeros: volvamos a las tumbas de la patria.

VIII

SEPULCROS EN LAS IGLESIAS

Recordad por un instante los antiguos monasterios o las catedrales góticas, cual un tiempo existían. Recorred su coro, sus naves oscuras, sus claustros que servían de asilo a los muertos, y aquellos santuarios llenos de sepulcros. En ese laberinto de tumbas, ¿cuáles excitan más la atención? ¿Son, por ventura, aquellos monumentos modernos recargados de figuras alegóricas, que abruman con sus helados mármoles

1. Silencio de las abominaciones cometidas durante los días revolucionarios. Cualquiera animal doméstico, en una nación extranjera algo civilizada, era inhumado con más decencia que el cuerpo de un ciudadano francés. Ya sabemos cómo se verificaban los entierros, y cómo por algunos denarios se hacía arrojar a un padre, a una madre o a una esposa en el muladar. Ni los muertos sagrados estaban en seguridad; porque había hombres dedicados a robar el sudario, el fúnebre o los cabellos del cadáver. Estas cosas sólo pueden llevarse al juicio de Dios; era una continuación de la primera violación bajo la monarquía.

unas cenizas no menos heladas? ¡Vanos simulacros, que parecen participar del doble letargo del sepulcro y del de los corazones mundanos que los han erigido! Aun así, casi nadie fija en ellos su vista; pero ésta se detiene en aquel sepulcro cubierto de polvo, sobre que está tendida la figura gótica de algún obispo, revestido de sus vestiduras pontificales, enlazadas las manos y cerrados los ojos; detiéndose también en aquel monumento en que un abate, reclinado sobre el codo, y la cabeza apoyada en la mano, parece meditar en la muerte. El sueño del prelado y la actitud del sacerdote ofrecen algo de misterioso: el primero parece profundamente ocupado con lo que ve en los sueños de la tumba, y el segundo, un caminante que no quiere descansar enteramente. ¡Tan próximo está el momento en que debe despertar!

¿Y quién es aquella gran señora que allí yace, junto a su esposo? Uno y otro se muestran vestidos con todo el esplendor galo; un cojín sostiene sus cabezas, tan pesadas con el sueño de la muerte, que han llegado a doblar su almohada de piedra: ¡dichosos esos esposos si no han tenido que hacerse en el tálamo de su fúnebre himeneo algunas penosas confidencias! En el fondo de aquella retirada capilla pueden verse cuatro escuderos de mármol, armados de pies a cabeza, enlazadas las manos, y de rodillas a los cuatro ángulos del sepulcro. ¿Es, por ventura, aquel Bayardo que rescataba a las doncellas para que se casasen? ¿Es acaso Beaumanoir, que bebía su propia sangre en el combate de los Treinta? ¿O es algún otro caballero el que allí duerme? Aquellos escuderos parecían rogar con fervor, porque aquellos valientes hombres, antiguo honor del nombre francés, tan guerreros como eran, no temían a Dios en el fondo de su corazón. Gritando: *Montjoie et Saint-Denis*, arrancaban la Francia a los ingleses, y hacían portentos de valor por la Iglesia, su dama y su rey. ¿No hay algo de maravilloso en aquellos tiempos de los Rolandos, de los Godofredos, de los señores de Couci y de Joinville; en aquellos tiempos de los moros, de los sarracenos, de los reinos de Jerusalén y de Chipre; en aquellos

tiempos en que el Oriente y el Asia trocaban sus armas y costumbres con la Europa y el Occidente; en aquellos tiempos en que Tibaldo cantaba y los trovadores se mezclaban con las armas, las danzas con la religión, y los torneos con los sitios y las batallas?¹»

Maravillosos eran sin duda aquellos ya pasados tiempos. La religión había amonestado a los caballeros por esta vanidad de las cosas humanas, cuando después de una larga enumeración de títulos pomposos: *Alto y poderoso señor, micer Anio de Montmorency, condestable de Francia, etc., etc.*, añadía: *Rogad por él, pobre pecador*. He aquí la nada².

Los sepulcros subterráneos reservábanse generalmente para los reyes y religiosos.

Si alguno quería alimentar su espíritu con útiles y graves pensamientos, érale preciso bajar a las bóvedas de los conventos, y contemplar aquellos solitarios sumidos en eterno sueño, y no menos tranquilos en sus fúnebres moradas que sobre la tierra. ¡Sea profundo tu sueño bajo esas bóvedas, hombre de paz, que repartiste tu herencia mortal a tus hermanos, y que, a semejanza de aquel héroe de Grecia, que marchaba a la conquista de otro universo, no te reservaste sino la esperanza!

IX

SAN DIONISIO

Véanse en otro tiempo, no lejos de París, las más famosas sepulturas que han fabricado los hombres, y los extranjeros que iban en gran número a visitar

1. Son dignos de nuestra gratitud sin duda los artistas que han reunido los restos de nuestros antiguos sepulcros, tan lamentablemente destruidos. Encerrados en un pequeño espacio, divididos por siglos, privados de sus armonías con la antigüedad de los templos y del culto cristiano, sirven de materiales para la historia del arte, pero no para el conocimiento de las costumbres y de la religión; al no haber guardado asimismo su polvo, nada comunican a la imaginación o al corazón. Cuando ciertos hombres abominables tuvieron la idea de violar el asilo de los muertos y de aventar sus cenizas con objeto de borrar el recuerdo del pasado, el hecho, con ser tan horrible, pudo tener a los ojos de la locura humana cierta malvada grandeza; mas esto era tomar el empeño de trastornar el mundo, de no dejar en Francia piedra sobre piedra, y de llegar, a través de las ruinas, a instituciones desconocidas. Hundiéndose en tales excesos para permanecer en rutas comunes, y para no mostrar sino la ineptitud y el absurdo, es caer en el crimen sin tener autoridad.

2. Johnson, en su *Tratado de Epitaphes*, cita como sublime esta sencilla palabra de la religión.

las maravillas de San Dionisio, regresaban diciendo como San Gregorio: *En verdad, esta nación es la mayor entre todas*. Pero levantóse un furioso huracán en derredor del palacio de la muerte; estrelláronse contra él las olas de los pueblos, y, asombrados los hombres, se preguntan aún: *¿Cómo ha desaparecido el templo de AMMON bajo las arenas de los desiertos?*

No faltaba majestad al edificio gótico donde se reunían estos grandes vasallos de la muerte, porque los tesoros de Francia estaban a sus puertas; el Sena corría a la extremidad de su llanura; muchos parajes célebres llenaban a corta distancia todos aquellos sitios de hermosos nombres, y todos los campos de hermosos recuerdos; la ciudad de Enrique IV y de Luis el Grande descollaba en las cercanías, y el panteón real de San Dionisio se hallaba en el centro de nuestro poder y de nuestro lujo, como un tesoro en que se arrojaban los despojos del tiempo y la superabundancia de las grandezas del imperio francés.

Allí iban a sumergirse unos tras otros los reyes de Francia. El último que bajaba a aquellos abismos, quedaba en las escaleras del subterráneo, como para convidar a su posteridad a que descendiese. Sin embargo, Luis XIV esperó en vano a sus dos últimos hijos: el uno se precipitó al fondo de la bóveda, dejando a su padre en el umbral, y el otro desapareció en una tempestad, como Edipo. ¡Cosa digna de eterna meditación! El primer monarca que encontraron los enviados de la justicia divina fué aquel Luis, tan famoso por la obediencia que le tributaban las naciones. Todavía habitaba intacto su ataúd. En vano, para defender su trono, pareció levantarse con la majestad de su siglo y una retaguardia de ocho siglos de reyes; en vano su actitud amenazadora aterró a los enemigos de los muertos, cuando, precipitado a una huesa común, cayó sobre el seno de María de Médicis. ¡Todo fué aniquilado! El Señor había jurado en su cólera castigar a Francia. No busquemos sobre la tierra las causas de tales acontecimientos, porque es más alto su origen.

En tiempo de Bossuet apenas podía depositarse en el panteón de aquellos

principes anonadados el cuerpo de madama Enriqueta, *¡tanto las jerarquías se han estrechado*, exclama el más elocuente de los oradores, *tanto la muerte está dispuesta a llenar aquellos sitios!* A vista de las edades, cuyas olas murmuran aún en aquellas concavidades, el espíritu cede al peso de los pensamientos que le agobian, y se estremece al contemplar tanta nada y tanta grandeza.

Quando se buscan frases bastante magníficas para pintar lo que hay allí de más elevado, se advierte que todo aquello exige los términos más humildes para expresar cuanto hay de más vil. Aquí, se abaten las sombras de las envejecidas bóvedas para confundirse con las de los antiguos sepulcros; allí una verja de hierro rodea inútilmente aquellos féretros, pues no puede defender a la muerte de los asaltos de los hombres. ¡Escuchad el sordo trabajo del gusano del sepulcro, que parece hilar las indestructibles redes de la muerte! Todo anuncia que se ha bajado al imperio de las ruinas; y al percibir cierto olor de antiguo polvo, extendido por aquellos arcos fúnebres, parece se respiran, por decirlo así, las emanaciones de los tiempos que fueron.

¡Lectores cristianos! Perdonad las lágrimas que abrasen nuestros ojos, cuando vagamos entre esta familia de San Luis y Clodoveo. ¡Si arrojando repentinamente la mortaja que los cubre, se levantan esos monarcas en sus ataúdes, y fijaran en nosotros sus ojos a la luz de la lámpara sepulcral! ¡Sí! Vemos incorporarse esos espectros regios, los reconocemos y nos atrevemos a interrogar a estas majestades del sepulcro. ¡Pueblo real de fantasmas, decidnos! ¿Querriais ahora resucitar para ceñiros una corona? ¿Ambicionáis el trono?... Pero, ¿por qué tan profundo silencio? ¿Por qué enmudecéis bajo esas bóvedas? ¡Sacudís las regias cabezas, descende una nube de polvo; vuestros ojos tornan a cerrarse, y os reclináis otra vez lentamente en vuestros sepulcros!

¡Ah! ¡Si hubiéramos preguntado a esos muertos campestres, cuyas cenizas visitamos no ha mucho, hubieran separado suavemente los céspedes de sus

sepulturas, y saliendo de la tierra cual resplandecientes vapores, nos hubieran respondido: «Si Dios lo dispone así, ¿por qué no resucitar? ¿Por qué no pasar con resignación algunos días más en nuestras chozas? Nuestras tareas no eran tan pesadas cual juzgáis, y nuestros sudores tenían sus dulzuras cuando los enjugaba una tierna esposa, o los bendecía la religión.»

Mas ¿a dónde nos lleva la descripción de esos sepulcros, borrados ya de la faz de la tierra? ¿Ya no existen esos sepulcros! Los huesos de los poderosos monarcas han servido de juguete a los niños; San Dionisio está desierto, y objeto de la profanación, crece la hierba en sus derribados altares. En lugar del cántico de la muerte que resonaba en sus bóvedas, sólo se escuchan ya las gotas de la lluvia, que penetran por su roto y descubierto techo, la caída de alguna piedra, que se desprende de sus ruinosas paredes, o el sonido de su reloj, que recorre pavoroso los sepulcros vacíos y los devastados subterráneos.

LIBRO TERCERO

Idea general del clero.

I

DE JESUCRISTO Y DE SU VIDA

Cuando el Redentor se hallaba próximo a aparecer sobre la tierra, las naciones esperaban algún personaje famoso. «Una antigua y persistente opinión, dice Suetonio, se había extendido por Oriente, y era que un hombre nacería en la Judea, llamado a obtener el imperio universal¹.» Tácito refiere el mismo hecho con iguales palabras. Según este historiador, «la mayor parte de los judíos estaban convencidos, por un oráculo contenido en los antiguos libros de sus sacerdotes, de que en aquel tiempo (el reinado de Vespasiano) pre-

valecería el Oriente, y que un hijo de la Judea reinaría en el mundo¹.»

Hablando Josefo de la ruina de Jerusalén, refiere que los judíos se determinaron principalmente a la revolución contra los romanos, por una obscura profecía que les anunciaba que en aquella época *se levantaría un hombre de entre ellos, y dominaría el Universo*².

En el Nuevo Testamento hay también algunos pasajes relativos a esta esperanza, a la sazón difundida por Israel: la multitud que corre al desierto pregunta a San Juan Bautista, si él es el Mesías, el Cristo de Dios, el esperado tanto tiempo; y los discípulos de Emaús quedan llenos de tristeza al reconocer que Jesús no era el hombre destinado a rescatar a Israel. Las setenta semanas de Daniel, o los cuatrocientos noventa años después de la restauración del templo se habían cumplido ya: en fin, Orígenes, tras de haber referido todas estas tradiciones de los judíos, añade «que gran número de ellos reconocieron a Jesucristo como el libertador prometido por los profetas³.»

Entretanto, preparaba el cielo los caminos del Hijo del Hombre. Las naciones tanto tiempo desunidas, en costumbres, gobierno y lengua, fomentaban enemistades hereditarias; cesa repentinamente el fragor de las armas, y los pueblos, reconciliados o vencidos, vienen a confundirse con el pueblo romano. Por un lado, la religión y las costumbres habían llegado a aquel grado de corrupción que producen forzosamente las vicisitudes humanas; por otro, los dogmas de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma empezaban a esparcirse por el mundo, abriéndose de este modo por todas partes los caminos a la doctrina evangélica, y una lengua universal iba a propagarla.

El imperio romano se componía de naciones, unas salvajes, cultas otras, pero la mayor parte infinitamente desgraciadas: la sencillez de Cristo para las primeras, sus virtudes morales para las segundas, y para todas su misericor-

1. *Pluribus persuasio inerat antiquis sacerdotum litteris contineri ero ipsa tempore fore ut valesceret Oriens, projectique Judaea rerum potirentur.*

(TACIT., *Hist.*, lib. v, c. XIII.)

2. JOSEPH., *de Bell. Judaic.*, p. 189.

3. ORIG., *cont. Cels.*, p. 127.

1. *Percrebuerat Oriente toto vetus et constants opinio esse in fatis ut eo tempore Judaea projecti rerum potirentur.*

(SURT., *in Vespas.*, c. IV.)

dia y su varidad, eran otros tantos medios de salvación de que se valía el cielo; medios tan eficaces que dos siglos después de Jesucristo, decía ya Tertuliano a los jueces de Roma: «Somos de ayer, y ya llenamos todo, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestros campos, vuestras colonias, vuestras tribus, vuestras decurias, vuestros consejos, el palacio, el senado, el foro: sólo os dejamos templos.» *Sola relinquimus templa* ¹.

A la grandeza de los preparativos naturales se unió el esplendor de los milagros; los verdaderos oráculos, largo tiempo mudos en Jerusalén, recobraron la voz, y las falsas sibilas enmudecieron. Manifestóse una nueva estrella en el Oriente; descendió Gabriel a María, y un coro de espíritus bienaventurados cantó durante la noche en lo alto de los cielos: ¡*Gloria a Dios, paz a los hombres!* Cunde de improviso el rumor de que ha nacido el Salvador en la Judea: había nacido, sí, mas no en la púrpura, sino en el humilde asilo de la indigencia; no anunciado a los grandes y a los soberbios, sino revelado por los ángeles a los pequeños y a los sencillos; no congregando en derredor de su cuna a los afortunados del mundo, sino a los desvalidos, y declarándose desde el primer acto de su vida el Dios protector de los miserables.

Detengámonos aquí para hacer una reflexión. Desde el principio de los siglos vemos a los reyes, los héroes y los hombres famosos, convertidos en dioses de las naciones. Mas, he aquí al hijo de un carpintero, en un rincón de la Judea, mostrándose un modelo de dolor y de miseria; es infamado públicamente en un suplicio; escoge sus discípulos entre las clases más humildes; predica solo el sacrificio, la renuncia de las pompas del mundo, del deleite y del poder; prefiere el esclavo al señor, el pobre al rico, el leproso al sano; todo lo que llora, todo lo que padece, todo lo que se mira abandonado del mundo y de lo que huyen los hombres, es objeto de sus delicias; el poder, la fortuna y la dicha, blanco son de sus amenazas; trastorna las nociones comunes de la moral; establece nue-

vas relaciones entre los hombres, un nuevo derecho de gentes, y una nueva fe pública: De este modo eleva su divinidad, triunfa de la religión de los Césares, siéntase sobre su trono, y llega a sojuzgar la tierra. Aun cuando la voz del mundo entero se levantara contra Jesucristo, aun cuando todas las luces de la filosofía se reuniesen contra sus dogmas, nunca se nos persuadiría que una religión fundada sobre tan asombrosa base, sea una religión humana. El que pudo hacer que se adorase una *cruz*, el que ofreció a los hombres por objeto de su culto *la humanidad sufriente y la virtud perseguida*, no puede menos de ser un Dios.

Jesucristo se muestra entre los hombres lleno de gracia y de verdad; la autoridad y dulzura de su palabra cautiva. Viene para ser el más desgraciado de los mortales, y todos sus prodigios son en favor de los miserables. *Sus milagros*, dice Bossuet, *brillan más por su bondad que por su poder*. Para inculcar sus preceptos, escoge el apólogo o la parábola, que se graba fácilmente en el espíritu de los pueblos. Da sus lecciones caminando por la campiña; al ver las flores de un campo, exhorta a sus discípulos a que esperen en la Providencia que sostiene las débiles plantas y alimenta a las avecillas; y al mirar los frutos de la tierra, enseña a juzgar al hombre por sus obras. Si se le presenta un niño, recomienda su inocencia; si se halla entre los pastores se da a sí mismo el título de *pastor de las almas*, y se representa llevando sobre sus hombros la oveja descarriada. En la primavera, siéntase en la cumbre de una montaña, y deduce de los objetos que le rodean ingeniosos medios para instruir a la multitud sentada a sus pies. Del espectáculo mismo que le ofrece la pobre y desgraciada muchedumbre, saca sus bienaventuranzas: *Bienaventurados los que lloran; bienaventurados los que tienen hambre y sed*, etc. Los que observan sus preceptos y los que los desprecian, son comparados a dos hombres que edifican dos casas, una sobre la dura roca, otra sobre una arena movediza; según algunos intérpretes, mostraba al expresarse así un lugarcillo floreciente en lo alto de una colina, y a su pie las

1. TERTULL., *Apologet.*, cap. XXXVII.

cabañas destruidas por una inundación¹. Cuando pidió el agua a la Samaritana, le pintó su doctrina bajo la hermosa imagen de una fuente de agua viva.

Nunca los mayores enemigos de Jesucristo han osado impugnar su persona. Celso, Juliano y Volusiano², confiesan sus milagros, y Porfirio cuenta que los oráculos mismos de los paganos le llamaban hombre ilustre por su piedad³; Tiberio quiso colocarlo en la clase de los dioses⁴. Según Lampridio, Adriano le había erigido templos, y Alejandro Severo le reverenciaba a la par de las imágenes de las almas santas, entre Orfeo y Abrahán⁵. Plinio exhibió un ilustre testimonio de la inocencia de aquellos primeros cristianos, que seguían de cerca los ejemplos del Redentor. No hay filósofo alguno de la antigüedad a quien no se acrimine por algún vicio, y los mismos patriarcas incurrieron en flaquezas; sólo Jesucristo brilla sin sombra de mancha alguna, y es la más sublime copia de esa hermosura soberana que reside en el trono de los cielos. Puro y sagrado como el tabernáculo del Señor, respirando sólo amor a Dios y a los hombres, e infinitamente superior, por la elevación de su alma, a la mezquina gloria del mundo, prosigue a través de los dolores el gran combate de nuestra redención, obligando a los hombres, merced al ascendiente de sus virtudes, a abrazar su doctrina y a imitar una vida que no podían menos de admirar.

Su carácter era amable y tierno, su caridad no conocía límites. El apóstol nos da una exacta idea de ella en dos palabras: *Iba haciendo bien*. Su resignación a la voluntad de Dios resplandecía en todos los momentos de su vida; amaba y conocía la amistad; Lázaro, a quien sacó del sepulcro, era su amigo; su mayor milagro tuvo por objeto el más dulce sentimiento de la vida. Fué también un modelo del amor a la patria: *¡Jerusalén! ¡Jerusalén!*, exclamaba pensando en el terrible juicio que amenazaba a esta ciudad culpable, *¡he querido juntar a tus hijos, como la gallina junta*

sus polluelos bajo sus alas, pero has sido rebelde!» Dirigiendo sus tristes miradas desde lo alto de una colina sobre esta ciudad, condenada por sus crímenes a una horrible destrucción, no pudo contener sus lágrimas: *¡Vió la ciudad, dice el apóstol, y lloró!* No fué menos notable su tolerancia, cuando, rogándole sus discípulos hiciera bajar fuego del cielo sobre un pueblo samaritano que le había negado hospitalidad, respondió con indignación: *¡No sabéis lo que me pedís!*

Si el Hijo del Hombre hubiera bajado del cielo rodeado de toda su virtud y poder, ciertamente hubiérale costado escaso esfuerzo la práctica de tantas virtudes, mas en esto se cifra la gloria del misterio. Jesucristo sentía dolores, su corazón se enternecía como el de un hombre, y nunca se le advirtió señal alguna de cólera, sino contra la dureza del alma y la insensibilidad. Repetía continuamente: *Amaos los unos a los otros. Padre mío*, exclamaba, ya en poder de los verdugos, *Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen*. Próximo a separarse de sus amados discípulos, prorrumpió en llanto; sintió los horrores del sepulcro y las angustias de la cruz; un sudor de sangre corrió por sus divinas mejillas, y lamentó que le hubiese abandonado su Padre. Cuando el ángel le presentó el cáliz, dijo: *¡Oh, Padre mío! Si es posible, aparta de mí este cáliz; pero si debo beberlo, hágase tu voluntad!* Entonces pronunciaron sus labios estas palabras, que expresan toda la sublimidad del dolor: *¡Triste está mi alma hasta la muerte!* ¡Ah! Si la moral más pura y el corazón más tierno, unidos a una vida consagrada a combatir el error y aliviar los males de los hombres, son los atributos de la divinidad, ¿quién osará negar la de Jesucristo? Modelo de todas las virtudes, la amistad le ve dormido en el seno de Juan, o encomendando su Madre a este discípulo; la caridad le admira en el juicio de la mujer adúltera; respira la piedad, y bendice las tribulaciones; su inocencia y su candor resplandecen en su amor a los niños; la fortaleza de su alma se muestra superior a los tormentos de la cruz, y su último suspiro es un suspiro de misericordia.

1. FORTIN., on the truth of the Christ. Relig. p. 218.

2. ORIG., contr. Celso, I, II; JUL., ap. Cyril., lib. VI; AUG., op. III, IV, t. II.

3. EUSEB., Dem. III, ev. 3.

4. TERTULIANO, Apologet.

5. LAMP., in Alex. Sev., cap. IV y XXXI.

II

CLERO SECULAR.—JERARQUÍA.

Dadas por Jesucristo las postreras enseñanzas a sus discípulos, subió al Tabor y desapareció. Desde aquel momento subsiste la Iglesia entre los apóstoles: se establece a la vez entre los judíos y entre los gentiles. San Pedro, en una sola predicación, convirtió cinco mil hombres en Jerusalén, y San Pablo recibió su misión para las naciones infieles. De allí a poco el príncipe de los apóstoles echó los fundamentos del poder eclesiástico en la capital del imperio romano. Reinaban todavía los primeros Césares, y confundíase con la multitud, ya al pie de su trono, el sacerdote incógnito que debía reemplazarles en el Capitolio. La jerarquía comenzó; Lino sucedió a Pedro, Clemente a Lino: esta serie de pontífices, herederos de la autoridad apostólica, no interrumpida en el transcurso de más de diez y ocho siglos, nos une a Jesucristo.

Con la dignidad episcopal vemos establecerse desde el principio las otras dos grandes divisiones de la jerarquía: *el sacerdocio y el diaconado*. San Ignacio exhorta a los magnesianos a obrar en conformidad con su obispo, que ocupa el lugar de Jesucristo, con sus sacerdotes que representan a los apóstoles, y con sus diáconos encargados del cuidado de los altares¹. Pío, Clemente de Alejandría, Orígenes y Tertuliano confirman estos grados².

Aunque no se haya hecho mención de los metropolitanos o arzobispos, antes del concilio de Nicea, este concilio habla de la citada dignidad como de un grado jerárquico establecido muy de antiguo³. San Atanasio⁴ y San Agustín⁵ citan metropolitanos anteriores a este concilio. Desde el segundo siglo está calificada Lyon, en los actos civiles, de ciu-

dad metropolitana, y San Ireneo, su obispo, gobernaba toda la iglesia galicana¹.

Algunos autores han opinado que los arzobispos son también de institución apostólica²; y en efecto, Eusebio y San Crisóstomo dicen que Tito, obispo, era cabeza reconocida de los obispos de la isla de Creta³.

Las opiniones acerca del origen del patriarcado varían. Baronio, Marca y Riquerio hacen subir esta dignidad hasta los apóstoles; parece, sin embargo, que no se estableció en la Iglesia sino en 385, cuatro años después del concilio general de Constantinopla.

El nombre de cardenal se aplicó al principio indistintamente a los primeros titulares de las iglesias⁴. Como estos cabezas del clero eran regularmente hombres distinguidos por sus virtudes y ciencia, los papas les consultaban los negocios delicados, y llegaron a ser poco a poco el consejo permanente de la Santa Sede, hasta que pasó a ellos el derecho de elegir pontífices cuando la comunión de los fieles se hizo demasiado numerosa para poder congregarse.

Las mismas causas que dieron origen a los cardenales cerca de los papas, produjeron los canónigos cerca de los obispos: los canónigos eran unos sacerdotes que componían la corte episcopal. Aumentando los negocios de la diócesis, los miembros del Sínodo se vieron obligados a distribuirse el trabajo. Los unos se llamaron vicarios, los otros grandes vicarios, etc., según la extensión de sus respectivos cargos. El Consejo entero tomó el nombre de *capítulo*, y cada individuo el de *canónigo*, que significa administrador canónico.

Los simples sacerdotes, y aun los legos nombrados por el obispo para la dirección de una comunidad religiosa, dieron origen al orden antiguo de los abades. Más adelante veremos cuán útiles fueron las abadías a las letras, a la agricultura, y en general a la civilización europea.

Las parroquias se formaron en la

1. IGNACIO, *Ep. ad Magnes.*, n.º VI.
2. PIUS, ep. II; CLEM. ALEX., *Strom.*, lib. VI, p. 667; ORIG., hom. II in Num.; hom. in Cantic.; TERTULL., de *Monogam.*, cap. XI; de *Fuga*, cap. XII; de *Baptismo*, cap. XVII.
3. Conc. Nicen., can. VI.
4. ATANASIO, de *Sentent. Dionys.*, t. I, p. 552.
5. AUG., *Brevi Collat. tert. die*, cap. XVI.

1. EUSEBIO, *H. E.*, lib. V, cap. XXIII.
2. USHER., de *Orig. Episc. et Metrop. Revereg. cod. can. vind.*, lib. II, cap. VI, n.º 12; HAMM., *Pref. to Titus in Dissert. 4 cont. Blondel*, cap. V.
3. EUSEBIO, *H. E.*, lib. III, cap. IV; CHRYS., *Hom.*, I, in *Tit.*
4. HÉRICOURT, *Lois eccl. de France*, p. 205.

época en que se subdividieron las órdenes principales del clero. Siendo ya demasiado vastos los obispados, para que los sacerdotes de la metrópoli pudiesen administrar los socorros espirituales y temporales a los puntos extremos de la diócesis, se erigieron iglesias en los campos. Los ministros destinados a estos templos rurales tomaron el nombre de curas, del latín *cura*, que significa *cuidado, fatiga*. El nombre no es pomposo, y se debiera haberlo excusado, pues tan bien llenaban las condiciones de su cargo ¹.

Además de estas iglesias parroquiales, se construyeron también capillas sobre el sepulcro de los mártires y solitarios. Estos templos particulares se llamaron *martyrium* o *memoria*; y por una idea aun más dulce y filosófica, se les llamaba también *cementerios*, de una palabra griega que significa *sueño* ².

Por último, los beneficios seculares debieron su origen a los *ágapes* o comidas de los primeros cristianos. Cada fiel llevaba algunas limosnas para el sustento del obispo, del sacerdote y del diácono, y para el socorro de los enfermos y extranjeros ³. Los ricos, los príncipes y ciudades enteras dieron después tierras a la Iglesia, en lugar de aquellas inciertas limosnas. Divididos estos bienes en diferentes porciones, por el Consejo de los superiores eclesiásticos, tomaron el nombre de prebenda, canonicato, encomienda, beneficios curados, beneficios simples o claustrales, etc., según los grados jerárquicos del administrador a cuyo cargo se confiaron ⁴.

Respecto de los fieles en general, el gremio de cristianos primitivos se distinguía en *creyentes* o *fieles*, y en *catecúmenos* ⁵. El privilegio de los *creyentes* era el ser recibidos a la santa mesa, asistir a todas las oraciones de la Iglesia, y pronunciar la Oración dominical ⁶, que San Agustín llama por esta razón *oratio fidelium*, y San Crisóstomo *σὺν ἡ πιστῶν*. Los *catecúmenos* no podían asistir a todas las ceremonias,

ni se trataba de los misterios delante de ellos, sino con obscuras parábolas ¹.

El nombre de *lego* se inventó para distinguir al hombre que no pertenecía al cuerpo general del clero. El título de *clérigo* se formó al mismo tiempo, y las palabras *laici* y *κληρικός* se leen en cada página de los antiguos autores. Usábase de la denominación de *eclesiástico*, así para hablar de los cristianos por oposición a los gentiles ², como para designar el clero con relación a los fieles; por último, el título de *católico* o universal, se atribuyó a la Iglesia desde su origen. Eusebio, Clemente de Alejandría y San Ignacio, dan testimonio de esta verdad ³. Habiendo preguntado el juez, Polemón, al mártir Pionos, de qué Iglesia era, el confesor respondió: *De la iglesia católica, porque Jesucristo no conoce otra* ⁴.

No olvidemos en la explicación de esta jerarquía, que San Jerónimo la compara a la de los ángeles; no olvidemos los medios que enaltecieron la sabiduría y la fortaleza de la cristiandad; es decir, los concilios y las persecuciones. «Traed a vuestra memoria, dice La Bruyère, aquel grande y primer concilio, en que cada uno de los Padres que lo componían se distinguía por algún miembro mutilado, o por las cicatrices que revelaban los furores de la persecución, y que parecía les daban derecho a sentarse en aquella asamblea general de toda la Iglesia.»

¡Deplorable espíritu de partido! Voltaire, que en todo manifiesta horror a la sangre y amor a la humanidad, se esfuerza en persuadir que hubo pocos mártires de la primitiva Iglesia ⁵; y como si jamás hubiera leído a los historiadores romanos, llega casi hasta negar aquella primera persecución, de que Tácito nos ha hecho tan espantosa pintura. El autor de *Zaira*, que conocía el poder de la desgracia, temió que los ánimos se conmoviesen a la descripción de los sufrimientos de los cristianos, y quiso arrancarles una corona de martirio,

1. SAN ATANASIO, en su segunda *Apología*, dice que en su tiempo había visto ya diez iglesias parroquiales en Mareotis, que dependían de la diócesis de Alejandría.

2. FLEURY, *Hist. eccl.*

3. SAN JUSTO, *Apol.*

4. HÉRIC, *Lois eccl.*, p. 204-13.

5. EUSEBIO, *Demonst. Evang.*, lib. VII, cap. II.

6. *Constit. Apost.*, lib. VIII, cap. VIII y XII.

1. TEODORO, *Epit. div. dog.*, cap. XXIV; AUG., *Serm. ad Neophytos in oppend.*, t. X, p. 845.

2. EUSEBIO, lib. V, cap. VII, cap. XXVII; CIRILO, *Catech.*, xv, n.º 4.

3. EUSEBIO, lib. IV, cap. XV; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.*, lib. VII; IGNACIO, cap. ad Smyrn., n.º 8.

4. ACT. PION., ap. Bar., an. 254, n.º 9.

5. En su *Essai sur les Mœurs*.

que tanto les recomendaba a los corazones sensibles, y arrebatáralos hasta el prestigio de sus lágrimas.

Hemos descrito la jerarquía apostólica: unida a ella el clero regular, de que vamos a hablar, y tendréis la Iglesia entera de Jesucristo. No tememos decir que ninguna otra religión presenta tal sistema de beneficios, previsión de fuerza, mansedumbre, y leyes morales y religiosas. Nada hay más sabiamente ordenado que estos grados, que empezando en el último cantor de la aldea, van elevándose hasta el trono pontificio que sostienen y los corona. De este modo, mediante sus diferentes órdenes, tocaba la Iglesia todas nuestras necesidades: artes, letras, ciencias, legislación, política, instituciones literarias, civiles y religiosas, fundaciones filantrópicas, todos estos magníficos beneficios nos procedían de las órdenes superiores de la jerarquía, mientras los pormenores, por decirlo así, de la caridad y de la moral, se difundían por medio de los grados inferiores hasta las últimas clases del pueblo. Si antiguamente fué pobre la Iglesia, desde el primero hasta el último escalón, atribúyase esto a que toda la cristiandad era tan indigente como ella. Empero, no era justo exigir que el clero subsistiese en la indigencia, cuando la opulencia crecía en su derredor. Hubiera perdido toda consideración, y ciertas clases de la sociedad, con las que no hubiera podido alternar, se hubiesen substraído a su autoridad moral. El jefe de la Iglesia era príncipe, para poder hablar a los príncipes; los obispos, iguales a los grandes, se atrevían a instruirlos en sus deberes; los sacerdotes seculares y regulares, exentos de ciertas necesidades sociales, se mezclaban con los ricos y reformaban sus costumbres; y, en fin, el simple párroco se acercaba al pobre, a quien por su destino debía aliviar con sus beneficios y consolar con su ejemplo.

No es esto decir que el más indigente sacerdote no pudiese también instruir a los grandes del mundo, e inducirlos a la virtud, mas no podía seguirle en sus costumbres como el clero superior, ni usar el conveniente lenguaje. La misma estimación de que gozaba, emanaba en parte de los órdenes superiores de la

Iglesia. Es, por otra parte, necesario que los grandes pueblos tengan un culto grandioso, y altares donde el miserable pueda encontrar los debidos socorros.

Por lo demás, nada hay más excelente en la historia de las instituciones civiles y religiosas, que todo lo concerniente a la autoridad, obligaciones e investidura del prelado, entre los cristianos. En ellas se descubre la perfecta imagen del pastor de los pueblos, y del ministro de los altares. A ninguna clase de hombres ha honrado más la humanidad que a los obispos, y en ninguna sería posible hallar más virtudes, grandeza e ingenio.

El jefe apostólico debía no tener defectos corporales, y ser tan irreprochable como el sacerdote sin mancha descrito por Platón en sus *Leyes*. Elegido por el pueblo, era tal vez el único magistrado legal que existía en los tiempos bárbaros; y como esta investidura envolvía una responsabilidad inmensa, así en esta vida como en la otra, estaba lejos de ser solicitada por medio de la intriga. Los Basilio y los Ambrosio huían al desierto, temiendo ser elevados a una dignidad, cuyos deberes intimidaba a sus mismas virtudes.

No sólo estaba obligado el obispo a cumplir sus deberes religiosos, esto es, enseñar la moral, administrar los sacramentos y conferir las Órdenes, sino que aceptaba también el peso de las leyes civiles y de los debates políticos, para apaciguar un príncipe, evitar una guerra, o defender una ciudad. El obispo de París, en el siglo IX, salvando con su valor esta capital, impidió acaso que Francia sucumbiese al yugo de los normandos.

«Era tal el convencimiento, dice d'Héricourt, de que la obligación de recibir a los extranjeros era un cargo inherente al episcopado, que San Gregorio quiso, antes de consagrar a Florentino, obispo de Ancona, se expresase si había sido por imposibilidad o por avaricia el no haber ejercido hasta allí la hospitalidad con los extranjeros¹.»

Exigíase del obispo que aborreciese el pecado, mas no el pecador²; que sostuviese al débil, y abrigara un corazón pa-

1. *Lois eccl. de France*, p. 751.

2. *Ibid.*, ib., can. *Odio*.

ternal para con los pobres¹. Debía, no obstante, guardar cierta medida en sus dones, para no fomentar profesiones peligrosas o inútiles, como los histriones y los cazadores²: verdadera ley política, que refrenaba por una parte el vicio dominante de los romanos, y por otra el de los bárbaros.

Si el obispo tenía parientes pobres, le era permitido preferirlos a los extraños, mas no enriquecerlos; «porque, dice el canon, debe atender en tal caso a su inteligencia, mas nunca a los vínculos de la sangre³.»

¿Y sería extraño que con tanta virtud los obispos se captasen la veneración de los pueblos? Inclínabase la cabeza para recibir su bendición; cantábase a su vista el *Hosanna*; llamábaseles *muy santos* y *muy amados de Dios*, siendo estos títulos tanto más magníficos, cuanto eran justamente adquiridos.

Civilizadas ya las naciones, los obispos, más circunscritos en sus deberes religiosos, gozaron de los bienes que habían hecho a los hombres, y procuraron dispensarles otros nuevos, aplicándose más particularmente a conservar la moral, a las obras de caridad y a los progresos de las letras. Sus palacios fueron el asilo de la urbanidad y las artes. Llamados por sus soberanos al ministerio público, e investidos con las primeras dignidades de la Iglesia, desplegaron talentos que excitaron la admiración de Europa. Hasta estos últimos tiempos, los obispos de Francia han sido ejemplos de moderación y doctrina: y aunque pudieran alegarse algunas excepciones, sin embargo, mientras los hombres sean sensibles a las impresiones de la virtud, recordarán que más de sesenta obispos católicos han vagado fugitivos por los pueblos protestantes, y que a pesar de las preocupaciones religiosas, y de las prevenciones que suelen militar contra el desgraciado, se han conciliado la veneración y respeto de aquellos pueblos; recordarán que el discípulo de Lutero y de Calvino han ido a oír predicar en algún obscuro retiro, al prelado romano desterrado, el amor a la humanidad y el perdón de las ofensas; recorda-

rán, en fin, que tantos nuevos Ciprianos, perseguidos por su religión, y tantos animosos Crisóstomos se despojaron del título que ocasionaba sus combates y labraba su gloria, a una simple insinuación del jefe de la Iglesia. ¡Dichosos, por haber sabido sacrificar a la paz de su rebaño el brillante mérito de doce años de infortunio y su antigua prosperidad!

En cuanto al clero inferior, no es dudoso que a él se debían esas buenas costumbres que brillan aún en la multitud, tanto de las ciudades como de los campos. El rústico sin religión es una fiera, sin freno de educación ni de humano respeto; una vida penosa ha exasperado su carácter, y la propiedad le ha robado la inocencia del salvaje; es tímido, grosero, desconfiado, avaro, y más que nada ingrato; pero, merced a un milagro, este hombre, naturalmente perverso, es benévolo y recto en manos de la religión. Su pusilanimidad se torna en valor, su inclinación a la doblez en una fidelidad a toda prueba, su ingratitud en un agradecimiento sin límites, y su desconfianza en una seguridad absoluta. Compárense aquellos aldeanos impíos que profanaban las iglesias, devastaban las propiedades, y quemaban a fuego lento las mujeres, los niños y los sacerdotes, con esos habitantes de la Vendée, que defendían el culto de sus padres, los únicos que eran libres cuando toda Francia se doblegaba al yugo del Terror; compárese, y adviértase la enorme diferencia que la religión establece entre los hombres.

Se ha culpado a los curas de ciertas preocupaciones de estado o de ignorancia; pero la sencillez del corazón, la santidad de la vida, la pobreza evangélica y la caridad de Jesucristo, les constituían en una de las clases más respetables de la nación. Viéronse muchos que, más que hombres, parecían espíritus benéficos bajados del cielo para bien de los desvalidos. ¿Cuántas veces se privaron del sustento para darlo a los necesitados, y se despojaron de sus vestidos para cubrir al desnudo? ¿Y habrá quien se atreva a denostar a estos hombres, por alguna severidad en su opinión? ¿Quién de nuestros soberbios filántropos querría que en el rigor del

1. *Lois eccl. de France*, loc. cit.

2. *Ib. ib.*, can. *Don. qui venatoribus*.

3. *Lois eccl.* p. 742, can. *Est. probanda*.

invierno se le despertase a media noche, para administrar los Sacramentos en lo más distante de los campos, al moribundo que expira sobre la paja? ¿Quién de nosotros querría tener sin cesar el corazón lacerado frente al espectáculo de una miseria que no puede socorrer, verse rodeado de una familia cuyas demacradas mejillas y hundidos ojos revelan el ardor del hambre y de todas las necesidades? ¿Nos sería grato acompañar a los curas de París, esos ángeles de humanidad, a la mansión del crimen y del dolor, para consolar al vicio bajo las formas más repugnantes, para derramar el bálsamo de la esperanza en un corazón desesperado? ¿Accederíamos a separarnos del mundo de los dichosos, para vivir eternamente entre los sufrimientos y no recibir a la hora de la muerte, por tantos beneficios, sino la ingratitud del pobre y la calumnia del rico?

III

CLERO REGULAR.—ORIGEN DE LA VIDA MONÁSTICA.

Si es cierto, como podría creerse, que una cosa sea poéticamente hermosa en razón a la antigüedad de su origen, preciso será convenir que la vida monástica tiene derecho a nuestra admiración, que remonta a las primeras edades del mundo. El profeta Elías, huyendo de la corrupción de Israel, se retiró a las orillas del Jordán, donde con algunos discípulos se sustentaba de hierbas y raíces. Sin necesidad de retroceder más en la historia, parécenos bastante maravilloso este origen de las órdenes religiosas. ¿Qué no hubieran dicho los poetas de Grecia, si hubiesen encontrado, por fundador de estas sagradas congregaciones, a un hombre arrebatado al cielo en un carro de fuego, y que ha de aparecer de nuevo sobre la tierra, el día de la consumación de los siglos?

Desde Elías, la vida monástica desciende por una herencia admirable a través de los profetas y San Juan Bautista hasta Jesucristo, que huía frecuentemente del mundo e iba a orar a las mon-

tañas. Los terapeutas¹, abrazando poco después la perfección del retiro, ofrecieron cerca del lago de Moeris, en Egipto, los primeros modelos de los monasterios cristianos, hasta que en tiempo de Pablo, Antonio y Pacomio, aparecieron aquellos famosos solitarios de la Tebaida, que llenaron el Carmelo y el Líbano de grandes obras de penitencia. Levantóse entonces una voz de gloria y admiración en las más espantosas soledades; mezcláronse músicas divinas con el ruido de las cascadas y de las corrientes; los serafines visitaron al anacoreta del peñasco, o arrebataron su alma resplandeciente sobre las nubes; los leones le sirvieron de mensajeros, y los cuervos le llevaron el maná celestial; las ciudades vieron envidiosas caer su reputación antigua, y el desierto cobró alta fama.

Caminando así de maravilla en maravilla, en el establecimiento de la vida religiosa, hallamos otra clase de principio u origen, que llamaremos *local*, esto es, ciertas fundaciones particulares de Órdenes y conventos, no menos curiosas y poéticas que las primeras. A las puertas de Jerusalén se ve un monasterio sobre el solar de la casa de Pilatos, en el monte Sinaí, el convento de la *Transfiguración*, que señala el lugar formidable en que Jehová dictó sus leyes a los hebreos, y otro más allá sobre la montaña en que Jesucristo desapareció de la tierra.

¡Y qué de cosas admirables nos muestra el Occidente en la fundación de nuestros conventos, monumentos de nuestras antigüedades galas, lugares sagrados por acontecimientos importantes, o por actos de humanidad! La historia, las pasiones del corazón y la beneficencia se disputan el origen de nuestros monasterios. Ved en una garganta de los Pirineos el hospital de Roncesvalles, fundado por Carlomagno en el mismo sitio en que Roldán, flor de los caballeros de Francia, dió fin a sus proezas: un asilo de paz y de socorro consagra dignamente el sepulcro del valeroso caudillo que defendió al

1. Voltaire se burla de Ensebio, que toma, dice, a los terapeutas por monjes cristianos. Ensebio estaba más cerca de esos monjes que Voltaire, y era ciertamente más versado que él en antigüedades cristianas. Monfaucón, Fleury, Héricourt, Hélyot y una multitud de otros sabios se han adherido a la opinión del obispo de Cesárea.

huérfano y murió por su patria. En las llanuras de Bovines, delante de aquel pequeño templo del Señor, se aprende a menospreciar los arcos triunfales de los Marios y los Césares, y se contempla con entusiasmo el convento que vio a un rey de Francia proponer la corona al más digno. Mas, si se anhela otra clase de ideas, una mujer de Albión, sorprendida por un sueño misterioso, cree ver la luna que se inclina hacia ella : nácele en breve una hija, tan casta y melancólica como la lumbrera de la noche, y que fundando un monasterio, brilla cual astro encantador de la soledad.

Se nos inculparía que intentábamos sorprender el oído con sonidos dulces, si hablásemos de los conventos de *Agua-Bella*, *Bel-Monte*, *Vallumbroso* o el de *la Paloma*, así llamado a causa de su fundador, paloma celestial que vivía en los bosques. La Trapa y el Paracleto conservan el nombre y la memoria de Comminges y de Eloísa. Preguntad al rústico de la antigua Neustria qué monasterio es el que se descubre en la cumbre de la colina. Os responderá : «Es el priorato de *Los Dos Amantes* : un joven noble se enamoró de una doncella, hija del castellano de Malmain, que vino en dársela, a condición de que pudiese llevarla hasta lo alto del monte ; aceptó el caballero la propuesta, y, cargado con su dama, subió hasta la cumbre de la colina, pero al llegar a ella murió de fatiga ; penetrada de dolor la joven, falleció a poco, y entonces los padres les dieron una misma sepultura en aquel lugar, y fundaron en él la abadía que veis.»

Por último, los corazones tiernos hallarán en el origen de nuestros conventos ancho campo a sus estudios, no menos que los anticuarios y los poetas. Véanse aquellos retiros de la *Caridad*, de los *Peregrinos*, *Agonizantes*, *Hospitalarios*, *Expósitos*, etc., y anótese, si es posible, en el largo catálogo de las miserias humanas, una sola enfermedad del alma o del cuerpo, para la que no haya fundado la religión un lugar de hospedaje o de consuelo.

Por lo demás, es constante que las persecuciones de los romanos contribuyeron primero a poblar las soledades ; los bárbaros inundaron luego el imperio,

y, rotos los vínculos sociales, no quedó a los hombres otra esperanza que Dios, ni otro refugio que los desiertos. Formáronse entonces congregaciones de infortunados en los bosques y en los más inaccesibles lugares. El salvaje poseía las llanuras fértiles que no sabía cultivar, al mismo tiempo que sobre las áridas cimas de los montes habitaba otro mundo, que, en aquellas rocas escarpadas, había salvado como de un nuevo diluvio las reliquias de las artes y de la civilización. Y así como las fuentes corren desde los sitios elevados para fertilizar los campos, los primeros anacoretas descendieron poco a poco de sus alturas, para llevar a los bárbaros la palabra de Dios y brindarles las dulzuras de la vida.

Quizá se diga que no existiendo ya entre nosotros las causas que produjeron la vida monástica, los conventos son hoy unos retiros inútiles. Pero, ¿han cesado estas causas? Por ventura, ¿no hay ya huérfanos, ni enfermos, ni pobres, ni caminantes, ni desgraciados? ¡Ah! ¡Pasarón, es verdad, los males de los tiempos bárbaros! Pero la sociedad, tan hábil en atormentar a los espíritus, y tan ingeniosa en el dolor, ha sabido producir otras mil causas de adversidad, que nos arrastran al retiro. ¡Cuántas pasiones eludidas, cuántos ocultos sentimientos mal correspondidos, cuántos disgustos amargos nos arrancan todos los días al mundo! Dulce era, por cierto, encontrar en esas casas religiosas un asilo seguro contra los golpes de las tempestades del propio corazón. Una huérfana abandonada de la sociedad, en una edad en que la belleza y la inocencia se ven asediadas por seducciones crueles, sabía a lo menos que allí tenía un asilo donde no sería víctima de la perfidia. ¡Cuán grato era a esta pobre y huérfana oír el tierno nombre de hermana! ¡Cuán numerosa y benévola familia le daba la religión! Un padre celestial le abría su casa y la recibía en sus brazos.

Es una filosofía bárbara y una política asaz cruel obligar al desgraciado a que viva en medio del mundo. ¿Adónde podrá retirarse a gemir sin que sea oído? Los hombres no dudan hacer comunes sus placeres, que son sus lágrimas. Si

hay lugares destinados para la salud del cuerpo, ¿por qué no permitir que los tenga también la religión para la del alma, sujeta a enfermedades más dolorosas, largas, y de harto más difícil curación que las de aquél?

Existen personas que han proyectado fundar retiros *nacionales* para los que *lloran*. Ciertamente que estos filósofos conocen a fondo la Naturaleza y pueden gloriarse de profundizar los sentimientos del corazón humano. Quieren confiar la desgracia a la piedad de los hombres, y poner las tribulaciones bajo la protección de los mismos que las causan. Necesaria es una caridad muy superior a la nuestra para aliviar los ocultos dolores del infortunio. Sólo Dios es bastante rico para prodigarle los tesoros del consuelo.

Se ha pretendido hacer un gran servicio a los religiosos y religiosas obligándoles a abandonar sus retiros; pero, ¿cuál ha sido el resultado? Las mujeres que han podido encontrar asilo en los conventos extranjeros, se han refugiado en ellos; otras se han reunido entre sí para formar monasterios en medio del mundo, y no pocas han muerto de pesar; y los monjes de la Trapa, *tan dignos de compasión*, lejos de aprovecharse de los encantos de la libertad y de la vida, han ido a proseguir sus maceraciones a los matorrales de Inglaterra y a los desiertos de Rusia. Debemos creer que no todos hemos nacido igualmente para manejar la azada o el mosquete, y que hay hombres de una delicadeza particular formados para el trabajo mental, así como otros lo han sido para el corporal. No dudemos que hay en nuestro corazón mil motivos que nos inclinan a la soledad: unos son llevados a ella por un espíritu propenso a la contemplación; otros, por cierto tímido pudor, gustan de habitar dentro de sí mismos; hay, en fin, almas tan privilegiadas, que buscando en vano en la Naturaleza otras almas dignas de su sociedad, se ven al parecer condenadas a un especie de virginidad moral o de eterna viudez.

Para estas almas solitarias, había principalmente erigido la religión sus retiros.

IV

DE LAS CONSTITUCIONES MONÁSTICAS

Entiéndase bien que no escribimos la historia particular de las órdenes religiosas, sino únicamente su historia moral.

Así, pues, sin hablar de San Antonio, padre de los cenobitas, ni de San Pablo, primer ermitaño, ni de Santa Sinclética, fundadora de los monasterios de monjas; sin detenernos en la Orden de San Agustín, que comprende todas las comunidades conocidas bajo el nombre de *regulares*, ni en la de San Basilio, adoptada por los religiosos y las religiosas del Oriente, ni en la regla de San Benito, que reúne la mayor parte de los monasterios occidentales, ni en la de San Francisco, observada por las órdenes mendicantes, comprenderemos todos los institutos religiosos en una pintura general, en que procuraremos describir sus trajes, costumbres, vida activa y contemplativa, y los innumerables servicios prestados por ellos a la sociedad.

Pero, ante todo, debemos hacer una observación: ésta es, que hay personas que, o por ignorancia o por preocupación, desprecian esas constituciones, bajo las cuales ha vivido muchos siglos gran número de cenobitas. Este desprecio es muy *filosófico*, especialmente en un tiempo en que todos se precian de conocer y estudiar a los hombres. El religioso que, sin más auxilio que un cilicio y un saco, llegó a reunir millares de discípulos, no es un hombre vulgar; y sus medios de acción y el espíritu que en sus intenciones domina, bien merecen la pena de ser examinados.

Digno de notarse es que, entre todas las reglas monásticas, hayan sido siempre las más rígidas las mejor observadas. Los cartujos han dado al mundo el único ejemplo de una congregación que ha existido por espacio de setecientos años, sin necesidad alguna de reforma. Esto prueba que cuanto más combate el legislador las inclinaciones naturales, tanto más asegura la duración de su obra; no así aquellos que pretenden erigir sociedades, empleando las pasiones

como materiales del edificio, semejantes a los arquitectos que construyen palacios con esa clase de piedra que se pulveriza a la impresión del aire.

Las órdenes religiosas han sido, bajo muchos puntos de vista, unas sectas filosóficas, semejantes a las de los griegos. En los primeros tiempos, los monjes eran llamados *filósofos*, porque usaban del mismo traje e imitaban sus costumbres, y aun algunos habían escogido por regla única el manual de Epitecto. San Basilio fué el primero que estableció los votos de *pobreza, castidad y obediencia*, ley profunda que abarcaba todo el genio de Licurgo.

En la regla de San Benito, se prescriben hasta los pormenores de la vida, como la oración, la cama, el sustento, el paseo, la conversación, etc. A los débiles se les destinaba a trabajos ligeros, y a los robustos los más penosos; en una palabra, la mayor parte de estas leyes religiosas revelan un conocimiento increíble en el arte de gobernar los hombres. Platón no hizo sino soñar repúblicas, sin lograr fundar una: San Agustín, San Basilio, San Benito, han sido verdaderos legisladores y patriarcas de muchos grandes pueblos.

Se ha declamado mucho en estos últimos tiempos contra la perpetuidad de los votos; pero no es difícil hallar en su favor poderosas razones, deducidas de la naturaleza de las cosas y de las necesidades mismas de nuestra alma.

La causa principal de las desventuras del hombre es su inconstancia y el abuso de ese libre albedrío, que es a un mismo tiempo su gloria y su mal, y que causará su condenación. Fluctúa siempre de sensación en sensación, de pensamiento en pensamiento; sus amores tienen la misma movilidad que sus opiniones, y éstas la misma versatilidad que aquéllos. Tal inquietud le hunde más en una miseria de que no puede salir sino cuando una fuerza superior le liga a un solo objeto. Entonces se le ve arrastrar con alegría su cadena; porque, aunque infiel, aborrece la infidelidad. Así, por ejemplo, el artesano es más dichoso que el rico desocupado, porque cierra alrededor de él todos los caminos del deseo o de la inconstancia. La misma sumisión al poder constituye la dicha de los niños,

y la ley que prohíbe el divorcio tiene menos inconvenientes para la paz de las familias que la que lo autoriza.

Los antiguos legisladores reconocieron la necesidad de imponer al hombre algún yugo. Por esta causa las repúblicas de Licurgo y de Minos no eran en realidad sino una especie de comunidades, donde el hombre se encontraba ligado desde el nacimiento por votos perpetuos. Allí el ciudadano se veía condenado a una existencia uniforme y monótona, y sujeto a reglas enojosas que se extendían hasta su alimento y ocios; no podía disponer ni de las horas ni de las edades de su vida; exigíasele un sacrificio riguroso de sus apetitos; érale preciso amar, pensar, y obrar según el texto de la ley; en una palabra, se le había despojado de su voluntad para hacerle dichoso.

El voto perpetuo, esto es, la sujeción a una regla inviolable, lejos de sumergirnos en el infortunio, es una disposición favorable para nuestra felicidad, especialmente cuando este voto no tiene otro fin que el de defendernos contra las ilusiones del mundo, como sucedía en las órdenes monásticas. Las pasiones no se sublevan apenas en nuestros corazones hasta la edad de veinte años, y a los cuarenta están ya extinguidas o desengañadas; de manera, que el juramento indisoluble nos priva cuando más de algunos años de deseos, para hacernos después dichosos, y, para arrancarnos durante el resto de nuestros días, a los pesares y remordimientos. Además, si se colocan en una balanza los males que producen las pasiones y los breves instantes de alegría que su satisfacción nos brinda, veremos que el voto perpetuo es aún, en la flor de la juventud, un bien grande y positivo.

Supongamos, por otra parte, que una religiosa puede salir del claustro a su albedrío. ¿Será por esto más dichosa? A breves años de retiro encontraría trocada la faz de la sociedad. Si en el espectáculo del mundo volvemos un instante los ojos, veremos nuevas decoraciones, derruidos los palacios, tristes desiertos y desconocidos actores.

Veríamos incesantemente la locura del mundo introducirse por mero capricho en los conventos, y salirse también

de ellos por pueril capricho. Los corazones agitados no subsistirían mucho tiempo cerca de los tranquilos, para participar de su reposo; y éstos perderían muy pronto la calma con el comercio de los corazones turbulentos, triste campo de procelosas pasiones. En lugar de devorar en silencio sus pasadas amarguras, al abrigo de los claustros, los desgraciados narraríanse recíprocamente sus naufragios. Mujer del mundo o de la soledad, la esposa infiel de Jesucristo no sería a propósito para la soledad ni para el mundo; el flujo y reflujo de las pasiones, unos votos alternativamente proferidos y quebrantados, desterrarían de los monasterios toda paz, toda subordinación, todo decoro. Y los sagrados retiros, lejos de ofrecer un puerto seguro contra nuestras inquietudes, serían tan sólo unos lugares adonde iríamos a llorar por un momento las inconstancias ajenas, y a meditar por nuestra parte otras, en daño de los demás.

Lo que hace muy superior este voto perpetuo de la religión al voto de género político del espartano y del cretense, es que sale de nosotros mismos: nadie nos lo impone y concede al corazón una cumplida compensación por los afectos terrenos que sacrifica. Todo es grande en esta alianza de un alma inmortal con el principio eterno, porque con ella se identifican en cierto modo dos naturalezas de índole tan diversa. Es cosa que maravilla ver al hombre, libre por su condición, buscar en vano la felicidad en su voluntad propia; y fatigado después, al no hallar sobre la tierra cosa digna de él, jurarse amar al Señor eternamente y crearse, como Dios, una *necesidad* en su propio juramento.

V

CUADRO DE LAS COSTUMBRES Y DE LA VIDA RELIGIOSA. — MONJES, COPTOS, MARONITAS, ETC.

Hablemos ahora de la vida religiosa, y establezcamos desde luego un principio. Dondequiera reinen mucho misterio, soledad, contemplación, silencio, muchos pensamientos de Dios, muchas cosas venerables en los trajes, los usos

y costumbres, ha de encontrarse abundancia de toda clase de bellezas. Si esta observación es exacta, veremos que se aplica maravillosamente al objeto de que tratamos.

Volvamos a los solitarios de la Tebaida: habitaban unas celdillas llamadas *lauras*, y vestían como su fundador Pablo, ropas de hojas de palmera; otros, unos cilicios tejidos de pelo de gacela; algunos, como el solitario Zenón, cubríanse con la piel de las fieras, y el anacoreta Serapión se envolvía en su propia mortaja. Los religiosos maronitas en las soledades del Líbano, los ermitaños nestorianos extendidos a lo largo del Tigris, los de la Abisinia en las cataratas del Nilo y en las costas del Mar Rojo, observaban una vida tan extraordinaria como los desiertos en que la ocultaban. El monje copto renuncia, al entrar en su monasterio, a todos los placeres, y consagra su tiempo al trabajo, a los ayunos, a la oración y a la práctica de la hospitalidad. Se acuesta en dura cama, duerme pocos instantes, se despierta y, bajo el hermoso cielo del Egipto, hace resonar su voz en las ruinas de Tebas y de Memfis. Ora el eco de las Pirámides repite en las sombras de los Faraones los cánticos de ese hijo de la familia de José; ora canta por la mañana las alabanzas del verdadero Sol en el mismo lugar en que unas estatuas misteriosas suspiraban por la venida de la aurora. Allí busca al europeo extraviado en la investigación de aquellas ruinas famosas; allí, salvándole del árabe, le sube a su torre y prodiga a este desconocido el alimento que se niega a sí mismo. Los sabios se apresuran a visitar las ruinas del Egipto; mas, ¿por qué no imitan a estos monjes cristianos a quienes desprecian, ni van a establecerse en medio de todas las privaciones en aquellos mares de arena para dar un vaso de agua al caminante y librarle del alfanje del beduino?

¡Dios de los cristianos, cuán grandes son tus maravillas! Por dondequiera se vuelvan los ojos, no se ven más que monumentos de tus beneficios. La religión ha distribuido en las cuatro partes del mundo sus milicias, y colocado sus centinelas en pro de la humanidad. El monje maronita llama con el sonido de

dos planchas de metal, suspendidas de la copa de un árbol, al extranjero a quien la noche ha sorprendido en los precipicios del Líbano; ese pobre e ignorado artista, no tiene medio mejor para hacerse oír. El monje abisinio espera al caminante entre los tigres, y el misionero americano vela por su vida en los inmensos bosques. Si un naufragio os arroja a unas costas desconocidas, veis de improviso una cruz sobre las rocas. ¡Infeliz de aquel a quien esta señal de salvación no haga verter lágrimas! Estáis en país amigo; allí son cristianos. ¡Sois francés, es verdad, y ellos españoles, alemanes, ingleses quizá! ¿Y qué importa? ¿No pertenecéis a la gran familia de Jesucristo? Ellos os reconocerán por hermano, y os invitarán por aquella cruz; nunca os han visto, y, no obstante, lloran de gozo viéndoos salvado del desierto.

Pero el viajero de los Alpes no se halla aún a la mitad de su carrera. Acércase la noche, la nieve cae: solo y extraviado, da algunos pasos, y se pierde sin remisión. La noche ha llegado: detenido al borde de un precipicio, no puede ir adelante, ni osa retroceder. Penétrale pronto el frío, entorpecéscense los miembros, un sueño funesto le cierra los ojos, y consagra los últimos pensamientos a sus hijos y a su esposa. Pero ¿qué es esto? ¿No hiere sus oídos el sonido de una campana? ¿O es acaso la voz pavorosa de la muerte lo que su aterrada imaginación cree oír en medio de los vientos? No; sonidos reales son, ¡pero inútiles!, porque los pies de este viajero se niegan a llevarlo... Suena otro rumor; ladra un perro sobre las nieves, se acerca, llega, ladra de alegría; un solitario le sigue.

No basta haber expuesto mil veces su vida para salvar a los hombres, y haberse retirado para siempre en el centro de las más espantosas soledades. Era preciso aleccionar a los animales, y convertirlos en instrumentos de esas obras sublimes, inflamándoles, por decirlo así, en la ferviente caridad de sus dueños; sus ladridos en la cumbre de los Alpes, debían hacer repetir a los ecos los milagros de nuestra religión.

Y no se diga que la mera humanidad pueda producir tales portentos: porque,

¿en qué consiste que nada se encuentra parecido a ellos en esa antigüedad, por otra parte tan sensible? ¡Y se habla de la filantropía! Sólo la religión cristiana es filantrópica por excelencia. Inmensa y sublime es la idea que hace del cristiano de China un tierno amigo del cristiano de Francia, y del salvaje neófito un sincero hermano del monje egipcio! Ya no somos extranjeros en la tierra, ni podemos extraviarnos en ella. Jesucristo nos ha restituido la herencia que el pecado de Adán nos robó. ¡Cristiano! ¡Ya no hay mares ni desierto ignorados para ti; en todas partes hallarás el idioma de tus abuelos y la cabaña de tu padre!

VI

TRAPENSES, CARTUJOS, MONJAS DE SANTA CLARA, PADRES DE LA REDENCIÓN, MISIONEROS, HIJAS DE LA CARIDAD, ETC.

Tales son las costumbres de algunas órdenes religiosas de la vida contemplativa; pero estas cosas no son agradables, sino en cuanto están unidas a la oración y meditación; suprimáse de ellas el nombre y la presencia de Dios, y se destruirá casi enteramente todo lo que tienen de maravillosas.

¿Queréis ahora trasladaros a la Trapa, y contemplar aquellos monjes, que, vestidos con un saco, abren sus propias sepulturas? Vedles vagar cual una sombra por el extenso bosque de Mortagne, y a orillas de aquel solitario estanque. Observan un silencio profundo, y si hablan al encontrarse es sólo para decirse: *Hermanos, morir habemos*. Estas Órdenes rigurosas del cristianismo eran escuelas de moral en acción: instituidas en medio de los placeres del siglo, ofrecen continuamente modelos de penitencia y de grandes ejemplos de la miseria humana a los ojos del vicio y de la prosperidad.

¡Qué espectáculo el de un monje de la Trapa moribundo! ¡Qué sublime filosofía, y qué lección para los hombres! Tendido sobre un poco de paja y de ceniza en el santuario de la iglesia, sus hermanos, alineados en silencio a su alrededor, les mueve a la virtud, en tanto

que la campana fúnebre anuncia la agonia. Ordinariamente son los vivos quienes exhortan al enfermo a dejar animosamente la vida; pero aquí ocurre algo más sublime: es el moribundo quien habla de la muerte. A las puertas de la eternidad, debe conocerla mejor que otro alguno, y con una voz que resuena entre osamentas, excita con autoridad a sus compañeros, a sus mismos superiores a la penitencia. ¿Quién no se estremece viendo al religioso que vivió tan santamente dudar aún de su salvación al acercarse el momento terrible? El cristianismo ha tomado del fondo del sepulcro todas las moralidades que éste encierra. Por la muerte, la moral ha entrado en la vida: si el hombre, tal como es hoy después de su caída, hubiese permanecido inmortal, nunca, tal vez, hubiera conocido la virtud.

Así la religión ofrece en todas partes las más instructivas e interesantes escenas: allí unos santos mudos practican los trabajos de la siega y la vendimia; aquí las hijas de Clara pisan con desnudo pie las heladas tumbas de su clausuro. No se las crea, sin embargo, desgraciadas en medio de sus austeridades; sus corazones son puros, y sus ojos se elevan al cielo, en señal de deseo y de esperanza. Una túnica de lana parda es preferible a los suntuosos trajes comprados a costa de la virtud, y el pan de la caridad es más sano que el de la prostitución. ¡De cuantos pesares no libraba a esas vírgenes el sencillo velo que se interponía entre ellas y el mundo!

Necesario sería otro talento que el nuestro para describir dignamente los objetos que se ofrecen a nuestros ojos. El más cumplido elogio de la vida monástica, sería el catálogo de los trabajos que han sido su objeto. La religión, abandonando a nuestro corazón el cuidado de nuestras alegrías, sólo ha tomado parte, cual una tierna madre, en nuestros dolores; pero en obra tan inmensa como difícil, llamó en su ayuda a todos sus hijos e hijas. Confió a unos el cuidado de nuestras enfermedades, como a esa multitud de religiosos y religiosas destinados al servicio de los hospitales, sometió a otros el de los pobres, como a las hermanas de la Caridad. El padre de la Redención se embarca en

Marsella: ¿dónde va sólo con su breviario y su báculo? Ese conquistador marcha al rescate de la humanidad, y los ejércitos que le siguen son invisibles. Con los recursos materiales de la caridad en la mano, corre a desafiar la peste, el martirio y la esclavitud. Acércase al dey de Argel, y le habla en nombre del rey celestial, de quien es embajador. El bárbaro se asombra a la vista de aquel europeo que, arrojando los mares y las tempestades, se atreve a ir solo a reclamarle los cautivos: domado por una fuerza desconocida, acepta el oro que le presenta, y el heroico libertador, satisfecho por haber restituído los infelices a su patria, obscuro e ignorado, reemprende humildemente a pie el camino de su monasterio.

Por dondequiera presenciamos el mismo espectáculo: el ministro que parte a la China encuentra en el puerto a otro que vuelve del Canadá, mutilado y glorioso; la sierva de la Caridad corre a socorrer al indigente en su choza; el capuchino vuela al incendio; el hermano hospitalario lava al caminante los pies; el agonizante consuela al moribundo; el enterrador carga con el cadáver del pobre que ha fallecido; la hermana de la Caridad sube al séptimo piso a prodigar el oro, el vestido y la esperanza; estas hermanas llamadas con tanta razón *hijas de Dios*, traen y llevan de una parte a otra caldos, hilas y medicamentos; la hija del *Buen Pastor* tiende sus brazos a la prostituta, y le dice: *¡No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores!* El huérfano encuentra un padre, el doliente un médico, el ignorante un maestro. Todos estos obreros en obras celestiales se apresuran y estimulan recíprocamente, mientras la religión con una corona inmortal en la mano les grita: *¡Ánimo, hijos míos, ánimo! ¡Daos prisa, sed más veloces que los males en la carrera de la vida! Mereced la corona que os preparo, y que os redimirá de todos los males y de todas las necesidades.*»

En medio de tantos cuadros, cada uno de los cuales merecería volúmenes enteros para detallarlos y ensalzarlos, ¿en qué escena detendremos particularmente nuestras miradas? Hemos hablado ya de los hospitales establecidos por la

religión en los desiertos de las cuatro partes del mundo : examinemos ahora otros objetos.

Hay personas para quienes el nombre de capuchino es objeto de risa ; lo cierto es, no obstante, que un religioso de la Orden de San Francisco era, por lo común, un personaje noble y sencillo.

¿ Quién de nosotros no ha visto a una pareja de esos hombres venerables caminar por los campos, ordinariamente hacia el día de difuntos, al acercarse el invierno, en la época del *racimeo* ? A la caída de la noche, los dos peregrinos llegaban a la morada del castellano solitario : subían una vieja escalinata, dejaban sus báculos y alforjas detrás de la puerta, llamaban y pedían hospitalidad. Si el dueño se la negaba, estos huéspedes del Señor le hacían una humilde cortesía, se retiraban en silencio, volvían a tomar las alforjas y los báculos, y, sacudiendo el polvo de sus sandalias, iban-se en las tinieblas de la noche en busca de la cabaña del labrador. Si, por el contrario, eran recibidos, después de haberles servido agua para lavarse, al uso de los tiempos de Jacob y de Homero, iban a sentarse al hogar. Imitando las costumbres de los antiguos siglos, a fin de granjearse el favor de los señores, y amando también, como Jesucristo, a los niños, empezaban por acariciar a los de la casa, y les daban estampas y reliquias. Los niños, que asustados al pronto habían huído, atraídos luego por estas maravillas, se familiarizaban hasta jugar entre las rodillas de los buenos religiosos. Sus padres contemplaban, con sonrisa llena de ternura, tan sencillas escenas, y el admirable contraste de la graciosa juventud de sus hijos con la respetable ancianidad de sus huéspedes.

La lluvia y la ráfaga de viento de los muertos, azotaban por fuera las ventanas, las chimeneas, las almenas del gótico castillo ; el mochuelo chillaba sobre el tejado. Cabe un ancho hogar se sentaba la familia a la mesa : el convite era cordial, y afectuosos los modales. La hija del señor dirigía tímidas preguntas a sus huéspedes, y éstos alababan con gravedad su belleza y modestia. Los buenos religiosos entretenían a la familia con sus agradables conversaciones ;

narraban alguna interesante historia, porque habían aprendido cosas notables en sus remotas misiones, entre los salvajes de América o en los pueblos de la Tartaria. Al mirar la larga barba y el ropaje del antiguo Oriente, y al considerar cómo pedían hospitalidad, renovábase la memoria de aquellos tiempos en que los Tales y los Anacarsis viajaban de esta manera por Asia y Grecia.

Terminada la cena, la señora del castillo llamaba a sus sirvientes, y se invitaba a uno de los padres a rezar en común las acostumbradas oraciones ; en seguida se retiraban los religiosos, deseando toda suerte de prosperidades a sus bienhechores. Al siguiente día buscábase a los ancianos viajeros, que ya se habían ausentado, no de otro modo que aquellas santas apariciones que visitaban alguna vez al hombre justo en su retirada mansión.

Si ocurría algo funesto, o algún encargo que los hombres enemigos de las lágrimas se negarían a aceptar, temiendo acibarar sus placeres, sometíase el caso a los hijos del claustro, especialmente a los padres de la Orden de San Francisco, pues se suponía que unos hombres que se habían consagrado a la miseria, debían ser naturalmente los heraldos de la desgracia. Quién llevaba a la familia la desastrosa noticia de la pérdida de su fortuna ; quién comunicaba la del fallecimiento de un hijo único. El gran Bourdaloue cumplió también esta triste obligación : presentábase en silencio a la puerta del padre, cruzaba las manos sobre el pecho, se inclinaba profundamente, y se retiraba en silencio, como la muerte, cuyo intérprete era.

¿ Se creará que estas cosas causaban placer (placeres al estilo del mundo), muy gratos a un descalzo, a un carmelita, o un franciscano, cuando en medio de las prisiones tenían que ir a anunciar la sentencia al criminal, oírle, consolarle, y sentir días enteros traspasada el alma por las más dolorosas escenas ? Se ha visto en estos actos piosos caer el sudor en gruesas gotas de la frente de estos compasivos religiosos y mojar su capucha, haciéndola eternamente sagrada, a pesar de los sarcasmos de la filosofía. Y no obstante, ¿ qué honor, qué pro-

vecho les resultaba de tantos sacrificios, sino la burla de los mundanos, y las injurias de los mismos presos a quienes consolaban? Pero, a lo menos, por ingratos que fuesen los hombres, ya habían confesado su impotencia para los grandes contratiempos de la vida, abandonándolos a la religión, único verdadero sostén en el último grado del infortunio. ¡Oh apóstol de Jesucristo! ¡De qué catástrofe no eras testigo, cuando al lado del verdugo no temías salpicarte con la sangre de los criminales, mostrándote su último amigo! Véase aquí uno de los más sublimes espectáculos de la tierra: a los dos ángulos del cadalso están en pie la justicia humana y la divina. Implacable la una, se apoya sobre una cuchilla, y la desesperación la acompaña; la otra, con un velo empapado en lágrimas, se deja ver entre la piedad y la esperanza: aquélla tiene por ministro a un hombre sanguinario, ésta a un hombre de paz; la una condena, la otra absuelve. «Inocente o culpable, dice la primera a la víctima, ¡muere!» La segunda grita: «¡Hijo de la inocencia o del arrepentimiento, *sube al cielo!*»

LIBRO CUARTO

Misiones.

I

IDEA GENERAL DE LAS MISIONES

Véase otra de aquellas grandes y nuevas ideas peculiares a la religión cristiana. Los cultos idólatras no conocieron el entusiasmo divino que anima al apóstol del Evangelio. Ni aun los antiguos filósofos abandonaron jamás las hermosas alamedas de Academo, ni las delicias de Atenas, movidos de un sublime impulso, para ir a domar la ferocidad del salvaje, instruir al ignorante, sanar al enfermo, vestir al desnudo, y establecer la concordia y la paz entre enemigas naciones. Pues bien: esto es lo que han hecho los religiosos cristianos, y lo que hacen todos los días. No les detienen ni los mares, ni las tempestades, ni los

hielos del polo, ni el fuego del trópico: viven con los esquimales en su odre de piel de vaca marina; se alimentan de aceite de ballena con los de Groenlandia; con el tártaro o el iroqués, recorren la soledad; cabalgan en el dromedario del árabe, o siguen al cafre errante por los abrasados desiertos; los chinos, los japoneses y el indio, han llegado a ser sus neófitos; no hay isla ni escollo en el Océano, oculto a su celo; y como en otro tiempo faltaban reinos para la ambición de Alejandro, falta hoy tierra a la caridad de estos fervorosos conquistadores.

Una vez regenerada Europa, y, viendo en ella estos predicadores de la fe, una gran familia de hermanos, volvieron los ojos hacia aquellas remotas regiones, donde perecían aún tantas almas en las tinieblas de la idolatría. Movidos a compasión al ver esta degradación del hombre, sintiéronse animados de un deseo inmenso de verter su sangre por la salvación de aquellos pobres extranjeros. Al efecto, era preciso penetrar espesas selvas, atravesar lagunas impracticables, ríos peligrosos e inaccesibles rocas; arrostrar naciones crueles, suspicaces y supersticiosas; vencer en unas la ignorancia de la barbarie, y en otras las preocupaciones de la civilización: mas tamaños obstáculos no les detenían. Los que han renunciado a la religión de sus padres confesarán, a lo menos, que si el misionero está firmemente persuadido de que no hay salvación sino en la religión cristiana, el acto por el cual se condena a males inauditos para salvar a un idólatra, es el mayor de cuantos sacrificios pueden llevarse a cabo.

No es de admirar que un hombre, a la vista de todo un pueblo, y a la de sus padres y amigos, se exponga a la muerte por su patria, pues trueca algunos días de vida por siglos de gloria, ilustra su familia y le granjea honores y riquezas. Pero el pobre misionero, cuya vida se consume en el fondo de los bosques, que acaba sus días tal vez con espantosa muerte, sin espectadores, sin aplausos, sin ventajas para los suyos, obscuro, despreciado, tenido por loco, necio y fanático, y todo esto por proporcionar una felicidad eterna a un desconocido salva-

je... ¿qué nombre tienen esta muerte y este sacrificio?

Consagrábanse a las misiones diversas congregaciones religiosas : los dominicos, los franciscanos, los jesuitas, los agustinos y los sacerdotes de las misiones extranjeras.

Había cuatro clases de misiones.

Las de Levante, que comprendían el Archipiélago, Constantinopla, Siria, Armenia, Crimea, Etiopía, Persia y Egipto ;

Las de América, empezando desde la bahía de Hudson, y subiendo por el Canadá, la Luisiana, la California, las Antillas y la Guayana, hasta las famosas *reducciones* o tribus convertidas al cristianismo del Paraguay ;

Las de la India, que incluían el Indostán, la península de uno y otro lado del Ganges, y se extendían hasta Manila y las nuevas Filipinas ;

Por último, *las de la China*, a las cuales se agregaban las de Tong-King, Cochinchina y Japón.

Contábanse además algunas iglesias en Islandia y entre los negros del África. Los ministros presbiterianos han intentado en estos tiempos predicar el Evangelio, pero sin éxito alguno.

Cuando los jesuitas dieron a luz la correspondencia conocida con el nombre de *Cartas edificantes*, fué citada y buscada por todos los autores. Apoyábanse en su autoridad, y los hechos que contenían se miraban como positivos ; pero la moda desacreditó lo que tanto había admirado. Estas cartas estaban escritas por unos sacerdotes cristianos : ¿cómo habían de valer cosa alguna ? Se prefirió o se finge preferir, a los Viajes de los Dutertre y los de Charlevoix, los de un barón de La Hontán, ignorante e inexacto. Unos sabios que habían regido los primeros tribunales de la China, que habían vivido treinta y cuarenta años en la misma corte de los emperadores, que hablaban y escribían la lengua indígena, que trataban con los pequeños y vivían familiarmente con los grandes, que habían recorrido, visto y estudiado las provincias, las costumbres, la religión y las leyes de tan vasto imperio, sabios cuyos numerosos trabajos han enriquecido las Memorias de la Academia de Ciencias, fueron tratados de impos-

tores por un hombre que no había salido del *barrio de los europeos* en Cantón, que no conocía el chino, y cuyo mérito consistía en contradecir groseramente las narraciones de los misioneros. Hoy día se sabe todo esto, y a los jesuitas se les rinde una tardía justicia. Las embajadas enviadas por poderosas naciones a costa de inmensos gastos, ¿nos han enseñado algo que no nos hubiesen dicho ya los Duhalde y los Le Comte, o nos han revelado algunos embustes de esos misioneros ?

Un misionero debe ser un viajero excelente. Precisado a hablar el idioma de los pueblos donde predica el Evangelio, a conformarse con sus usos, a vivir largo tiempo entre todas las clases de la sociedad, a introducirse en los palacios y en las chozas, por escaso que sea su talento llegará, no obstante, a recoger multitud de preciosas noticias. No así el que pasa rápidamente con un intérprete, que ni tiene el tiempo ni la voluntad de exponerse a mil peligros para conocer el secreto de las costumbres : por grande y exacto que sea su genio observador, no puede adquirir sino conocimientos superficiales sobre unos pueblos que desaparecen a su vista casi instantáneamente.

El jesuita tenía sobre cualquier otro viajero la ventaja de una sabia educación. Los superiores exigían muchas cualidades en los discípulos destinados a las misiones. Para recorrer el Levante debían poseer el griego, el copto, el árabe, el turco, y algunos conocimientos de Medicina ; para la India y la China debían ser astrónomos, matemáticos, geógrafos y mecánicos ; la América se reservaba a los naturalistas ¹. Y ¿a cuántos ingeniosos disfraces, piadosos ardidés y mudanzas de vida y costumbres, no les era preciso recurrir para anunciar la verdad a los hombres ? En Madura el misionero se vestía de indio penitente, adoptaba sus usos, se sometía a sus autoridades, siquiera fuesen repugnantes o pueriles ; en China se hacía mandarín y letrado ; y cazador y salvaje entre el iroqués.

Casi todas las misiones francesas fue-

1. Véanse las *Lettres édifiantes* y la obra del abate FLEURY sobre las cualidades que ha de tener un misionero.

ron establecidas por Colbert y Louvois, que comprendieron cuán ventajosas eran a las artes, las ciencias y el comercio. Los padres Fontenay, Tachard, Gerbillon, Le Comte, Bouvet y Visdelou fueron enviados a las Indias por Luis XIV: todos eran matemáticos, y el rey mandó se les incorporase a la Academia de Ciencias, antes de su partida.

El padre Bredevent, conocido por su disertación fisicomatemática, murió, desgraciadamente, recorriendo Etiopía, pero se han salvado parte de sus trabajos. El padre Sicard visitó Egipto con dos delineantes que le acompañaron, por disposición de M. de Maurepas. Escribió una importante obra intitulada *Descripción del Egipto antiguo y moderno*, precioso manuscrito que, depositado en la Casa profesa de los jesuitas, fué sustraído, sin que haya podido descubrirse al culpable. Nadie podía hacernos conocer mejor Persia y al famoso Thamas Koulikan, que el monje Bazin, primer médico de este conquistador, que le siguió en sus expediciones. El padre Cœur-Doux publicó excelentes noticias sobre las telas y los tintes indios. China nos fué tan conocida como Francia; nos llegaron los manuscritos originales y las traducciones de su historia; tuvimos herbarios chinos, geografías y matemáticas chinas; y para que nada faltase a la singularidad de esta misión, el padre Ricci escribió libros de moral en la lengua de Confucio, y aun es tenido en Pekín por un autor elegante.

Si actualmente está cerrado para nosotros el camino de la China, si no disputamos a los ingleses el imperio de las Indias, no es por culpa de los jesuitas, que han sido los que han trabajado para abrirnos esas bellas regiones. «Medraron en América, dice Voltaire, enseñando a los salvajes las artes necesarias; medraron en la China enseñando las artes más elevadas de una nación espiritual¹.»

No es menos cierta la utilidad que reportaban a su patria en las escalas del Levante. ¿Se quiere una prueba fidedigna? He aquí un certificado cuyas firmas son bastante elocuentes.

«CÉDULA DEL REY

»En el día de hoy, siete de junio de mil seiscientos setenta y nueve, estando el rey en Saint-Germain-en-Laye, queriendo galardonar y favorablemente tratar a los padres jesuitas franceses, misioneros en el Levante, en consideración a su celo por la religión y beneficios que sus vasallos que residen y que trafican en todas las escalas reciben de sus conocimientos, Su Majestad les ha tenido y tiene por capellanes suyos en la iglesia y capilla consular de la ciudad de Alepo, en Siria, etc.

»Firmado LUIS,
»Y más abajo, COLBERT¹.»

A estos mismos misioneros debemos el amor que los salvajes conservan aún por todo lo que lleva nombre francés en los bosques de América. Basta un pañuelo blanco para pasar con seguridad a través de hordas enemigas y para recibir por todas partes hospitalidad. Los jesuitas del Canadá y de la Luisiana excitaron la industria de los colonos al cultivo y descubrimiento de nuevos objetos de comercio para los tintes y la Medicina. Connaturalizando en Europa los insectos, las aves y las plantas exóticas², han aumentado riquezas a nuestras manufacturas, placeres a nuestra mesa y nuevos árboles a nuestros bosques.

Ellos escribieron los anales elegantes o sencillos de nuestras colonias. ¡Qué historia la de las Antillas, por el padre Dutertre, o la de la Nueva Francia, por Charlevoix! Las obras de estos hombres piadosos están llenas de ciencia: eruditas disertaciones, pinturas de costumbres, planes de mejoras, asuntos útiles, reflexiones morales, aventuras interesantes, todo se halla en ellas. La historia de una acacia o de un sauce de China, se mezcla con la de un gran emperador, precisado a quitarse la vida; y la conversión de un paria, se enlaza con un tratado acerca de las matemáticas de

1. *Lettres édifiantes*, t. I, p. 129, edición de 1790.

2. En el reinado de Justiniano, dos monjes trajeron del Serinda a Constantinopla gusanos de seda. Los pavos, y varios árboles y arbustos exóticos naturalizados en Europa, son debidos a los misioneros.

los bracmanes. El estilo de estas relaciones, alguna vez sublime, suele ser admirable por su sencillez.

La astronomía y la geografía recibieron también nuevas luces de estos apóstoles. Un jesuita encontró de nuevo en Tartaria una hurona que había conocido en el Canadá, y por este extraño caso adivinó la existencia de aquel estrecho, que mucho después ha hecho la gloria de Bering y de Cook. Gran parte del Canadá y toda la Luisiana fueron descubiertas por nuestros misioneros. Llamando al cristianismo los salvajes de Acadia, conquistaron aquellas costas donde se enriquecía nuestro comercio, y se formaban nuestros marinos: ésta es una pequeña parte de los servicios que aquellos hombres, hoy tan despreciados, supieron rendir a su país.

II

MISIÓN DEL LEVANTE

Cada misión tenía un carácter particular, y un género propio de tribulaciones. Los misioneros del Levante ofrecían un espectáculo harto filosófico. ¡Cuán poderosa era la voz cristiana que resonaba en los sepulcros de Argos y en las ruinas de Esparta y de Atenas! En las islas de Naxos y de Salamina, cuna de aquellas brillantes teorías que hacían volver los ojos hacia Grecia, un pobre sacerdote católico, disfrazado de turco, se arroja en un esquife, desembarca en un miserable asilo construido bajo unos trozos de columnas, consuela sobre un montón de paja al descendiente de los vencedores de Jerjes, distribuye limosnas en nombre de Jesucristo, y, practicando el bien, como se practica el mal, es decir, en las sombras, vuelve en secreto al desierto.

El sabio que va a estudiar los restos de la antigüedad, en los desiertos del África y Asia, tiene no escasos derechos a nuestra gratitud; pero es más digno de admiración el ignorado Bossuet, que explica la palabra de los profetas sobre las ruinas de Tiro y Babilonia.

Dios permitía fuese abundante tal semilla; la mies, en suelo tan fecundo, no podía ser estéril. «Salimos de Serfo, dice el padre Javier, más consolados de

lo que pudiera explicar; el pueblo nos colmaba de bendiciones, y daba mil gracias a Dios, porque nos había inspirado el designio de venir a buscarlo en medio de sus rocas¹.»

Las montañas del Líbano y las arenas de la Tebaida eran testigos del celo de estos misioneros, hombres dotados de raro ingenio para realzar las más insignificantes circunstancias. Si describen, por ejemplo, los cedros del Líbano, hablan de cuatro altares de piedra que se veían al pie de estos árboles, donde los monjes maronitas celebraban una misa solemne el día de la Transfiguración. Escúchanse aún los acentos religiosos que se confunden con el murmullo de aquellos bosques, cantados por Salomón y Jeremías al estruendo de los torrentes que de las montañas se despeñan.

Al hablar del valle por donde corre el río *santo*, dicen: «Estas rocas encierran grutas profundas, antiguas celdas de gran número de solitarios, que las habían escogido para que fuesen en la tierra los únicos testigos de su penitencia. Las lágrimas de estos penitentes han dado al río que acabamos de mencionar el nombre de río *santo*, pues nace en las montañas del Líbano. La vista de las grutas y el río, en tan espantoso desierto, inspiran compunción, amor a la penitencia y compasión a las almas sensuales y mundanas, que prefieren algunos días de placer y alegría a una eternidad de bienaventuranza².»

Esto nos parece perfecto, así en lo relativo al estilo, como respecto de las ideas.

Tenían los misioneros un instinto maravilloso para seguir las huellas del infortunio, y forzarse, por decirlo así, hasta en su última morada. Los baños y las galeras, inficionados de la peste, vieron brillar también su caridad: oigamos al padre Tarillón en su carta a M. de Pontchartrain:

«Los servicios que hacemos a estas pobres gentes (los esclavos cristianos en el baño de Constantinopla), consisten en mantenerlas en el temor de Dios y en la fe, en proporcionarles socorros de la caridad de los fieles, en asistirles en

1. *Lettres édifiantes*, t. I, p. 15.

2. *Lettres édifiantes*, t. I, p. 285.

sus enfermedades, y, en fin, en ayudarles a bien morir; y aunque esto acarrea no poca sujeción y trabajo, puedo asegurar que Dios nos remunera con grandes consuelos.

»En tiempo de peste, como es preciso hallarse en disposición de poder socorrer a los apestados, y sólo tenemos aquí cuatro o cinco misioneros, nuestra costumbre es que sólo un padre entre al baño y permanezca en él mientras dura la enfermedad; el que obtiene para ello permiso del superior, se dispone, durante algunos días de retiro, y se despidе de sus hermanos, cual si hubiera de morir. Algunas veces consume su sacrificio, pero otras se substraе al peligro¹.»

El padre Santiago Cachod escribe al padre Tarillon:

«Ya no me inspiran temor alguno las enfermedades contagiosas: mediante el favor de Dios no sucumbiré a ellas, después de los azares y peligros que acabo de arrostrar. Salgo del baño, donde he administrado los últimos sacramentos a ochenta y seis personas... Durante el día nada me asusta; pero a la noche, durante el breve tiempo de reposo que puedo tomar, siento mi espíritu lleno de pavorosas ideas. El mayor riesgo que haya corrido y que corrí en mi vida, ha consistido en verme en la cala de un buque de ochenta y dos cañones. Los esclavos, de acuerdo con los centinelas, me hicieron entrar allí para que los confesase aquella noche y les dijese misa a la madrugada. Estuvimos encerrados con candados dobles, según se acostumbra. De cincuenta y dos esclavos a quienes confesé, doce estaban enfermos, y tres murieron antes de mi salida; juzgad qué ambiente respiraría en un sitio cerrado y sin ventilación. Dios, que por su bondad me ha salvado en este caso, me salvará en otros muchos².»

Un hombre que se encierra voluntariamente en un baño en tiempo de peste, que confiesa ingenuamente sus terrores, y que, sin embargo, los vence por caridad, que se introduce después a costa de dinero, como si fuera a gozar de placeres ilícitos, en lo profundo de una embarcación de guerra, para asistir a unos esclavos apestados, ese hombre

no sigue un impulso natural: aquí hay algo más que la *humanidad*. Los misioneros lo conocen así, y no se atribuyen a sí mismos el mérito de estas obras sublimes: «Dios nos da esta fuerza, dicen a cada paso, y ningún mérito nuestro hay en ello.»

Un joven misionero, no endurecido todavía en los peligros, como aquellos viejos jefes cargados de fatigas y de palmas evangélicas, extrañado de haberse librado del primer peligro, temió hubiese sido por alguna culpa suya, y se mostró humillado. Después de hacer a su superior la relación de una peste, en que frecuentemente se había visto precisado a *aplicar su oído a la boca de los enfermos para entender sus apagadas palabras*, añade: «No he merecido, reverendo padre mío, que Dios haya aceptado el sacrificio de mi vida. Os ruego que oréis al Señor para que olvide mis pecados, y me dispense la gracia de morir por él.»

El padre Bouchet escribe desde las Indias: «Nuestra misión florece más que nunca, aunque hemos tenido *cuatro grandes persecuciones* este año.»

Este mismo padre envió a Europa las tablas de los bracmanes, de que se sirvió M. Bailly en su *Historia de la Astronomía*. La sociedad inglesa de Calcuta no ha dado a luz hasta ahora monumento alguno de las ciencias indias que no hubiesen descubierto o indicado nuestros misioneros franceses; y sin embargo, los sabios ingleses, soberanos de muchos grandes reinos, favorecidos por todos los recursos del arte y del poder, debieron disponer de más extensos medios que un pobre jesuita, solo, errante y perseguido. «Si nos presentásemos libremente en público, escribe el padre Royer, se nos reconocería desde luego por nuestro aspecto y el color del rostro. Así es que, para no suscitar mayores persecuciones a la religión, permanecemos ocultos todo lo posible. Yo paso días enteros en un barco, de donde no salgo sino de noche para visitar los lugares próximos a la playa, o bien retirado en alguna casa distante¹.»

El barco de este religioso era su único observatorio; pero se es muy rico y muy hábil cuando se posee la caridad.

1. *Lettres édifiantes*, t. I, p. 19 y 21.

2. *Lettres édifiantes*, t. I, p. 23.

1. *Lettres édifiantes*, t. I, p. 3.

III

MISIONES DE LA CHINA

Dos religiosos franciscanos, el uno polaco, francés el otro, fueron los primeros europeos que penetraron en China a mediados del siglo XII. Marco Polo, veneciano, y Nicolás y Mateo Polo, de la misma familia, verificaron más tarde dos viajes a la misma región. Habiendo descubierto los portugueses el derrotero de las Indias, se establecieron en Macao, y el padre Ricci, de la Compañía de Jesús, resolvió penetrar en aquel vasto imperio del *Catay*, de que tantas maravillas se contaban, y dedicarse al estudio de la lengua china, una de las más difíciles que se conocen. Su constancia venció todos los obstáculos, y después de muchos peligros y repulsas obtuvo de los magistrados chinos, en 1682, el permiso de establecerse en Chuachén.

Ricci, discípulo de Cluvio y matemático muy experto, se atrajo protectores entre los mandarines; ayudado por esta ciencia, y dejando el vestido de los bonzos, tomó el de los letrados. Daba lecciones de geometría, donde intercalaba con arte las más preciosas nociones de la moral cristiana. Pasó sucesivamente a Chuachén, Nemchem, Pekín y Nankín; unas veces maltratado, otras recibido con alegría, oponía a todos los reveses una paciencia invencible, sin perder la esperanza de hacer fructificar la palabra de Jesucristo. Admirado, al fin, el emperador de las virtudes y conocimientos del misionero, le permitió residir en la capital, y le concedió también, como a sus compañeros de trabajo, muchos privilegios. Los jesuitas pusieron una gran discreción en su conducta, y demostraron tener un profundo conocimiento del corazón humano. Respetaron los usos de los chinos, y se plegaron a todo lo que no afectaba a las leyes evangélicas. Pero por todos lados se les suscitaron obstáculos. «Pronto corrompió la envidia, dice M. Voltaire, los frutos de su sabiduría; y ese disgusto y malevolencia con que son mirados en Europa la instrucción y los talentos,

dieron en tierra con los más vastos designios¹.»

Ricci bastaba para todo. Respondía a las acusaciones de sus enemigos en Europa, velaba sobre las nacientes iglesias de China, daba lecciones de matemáticas, escribía en chino libros de controversia contra los letrados que le combatían, cultivaba la amistad del emperador, se conducía con acierto en la corte, y se hacía amar por los grandes en su política. El peso de tantas fatigas aceleró el fin de su vida. Terminó su carrera en Pekín a los cincuenta y siete años de edad, habiendo invertido la mitad en los trabajos del apostolado.

Después de la muerte del padre Ricci, la misión quedó interrumpida por las revoluciones de que fué teatro China. Pero cuando el emperador tártaro Cunchi subió al trono, nombró al padre Adan Schall presidente del tribunal de las Matemáticas. Murió Cunchi, y durante la minoridad de su hijo, Cang-Hi, la religión cristiana se vió expuesta a nuevas persecuciones.

Mas, como a la mayoría del emperador, se hallase el calendario en gran confusión, fué preciso volver a llamar a los misioneros. El joven príncipe se adhirió al padre Verbiest, sucesor del padre Schall, hizo examinar el cristianismo por el tribunal de los Estados del imperio, y copió por su propia mano la memoria de los jesuitas. Después de un maduro examen, los jueces declararon que la religión cristiana era buena, y que en nada contrariaba la pureza de las costumbres, ni la prosperidad de los imperios.

¡Digno de los discípulos de Confucio era tal fallo en favor de la fe de Jesucristo! Poco después de ese decreto, el padre Verbiest llamó de París a aquellos sabios jesuitas, que han honrado el nombre francés hasta en el Asia central.

El jesuita que marchaba a la China, se armaba del telescopio y del compás. Se presentaba en la corte de Pekín con la urbanidad de la corte de Luis XIV y rodeado del brillante séquito de las ciencias y las artes. Desarrollando mapas, haciendo girar globos y trazando esferas, enseñaba a los asombrados

1. *Essai sur les Mœurs*, c. CCXCV.

mandarines el verdadero curso de los astros y el nombre verdadero del que los dirige. Disipaba los errores de la física, para atacar los de la moral; imprimía al corazón la sencillez que desterraba del espíritu, e inspiraba con sus costumbres y sabiduría una profunda veneración hacia Dios, al mismo tiempo que una gran estimación a su patria.

Cosa espléndida para Francia era ver a estos sencillos religiosos ordenar en China los fastos de un gran imperio. Se planteaban cuestiones de Pekín a París; la cronología, la astronomía, la historia natural abastecía de temas polémicos muy curiosos y sapientes. Los libros chinos eran traducidos al francés, los franceses al chino. El padre Parennin, en la carta que le dirigió a Fontenelle, escribía para la Academia de Ciencias:

«Señores:

»Tal vez se queden ustedes sorprendidos de que les envíe de tan lejos un tratado de Anatomía, un curso de Medicina y cuestiones de Física escritas en una lengua que sin duda les es desconocida: mas la sorpresa cesará cuando vean ustedes que son sus propias obras lo que les envío aliñadas a la tártara ¹.»

Hay que leer de cabo a rabo esta carta, en la que respiramos ese tono de cortesía y ese estilo de honradez casi olvidados en nuestros días. «El jesuita llamado Parennin, dice Voltaire, hombre célebre por sus conocimientos y por la ponderación de su carácter, hablaba muy bien el chino y el tártaro... Entre nosotros es conocido principalmente por las respuestas inteligentes e instructivas sobre las ciencias de la China a las dificultades sapientes de uno de nuestros mejores filósofos ².

En 1711, el emperador de la China dió a los jesuitas tres inscripciones, compuestas por él para una iglesia que se construía en Pekín. La del frontispicio decía:

«En el principio de todas las cosas.»

Sobre una de las dos columnas del peristilo, se leía:

«Es infinitamente bueno e infinitamente justo; ilumina, ampara, y dirige

todo con autoridad suprema y soberana justicia.»

La última columna estaba cubierta con estas palabras:

«No ha tenido principio ni tendrá fin; ha producido todas las cosas desde el principio; las gobierna y es el verdadero Señor de ellas.»

Cualquiera que se interese por la gloria de su país, no puede por menos que emocionarse contemplando los pobres misioneros franceses dar semejantes ideas de Dios al jefe de muchos millones de hombres: ¡qué noble uso de la religión!

El pueblo, los mandarines y los letrados abrazaban en gran número la nueva doctrina, y las ceremonias del culto eran acogidas por ellos con especial predilección. «Antes de la comunión, dice el padre Prémare, citado por el padre Fouquet, pronuncie en voz alta los actos que preceden a la administración de este divino sacramento; y aunque la lengua china se presta poco a la expresión de los afectos, fueron muy bien recibidos, y advertí en el semblante de aquellos buenos cristianos una devoción que jamás había visto ¹.»

«Loukang, añade el mismo misionero, me había inspirado afición a las misiones del campo. Salí del lugar, y encontré a muchos trabajadores a uno y otro lado; me acerqué a uno de ellos, y le hablé de Dios. Me pareció que no le había disgustado lo que le dije, pues me invitó a ir a la Sala de los Antepasados, que es la más hermosa y común a todos los habitantes, porque habiendo observado muy de antiguo la costumbre de no casarse fuera de su país, todos son parientes en el día, y tienen los mismos abuelos. Allí, dejando muchos el trabajo, accedieron a oír la santa doctrina ².»

¿No es ésta una escena de la Odisea o más bien de la Biblia?

Un imperio, cuyas inalterables costumbres desafiaron por espacio de dos mil años el tiempo, las revoluciones y las conquistas, mudó de faz a la voz de un monje cristiano, que saliera sin amparo de algún rincón de Europa. Los más arraigados prejuicios, los más anti-

1. *Lettres édif.*, t. XIX, p. 257.

2. *Siècle de Louis XIV*, xxxix.

1. *Lettres édif.*, t. XVII, p. 149.

2. *Ibid.*, t. XVII, p. 152 y siguiente.

guos usos, una creencia religiosa consagrada por los siglos, todo esto cayó y se desvaneció al solo nombre del Dios del Evangelio. En el momento en que escribimos, en el momento en que el cristianismo se ve perseguido en Europa, se propaga por la China. El fuego que se creyera apagado, se ha avivado, pues así acontece siempre después de las persecuciones. Cuando se degollaba al clero en Francia y se le despojaba de sus bienes y de sus honores, las ordenaciones secretas eran numerosas; los obispos proscritos se vieron obligados frecuentemente a rechazar el sacerdocio de la gente moza que quería volar al martirio. Esto prueba, por milésima vez, cuanto han desconocido el espíritu del cristianismo los que creyeron aniquilarlo encendiendo las hogueras. Al contrario de las cosas humanas, cuya naturaleza es perecer en los tormentos, la verdadera religión se acrecienta en la adversidad. Dios le impuso el mismo sello que a la virtud.

IV

MISIONES DEL PARAGUAY. — CONVERSIÓN DE LOS SALVAJES¹.

Mientras el cristianismo brillaba en medio de los adoradores de Fo-Hi; mientras otros misioneros lo anunciaban a los nobles japoneses o lo introducían en la corte de los sultanes, se le vió deslizarse, por decirlo así, hasta en los nidos de las selvas del Paraguay, para civilizar aquellas naciones indias, que vivían como pájaros en las ramas de los árboles. Maravilloso por cierto es el culto que reúne, cuando quiere, las fuerzas políticas a las morales, y que por su riqueza de medios crea gobiernos no menos sabios que los de Minos y Licurgo. Cuando Europa no poseía aún sino constituciones bárbaras, formadas por el tiempo y la casualidad, la religión cristiana hacía revivir en el Nuevo Mundo los milagros de las legislaciones antiguas. Las hordas errantes de los salvajes del Paraguay se establecían, y a la

palabra de Dios surgía una república evangélica del seno de los desiertos.

¿Y cuáles eran los eminentes genios, que tales maravillas reproducían? Simples jesuitas, obstaculizados frecuentemente en sus designios por la avaricia de sus compatriotas.

Era costumbre generalmente adoptada en la América española de reducir a los indios en *encomiendas* y dedicarlos a los trabajos de las minas. En vano había protestado el clero secular y regular contra una medida tan impolítica como bárbara. Resonaron en los tribunales de Méjico y del Perú, y en la corte de Madrid, las quejas de los misioneros¹. «No pretendemos, decían a los colonos, oponernos a la utilidad que podáis obtener de los indios por medios legítimos; pero harto sabéis que nunca ha sido la intención del rey que los miréis como esclavos y que la ley de Dios os lo prohíbe... No creemos sea permitido atentar a su libertad, a la que tienen un derecho natural, que por ninguna autoridad puede serles disputado².»

Quedaba aún al pie de las Cordilleras y a la parte que mira al Atlántico, entre el Orinoco y el Río de la Plata, un país poblado de salvajes adonde los españoles no habían llevado la devastación³. En aquellos bosques se propusieron los misioneros formar una república cristiana, y proporcionar a un pequeño número de indios la felicidad que no habían podido proporcionar a todos.

Empezaron consiguiendo de la corte de España la libertad de todos los salvajes que llegasen a reunir. Al saber esto, los colonos se sublevaron: sólo a fuerza de ingenio y de habilidad, pudieron los jesuitas obtener, por así decirlo, el permiso de verter su sangre en los desiertos del Nuevo Mundo. Vencedores al fin de la codicia y de la malignidad humana, meditaron uno de los más nobles designios, y se embarcaron para el Río de la Plata.

En este río confluye otro que ha dado su nombre al país y a las misiones cuya historia describimos. *Paraguay*, en la lengua salvaje, significa *río coronado*,

1. Véanse para los dos siguientes capítulos los tomos VIII y IX de las *Lettres édifiantes; Histoire du Paraguay*, por CHARLEVOIX, in-4.^o, édit. 1744; LOZANO, *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*, in-fol., 2. t., Madrid, 1753; MURATORI, *Il Cristianesimo folio* y MONTESQUIEU, *Esprit des Loix*.

1. ROBERTSON, *Histoire de l'Amérique*.

2. CHARLEVOIX, *Histoire du Paraguay*, t. II, p. 26 y 27.

3. Como podrá apreciar el lector de nuestros días las fuentes de información del autor no son muy limpias ni su cristianismo muy universal. (N. del T.)

porque nace en el lago Xarayes, que le sirve de corona. Antes de engrosar con sus aguas las del Río de la Plata, recibe las del *Paraná* y del *Uruguay*. Bosques que encierran otros de inmemorial longevidad, pantanos y llanuras completamente inundados en la estación de las lluvias, y altas montañas que levantan desiertos sobre desiertos, forman una parte de las inmensas regiones que riega el *Paraguay*. Abunda todo género de caza, así como tigres y osos. Los bosques están llenos de abejas, que fabrican una cera muy blanca y una miel muy aromática. Se ven aves de brillante plumaje, que parecen grandes flores rojas y azules sobre el verdor de los árboles. Un misionero francés hace de estas soledades la pintura siguiente :

«Proseguí mi camino, sin saber a dónde iba, y sin hallar persona que me sirviese de guía. En medio de aquellos bosques encontraba a veces lugares encantadores. Todo cuanto el estudio e industria de los hombres han imaginado para hacer ameno un sitio, no iguala lo que la simple Naturaleza había reunido allí en punto a bellezas.

»Tales lugares de encanto renovaron mis ideas de otro tiempo, al leer las vidas de los antiguos solitarios de la Tebaida. Me vino al pensamiento la idea de pasar el resto de mis días en aquellos bosques, adonde la Providencia me había conducido para atender únicamente al negocio de mi salvación, lejos de todo comercio con los hombres; pero como no era dueño de mi destino, debiendo considerar las órdenes de mis superiores como dictadas por el Señor, deseché este propósito como una ilusión ¹.»

Aquellos indios presentaban un aspecto espantoso. Raza indolente, estúpida y feroz, mostraba en toda su deformidad al hombre primitivo, degradado por su caída. Nada prueba más la degeneración de la naturaleza humana que la pequeñez del salvaje en la grandeza del desierto.

Habiendo llegado los misioneros a Buenos Aires, volvieron a subir el Río de la Plata, y entregándose a las aguas del *Paraguay*, se dispersaron por los

bosques. Las relaciones antiguas los representan con el breviario bajo el brazo izquierdo, una cruz en la mano derecha, y sin más previsión que la confianza en Dios, abriéndose camino por entre las selvas, caminando por tierras pantanosas, con el agua a la cintura, trepando escarpadas rocas, y deslizándose en las cuevas y precipicios, a riesgo de encontrar serpientes o fieras en lugar de los hombres que buscaban.

Muchos murieron de hambre y fatiga; otros fueron degollados y devorados por los salvajes. El padre Lizardi fué hallado sobre una roca, atravesado a flechazos, maltratado por las aves de rapiña, y a su lado el breviario abierto por el Oficio de difuntos. Cuando un misionero hallaba así las reliquias de uno de sus compañeros, le dispensaba los honores fúnebres, y lleno de alegría, entonaba un *Te Deum* solitario sobre la tumba del mártir.

Estas escenas, a cada instante renovadas, admiraban a los bárbaros, que algunas veces se detenían en derredor del desconocido sacerdote que les hablaba de Dios, y mirando al cielo, que el apóstol les mostraba, huían de él como de un encantador, poseídos de extraordinario espanto: el religioso les seguía tendiéndoles las manos en nombre de Jesucristo. Si no podía detenerlos, plantaba su cruz en un paraje descubierto y se ocultaba en los bosques. Los salvajes se acercaban poco a poco para examinar el estandarte de paz levantado en la soledad: un imán secreto parecía atraerlos hacia aquel signo de salvación. Entonces, el misionero salía repentinamente de su emboscada, y aprovechando la sorpresa de los bárbaros, les convidaba a trocar una vida miserable por las dulzuras de la sociedad.

Reunidos ya por los jesuitas algunos indios, valiéronse de otro medio para cautivar las almas. Habían observado que aquellos salvajes eran muy aficionados a la música: aun se dice que las aguas del *Paraguay* hacen la más hermosa voz. Embarcáronse, pues, con sus nuevos catecúmenos en piraguas, y subieron a lo largo de los ríos, entonando cánticos sagrados que los neófitos repetían; así los reclamos del cazador

1. *Lettres édif.*, t. VIII, p. 381.

cantan para atraer a sus redes las aves. Cayeron los indios en tan dulce lazo, y bajando de sus montañas, corrían a la orilla de los ríos para escuchar aquellos acentos, y muchas veces se arrojaban al agua y seguían a nado la encantada nave. Caían el arco y la flecha de la mano del salvaje, que empezaba a sentir, en su alma confusa, el anticipado amor a las virtudes sociales, y las primeras dulzuras de la humanidad; veía a su mujer e hijos llorar con desconocida alegría y, subyugado por un atractivo irresistible, caía a los pies de la cruz, mezclando torrentes de lágrimas con las aguas regeneradoras que bañaban su cabeza.

Así realizaba la religión cristiana en las selvas de América la hermosa fábula de los Anfión y de los Orfeo: reflexión tan natural, que se presentó también a los misioneros¹: ¡tan cierto es que referimos una verdad, aunque parezca una ficción!

V

CONTINUACIÓN DE LAS MISIONES DEL PARAGUAY. — REPÚBLICA CRISTIANA. — FELICIDAD DE LOS INDIOS.

Los primeros salvajes que se reunieron a la voz de los jesuitas, fueron los *guaranís*, pueblos extendidos a lo largo del *Paranapanema*, del *Pirapo* y del *Uruguay*, y compusieron una numerosa tribu bajo la dirección de los padres Maceta y Cataldino, cuyos nombres deben ser conservados entre los bienhechores de los hombres. Este poblado se llamó *Loreto*; y a continuación, a medida que iban erigiéndose las iglesias indias, fueron comprendidas bajo el nombre general de *reducciones*. En pocos años llegaron a treinta, y formaron aquella célebre *república cristiana*, que parecía un resto de la antigüedad, descubierto en el Nuevo Mundo, confirmando así en nuestros tiempos la grande verdad reconocida por Roma y Grecia: esto es, que no se civilizan los hombres, ni se fundan los imperios con principios abstractos de filosofía, sino

mediante el establecimiento de la religión.

Cada lugar se gobernaba por dos misioneros, que dirigían los negocios espirituales y temporales de las pequeñas repúblicas, en que ningún extranjero podía permanecer más de tres días; y para evitar todo comercio que pudiese corromper las costumbres de los nuevos cristianos, habíase prohibido enseñar a hablar la lengua española, que todos los neófitos sabían leer y escribir correctamente.

En cada reducción había dos escuelas: una de primeras letras, otra de baile y música. Este último arte, fundamento de las leyes de las antiguas repúblicas, era particularmente cultivado de los *guaranís*, que sabían construir órganos, arpas, flautas, guitarras e instrumentos guerreros.

Al llegar un niño a la edad de siete años, los dos religiosos estudiaban su carácter. Si les parecía idóneo para los oficios mecánicos, se le destinaba a uno de los talleres de la *reducción* para que aprendiese el oficio a que su afición le llevaba. Se hacía orfebre, dorador, relojero, cerrajero, carpintero, ebanista, tejedor, fundidor. Estos talleres tuvieron por primeros maestros a los propios jesuitas, que habían aprendido de propósito las artes útiles para enseñarlas a los indios sin necesidad de recurrir a extranjeros.

Los jóvenes inclinados a la agricultura se incluían en las reducciones de labradores, y los que aun conservaban afición a su primer género de vida errante, vagaban vigilando los ganados.

Las mujeres trabajaban, separadas de los hombres, en el interior de sus hogares. Al principio de la semana se les distribuía una cantidad determinada de lana o algodón, que debían entregar labrada en la noche del sábado; y en las horas de ocio se ocupaban en proporción a sus fuerzas en las faenas agrícolas.

No había mercados públicos, porque en señalados días se repartía a cada familia lo necesario para la vida. Uno de los dos misioneros cuidaba de que las particiones fuesen proporcionadas al número de moradores de cada cabaña.

Los trabajos empezaban y acababan

a son de campana, que se tañía al rayar el alba, y al punto se reunían los niños en la iglesia, donde su matutino concierto duraba, como el de los pajarillos, hasta salir el sol. Hombres y mujeres asistían después a la misa, desde donde iban a sus labores. Al declinar el día, la campana llamaba otra vez a los nuevos ciudadanos al templo, y se cantaba la oración de la tarde a dos voces y a gran orquesta.

La tierra estaba dividida en muchos lotes, y cada familia cultivaba uno para sus necesidades. Había, además, un campo público llamado la *Posesión de Dios*¹, cuyos frutos estaban destinados a suplir las malas cosechas, mantener las viudas, huérfanos y enfermos, y servir de caudal para la guerra. Si al fin del año quedaba algún remanente del tesoro público, se aplicaba al culto y al pago del tributo del escudo de oro que cada familia pagaba al rey de España².

El cuerpo militar, civil y político de estas reducciones se componía de un *cacique* o jefe de guerra, de un *corregidor* para administración de la justicia, y de los *regidores* y *alcaldes* para la policía y dirección de los trabajos públicos. Estos magistrados eran nombrados por la asamblea general de los ciudadanos, aunque no parece podían ser elegidos sino entre los sujetos propuestos por los misioneros: ley tomada del senado y del pueblo romano. Había, además, un jefe llamado *fiscal*, especie de censor público elegido por los ancianos, encargados de un registro de los hombres útiles para el manejo de las armas. Un *teniente* cuidaba de los niños, los conducía a la iglesia, y acompañaba a las escuelas con una varita larga en la mano, debiendo además dar cuenta a los misioneros de sus observaciones acerca de las costumbres, carácter, cualidades y defectos de los discípulos.

Por último, estaba dividida la tribu en muchos cuarteles, y cada uno de éstos tenía su celador. Como los indios son naturalmente indolentes e imprevisores, había un encargado de vigilar to-

do lo concerniente a la agricultura, que examinaba los arados y obligaba a los cabezas de familia a sembrar sus tierras.

Si alguno infringía las leyes, se le reprendía en secreto la primera falta; la segunda era castigado con penitencia pública en las puertas de la iglesia, como entre los primeros fieles, y la tercera con azotes; no obstante, apenas hay ejemplo, en siglo y medio que duró aquella república, de que indio alguno hubiese menester de semejante castigo. «Todos sus defectos son defectos de niños, dice el padre Charlevoix: lo son en muchas cosas durante toda su vida, aunque, por lo demás, tienen todas las buenas cualidades.»

Los perezosos eran condenados a cultivar una porción más extensa del campo común, convirtiendo así con sabia economía los mismos defectos de aquellos hombres inocentes en provecho de la pública prosperidad.

Procurábase casar pronto a los jóvenes para evitar el libertinaje. Las mujeres sin hijos se retiraban durante la ausencia de sus maridos a una casa particular llamada *casa de refugio*. Los dos sexos estaban separados casi del mismo modo que en las repúblicas griegas, y en la iglesia tenían bancos distintos y puertas diferentes, por donde salían sin confundirse.

Todo estaba ordenado, hasta el vestido, adecuado a la modestia, sin perjuicio de los atractivos. Las mujeres llevaban una túnica blanca, ceñida por un cinturón; los brazos y piernas los llevaban desnudos, y su suelta cabellera les servía de velo.

Los hombres vestían como los antiguos castellanos: cuando iban al trabajo, cubrían tan noble traje con un saco de tela blanca; pero los que se habían distinguido por algún rasgo de valor o de virtud, lo llevaban de color de púrpura.

Los españoles, y especialmente los portugueses del Brasil, hacían algunas excursiones por las tierras de la *república cristiana*, y solían llevarse algunos desgraciados que reducían a esclavitud. Deseando los jesuitas remediar estos males, obtuvieron con astucia, de la corte de Madrid, licencia para armar

1. Montesquien estaba en un error al creer que existía comunidad de bienes en el Paraguay. Aquí se puede observar la causa de su error.

2. CHARLEVOIX, *Hist. du Parag.* Montesquien ha evaluado este tributo en una quinta parte de los bienes.

a sus neófitos. Proveyéronse, pues, de las primeras materias, establecieron fundiciones de cañones, manufacturas de pólvora, y adiestraron para la guerra a unos hombres a quienes no se les dejaba en paz. Reuniáse todos los lunes una milicia regular para maniobrar y pasar revista ante un cacique, habiéndose señalado premio para los arqueros, lanceros, honderos, artilleros y mosqueteros. Cuando los portugueses volvían a presentarse, en lugar de labradores tímidos y dispersos, hallaron batallones que los destrozaron y persiguieron hasta el pie de sus fortalezas, echándose de ver que la nueva tropa no retrocedía jamás, y que se reunía sin confusión bajo el fuego enemigo. Tal era su ardor en los ejercicios militares, y se entusiasmaba de tal manera, que muchas veces fué necesario contenerlos para evitar algún descalabro.

Era, pues, el Paraguay un estado sin los inconvenientes de una constitución enteramente guerrera, como la de los lacedemonios, y sin los de una sociedad del todo pacífica, como lo era la fraternidad de los cuáqueros. Resolvióse el gran problema político: víéronse reunidas la agricultura que funda, y las armas que conservan, pues los *guaranís* eran cultivadores sin ser esclavos, y guerreros sin ser feroces. Inmensas y sublimes ventajas debidas a la religión cristiana, y de que no pudieron gozar bajo el politeísmo, los griegos ni los romanos.

Observábase en todo un prudente término medio, puesto que la *república cristiana* ni era exclusivamente agrícola, ni enteramente belicosa, ni carecía de los beneficios de las letras y del comercio; nada se había olvidado en ella, y sólo abundaba en fiestas. No era tétrica como Esparta, ni frívola como Atenas; el ciudadano no se veía agobiado con el trabajo, ni afeminado por el placer. Por último, limitando los misioneros la atención de la multitud a las primeras necesidades de la vida, supieron distinguir en su rebaño a los niños aquellos a quienes la naturaleza había dotado de disposición para más altos destinos, y atentos al consejo de Platón, separaban a los que descubrían talento, para instruirles en las letras y las

ciencias. Estos niños escogidos llamábanse la *Congregación*, y eran educados en una especie de seminario, donde se les hacía observar con toda rigidez el silencio y el retiro, sometidos a los estudios de los discípulos de Pitágoras. Reinaba entre ellos tal emulación, que bastaba amenazarles con que serían enviados a las escuelas comunes, para que cualquier discípulo se entregase a la desesperación. De esta escogida grey salieron, andando el tiempo, los sacerdotes, los magistrados y los héroes de la patria.

Las reducciones ocupaban un territorio bastante dilatado, regularmente a la orilla de un río, o en una hermosa situación. Las casas eran de idéntico aspecto y de un solo piso, y las calles anchas y rectas. En el centro de la población se veía la plaza pública, formada por la iglesia, la casa de los padres, el arsenal, el granero común, la casa de refugio, y el hospicio para los extranjeros. Las iglesias eran hermosas, muy adornadas, y sus paredes estaban cubiertas de cuadros separados con festones de flores y hojas de un verde natural. Los días de fiesta se vertían aguas olorosas en la nave, y el santuario estaba cubierto de lianas deshojadas.

El cementerio, a espalda del templo, formaba un cuadrilongo cercado de paredes a la altura del pecho. Alrededor había una calle de palmeras y cipreses, y dentro le atravesaban otras de limoneros y naranjos: la de en medio conducía a una capilla, donde los lunes se celebraba una misa por los difuntos.

Desde la extremidad de las calles partían filas de los árboles más hermosos y corpulentos, hasta llegar a otras capillas construídas en el campo, que se veían en perspectiva: estos monumentos religiosos servían de término a las procesiones en los días de grandes solemnidades.

El domingo, después de la misa, se celebraban los desposorios y los matrimonios, y por la tarde se administraba el bautismo a los catecúmenos y a los niños.

Estos bautismos se practicaban como en la primitiva Iglesia mediante las tres inmersiones, con los mismos cantos, y vestidos de lino.

Las principales fiestas de la religión se anunciaban con extraordinaria pompa. La víspera se encendían hogueras en señal de regocijo, se iluminaban las calles, y los niños bailaban en la plaza pública. Al despuntar el día, se presentaba la milicia sobre las armas, precedida del cacique de guerra cabalgando en un arrogante caballo, y caminando bajo el dosel que dos caballeros llevaban a sus lados. Al mediodía, después de los oficios divinos, se daba un banquete a los extranjeros, si los había en la república, y se permitía beber un poco de vino. Por la tarde había carreras de sortijas, a que asistían los dos jesuitas para distribuir los premios a los vencedores; y al anochecer daban la señal, y entonces aquellas venturosas familias iban a gozar de las dulzuras del sueño.

En el centro de aquellos bosques salvajes, en medio de aquel pequeño pueblo antiguo, la fiesta del Santísimo Sacramento presentaba un espectáculo extraordinario. Los jesuitas habían introducido las danzas en ellas a uso de los griegos, porque nada debía temerse de las costumbres de unos cristianos de tal inocencia. Insertaremos aquí la descripción del padre Charlevoix.

«He dicho que ningún objeto de valor intrínseco se ve en esta fiesta; pero todas las bellezas de la Naturaleza contribuyen a ella con tanta sencillez y variedad que la representan en toda su perfección y hermosura, o, por mejor decir, está allí viva, porque sobre las flores y las ramas de los árboles que forman los arcos triunfales por donde pasa el Santísimo Sacramento, se ven revolotear infinitos pájaros de todos colores, atados por las patas con unos hilos tan largos, que parecen están sueltos, y que han venido libremente a mezclar sus gorjeos con el canto de los músicos y de todo el pueblo, y a bendecir, a su modo, a aquél cuya providencia jamás le falta... ..

»De trecho en trecho, hay tigres y leones bien sujetos para que no turben la fiesta, y hermosísimos peces que nadan en unos estanques; en una palabra, allí existen seres de todas clases, como representantes de sus respectivas

especies, para prestar el debido homenaje al Hombre-Dios en su augusto Sacramento.

»Ni faltan allí esas cosas que nos sirven en los grandes regocijos, las primicias de todos los frutos para ofrecerlas al Señor, y la semilla que ha de sembrarse para que la bendiga. El canto de las aves, el rugido de los tigres y los leones, se oyen sin confusión, formando un solo concierto... ..

»Luego que el Santísimo Sacramento entra en la iglesia, se presentan a los misioneros todos los manjares que han estado expuestos en la carrera. Lo mejor se lleva a los enfermos, y lo demás se distribuye entre el pueblo. Por la noche hay fuegos artificiales, como en todas las grandes solemnidades y en los días de público regocijo.»

Nadie extrañará que, con un gobierno tan paternal y conforme al carácter sencillo y pomposo del salvaje, los nuevos cristianos fuesen los más puros y venturosos de los hombres. La mudanza de sus costumbres era un milagro patente al Nuevo Mundo. Ese espíritu de crueldad y de venganza, ese abandono a los vicios más groseros, que caracterizan a las tribus indias, habíanse trocado en mansedumbre, paciencia y castidad. Júzguese si no de sus virtudes por la expresión sencilla del obispo de Buenos Aires: «Señor, escribía a Felipe V, en estas numerosas tribus, compuestas de indios naturalmente inclinados a todo género de vicios, reina tal inocencia, que no creo se cometa en ellas un solo pecado mortal.»

Entre aquellos salvajes cristianos no había que deplorar litigios ni querellas, ni se conocían el *tuyo* ni el *mío*, pues, como observa Charlevoix, el que se halla siempre dispuesto a partir lo poco que tiene con los que lo necesitan, nada tiene suyo. Provistos con abundancia a las cosas necesarias a la vida; gobernados por los mismos hombres que los habían sacado de la barbarie, y a quienes miraban con razón como una especie de divinidades; gozando en sus familias y en su patria de los sentimientos más dulces de la Naturaleza; conociendo las ventajas de la vida civil, sin haber salido del desierto, y los encantos

de la sociedad, sin haber perdido los de la soledad, aquellos indios podían jactarse de gozar una felicidad sin ejemplo en la tierra. La hospitalidad, la amistad, la justicia y las tiernas virtudes brotaban naturalmente de sus corazones a la voz de la religión, como el olivo deja caer sus maduros frutos al soplo de apacibles vientos. Muratori pintó exacta y lacónicamente aquella república cristiana, intitulado la descripción que hizo de ella: *Il Cristianesimo felice*.

Parécenos que al leer esta historia, se despertará un solo deseo: el de atravesar los mares y alejarse de la agitación y las revoluciones, para correr en busca de una vida obscura en las cabañas de los salvajes, y de un apacible sepulcro a las sombras de las palmeras de sus cementerios. Mas, ¡ah!, los desiertos no son bastante profundos, ni harto dilatados los mares para librar al hombre de los dolores que le asedian. Siempre que se refiere la historia de la felicidad de un pueblo, es forzoso terminarla con su catástrofe. En medio de las más halagüeñas pinturas, se ve oprimido el corazón del que la escribe ante esta triste reflexión, que se le ofrece sin cesar: *¡Nada de esto existe ya!* Las misiones del Paraguay han sido destruidas, y los salvajes, reunidos a costa de tantas fatigas, vagan de nuevo por los bosques o se ven sepultados vivos en las entrañas de la tierra. Ha sido aplaudida la destrucción de una de las más bellas obras salidas de la mano del hombre. ¡Era una creación del cristianismo, una cosecha fertilizada con la sangre de los apóstoles, y que no ha merecido más que odio y desprecio! Y no obstante, mientras triunfábamos, viéndolo a los desgraciados indios en el Nuevo Mundo caer otra vez en dura esclavitud, Europa repetía la fama de nuestra filantropía y de nuestro amor a la libertad. Estos vergonzosos caprichos de la naturaleza humana, entregada a sus turbulentas pasiones, abaten el alma e inducirían a la perversidad, si en ellas detuviésemos la vista. Confesemos que somos débiles, que los juicios de Dios son inescrutables, y que quiere probar a sus siervos. Mientras gemimos aquí, los sencillos cristianos del Para-

guay, sepultados ahora en las minas del Potosí, adoran sin duda la mano que los ha herido, y conquistan con sus sufrimientos un lugar en aquella república de los santos, a donde no pueden alcanzar las inicuas persecuciones de los hombres.

VI

MISIONES DE LA GUAYANA

Si estas misiones admiran por sus grandezas, hay otras que, aunque ignoradas, no son menos importantes. El Rey de los reyes se complace en derramar las riquezas de su gracia y de sus milagros en la obscura cabaña y sobre la humilde tumba del pobre. Subiendo hacia el Norte, desde el Paraguay hasta el centro del Canadá, se encuentra multitud de pequeñas misiones, en las cuales no era el neófito civilizado quien seguía al apóstol, sino que éste se hacía salvaje para seguir a aquél. Los religiosos franceses regían estas iglesias errantes, rodeadas de peligros y de instabilidad.

El jesuita Creuilli fundó las misiones de Cayena, y excede al esfuerzo humano lo que hizo para socorrer a los negros y salvajes. Los padres Lombard y Ramette, siguiendo las huellas de aquel santo varón, se entraron por las lagunas de la Guayana, y haciéndose amar de los indios *galibis*, a fuerza de socorrerles y de tomar parte en sus dolores, pudieron conseguir les confiasen algunos hijos, a quienes educaron en la religión cristiana. Cuando estos jóvenes civilizados volvieron a los bosques, predicaron el Evangelio a sus ancianos padres salvajes, que se dejaron vencer fácilmente por la elocuencia de los nuevos misioneros. Reuniéronse los catecúmenos en un lugar llamado *Kuru*, donde el padre Lombard había construido una casa, con dos negros. Aumentando de día en día la población, determinaron construir una iglesia; pero ofrecióse un obstáculo casi insuperable, porque el arquitecto, carpintero de Cayena, pedía mil quinientos francos para los gastos de la empresa. Sin embargo, no desistieron de su propósito, pues el misionero y sus neófitos,

aunque los más pobres de todos los hombres, eran ricos en virtudes. La fe y la caridad son ingeniosas: los galibis obligáronse a construir siete piraguas, que el arquitecto se avino en tomar a cuenta, al precio de doscientas libras cada una. Para completar el resto de la suma, las mujeres hilaron todo el algodón necesario para hacer ocho hamacas, y veinte salvajes se hicieron voluntariamente esclavos de un colono, por todo el tiempo que dos de sus negros se ocuparon en cortar tablas para cubrir el edificio. Todo arreglado así, erigióse a Dios un templo en la soledad.

El mismo Dios que preparó desde la eternidad todas las cosas, del modo más conveniente a sus altos fines, acaba de manifestarnos en estas regiones uno de aquellos designios profundos, que ocultándose a la penetración de los hombres, sólo llegan a comprenderse en el momento mismo en que se verifican. Cuando el padre Lombard estableció, ha más de un siglo, su misión entre los galibis, no sabía que preparaba a los salvajes para que acogiesen algún día los mártires de la fe, ni que improvisaba en los desiertos una nueva Tebaida a la religión perseguida. ¡Qué campo tan vasto de reflexiones! ¡Billaud de Varennes y Pichegrú, el tirano y la víctima, habitaron la misma barraca en Synnamary, sin que su extremada miseria pudiese reconciliar sus corazones! ¡Los odios implacables vivían entre los compañeros de los mismos grillos, y los gritos de algunos desgraciados, próximos a despedazarse, se mezclaban con los rugidos de los tigres, en los bosques del Nuevo Mundo!

Empero ved, en medio de esta lucha de las pasiones, la calma y la serenidad evangélica de los confesores de Jesucristo, arrojados a la Guayana entre sus neófitos, y que hallan en unos cristianos bárbaros la piedad que les negaban los franceses; ved a unas pobres religiosas hospitalarias, que parecían no haber sido desterradas a un clima destructor sino para oír en él a un Collot-d'Herbois, en un lecho de muerte y prodigarle todos los socorros de la caridad cristiana; aquellas santas mujeres confundían, en su amor a la humanidad, vertiendo lágrimas por todos, al

inocente y al culpable, y pedían a Dios que socorriese a los enemigos de su nombre y a los mártires de su culto: ¡Qué lección! ¡Qué cuadro! ¡Cuán infelices son los hombres, y cuán hermosa es la religión!

VII

MISIÓN DE LAS ANTILLAS

El establecimiento de nuestras colonias francesas en las Antillas, o ante islas, así llamadas porque son las primeras que se encuentran a la entrada del golfo de Méjico, data desde el año 1627, en cuya época M. de Enambuc construyó un fuerte y dejó algunas familias en la isla de San Cristóbal.

Era entonces costumbre enviar misioneros para párrocos de los establecimientos remotos, a fin de que la religión adquiriese en cierto modo ese espíritu de intrepidez y de aventura que caracterizaba a los primeros que iban en busca de fortuna al Nuevo Mundo. Los *hermanos predicadores* de la congregación de San Luis, los carmelitas, los capuchinos y los jesuitas se consagraron a la instrucción de los caribes y de los negros y a los demás trabajos que exigían nuestras nacientes colonias de San Cristóbal, Guadalupe, la Martinica y Santo Domingo.

No hay historia de las Antillas más completa que la del padre Dutertre, misionero de la congregación de San Luis. Su estilo ofrece una sencillez llena de gracia.

«Los caribes, dice, son grandes soñadores; su fisonomía es triste y melancólica; pasan casi días enteros sentados en la punta de una roca o en la playa, fijos los ojos en la tierra o en el mar, sin proferir palabra... Su carácter es benigno, afable, y tan compasivo, que en muchas ocasiones han vertido hasta lágrimas por los males de nosotros, los franceses, no siendo crueles sino con sus enemigos.

»Las madres aman tiernamente a sus hijos y vigilan, solícitas, para evitarles todo accidente funesto; casi siempre los llevan a sus pechos, aun por la noche, y es de maravillar que, acostándo-

se en camas suspendidas, que son muy incómodas, no sofoquen a ninguno... En todos sus viajes, sea por mar o por tierra, los llevan consigo bajo sus brazos en una camilla de algodón, sujeta con una banda atada a la espalda, a fin de tener siempre a la vista el objeto de su solicitud ¹.»

Esto se parece a un fragmento de las obras de Plutarco, traducido por Amyot.

Propenso naturalmente a considerar los objetos bajo un aspecto sencillo y tierno, el padre Dutertre es interesante cuando habla de los negros. Sin embargo, no los representa, a la manera de los filántropos como los más virtuosos de los hombres; pero hace la pintura de sus costumbres con tanto juicio, sensibilidad e ingenuidad, que cautivan.

«Se ha visto, dice, en la Guadalupe a una joven negra tan persuadida de la miseria de su condición, que jamás pudo hacer su amo que se casase con un negro que le presentaba... Esperó a que el sacerdote la preguntase (*en el altar*) si quería a N. por marido, y entonces respondió con una fortaleza que nos llenó de admiración: «No, padre mío, no quiero ni a ese ni a otro, pues me basta mi propia miseria, sin dar hijos al mundo más infelices que yo, y cuyas penas me serían más sensibles que las mías.» Siempre permaneció soltera, y se la llamaba ordinariamente la *Doncella de la isla*.»

El padre Dutertre sigue describiendo las costumbres de los negros y el sencillo ajuar de sus casas, haciendo admirar la ternura de su cariño hacia sus hijos, e interrumpiendo tal vez el hilo de su narración con las sentencias de Séneca, que hablan de la sencillez de las cabañas en que vivían los pueblos de la edad de oro; cita también a Platón, o más bien a Homero, cuando dice que los dioses roban al esclavo la mitad de su razón: *Diminuum mentis Jupiter illis aufert*; compara al caribe salvaje gozando de su libertad, y al negro salvaje reducido a la servidumbre, y demuestra cuánto ayudó el cristianismo al segundo, para tolerar con resignación sus males.

La moda del siglo ha sido acusar a los sacerdotes de partidarios de la esclavitud y la opresión; mas es lo cierto que nadie ha levantado la voz tan enérgicamente ni con tanto valor en favor de los esclavos, de los pequeños y de los pobres, como los autores eclesiásticos, que han defendido constantemente que la libertad es un derecho imprescriptible del cristiano; de manera que, convencidos de esta verdad los colonos protestantes, y queriendo conciliar su codicia con la conciencia, no bautizaban a los negros hasta en artículo de muerte, y aun muchas veces, temiendo que si se libraban de la enfermedad reclamasen después a título de *cristianos* su libertad, los dejaban morir en la idolatría ¹: la religión se muestra aquí tan hermosa, como horrible la avaricia.

El lenguaje tierno y religioso con que los misioneros hablaban de los negros de nuestras colonias era el único adecuado a la razón y a la humanidad. Hacía más piadosos a los señores y más virtuosos a los esclavos; favorecía la causa del género humano sin daño a la patria ni al orden ni a la propiedad; pero en nuestros días se ha perdido todo con pomposas palabras y se ha extinguido hasta la piedad, porque, ¿quién osaría hoy defender la causa de los negros? ¡Tanto es el mal que hemos causado, perdiendo las causas más nobles y las cosas más admirables!

Respecto de la historia natural, el padre Dutertre describe algunas veces un animal con solo una palabra: al pájaro-mosca le llama *una flor celestial*, al modo que el padre Commire dice de la mariposa:

Florem putares nare per liquidum æthera.

«Las plumas del flamenco, dice en otra parte, son encarnadas, y cuando vuelve hacia el sol, resplandece tanto que parece una ráfaga de luz ².»

Buffon no pintó mejor el vuelo de un ave que el historiador de las Antillas. Dice así: «A este pájaro (*la fragata*), le cuesta mucho levantarse sobre las ramas; pero al tomar vuelo, hiende el aire con tal serenidad, que apenas mueve las alas ni se fatiga. Si el peso de la

1. *Hist. des Ant.*, t. II, p. 375.

1. *Hist. des Ant.*, t. II, p. 508.

2. *Ibid.* p. 268.

lleva o el viento le molestan alguna vez, burlándose entonces de las nubes, se remonta hasta la región del aire, y se substrahe a la vista de los hombres¹.»

A la hembra del colibrí la representa así, fabricando su nido :

«... Carda, por decirlo así, todo el algodón que le lleva el macho, y lo desenreda casi pelo a pelo con sus patitas y el pico ; forma después su nido, no mayor que medio cascarón de un huevo de paloma, y al paso que va levantando el pequeño edificio, da mil vueltas a su nido, puliendo con el cuello sus bordes, y el interior con su cola.

«... Nunca he podido advertir en qué consiste el alimento que la madre les lleva, sino sólo que les da a chupar la lengua que yo creo la lleva enmelada con el jugo que extrae de las flores.»

Si la perfección en pintura consiste en dar una exacta idea de los objetos, presentándolos bajo un punto de vista agradable, no podrá negarse que el misionero de las Antillas ha alcanzado esta perfección.

VIII

MISIONES DE LA NUEVA FRANCIA

No nos detendremos en las misiones de la California, porque no ofrecen rasgos peculiares, ni tampoco en la Luisiana, porque se confunden con aquellas terribles misiones del Canadá, en que brilló en toda su gloria la intrepidez de los apóstoles de Jesucristo.

Cuando los franceses, capitaneados por Champlain, subieron el río de San Lorenzo, hallaron los bosques del Canadá habitados por unos salvajes muy diferentes de los descubiertos hasta entonces en el Nuevo Mundo. Eran éstos unos hombres robustos, valientes, ufanos con su independencia, capaces del razonamiento y del cálculo, que no admiraban las costumbres ni las armas de los europeos¹, pues lejos de eso, al contrario que los inocentes caribes, no sen-

tían por nuestros usos sino aversión y menosprecio.

El imperio del desierto estaba dividido en tres naciones : la de los algonquinos, que aunque la más antigua de todas era aborrecida por su poder, y se hallaba próxima a sucumbir a las armas de las otras dos ; la de los hurones, que fueron nuestros aliados, y la de los iroqueses, que fueron nuestros enemigos.

No eran tribus errantes, sino que tenían establecimientos fijos y gobiernos regulares ; los indios del Nuevo Mundo nos han hecho observar todas las formas constitucionales de los pueblos civilizados : los natchez de la Luisiana nos mostraron el despotismo en el estado natural ; las crisis de la Florida, la monarquía, y los iroqueses del Canadá, el gobierno republicano.

Estos representaban en su condición salvaje a los atenienses y lacedemonios. Los hurones eran hombres de claro entendimiento, alegres, ligeros, disimulados, valientes y elocuentes ; gobernados por las mujeres, soportaban mal la fortuna adversa y abusaban de la prospera. Los iroqueses, divididos en cantones regidos por unos ancianos ambiciosos, políticos, taciturnos, severos, capaces de los mayores vicios y de las mayores virtudes, sacrificaban todo a la patria, y eran los hombres más feroces e intrépidos.

Cuando se dejaron ver los franceses y los ingleses en aquellas costas, los hurones se unieron por un instinto natural a los primeros, y los iroqueses a los segundos, no por amor, sino a fin de proveerse, por su medio, de armas, pues cuando sus nuevos aliados llegaban a ser bastante poderosos, los abandonaban, y volvían a unírseles cuando los franceses obtenían la victoria. Vióse entonces a un puñado de salvajes manejarse con el mayor tino entre dos grandes naciones civilizadas, procurando destruir la una por medio de la otra ; y no pocas veces casi realizaron su proyecto de hacerse a la vez dueños y libertadores de aquella parte del Nuevo Mundo.

Tales fueron los pueblos que nuestros misioneros se propusieron convertir a la religión. Si Francia vió su imperio dilatarse en América, más allá de las

1. *Hist. des Ant.* t. II, p. 269.

2. En el primer combate de Champlain contra los iroqueses, éstos sostuvieron el fuego de los franceses sin dar al principio la menor muestra de temor o de asombro.

riberas del Meschacebé, si conservó durante tanto tiempo el Canadá contra iroqueses e ingleses unidos, se debió a los jesuitas. Fueron éstos los que salvaron la colonia al principio, empleando por baluarte ante ella un pueblo de hurones y de iroqueses cristianos, previniendo coaliciones generales de indios, negociando tratados de paz, yendo solos a exponerse al furor de los iroqueses para frustrar los designios de los ingleses. Los gobernadores de Nueva Inglaterra no cesaban en sus comunicaciones oficiales de considerar nuestros misioneros como sus más peligrosos enemigos: «Desconciertan, decían, los proyectos del poderío británico; descubren los secretos y levantan el corazón y las armas de los salvajes.»

El desacertado gobierno del Canadá, la mala fe de los gobernadores, y una política mezquina y opresora, desconcertaban más las buenas intenciones de los jesuitas que la oposición del enemigo, pues si presentaban los planes más sabios para la prosperidad de la patria, se alababa su celo, pero se seguía otro rumbo, hasta que llegando los negocios a ser arduos en demasía, se recurría a ellos, y se les empleaba en las negociaciones más arriesgadas, sin detenerse en los peligros a que se les exponía; la historia de Nueva Francia ofrece de esto un notable ejemplo.

Habiendo estallado la guerra entre franceses e iroqueses, victoriosos éstos habían avanzado hasta los muros de Quebec, matando y devorando a los habitantes de los campos. Hallábase a la sazón el misionero Lamberville entre los iroqueses, y aunque en un continuo e inminente riesgo de ser quemado vivo por los vencedores, no quiso retirarse, esperando atraérseles con medidas pacíficas, y para salvar los restos de la colonia, pues los ancianos le amaban y le habían protegido contra los guerreros.

Así las cosas, recibió una carta el gobernador del Canadá, en que le suplicaba hiciese los posibles esfuerzos con los salvajes a fin de que enviasen embajadores al fuerte de Catarocouy para tratar de la paz. Corre el misionero en busca de los ancianos, va a sus casas, les ruega, les exhorta e importuna tan-

to, que al fin los determina a aceptar la tregua y diputar sus principales jefes. Acudieron éstos al sitio señalado para la entrevista, pero al llegar fueron aherrojados y enviados a las galeras de Francia.

El padre Lamberville ignoraba el secreto designio del comandante, y así había obrado de tan buena fe que se había quedado entre los salvajes; mas cuando supo lo ocurrido, se creyó perdido. Fué llamado por los ancianos, a quienes halló en el consejo con semblantes severos y amenazadores. Uno de ellos le refirió indignado la traición del gobernador, y añadió:

«Nadie puede negarnos que nos llamamos autorizados para tratarte como enemigo, pero estamos muy distantes de ello. Te conocemos lo bastante para persuadirnos que tu corazón no ha tenido parte en la villana traición de que somos víctimas, ni somos tan injustos que te castigemos por un crimen de que te juzgamos inocente, y que sin duda detestas tanto como nosotros... Sin embargo, no conviene que permanezcas aquí, pues acaso los demás no te harían la misma justicia; y si nuestros jóvenes llegan a cantar la guerra, te matarán como a un pérfido que ha entregado nuestros jefes a dura y penosa esclavitud, y en su furor, nos sería imposible librarte de sus manos¹.»

Dichas estas palabras, obligaron al misionero a salir de allí, dándole guías que le condujesen por caminos apartados hasta más allá de la frontera. Cuando Luis XIV supo la felonía cometida con los indios, mandó les fuese devuelta su libertad. El cacique que dirigió la palabra al padre Lamberville se convirtió poco después y se retiró a Quebec, y no es dudoso que su conducta en aquella ocasión fué el primer fruto de las virtudes del cristianismo, que empezaban a brotar en su corazón.

¿Y qué diremos de aquellos hombres inmortales que regaron con su sangre las heladas tierras de la Nueva Francia? En cierta ocasión hallé a uno de estos apóstoles en las soledades de América. Caminando una mañana por los bosques, vi acercarse a un anciano

1. CHARLEVOIX, *L'Histoire de la Nouvelle-France*, en 4.º, t. I, lib. XI, p. 511.

de blanca barba, vestido de una larga túnica, leyendo atentamente un libro, y apoyándose en un báculo; iluminábase la tibia luz del crepúsculo matutino, que penetraba a través de la espesura. Asemejábase a Termosiris saliendo del bosque sagrado de las musas, en los desiertos del Alto Egipto; y era tan sólo un misionero de Luisiana, que venía de Nueva Orleans, y regresaba a los illineses, adonde dirigía un rebaño de franceses y salvajes cristianos. Acompañóme muchos días; mas, por muy diligente que me mostrase a la mañana, encontraba siempre al anciano caminante rezando y paseando por el bosque. Este santo hombre había sufrido mil trabajos, contaba con discreción las penalidades de su vida, hablaba sin aspereza ni placer, pero con serenidad: no he visto sonrisa tan apacible como la suya. Citaba versos de Virgilio y aun de Homero, y los aplicaba a las escenas que se presentaban a nuestra vista, o a los pensamientos que se nos ofrecían. Parecióme dotado de no vulgares conocimientos, pero ocultaba su instrucción bajo su sencillez apostólica; bien así como los apóstoles, que sabían todo, aparecían unos ignorantes. Hablamos un día sobre la revolución francesa, causándonos no escaso placer el recordar la agitación de los hombres en los parajes más tranquilos. Estábamos sentados en un valle a orillas de un río de ignorado nombre, que después de muchos siglos refrescaba con sus aguas aquellas desconocidas regiones. El anciano se enterneció a esta reflexión, y sus ojos se arrasaron en lágrimas ante esta imagen de una vida ignorada y consumida en el desierto, en la práctica de oscuros beneficios.

El padre Charlevoix describe en estos términos los misioneros del Canadá:

«El padre Daniel, ya muy cerca de Quebec, quiso visitarla antes de seguir el camino de su misión... ..

... ..
Llegó al puerto en una canoa, remando a la par de tres o cuatro salvajes; iba descalzo, exhausto de fuerzas, con la camisa podrida y una sotana desgarrada, pero con un semblante alegre por la vida que pasaba, e inspirando con su

aspecto y discursos el deseo de ir a participar de una cruz que el Señor rodeaba de tanta unción¹»

Estas son aquellas alegrías y lágrimas que Jesucristo prometió a sus escogidos. El historiador de la Nueva Francia prosigue:

«No podía ser más apostólica la vida que profesaban (los misioneros entre los hurones), pues no había momento de ella que no estuviese señalado con alguna acción heroica, o por conversaciones piadosas o por sufrimientos que miraban como verdaderas y justas expiaciones, cuando sus trabajos no habían producido el anhelado fruto. Levantábanse a las cuatro de la mañana, y parecían en oración hasta las ocho, único tiempo que tenían disponible para sus piadosos ejercicios. A las ocho, cada uno iba a cumplir sus respectivos cargos: unos visitaban los enfermos, otros acompañaban en el campo a los trabajadores, y otros pasaban a las poblaciones vecinas que carecían de pastor. Todo esto producía muy buenos efectos, porque casi ningún niño moría sin bautismo, y aun los adultos que se habían negado a instruirse en estado de salud, se convertían al verse enfermos, pues no podían resistirse a la industriosa y constante caridad de sus médicos²».

Si en el *Telémaco* se encontraran iguales descripciones, ¡cuánto se ponderaría el gusto sencillo y patético de estas cosas! Alabaríamos con entusiasmo la ficción del poeta, y somos insensibles a la verdad, aun presentando los mismos atractivos.

No eran empero éstos los mayores trabajos de esos hombres evangélicos, pues unas veces seguían a los salvajes en sus cacerías, que duraban muchos años, y en que se veían obligados a comer hasta sus propios vestidos, y otras expuestos a los caprichos de los indios, que a manera de niños ceden al primer impulso de su imaginación o su deseo. Más: los misioneros se juzgaban pagados de sus trabajos, si durante sus largos sufrimientos habían ganado un alma a Dios, abierto el cielo a un niño, aliviado a un enfermo, o enjugado las

1. CHARLEVOIX, *Hist. de la Nouvelle France*, en 4.^o, t. I, lib. v, pág. 300.
2. *Ibid.*, p. 217.

lágrimas de un desgraciado. Hemos visto ya que la patria no tenía ciudadanos más fieles; el honor de ser franceses les valió con frecuencia la persecución y la muerte. Los salvajes les reconocían por ser de la carne blanca de Quebec, y por la presencia de ánimo con que soportaban los más horribles suplicios.

Movido el cielo por sus virtudes, concedió a muchos aquella dichosa palma que tanto habían deseado, elevándolos a la dignidad de los primeros apóstoles. La aldea de los hurones donde residía el padre Daniel ¹ fué sorprendida por los iroqueses en la mañana del 4 de julio de 1648, hallándose ausentes los jóvenes guerreros. El jesuita, que decía misa a sus neófitos, apenas tuvo tiempo para terminar la consagración, y corriendo al sitio donde resonaban los gritos, se ofreció a su vista la escena más lastimosa: mujeres, niños y ancianos, confusamente mezclados, yacían moribundos. Los que vivían aún se postraron a sus pies, pidiéndole el bautismo. Daniel empapa un paño en agua, sacúdole sobre la multitud y proporciona la vida del cielo a los que no podía librar de la muerte temporal. Recordó entonces haber dejado en sus cabañas algunos enfermos, que aun no habían recibido el sello del cristianismo; vuela allá y les rescata; y vuelve a la capilla, escondiendo los sagrados vasos, echa una absolución general a los hurones refugiados en el altar, insta a que huyan, y para darles tiempo, sale solo al encuentro de los enemigos. Atónitos los bárbaros viendo al sacerdote que avanzaba solo contra un ejército, se detienen y retroceden algunos pasos, y, no osando acercarse al santo, le disparan sus flechas, atravesándole el cuerpo: «Estaba cubierto de ellas, dice Charlevoix, y aun hablaba con acción maravillosa, ya a Dios ofreciéndole su sangre por su rebaño, ya a sus matadores amenazándoles con la ira del cielo; pero asegurándoles al mismo tiempo que encontrarían propicio al Señor y los recibiría en su gracia si recurrieran a su clemencia ².» Muere, y salva su parte de neófitos, deteniendo a los iroqueses a su derredor.

Igual heroísmo mostró el padre Garnier: era aún muy joven, y acababa de desasirse de los brazos y las lágrimas de su familia para salvar las almas en los bosques del Canadá. Herido por dos balas en el campo de batalla, cayó exánime en tierra, y un iroqués, que le creyó muerto, le despojó de sus vestidos.

Poco después volvió de su desvanecimiento, y levantando la cabeza vió a corta distancia un hurón moribundo; hizo entonces un esfuerzo para absolver al catecúmeno, y volvió a caer en tierra; advirtiéndole un bárbaro, acudió presuroso y le descargó dos hachazos. «Expiró, dice Charlevoix, en el ejercicio, y por decirlo así, en el seno mismo de la caridad ¹. El padre Brebeuf, tío del poeta del mismo nombre, fué quemado con los horribles tormentos a que los iroqueses sometían sus prisioneros.

«Este padre, con veinte años de trabajos capaces de hacer extinguir todos los sentimientos naturales, con un carácter y una firmeza a toda prueba, con la virtud del que ve siempre próxima una muerte cruel, llevado al extremo de hacer de ésta objeto de sus más ardientes deseos, prevenido, por otra parte, por más de un aviso celestial de que sus deseos serían atendidos, lo mismo se reía de las amenazas que de las torturas; pero ante aquellos amados neófitos tan cruelmente tratados, una gran amargura le penetró a pesar de la alegría que experimentaba al ver sus esperanzas cumplidas..

»Los iroqueses pronto comprendieron que se las habían con un hombre al que no tendrían el placer de ver exhalar la menor queja; y como si hubiesen adivinado que comunicaba a los otros su arrojo, después de algún tiempo lo separaron del grupo de prisioneros, le hicieron subir solo a un tablado, y se encarnizaron con él de tal manera, que parecían fuera de sí por la rabia y desesperación que experimentaban.

»Todo lo cual no impidió al servidor de Dios que hablara con voz enérgica, ya a los hurones, que no le veían, pero que aun podían oírle, ya a sus verdugos, a quienes exhortaba a temer la cólera del cielo si continuaban persiguiendo a

1. El mismo del que Charlevoix nos ha hecho el retrato.

2. *Hist. de la Nouv.-France*, t. I, lib. VII, p. 288.

1. *Hist. de la Nouv.-France*, t. I, lib. VII, p. 293.

los adoradores del verdadero Dios. Esta libertad asombró a los bárbaros; quisieron imponerle silencio, y no logrando su propósito le cortaron el labio inferior y la punta de la nariz, le aplicaron por todo el cuerpo teas encendidas, le quemaron las encías, etc.^{1.}»

No lejos del padre Brebeuf era atormentado otro misionero, el padre Lallémand, recién ingresado en la carrera evangélica. El dolor le arrancaba alguna vez involuntarios gritos, y pedía fuerzas al anciano apóstol, que no pudiéndole ya hablar, le inclinaba la cabeza y sonreía dulcemente con sus labios mutilados para animar al joven mártir. El humo de las dos hogueras subía al cielo, y afligía y regocijaba a los ángeles. Rodearon al padre Brebeuf de hachas encendidas, y le cortaron pedazos de carne que devoraban ante sus ojos, diciéndole que la carne de los franceses era sabrosa²; luego, prosiguiendo sus regocijos: «tú nos asegurabas hace un momento, gritaban los bárbaros, que cuanto más se sufre en la tierra, más dichoso se es en el cielo; pues bien, por la amistad que te tenemos imaginamos el aumentar tus sufrimientos^{3.}»

Cuando en París se llevaban corazones de sacerdotes en las puntas de las picas, se cantaba: ¡Ah, no hay fiesta si el corazón no la siente!

Por último, después de haber sufrido otros muchos tormentos que no nos atrevemos a referir, el padre Brebeuf exhaló su espíritu y voló a la mansión de aquel que sana todas las llagas de sus siervos.

Acontecía esto en el Canadá en 1649, época en que Francia gozaba de su mayor prosperidad, y durante las fiestas de Luis XIV: triunfaba entonces el misionero y el soldado.

Los que miran a los sacerdotes con aborrecimiento y desprecio, se alegrarán de estos tormentos. Los sabios dirán, afectando prudencia y moderación, que los misioneros eran víctimas de su fanatismo, y preguntarán con una piedad soberbia, ¿qué iban a hacer los religiosos en los desiertos de América? Confesamos que no iban a poner en ejecución ningún plan sabio, ni para hacer

grandes descubrimientos filosóficos, sino que sólo obedecían al maestro que les había dicho: «*Id y enseñad.*» *Docete omnes gentes*; y obedeciendo este mandamiento, abandonaban humildes las delicias de su patria, para revelar a costa de su sangre a un bárbaro, a quien no habían jamás visto... ¿qué? Nada, según el mundo, casi nada: ¡*La existencia de Dios y la inmortalidad del alma!* ¡DOCETE OMNES GENTES!

IX

FIN DE LAS MISIONES

Hemos indicado los diferentes caminos de cada misión; caminos de sencillez, de ciencia, de legislación y de heroísmo. Bien pudiera engreírse Europa, y especialmente Francia, de donde partía el mayor número de misiones, al ver salir todos los años de su seno unos hombres que iban a iluminar con las maravillas de las artes, de las leyes, de la humanidad y del valor, las cuatro partes de la tierra. De esto nacía la alta idea que formaban los extranjeros de nuestra nación y de su Dios. Los pueblos más remotos querían entablar alianza con nosotros, y el embajador del salvaje del Occidente encontraba en nuestra corte al de las naciones orientales. No blasonamos de profetas; pero bien puede asegurarse, y la experiencia lo corroborará, que los sabios que se dirigen a esos lejanos países, armados de instrumentos y programas académicos, no llevarán a cabo en tiempo alguno lo que un pobre fraile, que saliendo a pie de su convento, supo realizar sin otros recursos que su breviario y su rosario.

LIBRO QUINTO

Ordenes militares de caballería.

I

CABALLEROS DE MALTA

No hay un recuerdo hermoso ni una institución admirable en los siglos modernos, que el cristianismo no reclame. Los únicos tiempos heroicos de la historia moderna, esto es, los tiempos ca-

1. CHARLEVOIX, t. I, lib. VII, p. 293.

2. Hist. de la Nouvelle-France, p. 293-294.

3. Ibid., p. 294.

ballerescos, le pertenecen también, pues la verdadera religión tiene el singular mérito de haber creado todos los encantos de esa maravillosa época.

M. de Sainte-Palaye pretende, al parecer, separar la caballería militar de la caballería religiosa, pero todo induce a confundirlas. Cree que la antigüedad de la primera no llega al siglo XI¹, pero ésta es precisamente la época de las Cruzadas que dieron origen a los Hospitalarios, a los Templarios, y a la Orden Teutónica². La ley formal por la cual la Caballería se obliga a defender la fe; la semejanza de sus ceremonias con las de los sacramentos de la Iglesia; sus ayunos, sus abluciones, sus confesiones, sus oraciones y sus votos monásticos³, patentizan que todos los caballeros tenían el mismo origen religioso. El voto del celibato, que parecía establecer una diferencia esencial entre héroes castos y guerreros que sólo hablan de amor, no es una cosa que deba detener; porque ese voto no era general en las órdenes militares cristianas. Los caballeros de Santiago de la Espada, en España, podían casarse⁴, y en la Orden de Malta no había obligación a renunciar al vínculo conyugal, sino cuando se obtenían las dignidades o se entraba en posesión de los beneficios de la Orden.

En sentir del abate Giustiniani, o según el testimonio más cierto, aunque menos agradable, del hermano Hélyot, se cuentan treinta órdenes religiosas militares: nueve bajo la regla de San Basilio, catorce bajo la de San Agustín, y siete que se ajustan al instituto de San Benito. Sólo hablaremos de las principales, es decir, de los Hospitalarios o caballeros de Malta, en el Oriente, de los Teutónicos, en Occidente y el Norte, y de los caballeros de Calatrava, comprendidos los de Alcántara y Santiago de la Espada, al Mediodía de Europa:

Si los historiadores son exactos, pueden contarse más de otras veintiocho órdenes militares, que por no estar su-

jetas a reglas particulares, sólo se han considerado como unas ilustres cofradías religiosas: éstas son aquellos caballeros del León, de la Media Luna, del Dragón, del Águila Blanca, del Lirio, del Hierro de Oro, y caballeros del Hacha, cuyos nombres recuerdan a los Rolando, Roger, los Renaud, los Clorindo, Bradamante, y todos los prodigios de la Tabla Redonda.

Algunos comerciantes de Amalfi, en el reino de Nápoles, obtuvieron de Romensor, califa de Egipto, el permiso de construir una iglesia latina en Jerusalén, a la cual añadieron un hospital para los extranjeros y peregrinos, gobernados por Gerardo de Provenza. Las Cruzadas empiezan; llega Godofredo de Bouillon, y cede algunas tierras a los nuevos Hospitalarios. Boyant-Roger sucede a Gerardo, y Raimundo Dupuy a Roger. Toma Dupuy el título de gran maestre; divide los hospitalarios en *caballeros*, para guardar los caminos a los peregrinos y para combatir a los infieles; en *capellanes*, consagrados al servicio del altar, y en *hermanos sirvientes*, que debían también esgrimir las armas.

Italia, España, Francia, Inglaterra, Alemania y Grecia, que unas veces unidas y otras separadas llegaban a las costas de Siria, fueron sostenidas por los valientes Hospitalarios. Pero la fortuna cambia, sin cambiar el valor: Saladino vuelve a tomar a Jerusalén. Acre o Tolemaida llega a ser el único puerto que les queda a los cruzados en Palestina. Hallábanse allí los reyes de Jerusalén y Chipre, de Nápoles y Sicilia, el de Armenia, el príncipe de Antioquía, el conde de Jaffa, el patriarca de Jerusalén, los caballeros del Santo Sepulcro, el legado del Papa, el conde de Trípoli, el príncipe de Galilea, los Templarios, los Hospitalarios, los caballeros Teutónicos; los de San Lázaro, los venecianos, los genoveses, los pisanos, los florentinos, el príncipe de Tarento, y el duque de Atenas. Todos estos príncipes, todos estos pueblos, todas estas órdenes tenían su cuartel separado, donde vivían independientes los unos de los otros: «de manera, dice el abate Fleury, que allí había cincuenta y ocho tri-

1. *Mém. sur l'anc. chev.*, t. I, parte II, p. 66.

2. *Hén., Hist. de Francia*, t. I, p. 167; *Fleury, Hist. ecclés.* t. XIV, p. 387; t. XV, p. 604; *Hélyot, Hist. des Ordres relig.*, t. III, p. 74, 143.

3. *SAINTE-PALAYE, loc. cit.*

4. *Fleury, Hist. ecclés.*, t. XV, lib. LXXII, p. 406, edic. 1719, en 4.º

bunales que juzgaban en causas de muerte ¹.»

Las rivalidades no tardaron en estallar entre tantos hombres de costumbres e intereses diversos, y al fin llegaron a las manos en la ciudad. Carlos de Anjou y Hugo III, rey de Chipre, que aspiraban al trono de Jerusalén, aumentaron la confusión. Aprovechóse el soldán Melec-Mesor de estas discordias intestinas, y avanzó con un poderoso ejército, resuelto en arrancar a los cruzados su último asilo, pero murió envenenado por uno de sus emires al salir de Egipto; no obstante, antes de expirar hizo jurar a su hijo que no daría sepultura a las cenizas de su padre hasta conquistar la Tolemaida.

Melec-Seraph cumplió religiosamente la última voluntad de su padre; puso sitio a Acre, y la tomó por asalto el 18 de mayo de 1291. Unas religiosas dieron en esta ocasión un asombroso ejemplo de castidad cristiana: se mutilaron el rostro, y fueron encontradas en ese estado por los infieles, quienes tuvieron horror y las degollaron.

Tomada Tolemaida, los Hospitalarios se retiraron a la isla de Chipre, donde permanecieron diez y ocho años. Sublevada Rodas contra Andrónico, emperador del Oriente, llamó a los sarracenos a sus muros. Villaret, gran maestro de los Hospitalarios, obtuvo de Andrónico el gobierno de la isla, en caso de lograr substraerla al yugo mahometano; y valiéndose sus caballeros del ardid de cubrirse con pieles de oveja y mezclarse entre un rebaño, andando sobre pies y manos, se introdujeron en la ciudad durante una espesa niebla, y apoderándose de una de sus puertas, degollaron la guardia; y merced a tal estratagema entró en la plaza el resto del ejército cristiano.

Cuatro veces intentaron los turcos recuperar la isla de Rodas del poder de los caballeros, pero fueron otras tantas rechazados. En la tercera tentativa duró el sitio cinco años, y en la cuarta, Mahomet batió los muros con diez y seis cañones de un calibre nunca visto en Europa.

Libres apenas aquellos caballeros del

poder otomano, se declararon sus protectores. Un príncipe llamado Zizimo, hijo de Mahomet II, que batiera poco antes las murallas de Rodas, imploró el socorro de los caballeros contra Bayaceto, su hermano, que le había usurpado su herencia. Temiendo Bayaceto una guerra civil, se apresuró a hacer la paz con la Orden, y se convino en pagarle todos los años cierta suma como pensión a Zizimo; viniendo a ser, por uno de esos raros caprichos de la fortuna, un poderoso emperador de los turcos, tributario de un corto número de Hospitalarios cristianos.

Por último, siendo gran maestro Villiers de l'Íle-Adam, Solimán se apoderó de Rodas, después de perder cien mil hombres. Retiráronse los caballeros a Malta, cedida por Carlos V, y allí fueron atacados de nuevo por los turcos; mas, merced a su valor, quedaron en pacífica posesión de la isla, bajo cuyo nombre son aún conocidos ¹.

II

ORDEN TEUTÓNICA

En la otra extremidad de Europa, la caballería religiosa echaba los fundamentos de unos Estados que han llegado a ser reinos poderosos.

La Orden Teutónica tuvo su origen en el primer asedio de Acre por los cristianos, hacia el año 1190. Llamóle más tarde el duque de Masovia y de Polonia a la defensa de sus Estados contra las invasiones de los prusianos. Estos pueblos bárbaros, que salían de tiempo en tiempo de sus bosques para devastar las vecinas comarcas, habían reducido la provincia de Culm a un espantoso desierto, sin dejar en pie en el Vístula más que el castillo de Plotzko. Los caballeros teutónicos internáronse poco a poco en los bosques de Prusia, donde constituyeron algunas fortalezas, y subyugando, sucesivamente, a los warmienos, a los bartos, y a los natangos, aseguraron la navegación de los mares del Norte.

Los caballeros Portaespadas, que ha-

1. *Hist. eccles.*

1. *Vest., Hist. des Chev. de Malte; Fleury, Hist. eccles.; Giustiniani, Ist. cron. dell'or. degli Ord. milit.; Helvet, Hist. des Ord. relig., t. III.*

bían también trabajado en la conquista de los países septentrionales, se reunieron a los teutónicos, y les revistieron de un poder verdaderamente real. No obstante, los progresos de la Orden se retardaron, a causa de la división que reinó durante mucho tiempo entre los caballeros y los obispos de Livonia. Finalmente, sometido ya todo el norte de Europa, Alberto, marqués de Brandeburgo, abrazó el luteranismo, arrojó a los caballeros de su gobierno, y se hizo único señor de Prusia, que entonces tomó el nombre de Prusia Ducal, hasta que en 1701 este nuevo ducado se erigió en reino, en tiempo del abuelo del gran Federico.

Aun subsisten en Alemania los restos de la Orden Teutónica, siendo actualmente su gran maestro el príncipe Carlos ¹.

III

CABALLEROS DE CALATRAVA Y DE SANTIAGO DE LA ESPADA

La Caballería hacia los mismos progresos en el centro de Europa que en sus dos extremidades.

En 1147, Alfonso el Batallador, rey de Castilla, ganó a los moros la plaza de Calatrava, en Andalucía. Ocho años después, siendo rey don Sancho, sucesor de Alfonso, quisieron aquéllos recobrarla y empezaron a hacer sus preparativos. Intimidado Sancho, mandó publicar que concedería la plaza al que quisiese defenderla. Nadie se atrevió a presentarse sino un benedictino de la Orden del Cister, don Diego Velázquez, y su abad Raimundo, que entraron en Calatrava con los paisanos y las familias que dependían de su monasterio de Fitero, y haciendo empuñar las armas a los hermanos conversos, fortificaron la amenazada ciudad. Noticiosos de ello, los moros desistieron de su empresa, y la plaza quedó por el abad Raimundo, y los hermanos conversos se trocaron en caballeros llamados de Calatrava.

Éstos hicieron en lo sucesivo muchas conquistas a los moros de Valencia y de

Jaén: Fabara, Maella, Mazaleón, Valdelortmo, la Fresneda, Valderrobes, Calanda y Aguaviva cayeron sucesivamente en su poder; pero en la batalla de Alarcos, ganada por los moros de África en 1195, la Orden recibió un terrible descalabro, pues perecieron casi todos los caballeros de Calatrava con los de Alcántara y Santiago.

No hablaremos detalladamente de éstos, pues su instinto fué también pelear contra los moros, y proteger a los caminantes contra las incursiones de los infieles ¹.

Basta recorrer someramente la historia en la época de la institución de la caballería religiosa, para conocer los importantes servicios que prestó a la sociedad. La Orden de Malta protegía en el Oriente el comercio y la navegación que renacía y, durante más de un siglo, fué el único baluarte que impidió a los turcos arrojar sobre Italia. La Orden Teutónica, subyugando en el Norte a los pueblos errantes de las costas del Báltico, apagó el volcán de aquellas terribles erupciones que tantas veces desolaron a Europa, y dió tiempo para propagar la civilización y perfeccionar esas nuevas armas que nos defenderán eternamente de los Alaricos y los Atilas.

No parecerá esto una vana conjetura, si se recapacita que las correrías de los normandos no cesaron hasta el siglo X, y que los caballeros Teutónicos, a su llegada al Norte, encontraron una población reparada, e innumerables bárbaros. Los turcos, oriundos del Oriente, los livonios, prusianos y pomeranos, oriundos del Occidente y del Septentrion, hubieran renovado en Europa, mal repuesta de sus largas calamidades, las escenas de los hunos y de los godos.

Los caballeros Teutónicos prestaron un doble servicio a la humanidad, pues, domando a los bárbaros, les forzaron a dedicarse al cultivo de los campos y a abrazar la vida social. Crisburgo, Bartenstein, Wisemburgo, Wesel, Brumberg, Torn, y la mayor parte de las ciudades de Prusia, de Curlandia y de la Semigalia fueron fundadas por esta orden militar religiosa; y así como puede gloriarse de haber asegurado la existen-

¹ SHOONBECK, *Ord. milit.*; GIUSTINIANI, *Ist. cronol. dell'or. degli Ord. milit.*; HÉLYOT, *Hist. des Ord. relig.*, t. III; FLEURY, *Hist. eccles.*

¹ SHOONBECK, GIUSTINIANI, HÉLYOT, FLEURY y MARIANA.

cia de Francia y de Inglaterra, puede también envanecerse de haber civilizado el norte de Germania.

Quedaba aún otro enemigo más peligroso que turcos y prusianos, porque se hallaba en el centro de Europa. Los moros se han visto repetidas veces próximos a subyugar la cristiandad; y si bien mostraban más cultura que los otros bárbaros, su religión, que autoriza la poligamia y la esclavitud, y su temperamento despótico y envidioso, eran un obstáculo invencible, así para su ilustración, como para la felicidad de la humanidad.

Las órdenes militares de España, peleando sin tregua contra estos infieles, evitaron no menos que la Orden Teutónica y la de San Juan de Jerusalén, terribles catástrofes. Los caballeros cristianos reemplazaron en Europa a los ejércitos regulares, pues formaron una especie de milicia reglada, que marchaba adonde más inminente era el peligro. Los reyes y barones, obligados a dar las licencias a sus vasallos al cabo de algunos meses de servicio, habían sido sorprendidos muchas veces por los bárbaros, que sabían aprovechar toda favorable coyuntura; y lo que ni la experiencia ni el talento alcanzaran, lo ejecutó la religión, asociando unos hombres que juraron en nombre de Dios derramar su sangre en defensa de la patria. Viéronse entonces libres los caminos, purgadas las provincias de los malhechores que las infestaban, y los enemigos exteriores encontraron un inexpugnable baluarte, en que se estrellaron sus esfuerzos y ambiciones.

Se les ha acusado a los Caballeros de haber ido a buscar a los infieles hasta en sus propios hogares, porque no se medita que esto fué una justa represalia contra unos pueblos que habían sido los primeros en atacar a los cristianos. Los moros exterminados por Carlos Martel justifican las Cruzadas. ¿Acaso los discípulos del Corán permanecieron inofensivos en los desiertos de Arabia? ¿No llevaron acaso su ley y sus estragos hasta las murallas de Delhi y las fortalezas de Viena? ¿Debíase esperar a que las cuevas en que se guarecían aquellas fieras, se poblasen de nuevo? ¿Será que tal empresa no fué justa ni necesaria,

porque se marchó contra ellos a la sombra de la bandera de la religión? ¿Teutates, Odín y Alá, hubieron sido más aceptables que Jesucristo?

IV

VIDA Y COSTUMBRES DE LOS CABALLEROS

Los objetos que más hablan a la imaginación no son tan fáciles de describir, ya porque la imagen vaga, que en conjunto representan, produce una impresión más maravillosa que cuantas descripciones pudieran hacerse, ya porque la mente camina siempre aun más allá de lo que se le pinta. Comoquiera que sea, la palabra *Caballería*, o el nombre de un ilustre *caballero*, es una maravilla superior a toda descripción, pues comprende así las fábulas de Ariosto como las hazañas de los verdaderos paladines, así los palacios de Alcino y de Armida, como las torrecillas de Cœuvre y de Anet.

No es posible hablar históricamente de la Caballería, sin recurrir a los trovadores que la cantaron; así como es necesario valerse de la autoridad de Homero en todo lo relativo a los antiguos héroes, según lo han reconocido los más severos críticos; pero, en este caso, más parece que se escribe una novela que verdaderos hechos, porque, acostumbrados a la desnuda y estéril verdad, si la vemos con algún atavío, la desconocemos, la juzgamos mentira, y preferimos, como los pueblos polares, nuestros tristes y áridos desiertos, a aquellos deliciosos campos, en que

La terra molle, e lieta, e diletta,
Simili a se gli abitator produce¹.

La educación del caballero empezaba a los siete años². Duguesclin, niño aun, se divertía con los campesinos de su edad en remedar asechos y combates en las inmediaciones de la quinta de su padre. Corría por los montes, luchaba con los vientos, saltaba anchos fosos, escalaba los olmos y las encinas, y anunciaba ya en los arenales de Breta-

1. TASS. cant. I, ott. 62.

2. SAINTE-PALAYE, t. I, parte primera.

ña al héroe llamado a salvar a Francia¹.

Pasábase luego al oficio de paje en la casa de algún barón, donde se adquirían las primeras lecciones acerca de la fe que debía guardarse a Dios y a las damas². Muchas veces, enamorado el pajecillo de la hija del señor, sentía uno de aquellos durables afectos que le impulsaban a esos milagros de valor, inmortalizados por la fama. Los vastos castillos góticos, las añosas selvas, los grandes y solitarios estanques, fomentaban con un aspecto romanesco unas pasiones inextinguibles.

Lleno de amor y denuedo continuaba el paje aquellos varoniles ejercicios que le abrían el camino del honor. Perseguía sobre indómito corcel a los animales montaraces en lo más intrincado de las selvas, o atrayendo al halcón, señor de los espacios, forzaba a este tirano de los aires a venir tímido y sumiso a posarse en su mano segura. Tan pronto imitando a Aquiles en su infancia, hacía volar por la llanura los caballos, lanzándose del uno al otro, montándolos de un salto, como trepaba armado por mal segura escala, y creyéndose ya sobre la brecha, gritaba: *Montjoie et Saint-Denis*³! En la corte de su barón recibía las instrucciones y ejemplos propios para formar su vida. Allí concurrían muchos caballeros, conocidos o incógnitos, que dedicados a las peligrosas aventuras de su profesión, venían solos desde los reinos de Catay, de los confines del Asia, y de aquellos increíbles lugares donde daban a los agravios cumplida satisfacción, y peleaban denodadamente contra los infieles.

«Véanse, dice Froissard, hablando de la casa del duque de Foy, pasear por salas y estrados a muchos caballeros y escuderos de honor, y se les oía hablar de armas y de amores; allí habitaba el honor, y allí se sabían las noticias de todo país o reino, porque de todas partes acudían atraídos por la celebridad del señor.»

El paje pasaba a escudero, y la religión presidía siempre estos nuevos grados. Unos padrinos poderosos y unas

hermosas madrinas prometían ante el altar, en nombre del futuro héroe, religión, fidelidad y amor. Los servicios del escudero en tiempo de paz, se reducían a trincar y servir las viandas en la mesa, y presentar agua a los convidados para lavarse, como los guerreros de Homero. Los principales señores no creían rebajarse al desempeñar tales cargos. «En una mesa, frente al rey, dice el señor de Joinville, comía el rey de Navarra, muy adornado y engalanado con vestiduras de oro, en cota y manto, el cinto, el collar y sombrero de oro fino, ante el cual yo trinchaba.»

El escudero seguía al caballero a la guerra, le llevaba la lanza y el yelmo sobre el arzón de la silla, y conducía sus caballos del diestro. «Cuando entraba en el bosque, encuentra cuatro escuderos conduciendo del diestro cuatro blancos corceles de guerra.» Su obligación en duelos y batallas era proveer de armas a su caballero, levantarlo cuando caía, darle caballo de refresco, y parar los golpes que se le daban, pero sin poder combatir por su cuenta.

Por último, cuando nada faltaba a las cualidades del *perseverante*, era admitido a los honores de la Caballería. Los campos de un torneo, los de batalla, el foso de un castillo o la brecha de una torre, eran muchas veces el honroso teatro donde se le confería la orden de los valientes y esforzados. En la conclusión de una batalla se arrodillaban los bravos escuderos a los pies del rey o del general, que, dándoles tres espaldarazos, les armaba caballeros. Cuando Bayardo confirió la orden de Caballería a Francisco I, dijo a su espada: «Muy dichosa eres en haber dado hoy la Orden de Caballería a tan apuesto y poderoso monarca; y así, espada mía, te miraré como una reliquia, y te preferiré a cualquiera otra honrada.» Y después, añade el historiador, dió dos saltos, y envainó su espada.

Apenas el nuevo caballero se veía armado de todas armas, trataba de distinguirse con hechos extraordinarios. Recorría montes y valles en busca de peligros y aventuras; atravesaba selvas seculares, espesos matorrales y profundas soledades. Acercábase, al llegar la noche, a un castillo, cuyas solitarias

1. *Vie de Duguesclin*.

2. *SAINT-PALAYE*, t. I, p. 7.

3. *SAINT-PALAYE*, t. I, part. II.

torres descubría, imaginando ser aquel algún lugar en donde su valor había de dar cima a alguna no vista proeza. Cuando oía el sonido de un cuerno, bajaba su visera, y se encomendaba a la dama de sus pensamientos. Sobre las cimas del castillo, se elevaba un *yelmo*, enseña evidente de la morada de un hospitalario caballero. Bajábanse los puentes levadizos, y el aventurero caminante entraba en el apartado asilo. Si quería guardar el incógnito, cubría su escudo con una *gualdrapa*, un *velo verde*, o un *grñón más delicado que el lirio*. Las damas y las madamitas se apresuraban a desarmarlo, a darle ricos vestidos y a servirle generosos vinos en vasos de cristal. Algunas veces encontraba al castellano rodeado de regocijo: «El señor Amanieu de Escas, después de comer en invierno al amor de la lumbré, en una sala muy abrigada, rodeado de sus escuderos, departía de armas y de amor, pues hasta los últimos pajes se mezclaban en materias de amor ¹.»

Estas fiestas de los castillos eran siempre algo enigmáticas: unas veces eran el festín del *unicornio*, otras la *ofrenda del pavón* o del *faisán*. Ni eran menos misteriosos los convidados: caballeros del Cisne, del Escudo Blanco, de la Lanza de Oro, del Silencio; guerreros sólo conocidos por las divisas de sus broqueles y por las penitencias a que se sujetaban ².

Los trovadores, adornados de plumas de pavo real, entraban en la sala hacia el fin de la fiesta, y cantaban los *layes* de amor:

Armes, amours, déduit, joie et plaisance,
Espoir, désir, souvenir, hardement,
Jeunesse, aussi manière et contenance,
Humble regard, trait amourement,
Gents corps, jolis, parez très-richement,
Avisiez bien ceste raison nouvelle;
Le jour de may, cette grand-feste et balle,
Qui par le roy se fait à Saint-Denys;
A bien jouter gardez vostre querelle,
Et vous serez honorez et chéris ³.

El principio de las armas caballerescas era

1. SAINTE-PALAYE.

2. *Hist. du maréchal de Boucicault*.

3. Armas, amores, solaz, alegría y placer,—esperanza, desco, recuerdo, audacia,—juventud, también afectación y continencia,—respetuosa mirada, fijada amorosamente,—gentiles cuerpos, bonitos, ataviados muy ricamente,—prestad atención a esta primavera—el día de mayo, esta grande y hermosa fiesta,—que da el rey en San Dionisio,—para justar bien guardad vuestra disputa,—y seréis honrados y queridos. (N. del T.)

«Grand bruit au champ, et grand'joie au logis.»
Bruits es chane, et joie à l'ostel ¹.

Mas no siempre encontraba el caballero tales festejos al llegar al castillo, pues algunas veces solía ser ésta la mansión de una piadosa dama que gemía tras los hierros de una reja.

El apuesto caballero, noble, cortés y bravo, a quien se le había negado la entrada en la mansión, pasaba la noche al pie de una torre, desde donde oía los suspiros de alguna Gabriela, que llamaba en vano al valeroso Couci. El caballero, no menos compasivo que esforzado, juraba por su *durindana* y su *aquilino*, su fiel espada y su rápido corcel, desafiar a singular batalla al felón que atormentaba a la belleza, contra toda ley de honor y de caballería.

Mas si era recibido en fortalezas tan sombrías, bien había menester de todo su esfuerzo. Unos pajes mudos que le miraban con vista hurafía le introducían por largas y oscuras galerías al cuarto solitario que se le destinaba. Solía ser éste un antiguo torreón que conservaba la memoria de alguna peregrina historia, y se llamaba la cámara del rey Ricardo, o de la dama de las Siete Torres. El techo estaba pintado de antiguos escudos de armas, y sus paredes cubiertas de tapices que representaban personajes, cuyos ojos parecían seguir al caballero, y que servían para ocultar unas puertas secretas. A media noche oíase un ligero ruido, movíanse los tapices, apagábase la lámpara del caballero andante, y se levantaba un ataúd al lado de su cama.

Siendo inútiles contra los muertos la maza y la lanza, el caballero recurría a los votos de peregrinación. Libre al fin por el favor divino, iba a consultar al ermitaño de la roca, que le decía: «Si poseyeras tanto como el rey Alejandro, si tuvieras tanto entendimiento como Salomón, y fueras tan caballero como el valiente Héctor de Troya, como reinase en ti el orgullo, lo destruiría todo ².»

Comprendiendo por estas palabras el buen caballero que sus visiones eran

1. «Gran ruido en el campo, y mucha alegría en el hostal.» (N. del T.)

2. SAINTE PALAYE.

castigo de sus faltas, se esforzaba en mostrarse *sin miedo y sin tacha*.

Montando, pues, en su caballo, daba fin con mil encuentros y batallas famosas a todas aquellas portentosas aventuras cantadas por nuestros poetas y recordadas por nuestras crónicas. Libertaba a princesas encerradas en cuevas, desfacía entuertos, socorría a los huérfanos y viudas, y se defendía a la vez de la perfidia de los enanos y de la fuerza de los gigantes. No menos conservador de las costumbres que protector de los desvalidos, cuando pasaba por delante del castillo de una dama de dudosa conducta, desdeñaba entrar en él, y ponía a sus puertas una nota de infamia¹. Mas, si por el contrario, la dama que allí moraba tenía gracia y virtud, exclamaba: «Mi buena amiga, o mi buena señora o doncella, pido a Dios se digne manteneros con ese bien y honor en el número de las buenas, porque debéis ser honrada y loada.»

Llegaba algunas veces el honor de estos caballeros al exceso de virtud que se admira y se detesta en los primeros romanos. Cuando la reina Margarita, esposa de San Luis, hallándose en Damietta próxima a su alumbamiento, supo la derrota del ejército cristiano y la captura del rey su esposo, «hizo salir a todo el mundo de su cámara, dice Joinville, excepto al caballero (un caballero de ochenta años de edad), y arrodillándose ante él le pide un favor, y el caballero jura otorgárselo: ella le dice: *demandando de vos, por la fe que me habéis mostrado, que si los sarracenos se apoderan de esta ciudad, me cortéis la cabeza antes que yo caiga en sus manos*. Y el caballero responde: *Estad segura que lo haré de muy buen grado, pues ya había yo pensado que os matarais antes de que os aprehendieran*»².

Las empresas solitarias servían al caballero como de escalones para llegar a la más alta cumbre de la gloria. Cuando tenía noticias por los ministriles que se preparaban torneos en el noble país de Francia, acudía sin demora a la cita de los valientes. Ya prevenidas las lides, y colocadas las damas en altas tri-

bunas, buscaban con la vista a los esforzados guerreros de sus colores, en tanto que los trovadores cantaban:

Servants d'amour, regardez doucement
Aux eschafaux, anges de paradis,
Lors jousterez font et joyeusement,
Et vous serez honores et chéris¹.

Súbito, resuena un grito: «¡Honor a los hijos de los valientes!» Suenan los clarines, ábrese las barreras. Cien caballeros se lanzan de ambos extremos del palenque, y se encuentran en medio. Vuelan las lanzas en astillas; chocan los caballos, y ruedan por tierra. ¡Dichoso el héroe que dirigiendo con acierto sus botes, y no hiriendo, a fuer de leal caballero, sino desde la cintura al hombro, ha derribado a su adversario sin herirlo! Todos los corazones se entusiasman en su favor, y todas las damas aspiran a porfía a enviarle nuevas divisas que adornen sus armas. Los heraldos, mientras, gritan al caballero: ¡No olvides de quién eres hijo, y no degeneres! Justas, castillos, pasos de armas, y combates entre bandos hacen brillar alternativamente la fuerza, la destreza y el valor de los combatientes, al rumor de los gritos que, mezclados con el estruendo de las armas, suben a los cielos. Cada dama anima a su caballero, y le arroja un brazalete, un rizo de cabellos o una banda. Un sargino, hasta entonces alejado del campo de la gloria, si bien transformado en héroe por el amor, un bravo desconocido que ha combatido sin armas y sin ropajes y que se distingue por su *camisa ensangrentada*², eran proclamados vencedores de la justa, y se les gritaba, al recibir un beso de su dama: «¡El amor de las damas, la muerte de los héroes, gloria y prez a los caballeros!»

En estas fiestas brillaban el valor y cortesanía de La Tremouille, de Boucicault, de Bayardo, cuyos altos hechos hicieron probables las hazañas de los Perceforest y Lancelot y de los Gandifer. A los caballeros extranjeros les costaba caro el atreverse atacar a los caballeros de Francia. Durante las gue-

1. Sirvientes de amor, mirad dulcemente—a los estrados, ángeles de paraíso,—cuando justéis fuerte y gozosamente,—y seréis honrados y queridos. (N. del T.)

2. SAINTE-PALAYE, *Histoire des trois chevaliers de la Chanisse*.

1. DU CANGE, *Gloss*.

2. JOINVILLE, edic. de Capperonnier, p. 84.

rras del reinado de Carlos VI, Sampi y Boucicault sostuvieron solos los desafíos que los vencedores les enviaban por todas partes; y uniendo la generosidad al valor, devolvían los caballos y las armas a los temerarios que les habían llamado a campo cerrado.

El rey quería impedir a sus caballeros recoger el guante y resentirse por aquellos insultos particulares; pero los caballeros le dijeron: «Señor, el honor de Francia es tan naturalmente caro a sus hijos, que si el mismo diablo saliera del infierno para un desafío de valor, encontraría muchas personas para combatirlo.»

«Y también por aquel tiempo, dice un historiador, había caballeros de España y de Portugal, de los cuales, tres de esta última nación, muy afamados, tomaron, por no se sabe qué insensata empresa, campo de batalla contra tres caballeros de Francia; pero en buena verdad de Dios, no invirtieron tanto tiempo en ir de la puerta Saint-Martin a la puerta Saint-Antoine a caballo como los portugueses en ser vencidos por los tres franceses¹.»

Los únicos campeones que podían competir con los de Francia eran los caballeros ingleses, que tenían además la ventaja de verse favorecidos por la fortuna, porque nosotros nos destruíamos en guerras civiles. La batalla de Poitiers, tan funesta a Francia, fué, sin embargo, muy honrosa a la Caballería. El príncipe Negro, que por respeto, jamás quiso sentarse a la mesa del rey Juan, su prisionero, le dijo: «Me parece que debéis dar por bien empleado que la suerte se haya hoy declarado contra vos, pues habéis conquistado la fama de valiente con vuestras proezas, y sido uno de los más esforzados de vuestro ejército: no lo digo, amado señor, por adularos, pues todos aquellos de nuestra patria, que han visto a los unos y a los otros, piensan en justicia del mismo modo, y os conceden la ventaja y la palma.»

El caballero de Ribaumont, en una acción sostenida en las puertas de Calais, hizo arrodillar dos veces a Eduardo III, rey de Inglaterra; pero volvién-

dose siempre a levantar este monarca, forzó en fin a Ribaumont a rendirle su espada, y vencedores los ingleses entraron en la ciudad con sus prisioneros. Acompañado Eduardo del príncipe de Gales, dió una espléndida comida a los caballeros franceses, y acercándose a Ribaumont le dijo: «Sois el caballero que más valerosamente he visto en mi vida acometer a sus enemigos.» Tomó el rey el rosario que llevaba sobre la cabeza, que era precioso y rico, y lo puso sobre la de Eustaquio, diciéndole: «Monseñor Eustaquio, os entrego este rosario porque habéis sido hoy el mejor combatiente. Sé que sois alegre y enamorado, y que os encontráis a gusto entre damas y doncellas: sí, decid por dondequiera que os lo he dado yo. Sí, os doy por libre de vuestra prisión, y podéis partir mañana si os place¹.»

Juana de Arco reanimó el espíritu caballeresco en Francia, y se asegura que su brazo estaba armado de la famosa *jovial* (*joyeuse*) de Carlomagno, que había encontrado en la iglesia de Saint-Catherine-de-Fierbois, en Turena.

Si alguna vez nos fué contraria la suerte, jamás nos faltó el valor. Enrique IV, en la batalla de Ivry, gritaba a sus soldados que cejaban: «Volved la cabeza, si no para pelear, por lo menos para verme morir.» Nuestros guerreros han podido repetir siempre en su derrota aquella palabra inspirada por el genio de la nación al último caballero francés en Pavia: «Todo está perdido, *excepto* el honor.»

Dignas eran de eterna prez tantas virtudes. Si el héroe moría en los campos de su patria, enlutada toda la Caballería, le honraba con fastuosos funerales; mas, si perecía en empresas remotas y no le quedaba ningún hermano de armas, ni un escudero que le diese sepultura, el cielo le enviaba al efecto alguno de aquellos solitarios que a la sazón habitaban los desiertos, y que

... Su 'l Libano spesso, e su 'l Carmelo
In aerea magiòn fan dimoranza.

Esto inspiró al Taso su episodio de Suenon: un solitario de la Tebaida o un ermitaño del Libano recogía diaria-

1. *Journal de Paris*, de los reinados de Carlos VI y VII.
CRISTIANISMO.—19

mente las cenizas de algún caballero degollado por los infieles; el cantor de Solima presta a la verdad el lenguaje de las Musas.

«Vi descender de improviso de aquel hermoso globo, o sol de la noche, un rayo que, alejándose como una flecha de oro, iba a dar sobre el cuerpo del héroe... ..

»No yacía el guerrero con el rostro en tierra, sino que, así como en otro tiempo todos sus deseos se dirigían a las estrelladas regiones, su rostro miraba al cielo, objeto de su única esperanza. Su mano derecha estaba cerrada y su brazo encogido; apretaba fuertemente el acero, en ademán de herir; la otra mano, más humilde y piadosa, descansaba sobre su pecho, pareciendo que pedía perdón a Dios...

»Otro milagro excitó en breve mi atención:

»En el sitio donde mi señor yacía, surgió de repente del seno de la tierra un vasto sepulcro, que abrazando el cuerpo del joven príncipe, se cerró sobre él... Una breve inscripción recuerda al caminante el nombre y las virtudes del héroe. No podía apartar los ojos de aquel monumento, y contemplaba ora los caracteres de su epitafio, ora el mármol fúnebre.

»Aquí, dijo el anciano, descansará el cuerpo de tu general cerca de sus fieles amigos, al mismo tiempo que sus almas dichosas gozarán, amándose en los cielos, de gloria y honor eterno ¹.»

Mas el caballero que había contraído en su juventud aquellos vínculos heroicos, que ni aun perdiendo la vida se rompían, no debía temer morir solo en los desiertos: a falta de los milagros del cielo, le seguían los de la amistad. Acompañado constantemente de su *hermano de armas*, encontraba en él manos guerreras para cavar su fosa, y un brazo para vengarlo. Estas uniones se confirmaban con los más terribles juramentos: a veces los dos amigos se sacaban sangre de las venas y la mezclaban en la misma copa; llevaban por prenda de su fe mutua, un corazón de oro, una cadena o una sortija. El amor, tan sagrado para los caballeros, sólo

ejercía en semejantes casos el segundo derecho sobre sus almas, pues prestaban su apoyo al amigo con preferencia a la amada.

Una cosa, no obstante, podía desatar estos nudos: la enemistad de las patrias. Dos hermanos de armas de diversas naciones, cesaban de estar unidos, en cuanto sus patrias se separaban. Hue de Carvalay, caballero inglés que fué el amigo de Beltrán Duguesclín, cuando el príncipe Negro rompió las hostilidades contra el rey Enrique de Castilla, se vió precisado a separarse de aquél, y le dijo al despedirse:

«Noble señor, debemos separarnos. Hasta aquí hemos vivido siempre en buena armonía, habiendo sido comunes nuestras cosas. Creo que he recibido más que vos, y os pido hagamos la cuenta por partes iguales...—Éso es necesidad, replicóle Beltrán; nunca he pensado en tal cuenta... réstanos sólo obrar bien: la razón exige que sigáis a vuestro señor, pues así debe hacerlo todo hombre honrado; un afecto leal formó nuestra amistad, y con él mismo nos separaremos, por sensible que sea. Besóle entonces Beltrán, como asimismo todos sus compañeros, siendo muy tierna esta separación ¹.»

El desinterés y la grandeza de alma con que algunos caballeros adquirieron el glorioso renombre de *sin tacha*, coronará la pintura de sus virtudes cristianas. El mismo Duguesclín, flor y nata de la Caballería francesa, siendo prisionero del príncipe Negro, rivalizó en magnanimidad con Poro, cuando cayó en manos de Alejandro. Habiéndole el príncipe encargado que valuase su rescate, señaló tan excesiva suma, que atónito el héroe inglés le preguntó: «¿Y de dónde sacaréis tanto oro?» «De entre mis amigos, respondió el altivo condestable, porque no hay *hilandera* en Francia que no hile en su rueca por librarme de vuestras manos.»

Admirando la reina de Inglaterra las virtudes de Duguesclín, fué la primera que le dió una crecida suma para contribuir al pronto rescate del más formidable enemigo de su patria. «¡Ah! señora, exclama el caballero bretón,

1. *Ger. Lib.*, cant. VIII.

1. *Vie de Bertrand Du Guesclín.*

arrojándose a sus pies, habíame tenido hasta aquí por el hombre más feo de Francia, pero de hoy más comienzo a no tener tan mala opinión de mí al ver los regalos que me hacen las damas.»

LIBRO SEXTO

Servicios de que la sociedad es deudora al clero y a la religión cristiana en general.

I

INMENSIDAD DE LOS BENEFICIOS DEL CRISTIANISMO ¹

Nada sabríamos si sólo de un manera vaga supiésemos los beneficios del cristianismo: lo que debe conocerse a fondo es el arte con que ha llevado a cabo estos beneficios, diversificando sus dones, difundiendo sus auxilios, distribuyendo sus tesoros, sus remedios y sus luces. La religión ha sabido dirigir nuestros sentimientos delicados, nuestro amor propio y hasta nuestras debilidades, brindando a todos los males y flaquezas un saludable consuelo. Ello es cierto que tantos rasgos de beneficencia, tantas fundaciones admirables, tantos inconcebibles sacrificios, hacen creer que este solo mérito del cristianismo basta para expiar todos los crímenes de los hombres: culto celeste que nos obliga a amar a la triste humanidad que le calumnia.

Poco es lo que vamos a decir respecto de lo que será forzoso callar, pues ni aun la seguridad tenemos de haber elegido lo más digno de mención; pero en la imposibilidad de describir minuciosamente tantos y tan admirables beneficios, recogemos casi a la casualidad las ideas que sobre el particular vamos a emitir.

Para formar desde luego cabal juicio de la inmensidad de estos beneficios,

debe suponerse a la cristiandad como una vasta república, donde todo lo que se refiere de una parte de ella, ocurre también en las demás; así, al hablar de hospitales, misiones y colegios de Francia, se hace mención de los de Italia, España, Alemania, Rusia, Inglaterra, América, África y Asia; debemos representarnos que doscientos millones de hombres, por lo menos, practican iguales virtudes y sacrificios; recuérdese asimismo que ha mil ochocientos años que se repiten idénticos actos de caridad. ¡Calcúlese ahora, si el espíritu no se confunde, cuál será el número de individuos socorridos e ilustrados por el cristianismo en tantas naciones, y durante tan dilatada sucesión de siglos!

II

HOSPITALES

La caridad, virtud absolutamente cristiana y desconocida por los antiguos, nació con Jesucristo; ésta es la virtud que le distinguió principalmente de los demás mortales, y fué en él el sello de la renovación de la naturaleza humana. Los apóstoles, a imitación de su divino Maestro, ganaron en breve los corazones, y sedujeron santamente a los hombres.

Los primeros fieles, instruidos en esta gran virtud, pusieron en común algunos denarios para socorrer a los necesitados, a los enfermos y a los viajeros: he aquí el origen de los hospitales. Ya opulenta la Iglesia, fundó para los enfermos unos establecimientos dignos de ella. Desde aquel momento las obras de misericordia no conocieron límites, y la caridad se desbordó, por decirlo así, sobre los desvalidos, hasta entonces abandonados por los felices del mundo. Se preguntará quizá qué hacían los ancianos cuando carecían de hospitales. Dos medios, ignorados de los cristianos, les servían para deshacerse de los pobres y desgraciados: el infanticidio y la esclavitud.

Las enfermerías o leproserías de San Lázaro fueron, al parecer, las primeras

¹ Véase para toda esta parte a HÉLYOT, *Hist. des Ordres relig. et milit.*, 8 vol., in-4.^o; HERMANT, *Étab. des Ord. relig.*; BONNANI, *Catal. omm. Ord. relig.*; GIUSTINIANI, MENHUIS y SCHOONBECK, en su *Hist. des Ordres milit.*; SAINT-FOIX, *Essais sur Paris; Vie de Saint Vincent de Paul; Vie des Pères du Désert*; S. BASSIL, *Oper.*; LEBLANC, *Hist. de Bretagne*.

casas de refugio en Oriente. Recibíase en ellas a los leprosos que, abandonados de sus parientes, desfallecían en las calles y plazas de las ciudades, causando universal horror. Estos hospitales estaban servidos por religiosos de la Orden de San Basilio.

Hemos hecho mención de los *Trinitarios* o padres de la *Redención de cautivos*. Diremos ahora que San Pedro Nolasco imitó en España a San Juan de Matha en Francia. No es posible leer, sin enternecerse, las reglas austeras de estas Órdenes. Por su primera constitución, los trinitarios no podían comer más que legumbres y lacticios. ¿Y por qué tan rigurosa vida? Porque cuanto más se privaban de las necesidades de la vida, más tesoros les quedaban para prodigar a los bárbaros; y por que si la cólera del cielo debía aplacarse por medio de víctimas, esperábase que el Omnipotente aceptaría las expiaciones de estos religiosos a cambio de los males de que libraban a los cautivos.

La orden de la *Merced* dió muchos santos al mundo. San Pedro Pascal, obispo de Jaén, después de invertir todas sus rentas en rescatar cautivos y en socorrer a los pobres, pasó a Turquía, donde fué cargado de cadenas. El clero y el pueblo de su iglesia le enviaron recursos para su rescate. «El santo, dice Hélyot, le recibió con mucho agradecimiento, si bien, lejos de emplearle en conseguir su libertad, rescató a muchas mujeres y niños, de quienes temía que por su debilidad abandonasen la religión cristiana, y permaneció en poder de los bárbaros, que le procuraron la corona del martirio en 1300.»

También se formó en esta Orden una congregación de mujeres, dedicadas al socorro de los pobres extranjeros. Una de las fundadoras de esta tercera Orden fué una señora principal de Barcelona, que repartió todos sus bienes a los desgraciados; su apellido no ha llegado hasta nosotros, y sólo es conocida bajo el nombre de *Maria DEL SOCORRO*, que los pobres le dieron.

La Orden de *Religiosas penitentes*, en Alemania y Francia, alejaba del vicio a las desgraciadas muchachas expuestas a perecer en la miseria después de haber vivido en el desorden.

Era cosa divina sobre toda ponderación ver a la religión, superando su repugnancia por un exceso de caridad, exigir hasta la completa justificación del vicio, temiendo no se defraudasen los altos fines de sus instituciones, y que la inocencia, bajo la máscara del arrepentimiento, no usurpara un retiro que no era establecido para ella. «Sabéis, dice Juan Simón, obispo de París, en las constituciones de esta Orden, que algunas de las vírgenes que han venido a nosotros..., por sugestión de sus padres y madres, que no pedían sino deshacerse de ellas: ordenamos que si alguna quisiera entrar en vuestra congregación, sea interrogada, etc.»

Los nombres más dulces y misericordiosos servían para cubrir los pasados errores de estas pecadoras. Se las llamaba *hijas del Buen Pastor* o *hijas de la Magdalena*, para designar su vuelta al redil y el perdón que les esperaba. Sólo hacían votos simples, y aun se procuraba casarlas si lo deseaban, proporcionándoles una pequeña dote. A fin de que no hubiere más que idea de pureza en torno a ellas, se las vestía de blanco, y de aquí que se les llamara también *Hijas blancas*. En algunas ciudades se les ponía una corona y se cantaba: *Veni, sponsa Christi*: «Venid, esposa del Cristo». Estos contrastes eran impresionantes, y esta delicadeza muy digna de una religión que sabe socorrer sin ofender, y se ajusta a las debilidades del corazón humano, arrancándole a sus vicios. En el hospital del Espíritu Santo, en Roma, está prohibido seguir a las personas que depositan los huérfanos a la puerta del Padre Universal.

Existe en la sociedad desgraciadas de quienes nadie se ocupa, porque, descendiendo de padres honrados, pero pobres, se ven precisados a rodearse de la exterioridad de la decencia en medio de las mayores estrecheces. No hay situación más cruel: el corazón se ve herido sin cesar, pues para un alma un tanto elevada, la vida es en tal caso un eterno tormento. ¿Qué harán, pues, las desgraciadas doncellas, hijas de tales familias? ¿Irán a casa de unos ricos y soberbios parientes a transigir con todo género de desprecios, o se dedicarán a oficios que los prejuicios sociales o su

delicadeza natural les prohíba? La religión ha encontrado el remedio. *Nuestra Señora de la Misericordia* abre a estas sensibles mujeres sus piadosas y respetables soledades. No ha mucho que no hubiéramos osado hablar de San Ciro, porque entonces se creía que las pobres doncellas nobles no merecían asilo ni piedad.

Dios tiene diferentes vías para llamar a sus siervos a él. El capitán Carraffa solicitó en Nápoles recompensa a los servicios militares que había prestado a la corona de España. Dirigiéndose un día a palacio, entró por casualidad en la iglesia de un monasterio; allí oyó cantar a una joven religiosa, y sintióse tan conmovido por la dulzura de su voz, que sus ojos se arrasaron en lágrimas: juzgó que el servicio de Dios debía estar lleno de delicias, puesto que daba tales acentos a quienes habían consagrado sus días. Volvió al punto a su casa; arrojó al fuego sus cédulas de servicios, se cortó los cabellos, abrazó la vida monástica, y fundó la Orden de *Obreros piadosos*, que se ocupaba en general del alivio de las dolencias humanas. Esta Orden progresó poco al principio, porque en una peste que hubo en Nápoles murieron todos los religiosos asistiendo a los apestados, excepto dos padres y tres clérigos.

Pedro de Bétancourt, hermano de la Orden de San Francisco, hallándose en Guatemala, ciudad y provincia de la América española, se compadeció de la suerte de los esclavos, que no tenían lugar de refugio durante sus enfermedades. Habiendo conseguido de limosna un mezquino albergue donde antes tenía una escuela para los pobres, edificó él mismo una especie de enfermería, que cubrió con paja, para recoger en ella a los esclavos faltos de todo abrigo. No tardó en encontrar una negra maltratada y abandonada por su amo. Inmediatamente el santo religioso cargó a la esclava sobre sus hombros, y todo él satisfecho de su hallazgo, la trasportó a aquella mala cabaña que él llamaba su hospital. El religioso recorrió toda la ciudad, a fin de obtener para su negra socorros necesarios. No sobrevivió la negra a tan acendrada caridad; pero derramando sus lágrimas

postreras, prometió a su protector celestiales recompensas, que obtuvo sin duda alguna.

Muchos ricos, conmovidos por tales virtudes, dieron a Bétancourt recursos, con los cuales la choza de la negra se trocó en magnífico hospital. Este religioso murió joven; el amor a la humanidad había consumido su corazón. No bien se divulgó la nueva de su muerte, los pobres y los esclavos se precipitaron hacia el hospital para ver por última vez a su bienhechor. Besaban sus pies, cortaban pedazos de sus vestidos, y hubieran mutilado para llevarse algunas reliquias, a no rodear de guardias el féretro. A primera vista parecía un tirano, presa del furor del pueblo; ¡y era tan sólo un pobre monje, que se le hurtaba a su amor, a quien se defendía del amor y de la gratitud de los pobres!

Propagóse la Orden del hermano Bétancourt, y América se llenó de sus hospitales, servidos por religiosos que tomaron el nombre de *betlemitas*. He aquí la fórmula de sus votos: «Yo, hermano... hago voto de pobreza, de castidad, y hospitalidad, obligándome a servir a los pobres convalecientes aunque sean *infieles y se vean acometidos de enfermedades contagiosas* ¹.»

Si la religión nos ha esperado en la cumbre de las montañas, también ha bajado a las entrañas de la tierra, inaccesibles al sol, para buscar en ellas a los desgraciados: los hermanos betlemitas tienen una especie de hospitales en el fondo de las minas de Méjico y del Perú. El cristianismo se ha esforzado en el Nuevo Mundo por neutralizar los males causados en él por los hombres; males de que tan injustamente se le ha supuesto autor. El doctor Robertson, inglés, protestante, y hasta ministro presbiteriano, ha vindicado plenamente en este punto a la Iglesia romana. «Con más injusticia aún, dice, han atribuido muchos escritores el exterminio de los americanos al espíritu de intolerancia de la religión romana, y han acusado a los eclesiásticos españoles de haber excitado a sus compatriotas a dar muerte a aquellos pueblos inocentes, como a idólatras y enemigos

1. HÉLLOT, t. III, p. 366.

de Dios. Los primeros misioneros, aunque sencillos e ignorantes, eran hombres piadosos, y prohibiendo la causa de los indios, los defendieron de las calumnias con que procuraban infamarles los conquistadores, suponiéndoles incapaces de reducirse y de comprender los principios de la religión, y presentándolos como una especie imperfecta de hombres marcados por la Naturaleza con el sello de la esclavitud. Lo que he dicho del celo constante de los misioneros españoles en defensa y protección del rebaño que les estaba encargado, los presenta bajo un aspecto digno de sus funciones; ministros fueron de paz para los indios, y se encaminaron a arrancar la vara de hierro de mano de los opresores. A su poderosa mediación debieron los americanos todos los reglamentos dirigidos a mitigar el rigor de su suerte; así es que los indios miran aún a los eclesiásticos seculares y regulares en los establecimientos españoles como a sus naturales defensores, y a ellos recurren para rechazar las exacciones y violencias a que se hallan expuestos¹.»

Estas palabras son terminantes, y tanto más convincentes cuanto que antes de sentar esta conclusión, el ministro protestante aduce las pruebas en que funda su opinión. Cita varios informes de los dominicos en favor de los caribes, pues no era sólo Las Casas quien tomaba su defensa, sino toda su Orden y los demás eclesiásticos españoles. El doctor inglés añade a esto las bulas de los papas y las ordenanzas de los reyes expedidas a instancias del clero, para suavizar la suerte de los americanos y poner freno a la crueldad de los colonos.

Por lo demás, el silencio de la filosofía acerca de este pasaje de Robertson es harto singular. Cítase sin cesar a este autor, excepto en el hecho que presenta bajo un nuevo aspecto la conquista de América y que destruye una de las más atroces calumnias de que se ha hecho culpable la historia. Los sofistas han querido hacer responsable a la religión de un crimen que no sólo no co-

metió, sino que miró siempre con horror. No de otro modo han acostumbrado los tiranos acusar a sus víctimas¹.

III

HÔTEL-DIEU.—HERMANAS DE LA CARIDAD.

Llegamos ya a la época en que la religión, por medio de un solo rasgo y bajo un solo punto de vista, quiso patentizar que no había humano sentimiento que no se atreviera a remediar, ni miseria que sobrepusiera su amor.

La fundación del hospital llamado *Hôtel-Dieu*, se remonta al tiempo de San Landry, octavo obispo de París. El edificio se fué ensanchando progresivamente por el cabildo de *Notre-Dame*, propietario del hospital, por San Luis, por el canciller Duprat y por Enrique IV; de manera que puede decirse que aquel asilo de todos los males fué creciendo al par que éstos se multiplicaban, y que la caridad creció al compás de los dolores.

El hospital fué en un principio servido por religiosos y religiosas agustinos; mas ha ya mucho tiempo que quedó exclusivamente a cargo de éstas últimas. «El cardenal de Vitry, dice Hélyot, quiso sin duda hablar de las hermanas del Hôtel-Dieu, cuando dijo que había algunas que, haciéndose violencia, sufrían con alegría y sin repugnancia el asqueroso aspecto de todas las miserias humanas, y que le parecía que ningún género de penitencia era comparable con esta especie de martirio.»

«No existe persona alguna, continúa el autor que citamos, que viendo a las religiosas del Hôtel-Dieu no solamente vender y limpiar a los enfermos y arreglar sus lechos, sino también, en lo más riguroso del invierno, romper el hielo

1. El pasaje del escritor inglés es demasiado largo para insertarlo aquí. No deja nada que desear, y hace caer los brazos de escambo a los que no han sido acostumbrados a las declamaciones de los filósofos sobre las degollinas del Nuevo Mundo. No se trata de saber si los monstruos han hecho quemar hombres en honor de los doce apóstoles, o si es ella quien los ha denunciado a la execración de la posteridad. Un solo sacerdote se atreve a justificar a los españoles; hay que ver, en Robertson, cómo fué tratado por el clero y qué casos de indignación excitó. (N. del A.)

(Ciertamente, los horrores cometidos por los españoles no superan a los de otros hombres. Con la historia en la mano puede probarse de lo que son capaces los imperialismos: incluso de organizar la calumnia contra una nación a través de los siglos.—N. del T.)

1. *Hist. de l'Amérique*, t. XV, liv. VIII, p. 1423, traducc. franc. edit. en 8.^o, 1780.

de la corriente de agua que pasa por el medio de este hospital, y entrar hasta medio cuerpo para lavar la ropa blanca llena de inmundicia y suciedades, no las mire como santas víctimas que, por un exceso de amor y caridad para su prójimo, se ofrecen espontáneamente a la muerte, arrostrándola, por así decir, entre tanta hediondez e infección causadas por el gran número de enfermos.»

No dudamos de las virtudes que inspira la filosofía; pero resaltarían mucho más a los ojos del vulgo, si la filosofía pudiera ostentar tales modelos de abnegación. A pesar de esto, dista mucho la sencilla pintura de Hélyot de dar una idea completa de los sacrificios de aquellas mujeres cristianas; no habla aquel historiador ni del abandono de los placeres de la vida, ni de la pérdida de la juventud y belleza, ni del renunciamiento a una familia, a un esposo, a la esperanza de una posteridad; tampoco habla de todos los sacrificios del corazón, ni de haber sofocado los más dulces sentimientos del alma, menos la piedad, que en medio de tantos dolores se convierte en un tormento más.

¡Pues bien! Hemos visto enfermos, tocando ya en la hora postrera, incorporarse en el lecho, y haciendo un último esfuerzo, insultar a aquellas mujeres angelicales que les asistían. Y, ¿por qué? ¿Porque eran cristianas! ¿Desgraciados! ¿Quién os podría servir, no siendo unas cristianas? Otras hermanas, semejantes a éstas y que merecían altares, han sido públicamente *azotadas*, no disfrazaremos la palabra. Después de tal recompensa por tamaños beneficios, ¿quién es el que aun hubiera querido volver a cuidar de los miserables? ¿Quién? ¡Ellas! ¡Esas mujeres, esas mismas! Al primer aviso han volado; mejor dicho, nunca han abandonado su puesto. Ved aquí reunidas la naturaleza humana religiosa y la naturaleza humana impía, y juzgadlas.

La hermana de la Caridad no siempre limitaba sus virtudes, como las hermanas del Hôtel-Dieu, en el interior de un lugar apestado; también las esparcía fuera como un perfume en los campos, e iba a buscar al cultivador enfermo en su cabaña. ¡Qué interesante era

ver una mujer, joven, hermosa y compasiva, ejercer en nombre de Dios las veces de médico al lado del hombre rústico! No hace mucho tiempo que nos enseñaban cerca de un molino, bajo unos sauces, en una pradera, una casita donde habían vivido tres hermanas de la Caridad. Desde este campestre asilo volaban, a cualquier hora de la noche y del día, a socorrer a los labradores. En ellas, así como en todas sus hermanas, se echaba de ver aquel aire de limpieza y de alegría, que anuncia que así el cuerpo como el alma se hallan libres de mancha; estaban llenas de dulzura, sin faltar a la firmeza exigida para sostener la vista de las enfermedades, y para hacerse obedecer de los enfermos. Eran particularmente diestras en restablecer los miembros dislocados por caídas o por esos accidentes tan comunes entre los labradores. Mas lo que verdaderamente era inestimable era que la hermana de la Caridad por nada dejaba de repetir el nombre de Dios al oído del que con su sudor alimenta a la patria, y que nunca la moral halló medio de insinuarse en el corazón humano bajo formas más divinas.

En tanto que estas hermanas hospitalarias se hacían admirar de su caridad, por los mismos que estaban familiarizados con estos actos sublimes, acaecían en París otras maravillas: señoras de gran tono se desterraban de la ciudad y de la corte, y partían para el Canadá. ¿Iban, por ventura, a adquirir fincas, a restaurar una fortuna mal parada, o a establecer los cimientos de un vasta propiedad? A nada de eso iban: su objeto se reducía a fundar en medio de las selvas y los horrores de la guerra, hospitales para los salvajes enemigos.

En Europa, el cañón hace salvas en señal de alegría para anunciar la destrucción de algunos millares de hombres; pero en los establecimientos nuevos y lejanos, donde se está más cerca de la desgracia y... de la naturaleza, no se manifiesta regocijo sino por lo que en realidad es digno de bendiciones, es decir, por actos de beneficencia y de humanidad. Tres pobres hermanas hospitalarias, conducidas por madama de La Peltrie al desembarcar en las costas

del Canadá, llenaron de alegría a toda la colonia. «El día de la llegada de personas tan ardientemente deseadas, dice Charlevoix, fué un día de fiesta para toda la ciudad; cesaron todos los trabajos, y las tiendas fueron cerradas. El gobernador recibió a las heroínas en la playa al frente de sus tropas que estaban bajo las armas y al ruido del cañón; hechos los primeros obsequios, las condujo entre las aclamaciones del pueblo al templo, donde se cantó el *Te Deum*...

»Estas santas hermanas, por su parte, y su generosa conductora, quisieron, en el primer arrebató de su alegría, besar una tierra por la que tanto tiempo habían suspirado, y que con toda certeza se prometían regar con su sudor, no perdiendo la esperanza de teñirla acaso con su sangre. Los franceses, mezclados con los salvajes, y los infieles, confundidos con los cristianos, prosiguieron varios días sin cansarse dando gritos de alegría y bendiciendo el nombre del único que puede inspirar tanto valor, tanta firmeza a las personas más débiles. Al ver las chozas de los salvajes, a donde fueron las religiosas conducidas al día siguiente de su llegada, sintiéronse arrebatadas de un nuevo transporte de alegría: la pobreza y la absoluta falta de aseo que dominaba en aquellas moradas no les causaron repugnancia; su celo se sintió nuevamente inflamado por los mismos objetos que debían entibiarlo, y, por consiguiente, mostraron suma impaciencia por principiar cuanto antes a desempeñar sus funciones.

»Madama de La Peltrie, que nunca había deseado ser rica, y que tan gustosamente se había empobrecido por Jesucristo, no omitía circunstancia alguna para procurar la salvación de las almas. Su celo llegó al punto de hacerle labrar la tierra con sus propias manos, para tener con qué remediar las necesidades de sus pobres neófitos. Fué en pocos días despojando de todo lo que tenía reservado para su uso particular, hasta carecer de lo más preciso para vestir los niños que le presentaban casi desnudos; toda su vida, que duró bastante, no fué más que un tejido de los más heroicos actos de caridad ¹.

¿Hay en la historia antigua algo que sea tan interesante, algo que haga derramar lágrimas de ternura tan dulces y tan puras?

IV

NIÑOS EXPÓSITOS, SEÑORAS DE LA CARIDAD, RASGOS DE BENEFICENCIA

Preciso es escuchar ahora un momento a San Justino el Filósofo. En su primera Apología dirigida al emperador, habla así:

«Se expone a los niños bajo vuestro imperio. Luego, ciertas personas educan estos niños para prostituirlos. Por todas las naciones no se encuentran más que niños destinados a los usos más execrables, criados como manadas de animales; vos mismo habéis impuesto una contribución sobre estos niños... y, sin embargo, los mismos que de tal manera abusan de aquellos pobres inocentes, además del crimen que cometen para con Dios, acaso, bien pudiera suceder, acaso abusan de sus propios hijos... Nosotros los cristianos, detestando esos horrores, no nos casamos sino para educar a nuestra familia, o bien renunciamos al matrimonio para vivir en la castidad ¹.»

Tales eran, pues, los hospitales que el politeísmo destinaba a los huérfanos. ¡Oh venerable Vicente de Paúl! ¿Dónde, dónde estabas tú que no repetías a las matronas romanas las palabras que decías a las piadosas francesas que te asistían en tus obras? «¡Ea, pues, señoras mías, veamos si queréis cuidar a vuestra vez de esos pequeños inocentes, de quienes os habéis hecho madres según la gracia, supuesto que han sido abandonados por sus madres según la naturaleza!» Pero es en vano que pidamos el *hombre de misericordia* a cultos idólatras.

El siglo ha perdonado el cristianismo a San Vicente de Paúl; se ha visto a la filosofía llorar con su historia. Sabido es que, habiendo sido primero pastor, y luego esclavo en Túnez, llegó a ser un sacerdote ilustre por su ciencia y por sus obras; sabido es que a él se

1. *Hist. de la Nouv.-France*, lib. v, p. 207, t. I, en 4.º

1. S. JUSTINI, *Oper*, 1742, p. 60 y 61.

debe la fundación del hospital de los niños Expósitos, del de los Pobres Ancianos, del de los Presidarios de Marsella, del colegio de padres de la Misión, de las cofradías de la Caridad en las parroquias, de las juntas de señoras para el servicio Hôtel-Dieu, de las Hermanas de la Caridad, sirvientas de los enfermos, y, finalmente, de los asilos para los que desean elegir un estado de vida, y no se han decidido a hacerlo. ¿De dónde toma la caridad todas esas instituciones, toda esa provisión?

San Vicente de Paúl fué poderosamente auxiliado por la señorita Légras, que de acuerdo con él instituyó las Hermanas de la Caridad. También tuvo a su cargo la dirección del hospital del Nombre de Jesús, que habiendo primeramente sido fundado nada más que para cuarenta pobres, fué el origen del hospital general de París. Por emblema y recompensa de una vida consumida en los trabajos más penosos, pidió la señorita Légras que en su tumba pusieran una pequeña cruz con este mote: *Spes mea*. Su voluntad fué cumplida.

De este modo piadosas familias se disputaban, en nombre del Cristo, el placer de hacer bien a la humanidad. La esposa del canciller de Francia y madama Fouquet pertenecían a la congregación de las Señoras de la Caridad. Cada cual tenía su día destinado para ir a instruir y exhortar a los enfermos y hablarles de cosas necesarias a la salvación de una manera conmovedora y familiar. Otras señoras recibían las limosnas; otras cuidaban de la lencería, de los muebles, de los pobres, etc. Un autor dice que más de 700 calvinistas volvieron a entrar en el seno de la Iglesia romana, porque reconocieron la verdad de su doctrina *en las producciones de una caridad tan ardiente y tan extendida*. ¡Santas señoras de Miramion, de Chantal, de La Peltrie, y de Lamoignon, vuestras obras han sido pacíficas! Los pobres han acompañado vuestros féretros; los han arrancado a quienes los llevaban, para llevarlos ellos; las pompas de vuestros funerales han sido sus gemidos; y al expirar vosotros, hubiérase creído que con los vuestros habían dejado de latir todos los corazones generosos.

Terminemos con una observación esencial este artículo de las instituciones del cristianismo en favor de la humanidad doliente. Dícese que en el monte de San Bernardo es de tal condición el aire, que gasta los resortes de la respiración, y rara vez deja durar la vida más de diez años: de manera que el monje que se encierra en aquel hospicio puede calcular con poca diferencia el número de días que ha de permanecer sobre la tierra: todo lo que ha de ganar al ingrato servicio de los hombres, se reduce a saber con alguna certeza el momento de su muerte, cosa desconocida para los demás humanos. Se asegura que casi todas las hermanas del Hôtel-Dieu tienen habitualmente un poco de fiebre que las consume y que proviene de la atmósfera corrompida en que viven; los religiosos que viven en las minas del Nuevo Mundo, en cuyo fondo han establecido hospicios en una noche eterna para los infortunados indios, acortan también su existencia; el vapor metálico los envenena; finalmente, los padres que se encierran en los baños apestosos de Constantinopla, se preparan también a un pronto martirio.

El lector perdonará que suprimamos aquí las reflexiones; confesamos nuestra incapacidad para encontrar alabanzas dignas de tales obras: lágrimas de admiración es todo lo que nos queda. ¡Qué dignos son de lástima los que se empeñan en destruir la religión, los que no hallan placer en la dulzura de los frutos del Evangelio! «El estoicismo, dice Voltaire, no ha producido más que un solo Epitecto, y la filosofía cristiana ha dado al mundo millares de Epitectos, que ni ellos mismos sabían que lo eran, y cuya virtud llegaba al extremo de no conocerse a sí misma¹.»

V

EDUCACIÓN.—ESCUELAS, COLEGIOS, UNIVERSIDADES, BENEDICTINOS Y JESUITAS.

Consagrar su vida a consolar nuestros dolores es la primera de las buenas obras, y la segunda ilustrarnos. Tam-

1. *Corresp. gén.*, t. III, p. 222.

bién son sacerdotes *supersticiosos* los que nos han curado de nuestra ignorancia, y se han sepultado desde hace diez siglos en el polvo de las escuelas para librarnos de la barbarie. No temen la luz, puesto que nos mostraron su origen, no pensando más que en comunicar al mundo la claridad que, aventurando su vida, habían podido recoger entre los restos de Roma y las ruinas de Grecia.

El benedictino que todo lo sabía, el jesuita que conocía la ciencia y el mundo, el oratoriano y el doctor de la universidad, ¿son acaso menos acreedores a nuestra gratitud que aquellos humildes hermanos que se habían consagrado a la enseñanza gratuita de los pobres? *«Los clérigos regulares de las escuelas pías se habían obligado a enseñar, por caridad, a leer y a escribir al pueblo bajo, comenzando por el a, b, c, a contar, a calcular, y hasta llevar los libros de los comerciantes y de las oficinas. Enseñan, asimismo, no solamente retórica y las lenguas latina y griega, sino que además tienen en algunas ciudades cátedras de filosofía y teología escolástica y moral, de matemáticas, de fortificación y geometría... Al salir los alumnos de la clase, regresan por cuadrillas a sus casas acompañados de un religioso, para que no se distraigan en jugar por las calles y pierdan el tiempo»*¹.

Siempre es sumamente grata la naturalidad del estilo, y cuando va unida, por así decirlo, a la naturalidad de los beneficios, llega a ser tan admirable como conmovedora.

Después de esas primeras escuelas fundadas por la caridad cristiana, siguen las congregaciones científicas dedicadas a las letras y a la educación de la juventud por artículos expresos de su instituto. Tales son los religiosos de San Basilio en España, que alguna vez tuvieron nada menos que cuatro colegios por provincia. También poseían uno en Soissons (Francia) y otro en París, que es el colegio de Beauvais, fundado por el cardenal Juan de Dorman. Desde el siglo IX, Tours, Corbeil, Fontanelle, Fuldes, Saint-Gall, Saint-

Denis; Saint Germain d'Auxerre, Ferrière y Aniane, y el Monte Casino, en Italia, figuraban como célebres escuelas¹. Los *clérigos de la vida común* en los Países Bajos se ocupaban en coleccionar originales en las bibliotecas, y de restablecer textos de manuscritos.

Todas las universidades de Europa han sido establecidas por príncipes religiosos, por obispos, o por sacerdotes, y todas han sido dirigidas por Órdenes cristianas. Aquella famosa Universidad de París, desde donde se difundió la luz sobre toda la Europa moderna, se componía de cuatro facultades. Su origen se remonta hasta Carlomagno, hasta aquellos tiempos en que, luchando solo contra la barbarie, el monje Alcuino quería hacer de Francia una *Atenas cristiana*². Allí dieron lecciones Budé, Casaubon, Grenan, Rollin, Coffin y Le Beau; y allí se educaron Abailard, Amyot, De Thou y Boileau. En Inglaterra, Cambridge vió salir a un Newton de su seno, y Oxford presenta, con los nombres de Bacon y Tomás Moro, su biblioteca persa, sus manuscritos de Homero, sus mármoles de Arundel y sus ediciones clásicas; Glasgow y Edimburgo, en Escocia; Léipzig, Jena y Tubinga, en Alemania; Leiden, Utrecht y Lovaina, en los Países Bajos; Gandía, Alcalá y Salamanca en España: todos esos focos de luz atestiguan los inmensos trabajos del cristianismo. Pero dos son las Órdenes que han cultivado particularmente las letras, los benedictinos y los jesuitas. Durante el año 540 de nuestra era, San Benito puso en el Monte Casino (Italia), los cimientos de la célebre Orden que debía, por una triple gloria, convertir a Europa, cultivar sus desiertos y encender en su seno la antorcha de las ciencias³.

Los benedictinos, particularmente los de la Congregación de San Mauro, establecida en Francia hacia el año 543, produjeron aquellos varones cuya ciencia se ha hecho proverbial, y que con infinito trabajo encontraron los manus-

1. FLEURY, *Hist. eccl.*, t. X, lib. XLVI, p. 34.

2. FLEURY, *Hist. eccl.*, t. X, lib. XLV, p. 32.

3. Inglaterra, Frisia y Alemania, reconocían como apóstoles suyos, a San Agustín de Cantórbéry, San Willibrod y San Bonifacio, salidos del instituto de San Benito.

critos antiguos sepultados en el polvo de los monasterios. Su empresa literaria más espantosa (pues así puede llamarse), es la edición completa de los Padres de la Iglesia. Si el imprimir correctamente un solo tomo en su propio idioma es difícil, júzguese lo que será una revisión entera de los Padres griegos y latinos, que componen más de 150 tomos en folio: apenas puede la imaginación abarcar esos enormes trabajos. Recordar a Ruinart, Lobineau, Calmet, Tassin, Lami, d'Acheri, Martène, Mabillon y Montfaucon, es recordar prodigios de ciencia.

No es posible impedir que se echen de menos aquellas corporaciones de maestros, únicamente ocupadas en indagaciones literarias y en la educación de la juventud. Después de una revolución que ha relajado los lazos de la moral e interrumpido el curso de los estudios, es indudable que una corporación religiosa, al par que científica, aplicaría un remedio positivo al origen de nuestros males. En las demás formas de institución no puede haber ese trabajo regular, aquella laboriosa aplicación al mismo objeto, que reinando entre solitarios, y que continuados sin interrupción durante varios siglos, concluyen por producir milagros.

Los benedictinos eran sabios, y los jesuitas gentes de letras: unos y otros fueron en la sociedad religiosa lo que eran para el mundo dos ilustres academias.

La orden de los Jesuitas estaba dividida en tres grados: *alumnos aprobados*, *coadjutores formados* y *profesos*. El postulante tenía por de pronto que pasar diez años de noviciado, en cuyo tiempo se le ejercitaba la memoria sin permitir que se dedicara a ningún estudio particular: y esto se hacía para conocer hacia dónde le impelía su disposición natural. Al cabo de este período asistía a los enfermos durante un mes en el hospital, hacía una peregrinación a pie pidiendo limosna, y esto tenía por objeto acostumbrarle al espectáculo de los dolores humanos, y prepararle para las fatigas de las misiones.

Entonces acababa sus profundos o brillantes estudios. Si no tenía más que las gracias de la sociedad, y esas ele-

gantes maneras que agradan al mundo, lo presentaban en la capital y le introducían en la corte y casas de los magnates. Si tenía el genio de la soledad, lo retenían en las bibliotecas y en el interior de la Compañía. Si se anunciaba como orador, su elocuencia hallaba fácil acceso al púlpito; si su espíritu era claro, recto y paciente, lo destinaban para profesor en los colegios; si era entusiasta, intrépido, lleno de celo y de fe, iba a morir bajo el hiello del mahometano o del salvaje; por último, si manifestaba talentos propios para gobernar, lo enviaban al Paraguay a ejercitarlo en sus bosques, o quedaba en la Compañía para dirigir los establecimientos.

El general de la Compañía residía en Roma. Los padres provinciales, en Europa, tenían obligación de ponerse en correspondencia con él una vez al mes. Los jefes de las misiones extranjeras le escribían cada vez que los buques o caravanas atravesaban las soledades del mundo. Además, para los casos urgentes, había misioneros que iban de Pekín a Roma, de Roma a Persia, a Turquía, Etiopía, Paraguay y a cualquiera otro punto de la tierra.

Irreparable es la pérdida que la Europa científica ha tenido con los jesuitas. La educación no ha vuelto a reponerse de su caída. Ellos sabían el modo de hacerse singularmente agradables a la juventud, despojando con sus finos modales la enseñanza, del tono pedantesco que tanto repugna a la infancia. Como la mayor parte de sus profesores eran literatos refinados en el mundo, los jóvenes se creían con ellos en una ilustre academia. Habían también sabido establecer entre sus alumnos de diferentes fortunas, una especie de patronazgo que redundaba en pro de las ciencias. Semejantes vínculos, contraídos en la edad en que el corazón da cabida a los sentimientos generosos, no se rompían ya en lo sucesivo, y establecían entre el príncipe y el literato aquellas antiguas y nobles amistades, como la que reinó entre los Escipiones y los Lelios.

También sabían sacar partido de aquellas venerables relaciones de discípulos y de maestro, tan apreciadas en

las escuelas de Platón y Pitágoras. Toda la Compañía se mostraba ufana de haber preparado el talento del hombre que se distinguía por su ciencia, y todos reclamaban una parte de su celebridad. Voltaire, dedicando su *Mérope* al padre Porée, y llamándole su *querido maestro*, es uno de esos hechos amables que la educación moderna no presenta. Naturalistas, químicos, botánicos, matemáticos, mecánicos, astrónomos, poetas, historiadores, traductores, anticuarios, periodistas, no hay una sola rama de la ciencia que los jesuitas no hayan cultivado con fruto. Bourdaloue recuerda la elocuencia romana; Brumoy introducía a Francia en el teatro de los griegos; Gresset seguía las huellas de Molière; Lecomte, Parenin, Charlevoix, Ducerceau, Sanadon, Duhalde, Noël, Bouhours, Daniel, Tournemine, Maimbourg, Larue, Jouvency, Rapin, Vanière, Commire, Sirmont, Bougeant, Petau, han legado nombres que no carecen de honor. ¿De qué se puede acusar a los jesuitas? De algo de ambición, cosa tan natural al talento. «Siempre será hermoso, dice Montesquieu, hablando de estos padres, gobernar a los hombres haciéndoles felices.» Pesad el bien que los jesuitas han hecho; recordad los autores eminentes que su corporación ha dado a Francia, o los que se han educado en sus aulas; traed a la memoria los reinos enteros que han conquistado para nuestro comercio por su habilidad, sus fatigas y su sangre; fijad vuestros recuerdos en los milagros de sus misiones en el Canadá, en el Paraguay, en la China, y veréis que el poco de mal que se les imputa, no desequilibra un momento los servicios que han rendido a la sociedad.

VI

PAPAS Y CORTE DE ROMA, DESCUBRIMIENTOS MODERNOS, ETC.

Antes de hablar de los servicios que la Iglesia ha prestado a la agricultura, recordemos lo que los papas han hecho en beneficio de las ciencias y Bellas Artes. En tanto que las órdenes superiores trabajaban en toda Europa en la

educación de la juventud, descubrimiento de manuscritos y explicación de la antigüedad, los pontífices romanos, prodigando a los sabios recompensas y hasta los honores del sacerdocio, eran el alma de este movimiento general hacia las luces. Indudablemente es una inmensa gloria para la Iglesia que un papa haya dado su nombre al siglo que inauguró la era de la Europa civilizada, y que surgiendo de las ruinas de Grecia, fué a empaparse en la claridad del siglo de Alejandro, para reflejarla luego sobre el de Luis.

Los que presentan el cristianismo como una barrera para el progreso de las luces, contradicen evidentemente los testimonios históricos. Por todas partes ha caminado la civilización en pos del Evangelio, muy al contrario de las religiones de Mahoma, Brahma y Confucio, que han limitado los progresos de la sociedad haciendo que el hombre envejeciera en su infancia.

Roma cristiana era como un gran puerto que recogía todos los restos de los naufragios de las artes. Apenas Constantinopla rinde su cerviz al yugo de los turcos, ya está la Iglesia abriendo mil honrosos asilos a ilustres fugitivos de Atenas y Bizancio. Si la imprenta se ve proscrita de Francia, Italia la convida con su protección. Los cardenales consumen sus recursos pecuniarios en escudriñar las ruinas de Grecia y en adquirir manuscritos. El siglo de León X parecía tan hermoso al sabio abate Barthélemi, que lo prefirió al de Pericles para tema de su gran obra: a la Italia cristiana, era donde pretendía conducir un moderno Anacarsis.

«En Roma, dice aquel autor, mi viajero ve a Miguel Ángel levantando la cúpula de San Pedro; a Rafael pintando las galerías del Vaticano; a Sadoletto y Bembo, que luego fueron cardenales, desempeñando entonces el puesto de secretarios cerca de León X; al Trissino representando por primera vez la *Sofo-nisba*, la primera tragedia compuesta por un moderno; a Béroald, bibliotecario del Vaticano, ocupándose en publicar los *Anales* de Tácito, que acababan de ser descubiertos en Westfalia, y que León X había adquirido mediante una suma de 500 ducados de oro; al mismo

papa proponiendo plazas a los sabios de todas las naciones que quisiesen fijar la residencia en sus Estados, y recompensas distinguidas a los que presentaran manuscritos desconocidos... Por todas partes se organizaban universidades, colegios, imprentas para toda clase de lenguas y de ciencias, y bibliotecas continuamente enriquecidas con las obras que se publicaban, y con los manuscritos recientemente traídos de países en que la ignorancia había conservado su imperio. Multiplicábanse de tal modo las academias, que en Ferrara se contaban de diez a doce, en Bolonia alrededor de catorce; en Siena, diez y seis, ocupándose todas en las ciencias, la literatura, los idiomas, la historia y las artes. En dos de estas academias, de las que una estaba simplemente dedicada a Platón, y la otra a su discípulo Aristóteles, se discutían las opiniones de la filosofía antigua, y se presentaban las de la moderna. En Bolonia, así como en Venecia, una de estas sociedades cuidaba de la imprenta, de la hermosura del papel, fundición de caracteres, corrección de pruebas, y sobre todo cuanto podía contribuir a la perfección de las ediciones nuevas... Las capitales y hasta las ciudades menos considerables de cada Estado, se mostraban sumamente ambiciosas de instrucción y de gloria, y casi todas ofrecían observatorios a los astrónomos, anfiteatros a los anatómicos, jardines botánicos a los naturalistas, a todos los literatos colecciones de libros, medallas y monumentos antiguos, y finalmente distinguidas señales de consideración, de reconocimiento y respeto a todos los géneros de ilustración... Los adelantos de las artes favorecían el gusto de los espectáculos y de la magnificencia. El estudio de la historia y de los monumentos de los griegos y de los romanos inspiraba ideas de decoro, de unidad y perfección que hasta entonces no habían sido conocidas. Habiendo sido Julián de Médicis, hermano de León X, proclamado ciudadano romano, fué acompañada esta proclamación de diversiones públicas, y sobre un vasto teatro construido cerca de la plaza del Capitolio, se representó por dos días seguidos una comedia de Plauto, cuya música y extra-

ordinario aparato excitaron una admiración general.»

No dejaron los sucesores de León X apagar este noble ardor por adquirir y recompensar los esfuerzos del genio. Los pacíficos obispos de Roma reunían en sus *villas* los preciosos restos de todas las edades. En los palacios de los Borgia y de los Farnesio el viajero admiraba las obras maestras de Praxíteles y de Fidias; papas fueron los que a peso de oro compraron las estatuas de Hércules y de Apolo; papas también los que para conservar las ruinas demasiado ultrajadas de la antigüedad, las cubrían con el manto de la religión. ¿Quién no admirará la piadosa industria de aquel pontífice que colocó imágenes cristianas sobre los preciosos restos de las Termas de Diocleciano? No existiría el Panteón a no haber sido consagrado por el culto de los Apóstoles; no se vería erguida la columna trajana si no ostentase por corona la estatua del Príncipe de los Apóstoles.

Este espíritu conservador resplandecía en todos los órdenes de la Iglesia. Mientras que los despojos que adornaban el Vaticano excedían las riquezas de los antiguos templos, ciertos pobres religiosos protegían en el recinto de sus monasterios las ruinas de las casa de Timur y de Túsculo, y paseaban al extranjero por los jardines de Cicerón y de Horacio. Un cartujo era quien daba a conocer el laurel que extiende sus ramas sobre la tumba de Virgilio, y un papa coronaba al Taso en el Capitolio.

Así es como al cabo de 1500 años la Iglesia protegía las ciencias y las artes, sin haberse entibado su celo en ninguna época. Si en el siglo VIII el monje Alcuino enseñaba la gramática a Carlomagno, otro monje, industrioso y paciente¹ descubrió el modo de descifrar los manuscritos de Herculano; si Gregorio de Tours describió en el año 740 las antigüedades de las Galias, el canónigo Mozzochi explicó en 1754 las tablas legislativas de Heraclea. La mayor parte de los descubrimientos que han cambiado el sistema del mundo civilizado, han sido hechos por miembros de la Iglesia. La invención de la pólvora

1. BARTHÉLEMY, *Voyage en Italie*.

ra, y acaso la del telescopio, se deben al fraile Rogelio Bacon; otros atribuyen el descubrimiento de la pólvora a un fraile alemán, Schwartz; las bombas fueron inventadas por Galen, obispo de Munster; el diácono Flavio de Gioia, napolitano, descubrió la brújula; el monje Despina los anteojos, y Pacificus, arzobispo de Verona, o el papa Silvestre II, el reloj de ruedas. ¡Cuántos sabios, de cuya mayor parte hemos hecho mención en el curso de esta obra, no han ilustrado los claustros o aumentado consideración a las cátedras eminentes de la Iglesia! ¡Cuántos escritores famosos! ¡Cuántos literatos ilustres! ¡Cuántos viajeros distinguidos! ¡Cuántos matemáticos, naturalistas, químicos, astrónomos y anticuarios! ¡Cuántos oradores célebres! ¡Cuántos hombres de Estado eminentes! Hablar de Suger, de Jiménez, de Alberoni, de Richelieu, de Mazarino, de Fleury, ¿no es recordar a un mismo tiempo los más hábiles ministros y las cosas de más importancia de la Europa moderna?

En el mismo momento en que vamos rápidamente trazando el cuadro de los beneficios dispensados por la Iglesia, tributa la Italia cubierta de luto un interesante testimonio de amor y gratitud a los restos mortales de Pío VI¹. La capital del mundo cristiano espera el féretro del desgraciado pontífice que, por medio de trabajos dignos de Augusto y Marco Aurelio, ha desecado pantanos infectos, ha vuelto a consagrar al servicio del público el camino de los cónsules romanos y restaurado los acueductos de los primeros monarcas de Roma. Por último rasgo de este amor a las artes, tan natural en los jefes de la Iglesia, el sucesor de Pío VI, al mismo tiempo que devuelve la paz a los fieles, encuentra también en su noble indigencia medios de reemplazar con nuevas estatuas las obras maestras que Roma, tutora de las Bellas Artes, ha cedido a la heredera de Atenas. Después de todo, el progreso de las letras era inseparable del progreso de la religión, supuesto que en el idioma de Homero y de Virgilio explicaron los Padres los principios de la fe; la sangre de los mártires, que fué

la semilla de los cristianos, hizo al mismo tiempo crecer el laurel del orador y del poeta.

Roma cristiana ha sido para el mundo moderno lo que Roma pagana fué para el antiguo, el lazo universal; esta capital de naciones cumple todas las condiciones de su destino, y parece ser realmente la *ciudad eterna*. Acaso llegará un día en que, a pesar de todo, se conocerá que la institución del trono pontifical fué una grande idea y una magnífica institución. El padre espiritual, colocado en medio de los pueblos, adunaba las diversas partes de la cristiandad. ¡Qué brillante papel el de un pontífice verdaderamente animado del espíritu apostólico! Como pastor general del rebaño, puede, o contener a los fieles en los deberes o defenderlos de la opresión. Sus estados son bastante grandes para asegurarle la independencia, y demasiado pequeños para que a nadie puedan infundir recelo sus esfuerzos; nada le deja más que el poder de la opinión; poder admirable cuando no abarca en su imperio más que obras de paz, de beneficencia y caridad.

El perjuicio que algunos malos pontífices han hecho, desapareció con ellos; pero cada día experimentamos aún la influencia de los bienes inmensos e inestimables que el mundo entero debe a la corte de Roma, que casi siempre ha sabido mostrarse superior a su siglo. Todo seguía sepultado en las tinieblas de las instituciones góticas, cuando aquella corte tenía ya ideas de legislación y de derecho público, y conocía las Bellas Artes, las ciencias y la política. No se reservaba exclusivamente para sí propia la luz; antes, por el contrario, la difundía sobre todo; hacía caer las barreras que los prejuicios elevan entre las naciones; buscaba medios de dulcificar nuestras costumbres, librarnos de la ignorancia y arrancarnos a nuestros hábitos groseros o feroces. Los papas, entre nuestros antepasados, fueron misioneros de las artes enviados a los bárbaros, legisladores entre salvajes. «Sólo el reinado de Carlomagno, dice Voltaire, tuvo una vislumbre de urbanidad que probablemente fué el resultado del viaje a Roma.»

Es, pues, un hecho generalmente re-

1. En el año 1800.

conocido que Europa debe a la Santa Sede su civilización, una parte de sus mejores leyes, y casi todas sus ciencias y artes. Los soberanos pontífices van en la actualidad a abrirse nuevos caminos para seguir siendo útiles a los hombres: una nueva carrera les espera, y nosotros presagiamos que sabrán recorrerla con gloria. Roma ha vuelto a remontarse a la pobreza evangélica que componía todo su tesoro en los antiguos tiempos. Por una conformidad notable hay también ahora gentiles que convertir, pueblos que atraer a la unidad, odios que sofocar, lágrimas que enjugar, y heridas que cicatrizar, que están reclamando todos los bálsamos de la religión. Si Roma se penetra bien de su posición, jamás se le ha ofrecido una perspectiva de más altas esperanzas, ni de más brillantes destinos. Decimos esperanzas, porque contamos las tribulaciones en el número de los deseos de la Iglesia de Jesucristo. El mundo degenerado pide una segunda publicación del Evangelio; el cristianismo se renueva y sale victorioso del más terrible de los asaltos que el infierno le haya hasta ahora librado. ¿Quién sabe si lo que creíamos una caída de la Iglesia será su reedificación? Iba pereciendo en la riqueza y el reposo, y no se acordaba ya de la cruz: la cruz ha reaparecido, y será salvada.

VII

AGRICULTURA

También es al clero secular y regular a quien debemos la renovación de la agricultura en Europa, así como les somos deudores de la fundación de colegios y hospitales. Desmontes de tierras, apertura de caminos, engrandecimientos de aldeas y ciudades, establecimientos de mesajerías y posadas, artes y oficios, manufacturas, comercio interior y exterior, leyes civiles y políticas, todo, en fin, nos viene originariamente de la Iglesia. Nuestros padres eran bárbaros a quienes el cristianismo estaba obligado a enseñar hasta el modo de alimentarse.

La mayor parte de las concesiones

hechas a los monasterios, en los primeros siglos de la Iglesia, consistían en eriales que los monjes cultivaban con sus propias manos. Selvas vírgenes, pantanos impracticables y vastos arenales, fueron el origen de aquellas riquezas que tanto hemos echado en cara al clero. En tanto que los canónigos premostratenses labraban los desiertos de Polonia y parte del bosque de Coucy, en Francia, los benedictinos fertilizaban nuestros matorrales. Molesme, Colan y Cîteaux, cubiertos en la actualidad de viñas y de mieses, eran lugares sembrados de zarzas y espinos, donde los primeros religiosos habitaban cabañas construidas con follajes, como los americanos en medio de sus desmontes.

San Bernardo y sus discípulos fecundaron los estériles valles que les abandonó Thibaut, conde de Champagne. Fontevrault fué una verdadera colonia, establecida por Roberto de Arbrissel en un país desierto, en los confines del Anjou y de Bretaña. Familias enteras buscaron un asilo bajo la dirección de aquellos benedictinos: allí se formaron monasterios de viudas, de muchachas, de legos, de enfermos y de viejos soldados. Todos se hicieron cultivadores a ejemplo de los Padres, que abatían ellos mismos los árboles, guiaban el arado, sembraban y enriquecían aquella parte de Francia con las pingües cosechas que hasta entonces nunca había producido.

No tardó la colonia en tener que desprenderse de una parte de sus habitantes y ceder a otras soledades lo superfluo de sus industriosas manos. Raúl de la Futaye, compañero de Roberto, se estableció en el bosque del *Nid-du-Merle*, y Vital, otro benedictino, en los bosques de Savigny. El bosque de *Orges*, en la diócesis de Angers; *Chaufournois*, hoy *Chantenais*, en Turena; *Bellay*, en la misma provincia; la *Puie*, en *Poitou*; el *Enclôitre*, en el bosque de *Gironda*; *Guisne*, a pocas leguas de *Loudun*; *Luzón*, en el bosque del mismo nombre; la *Landa*, en las landas de *Garnache*; la *Magdalena*, sobre el *Loira*; *Borbón*, en el *Limousin*; *Cadouin*, en *Périgord*, y por último, *Haute-Bruyère*, cerca de París, fueron otras tantas colonias de Fontevrault, y que de terrenos incultos que eran en su mayor

parte, se transformaron en opulentas campiñas.

Fatigaríamos al lector si tratásemos de nombrar todos los surcos que el arado de los benedictinos ha trazado en las Galias salvajes. Marecourt, Longpré, Fontaine, le Charme, Colinance, Foici, Bellomer, Cousanie, Sauvement, Épines, Eube, Vanassel, Pons, Charles, Vairville, y otros cien parajes en la Bretaña; Anjou, Berry, Auvernia, la Gascuña, Languedoc, la Guienna, atestiguan sus inmensos trabajos. Saint Colomban hizo florecer el desierto de Vauge; hasta las hermanas benedictinas, a imitación de los padres de su orden, se consagraron al cultivo; las de Montreuil-les-Dames «se ocupaban, dice Hermann, en coser, hilar y arrancar espinos del bosque a imitación de Laon, y de todos los religiosos de Clairveaux¹».

En España, los benedictinos desplegaron la misma actividad. Compraron tierras sin cultivo a la orilla del Tajo, cerca de Toledo, y fundaron un convento, después de haber plantado viñas y árboles frutales en las inmediaciones.

El Monte Casino, en Italia, no era más que una árida soledad; cuando San Benito se retiró a él, cambió de aspecto en muy breve tiempo, y la nueva abadía llegó a ser tan opulenta por medio de su trabajo, que pudo en 1057 defenderse contra los normandos que le declararon guerra.

San Bonifacio, con los religiosos de su Orden, comenzó todos los cultivos en los cuatro obispados de Baviera. Los benedictinos de Fulde desmontaron entre Hesse, la Franconia y Turingia un terreno de 8.000 pasos geométricos, lo que daba 24.000 pasos, o sean 16 leguas de circunferencia; a poco tiempo contaban con 18.000 alquerías en Baviera como en Suabia. Los monjes de Saint-Benoît-Polironne, cerca de Mantua, empleaban más de 3.000 bueyes en la labor.

Conviene tener presente que la regla, casi general, que prohibía comer carne a las órdenes monásticas, provino sin duda, en primer lugar, de un principio de economía rural. Estando entonces

tan multiplicadas las sociedades religiosas, y habiendo tantos hombres que no vivían más que de pescado, huevos, leche y legumbres, tuvieron que favorecer singularmente la propagación de razas de animales. De modo que las campiñas, tan florecientes en la actualidad, son deudoras en gran parte de sus cosechas y rebaños al trabajo y a la frugalidad de los monjes.

Además, el ejemplo, que a veces no consigue en la moral todo el resultado que podría prometerse, porque las pasiones destruyen los buenos efectos, ejerce un gran poder sobre la parte material de la vida. El espectáculo de muchos millares de religiosos cultivando la tierra, desvaneció poco a poco aquellos bárbaros prejuicios que miraban con desprecio el arte que alimenta a los hombres. El hombre del campo aprendió en los monasterios a remover la gleba y a fertilizar el surco. El barón principió a buscar en su campo tesoros más ciertos que aquellos que se procuraba por medio de las armas. Los monjes fueron, pues, realmente los padres de la agricultura, tanto por los trabajos que con sus propias manos hicieron, como por los que enseñaron a hacer. Aun en nuestros tiempos no habían perdido del todo este espíritu de utilidad. Los cultivos más esmerados, los labradores más ricos, más bien nutridos y menos vejados, los atalajes campestres más completos, los rebaños más gordos y las propiedades rústicas más bien administradas, eran las de las abadías. En vista de todo esto, creemos que por este lado no había motivo de dirigir inculcación alguna al clero.

VIII

VILLAS Y CIUDADES, PUENTES, CARRETERAS, ETC.

Empero si el clero desmontó los campos de la Europa salvaje, también multiplicó nuestros caseríos y acreció y embelleció nuestras ciudades. Diversos barrios de París, tales como los de Sainte-Geneviève y de Saint-Germain-l'Auxerrois, se edificaron en gran parte a expensas de las abadías del mismo nom-

1. De Miracul., lib. III, cap. XVII.

bre ¹. En general, por dondequiera se encontraba un monasterio, allí se formaba un pueblo: la Chaise-Dieu, Abbeville y otros muchos lugares llevan aún en sus nombres el distintivo de su origen. La ciudad de San Salvador, al pie del Monte Casino, en Italia, y las aldeas inmediatas, son obra de los religiosos de San Benito. En Fulde, Mayenza y en todos los distritos eclesiásticos de Alemania; en Prusia, Polonia, Suiza, España e Inglaterra, hay una multitud de poblaciones cuya fundación se debe a las órdenes monásticas o militares. Las ciudades que más pronto se libraron de la barbarie fueron las que estuvieron sometidas a príncipes eclesiásticos. Europa debe la mitad de sus monumentos y fundaciones útiles a la munificencia de los cardenales, de los abades y de los obispos. Pero se dirá quizá que semejantes trabajos nada más atestiguan que la inmensa riqueza de la Iglesia.

No ignoramos que por lo general siempre se procura atenuar los servicios, y que el hombre aborrece la gratitud. El clero encontró tierras inmensas e hizo que produjeran pingües cosechas, y cuando en fuerza de su trabajo llegó a ser opulento, aplicó sus rentas a edificios públicos. Si le echáis en cara unos bienes tan noblemente adquiridos, tanto en su empleo como en su procedencia, le acusáis a la vez del crimen de los dos beneficios.

No había en toda Europa ni carreteras ni posadas; los bosques estaban llenos de ladrones y asesinos; las leyes carecían de vigor, o, por mejor decir, no había leyes: sólo la religión, como una robusta columna en medio de las ruinas góticas, ofrecía hospitalidad y puntos de comunicación a los hombres.

Habiendo Francia caído en la más profunda anarquía, bajo la segunda raza de nuestros reyes, los viajeros eran frecuentemente detenidos, despojados y degollados al pasar los ríos. Entonces hubo unos monjes tan hábiles como valerosos, que tomaron por su cuenta el remediar tales males. Formaron entre sí una compañía llamada de *Hospitallarios pontífices o constructores de puen-*

tes, obligándose por su instituto a defender a mano armada a los viajeros, componer las vías públicas, reparar los caminos, construir puentes y alojar a los pasajeros en hospicios que levantaron a la orilla de los ríos. Establecieron por de pronto cerca del Durance, en un paraje peligroso, llamado *Maupas*, o *Movais-pas*, y que, gracias a estos generosos monjes, no tardó en tomar el nombre de *Bon-pas*, el mismo que aun conserva en la actualidad. Esta misma corporación religiosa fué la que levantó el puente sobre el Ródano, en Aviñón. Sabido es que las mensajerías y las postas, perfeccionadas por Luis XI, fueron establecidas primeramente por la universidad de París.

Sobre una encumbrada y áspera montaña de Rouergue, cubierta de nieblas y nieve durante ocho meses del año, se ve un monasterio edificado hacia el año 1120 por Alard, vizconde de Flandes. Volviendo este señor de una peregrinación, fué atacado en aquel lugar por ladrones; hizo voto, si salía libre de sus manos, de fundar en aquel desierto un hospital para viajeros, y limpiar el monte de bandidos. Habiéndose salvado del peligro, cumplió fielmente su promesa, y el hospital de Abrac o de Aubrac se eleva *in loco horroris et vastæ solitudinis*, como lo refiere el acta de fundación. Alard estableció en él clérigos para el servicio de la iglesia, caballeros hospitalarios para que escoltasen a los viajeros, y damas de calidad para lavar los pies a los peregrinos, les hiciesen las camas, y tuvieran cuidado de sus vestidos.

En los siglos de barbarie, las peregrinaciones eran muy útiles, pues aquel principio religioso que hacía salir a los hombres de sus hogares, servía poderosamente al progreso de la civilización y de las luces. El año del gran jubileo ¹ no entraron menos de 440.500 extranjeros en el hospital de San Felipe Neri en Roma; cada uno de ellos fué alimentado, hospedado y fueron cubiertas todas sus necesidades durante tres días.

No había peregrino que no volviese a su pueblo con algún prejuicio menos y alguna idea más. Todo se compensa

1. *Histoire de la ville de Paris.*
CRISTIANISMO.—20

1. En 1600.

en los siglos : ciertas clases de la sociedad viajan ahora más que otras veces ; pero, por otra parte, el aldeano es más sedentario. La guerra le hacía acudir a las banderas de su señor, y la religión le obligaba a ir a países lejanos. Si pudiésemos ver a uno de aquellos antiguos vasallos que nosotros nos representamos como una especie de esclavos estúpidos, acaso quedaríamos sorprendidos al encontrar en él más buen sentido e instrucción que un campesino libre de hoy día.

Antes de partir para los reinos extranjeros, el viajero se dirigía a su obispo, que le daba una carta apostólica con la que podía caminar seguramente por toda la cristiandad. La forma de estas cartas variaba según el rango y profesión del portador, por cuya razón se las llamaba *formatæ*. De manera que la religión no se ocupaba más que en reanudar el hilo social que la barbarie rompía sin cesar.

En general, los monasterios eran una especie de hospederías, donde los viandantes hallaban mesa y cubierto. Aquella hospitalidad que tanto se admira en los antiguos, y de la que se conservan aún vestigios en Oriente, fué muy honrada por parte de nuestros religiosos : varios de ellos, con la denominación de Hospitalarios, se consagraron particularmente a esta conmovedora virtud. Se manifestaba, como en los días de Abraham, en todo el esplendor de su antigua belleza por medio del lavatorio de pies, la llama del hogar y las dulzuras de la mesa y el lecho. Si el viajero era pobre, se le daba vestido, víveres y algún dinero para que pudiese llegar a otro monasterio, donde recibía los mismos socorros. Las damas, montadas en sus palafrenes ; los valientes, buscando aventuras ; los reyes, extraviados en las cacerías, llamaban, en medio de la noche, a la puerta de las antiguas abadías, y participaban de la hospitalidad que se daba al oscuro peregrino. Alguna vez, dos caballeros enemigos se volvían a encontrar juntos y se hacían una jovial recepción hasta la salida del sol, en que, espada en mano, sustentaban la superioridad de sus damas y de sus patrias. Boucicault, al volver de la cruzada de Prusia, hospedado en un monasterio con

varios caballeros ingleses, sostuvo solo contra todos que un caballero escocés, atacado por ellos en los bosques, había sido muerto a traición.

En estas hospederías de la religión, se creía hacer mucho honor a un príncipe cuando se le proponía se tomase algún cuidado por los pobres que se hallaban por casualidad con él. El cardenal de Borbón, cuando volvía de acompañar a España a la desgraciada Isabel, se detuvo en la hospedería de Roncesvalles, en los Pirineos ; sirvió la mesa a trescientos peregrinos, y dió a cada uno de ellos tres reales para ayuda del viaje. El Pusino es uno de los últimos viajeros que se aprovecharon de aquella costumbre cristiana ; fué a Roma de monasterio en monasterio, pintando cuadros para los altares en premio a la hospitalidad que recibía, renovando así entre los pintores la aventura de Homero.

IX

ARTES Y OFICIOS, COMERCIO

Nada hay más contrario a la verdad histórica que el representarse los primeros frailes como unos hombres ociosos que, a expensas de la superstición humana, vivían en la abundancia. Por de pronto, esta abundancia nada tiene de positivo. La comunidad, por medio de sus trabajos, podía haber adquirido riquezas, pero es muy cierto que el religioso en particular vivía en la mayor estrechez. Todas las ponderadas comodidades del claustro se reducían, aun en nuestro tiempo, a una angosta celda, a unas prácticas desagradables, y a una comida muy sencilla, por no decir más. Luego es falso que los frailes no fuesen más que piadosos holgazanes, supuesto que no habiendo sus numerosos hospicios, sus colegios, sus bibliotecas, sus trabajos campestres, ni todos los demás servicios que hemos referido, ocupado enteramente su tiempo, buscaron otros medios de ser útiles, y se consagraron a las artes mecánicas, y extendieron el comercio por el interior y el exterior de Europa.

La congregación de la Orden Tercera de San Francisco llamada de los *Bons-*

Fieux, se dedicó a tejer paños y galones al mismo tiempo que enseñaba a leer a los niños de los pobres, y cuidaba enfermos. La compañía de los *Pobres hermanos zapateros y sastres*, se instituyó con el mismo objeto. Los conventos de jerónimos en España tenían también varias manufacturas. La mayor parte de los primeros religiosos eran albañiles y agricultores. Los benedictinos construían sus casas con sus propias manos, como puede verse por la historia de los conventos de Monte-Casino, de Fontevault y varios otros.

En cuanto al comercio interior, diremos que muchas ferias y mercados pertenecían a las abadías y habían sido instituidos por ellas. La célebre feria de *Landyt*, en Saint-Denis, debía su origen a la universidad de París. Las religiosas hilaban una gran parte de las telas de Europa. Las cervezas de Flandes y la mayor parte de los vinos generosos del Archipiélago, de Hungría, de Italia, de Francia y de España, eran elaborados por congregaciones religiosas; la exportación e importación de cereales, sea para el extranjero, sea para los ejércitos, dependían también en parte de los grandes propietarios eclesiásticos. Las iglesias daban valor al pergamino, a la cera, al lino, a la seda, a los mármoles, a la orfebrería, a las manufacturas en lana, a las materias primas de oro y de plata; ellas solas, en los tiempos bárbaros, daban ocupación a los artistas, que hacían venir expresamente de Italia, y hasta del fondo de Grecia. Los religiosos cultivaban también personalmente las Bellas Artes, y eran los pintores, los escultores y los arquitectos de la edad gótica. Si sus obras nos parecen toscas en la actualidad, no debemos perder de vista que ellas formaron el eslabón que une los tiempos antiguos con los siglos modernos; que sin ellos, la cadena de la tradición de las letras y de las artes, hubiera quedado totalmente interrumpida: y no debemos dar lugar a que la delicadeza de nuestro gusto nos haga incurrir en ingratitud.

A excepción de la pequeña parte del Norte comprendida en la línea de ciudades anseáticas, el comercio exterior se hacía en otros tiempos por el Medi-

terráneo. Los griegos y los árabes nos traían las mercancías de Oriente, transportándolas desde Alejandría. Empero las cruzadas hicieron pasar por manos de los francos aquella fuente de riquezas. «Las conquistas de los cruzados, dice el abate Fleury, les aseguraban la libertad de comercio para las mercancías de Grecia, Siria y Egipto, y, por consiguiente, para las de las Indias, que tampoco llegaban a Europa por otra ruta ¹.»

El doctor Robertson, en su excelente obra sobre el comercio de los antiguos y modernos en las Indias Orientales, confirma, con los más curiosos detalles, esta opinión de Fleury. Génova, Venecia, Pisa, Florencia y Marsella debieron su riqueza y poder a las empresas de un celo exagerado que el verdadero espíritu del cristianismo ha reprochado hace ya tiempo ². Mas al cabo no se puede negar que la marina y el comercio moderno deben su origen a aquellas famosas expediciones. Lo que hubo de bueno en ellas pertenece a la religión; lo demás, es obra de las pasiones humanas. Por otra parte, si los cruzados estuvieron en un error en querer arrancar a los sarracenos Siria y Egipto, no nos lamentemos al ver aquellas hermosas regiones en poder de los turcos, que, al parecer, hacen que la peste y la barbarie fijen su asiento en la patria de Fidiás y de Eurípides. ¿Qué mal habría habido en que el Egipto fuese desde el tiempo de San Luis una colonia de Francia, y en que los descendientes de los caballeros franceses reinasen en Constantinopla, en Atenas, en Damasco, en Trípoli, en Cartago, en Tiro y en Jerusalén?

Por lo demás, aunque el cristianismo marchó *solo* a esas lejanas expediciones, no ha sido difícil conocer que los desórdenes de las Cruzadas no eran obra suya, sino del arrebatado de los hombres. Nuestros misioneros nos han abierto vías de comercio sin tener que derramar más sangre que la suya, de la que verdaderamente han sido pródigos. El lector puede ver lo que sobre este particular hemos dicho en el libro de *las Misiones*.

1. *Hist. ecclési.*, t. XVIII, sexto disc., p. 20.
2. *Vid. FLEURY, loc. cit.*



X

DE LAS LEYES CIVILES Y CRIMINALES

Indagar cuál ha sido la influencia del cristianismo sobre las leyes y los gobiernos, así como lo hemos hecho tocante a la moral y la poesía, sería asunto de una obra muy hermosa. Indicaremos solamente el camino, y presentaremos algunos resultados, a fin de adicionar la suma de los beneficios de la religión.

Basta fijar la vista en cualquier página de los concilios, del derecho canónico, de las bulas y rescriptos de la corte romana, para convencerse de que nuestras antiguas leyes, recogidas en las Capitulares de Carlomagno, en las Fórmulas de Marculfo y en las Ordenanzas de los reyes de Francia, han tomado una porción de reglamentos de la Iglesia, o que la mayor parte han sido redactados por sabios sacerdotes o asambleas eclesiásticas.

Desde tiempo inmemorial, los obispos y los metropolitanos han tenido derechos bastante considerables en materias civiles. A su cargo estaba la promulgación de las órdenes imperiales relativas a la tranquilidad pública; tomábaseles por árbitros en los procesos: venían a ser una especie de jueces de paz naturales que la religión había dado a los hombres. Habiendo los emperadores cristianos encontrado establecida ya esta costumbre, la juzgaron tan saludable¹, que la confirmaron en artículos en sus códigos. Cada ordenado, desde el subdiácono hasta el sumo pontífice, ejercía una pequeña jurisdicción, de modo que el espíritu religioso obraba por mil puntos y de mil modos sobre las leyes. Pero, ¿era esta influencia favorable o perjudicial para los ciudadanos? Creemos que era favorable.

Desde luego, la sabiduría del clero, por lo tocante a lo que se llama *administración*, ha sido reconocida constantemente hasta por los mismos escritores más opuestos al cristianismo². Cuando un Estado goza de tranquilidad, los

hombres no hacen el mal por el solo placer de hacerlo. ¿Qué interés puede tener un concilio en redactar una ley inicua, en lo relativo al orden de sucesiones o a las condiciones de un matrimonio? ¿Por qué razón un oficial, o un simple sacerdote, admitido a dar su opinión sobre un punto de derecho había de prevaricar? Si es cierto que la educación y los principios que nos han inculcado en la juventud influyen en nuestro carácter, los ministros del Evangelio debían ser en general guiados por un espíritu de dulzura y de imparcialidad: pongamos, si se quiere, una restricción, y digamos en todo eso que no concierne a su orden o a su persona. Por otra parte, el espíritu de corporación, que puede ser malo en el conjunto, es siempre bueno en la parte. Es de presumir que un miembro de una gran sociedad religiosa se distinguirá más bien por su rectitud que por sus prevaricaciones, aun cuando no fuese más que por la gloria de su Orden y por el yugo que ésta le impone.

Además, los concilios se componían de prelados de todos los países, y por lo tanto tenían la inmensa ventaja de ser como extranjeros para los pueblos en cuyo obsequio se instituían las leyes. Aquellas animosidades, simpatías y preocupaciones feudatarias que por lo general acompañaban al legislador, eran desconocidas a los Padres de los concilios. Un obispo francés estaba bastante enterado de los asuntos de su patria para combatir cualquier canon que lastimase las costumbres; pero no tenía bastante influencia cerca de los prelados italianos, españoles o ingleses, para hacerles adoptar un reglamento injusto: de manera que tenía completa libertad para obrar el bien, y se hallaba enteramente limitado para hacer el mal. Es Maquiavelo, creemos, quien propone se haga redactar por un extranjero la constitución de un Estado. Pero este extranjero podría estar vendido al interés, o ignorar la índole de la nación cuyo gobierno trataba de establecer; dos grandes inconvenientes que el concilio no tenía, supuesto que por sus riquezas estaba libre de corrupción, y era al mismo tiempo conocedor de las inclinaciones particulares de los

1. Eus., *de Vit. Const.*, lib. xv, cap. xxvii; Sozom., lib. i, cap. ix; *Cod. Justin.*, lib. i, tit. iv, leg. 7.

2. Véase VOLTAIRE, en el *Essai sur les Mœurs*.

reinos por los diversos miembros que lo componían.

Como la Iglesia tomaba siempre por base la moral, con preferencia a la política (puede verse en las cuestiones de raptó, divorcio y adulterio), sus providencias debían tener un fondo natural de rectitud y de universalidad. Efectivamente, la mayor parte de los cánones no son relativos a tal o cual comarca, sino a toda la cristiandad. Siendo la caridad y el perdón de las ofensas base de todo el cristianismo, y hallándose estas virtudes particularmente recomendadas en el sacerdocio, la acción de este carácter sagrado sobre las costumbres debía participar de su influencia. La historia nos está presentando continuamente al sacerdote orando por los desgraciados, implorando perdón para el culpable, e intercediendo en favor del inocente. El derecho de asilo en las iglesias, por abusivo que fuese, era una prueba de la tolerancia que el espíritu religioso había introducido en la justicia criminal. Sintieronse los dominicos animados de esta piedad evangélica al denunciar con energía las crueldades que en el Nuevo Mundo cometían sus conquistadores. Finalmente, habiendo sido formado nuestro código en tiempos de barbarie, y siendo en aquella época los sacerdotes las únicas personas que tenían alguna instrucción, no podían ejercer en las leyes más que una influencia saludable, poniendo en juego las luces de que carecían los demás ciudadanos.

Se encuentra un hermoso ejemplo del espíritu de justicia que el cristianismo intentaba introducir en nuestros tribunales. San Ambrosio observa que, si bien en materias criminales estaban los obispos obligados por su carácter a implorar la clemencia del magistrado, no debían intervenir de ningún modo en las causas civiles no dependientes de su jurisdicción: «Porque, dice, no podéis abogar por una de las partes sin dañar a la otra, y haceros culpables acaso de una grande injusticia ¹.»

¡Admirable espíritu de la religión!

No es menos notable la moderación de San Crisóstomo. «Dios, dice este

gran santo, permitió a un hombre repudiar su mujer por causa de adulterio, pero no por causa de idolatría ¹. Según el derecho romano, los infames no pueden ser jueces. San Ambrosio y San Gregorio llevaron aún más adelante el espíritu de esta hermosa ley, *pues no querían que los que hubiesen cometido grandes culpas pudieran ser jueces, por temor de que al condenar a los otros no se condenasen a si mismos* ².

Negábase el prelado a tomar parte en la substanciación de las causas criminales, porque la religión tiene horror a la sangre. San Agustín obtuvo por medio de sus ruegos la vida de los circunceliones, convictos de haber asesinado sacerdotes católicos. El concilio de Sárdica redactó una ley mandando a los obispos interponer su mediación en las sentencias de confinamiento y destierro ³. A esta caridad cristiana debía pues el desgraciado no solamente su vida, sino lo que aun es más precioso, la dulzura de respirar el aire natal.

Estas otras disposiciones de nuestra jurisprudencia criminal están también sacadas del derecho canónico: «1.ª No debe condenarse a un ausente, que puede tener medios legítimos de defensa. 2.ª El acusador y el juez no pueden servir de testigos. 3.ª Los grandes criminales no pueden ser acusadores ⁴. 4.ª Cualquiera que sea la dignidad de una persona, no basta su sola declaración para condenar a un acusado ⁵.»

Puede verse en Héricourt la continuación de estas leyes, que confirman lo que acabamos de decir, esto es, que las mejores disposiciones de nuestro código civil y criminal, se deben al derecho canónico. Este derecho es en general más benigno que las leyes civiles, y ya en algunos puntos hemos rechazado su indulgencia cristiana. Por ejemplo, el séptimo concilio de Cartago establece que si el acusador, en el caso de haber muchos cargos de acusación, no pudiese probar el primero, no se le admitiera a la prueba de los demás;

1. *In cap. Isai.* 3.

2. HÉRICOURT, *Lois eccl.*, p. 760, quest. VIII.

3. *Conc. Sard.*, can. XVII.

4. Este admirable canon no estaba incluido en nuestras leyes.

5. *Hér. loc. cit.* et seq.

nuestras costumbres lo han ordenado de otra manera.

Esta grande obligación que nuestro sistema civil debe a los reglamentos del cristianismo es una cosa muy seria, muy poco observada, y sin embargo muy digna de serlo¹.

Finalmente, las jurisdicciones señoriales, en tiempo del feudalismo, fueron necesariamente menos vejatorias bajo la dependencia de las abadías y prelaturas, que en el círculo de competencia de un conde o barón. El señor eclesiástico estaba obligado a guardar ciertas virtudes que el guerrero no se creía obligado a practicar. No duró mucho la época en que los abades acompañaban al ejército, y por lo tanto sus vasallos pudieron convertirse en pacíficos agricultores. San Benito de Aniano, reformador de los benedictinos en Francia, recibía los terrenos que le ofrecían, mas nunca quiso aceptar *siervos*, y en el acto les devolvía la libertad²: este ejemplo de magnanimidad en pleno siglo décimo es bien admirable. ¡Y era un monje el que lo daba!

XI

POLÍTICA Y GOBIERNO

La costumbre que concedía el primer puesto al clero en las asambleas de las naciones modernas, tenía relación con el gran principio religioso que la antigüedad entera consideraba como base de la existencia política: «No sé, dice Cicerón, si destruir la piedad hacia los dioses sería lo mismo que destruir la buena fe, la sociedad del humano linaje y la más excelente de las virtudes: la justicia³: *Haud scio an, pietate adversus deos sublata, fides etiam, et societas humani generis, et una excellentissima virtus, justitia, tollatur.*»

Supuesto que hasta en nuestros días se ha creído que la religión es la base de la sociedad civil, no acriminemos a nuestros padres por haber pensado como Platón, Aristóteles, Cicerón, Plutarco, y por haber colocado el altar y

sus ministros en el más eminente puesto del orden social.

Mas si nadie nos disputa sobre este particular la influencia de la Iglesia en el cuerpo político, no faltará acaso quien sostenga que esta influencia fué funesta al bienestar público y a la libertad. Sobre este vasto y profundo objeto nos limitaremos a una sola reflexión: remontémonos por un instante a los principios generales, desde donde conviene siempre partir para obtener alguna verdad.

La Naturaleza, en el orden moral y físico, parece no emplear más que un solo medio de creación, que consiste en combinar, para producir, la fuerza con la dulzura. Su energía, al parecer, reside en la ley general de los contrastes. Cuando la violencia se une con la violencia, o la debilidad con la debilidad, lejos de producir algo, no hace más que destruir por exceso o por falta. Todas las legislaciones de la antigüedad presentan ese sistema de oposición que engendra el cuerpo político.

Una vez admitida esta verdad, es preciso buscar los puntos de oposición, que, a nuestro parecer, residen principalmente, uno en las costumbres del pueblo, y otro en las instituciones que a este pueblo se hayan de dar. Si éste fuese de un carácter tímido y débil, sea su constitución vigorosa y robusta; si por el contrario es altivo, impetuoso, inconstante, adáptesele una forma de gobierno blando, moderado e invariable. Así la teocracia no fué buena para los egipcios: les esclavizó sin inspirarles las virtudes que les faltaban; era una nación pacífica: carecía de instituciones militares.

La influencia sacerdotal, al contrario, produjo en Roma efectos admirables: esta reina del mundo debió su grandeza a Numa, que supo colocar la religión en la primera categoría en un pueblo guerrero, pues el que no teme a los hombres debe temer a los dioses.

Lo que acabamos de decir del pueblo romano se aplica al francés, que no necesita ser excitado, sino contenido. Háblese de los peligros de la teocracia; pero, ¿en qué nación belicosa ha conducido un sacerdote al hombre a la esclavitud?

1. Montesquieu y el doctor Robertson han dicho algo acerca de esto.

2. Hélyot.

3. De Nat. Deor., I, II.

Débase, pues, partir de este gran principio general para juzgar de la influencia del clero en nuestra antigua constitución, y no de algunos pormenores particulares de índole local y accidental. Todas las declamaciones contra la riqueza de la Iglesia son diminutos aspectos de un asunto inmenso; es considerar apenas la superficie de los objetos, sin dirigir una ojeada segura a su profundidad. El cristianismo era en el cuerpo político de Francia como los instrumentos religiosos de que los espartanos se servían en las batallas, y cuyo objeto era, no tanto animar al soldado, cuanto moderar su arrojo.

Si se consulta la historia de los Estados generales, se verá que el clero ha representado siempre el hermoso papel de regulador, pues calmaba los espíritus y evitaba las resoluciones extremas. Sólo la Iglesia poseía instrucción y experiencia, cuando barones altaneros e ignorantes pecheros no conocían otros recursos que las facciones y una obediencia servil; sólo ella, merced a las prácticas adquiridas en sínodos y concilios, sabía hablar y deliberar; sólo ella tenía dignidad, cuando todo en su derredor carecía de este sentimiento. La vemos alternativamente oponerse a las demasías del pueblo, presentar a los reyes observaciones que revelaban su independencia, y arrostrar la cólera de los nobles. La superioridad de sus luces, su genio conciliador, su misión pacífica y la naturaleza misma de sus intereses debían inspirarle en política ideas más generosas que a los otros dos órdenes. Colocada entre ellos, debía temerle todo de los grandes, y nada del pueblo, cuyo defensor natural era por esta sola razón. Vémosla, por consiguiente, en las épocas turbulentas votar con preferencia a la par de éste. Lo más digno de respeto en los Estados generales, era el banco ocupado por los ancianos obispos, que, con la mitra en la cabeza y la cruz en la mano, defendían alternativamente la causa del pueblo contra los grandes y la del soberano contra señores facciosos.

Estos prelados fueron muchas veces víctimas de su abnegación. El odio de los nobles contra el clero fué tan grande a principios del siglo XIII, que Santo

Domingo se vió constreñido a predicar una especie de cruzada para arrancar los bienes de la Iglesia a los barones que los habían usurpado. Muchos obispos fueron degollados por los nobles o encarcelados por la corte, sufriendo así alternativamente las venganzas monárquicas, aristocráticas y populares.

Si se considera en mayor escala la influencia del cristianismo sobre la existencia política de los pueblos de Europa, se verá que prevenía las hambres y salvaba a nuestros antepasados de sus propios fueros, proclamando aquellas paces llamadas *Paz de Dios*, durante las cuales se recogían las mieses y se practicaban las vendimias. En las conmociones públicas no pocas veces los papas se mostraron como príncipes muy eminentes, pues amonestando a los reyes, dando el grito de alarma y haciendo coaliciones, evitaban que el Occidente cayese en manos de los turcos. Sólo este servicio hecho al mundo por la Iglesia merecería altares.

Cuando unos hombres indignos, con el nombre de cristianos acuchillaban a los pueblos del Nuevo Mundo, la corte de Roma fulminaba burlas para evitar tamañas atrocidades ¹. La esclavitud estaba reconocida como legítima, y la Iglesia no reconocía esclavos ² entre sus hijos. Los mismos excesos de la corte de Roma sirvieron para difundir los principios generales del derecho de los pueblos. Cuando los papas ponían en entredicho a los reinos, y cuando obligaban a los emperadores a ir a dar cuenta de su conducta a la Santa Sede, se arrogaban sin duda un poder que no era suyo; pero al herir la majestad del trono hacían quizá mucho bien a la humanidad. Los reyes se hacían más circunspectos; conocían que tenían un freno y el pueblo una égida. Los rescritos pontificios mezclaban siempre la voz de las naciones y el interés general a las quejas privadas: «*Nos han llegado noticias de que Felipe, Fernando, Enrique, oprime a su pueblo, etc.*» Tal era con corta diferencia el encabezamiento de todas esas decisiones de la corte de Roma.

1. La famosa bula de Paulo III.

2. El decreto de Constantino, declarando libre a todo esclavo que abraza el cristianismo.

Si existiese en el corazón de Europa un tribunal que juzgase, en el nombre de Dios, a las naciones y a los monarcas, y que previniese las guerras y las revoluciones, este tribunal sería la obra maestra de la política y el último grado de perfección social; pues bien, los papas han estado a punto de realizar este hermoso sueño, mediante la influencia que sobre el mundo cristiano ejercían.

Montesquieu ha demostrado que el cristianismo se opuso por espíritu y por consejo al poder arbitrario, y que sus principios alcanzan más que el honor en las monarquías, la virtud en las repúblicas y el temor en los Estados despóticos. ¿No existen, acaso, repúblicas cristianas que parecen más identificadas con su religión que las monarquías? ¿No se formó también bajo la ley evangélica el gobierno, cuya excelencia parecía tan alta al más grave de los historiadores¹, que lo creía impracticable entre los hombres? «En todas las naciones, dice Tácito, es el pueblo, o los nobles, o uno solo quien gobierna; y la forma de gobierno que se compusiera de los tres órdenes a la vez, sería una brillante quimera, etc.²»

Tácito no podía adivinar que esta especie de milagro se realizaría un día entre los salvajes, cuya historia nos ha dejado³. Las pasiones, bajo el politeísmo, hubieran pronto derrocado un gobierno que sólo se conserva por el equilibrio de los contrapesos. El fenómeno de su existencia estaba reservado a una religión que, manteniendo el más perfecto equilibrio moral, permite establecer la más perfecta balanza política.

Montesquieu vió el principio del gobierno inglés en los bosques de Germania, pero acaso era más sencillo descubrirlo en la división de los tres órdenes, división conocida por todas las grandes monarquías de la Europa moderna. Inglaterra principió, como Francia y España, por sus Estados generales: España pasó a ser monarquía absoluta, Francia monarquía templada, e Inglaterra, monarquía mixta. Lo que

merece observarse es, que las Cortes de la primera gozaban de muchos privilegios que no tenían los Estados generales de la segunda, ni los Parlamentos de la tercera, y que el pueblo más libre cayó bajo el gobierno más absoluto. Por otra parte, los ingleses, que casi se hallaban reducidos a la servidumbre, se acercaron a la independencia, y los franceses, que no eran ni muy libres ni muy esclavos, se estacionaron casi en un mismo punto.

Al cabo, fué una grande fe y fecunda idea política la división de los tres órdenes. Siendo totalmente desconocida de los antiguos, ha producido entre los modernos el sistema representativo, que puede ser colocado en el número de los tres o cuatro descubrimientos que han creado otro universo. Añádase, para gloria de nuestra religión, que el sistema representativo se deriva en parte de las instituciones eclesiásticas, tanto porque la Iglesia ofrece su primera imagen en sus concilios, compuestos del Sumo pontífice, de los prelados, y de los diputados del clero inferior, cuanto porque, no habiéndose los sacerdotes cristianos separado del Estado, dieron origen a un nuevo orden de ciudadanos, que, uniéndose a los demás, llevó en pos de sí la representación del cuerpo político.

No debemos omitir una reflexión que corrobora los hechos anteriores, y que prueba que el espíritu evangélico es eminentemente favorable a la libertad. La religión cristiana estableció en dogma la igualdad moral, única que sin trastornar el mundo puede predicarse. ¿Trató en Roma el politeísmo de persuadir al patricio que no era de un polvo más noble que el plebeyo? ¿Qué pontífice se atrevió a pronunciar tales palabras delante de Nerón o Tiberio? No hubiera tardado en verse el cuerpo del imprudente levita expuesto a las gemonías. Pues, sin embargo, esas son las palabras que los potentados cristianos están viendo sin cesar en aquella cátedra tan justamente llamada de la Verdad.

En general, el cristianismo es particularmente admirable por haber convertido al hombre físico en hombre moral. Todos los grandes principios de

1. Hay que recordar que esta fué escrito durante el imperio de Bonaparte. El autor parece anunciar aquí la Carta de Luis XVIII. Sus opiniones constitucionales, como se ve, datan de antiguo.

2. Tac., Ann., lib. IV, XXXIII.

3. In Vit. Agric.

Roma y de Grecia, la igualdad, la libertad, se encuentran en nuestra religión, pero aplicados al alma y al talento, y considerados bajo relaciones sublimes.

Los consejos del Evangelio forman al verdadero filósofo, y sus preceptos al verdadero ciudadano. No hay un solo pueblo cristiano en el cual no sea más dulce vivir que en el pueblo antiguo más famoso, excepto Atenas, que fué encantadora, pero horriblemente injusta. Hay una paz interior en las naciones modernas, un continuo ejercicio de las virtudes más tranquilas, que no fué conocido en las orillas del Iliso ni del Tíber. Si la república de Bruto o la monarquía de Augusto se nos presentaran de repente a la vista, nos causarían horror. No hay más que representarse las fiestas de la diosa Flora, o aquella continua matanza de gladiadores, para comprender la enorme diferencia que el Evangelio ha colocado entre nosotros y los paganos; el último de los cristianos, siendo hombre honrado, es más *moral* que el primero de los filósofos de la antigüedad.

«Por último, dice Montesquieu, debemos al cristianismo un cierto derecho político, y en la guerra un cierto derecho de gentes que la Naturaleza humana nunca podría agradecer como es debido.

»Su derecho es el que hace que la victoria entre nosotros deje a los pueblos vencidos estas grandes cosas: la vida, la libertad, las leyes, los bienes, y siempre la religión, cuando el vencedor, no se ciega a sí mismo ¹.»

Para coronar tantos beneficios, añadamos otro que en los anales de la filosofía debería estar escrito en letras de oro:

LA ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD

XII

RECAPITULACIÓN GENERAL

No sin experimentar una especie de temor, llegamos al término de nuestra obra. Las graves ideas que nos la han hecho emprender, la peligrosa ambi-

ción que hemos tenido, de resolver, en cuanto de nosotros dependía, la cuestión sobre el cristianismo, todas estas consideraciones nos alarman. Difícil es descubrir hasta qué punto Dios aprueba que los hombres tomen en sus débiles manos la causa de su eternidad, haciéndose abogados del Criador en el tribunal de la criatura, y tratando de justificar con razones humanas esos consejos que han dado la vida al Universo. Sólo, pues, con una extremada desconfianza, motivada por la insuficiencia de nuestro talento, nos atrevemos a presentar la recapitulación general de esta obra.

Toda religión tiene misterios; toda la Naturaleza es un secreto.

Los misterios cristianos son los más hermosos posibles; son el arquetipo del sistema del hombre y del mundo.

Los sacramentos son una legislación moral, y cuadros llenos de poesía.

La fe es una fuerza, la caridad un amor, la esperanza toda una felicidad, o como dice la religión, toda una virtud.

Las leyes de Dios son el código más perfecto de la justicia natural.

La caída de nuestro primer padre es una tradición universal.

Puede encontrarse una nueva prueba de esa verdad en la constitución del hombre moral, que contradice la constitución general de los seres.

La prohibición de tocar el fruto de la ciencia es un precepto sublime, y único digno de Dios.

Todas las supuestas pruebas de la antigüedad de la tierra pueden ser combatidas.

Dogma de la existencia de Dios, demostrado por las maravillas del Universo; designio visible de la Providencia en los instintos de los animales; encantos de la Naturaleza.

Única prueba moral la inmortalidad del alma. El hombre desea la dicha, y es el único ser que no puede alcanzarla: hay, pues, una felicidad más allá de la vida, porque no se desea lo que no existe.

El sistema del ateísmo no se funda sino sobre excepciones: no es el cuerpo el que obra sobre el alma, sino ésta sobre aquél. El hombre no sigue las le-

¹ *Esprit des Lois*, IV, XXIV, chap. III.

yes generales de la materia : disminuye en donde el animal aumenta.

Para nadie es bueno el ateísmo ; ni para el desgraciado a quien roba la esperanza, ni para el venturoso, cuya felicidad agota, ni para el soldado, a quien vuelve tímido, ni para la mujer, cuya ternura y belleza mancilla, ni para la madre, que puede perder a su hijo, ni para los jefes de los hombres, que no tienen mejor garantía de la fidelidad de los pueblos que la religión.

Los castigos y recompensas que el cristianismo promete en la otra vida, están en armonía con la razón y la naturaleza del alma.

En poesía, los caracteres son más hermosos, y las pasiones más enérgicas bajo la religión cristiana que bajo el politeísmo. Este no presentaba parte dramática, ni los combates de las inclinaciones naturales y de las virtudes.

La Mitología disminuía la Naturaleza ; y los antiguos carecían por esta razón de poesía descriptiva. El cristianismo volvió al desierto sus perspectivas y soledades.

Lo *maravilloso* cristiano puede sostener el paralelo con lo *maravilloso* de la fábula. Los antiguos fundaron su poesía en Homero, y los cristianos en la Biblia ; y las bellezas de ésta exceden a las de aquél.

Al cristianismo deben las Bellas Artes su renacimiento y perfección.

En filosofía, no se opone a ninguna verdad natural. Si alguna vez ha combatido las ciencias, ha seguido el espíritu de su siglo y la opinión de los más grandes legisladores de la antigüedad.

En historia, nos hubiéramos quedado inferiores a los antiguos sin el nuevo carácter de imágenes, reflexiones y pensamientos que la religión cristiana ha hecho nacer : la elocuencia moderna está sujeta a la misma observación.

Restos de las Bellas Artes, soledades de los monasterios, encantos de las ruinas, graciosas devociones del pueblo, armonías del corazón, de la religión y de los desiertos, son los que conducen al examen del culto.

Por todas partes en el culto cristiano, la pompa y la majestad van unidas a las intenciones morales y a las oraciones edificantes o sublimes. El sepulcro

vive y se anima en nuestra religión : desde el labrador que yace en el cementerio campestre, hasta el rey acostado en Saint-Denis, todo duerme en el polvo poético. Job y David, reclinados sobre la tumba del cristiano, cantan alternativamente la muerte en las puertas de la eternidad.

Acabamos de ver lo que deben los hombres al clero secular y regular, a las instituciones y al genio del cristianismo.

Si Shoonbeck, Bonnani, Giustiniani y Hélyot, hubiesen empleado más orden en sus laboriosas indagaciones, podríamos presentar aquí el catálogo completo de los servicios hechos por la religión a la humanidad. Principiaríamos enumerando las calamidades que abrumaban el alma o el cuerpo del hombre, y a cada dolor asignaríamos el orden cristiano que se dedica a mitigarlos. No es exageración : discúrrase una miseria, sea la que quiera, y es indudable que la religión habrá adivinado el pensamiento y preparado el remedio. He aquí lo que hemos podido averiguar según un cálculo hecho con la mayor exactitud que nos ha sido posible.

Existen sobre la superficie de la Europa cristiana cuatro mil trescientas ciudades y villas, poco más o menos.

En estas cuatro mil trescientas ciudades y villas, hay tres mil doscientas noventa y cuatro de primera, segunda, tercera y cuarta magnitud.

Suponiendo en cada una de ellas un hospital (cálculo inferior a la verdad), resultarían tres mil doscientos noventa y cuatro hospitales, casi todos instituidos por el genio del cristianismo, dotados con bienes de la Iglesia y servidos por corporaciones religiosas.

Tomando un medio proporcional, y suponiendo sólo cien camas en cada uno de estos establecimientos, o si se quiere, una para cada dos enfermos, se verá que la religión, además de la inmensa multitud de pobres que sostiene, consuela y alimenta diariamente, desde hace más de dos mil años, cerca de trescientos veintinueve mil cuatrocientos hombres.

Un cálculo casi igual puede hacerse respecto de los colegios y universidades, pudiéndose, en vista de él, admitir que

por lo menos son trescientos mil los jóvenes cuya enseñanza tiene la religión a su cargo en los diversos estados de la cristiandad ¹.

Es de advertir que no figuran en su cálculo los hospitales y colegios cristianos en las otras tres partes del mundo, ni la educación dada por las monjas a las niñas.

Añádase a estos resultados el diccionario de los hombres célebres que ha producido la Iglesia, y que con corta diferencia forman las dos terceras partes de los varones eminentes de los tiempos modernos, y será preciso confesar, como ya lo hemos dicho, que la regeneración de las ciencias, artes y letras, es debida a la Iglesia; que la mayor parte de los descubrimientos modernos, como la pólvora, los relojes, los anteojos, la brújula, y en política el sistema representativo, le pertenecen también; que la agricultura, el comercio, las leyes y el gobierno le deben inmensas obligaciones; que sus misioneros han traído las ciencias y las artes a los pueblos civilizados, y leyes a las hordas salvajes; que sus caballeros han contribuido poderosamente a salvar a Europa de una invasión de nuevos bárbaros, y que el género humano le debe:

El culto de un solo Dios;

El dogma más fijo de la existencia del Ser Supremo;

La doctrina menos vaga y más cierta de la inmortalidad del alma, así como la de las penas y recompensas en la otra vida;

Más humanidad entre los hombres;

Una virtud completa, que vale por sí sola tanto como todas las otras: la Caridad;

Un derecho político y de gentes, desconocido por los pueblos antiguos y, sobre todo eso, la abolición de la esclavitud.

¿Quién no se sentirá conmovido por la hermosura y grandeza del cristianismo? ¿A quién no hará doblar la rodilla esa masa enorme de beneficios?

1. Los cálculos están hechos muy por debajo de lo que son en realidad.

XIII

CUÁL SERÍA EN LA ACTUALIDAD EL ESTADO DE LA SOCIEDAD, SI EL CRISTIANISMO NO HUBIESE APARECIDO SOBRE LA TIERRA. —CONJETURAS. —CONCLUSIÓN.

Daremos fin a esta obra examinando la importante cuestión que constituye el epígrafe de este último capítulo, procurando indagar lo que seríamos probablemente en la actualidad, si el cristianismo no hubiese iluminado la tierra, pues de este modo apreciaremos todo lo que debemos a esa divina religión.

Augusto llegó al imperio por una carrera de crímenes, y supo reinar a la sombra de las virtudes. Se sentó en un trono que acababa de ser desocupado por un conquistador, y a fin de distinguirse, procuró vivir en paz.

No pudiendo ser un grande hombre, quiso ser un príncipe feliz: daba festines a sus vasallos, y procuró adormecerlos en un inmenso foco de corrupción; la calma de su reinado se llamó prosperidad. Augusto tuvo el talento de las circunstancias, y el arte de aprovecharse del fruto del verdadero genio; supo ir en pos de él, pero nunca caminó a su par.

Tiberio despreció demasiado a los hombres, y sobre todo hizo demasiado alarde de este desprecio. Este sentimiento, que es el único que expresó con franqueza, es el único que debió haber disimulado; pero para él era a modo de una exclamación de alegría, un alarido que no podía reprimir al ver al pueblo y al Senado romano, más humillados que la propia bajeza de su corazón.

Al ver al pueblo-rey prosternarse ante Claudio y adorar al hijo de Enobarbus, pudo juzgarse que le había honrado guardando con él alguna consideración. Roma amó a Nerón. Después de la muerte de este tirano, sus fantasmas hacían palpar el imperio de esperanza y placer. Aquí es donde debemos detenernos para contemplar las costumbres romanas. Ni Tito, ni Antonino, ni Marco Aurelio pudieron cambiarlas en cuanto a su fondo: sólo un Dios pudo hacerlo.

El pueblo romano fué siempre un pueblo horrible: no es posible degradarse hasta los vicios que manifestó bajo sus emperadores, sin tener cierta perversidad natural y algún defecto congénito en el corazón. Atenas, en medio de su corrupción, nunca fué execrable; aun abrumada de cadenas, no pensaba más que en gozar, y llegó a decir que sus vencedores no la habían despojado enteramente, supuesto que aun conservaba el templo de las Musas.

Roma tuvo virtudes, pero fueron virtudes contra naturaleza. El primer Bruto degolló a sus hijos; el segundo asesinó a su padre. Hay virtudes de circunstancias que se toman fácilmente por virtudes generales, y que, sin embargo, no son más que mecos resultados locales. Roma, en tiempo de su libertad, fué frugal porque no tuvo recursos; denodada, porque sus instituciones le ponían el arma en la mano, y porque acababa de salir de una caverna de bandidos. Sobre eso fué feroz, injusta, avara, lujuriosa: nada tuvo bueno sino su genio; su carácter fué odioso.

Los decenviros la hollaron bajo sus plantas. Mario derramó a su placer la sangre de los nobles, y Sila la del pueblo; y por último, insultó, abjuró públicamente la dictadura. Los conjurados de Catilina se comprometieron a degollar a sus propios padres¹, y consideraron como una diversión el dar al traste con aquella majestad romana que Yugurta se proponía comprar². Siguen los triunviros y sus proscripciones: Augusto ordena al padre y al hijo matarse mutuamente³, y el padre y el hijo se matan. El Senado se mostró demasiado vil, hasta para Tiberio⁴. El dios Nerón tuvo templos. Sin hablar de aquellos delatores salidos de las principales familias patricias; sin señalar a los jefes de una misma conspiración denunciándose y degollándose recíprocamente⁵; sin tratar de representar a los filósofos discurriendo sobre la virtud en medio de las orgías de Nerón, a Séneca excu-

sando un parricidio, a Burro¹ alabándolo y lamentándolo a un mismo tiempo; sin tratar de indagar en tiempos de Galba, Vitelio, Domiciano y Cómodo aquellos actos de bajeza que hemos leído cien veces y siempre nos han llenado de admiración, un solo rasgo nos bastará para pintar la infamia romana: Plaucio, ministro de Severo, al casar a su hija con el primogénito del emperador, hizo mutilar cien romanos libres, entre los cuales había algunos casados y padres de familia, «a fin de que su hija, dice el historiador, tuviese en su comitiva eunucos dignos de una reina de Oriente².»

A esta bajeza de carácter, debe añadirse una espantosa corrupción de costumbres. El grave Catón asistía a las prostituciones de las fiestas de Flora. Hallándose su mujer Marcia encinta, la cede a Hortensio; muere éste de allí a poco, y habiendo Marcia quedado heredera de sus bienes, Catón la vuelve a tomar en perjuicio del hijo de Hortensio. Cicerón repudia a Terencia para casarse con su pupila Publilia. Séneca nos refiere que había mujeres que no contaban sus años por cónsules, sino por el número de sus maridos³. Tiberio inventó los *scellarii* y los *spintrix*; Nerón casó públicamente con el liberto Pitágoras⁴ y Heliogábalo celebró bodas con Hiérocles⁵.

El mismo Nerón, tantas veces citado, fué el que instituyó las fiestas Juvenales. Los caballeros, los senadores y las mujeres del primer rango tenían que presentarse en el teatro, a imitación del emperador, y cantar canciones disolutas copiando los ademanes de los histriones⁶. Para el festín de Tigelino, sobre la laguna de Agripa, se habían edificado casas al borde del agua, donde las más ilustres romanas estaban colocadas al frente de cortesanas enteramente desnudas. Al llegar la noche, todo fué iluminado⁷, a fin de que el liber-

1. *Sed filii familiarum, quorum ex nobilitate mazuma para erat, interficerent.* (SALLUST., in Catil., XLV.)

2. SALLUST., in Bell. Jugurth.

3. SUET., in Aug., y AMM. ALEX.

4. TACIT., Ann.

5. *Id.*, ib., lib. xv, 56, 57.

1. TACIT., Ann., lib. XIV, 15. Papiniano, juriscónsulto y prefecto del pretorio, que no se precia de filósofo, respondió a Caracalla, que le ordenaba justificar el asesinato de su hermano Geta: «Es más fácil cometer un parricidio que justificarlo.» (*Hist. Aug.*)

2. DION., lib. LXXVI, p. 1271.

3. *De Benefic.*, III, 16.

4. TACIT., Ann., xv, 37.

5. DION., lib. XXIX, p. 1363; *Hist. Aug.*, 10.

6. TACIT., Ann., XIV, 15.

7. *Id.*, ib., xv, 37.

finaje tuviera un sentido más y un velo menos.

La muerte formaba una parte esencial de aquellas antiguas diversiones, como para presentar un contraste y realzar los placeres de la vida. Con objeto de alegrar la comida, se hacía venir a gladiadores con cortesanas y tocadores de flauta. Al desasirse de los brazos de una infame, corrían a ver cómo una fiera se saciaba de sangre humana: del espectáculo de la prostitución se pasaba al de las convulsiones de un hombre moribundo. ¡Qué pueblo aquel, que había colocado el oprobio en el nacimiento y en la muerte, elevando sobre un teatro estos dos grandes misterios de la Naturaleza, para deshorrar de un solo golpe toda la obra de Dios!

Los esclavos que labraban la tierra estaban continuamente con grillos; su alimento era pan, agua y sal; por la noche se les encerraba en subterráneos a donde no penetraba el aire sino por alguna abertura practicada en la bóveda de la mazmorra. Había una ley que prohibía quitar la vida a los leones de África, reservados para los espectáculos públicos. Un campesino que hubiese disputado su vida al furor de alguna de aquellas fieras, habría recibido un severo castigo¹. Cuando un desgraciado perecía en la arena, desgarrado por una pantera o traspasado por las astas de algún ciervo, corrían ciertos enfermos a bañarse en su sangre y a recibirla sobre sus ávidos labios². Calígula deseaba que el pueblo romano no tuviera más que una sola cabeza para cortársela de un solo golpe³. Este mismo emperador, en tanto que llegaban las funciones del Circo, mandó alimentar con carne humana a los leones, y Nerón estuvo a punto de hacer comer hombres vivos a un egipcio conocido por su voracidad⁴. Tito, para celebrar el natalicio de su padre Vespasiano, hizo arrojar tres mil judíos a las fieras⁵. Aconsejaban a Tiberio que mandara dar muerte a uno de sus antiguos amigos que desfallecía en una prisión. «No me he reconciliado aún con él», respondió

el tirano, representando en estas palabras todo el genio de Roma.

Era cosa común que se degollaran cinco mil, diez mil o veinte mil personas, de cualquier edad, sexo y condición por una simple sospecha del emperador¹, y los parientes de las víctimas adornaban sus casas, besaban la mano del dios, y asistían a sus fiestas. La hija de Seyano, de edad de nueve años, que decía *que no lo volvería a hacer* y que pedía *le diesen azotes*² cuando la conducían a la prisión, fué violada por el verdugo antes de ser estrangulada por él: ¡tan grande era el respeto que aquellos virtuosos romanos tenían a las leyes! En tiempo de Claudio ocurrió (y Tácito lo refiere como un hermoso espectáculo³), que diez y nueve mil hombres se acuchillaron sobre el lago Fucino para divertir al populacho romano: los combatientes, antes de acometerse, saludaron al emperador: *Ave, imperator, morituri te salutant!* «¡César, los que van a morir te saludan!» Palabras tan viles como impresionantes.

La falta absoluta de sentido moral es lo que daba a los romanos aquella facilidad de morir que tan insensatamente se ha admirado. En todo pueblo corrompido abundan los suicidas. El hombre, reducido a la condición de bruto, muere con la misma indiferencia que él. No hablaremos aquí de los demás vicios de los romanos, del infanticidio, autorizado por una ley de Rómulo y confirmado por la de las Doce Tablas, ni de la sórdida avaricia de aquel célebre pueblo. Scaptius había prestado algunas cantidades al senado de Salamina, que no habiéndolas podido devolver en el plazo convenido, se vió sitiado largo tiempo por caballeros de Scaptius, y muchos senadores perecieron de hambre. Teniendo el estoico Bruto algún asunto común con este concusionario, se interesó por él cerca de Cicerón, que no pudo menos de manifestar su indignación⁴.

Si los romanos cayeron en la esclavi-

1. *Cod. Theod.*, t. VI, p. 92.

2. *TERT., Apologet.*

3. *SUET., in Vit.*

4. *SUET., in Calig. y Ner.*

5. *JOSEPH., de Bell. Jud.*, lib. VII.

1. *TACIT., Ann.*, lib. XV; *DION.*, lib. LXXVII, p. 1290;

HAEROD., lib. IV, p. 150.

2. *TACIT., Ann.*, lib. V, 9.

3. *Id.*, *ib.*, XII, 86.

4. El interés de la suma era el cuatro por ciento mensual. *Vid. CICERÓN; Epist. ad Att.*, lib. VI, epist. II.

tud, sólo a sus costumbres deben achacarlo. La bajeza es lo que por de pronto produce la tiranía, y, por una justa reacción, la tiranía prolonga luego la bajeza. No nos lamentemos, pues, del estado actual de la sociedad: el pueblo moderno más corrompido es un pueblo moderado al lado de las naciones paganas.

Aun suponiendo por un momento que el orden político de los antiguos fuese mejor que el nuestro, su orden moral no llega con mucho al que el cristianismo ha producido entre nosotros. Y como la moral es en último resultado la base de toda institución social, jamás podremos llegar, en tanto que seamos cristianos, a la depravación de los antiguos.

¿Qué freno les quedó a los hombres, cuando se rompieron en Roma y en Grecia los lazos políticos? ¿Podía el culto de tantas infames divinidades mantener costumbres que las leyes no habían podido sostener? Lejos de remediar la corrupción, se convirtió en uno de sus agentes más poderosos. Por un exceso de miseria que hace estremecer, la idea de la existencia de los dioses, que es la que da pábulo a la virtud entre los hombres, alimentaba los vicios entre los paganos, y parecía eternizar el crimen dándole un principio de eterna duración.

Tradiciones nos han quedado de la perversidad de los hombres y de las terribles catástrofes que siempre han venido en pos de la depravación de costumbres. ¿No sería posible que Dios hubiera combinado el orden físico y moral del Universo de manera que el trastorno de este último ocasionase necesariamente grandes alteraciones en el otro, y que los grandes crímenes produzcan necesariamente grandes revoluciones? El pensamiento obra de un modo inexplicable sobre el cuerpo; acaso el hombre no es más que el pensamiento del gran cuerpo del Universo. Esto simplificaría mucho la Naturaleza y engrandecería prodigiosamente la esfera del hombre; esto sería una clave para la explicación de los milagros, que en ese caso entrarían en el curso ordinario de los sucesos. Si los diluvios, las erupciones, la ruina de los Estados, tuviesen

sus causas secretas en los vicios del hombre; si el crimen y el castigo fuesen los dos pesos motores colocados en los platillos de la balanza moral y física del mundo, hermosas serían sus relaciones, y no se presentaría más que un solo conjunto de una creación que al primer golpe de vista parece doble.

Puede, pues, haber sucedido que la corrupción del imperio romano hubiese atraído del fondo de sus desiertos a los bárbaros que, poniéndose en marcha sin conocer la misión de destruir que la Providencia les confería, se apellidaron por instinto *azote de Dios*. ¿Qué hubiera sido del mundo, si la grande arca del cristianismo no hubiese salvado de este nuevo diluvio los restos del linaje humano? ¿Con qué probabilidades contaba la posteridad? ¿Dónde se hubieran conservado las luces?

Los sacerdotes del politeísmo no formaban una corporación de hombres científicos, sino en Persia y en Egipto, pero los magos y los sacerdotes egipcios, que tampoco comunicaban sus ciencias al vulgo, no existían ya como corporación al ocurrir la invasión de los bárbaros. Por lo tocante a las sectas filosóficas de Atenas y Alejandría, estaban casi enteramente encerradas en esas dos ciudades, y consistían, cuando más, en algunos centenares de retóricos que hubieran sido pasados a cuchillo con el resto de los ciudadanos.

No fué conocido entre los antiguos el espíritu de proselitismo; ningún ardor hubo entre ellos para enseñar, ni tuvieron la menor idea de retirarse al desierto para vivir con Dios y salvar las ciencias. ¿Qué pontífice de Júpiter se hubiera presentado frente a Atila para contenerle? ¿Qué vate hubiera aconsejado a Alarico que retirase su ejército de Roma? Los bárbaros que entraban en el imperio eran ya medio cristianos; pero los vemos marchar bajo la sangrienta bandera del Dios de Escandinavia o de los tártaros, no presentando en su tránsito ni una fuerza de opinión religiosa que les obligue a respetar algo, ni un cierto fondo de costumbres que en aquella época empezó a renovarse entre los romanos, merced al cristianismo; no lo dudemos: no hubieran los bárbaros dejado cosa alguna libre de

asolación. Éste fué el proyecto de Alarico: «Siento en mi interior, decía este rey bárbaro, algo que me incita a prender fuego a Roma.» Este hombre, sobre su pedestal de ruinas, parece gigantesco.

De los diversos pueblos que cayeron sobre el imperio, los godos eran los que al parecer tenían el genio menos devastador. Teodorico, vencedor de Odoacro, fué un gran príncipe, pero era cristiano, y Boecio, su primer ministro, era un literato cristiano: esto elude todas las conjeturas. ¿Qué hubieran hecho los godos *idólatras*? Arruinarlo todo, como hicieron los demás bárbaros. Por otra parte, hay que advertir que se corrompieron muy pronto, y que si en vez de adorar a Jesucristo, hubiesen tributado culto a Priapo, Venus y Baco, nadie puede ni formarse idea de la horrible confusión que hubiera resultado de la sangrienta religión de Odín y de las licenciosas fábulas de Grecia.

Era el politeísmo tan poco a propósito para conservar cosa alguna, que el mismo iba cayendo en fragmentos por todas partes, y Maximino quiso hacerle tomar las formas cristianas para sostenerlo. Este César estableció en cada provincia un levita, que correspondía al obispo, y un gran sacerdote análogo al metropolitano¹. Juliano fundó conventos de gentiles e hizo predicar a los ministros de Baal en sus templos. Esta mezquina parodia del cristianismo, como que no estaba sostenida por un espíritu de virtud, ni tenía el apoyo de las buenas costumbres, no tardó en derumbarse.

La única clase respetada por los bárbaros, fueron los sacerdotes y religiosos. Cada monasterio se convirtió en un foco donde se conservó la sagrada llama de las artes, juntamente con el idioma griego y latino. Habiéndose los primeros ciudadanos de Roma y Atenas refugiado en el sacerdocio cristiano, evitaron de este modo la muerte o la esclavitud a que hubieran sido condenados con el resto del pueblo.

Puede juzgarse del abismo en que hoy nos veríamos sumergidos, si los bárbaros hubieran sorprendido el mun-

do bajo el politeísmo, por el estado actual de las naciones en que el cristianismo se ha extinguido. Todos nosotros seríamos esclavos turcos o alguna otra cosa aun peor, pues el mahometismo tiene por lo menos un fondo de moral tomado de la religión cristiana, de la que, en último resultado, no viene a ser más que una secta muy distante. Así como el primer Ismael fué enemigo del antiguo Jacob, así el segundo es perseguidor del nuevo.

Es muy probable que sin el cristianismo el naufragio de la sociedad y de las luces hubiera sido completo. No es posible calcular cuántos siglos hubieran sido necesarios al género humano para salir de la ignorancia y de la barbarie corrompida en que debía en tal caso haber quedado sumido. Nada menos que un inmenso cuerpo de solitarios esparcidos sobre las tres partes del globo, trabajando para un mismo objeto, fué menester para conservar las chispas que han vuelto a encender entre los modernos la antorcha de las ciencias. Otra vez lo volvemos a decir: ningún orden político, filosófico ni religioso del paganismo, hubiera podido prestar tan inapreciable servicio en defecto de la religión cristiana. Hallándose los escritos de los antiguos dispersos en los monasterios, se libraron la mayor parte de la destrucción de los godos. Finalmente, el politeísmo no era tampoco una especie de religión científica, permítasenos la expresión, como el cristianismo, porque en sus dogmas religiosos no iba unida la metafísica ni la moral, como sucede con éste. La necesidad que los sacerdotes cristianos tuvieron de publicar por sí mismos varias obras, sea para propagar la fe, sea para combatir la herejía, contribuyó poderosamente a la conservación y al renacimiento de las luces.

En todas las hipótesis imaginables se ve siempre que el Evangelio ha prevenido la destrucción de la sociedad, pues aun suponiendo que no hubiera aparecido sobre la tierra, y que por otra parte los bárbaros no hubieran salido del fondo de sus bosques, era suficiente la corrupción del mundo romano para haber acarreado una espantosa disolución.

1. Eus. lib. XIII, cap. XIV; lib. IX, cap. II-VIII.

¿Se habrían sublevado los esclavos? Pero hay que tener presente que eran tan perversos como sus dueños, que participaban de su mismo desenfreno y de su misma ignominia; que tenían el mismo culto, y éste, lleno de pasiones, destruía toda esperanza de cambio en los principios morales. Las luces, lejos de avanzar, se iban obscureciendo; las artes decaían. La filosofía no era buena más que para difundir una especie de impiedad que, sin acabar de destruir el culto de los ídolos, engendraba los crímenes y las calamidades del ateísmo en el pecho de los poderosos, y la superstición en el pueblo. ¿Había adelantado algo el humano linaje, porque Nerón no creyera en los dioses del Capitolio¹, y porque mancillase con desprecio las estatuas de los dioses?

Tácito asegura que aun había alguna moralidad en el fondo de las provincias², mas era porque éstas principaban a ser cristianas³ y nosotros estamos discutiendo en la suposición de que el cristianismo no hubiese aparecido y los bárbaros no hubieran traslimitado sus desiertos. Por lo tocante a los ejércitos romanos, que verosímilmente hubieran desmembrado el imperio, hay que advertir que estaban tan corrompidos como el resto de los ciudadanos, y aun lo hubieran estado mucho más a no haber sido reclutados por los godos y los germanos. Todo lo que puede conjeturarse es que, después de largas guerras civiles y de una sublevación general que habría durado muchos años, la raza humana se habría encontrado reducida a algunos hombres errantes sobre sus ruinas. Mas, ¿cuántos años no habrían sido precisos para que este nuevo árbol de los pueblos hubiese podido extender sus ramas entre tanto desmoronamiento! ¿Cuánto tiempo no habrían tenido que gastar las ciencias perdidas u olvidadas para volver a renacer! ¿Cuál sería el estado de infancia en que la so-

ciudad se hallaría en el momento presente!

Así como el cristianismo salvó a la sociedad de una destrucción total, convirtiendo a los bárbaros y recogiendo los restos de la civilización y de las artes, así también habría salvado al mundo romano de su propia corrupción, si este mundo no hubiera sucumbido bajo las armas extranjeras: sólo una religión puede renovar en su fondo a un pueblo. La religión del Crucificado restableció todas las bases de la moralidad. Los antiguos admitían el infanticidio y la disolución del matrimonio, que efectivamente no es más que el primer vínculo social; su probidad y su justicia eran relativas a la patria: no pasaban los límites de su país. Los pueblos en globo profesaban otros principios que el ciudadano en particular. El pudor y la humanidad no figuraban en el número de las virtudes. La clase más numerosa era esclava; las sociedades fluctuaban eternamente entre la anarquía popular y el despotismo: éstos eran los males que el cristianismo iba a curar de un modo radical, como lo demostró librando de ellos a las sociedades modernas. Hasta el rigor de las primeras austeridades de los cristianos era necesario; preciso era que hubiese mártires de castidad, en donde la prostitución se había arrancado todos los velos; penitentes cubiertos de cilicios y de ceniza, en donde la ley autorizaba los mayores crímenes contra las costumbres; héroes de caridad, donde se ufanaban impunes los monstruos de la barbarie; finalmente, era preciso que, para arrancar a todo un pueblo encenagado en los abominables combates del Circo y de la arena, la religión hiciera glorioso alarde de sus atletas y de sus espectáculos en los desiertos de la Tebaida.

Puede, pues, Jesucristo, ser llamado *Salvador del mundo* en toda la extensión de la palabra. Su tránsito sobre la tierra, humanamente hablando, es el más interesante acontecimiento que ha presenciado la humana raza, supuesto que desde la predicación del Evangelio cambió enteramente de aspecto la faz del mundo. Altamente notable es el momento de la venida del Hijo del Hombre: un poco antes, su moral no

1. TACIT., *Ann.*, lib. XIV; SUET., in *Ner. Religionum usquequaque contemptor præter unius deæ Syria. Hanc mor ita appetit, ut urina contaminaret.*

2. TACIT., *Ann.*, lib. XVI, 5.

3. DIONYS. e IGNAZ., *Epist. ap. Eus.*, IV, 23; CHRYS., *Op.*, t. VII, p. 658 y 810, edit. Savil.; PLIN., *epist.* X; LUCIAN., in *Alexandro*, c. XXV. Plinio, en su famosa carta aquí citada, se queja de que los templos estén desiertos y de que no se encuentren compradores para las víctimas sagradas, etc.

hubiera sido absolutamente necesaria, pues los pueblos se sostenían aún por sus antiguas leyes; algo más tarde el Divino Mesías no se hubiera presentado sino tras el naufragio de la sociedad.

Hacemos en este siglo alarde de filosofía; pero en verdad que la ligereza con que tratamos las instituciones cristianas, de nada tiene menos que de filosofía. El Evangelio ha cambiado bajo todos aspectos a los hombres, y les ha hecho dar un inmenso paso hacia la perfección. Consideradle como una grande institución religiosa por medio de la cual la raza humana ha sido regenerada, y en ese caso desaparecerán de vuestra mirada todas esas mezquinas objeciones, todas esas nimias sutilezas de la impiedad. Lo cierto es que las naciones paganas se hallaban en una especie de infancia moral con relación al estado en que nos hallamos; y algunos hermosos rasgos de justicia escapados, digámoslo así, a ciertos pueblos de la antigüedad, no destruyen esta verdad ni alteran el fondo de las cosas. El cristianismo nos ha traído indudablemente nuevas luces; es el culto que conviene a un pueblo sazonado por el tiempo; es, si nos atrevemos a decirlo, la religión natural en la edad presente del mundo, así como el reinado de las figuras o símbolos era el que convenía en la infancia de Israel. En el cielo no ha colocado más que un solo Dios; sobre la tierra ha abolido la esclavitud. Por otra parte, si consideráis sus misterios como el arquetipo de las leyes de la Naturaleza, según nosotros lo hemos hecho, nada habrá en esto que pueda causar adicción a un espíritu eminente, supuesto que las leyes del cristianismo, lejos de exigir sumisión por parte de la razón, reclaman, por el contrario, su ejercicio más sublime.

Esta observación es tan exacta, y esta religión cristiana que algunos se han atrevido a decir que era la religión de los bárbaros, es, por el contrario, tan esencialmente el culto de los filósofos, que puede decirse que Platón llegó casi a adivinarla. No sólo la moral, sino hasta la misma doctrina de este discípulo de Sócrates, tiene admirables relaciones con el Evangelio. Dacier la resume del modo siguiente:

CRISTIANISMO.—21

«Platón prueba que el Verbo es quien arregló e hizo visible este Universo; que el conocimiento de este Verbo proporcionaba la dicha en este mundo y la felicidad después de la muerte.

»Que el alma era inmortal, y que los muertos resucitarán; que habrá un juicio final de los buenos y de los malos, donde cada cual tendrá que comparecer con sus vicios y con sus virtudes, que serán la causa de la dicha o de la desgracia eterna.

»Finalmente, sigue diciendo el sabio traductor, Platón tenía una idea tan grande y exacta de la soberana justicia, y conocía tan a fondo la corrupción de los hombres, que llegó a demostrar que si un hombre soberanamente justo viniera a la tierra, hallaría tanta oposición por parte del mundo, que sería aprehendido, abofeteado, escarnecido, y por último CRUCIFICADO por los mismos que, a pesar de estar llenos de injusticia, se empeñaban en ser tenidos por justos¹.»

Los detractores del cristianismo no pueden menos de conocer que se hallan en una falsa posición; si dicen que la religión de Cristo es un culto formado por los godos y vándalos, se les prueba con facilidad que las escuelas de Grecia tuvieron nociones bastante claras de los dogmas del cristianismo; si, por el contrario, sostienen que la doctrina evangélica no es otra cosa más que la doctrina filosófica de los antiguos, ¿por qué razón esos nuevos filósofos la desprecian? Los mismos que en el cristianismo no ven más que antiguas alegorías del cielo, de los planetas y de los signos, no destruyen tampoco la grandeza de esta religión, pues de todos modos resultaría que era profunda y magnífica en sus misterios, y antigua y sagrada en sus tradiciones, y que por este nuevo camino irían también a perderse en la cuna del mundo. ¿Cosa extraña es sin duda que todas las interpretaciones de la incredulidad no alcancen a dar nada de pequeñez o de mediocridad al cristianismo!

Por lo que toca a la moral evangélica, todo el mundo está conforme en reconocer su hermosura; y cuanto más

1. DACIER, *Discours sur Platon*, p. 23.

sea conocida y practicada, tanto más se ilustrarán los hombres acerca de su propia felicidad y sus verdaderos intereses. La ciencia política es extremadamente limitada: el último grado de perfección a que puede llegar, es el sistema representativo, originado, como ya lo hemos hecho ver, del cristianismo; pero una *religión* cuyos preceptos son un código de moral y de virtud, es una institución que puede suplir a todo y convertirse en las manos de santos y de sabios en un medio universal de felicidad. Acaso algún día las diferentes formas de gobierno, excepto el despotismo, parecerán indiferentes, y no se hará caso más que de las leyes morales y religiosas, que son el fondo permanente de las sociedades y el verdadero gobierno de los hombres.

Los que andan discurriendo sobre la antigüedad y propenden a llevarnos a sus instituciones, se olvidan de que el orden social ni es ni puede ser siempre el mismo. A falta de un gran poder moral, es por lo menos necesaria una gran fuerza colectiva. En las repúblicas de la antigüedad, la multitud, como todo el mundo sabe, era esclava; el hombre que cultivaba la tierra, pertenecía a otro hombre; había *pueblos*, pero no había *naciones*.

El politeísmo, religión de todos modos imperfecta, podía por lo tanto convenir a aquel estado imperfecto de la sociedad, porque cada señor era una especie de magistrado absoluto, cuyo terrible despotismo contenía en su deber al esclavo, y suplía por medio de cadenas lo que faltaba a la fuerza moral religiosa; el paganismo, no teniendo elementos para inspirar virtudes al pobre, le dejaba tratar como si fuera un malhechor.

Mas, ¿sería posible en el estado actual de cosas, refrenar una enorme masa de pueblo libre y distante de la acción de la autoridad? ¿Podríaís en los arrabales de una ciudad populosa prevenir los crímenes de un populacho independiente, sin una religión que predicase el cumplimiento de los deberes y la virtud a todas las condiciones de la vida? Destruíd el culto evangélico, y en cada aldea tendréis que organizar una policía, cárceles y verdugos. Si al-

guna vez, por un suceso nunca oído, volvieron a levantarse los altares de los apasionados dioses del paganismo entre el pueblo moderno, si en un orden de sociedad en que la servidumbre está abolida, se adoraba a *Mercurio el ladrón* y a *Venus la prostituida*, podría asegurarse que el linaje humano había llegado a su término.

Y en esto consiste el grande error de los que alaban el politeísmo por haber separado las fuerzas morales de las fuerzas religiosas, y critican al mismo tiempo al cristianismo por haber seguido el sistema opuesto. ¿No echan de ver los que así piensan, que el paganismo se dirigía a un inmenso rebaño de esclavos, y que, por lo tanto, temiendo que la raza humana se ilustrara, debía darlo todo a los sentidos, y no hacer nada en beneficio de la educación del alma? El cristianismo, por el contrario, como que se empeñó en destruir la esclavitud, reveló a los hombres la dignidad de su naturaleza, y les enseñó los dogmas de la razón y de la virtud. Puede decirse que el culto evangélico es el culto de un pueblo libre, por la razón de que aduna la moral a la religión.

Tiempo es ya de que nos infunda algún temor el estado en que hemos vivido algunos años. Fíjese bien la vista en la raza que se educa en nuestras ciudades y en nuestros campos, en todos esos niños que, nacidos durante la revolución, no han oído jamás hablar de Dios, ni de la inmortalidad de su alma, ni de los premios y recompensas que les esperan en la otra vida; no se pierda de vista lo que semejante generación podría llegar a ser si no se aplicase un pronto remedio: empiezan ya a manifestarse los más alarmantes síntomas, y la edad de la inocencia ha sido manchada con varios crímenes¹. Ya que la filosofía no puede penetrar en la casa del pobre y se contenta con habitar en los salones de los poderosos, deje por lo menos las cabañas a la religión, o siendo mejor dirigida y haciéndose más digna de su nombre, haga la filosofía caer con sus propias manos la ba-

1. Los diarios traen crímenes cometidos por pequeños desgraciados de once o doce años. Muy grave debe ser el peligro cuando los mismos campesinos se lamentan de los vicios de sus hijos.

rrera que había intentado levantar entre el hombre y su Criador.

Apoyemos nuestras últimas conclusiones con autoridades que no serán sospechosas a la filosofía.

«Poca filosofía, dice Bacon, hace desviar de la religión, y mucha nos impele hacia ella; nadie niega que haya un Dios, sino el que está interesado en que no haya nada.»

Según Montesquieu, «decir que la religión no es un motivo reprimiente porque no siempre reprime, equivale a decir que las leyes civiles tampoco lo son... La cuestión no consiste en saber si valdría más que cierto hombre o cierto pueblo no tengan religión o abusen de la que tienen, sino en averiguar si es menor mal que se abuse alguna vez de la religión, o que no la haya absolutamente ¹.»

«La historia de Sabacón, añade el hombre célebre que acabamos de citar, es admirable. El dios de Tebas se le apareció en sueños, y le ordenó que mandara quitar la vida a todos los sacerdotes de Egipto, por lo cual Sabacón juzgó que los dioses no miraban ya propicios su reinado, supuesto que le mandaban cosas tan contrarias a su voluntad, y se retiró a Etiopía ².»

«Finalmente, exclama J. J. Rousseau, huid de los que a pretexto de explicar la Naturaleza inculcan desoladoras doctrinas en el corazón humano, y cuyo aparente escepticismo es cien veces más afirmativo y dogmático que el tono decidido de sus adversarios. Con la altanera excusa de que ellos únicamente son ilustrados, sinceros y de buena fe, nos someten imperiosamente a sus tajantes decisiones, y pretenden darnos por verdaderos principios de las cosas los ininteligibles sistemas que se han fraguado en su imaginación. Y en tanto, destruyendo y dando al traste con todo lo que los hombres respetan, quitan a los afligidos el último consuelo de su miseria, y a los poderosos y ricos el único freno de sus pasiones; arrancan del fondo de los corazones el remordimiento del crimen, la esperanza de la virtud, y se jactan de ser los bienhe-

chores del género humano. Nunca es perjudicial, dicen, revelar la verdad a los hombres: así lo creo también, y esto, en mi concepto, es una prueba de que lo que ellos enseñan no es la verdad.

«Uno de los sofismas más familiares al partido filosofista consiste en oponer un pueblo, que suponen formado de buenos filósofos, a otro pueblo de malos cristianos; como si fuera más fácil hacer un pueblo de verdaderos filósofos, que de verdaderos cristianos. Ignoro si, entre los individuos, es el uno más fácil de hallar que el otro; pero sé muy bien que en tratándose de un pueblo es preciso suponer que así abusarían de la filosofía sin religión, como los nuestros de la religión sin filosofía; y esto me parece que cambia bastante el estado de la cuestión.

«Por otra parte, no hay cosa más fácil que estampar bellas máximas en los libros; pero lo importante es saber si están en consonancia con la doctrina, y si se derivan necesariamente de ella, y esto es lo que hasta el presente no hemos tenido ocasión de ver. Falta saber si la filosofía a su vez, al hallarse cómodamente sentada en el trono, sabría tener a raya la vanagloria, el interés, la ambición y las mezquinas pasiones del hombre; y si, por decirlo de una vez, *practicaría esa humanidad tan dulce que sabe ponderarnos con la pluma en la mano.*

«POR SUS PRINCIPIOS, LA FILOSOFÍA NO PUEDE HACER NINGÚN BIEN QUE LA RELIGIÓN NO PUEDA HACER MUCHO MEJOR; Y LA RELIGIÓN HA HECHO MUCHO QUE LA FILOSOFÍA NO SABRÍA HACER.

«Nuestros modernos gobiernos deben indisputablemente al cristianismo su más sólida autoridad, y el que sus revoluciones no sean tan frecuentes; él es también quien los ha hecho menos sanguinarios, y esto puede demostrarse comparándolos con los gobiernos antiguos. La religión, mejor comprendida, desvaneciendo el fanatismo, ha comunicado más dulzura a las costumbres cristianas. Este cambio no es obra de las letras, pues por doquiera que éstas han brillado, la humanidad no ha sido

1. MONTESQ., *Esprit des Lois*, lib. XXIV, cap. II.

2. *Id.*, lib. XXIV, cap. IV.

más respetada; las crueldades de los atenienses, de los egipcios, de los emperadores de Roma y de los chinos, lo acreditan, mientras que ¡cuántas obras de misericordia se deben al Evangelio!»

Por lo que a nosotros toca, estamos convencidos de que el cristianismo triunfará de la terrible prueba que acaba de purificarle; lo que nos induce a pensar de este modo es el ver cuán perfectamente sostiene el examen de la razón, y que cuanto más se le profundiza, más parece que se aleja su fondo. Sus misterios dan la explicación del hombre y de la naturaleza; sus obras se apoyan en sus preceptos; su caridad, bajo mil formas, ha reemplazado a la crueldad de los antiguos; nada hay perdido de sus pompas primitivas, y su culto satisface cada vez más a su corazón y al pensamiento; a él debemos todo, letras, ciencias, agricultura y Bellas Artes; él enlaza la moral con la religión y al hombre con Dios; Jesucristo, Salvador del hombre moral, lo es también del hombre físico; y él, finalmente, apareció como el más fausto suceso para contrabalancear el diluvio de los bárbaros y la corrupción general de costumbres. Aun cuando se negaran al cristianismo sus pruebas sobrenaturales, permanecería en todo el esplendor de la solemnidad de su moral, en la inmensidad de sus beneficios, en la hermosura de sus pompas; y podría con tan brillantes datos demostrarse evi-

dentemente que es el culto más divino y puro que han practicado los hombres.

«Con los que manifiestan repugnancia hacia la religión, dice Pascal, es preciso principiar demostrándoles que en nada es contraria a la razón; en seguida hacerles ver que es venerable y digna de respeto: luego hacérsela amable e inspirarles deseos de que fuese verdadera; y en pos de esto patentizarles que es verdadera por medio de pruebas incontestables, haciéndoles ver su antigüedad y santidad, poniéndoles a la vista su grandeza y elevación.»

Este es el camino que trazó aquel gran hombre, y del que nosotros hemos tenido cuidado de no separarnos. Hemos empleado los argumentos comunes de los apologistas del cristianismo, mas otro encadenamiento de pruebas nos hubiera llevado igualmente a la misma conclusión, que será la que ponga fin a esta obra.

El cristianismo es perfecto: los hombres son imperfectos.

Ahora bien, una consecuencia perfecta no puede derivarse de un principio imperfecto:

Luego el cristianismo no se deriva de los hombres.

Si no se deriva de los hombres, sólo puede derivarse de Dios.

Si se deriva de Dios, los hombres no han podido conocerlo sino por revelación:

Luego el cristianismo es una religión revelada.

Defensa de "El Genio del Cristianismo" ¹

El autor que se ve combatido no tiene, quizá, sino una respuesta noble: el silencio. Éste es el medio más seguro de honrarse ante la opinión pública.

Si un libro es bueno, la crítica se derrumba por su base; si es malo, la apología no puede justificarlo.

Convencido de estas verdades, el autor de EL GENIO DEL CRISTIANISMO habíase propuesto no contestar jamás a los críticos, y hasta la fecha se ha mantenido firme en su resolución.

Ha soportado sin orgullo y sin desfallecimiento los elogios y los insultos: los primeros suelen prodigarse a la mediocridad; los segundos, al mérito.

Ha visto con indiferencia pasar ciertos críticos de la injuria a la calumnia, ya porque hayan tomado por desprecio el silencio del autor, ya porque no hayan podido perdonarle la ofensa que le habían hecho en vano.

Las gentes honradas preguntarán, pues, por qué el autor rompe el silencio, por qué se aparta de la regla que él mismo se hubo prescrito.

Obra así por dos razones:

Porque es cosa bien visible que, so pretexto de atacar al autor, quiérese ahora destruir el poco bien que ha podido hacer la obra.

Porque no es ni su persona, ni su talento, real o supuesto, lo que el autor va a defender, sino el libro mismo; y él defenderá este libro, no como obra literaria, sino como obra religiosa.

EL GENIO DEL CRISTIANISMO ha sido recibido por el público con cierta indulgencia. Ante este síntoma de un cambio en la opinión, se ha alarmado el espíritu sofista: ha creído ver acercarse el término de su ya largo favor. Ha recurrido a todas las armas; ha echado mano de todos los disfraces, hasta lle-

gar a cubrirse con el manto de la religión para combatir un libro escrito en favor de esa misma religión.

No le está permitido callarse, pues, al autor. El mismo espíritu que le ha inspirado su libro le fuerza hoy a defenderlo. Cosa bien clara es que los críticos a que alude esta defensa no han procedido de buena fe en su censura: han fingido equivocarse sobre el objeto de la obra; han gritado que era una profanación; no han querido ver, adrede, que el autor no hablaba de la grandeza, de la belleza, de la poesía misma del cristianismo, sino porque no se hablaba desde hace cincuenta años más que de la pequeñez, de la ridiculez y de la barbarie de esta religión. Cuando él haya expuesto las razones que le han hecho emprender su obra, cuando haya explicado a qué clase de lectores se dirige, confía en que todos cesarán de desconocer sus intenciones y el objeto de su trabajo. El autor no cree poder dar mayor prueba de su adhesión a la causa que ha defendido, que la que se propone dar ahora, respondiendo hoy a los críticos, a pesar de la repugnancia que siempre ha sentido por estas controversias.

Va a considerar, para ello, el asunto, el plan y los detalles de EL GENIO DEL CRISTIANISMO.

ASUNTO DE LA OBRA

Lo primero que muchos han preguntado es si el autor tenía derecho a escribir esta obra.

Esa pregunta, o es seria o está hecha en broma. Si es seria, la crítica no parece estar muy enterada de su objeto.

¿Quién ignora que en los tiempos difíciles todo cristiano es sacerdote y confesor de Jesucristo ¹? La mayor parte de las apologías de la religión cristiana han sido escritas por laicos.

1. Entiéndase bien que los críticos a que aludo en la DEFENSA no son aquellos que han mostrado honradez o buena fe en sus censuras; a éstos yo sólo debo gratitud.

1. SAN JERÓNIMO, *Dial. o. Lucif.*

¿Acaso eran sacerdotes Aristides, San Justino, Minucio Félix, Arnobio y Lactancio? Probable es que San Próspero no hubiese abrazado nunca el estado eclesiástico; mas él defendió la fe contra los errores de los semipelagianos: la Iglesia cita a todas horas sus obras en apoyo de su doctrina. Cuando Nestorio expuso su herejía, fué combatido por Eusebio, después obispo de Dorilea, pero que a la sazón no era más que simple abogado. Orígenes no había recibido aún las órdenes sagradas cuando explicó la Escritura en Palestina, a instancias precisamente de los prelados de aquella provincia. Demetrio, obispo de Alejandría, que estaba celoso de Orígenes, se quejaba de sus discursos como de una novedad. Alejandro, obispo de Jerusalén, y Teoctisto de Cesárea, respondieron «que era costumbre antigua y general en la Iglesia el ver a los obispos servirse indiferentemente de aquellos que tenían devoción y poseían cierto don de la palabra». Todos los siglos ofrecen los mismos ejemplos. Cuando Pascal emprendió su sublime apología del cristianismo; cuando La Bruyère escribió tan elocuentemente contra los *espíritus fuertes*; cuando Leibnitz defendió los principales dogmas de la fe; cuando Newton dió su explicación de un libro santo; cuando Montesquieu escribió sus hermosos capítulos del *Espíritu de las Leyes* en pro del culto evangélico, ¿ha preguntado nadie si ellos eran sacerdotes? Hasta poetas ha habido que han unido su voz a la de esos poderosos apologistas, y el hijo de Racine defendió en versos armoniosos la religión que había inspirado a su padre la *Atalia*.

Pero si alguna vez, con más razón que nunca, han debido tomar a su cargo esta causa sagrada simples laicos, es en la especie de apología que el autor de *EL GENIO DEL CRISTIANISMO* ha emprendido; género de defensa que el género de ataque pedía imperiosamente, y que (visto el espíritu de la época) era el único de que se podía prometer buen resultado. En efecto, semejante apología sólo debía ser emprendida por un laico. Un eclesiástico no habría podido, sin herir todas las conveniencias, considerar la religión en sus relaciones puramente humanas, y leer, para refutarlos, tan-

tas sátiras calumniosas, tantos libelos impíos, tantas novelas obscenas.

Digamos la verdad: los críticos que han hecho esa objeción conocían bien su futilidad, pero esperaban oponerse por esa vía tortuosa a los buenos efectos que podían resultar del libro. Querían sembrar dudas sobre la competencia del autor, a fin de dividir la opinión y de sorprender a gentes sencillas que pueden dejarse engañar por la aparente buena fe de una crítica. Tranquílense las conciencias timoratas, o mejor, examinen bien, antes de alarmarse, si esos censores escrupulosos que acusan al autor de *llevar la mano al incensario*, que muestran tan gran ternura, tan vivas inquietudes por la religión, no son bien conocidos por su desprecio o por su indiferencia religiosa. ¡Qué irrisión! *Tales sunt hominum mentes*.

La segunda objeción que se ha hecho al GENIO DEL CRISTIANISMO tiene la misma finalidad que la primera, pero es más peligrosa, porque tiende a confundir todas las ideas, a oscurecer una cosa muy clara, y sobre todo a hacer que el lector se engañe sobre el verdadero objeto del libro.

Los mismos críticos, siempre celosos cuidadores de la prosperidad de la religión, dicen:

«No se debe hablar de la religión en su aspecto puramente humano, ni considerar sus bellezas literarias y poéticas. Eso es dañar a la misma religión, rebajar su dignidad, descender el velo del santuario, profanar el arca santa, etcétera, etc. ¿Por qué no se ha contentado el autor con emplear los razonamientos de la teología? ¿Por qué no se ha servido de esa lógica severa que sólo inculca ideas sanas en la mente de los niños, confirma en la fe al cristiano, edifica al sacerdote y satisface al doctor?»

Esta objeción es, por decirlo así, la única que hacen los críticos; constituye la base de todas sus censuras, ya hablen de la *materia*, ya del *plan*, ya de los *detalles* de la obra. Jamás quieren penetrar en el espíritu del autor, de suerte que éste puede decirles: «Diríase que la crítica ha jurado no enterarse nunca del estado de la cuestión y no entender uno solo de los pasajes que ataca¹.»

1. MONTESQUIEU, *Defensa del «Espíritu de las Leyes»*.

Toda la fuerza del argumento, en cuanto a la *última parte* de la objeción, se reduce a esto :

«El autor ha querido considerar el cristianismo en sus relaciones con la poesía, las bellas artes, la elocuencia, la literatura; ha querido patentizar, además, todo lo que los hombres deben a esta religión en el orden moral, social y político. Así, no ha hecho un libro de teología; no ha defendido lo que no quería defender; no se ha dirigido a lectores a quienes no quería dirigirse; por lo tanto, es culpable de *haber hecho precisamente lo que él quería hacer.*»

Pero suponiendo que el autor haya logrado su objeto, ¿debía perseguir tal objeto?

Esto nos retrotrae a la *primera parte* de la objeción tantas veces repetida, de que *no hay que considerar la religión bajo el aspecto de sus simples bellezas humanas, morales, poéticas; eso es rebajar la dignidad, etc., etc.*

El autor va a tratar de aclarar este punto principal de la cuestión en los párrafos siguientes :

I. Ante todo, el autor no *ataca, defiende*; no ha *buscado* el objeto, sino que éste se le ha ofrecido: ello cambia de golpe el estado de la cuestión y derrumba la crítica. El autor no viene a ensalzar deliberadamente una religión amada, admirada y respetada por todos, sino una religión odiada, despreciada y cubierta de ridículo por los sofistas. No hay duda de que EL GENIO DEL CRISTIANISMO habría sido una obra muy importante en el siglo de Luis XIV, y el crítico que advierte que Massillon no habría publicado semejante apología ha dicho una gran verdad. Ciertamente, el autor no habría jamás pensado en escribir su libro si no hubiesen existido poemas, novelas, libros de todo género en que se expone el cristianismo a la burla y al desdén de los lectores. Pero como esos poemas, esas novelas, existen, hay que librar a la religión de los sarcasmos de la impiedad; como se ha dicho y se ha escrito que el cristianismo es *bárbaro, ridículo, enemigo de las artes y del genio*, es cosa esencial probar que no es bárbaro, ni ridículo, ni enemigo de las artes y del genio, y que lo que parece pequeño, innoble, de mal gusto, fal-

to de encantos y de ternura bajo la pluma del escándalo, puede ser grande, noble, sencillo, dramático y divino bajo la pluma del hombre religioso.

II. Si no es permitido defender la religión en razón de su belleza, por decirlo así, humana; si no se debe hacer esfuerzo alguno para impedir la ridiculez de adherirse a sus sublimes instituciones, habrá siempre un lado de esta religión que quedará al descubierto, ¿no es así? Allí, pues, se dirigirán todos los golpes; allí seréis sorprendidos sin defensa; por allí pereceréis. ¿No es eso lo que ya ha amenazado ocurriros? ¿No es con ingeniosidades y con bromas como Voltaire ha llegado a socavar los propios cimientos de la fe? ¿Responderéis con la teología y con silogismos a cuentos licenciosos y a procaces agudezas? ¿Se podrá impedir con argumentos de peso que un público frívolo sea seducido por versos ingeniosos o apartado de los altares por miedo al ridículo? ¿Ignoráis que en la república francesa una palabra aguda, una impiedad ingeniosa *felix culpa*, tiene más poder que volúmenes enteros de razonamiento y de metafísica? Persuadid a la juventud de que un hombre honrado puede ser cristiano sin ser necio; alejad de su mente la idea de que sólo hay capuchinos e imbéciles que puedan creer en la religión, y vuestra causa estará pronto ganada: entonces será ocasión, para completar la victoria, de presentaros con razones teológicas; pero comenzad por hacer que se os lea. Lo que necesitaréis, ante todo, es una obra religiosa que sea, por decirlo así, popular. ¿Queríais llevar a vuestro enfermo de un tirón a la cima de una montaña escarpada, y él apenas puede andar! No hagáis tal: enseñadle, a cada paso, cosas varias y agradables; permitidle detenerse a coger las flores que se le ofrecerán en su camino; y, de descanso en descanso, llegará a la suspirada cima.

III. El autor no ha escrito solamente su apología para los *escolares*, para los *cristianos*, para los *sacerdotes*, para los *doctores*¹: la ha escrito sobre todo para el *literato* y para el *hombre mundano*;

1. Y con todo no son los verdaderos cristianos, ni los doctores de la Sorbona, sino los *filósofos* (como ya dejamos dicho), quienes se muestran tan *escripulosos* con la obra: no hay que echar esto en olvido.

esto es lo que se ha dicho más arriba, esto es lo que implícitamente se contiene en los dos párrafos anteriores. Si no se parte de la base de que siempre se finge desconocer la clase de lectores a que EL GENIO DEL CRISTIANISMO se dirige, es cosa bastante clara que no se debe comprender nada de la obra. Esta se ha hecho para que sea leída por el hombre ilustrado más incrédulo, por el joven más ligero, con la misma facilidad con que el primero hojea un libro impío, y el segundo una novela peligrosa.

«¿Queréis, pues—exclaman esos rigoristas tan bien intencionados para con la religión cristiana—, queréis, pues, hacer de la religión cosa de moda?» ¡Ah! ¡Pluguiese a Dios que estuviese en moda esta divina religión, en el sentido de que la moda es la opinión pública! Eso favorecería, quizá, es cierto, algunas hipocresías particulares; pero no es menos cierto, que la moral pública ganaría con ello. Ni el rico empeñaría su amor propio en corromper al pobre, ni el amo en pervertir al criado, ni el padre en dar lecciones de ateísmo a sus hijos; la práctica del culto conduciría a la creencia del dogma, y se vería renacer, con la piedad, el siglo de las buenas costumbres y de las virtudes.

IV. Voltaire, al atacar al cristianismo, conocía demasiado bien a los hombres para no tratar de apoderarse de esa opinión que se llama la opinión pública; así, empleó todo su talento en hacer de la impiedad una cosa de *buen tono*. Consiguió su propósito haciendo parecer la religión ridícula a los ojos de las gentes frívolas. Ese ridículo es lo que el autor de EL GENIO DEL CRISTIANISMO se ha propuesto borrar; ése es el objeto de todo su trabajo, el objeto que no hay que perder jamás de vista si se quiere juzgar su obra con imparcialidad. ¿Pero el autor ha borrado, en efecto, ese ridículo? No es ésa la cuestión. Hay que preguntar: ¿ha hecho todos sus esfuerzos para borrarlo? Sépase que está satisfecho de lo que ha emprendido, no de lo que ha ejecutado. *Permitte divis cætera*. No defiende nada de su libro fuera de la idea que constituye su base. Considerar al cristianismo en sus relaciones con las sociedades humanas; mostrar qué cambio ha introdu-

cido en la razón y las pasiones del hombre; cómo civilizó a los pueblos góticos; cómo ha modificado el genio de las artes y las letras; cómo ha dirigido el espíritu y las costumbres de las naciones modernas; en una palabra, descubrir todo lo que esta religión tiene de maravilloso en sus relaciones poéticas, morales, políticas, históricas, etc., parecerá siempre al autor uno de los asuntos más bellos que pueden imaginarse. En cuanto al modo como ha ejecutado su obra, lo abandona a la crítica.

V. Pero no es éste el lugar propio de afectar una modestia, siempre sospechosa entre los autores modernos, que no engaña a nadie. La causa es demasiado grande, el interés demasiado urgente, para no alzarse sobre todas las consideraciones de conveniencia y de respetos humanos. Ahora bien, si el autor cuenta el número de los sufragios y la autoridad de esos sufragios, no puede persuadirse de que haya faltado por completo al objeto de su libro. Cójase un cuadro impío, colóquese junto a un cuadro religioso compuesto sobre el mismo asunto y sacado de EL GENIO DEL CRISTIANISMO, y se podrá asegurar de antemano que este último cuadro, por imperfecto que pueda ser, amortiguará el peligroso efecto del primero: ¡tanta fuerza tiene la simple verdad frente a la más brillante mentira! Voltaire, por ejemplo, se ha burlado frecuentemente de los religiosos: pues bien, poned junto a sus burlescas pinturas el trozo de las Misiones, aquel en que se pintan las Órdenes de los Hospitalarios socorriendo al viajero en los desiertos, el capítulo en que se ve a los monjes consagrándose a los hospitales, asistiendo a los apestados en las cárceles, o acompañando al criminal al cadalso: ¿qué ironía no será desarmada, qué sonrisa no se convertirá en lágrimas? Responded a los cargos de ignorancia que se hacen al culto de los cristianos con los trabajos de esos religiosos, que han salvado los manuscritos de la antigüedad; responded a las acusaciones de mal gusto y de barbarie con las obras de Bossuet y de Fenelón; oponed a las caricaturas de los santos y de los ángeles los efectos sublimes del cristianismo en la parte dramática de la

poesía, en la elocuencia y en las bellas artes, y decid si podrá subsistir la impresión del ridículo. Aunque el autor no hubiera hecho más que halagar el amor propio del público, aunque no hubiera tenido otro éxito que el de presentar ante los ojos de un siglo incrédulo una serie de cuadros religiosos sin disgustar a ese siglo, creería no haber sido inútil a la causa de la religión.

VI. Apremiados por esta verdad, que ellos tienen demasiado espíritu para no sentir, y que quizá es el motivo secreto de sus alarmas, los críticos han recurrido a otro subterfugio y dicen : « ¡ Y bien ! ¿ Quién os niega que el cristianismo, como toda otra religión, no posea bellezas poéticas y morales, que sus ceremonias no sean pomposas, etc. ? » ¿ Que quién lo niega ? Vosotros, vosotros mismos, que aun no hace mucho hacíais de las cosas santas objeto de vuestras burlas ; vosotros, que, no pudiendo ya resistiros a la evidencia de las pruebas, no tenéis otro recurso que decir que nadie ataca lo que el autor defiende. Ahora confesáis que hay cosas excelentes en las instituciones monásticas ; os enternecéis con los monjes de San Bernardo, con los misioneros del Paraguay, con las Hermanas de la Caridad ; confesáis que las ideas religiosas son necesarias para los efectos dramáticos ; que la moral del Evangelio, oponiendo una barrera a las pasiones, ha purificado su ardor y a la vez redoblado su energía ; reconocéis que el cristianismo ha salvado las letras y las artes de la inundación de los bárbaros, que él solo os ha transmitido la lengua y los escritos de Roma y de Grecia, que ha fundado vuestros colegios, edificado o embellecido vuestras ciudades, moderado el despotismo de vuestros gobiernos, redactado vuestras leyes civiles, suavizado vuestras leyes penales, civilizado, y aun desbrozado, la Europa moderna. ¿ Conveníais en todo eso antes de la publicación de una obra, muy imperfecta sin duda, pero que ha reunido es un solo punto de vista tan importantes verdades ?

VII. Ya se ha hecho notar la tierna solicitud con que los críticos han querido atender a la pureza de la religión : debía, pues, esperarse que ellos se agraviasen por dos episodios que el autor ha

introducido en su libro. Esta delicadeza de los críticos entra en la gran objeción que ellos han hecho valer contra toda la obra, y se destruye por la respuesta general que se acaba de dar a esta objeción. Una vez más el autor ha tenido que combatir poemas y novelas impíos con poemas y novelas piadosos ; se ha cubierto con las mismas armas de que veía revestido al enemigo : era ello una consecuencia natural y necesaria del género de apología que él había elegido. Ha querido dar el ejemplo con el precepto : en la parte teórica de su obra había dicho que la religión embellece nuestra existencia, corrige las pasiones sin extinguirlas, presta un interés singular a todas las materias en que se emplea ; había dicho que su doctrina y su culto se mezclan maravillosamente con las emociones del corazón y con las escenas de la Naturaleza, que ella es, en fin, el único recurso en las grandes desgracias de la vida : no bastaba decir todo eso de antemano, era preciso probarlo luego. Eso es lo que el autor ha querido hacer en los dos episodios de su libro. Esos episodios eran, además, un cebo puesto a la clase de lectores para quienes la obra está especialmente escrita. ¿ Tan mal conocía el autor, pues, el corazón humano, cuando ha tendido ese inocente lazo a los incrédulos ? No por cierto. Y si no, ¿ no es probable que tal o cual lector no hubiese abierto jamás EL GENIO DEL CRISTIANISMO si en él no hubiera buscado *René* y *Atala* ?

« Sa che là corre il mondo, ove più versi
Delle sue dolcezze il lusinghier Parnaso,
E che'l vero, condito in molli versi,
I più schivi alettando, ha persuaso. »

VIII. Todo lo que un crítico imparcial, que quisiera penetrar en el espíritu de la obra, tenía derecho de exigir al autor, era que los episodios de esta obra tuviesen una tendencia visible a hacer amar la religión y a demostrar su utilidad. Ahora bien : la necesidad del claustro para ciertas desventuras de la vida y aun para los grandes infortunios, el poder de una religión que puede por sí sola cerrar las llagas que todos los bálsamos de la tierra no podrían curar, ¿ no están invenciblemente probados en la historia de *René* ? El autor combate allí, además, el particular extravío de

los jóvenes del siglo, el extravío que conduce directamente al suicidio.

Fué Juan Jacobo Rousseau el primero que introdujo entre nosotros esas quimeras tan desastrosas y tan culpables. Él ha hecho creer a una turba de jóvenes que, aislándose de los hombres, abandonándose a sus sueños, es cosa bella el dejarse llevar de la ola de la vida. La novela de *Werther* ha desarrollado luego ese germen ponzoñoso. El autor de *EL GENIO DEL CRISTIANISMO*, obligado a hacer entrar en el marco de su apología algunos cuadros propios para la imaginación, ha querido denunciar esta especie de vicio nuevo y pintar las funestas consecuencias del extremado amor a la soledad. Los conventos ofrecían en otro tiempo retiros a esas almas contemplativas que la Naturaleza llama imperiosamente a las meditaciones. Ellas hallaban allí junto a Dios algo con que llenar el vacío que sienten en sí mismas y, con frecuencia, la ocasión de practicar raras y sublimes virtudes. Pero tras de la destrucción de los monasterios y de los progresos que ha hecho la incredulidad, no se debe esperar ver otra cosa que multiplicarse en medio de la sociedad (como ha ocurrido en Inglaterra) especies de solitarios a la vez apasionados y filósofos, que, no pudiendo ni renunciar a los vicios del siglo, ni amar ese siglo, cobrarán odio a los hombres por altivez de carácter, renunciarán a todo deber divino y humano, se nutrirán de las más vanas quimeras y se sumirán cada vez más en una misantropía orgullosa que los conducirá a la locura y a la muerte.

A fin de inspirar más alejamiento de estas criminales quimeras, el autor ha pensado que debía incluir el castigo de René en el círculo de esas desgracias espantosas que pertenecen menos al individuo que a la familia del hombre, y que los antiguos atribuían a la fatalidad. El autor habría elegido el asunto de Fedra si no hubiese sido tratado ya por Racine: no quedaba más que el de Eropé y de Tieste¹ entre los griegos, o de Amnón y de Tamar entre los hebreos²; y aunque este asunto haya sido

ya transportado a nuestra escena¹, es aún menos conocido que el primero. Quizá también se aplicaría mejor al carácter del personaje que el autor ha querido describir. En efecto, los locos desvaríos de Renato inician el mal, y sus extravagancias lo concluyen; con los primeros, extravía la imaginación de una débil mujer; con las últimas, queriendo atentar contra sus días, obliga a aquella infortunada a reunirse con él: así la desgracia nace del asunto y el castigo sale de la falta.

No restaba más que santificar por el cristianismo esta catástrofe tomada a la vez de la antigüedad pagana y de la antigüedad sagrada. El autor, aun entonces, no tuvo que hacerlo todo, porque halló esta historia casi naturalizada cristiana en una antigua balada de peregrino que los campesinos cantan aún en varias provincias². No es por las máximas repartidas en una obra, sino por la impresión que esta obra deja en el fondo del alma, como debe juzgarse de su moralidad. Ahora bien, la especie de espanto y de misterio que reina en el episodio de *René* oprime y contrista el corazón sin despertar en él emoción criminal. No hay que perder de vista que Amelia muere feliz y curada, y que René acaba miserablemente. Así el verdadero culpable es castigado, mientras que su débil víctima, entregando su alma herida en las manos de *aquel que revuelve al enfermo en su cama*, siente renacer una alegría inefable del fondo mismo de las tristezas de su corazón. Por lo demás, el discurso del padre Souël no deja duda sobre el objeto y las moralidades religiosas de la historia de *René*.

IX. Respecto de *Atala*, se han hecho tantos comentarios, que sería superfluo detenerse en ellos. Contentémonos con observar que los críticos que más severamente han juzgado esta historia han reconocido con todo que ella *hacia amar la religión cristiana*, y eso le basta al autor. Inútil sería indignarse con algunos cuadros; no parece menos cierto que el público ha visto sin gran disgusto al viejo misionero, y que le ha gustado en este episodio indio la descripción de

1. SÉN., in *Atr. et Th.* Véase también Canacea y Macareo, y Cauno y Biblis en las *Metamorfosis* y en las *Heroidas* de Ovidio.

2. II Sam., XIII, 14.

1. En el *Abufar* de M. Ducis.
2. Caballero de las Landas, Desgraciado caballero, etc.

las ceremonias de nuestro culto. Es *Atala* quien ha anunciado y quien quizá ha hecho leer EL GENIO DEL CRISTIANISMO; esta mujer salvaje ha despertado en el espíritu de ciertas gentes las ideas cristianas y llevado a su pecho la religión del padre Aubry desde los desiertos en que había estado desterrada.

X. Por lo demás, esta idea de llamar a la imaginación en socorro de los principios religiosos, no es nueva. ¿No hemos visto en nuestros días *El conde de Valmont o los extraviados de la razón?* ¿El padre Marín, mínimo, no ha tratado de introducir las verdades cristianas en los corazones incrédulos, haciéndolas entrar disfrazadas con los velos de la ficción¹? Más antiguamente aun, Pedro Camus, obispo de Belley, prelado conocido por la austeridad de sus costumbres, escribió multitud de novelas pías² para combatir la influencia de las novelas de Urfé. Hay más: fué el mismo San Francisco de Sales quien le aconsejó emprender ese género de apología por piedad de las gentes del siglo y para atraerlas a la religión, presentándosela bajo ornamentos que ellas conocían. Así, Pablo *se hacía flaco con los flacos para ganar a los flacos*³. ¿Acaso los que condenan al autor querrían, pues, que hubiese sido más escrupuloso que el autor del *Conde de Valmont*, que el padre Marín, que Pedro Camus, que San Francisco de Sales, que Heliodoro⁴, obispo de Tricca, que Amyot⁵, gran limosnero de Francia, o que otro prelado famoso, que para dar lecciones de virtud a un príncipe, y a un príncipe cristiano, no ha temido representar el torbellino de las pasiones con tanta verdad como energía? Verdad es que los Faydit y los Gueudeville reprocharon también a Fenelón la pintura de los amores de *Eucaris*, pero sus críticas están olvidadas hoy: el *Telémaco* ha venido a ser un libro clásico en manos

de la juventud; nadie piensa ya en juzgar como un crimen que el arzobispo de Cambrai hubiese querido curar las pasiones por medio del cuadro de desorden de las mismas; del mismo modo que tampoco se reprocha a San Agustín y a San Jerónimo el haber pintado tan vivamente sus propias debilidades y los encantos de la carne.

XI. Pero esos censores que saben todo sin duda, puesto que juzgan al autor desde tan alto, ¿han creído realmente que este modo de defender la religión, haciéndola dulce y conmovedora para el corazón, ornándola aún con los encantos de la poesía, fuese una cosa tan insólita, tan extraordinaria? «¿Quién osaría decir (escribe San Agustín) que la verdad debe permanecer desarmada contra la mentira, y que será permitido a los enemigos de la fe asustar a los fieles con palabras fuertes y regocijarlos con agradables ocurrencias, pero que los católicos no deben escribir más que con una frialdad de estilo que aletargue a los lectores?» Es un severo discípulo de Port-Royal quien traduce ese pasaje de San Agustín; es el mismo Pascal, y él añade en el lugar citado¹ «que hay dos cosas en las verdades de nuestra religión: una belleza divina que las hace *estimables*, y una santa majestad que las hace *venerables*». Para demostrar que no son siempre las pruebas rigurosas las que se deben emplear en materia de religión, dice él, en otra parte (en sus *Pensamientos*) *que el corazón tiene sus razones que la razón no conoce*². El gran Arnauld, jefe de esta escuela austera del cristianismo, combate a su vez³ al académico Du Bois, que pretendía también que no se debe hacer servir la elocuencia humana para probar las verdades de la religión. Ramsay, en su *Vida de Fenelón*, hablando del *Tratado de la existencia de Dios*, de este ilustre prelado, observa que Cambray sabía que la llaga de la mayor parte de aquellos que dudan proviene, no de su espíritu, sino de su corazón, y que *hay, pues, que esparcir por doquier sentimientos para conmover, para interesar, para apoderarse del*

1. Tenemos de él diez novelas pías muy extendidas: *Adelaida de Witzbury, o la piadosa pensionista; Virgínia, o la virgen cristiana; el Barón de Van-Heesden, o la república de los incrédulos; Farfalla, o la comediante convertida, etc.*

2. *Dorotea, Alcina, Dafnida, Jacinta, etc.*

3. I Cor. IX, 22.

4. Autor de *Teágenes y Cariclea*. Se sabe que la historia ridícula contada por Nicéforo a propósito de esta novela está desprovista de toda veracidad. Sócrates, Focio y los demás autores no dicen una palabra de la supuesta deposición del obispo de Tricca.

5. Traductor de *Teágenes y Cariclea* y de *Dafnis y Cloe*.

1. *Cartas Provinciales*, carta XI.

2. *Pensamientos de Pascal*, cap. XXVIII.

3. En un pequeño tratado titulado: *Reflexiones sobre la Elocuencia de los Predicadores*.

corazón¹.» Raimundo de Sébonde dejó una obra escrita casi con las mismas miras que *EL GENIO DEL CRISTIANISMO*; Montaigne tomó la defensa de este autor contra aquellos que aventuran la afirmación de que *los cristianos hacen mal en querer apoyar su creencia con razones humanas*². «Es la fe sola la que abraza viva y ciertamente los altos misterios de nuestra religión. Pero eso no es decir que no sea empresa muy bella y muy laudable la de acomodar aún al servicio de nuestra fe los medios naturales y humanos que Dios nos ha dado... No hay ocupación ni designios más dignos de un hombre cristiano que intentar con sus estudios e ideas embellecer, extender y amplificar la verdad de su creencia³.»

El autor no acabaría de hablar si quisiera citar todos los escritores que han sido de su opinión acerca de la necesidad de hacer amable la religión, y todos los libros en que la imaginación, las bellas artes y la poesía han sido empleadas como un medio de llegar a este objeto. Todo un orden entero de religiosos conocidos por su piedad, su amenidad y su ciencia del mundo se ha ocupado durante varios siglos de esta única idea. ¡Ah! Sin duda, ningún género de elocuencia puede ser prohibido a esa sabiduría que abre la boca de los mudos⁴ y que suelta la lengua de los niños. Nos queda una carta de San Jerónimo en que este Padre se justifica de haber empleado la erudición pagana en defensa de la doctrina de los cristianos. ¿San Ambrosio hubiera dado San Agustín a la Iglesia, si no hubiese hecho uso de todos los encantos de la elocución? «Agustín, muy encantado aún de la elocuencia profana—dice Rollin—, no buscaba en las predicaciones de San Ambrosio sino las gracias del discurso y no la solidez de las cosas, pero no estaba en su poder el hacer esta separación.» ¿Y no es en alas de la imaginación como San Agustín se elevó a su vez hasta la *Ciudad de Dios*? Este Padre no tiene dificultad en decir que se debe

arrebatar a los paganos su elocuencia dejándoles sus mentiras, para aplicarla a la predicación del Evangelio, como Israel se llevó el oro de los egipcios sin tocar a sus ídolos, para embellecer el arca santa¹. Era una verdad tan unánimemente reconocida por los Padres de la Iglesia la de que es bueno el llamar a la imaginación en auxilio de las ideas religiosas, que esos santos varones llegaron a pensar que Dios se había servido de la poética filosofía de Platón para llevar al espíritu humano a la creencia de los dogmas del cristianismo.

XII. Pero hay un hecho histórico que prueba invenciblemente el error en que los críticos han incurrido cuando han creído al autor culpable de innovación en el modo como ha defendido el cristianismo. Cuando Juliano *el Apóstata*, rodeado de sus sofistas, atacó la religión con las armas de la befa y el escarnio como se ha hecho en nuestros días; cuando él prohibió a los *galileos* enseñar² y aun aprender las bellas letras; cuando despojó del Cristo los altares, con la esperanza de quebrantar la fidelidad de los sacerdotes o de reducirlos a la abyección y a la pobreza, varios fieles alzaron la voz para rechazar los sarcasmos de la impiedad y para defender la belleza de la religión cristiana. Apolinar, el padre, según el historiador Sócrates, puso en versos heroicos todos los libros de Moisés y compuso tragedias y comedias sobre los otros libros de la Escritura. Apolinar, el hijo, escribió diálogos a imitación de Platón, y encerró en esos diálogos la moral del Evangelio y los preceptos de los apóstoles. En fin, ese Padre de la Iglesia llamado por excelencia *el Teólogo*, Gregorio de Nacianzo, combatió también a los sofistas con las armas del poeta. Compuso una tragedia de la muerte de Jesucristo que nosotros conservamos todavía. Puso en verso la moral, los dogmas y los propios misterios de la religión cristiana³. El historiador de su vida afirma positivamente que ese santo ilustre no se entregó a su talento poé-

1. *Historia de la vida y de las obras de Fenelón*. p. 193.

2. *Ensayos de Montaigne*, t. IV, lib. II, cap. XII, pág. 172.

3. *Ensayos de Montaigne*, t. IV, lib. II, cap. XII, pág. 174.

4. *Sapientia aperuit os mutorum et lingua infantium fecit disertat.*

1. *De Doct. chr.*, lib. II, n.º 7.

2. Todavía se conserva el edicto de Juliano. *JUL.*, p. 42. *Vid. GREG. NAZ.*, or. III, cap. I; *AMON.*, lib. XXII.

3. El abate de Billy ha coleccionado cuarenta y siete poemas de este Padre, a quien San Jerónimo y otros atribuyen más de treinta mil versos religiosos.

tico más que para defender el cristianismo contra la burla de la impiedad¹; ésa es también la opinión del sabio Fleury. «San Gregorio—dice—quería dar, a los amantes de la poesía y la música, temas útiles para recrearse, y no dejar a los paganos la ventaja de creer que fuesen ellos solos quienes pudieran triunfar en las bellas letras.»

Esta especie de apología poética de la religión ha sido continuada, casi sin interrupción, desde Juliano hasta nuestros días. Ella tomó nueva fuerza con el renacimiento de las letras: Sannazaro escribió su poema *De Partu Virginis*, y Vida su poema de la vida de Jesucristo (*Cristiada*)²; Buchanan dió sus tragedias de *Jefté* y de *San Juan Bautista*. La *Jerusalén libertada*, *El Paraíso perdido*, *Poliuto*, *Ester*, *Atalia*, vinieron después de verdaderas apologías en favor de la belleza de la religión. En fin, Bossuet, en el segundo capítulo de su prefacio titulado *De grandiloquentia et suavitate Psalmorum*; Fleury, en su tratado *De las poesías sagradas*; Rollin, en su capítulo *De la Elocuencia de la Escritura*; Lowth, en su excelente libro *De sacra Poesi Hebræorum*, todos se han complacido en hacer admirar la gracia y la magnificencia de la religión. ¿Qué necesidad hay, por otra parte, de apoyar con tantos ejemplos lo que sólo el buen sentido basta para enseñar? Desde que se ha querido hacer ridícula a la religión, es muy sencillo demostrar que es bella. ¿Qué más! El mismo Dios nos ha hecho anunciar su Iglesia por poetas inspirados; él se ha servido, para pintarnos las gracias de la *Esposa*, de los más bellos acordes del arpa del rey profeta, y nosotros no podríamos describir los encantos de la que viene del Líbano³, que contempla montañas de Sanir y de Hermon⁴, que aparece como la aurora⁵, que es bella como la luna, y cuyo talle se asemeja a una palmera⁶. La Jerusalén nueva que San Juan vió

alzarse del desierto era toda ella esplendente de luz.

¡Cantad, pueblos de la tierra,
Jerusalén renace más linda y más bella¹!

Sí, cantemos sin temor esta religión sublime; defendámosla contra la burla, hagamos valer todas sus bellezas como en tiempo de Juliano; y pues que siglos semejantes han traído a nuestros altares análogos insultos, empleemos contra los modernos sofistas el mismo género de apología que los Gregorio y los Apolinar usaban contra los Máximo y los Libanio.

PLAN DE LA OBRA

El autor no puede hablar con propia autoridad del plan de su obra, como ha hablado del fondo de su asunto; porque un plan es cosa del arte, que tiene sus leyes, y por las cuales uno está obligado a someterse al fallo de los maestros. Así, al recordar a los críticos que desapruaban el plan de su libro, el autor se verá forzado a contar también los votos que le son favorables.

Ahora bien, si él se forja una ilusión sobre su plan y no lo cree del todo defectuoso, ¿no merece alguna excusa esta ilusión, puesto que ella parece ser también patrimonio de algunos escritores cuya superioridad en crítica no es discutida por nadie? Esos escritores han tenido a bien dar su aprobación pública a la obra; La Harpe la había juzgado análogamente con indulgencia. Tal autoridad es para el autor demasiado preciosa para que él deje de acogerse a ella, aun cuando hubiere de dejarse acusar de vanidoso. Este gran crítico, pues, como digo, había recogido para EL GENIO DEL CRISTIANISMO el proyecto que tuvo mucho tiempo para *Atala*²: quería componer la *defensa* que el autor se ha reducido a componer hoy por sí mismo: éste habría estado seguro de triunfar si hubiese sido secundado por un hombre

1. *Naz. VII.*, pág. 12.

2. Del cual es conocido este verso sobre el último suspiro de Cristo:

Supremamque auram, ponens caput, exspiravit.

3. *Veni de Libano, sponsa mea.* (*Cant.*, IV, 8.)

4. *De vertice Sanir et Hermon.* (*Id.*, *ibid.*)

5. *Quasi aurora consurgens, pulchra ut luna.* (*Id.*, VI, 9.)

6. *Statura tua assimilata est palmæ.* (*Cant.*, VI, 7.)

1. *Atala.*

2. Yo apenas conocía a La Harpe en aquel tiempo, pero habiendo oído hablar de su propósito, le rogué por medio de sus amigos que no respondiese a la crítica del abate Morellet. Por gloriosa que hubiese sido para mí una defensa de *Atala* hecha por La Harpe, creí con razón que yo era muy poca cosa para excitar una controversia entre dos escritores célebres.

tan hábil, pero la Providencia ha querido privarle de ese poderoso auxilio y de ese glorioso sufragio.

Si el autor pasa de los críticos que parecen aprobarlo a los críticos que lo condenan, por más que lee y relee sus censuras no encuentra en ellas nada que pueda ilustrarle: no ve nada allí que sea preciso y determinado; no hay por doquier sino expresiones vagas o irónicas. Pero, en vez de juzgar al autor con tal soberbia, ¿no deberían los críticos tener piedad de su flaqueza, mostrarle los vicios de su plan y enseñarle sus remedios? «Lo que resulta de tantas críticas amargas—dice Montesquieu en su *Defensa*—es que el autor no ha hecho su obra según el plan y los puntos de vista de sus críticos, y que si esos críticos hubieran hecho una obra sobre el mismo asunto habrían puesto en ella muchas cosas que ellos saben¹.»

Puesto que esos críticos rehusan (sin duda porque ello no vale la pena) mostrar el inconveniente inherente al plan, o más bien al asunto de EL GENIO DEL CRISTIANISMO, el autor va él mismo a tratar de descubrirlo.

Cuando se quiere considerar la religión cristiana o el genio del cristianismo en todos sus aspectos, se advierte que este asunto ofrece dos partes distintas:

1.^a El cristianismo propiamente dicho, a saber: sus dogmas, su doctrina y su culto; y en este último orden se agrupan también sus beneficios y sus instituciones morales y políticas.

2.^a La poesía del cristianismo o la influencia de esta religión sobre la poesía, las bellas artes, la elocuencia, la historia, la filosofía, la literatura en general; lo que conduce a considerar los cambios que el cristianismo ha introducido en las pasiones del hombre y en el desenvolvimiento del espíritu humano.

El inconveniente del asunto es, pues, la falta de unidad, y este inconveniente es inevitable. En vano, para hacerlo desaparecer, ha ensayado el autor otras combinaciones de capítulos y apartes en las dos ediciones que él ha suprimido. Después de haberse obstinado largo tiempo en buscar el plan más regular, le ha parecido, en último resultado, que

para el fin que se proponía se trataba menos de hacer una obra extremadamente metódica que de asestar un fuerte golpe al corazón y de herir vivamente la imaginación. Así, en lugar de atenerse al orden de los asuntos, como había hecho al principio, ha preferido el orden de las pruebas. Las pruebas de sentimiento se hallan encerradas en el primer volumen, donde se trata del encanto y de la grandeza de los misterios, de la existencia de Dios, etc.; las pruebas para el espíritu y la imaginación llenan el segundo y el tercer volumen, consagrados a la *poesía*; en fin, esas mismas pruebas para el corazón, el espíritu y la imaginación, reunidas con las pruebas para la razón, es decir, con las pruebas de hecho, ocupan el cuarto volumen y terminan la obra. Esta relación de pruebas parecía prometer establecer una progresión de interés en EL GENIO DEL CRISTIANISMO: y parece que el juicio del público ha confirmado esta esperanza del autor. Ahora bien, si el interés va creciendo de volumen en volumen, el plan del libro no puede ser completamente vicioso.

Séale permitido al autor hacer observar una cosa más. A pesar de los *extravíos de su imaginación*, ¿pierde con frecuencia de vista el asunto en su obra? Él apela a la crítica imparcial: ¿Cuál es el capítulo, cuál es, por decirlo así, la página en que el objeto del libro no esté reproducido¹? Ahora bien, en una apología del cristianismo, en que no se quiere sino mostrar al lector la belleza de esta religión, ¿puede decirse que el plan de esta apología es esencialmente defectuoso si en las cosas más directas, como en las más lejanas, se ha hecho reaparecer por doquier la grandeza de Dios, las maravillas de la Providencia, la influencia, los encantos y los beneficios de los dogmas, de la doctrina y del culto de Jesucristo?

En general, suele haber demasiado apresuramiento en pronunciarse sobre el plan de un libro. Si ese plan no se desarrolla desde luego a juicio de los críticos como ellos lo han concebido sobre el título de la obra, lo condenan implacablemente. Pero esos críticos no

1. Esta verdad ha sido reconocida por el propio crítico que más se ha alzado contra la obra.

ven, o no se toman el trabajo de ver, que si el plan que ellos imaginan se ejecutase, habría, quizá, una serie de inconvenientes que lo harían ser menos bueno que el que el autor ha seguido.

Cuando un escritor no ha compuesto su obra con precipitación; cuando ha invertido en ella varios años; cuando ha consultado los libros y los hombres y no ha rechazado ningún consejo, ninguna crítica; cuando ha recommenzado varias veces su trabajo y lo ha rehecho todo de cabo a rabo; cuando ha entregado dos veces a las llamas su obra ya impresa, no sería más que un acto de justicia el suponer que él ha visto quizá su asunto tan bien como el crítico que, tras de una lectura rápida, condena de rondón un plan meditado durante largos años. Désele cualquier otra forma a EL GENIO DEL CRISTIANISMO, y se puede asegurar que el conjunto de las bellezas de la religión, la acumulación de las pruebas en los últimos capítulos, la fuerza de la conclusión general, tendrán mucho menos brillo y serán mucho menos contundentes que en el orden en que el libro está actualmente dispuesto. Puédese aún aventurar que no hay ninguno de nuestros grandes monumentos en prosa (exceptuando el *Telémaco* y las obras históricas) cuyo plan no esté expuesto a tantas objeciones como se pueden hacer al plan del autor. ¡Cuánta arbitrariedad hay en la distribución de las partes y de los asuntos de nuestros libros más bellos y más útiles! Y ciertamente (si se puede comparar una obra maestra a una obra muy imperfecta), el admirable *Espíritu de las Leyes* es una composición que no tiene quizá más regularidad que la obra cuyo plan se trata de justificar en esta defensa. Y eso que el método era aún más necesario al asunto tratado por Montesquieu que aquel de que el autor de EL GENIO DEL CRISTIANISMO ha intentado hacer un tan débil esbozo.

DETALLES DE LA OBRA

Vengamos ahora a las críticas de detalle.

No se puede menos de observar, desde luego, que la mayoría de los críticos arremeten contra el primero y contra

el segundo volumen. Los censores han manifestado una singular indiferencia por el tercero y el cuarto. Casi siempre los pasan en silencio. El autor ¿debe entristecerse o alegrarse por ello? ¿Será acaso que no hay nada que decir sobre estos dos volúmenes o que no dan ocasión a que de ellos se diga algo? Se han limitado, pues, casi únicamente, a combatir algunas opiniones literarias particulares del autor y esparcidas en el segundo volumen¹, opiniones que, después de todo, son de poca importancia y que pueden ser admitidas o rechazadas sin que de ellas pueda deducirse nada contra el fondo de la obra; hay que añadir a la lista de esos graves reproches una docena de expresiones verdaderamente reprensibles y que han desaparecido en las nuevas ediciones.

En cuanto a algunas frases cuyo sentido se ha tergiversado (por un arte tan maravilloso y tan nuevo) para hallar en ellas indecentes alusiones, ¿cómo evitar esa desgracia y qué remedio aplicarle? «Un autor—es La Bruyère quien lo dice—, un autor no está obligado a llenar su espíritu de todas las extravagancias, de todas las indecencias, de todas las malas palabras que se puedan decir y de todas las ineptas aplicaciones que se pueden hacer de algunos pasajes de su obra, y aun menos a suprimirlas; él está convencido de que por muy escrupulosa exactitud que uno tenga en su modo de escribir, la fría burla de los malvados zombones es un mal inevitable, y que las mejores cosas no le sirven, con frecuencia, más que para hacerle callar una necesidad².»

El autor ha hecho muchas citas en su libro, pero aun parece que debía haber hecho muchas más. Por una fatalidad singular ha ocurrido casi siempre que, queriendo vituperar al autor, los críticos han comprometido su propia memoria. Ellos no quieren que el autor diga: *descorrer el velo de los mundos y dejar ver los abismos de la eternidad*; y estas expresiones son de Tertuliano³: subra-

1. Todavía no se ha hecho sino repetir las observaciones juiciosas y corteses que habían visto la luz a este propósito en algunos periódicos acreditados.

2. *Caract.* de LA BRUYÈRE.

3. *Cum ergo et limos medius, qui interihat, adfuerit, ut etiam mundi ipsius species transferatur æque temporalis, que illi dispositioni æternitatis aulæ vice oppansa est.* (*Apolog.*, cap. XLVIII.)

yan el pozo del abismo y el caballo pálido de la muerte, aparentemente como si ello fuese una visión del autor; y han olvidado que esas son imágenes del Apocalipsis¹; se ríen de las torres góticas coronadas de nubes; y no ven que el autor traduce literalmente un verso de Shakespeare²; creen que los osos aficionados a la uva son una circunstancia inventada por el autor; y el autor no es aquí más que fiel historiador; el esquimal que se embarca en un témpano de hielo les parece una extravagante fantasía; y ello es un hecho contado por Charlevoix³; el cocodrilo que pone un huevo es una expresión de Herodoto⁴, astucia de la sabiduría pertenece a la Biblia⁵, etc. Un crítico pretende que hay que traducir el epíteto de Homero ἡδυστῆς aplicado a Néstor, por Néstor el del dulce lenguaje. Pero ἡδυστῆς no quiso decir jamás el del dulce lenguaje. Rollin tradujo casi como el autor de EL GENIO DEL CRISTIANISMO, Néstor, aquella boca elocuente⁶, según el texto griego, y no según la lección latina del Escoliasta, suaviloquus, que el crítico visiblemente ha seguido.

Por lo demás, el autor ha dicho ya que no pretendía defender talentos que él sin duda no posee, pero no puede menos de hacer notar que tantas peque-

ñas observaciones acerca de una obra larga no sirven más que para disgustar a un autor sin ilustrarle; es la reflexión que el propio Montesquieu hace en este pasaje de su *Defensa*:

«Las gentes que quieren enseñarlo todo impiden en gran manera aprender; no hay genio que no se restrinja y no se limite si se le envuelve en un millón de escrúpulos vanos: tened las mejores intenciones del mundo y se os forzarán a dudar de ellas. No podréis ponerlos a hablar bien cuando os veréis asustados por el temor de hablar mal, y en lugar de seguir vuestro pensamiento no haréis sino usar términos que puedan escapar a la sutileza de los críticos. Se nos viene a poner una venda en la frente para decirnos a cada palabra: «Cuidado con caer: quieres hablar como tú y yo quiero que hables como yo.» Vais a remonstrar el vuelo y os detienen cogiéndolos de la manga. Tenéis fuerza y vida, y os la quitan a puro de alfilerazos. Os eleváis un poco, y en seguida tenéis gentes que cogen su vara, alzan la cabeza y os gritan que bajéis para mediros... No hay ni ciencia ni literatura que pueda resistir a ese pedantismo¹.»

Y mucho más cuando a ello se juntan las denuncias y calumnias. Pero el autor las perdona a los críticos; comprende que eso puede formar parte de su plan y tienen derecho a reclamar para su obra la indulgencia que el autor pide para la suya. Entretanto, ¿para qué sirven tantas y tan múltiples censuras en que no se vislumbra más que el deseo de perjudicar a la obra y al autor, y nunca se ve en ellas el gusto de la crítica imparcial? Sólo para provocar a hombres a quienes sus principios hacían guardar silencio, y que, obligados a bajar a la palestra, pueden presentarse allí a veces pertrechados de armas que no se les suponían.

1. *Defensa de «El Espíritu de las Leyes», IIIª parte*

1. *Equus pallidus*, cap. vi, v. 8; *Puteus abyssi*, cap. ix, v. 2.

2. *The clouds-capt towers, the gorgeons palaces, etc. (In the Temp.)*

Delille había dicho, en los *Jardines*, hablando de las rocas:

Me gusta ver su frente calva y su testa salvaje
Coronarse de verdura y rodearse de sombra.

Yo he puesto, sin embargo, en las últimas ediciones, coronadas de un capitel de nubes.

3. «¿Creeíase que en esos hielos enormes se encuentran hombres que se hayan embarcado expresamente en ellos? Se asegura, no obstante, que allí se han visto más de una vez esquimales, etc.» (*Historia de la Nueva Francia*, t. II, lib. 3, pág. 299, edición de París, 1744).

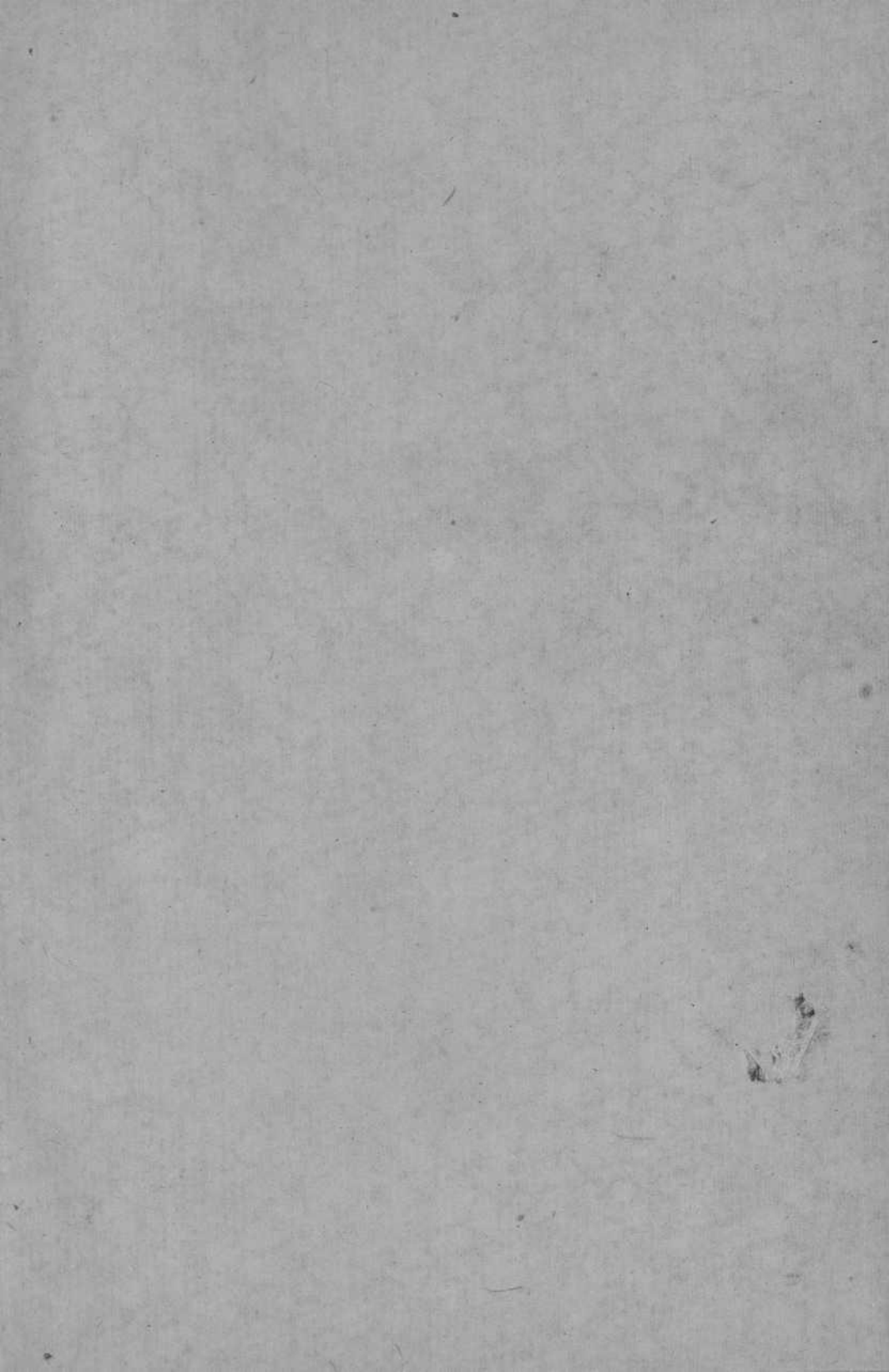
4. Τίχται μὲν γὰρ ὡς ἐν γῇ, καὶ ἐκλύπει. (Herod., lib. II, cap. LXVIII.)

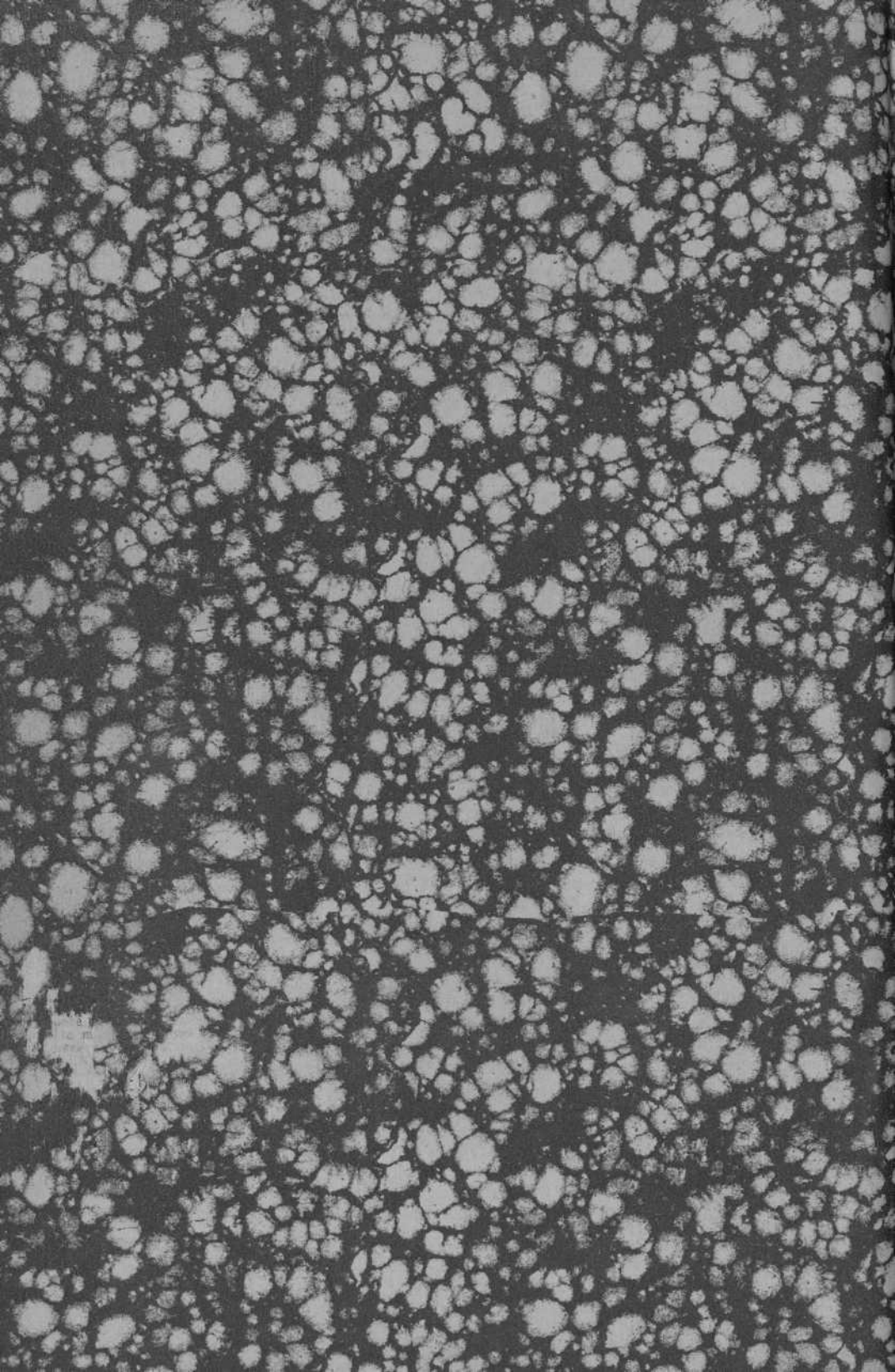
5. *Astutias sapientes*. (Eccl., cap. I, v. 6.)

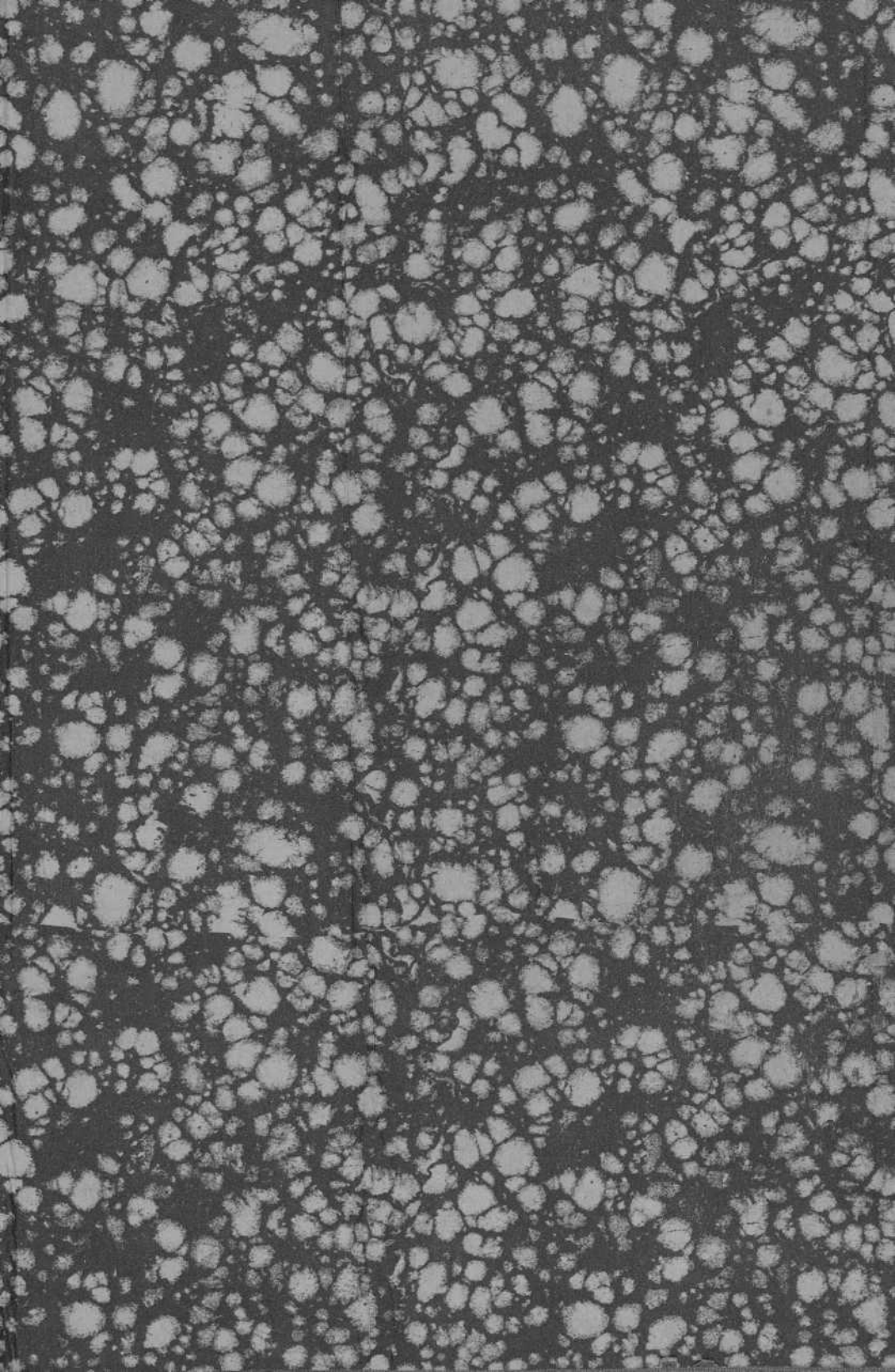
6. *Tratado de los Estudios*, t. I, p. 375 de la lectura de Homero.

FIN DE LA DEFENSA DE «EL GENIO DEL CRISTIANISMO».











D-2
18343

El genio dei cristianismo

CHATEAUBRIAND